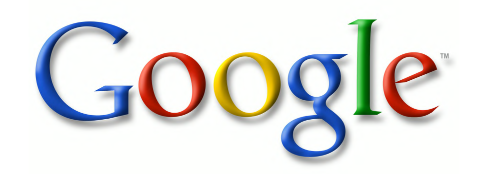
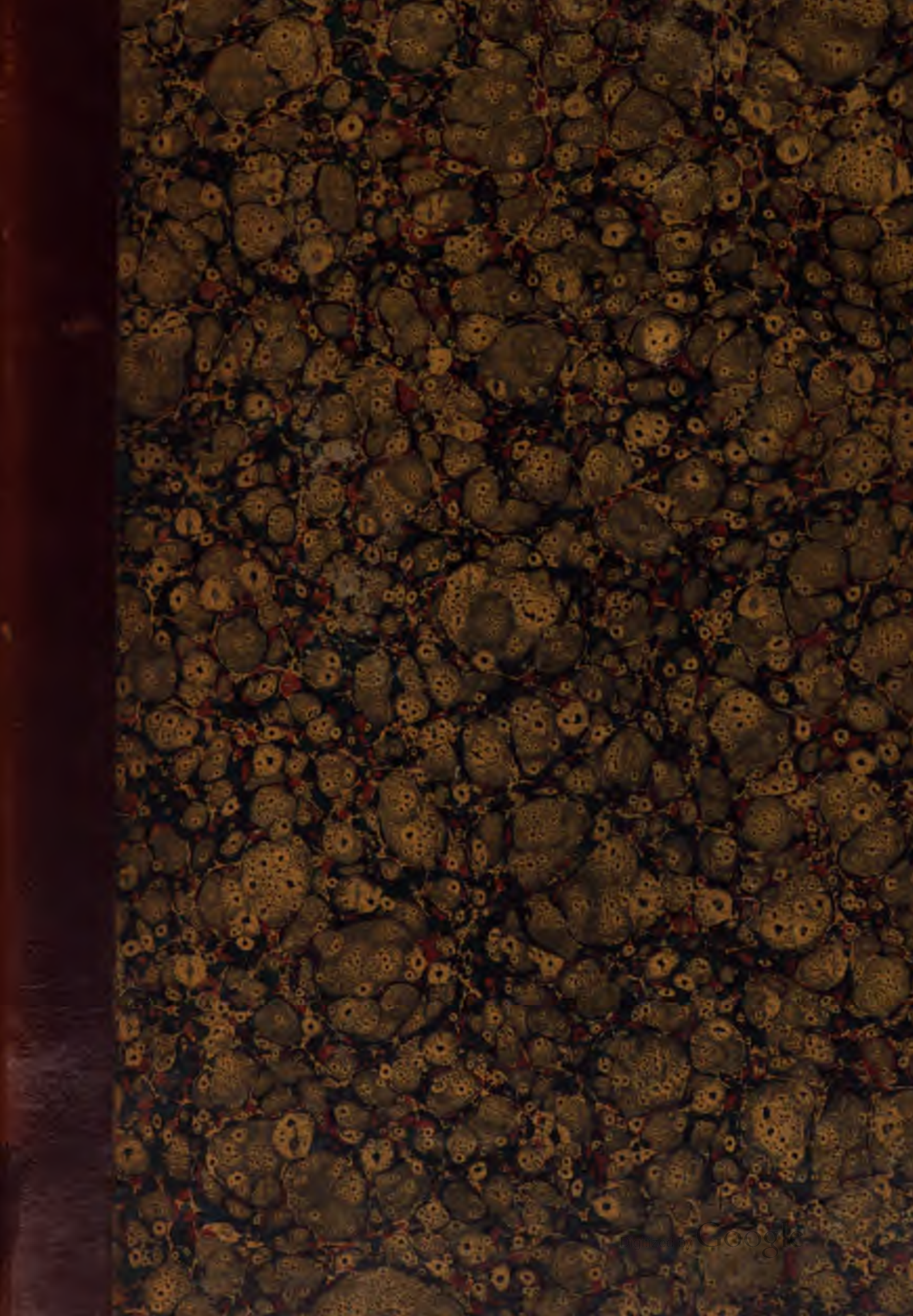
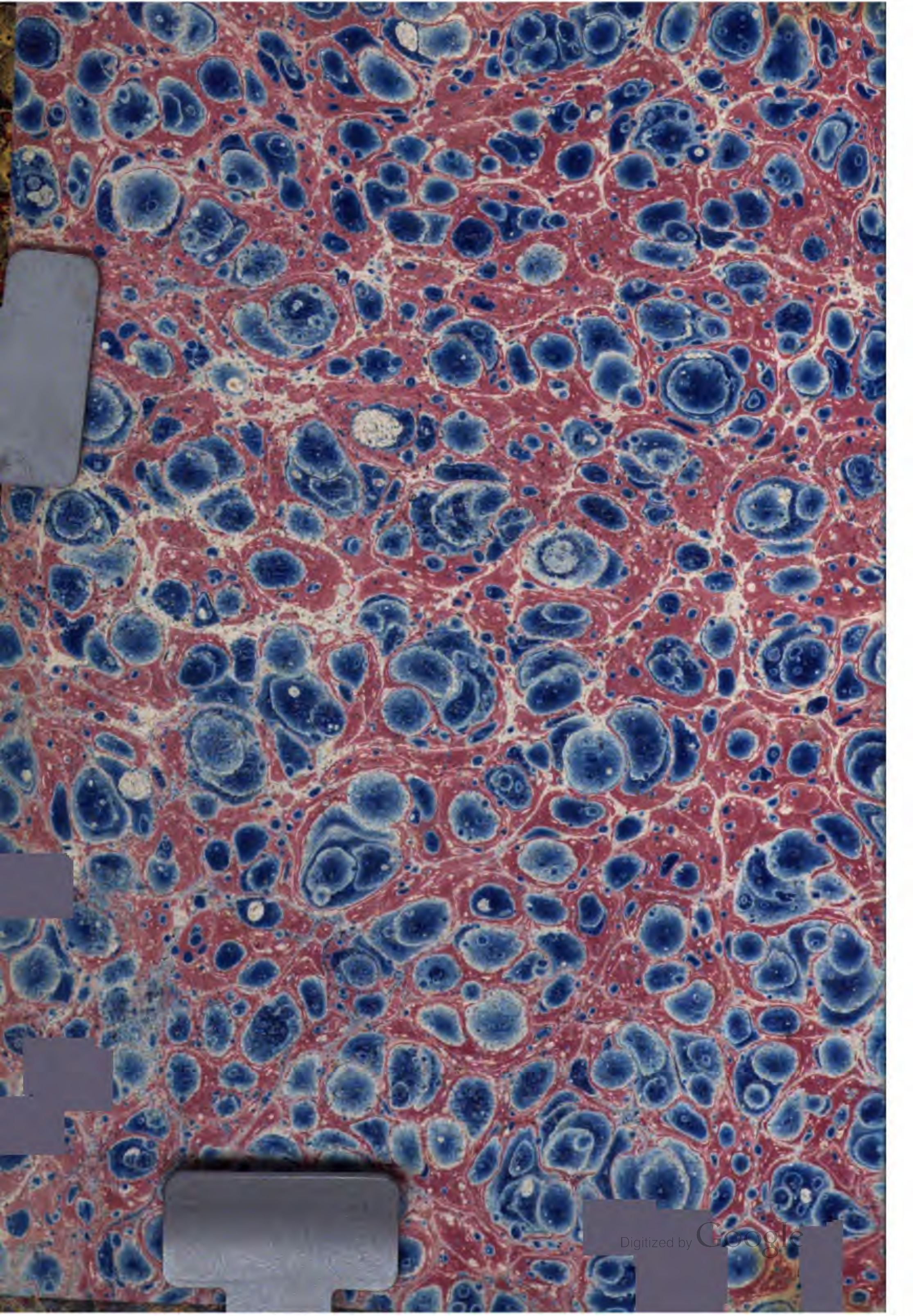
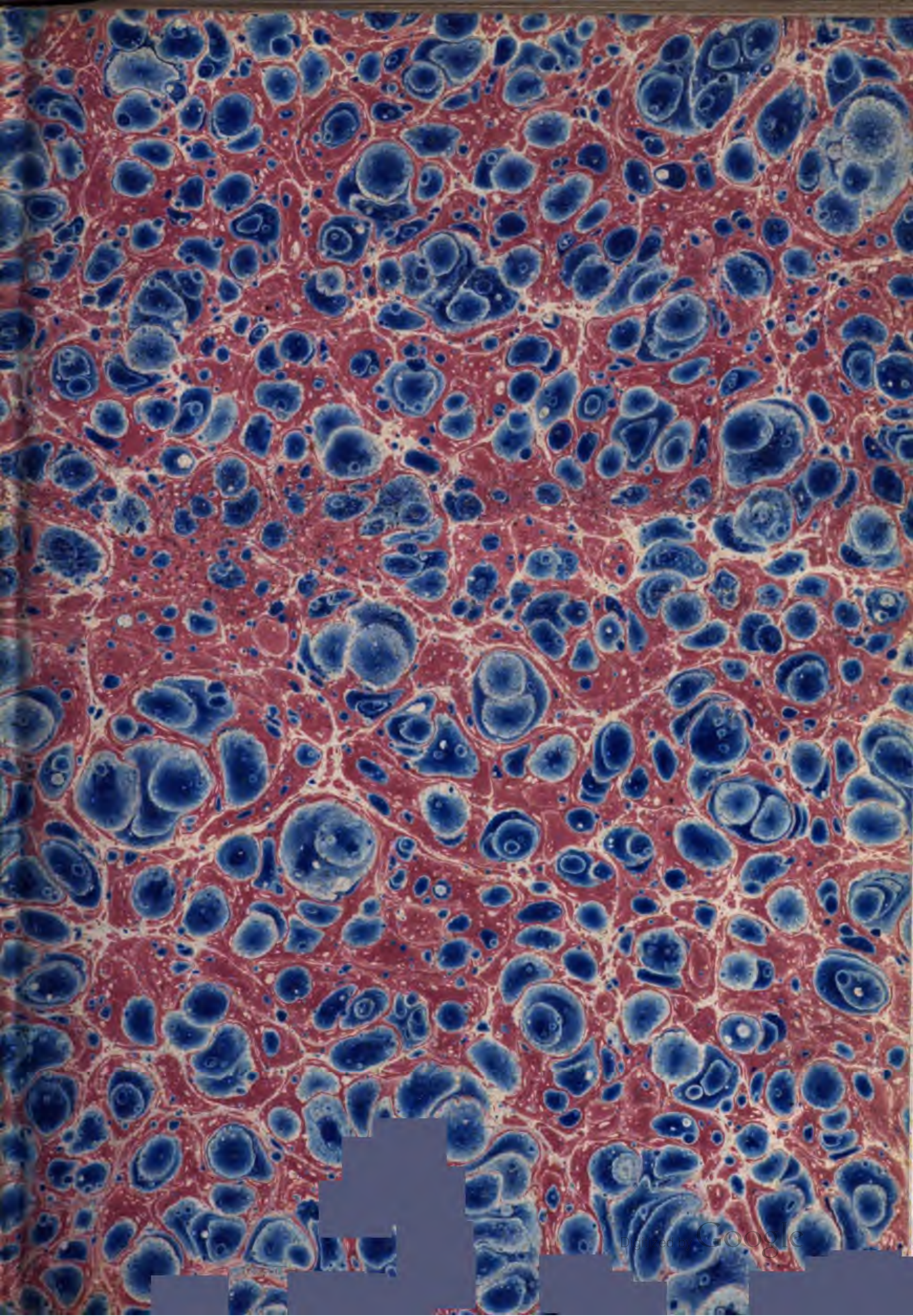

Google








UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5319393034

EL MUNDO.

HISTORIA DE TODOS LOS PUEBLOS.

TOMO NONO.

HISTORIA DE INGLATERRA.

TOMO PRIMERO.

HISTORIA

DE

INGLATERRA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS.

POR

AUGUSTO DE SAINT-PROSPER,

CON EL PERIODO DE LA REVOLUCION

escrito por GUIZOT.

ADORNADA

CON 46 LAMINAS GRABADAS EN ACERO QUE REPRESENTAN
TRAGES, ARMAS, MUEBLES, BUQUES, ETC.,

Y EMBELLECIDA

con un Atlas geográfico-histórico de 6 mapas iluminados, que designan los límites y divisiones
de Inglaterra en distintas épocas
y dan noticia de los lugares en que ocurrió algun hecho memorable,

DIRIGIDO POR

A. HOUZÉ.

Traducida por

JUAN CORTADA.



BARCELONA,

Imprenta de A. BRUSI.

1843

EL MUNDO.

HISTORIA DE TODOS LOS PUEBLOS

DESDE LA MAS REMOTA ANTIGÜEDAD

HASTA NUESTROS DIAS.

HISTORIA DE INGLATERRA.

Hay en Europa un pais que llamado por los Romanos *Britannia-major* para distinguirlo de la *Britannia-minor*, provincia de la Galia, es hoy conocido con los nombres de Gran Bretaña y de Inglaterra, y su historia no se remonta mas allá del tiempo de Julio César que la hizo conocer en el mundo romano. En siglos muy remotos los Galos habian llevado á ella sus costumbres y sus ceremonias religiosas que se estendieron y aclimataron en casi todos los ángulos de la isla. Con el tiempo aquellos Galos se dividieron en tribus que habitaban en chozas, se vestian con las pieles, y se alimentaban con la carne de sus reses y con el fruto del saqueo, que era el término de la continua guerra que se hacian unas á otras. Aunque el sistema de gobierno que prevaleció entre ellas fue en sentir de antiguos historiadores el monárquico, el poder de los reyes era sin embargo tan limitado que dejaba á los súbditos una

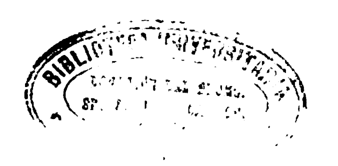
libertad muy inmediata á la anarquía. Ejercian á pesar de esto una autoridad omnímoda los sacerdotes que eran Druidas, cuyo sanguinario culto inmolaba víctimas humanas y reinaba por medio del terrorismo.

Encargados de administrar justicia entre los particulares, árbitros absolutos en los negocios de Estado, y directores esclusivos de la educacion de los jóvenes, desde la tierna infancia inculcaban en todos los corazones sus principios, y en recompensa eran profundamente respetados y obedecidos á ciegas. Tal era el estado de aquel pais cuando en el año 55 antes de Jesucristo, el conquistador de las Galias aportó allí al frente de sus legiones. Una tempestad destrozó sus buques; pero atrincherado en su campo, los isleños no pudieron romperlo, y acabaron por someterse y entregarle rehenes, con lo cual César convino en retirarse. Tres semanas tan solo duró aquella espedicion, en la cual el romano se propuso sin duda grangearse una nueva gloria, penetrando en un pais desconocido para sus conciudadanos. En el año siguiente desembarcó de nuevo en la Bretaña á la cabeza de cinco legiones y de dos mil caballos, los cuales al principio fueron acometidos, y fatigados con incesantes ataques por los naturales, cuyos gefes montaban en carros que dirigian con una destreza admirable y lanzaban sobre los romanos con el objeto de romper sus líneas, y esquivaban sus golpes con una precipitada fuga. A pesar de sus esfuerzos debia triunfar la táctica romana, y asi fue que los britanos acaudillados por Casibelan rey de los Casios (actuales habitantes de los condados de Cambridge, Bedfort y Esse) fueron derrotados en batalla campal, dejando el camino espedito á César que se internó en el pais, atravesó el Támesis, y pudo aliarse con Maudrubatius, cuyo padre, príncipe de los trinobantes que habitaban en el territorio inmediato á la actual Londres habia sido asesinado por Casibelan. El nuevo aliado le sirvió de guia para ir á los estados de este, quien perdida su principal fortaleza y los tesoros que en ella tenia, y abandonado por sus compañeros, despues de una larga resistencia hubo de pedir la paz que le fue otorgada, obligándose á pagar la parte que le tocaba en el tributo impuesto á los Britanos.

La conquista de Julio César desapareció con él, y los Romanos no se acordaron de la Bretaña hasta el tiempo de Calígula, que reunió un ejército de doscientos mil hombres para someterla á su yugo. Los condujo hasta Gesoriacum, hoy Bologne, les hizo recoger algunas conchas en las orillas del mar, y volvió triunfante diciendo que habian conquistado el Océano. Claudio algunos años despues cumplió la amenaza de su antecesor, pues Plautio á la cabeza de cuatro legiones pasó á Bretaña y obtuvo muchos triunfos sobre los isleños. Claudio en persona se puso al frente de las tropas, fue hasta Camalodunum, hoy Malden, se le sometieron varias tribus, y dió la vuelta á Roma dejando á sus dos tenientes Plautio y Vespasiano el encargo de proseguir la guerra que se sostuvo con mucho encarnizamiento por la tenaz resistencia de las tribus mandadas por Caractatus, uno de los régulos del pais. Mas vendido este gefe por su suegra Cartismandua, reina de los Brigantes que ocupaban los territorios que hoy forman los condados de Durham, Cumberland, Westmoreland, Lancashire, Yorkshire y parte de Northumberland en cuyos estados buscó un asilo, fue llevado á Roma, y juntamente con su familia decoró el triunfo de su enemigo. Puesto á la presencia del emperador le habló tan dignitosamente que supo conmoverle hasta el punto de restituirle la libertad y los estados, que gobernó hasta su muerte como feudatario y aliado de los romanos. Los Britanos sin embargo aunque batidos no estaban sujetos; pues de continuo los escitaban al alzamiento los Druidas que se habian retirado á la isla de Mona, hoy Anglesey. Suetonio, general perito y enviado por Neron resolvió perseguirlos en aquel asilo para sufocar la revuelta con la sangre de los instigadores. Derribó los altares, hizo morir á los Druidas en las hogueras que habian encendido para sus tropas, y destruyó los bosques consagrados á las supersticiones de su culto; mas las violencias de los tribunos romanos le impidieron recoger el fruto de su victoria. El rey de Iceni, aliado de los romanos, habia nombrado al emperador heredero juntamente con su muger y con sus hijas; mas como la viuda hubiese reclamado su parte de la herencia, fue azotada y sus hijas deshonradas. Este inicuo procedimiento exasperó á

los Britanos, la llama de la insurreccion se propagó rápidamente, muchas ciudades que tenian los romanos fueron tomadas y entregadas á las llamas, y los britanos que rehusaron hacer causa común con sus compatricios fueron tratados á guisa de enemigos, y muertos desapiadadamente. Suetonio que no se creyó poderoso para resistir el primer torrente del alzamiento se retiró, abandonando á Londres cuya poblacion siguió á su ejército, y esperó á los britanos en una posicion ventajosa. Estos siguiendo la costumbre de los pueblos bárbaros habian colocado á las mugeres y á los niños en la retaguardia; pero vencidos despues de una encarnizada lucha cayeron á millares á los golpes de los romanos que no perdonaron edad ni sexo; y aunque la reina Boadicea pudo libertarse de aquella carnicería á poco tiempo murió envenenada.

A pesar de esta derrota la dominacion de los romanos no pudo reputarse por sólidamente establecida hasta las victorias de Agrícola que desembarcó en la isla en el año 78 de la era cristiana. Despues de haber conquistado la Bretaña, propiamente dicha, llevó sus armas á la Caledonia, hoy Escocia, y venció á sus salvages habitantes que se habian reunido á las órdenes de Galgacus, uno de sus gefes. Dentro del territorio construyó una larga muralla, y puso guarniciones entre los estrechos de Clyde y de Forth, á fin de tener las provincias subyugadas al abrigo de las invasiones de los naturales que vivian en los bosques desconociendo absolutamente la civilizacion. Agrícola deseoso de consolidar su conquista por el imperio de las leyes, hizo conocer á los Britanos los beneficios de un gobierno regular, y los inició en el conocimiento de la lengua y de las instituciones de su patria; y los vencidos conociendo su impotencia las adoptaron, y comenzó á hacérseles agradable el yugo á que tan audazmente se habian resistido. La Bretaña considerada como un miembro del imperio fue regida por un prefecto nombrado por el emperador que reunia el mando civil y militar. Como teniente suyo residia allí mismo el procurador elegido tambien por el gefe del imperio y encargado de colectar las contribuciones, que se pagaban por encabezamiento, ademas de algunos derechos sobre las herencias, las compras, las ventas y los escla-





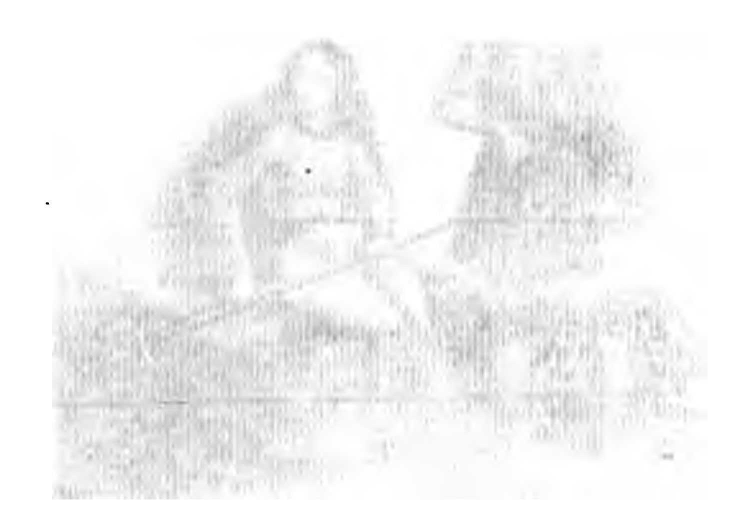


Lalaisse del. Challet Sculp.

1 ET 2. GUERRIER ET GUERRIÈRE SCOTS, (50 ans avant J.S.C.)

3. FEMME DE BRETON, *dans le voisinage des Pictes.* (50 ans avant J.S.C.)

ANGL.





vos. Las minas pagaban el diezmo de sus productos, y las tierras un cánon. Cada provincia se administraba separadamente bajo la inspeccion del prefecto; pero los britanos no eran admitidos á los cargos públicos, reservados para los romanos, quienes no podian casarse con las mugeres del pais ni tener en la isla propiedad alguna. El doctor Lingard, historiador muy apreciable, presenta el siguiente cuadro de la division geográfica de la Bretaña cuando sus límites fueron mas estensos.

"El vasto espacio comprendido entre la estremidad occidental „de Corn-Wall y la parte meridional de Foreland, en el condado de Kent está casi separado del resto de la isla por el brazo de „mar llamado hoy canal de Bristol, y por el Támesis. Este pais „formaba la provincia mas rica, y era conocido con el nombre de „Bretaña primera. La segunda comprendia el actual principado de „Gales, añadiéndole la parte que abraza el Severn en las sinuosidades que forma su curso hácia el canal de San Jorge. La provincia tercera en órden, aunque primera en estension, era la „*Flavia-Cesariensis:* por dos costados confinaba con las precedentes, y por los otros dos con el Humber, el Don, y el Océano germánico. Al norte del Humber estaba la provincia *Maxima* que tocaba con los rios Eden y Tyna, bañaban sus „dos confines opuestos los mares del este y del oeste, y comprendia las tierras bajas de la Escocia hasta los estrechos de Clyde y „de Forth. Las tribus colocadas allende el estrecho formaban la „sesta provincia, y estaban separadas de los Caledonios independientes por una larga cordillera de montañas que arranca cerca „de Dumbarton, atraviesa los condados de Athol y de Badenoch, „y se estiende mas allá del estrecho de Murray; pero la mayor „parte de esta provincia estuvo en poder de los romanos tan poco „tiempo que los escritores rara vez hacen mencion de ella."

En medio de las provincias estaban diseminados campamentos militares donde vivian los veteranos siguiendo las costumbres y las leyes de su patria, y con magistrados que tenian los mismos títulos y la autoridad misma que en Roma. Ademas de dos ciudades municipales habia en la Bretaña otras diez que gozaban el derecho

del Lacio. Las primeras eran habitadas por ciudadanos romanos que tenian facultad de gobernarse por sí mismos, y las segundas disfrutaban de muchos privilegios, entre otros el de elegirse los magistrados, los cuales al acabar su encargo al fin de cada año reclamaban el derecho de ciudadano romano. Las demas ciudades pagaban un tributo y eran regidas por oficiales romanos; sin embargo en tiempo de Antonino se daba el derecho de ciudadanía á todos los hombres de distincion por su rango ó por su riqueza, y Caracalla lo hizo estensivo á la nacion entera.

Hasta Severo, la Bretaña continuó organizada en los términos que hemos dicho; mas aquel emperador la dividió en diez provincias regidas por otros tantos gobernadores independientes el uno del otro. Constantino siguiendo el ejemplo de Diocleciano, estableció cuatro prefectos, separó la administracion civil de la militar, y sometió la Bretaña al prefecto de las Galias, que envió allí un lugarteniente ó vicario que residia en York, y era el gefe supremo político. El ejército estaba á las órdenes de tres gefes, de los cuales el uno con el nombre de *duque* (dux) *de Bretaña*, mandaba desde el confin septentrional hasta el Humber, el segundo llamado *conde* (comes) *de la costa sajona* tenia su distrito militar en la costa desde el Humber hasta la estremidad del pais de Corn-Wall, y el tercero con el título de *conde de Bretaña* tenia el mando de todas las guarniciones de la isla.

Sin embargo de que la dominacion de los Romanos quedó sólidamente establecida desde Agrícola, los Caledonios independientes los molestaban de continuo, lo cual resolvió al emperador Hadriano á trasladarse á la Bretaña en el año 120 de nuestra era. A fin de contener sus invasiones levantó entre el Tyna y el estrecho de Solway una muralla de mas de veinte leguas de estension rodeada de un ancho foso. Mas adelante Lollius Urbicus, lugarteniente de Antonino construyó desde Caer-Riden sobre el Forth, hasta Alchuid sobre el Clyde, un dique de la misma especie que tenia doce leguas de longitud, y al cual se dió el nombre de muralla de Antonino. Severo que con un ejército fue á Bretaña, adoptó el mismo sistema y edificó al norte de las fortificaciones de Antonino una muralla

de doce pies de elevacion, y confió su defensa á un ejército de diez mil soldados repartidos en diez y ocho puntos. Las vastas ruinas que aun hoy subsisten atestiguan la solidez de estas obras y dispiertan la admiracion de cuantos las miran.

Durante los dos primeros siglos del imperio la historia se ocupa apenas de la Bretaña, mentando tan solo algunas incursiones de pueblos bárbaros, y tal cual sedicion de los militares; mas cuando cada ejército, y casi puede decirse cada legion romana creó emperadores para sacar algun provecho de su ensalzamiento, entonces los ambiciosos soldados Postumius, Laelianus, Victorinus, Tetricus, Borrosus y Aelianus tomaron la púrpura en la Bretaña y murieron unos despues de un dia de reinado y otros á pocos meses. Carausius sin embargo revestido en tiempo de Diocleciano de la dignidad de conde de la Costa-sajona, y gefe por lo mismo de una considerable armada, se declaró emperador y se mantuvo en el poder ocho años. Al fin de este tiempo fue muerto por su ministro Alecto, que ocupó su lugar y fue destronado por Constancio Chloro, padre de Constantino el Grande, quien proclamado en York logró reinar solo, merced á sus armas y á su talento. Mientras él y sus hijos rigieron el imperio la Bretaña gozó mucha paz hasta que en 406 un soldado que se llamaba Constantino aspiró al cetro, y fue decapitado en Arles por mandato de Honorio. Este indigno hijo de Theodosio no sabiendo cómo defender el imperio contra los bárbaros que lo atacaban por todas partes, hizo venir á sus legiones, y declaró á los habitantes que desde entonces no podian contar para defenderse sino con sus solas fuerzas. Roma, pues, evacuó la Bretaña despues de haber dominado en ella cerca de cuatrocientos años, y esta resolucion desesperó á los Britanos porque la independencia que recobraban los ponia á merced de los Pictos y de los Escoceses sus irreconciliables enemigos. En estas tribus se convirtieron los antiguos Caledonios que de repente desaparecen de la historia sin que se sepa cuál fue su suerte. Supónese sin embargo que los Pictos eran Caledonios, y que se les dió aquel nombre porque se pintaban el cuerpo. Los Escoceses eran algunos aventureros venidos de la Irlanda, que se establecieron cerca de

los Pictos en la parte septentrional de la Bretaña, á la que dieron el nombre de Escocia: á pesar de esto permanecieron segregados de ellos hasta el siglo XII en que confundidos unos con otros formaron un solo pueblo. En la época en que nos encontramos aquellas dos tribus establecidas en el norte de la isla se lanzaban como buitres sobre el inmediato territorio, haciéndole sufrir todos los horrores del saqueo y de la destruccion. Los Britanos que habian perdido el hábito de la guerra porque los romanos los tuvieron siempre desarmados, imploraron el ausilio de sus conquistadores dirigiéndose á Aelio, ilustre soldado que mandaba las tropas del emperador Valentiniano. „Por una parte, le decian, los bárbaros „nos empujan hácia el mar, y por otra el mar nos rechaza hácia „las armas de los bárbaros; de manera que no nos queda otro re„curso que escoger entre morir sumergidos ó degollados." En aquel momento el terrible Atila habia penetrado hasta el corazon del imperio, y Aelio que necesitaba de todas sus fuerzas para resistir aquella invasion espantosa, se hizo sordo á los lamentos de los Britanos, los cuales cansados de suplicar inútilmente se decidieron á romper del todo con el imperio, y deponiendo á los magistrados romanos volvieron á su primitivo estado de independencia.

Ignórase en verdad cuál fue el sistema de gobierno que establecieron; mas es probable que los pueblos acostumbrados á regirse por sí mismos, formarian pequeños estados, conservando unos el gobierno republicano, y eligiendo otros por gefe á algun hombre poderoso. Mas destrozados por los zelos y por las intestinas discordias no podian hacer frente á los incesantes ataques de los bárbaros que los rodeaban; por lo cual Vortigern que era uno de los recientes príncipes aconsejó á sus compatricios que imploraran el concurso de los Sajones, pueblo de piratas venidos de la Germania, y cuya flota cruzaba por aquellas aguas. Su dictámen pareció juicioso, y enviaron una embajada á los Sajones que asiendo con ansia la coyuntura de tomar parte en los negocios del pais, desembarcaron muy luego en la isla de Thanet en el año 449 de la era de Cristo.

LOS ANGLO-SAJONES.

La Germania que nunca los Romanos pudieron sujetar enteramente era la patria de los Sajones, que formaban muchas tribus, y entre ellas eran las principales las de los Jutas, de los Anglos y de los Sajones propiamente dichos. Establecidos en las costas estaban derramados desde la desembocadura del Rhin hasta Jutland, y ejercian la piratería, porque de la misma manera que los restantes germanos solo gustaban de la guerra, dejando la agricultura para las mugeres y los esclavos. Reinaba entre ellos la igualdad mas perfecta; mas al tratarse de una espedicion, la muchedumbre seguia al mas valiente, uniéndose á su fortuna y siguiendo sus órdenes; cuando alguna invasion amenazaba á una tribu escogia un gefe con el título de *Koning ó King*, esto es, rey, á quien le otorgaba un poder omnímodo hasta el dia en que el riesgo habia desaparecido. En los tres siglos de combates que sostuvieron contra los Romanos adoptaron el escudo, y como armas ofensivas hacian uso del dardo, de la espada y del hacha. Las naves eran de tablas fuertemente ligadas con mimbres y forradas de cuero; pero mas tarde habiendo hecho adelantos en la industria perfeccionaron su forma y eligieron mejores materiales; en términos que hácia el siglo V desafiando los riesgos del mar llegaron á las Galias, en donde causaron tantos y tan terribles estragos que los historiadores de la época estan de acuerdo en presentarlos como los mas formidables enemigos que encontró el imperio entre todas las naciones que vivian del Rhin allende. Cuando los Galos fueron víctimas de otros germanos los Sajones buscaron nuevos territorios todavía vírgenes que pudiesen ofrecer un rico botin á su ambicioso anhelo.

Gozaban entonces de gran reputacion entre sus compatricios los dos hermanos Hengist y Horsa, supuestos nietos de Odin, que fue una de las divinidades del pais, y que hacian mas notable el esplendor de su cuna con su valor indomable. Estos dos guerreros

se pusieron á la cabeza de una espedicion que fue á parar á las costas de la Bretaña, atisbando el momento de verificar un desembarco ó de sorprender algun buque. Los Britanos entonces mismo pidieron su ausilio, y tanto bastó para que saltaran en tierra y batieran á los Pictos y á los Escoceses; y si bien durante seis años fueron aliados fieles, á la vuelta de ese período conocieron que les seria mas provechoso sujetar á sus aliados que defenderlos. Despues de apazguarse claudestinamente con los Pictos, y reforzados con otros cinco mil sajones se enemistaron con los Britanos por muy liviana causa, y dieron principio á la guerra. Los Britanos rendidos, pero nó desalentados, opusieron una tenaz resistencia, y acaudillados por Vortimer hijo de Vortigern que fue depuesto, dieron á los invasores muy sangrientos combates, en uno de los cuales perdió Horsa la vida. Mas los Sajones reforzados por los continuos socorros que de Germania recibian, triunfaron finalmente, recorrieron todo el pais con el hacha y la tea, arruinaron edificios y vertieron la sangre de los habitantes sin hacer distincion de edades ni de sexo. Los pocos habitantes á quienes no alcanzó aquel estrago buscaron un asilo en los bosques, quien hácia las montañas del pais de Gales, quien atravesó el mar y se fue á la Armórica, poblada entonces por tribus que hablaban una lengua parecida á la suya, y cuyo orígen era igual al de ellos. Acogidos allí benévolamente se fijaron en el pais, al cual dieron el nombre de Bretaña su perdida patria. A pesar de frecuentes reveses el valor de los Britanos se sostuvo con honra, y despues de la muerte de Vortimer, Ambrosio que le sucedió y era descendiente de una familia romana supo alcanzar nuevos triunfos. Sin embargo Hengist socorrido por su hermano Orta y por Ebissa hijo de este que llegaron á la cabeza de un nuevo ejército de aventureros se apoderó de Middlesex, de Essex, de una parte del condado de Surrey y del de Kent de que formó un reino dándole su mismo nombre. Cerdix á la cabeza de un nuevo enjambre de sajones llegó en 495 al pais de Gales, mas apenas hubo desembarcado cuando trabó la batalla con los habitantes, los cuales se resistieron á la dominacion estrangera durante mas de 20 años. Mientras el curso de esta guerra los Britanos sitiados en Ba-

don fueron socorridos por Arturo príncipe de los Siluros, á quien los poetas y romanceros han atribuido una infinidad de hazañas calificadas de fábulas por la historia. Segun unos era nieto de Ambrosio, y segun otros hijo de Gurlois rey de Cornouailles, y ganó doce batallas contra los Sajones, y en un combate mató por su misma mano á cuatrocientos cuarenta enemigos. Cansado de vencer á contrarios muchas veces mas numerosos, al dia siguiente de una batalla aceptó treguas y fue espectador de la usurpacion sin bastar á detenerla. Al quebranto que le causaban los males de su patria se añadieron los pesares domésticos, pues su primera muger le fue arrebatada por un príncipe vecino, y la traicion fue causa de su muerte, porque Arturo desafió á un sobrino suyo que la habia seducido, y los dos murieron en la pelea. Los Sajones reclutando sin cesar nuevas tropas estendian diariamente sus conquistas. Cerdix apoyado por los talentos y por la actividad de su hijo Kenrich echó la base del reino de Wessex que se componia de las provincias de Hants, de Dorset, de Wiltz, de Berks y de la isla de Wight, y á su muerte acontecida en 534 dejó sus estados á Kenrich que vivió hasta 560. Al ruido de tales victorias los Anglos que formaban una de las tribus de mas nombradía se precipitaron sobre la Bretaña, y en ella erigieron tres reinos, á saber, el de Estanglia en 575, cuyo primer monarca fue Uffa; el de Mercia en 585 en donde reinó Erida, y el de Essex cuyo soberano fue Erkenwin. Los dos gefes Ida y Œlla se repartieron la Northumbria propiamente dicha, el obispado de Durham y algunas provincias de la Escocia; mas como aquellos principados se hubiesen unido por medio del matrimonio de Etelfredo, nieto de Ida con Acca hija de Œlla, no constituyeron ya mas que un estado conocido despues con el nombre de reino de Northumbria. Asi quedó establecida durante el siglo sesto la dominacion sajona que cambió la suerte de la Bretaña, sus instituciones, sus costumbres y hasta su nombre.

HEPTARQUIA.

Tal es el nombre con que se conoce el gobierno establecido por los Sajones despues de la conquista de la Bretaña para significar que se componia de siete reinos, sin embargo de que rigurosamente hablando esto no es exacto, pues la Northumbria llamada despues Northumberland formó varias veces dos reinos distintos llamados Bernicia y Deira, cuya frecuente reunion los habia hecho convertir en uno. En esta materia seguirémos á los que nos precedieron en el trabajo que desempeñamos, asi para conformarnos con el uso como para dar mayor claridad á la esposicion de los hechos. Entre los imperios fundados por la espada los mas pequeños eran Kent y Susse que no contenian mas que estos dos condados. Essex, Middlesex, y la parte meridional de Hertfordshire pertenecian á los sajones del este. Norfolk, Suffolk, Cambridge y la isla de Eli componian la Estanglia. La Bernicia hácia el norte, y la Deira al mediodía de Tees se estendian desde Forth hasta el Humber, y del mar oriental hasta el occidental. El reino de Wessex por el norte confinaba con el Támesis y con el Severn, y por un lado era rayano de Kent y Sussex, y por el otro lindaba con el pais de Cornuailles. En el centro de la isla estaba colocado el reino de Mercia. De esta clasificacion resulta que los Anglos se habian apoderado de los cuatro estados principales mientras que á los Jutas no les tocaron mas que el pais de Kent, la isla de Wight y una parte de la costa de Hampshire. Los Sajones aunque reyes por el derecho de conquista parece que reconocieron en uno de ellos cierta especie de supremacía sancionada con el título de Bertwalda con que le honraban, aunque se ignora cuáles eran sus prerogativas y si ese título atribuia algun poder efectivo. Los pocos hechos que acerca de esto nos ha conservado la historia dan lugar á pensar que aquella dignidad conferia derechos mas que reales aparentes y nunca respetados, si el saber ó la fuerza no los apoyaban. De todos modos es cierto que ese título lo tomaron siete ú ocho prín-

cipes sajones. Pasarémos á la historia de la Heptarquia que trazarémos rápidamente porque toda ella es un tejido de combates, asesinatos y violencias cuya sangrienta monotonía fatiga la curiosidad y es tan poco interesante como instructiva.

REINO DE KENT.

Nuestros lectores recuerdan que el primer sajon que pasó á la Bretaña fue Hengist, el cual recibido como aliado se convirtió en señor muy pronto. El reino de Kent fundado por el mismo fue trasmitido á su hijo Escus, despues del cual reinó por espacio de 22 años Octa que en 534 fue reemplazado por Hermenric, el cual con una prudente política hizo coronar á su hijo Ethelberto á fin de asegurarle el trono que le daba anticipadamente. Ethelberto dotado de escelentes calidades, apenas muerto su padre quiso engrandecer sus estados, y aunque de pronto fue vencido por Ceolin rey de Wessex que revestido con el título de Bretwalda pretendia ocupar el primer rango de la Heptarquia, lo batió mas tarde y Ceolin murió á poco tiempo, con lo cual Ethelberto desembarazado de este rival terrible sujetó á su yugo á los príncipes restantes. Apoderóse del reino de Mercia que restituyó luego á su legítimo heredero Wibba aunque obligándole á ser su tributario. El acontecimiento mas memorable de Ethelberto es la introduccion del cristianismo entre los Sajones. Al parecer los dogmas del evangelio habian penetrado en Bretaña desde tiempos muy remotos, y los nuevos creyentes perseguidos por Diocleciano alzaron otra vez altares á Jesucristo en tiempo de Constantino. Las crueldades de los Sajones habian engendrado en su corazon un terrible odio contra aquellos feroces vencedores que eran idólatras, motivo asaz poderoso para tener separados á dos pueblos cuyas creencias eran diferentes, y el uno de los cuales hacia sufrir al otro la opresion mas dura. Asi es que á pesar de las semillas de religion derramadas en el pais los Sajones se hubieran mantenido por mucho tiempo adictos al culto de Odin á no sobrevenir una circuns-

tancia favorable que varió el estado de las cosas. Esta circunstancia fue el casamiento de Ethelberto con Bertha hija de Cariberto rey de Paris, cuya princesa estipuló como pacto de su casamiento el libre ejercicio de su religion, y llevó en su compañía á un obispo frances que debia mantenerla en su creencia, y que pensaba sin duda propagarla. El ejemplo de Bertha, y el ascendiente que tuvo sobre su esposo prepararon el camino á la mision del monge Agustin que en 597 llegó al reino de Kent enviado por el papa Gregorio el Grande. Ethelberto conferenció con él, y Agustin despues de haber alcanzado la conversion del monarca obtuvo en recompensa el título de obispo de Cantorbery al cual el pontífice dió la supremacía sobre todas las iglesias de la Bretaña. Al mismo tiempo que cambiaba su creencia religiosa y la de sus vasallos publicó Ethelberto un código de leyes escritas cuyos principales artículos citarémos porque pintan el estado en que la sociedad se hallaba. El principio, base de estas leyes, es la compensacion pecuniaria aplicada á los mas grandes delitos. Para todos hay una tarifa proporcionada á su gravedad, y en ella estan comprendidos el robo, el sacrilegio, la violencia hecha á las mugeres, y los atentados contra el rey, y contra la Iglesia. El homicida segun su rango y su fortuna daba una cantidad como rescate de su vida á la familia de la víctima, y con esto salian de responsabilidad asi él como los suyos. Ademas debia pagar una multa adicional como para salvarla de la justicia, puesto que el asesinato estaba considerado no solo como un crímen contra los individuos, sino tambien como una ofensa hecha á la sociedad. Tal era la legislacion que reinaba en todas las naciones del norte, y Ethelberto no hizo otra cosa que regularizar lo que desde mucho tiempo estaba admitido como costumbre en su pueblo. Despues de haber reinado 50 años murió en 616 dejando el trono á su hijo Eadbaldo que destruyó una parte de la obra de su antecesor. Enamorado de su madrastra, y viendo en la religion cristiana un obstáculo para verificar su union, volvió otra vez á la idolatría, y el pueblo siguió su ejemplo. A pesar de esto, y vencido por las exortaciones de Lorenzo, obispo de Cantorbery, entró de nuevo en el seno de la





Lalaisse del

1. GUERRIÈRE PICTE, (50 ans avant J S. C)
2. GUERRIER PICTE, (50 ans av J.S.C.)

ANGLETERRE



iglesia, y sus vasallos tambien le imitaron. A su muerte dejó dos hijos llamados Erminfredo y Ercomberto, y aunque este era el mas jóven fue su sucesor, y se distinguió mucho por su celo religioso, de modo que llegó á estirpar enteramente la idolatría en su reino. Su sucesor Egberto creyendo asegurar el trono á su hijo Edrico por medio de un asesinato hizo perecer á sus primos, lo cual no impidió que Edrico muy luego fuese despojado de él por su tio Lotario. Edrico refugiado en la corte de Edilwrach rey de Sussex que le proporcionó un ejército, acabó con Lotario en un combate, y murió en 636 despues de reinar dos años. Apoderóse del reino Widredo hermano de Lotario, mas algunos nobles zelosos de su ensalzamiento llamaron al rey de Wessex á pesar de lo cual Widredo se mantuvo en el trono, y lo trasmitió á sus sucesores que se acabaron en la persona de Alrico en 694. Muchos pretendientes se disputaron el trono, el cual fue sucesivamente ocupado por Egberto, Euthredo y Baldrada, el último de los cuales en 723 fue arrojado de él por Egberto rey de Wessex que reunió á su cetro la Heptarquia.

REINO DE NORTHUMBRIA.

Edwin hijo de Œlla primer monarca del reino de Deira en Northumbria perdió su padre siendo todavía niño, y depuesto por su cuñado Adelfredo rey de Bernicia, se retiró á la corte de Redewaldo rey de los Estanglos. La esposa de este príncipe que se agradó de él, sabiendo que instaban vivamente á su marido para que lo pusiese en manos de Adelfredo lo impulsó á que se declarase abiertamente contra él, y el usurpador fue muerto en una batalla. Edwin entonces restablecido en su trono descolló entre todos los príncipes de su época: á solicitud de su esposa Othelburga estableció el cristianismo en sus estados, y despues de regir el cetro durante siete años murió en un combate dado contra Penda rey de Mercia, y contra Cadwalla rey de los Bretones. Este suceso causó un desmembramiento en la Northumbria; pues Eanfredo hijo de

Adelfredo que se habia retirado á Escocia tomó posesion del reino de Bernicia, y Osrico primo de Edwin se apoderó de Deira. En cuanto á los hijos de Edwin el uno murió asesinado por Penda rey de Mercia en cuyos estados fue á buscar un asilo, y el otro acabó sus dias en Francia en donde se habia refugiado. En 634 la Northumbria volvió á formar un solo reino bajo el regimiento de Oswaldo hermano de Eanfredo de la casa de Bernicia. Sucedióle su hermano á quien reemplazó su hijo que fue muerto en una batalla por los Pictos y por desgracia no dejó sucesor alguno porque su muger habia hecho voto de castidad. Este ejemplo harto frecuente en la historia de aquel tiempo acarreaba grandes desgracias á los pueblos porque mantenia en su calor la ambicion de los que se consideraban con derechos al trono. A falta de heredero directo, ciñó la corona Alfredo hermano natural de Egfredo, y la trasmitió á su hijo, que á la edad de ocho años fue degollado por su pariente Kenredo á quien asesinaron al año, y cuyo hijo Celwulph abdicó voluntariamente el trono á favor de su primo Eaberto para encerrarse en un monasterio. Imitó este su ejemplo, y dejó el poder en manos de su hijo Oswalfo, que fue muerto en un motin, y reemplazado por Mollo á quien asesinó Ailredo príncipe de la sangre. Ailredo arrojado del trono por sus vasallos tuvo por sucesores á varios príncipes cuya ambicion fue castigada con una muerte funesta, y el pais que se vió envuelto en los horrores de una anarquía se puso en manos de Egberto rey de Wessex que le incorporó á su reino.

REINO DE ESTANGLIA.

Este reino fundado por Uffa ofrece pocos sucesos interesantes. En tiempo de Sigeberto, que fue el quinto de sus monarcas, penetró en aquel pais el cristianismo protegido por el príncipe que fue educado en Francia, y á quien se atribuye la ereccion de la universidad de Cambridge. Nada dirémos de sus sucesores cuyos oscuros reinados solo ofrecen una monotona serie de combates, ase-

sinatos y perfidias. En 792 el rey Ethelberto fue asesinado por Offa rey de Mercia, quien incorporó el reino de Estanglia á sus estados.

REINO DE MERCIA.

La Mercia debió su nombre á la circunstancia de estar colocada en el centro del pais. El cristianismo se introdujo en ella en 655 reinando Peada, cuya consorte habia abrazado la fe cristiana. Aquel monarca fue reemplazado por su hermano Ethelredo, el cual se hizo memorable con dos gloriosas espediciones, despues de las cuales como enviudase se retiró en 697 al monasterio de Bardney dejando la corona á Kenredo, que la abdicó en favor de Eolredo para irse á Roma en donde pasó el resto de su vida. A Eolredo sucedió Ethelbaldo, quien se ocupó de la administracion interior de sus estados, procurando estirpar los rencores hereditarios en las familias que perpetuaban las discordias entre sus vasallos. Murió en una revuelta suscitada por la ambicion de un prepotente que aspiraba al trono; crímen que no aprovechó al que lo habia cometido, pues apenas dispuso del poder cuando fue despojado de él por Offa, príncipe de la sangre, en 755. Este monarca conquistó los reinos de Kent y de Wessex como tambien el condado de Glocester; pero empañó su gloria haciendo matar traidoramente á Ethelberto rey de Estanglia que queria casarse con una de sus hijas. Los monarcas entonces trataban sus matrimonios por medio de diputados á quienes se presentaban las princesas casaderas, de las cuales remitian á sus amos una descripcion circunstanciada. Estos diputados solian ser veteranos del ejército, ó eclesiásticos respetables de mucha esperiencia y discernimiento: á pesar de esto Ethelberto prefirió enterarse por sí mismo, y para esto se fue á la corte de Offa, quien despues de haberlo recibido con muchos agasajos lo hizo degollar en la misma noche, impulsado por su muger y deseoso de aprovechar aquella ocasion para apoderarse de un reino que ambicionaba. Al momento envió un poderoso ejército á Estanglia, la sometió, se hizo declarar su rey, y asoció á su dignidad á su hijo Egfredo.

Los talentos de Offa levantaron la Mercia al mas alto grado de esplendor, de modo que Carlo-Magno buscó su amistad, y le dió el título del mas poderoso rey de occidente. Offa le envió al célebre Alcuin, que fue el preceptor y el amigo del héroe frances, y durante su reinado de 40 años hizo un viage á Roma, con cuyo motivo exigió de sus súbditos una contribucion de un sueldo sobre las casas que redituaban 30 de alquiler. Este tributo, que llamarémos *dinero de San Pedro*, pues á esto corresponde el nombre ingles, será mencionado varias veces durante el curso de esta historia. El hijo de Offa murió cinco meses despues que su padre, y la corona fue á parar á las sienes de Cenulfo, descendiente de la casa real, y el que habiendo cogido en un combate á Egberto rey de Kent le hizo sacar los ojos y cortar las manos, y puso en su lugar á Cuthredo. Despues de un reinado de 36 años Cenulfo encontró la muerte en la espedicion contra los Estanglios dejando el trono á su hijo Kenelmo, muchacho de siete años á quien hizo asesinar su hermana Quendrada; mas aunque su objeto fue ceñir la corona no pudo conseguirlo porque empuñó el cetro su tio Ceolwulfo. Este fue destronado por Beornwulfo, que murió á manos de un asesino, y la Mercia subyugada por Egberto se convirtió en una provincia del vasto imperio que supo fundar este aventajado príncipe.

REINO DE ESSEX.

Las crónicas contemporáneas ofrecen escasísimos pormenores acerca de este reino que en el año 530 fundaron las armas de Erkenwin. Su nieto Seberto despues de abrazar el cristianismo edificó muchas iglesias, y una de ellas dedicada á San Pedro es la actual abadía de Westminster en donde descansan todavía los restos del monarca sajon. Otra construida sobre las ruinas de un templo pagano ocupaba el lugar en que hoy se alza en Londres la catedral de San Pablo. Los misioneros cristianos al paso que hicieron conocer á los Sajones las ventajas del culto que enseñaban les inculcaron el gusto por las artes útiles y por la agricultura;

pero en este último punto estaban sus neófitos tan atrasados que los sucesores de Seberto que reinaban juntos, habiendo visto que el obispo Metel daba la comunion con pan blanco manifestaron muy ardientes deseos de probarlo; pero el obispo se resistió á ello á menos que consintiesen en bautizarse. El obispo fue proscrito, y los dos príncipes volvieron á la idolatría. Sigeberto el Bueno restableció la religion cristiana, y como Setredo que fue uno de sus sucesores y el último príncipe de la familia real, hubiese muerto sin dejar hijos, entronizóse la anarquía, y el cetro que empuñaron varios pretendientes fue por último á parar á manos de Sigeredo, el cual hubo de ceder al ascendiente de Egberto, y acabó su reinado bajo la dependencia del rey de Wessex.

REINO DE SUSSEX.

En la historia de la Heptarquia apenas figura este pequeño estado, que despues de ser regido por Ælla y por Cissa, sus dos primeros monarcas, fue dependiente de Wessex. Adelwach que fue su último príncipe murió en una batalla defendiendo su independencia, y los dos hijos que dejaba fueron sacrificados por órden del vencedor Ceadwalla, rey de Wessex, cuya impaciente crueldad no permitió que aquellos dos niños recibiesen el bautismo antes de ser degollados. Apoderóse del reino y lo incorporó al suyo que muy luego debia absorver todos los otros principados sajones.

REINO DE WESSEX.

Al referir la espedicion de los Sajones á la Bretaña hablamos de Cerdic, y de los muchos combates que hubo de sostener para llegar á establecerse. El reino de Wessex fundado por el mismo se engrandeció progresivamente en tiempo de su hijo Kenric, de Ceolin que obtuvo la dignidad de Bretwalda, y de Ceolric nieto de este último. Forzoso les fue á estos príncipes combatir de continuo

con otros sajones, con los Britanos, con los Scotos y con los Pictos. Cynegils y Cuichelm, hijos de Ceolric reinaron juntos, y ganaron una célebre batalla contra el rey de Essex, que perdió en la accion tres hijos. Los dos hermanos abjurando la religion en que habian sido criados abrazaron el cristianismo, y Cuichelm murió en 635 y el otro en 642, y á los dos sucedió Cenwalch hijo de Cynegils. No quiso imitar el ejemplo de su padre y de su tio abrazando la religion cristiana, y se casó con una hija de Penda rey de la Mercia, á la cual repudió, y arrojado de su reino por el suegro, fue á buscar un asilo en los dominios de Anna, rey de los Estanglos que le resolvió á bautizarse, y como á los tres años hubiese recobrado el trono, edificó una iglesia y un monasterio en Winchester. No habiendo dejado hijos, su segunda muger Sexburga se apoderó del gobierno y supo conservarlo á pesar de la oposicion que encontró en los descendientes de Cerdic y en algunos nobles poderosos. A su muerte la forma de gobierno sufrió un cambio porque los magnates mas ricos y mas influyentes lograron disponer de la corona y eligieron á Œscum que al año siguiente fue reemplazado por Centwin hermano de Cenwalch. Ceadwalla, príncipe de la casa de Cerdic, que le sucedió en 686 puso bajo su dominio el reino de Sussex y la isla de Wight, y en seguida marchó á Roma en donde recibió el bautismo de manos del pontífice Sergio, y murió allí mismo en 688. Ocupó el trono Ina, descendiente de Ceawlin, el cual incorporó á sus estados el reino de Essex, y despues de haber obligado á los reyes de Kent á que reconociesen su autoridad, publicó un código que fijaba las cuotas por las cuales se redimian los delitos, y reprimió los odios y las querellas hereditarias en las familias principales. Despues de reinar 35 años abdicó, y junto con su muger Ethelburga se fue á Roma, en donde pasó los últimos dias de su vida entregado á la austeridad y á la penitencia. Œthelheard y Oswuld á quienes habia nombrado sucesores se disputaron la herencia; mas el primero venció, y despues de un reinado de trece años, en 748 dejó el trono á su hermano Cutbred, quien habiendo alcanzado la victoria en muchas batallas ensanchó su reino con tierras arrebatadas á los

britanos. Sigebyrcht su sucesor fue depuesto por los magnates que eligieron á Cynewulfo, el cual despues de un largo y feliz reinado fue muerto por Cynehard hermano de Sigebyrcht como este lo habia sido cuando arrojado del trono iba fugitivo por los bosques. Cynehard obligado á espatriarse porque era sospechoso al nuevo monarca, se presentó otra vez al cabo de 31 años, impulsado por la venganza y con ánimo de suceder á aquel cuyo sacrificio meditaba. El príncipe se habia trasladado á Merton en el condado de Surrey á casa de su querida, por cuya vecindad se diseminaron los pocos que le acompañaban. Cynehard rodea la casa y se prepara á romper las puertas, cuando el príncipe dispertado por el ruido, baja, le hiere de una estocada, y cae muerto á puñaladas. Acuden los oficiales de su comitiva, mas rodeados por los asesinos se niegan á rendirse y son despedazados. A la noticia de semejante atentado el anciano Osrico, y el magnate Wiverth acuden á Merton; Cynehard solicita conferenciar con ellos, procura justificar su proceder esponiendo las persecuciones que habia sufrido y los derechos de su familia al trono, y acaba ofreciéndoles muchas recompensas si abrazan su causa. Contestan los dos que nunca se sujetarán á un asesino, y exigen de los valedores de Cynehard que se rindan; mas como estos se niegan á verificarlo son esterminados, y solo se salva entre los cadáveres uno de ellos que era ahijado de Osric.

Brithrico y Egberto contienden por la corona, vence el primero, y el segundo se retira á la Mercia, y despues á Francia, en donde adoctrinado al lado de Carlomagno supo hacerse digno del trono que ocupó mas tarde. Brithrico casóse con Eadburga, hija de Offa rey de Mercia y fue asesinado por su esposa, la cual queriendo deshacerse de un favorito que tenia mas privanza que ella arrojó veneno en una copa en que casualmente bebió el rey, muriendo por ende. Descubierto el crímen, Eadburga fue desterrada, y se estableció que en lo sucesivo la esposa del monarca perderia el título de reina, no podria aspirar al trono, y no dispondria poco ni mucho del poder. La criminal muger marchóse á Francia, en donde consumió en los vicios las riquezas que habia atesorado, y al fin

terminó sus dias en Pavía en el oprobio y en la indigencia. Egberto llamado á su patria por el unánime voto de los magnates ocupó el trono, y en una asamblea de eclesiásticos y próceres congregada en Westminster fue solemnemente declarado rey de Inglaterra, tomando este nombre para distinguir á aquel reino del pais de los Galos poblado de britanos que en él buscaron un asilo, y de la parte septentrional que habitaban los Pictos y los Scotos, ó Escoceses.

Acabada la historia de la Heptarquia, poco interesante, aunque atestada de acontecimientos, oportuno juzgamos indicar las causas que los produjeron. Desde luego se presenta como la primera el turbulento carácter de los gefes militares, cuya ambicion no estaba enfrenada ni por la política ni por la justicia. Criados entre el estrépito de las armas, y subidos muchas veces al poder por sus hazañas en el campo de batalla, se aficionaban á la guerra considerándola cual una ocupacion útil á sus intereses, y cual un título á la consideracion de los pueblos. Por otra parte la sucesion del trono radicada en una familia, no pasaba de padre á hijo, sino al príncipe real que por su edad ó por su talento daba á entender que era digno de empuñar el cetro. En los primeros tiempos este método tuvo no pocas ventajas; porque entonces como que los reyes conducian á la guerra á sus vasallos, no podia confiarse este encargo á un niño; pero mas tarde se vieron los inconvenientes de esta costumbre. Semejante sistema dispertaba las esperanzas, y daba orígen á los deseos de los que podian aspirar al poder, preparando de este modo cada vez que vacaba el trono lamentables sucesos orígen de guerras civiles y regicidios. Los vínculos de la obediencia eran asimismo poco estrechos; porque los magnates llamados con frecuencia á disponer de la corona no se sentian dispuestos á someterse. De manera que las desgracias ó la bienandanza del pueblo dependian absolutamente del carácter del monarca; y si bien la religion cristiana logró desterrar los ídolos escandinavos no pudo inocular su moral en aquellos pueblos. Aunque adictos á las fórmulas esteriores del nuevo culto, conservaron su natural fiereza, y los príncipes y prepotentes al paso que cumplian con

escrupulosidad los ritos, despreciaban los mas esenciales preceptos ó les daban una aplicacion equivocada. Ningun crímen les detenia cuando se trataba de satisfacer su ambicion, y creian aplacar á Dios levantando iglesias y monasterios, ó hacian voto de castidad sin embargo de estar casados, esponiendo de este modo al estado á los males de la guerra civil, inminente siempre cuando el príncipe reinante no tiene herederos. A menudo abdicaban el poder para encerrarse en el claustro, y dejando el campo libre á los ambiciosos que con el mayor encarnizamiento contendian por el trono vacante.

EGBERTO.

Este príncipe que se ciñó la corona de Wessex en el primer año del siglo IX ocultando los ambiciosos proyectos que meditaba contra los otros reyes sajones, atacó desde luego á los britanos del oeste que conservaban todavía su independencia, y á los cuales pudo sujetar despues de una encarnizada lucha. Sometió luego á los que vivian en la ribera septentrional de la desembocadura del Severn, y llevando las armas al pais de Gales conquistó de él una buena parte. Acabadas estas empresas pensó apoderarse del reino de Kent al que tenia algun derecho en cabeza de su padre; puesto que era usanza comun entre los príncipes anglo-sajones desmembrar una provincia para darla á sus hijos que la gobernaban como en feudo del primogénito, y en este concepto habia poseido el padre de Egberto el reino de Kent. Mas como este pais fue conquistado por los reyes de Mercia, estos habian dispuesto de él en favor de sus cercanos parientes con los mismos pactos. Egberto lo recobró en 823 á consecuencia de una sonada victoria conseguida sobre Beoruwulfo rey de Mercia y de la sublevacion que los habitantes hicieron en pro del invasor. Los de Surrey, Sussex y Essex imitaron muy luego este ejemplo, y como por la misma época la Estanglia y la Northumbria se sometieron á su cetro, en 830 Egberto incorporó á su corona todos los reinos de la Heptarquia, algunos de los cuales quedaron unidos á Wessex, y los otros aunque separados obedecian sus leyes.

El advenimiento de un príncipe notable por sus talentos milita-

res y por la firmeza de su gobierno pareció augurar á la Inglaterra un porvenir venturoso, cuando la aparicion de los Daneses trajo los horrores de la anarquía, y tras ellos la calamidad de una invasion. Los Daneses pertenecian á aquellos normandos, ú hombres del norte que turbaron los últimos años de Carlomagno, abatieron á sus sucesores, y causaron indecibles estragos por toda Europa. Habitaban la península de Jutland y las playas del Báltico, y á la par de las demas tribus escandinavas no vivian sino del pillage. Hacinados en buques toscamente construidos emprendian largos viages, desembarcando en cualquier parte en donde hubiese que robar, y dejando señalados con la devastacion los caminos que seguian. En el año 787 aparecieron por primera vez en Dorsetshire. Interrogados por el magistrado del territorio contestaron á sus preguntas con las hachas de armas, y dieron muerte á él y á los que le acompañaban. Desde entonces habian hecho muchos desembarcos en Inglaterra, atraidos por la esperanza del robo; mas en tiempo de Egberto sus invasiones fueron menudeando, y hallaron partidarios en los britanos del Devon que deseaban sacudir el yugo de los sajones. Egberto marchó contra ellos y fueron batidos; pero una derrota nada decidia, pues los enemigos se retiraban á los buques y la mar les traia incesantemente nuevos refuerzos. Esta lucha ocupó los últimos años del monarca que murió en 837 dejando la corona á su hijo

ETHELWULF.

Apenas ocupó el trono este príncipe, que criado en un monasterio no tenia el genio guerrero ni las demas cualidades de su padre, cuando los Daneses se presentaron en Southampton con una escuadra de treinta y tres velas. Rechazados entonces volvieron á poco tiempo, y haciéndose cada dia mas audaces tomaron por asalto á Londres, Rochester, Cantorbery y se esparcieron por todo el pais. Se hacia mas difícil resistir sus ataques en cuanto siempre eran imprevistos, porque abandonándose al curso de un rio se arrojaban

de pronto en los distritos mas lejanos, y si en ellos eran rechazados se marchaban para ir á devastar otra comarca indefensa. La avaricia de aquellos ladrones se enriqueció con los ornamentos de las iglesias y con las alhajas de las casas, y su crueldad no perdonaba cosa alguna. Los sacerdotes y los monges á quienes vituperaban haber sustituido á la ley de Odin la de Jesucristo eran sus víctimas predilectas. El recuerdo de que su orígen era el mismo que el de los anglo-sajones inflamaba mas su corage, y les hacia inexorables con sus antiguos compatricios á quienes trataban de apóstatas porque abrazaron por cobardía las costumbres inherentes al nuevo culto, que ellos calificaban de afeminadas. Las ciudades y los pueblos eran incendiados, y muertos ó reducidos á servidumbre los habitantes, que atacados por cien puntos á la vez no podian combinar su defensa, y que faltos de buques no estaban en disposicion de poner término á las calamidades que los daneses les trajeron ni de prevenirlas. En vano Ethelwulf y los demas reyes feudatarios suyos alcanzaron victorias, pues no ofrecian otro resultado que un momentáneo sosiego turbado por el miedo. A pesar de los graves riesgos que amenazaban á sus estados, el monarca se trasladó á Roma para hacer consagrar por el papa á su hijo Alfredo con la esperanza de que de este modo le aseguraba la corona. Durante este viage se casó con Judit, hija de Cárlos el Calvo rey de los Francos; pero de su anterior esposa tenia tres hijos, cuyo primogénito Ethelbaldo quiso aprovechar la ausencia del padre á fin de hacerse dueño del poder, para lo cual le daban favor algunos obispos y magnates á quienes descontentó que la segunda consorte del monarca hubiese sido coronada como reina á despecho de la ley que abolia este título y sus prerogativas en las hembras. A tales nuevas Ethelwulf apresuró su vuelta á Inglaterra; y padre é hijo ajustaron un tratado, en virtud del cual el segundo se quedó con Wessex, primitiva herencia de la familia, y el primero reservóse para sí los reinos de Kent, Sussex, Essex y Surrey hasta su muerte acaecida en 857.

ETHELBALDO, ETHELBERTO, ETHELREDO.

Apenas fue rey Ethelbaldo que habia alcanzado de la ternura de su padre el reino de Wessex, cuando se casó con su madrastra Judit, despreciando la oposicion del clero, y las murmuraciones del pueblo; mas aquel incestuoso matrimonio se terminó con un divorcio, y dos años despues de él murió Ethelbaldo dejando el trono á su hermano Ethelberto. Al advenimiento del nuevo monarca se presentaron otra vez los daneses, cuyas invasiones de algun tiempo á aquella parte habian sido menos frecuentes, porque ocupados en asolar la Galia y en recorrer las costas del Mediterráneo perdieron de vista la Inglaterra. En su invasion reciente incendiaron á Winchester capital de Wessex, y en 864 habiendo tomado posesion de la isla Thanet establecieron su cuartel general en ella, y dejándose caer desde allí en otros puntos del pais acabaron por acantonarse en algunas ciudades de que se habian hecho dueños. Solo un sitio podia desalojarlos de ellas, y asi fue que los habitantes de Kent desesperando de conquistar la paz contra tales enemigos determinaron comprarla. Los daneses recibieron el precio convenido, y cesaron las hostilidades todo el tiempo necesario para repetirlas con mayor probabilidad del triunfo. Los Estanglos fueron víctimas de un rigor semejante; pues como sacrificando la seguridad comun á un cobarde egoismo hubiesen proporcionado guias y caballos á los bárbaros para invadir la Northumbria, la traicion produjo la perfidia, y su crímen fue muy pronto castigado, porque los daneses encontrando la Estanglia muy mal dispuesta á la defensa la invadieron á deshora y con una celeridad increible. El rey Egmundo fue á su encuentro hasta Suffolk, en donde fue vencido, y como huyendo de la persecucion se refugiase debajo del ojo de un puente fue descubierto por el brillo que heridas por la luna arrojaban sus espuelas de oro. Los enemigos lo ataron á un árbol, y le dieron muerte á latigazos exigiéndole que abjurase su religion, y al fin le decapitaron sin haber podido doblegar su firmeza. Asi

terminó su vida en 866 dejando el trono á Ethelredo que ausiliado por Alfredo su hermano menor procuró resistir á los daneses; mas habiéndole faltado los socorros de los reyes feudatarios hubo de combatir con sus solos vasallos, á pesar de lo cual la suerte le fue tan propicia que venció á sus adversarios obligándolos á encerrarse en la ciudad de Reading á la que puso sitio. Despues de muchos combates de poca importancia, los daneses que habian recibido ausilios tomaron la ofensiva, cuando Ethelredo herido en el campo de batalla murió en 771, dejando á Alfredo un reino devastado por la guerra, desalentado por las desgracias, y próximo á perder la independencia.

ALFREDO EL GRANDE.

En la época en que este príncipe de edad de 22 años empuñó las riendas del gobierno, la Inglaterra no presentaba mas que un vasto campo de desolacion y de miserias. Otra cosa no se veia que ciudades desmanteladas, monasterios arruinados y campos yermos, porque los hombres que los cultivaron habian perecido á manos de los daneses, ó salvado la vida con la fuga. En efecto los bárbaros hacian morir en el tormento á los que no pagaban cuantiosos rescates; sin perdonar edad ni sexo, arrancaban á los niños del pecho de las madres, y clavándolos en los hierros de las lanzas los paseaban á manera de trofeos. Las mugeres entregadas á los ultrages de la brutalidad mas desenfrenada sufrian antes de espirar los mas crueles tratamientos, y cuentan que todas las religiosas de un convento se mutilaron el rostro con la esperanza de que la deformidad las pondria á cubierto de la licencia de los soldados; y si bien es cierto que sucedió lo que ellas habian creido, los daneses incendiaron el convento y aquellas desdichadas víctimas murieron entre las llamas.

Alfredo rodeado de los enemigos que eran ya dueños de la Northumbria y de la Estanglia solo podia contar con sus fuerzas porque los otros gefes anglo-sajones ó bien no ejecutaban sus órdenes

ó bien transigian con el enemigo. Burhed rey de Mercia que apeló al vergonzoso espediente de comprar su seguridad, se atrajo con esto su pérdida, pues atacado por sus recientes amigos abandonó el trono y se fué para Roma á ocultar su degradacion en un monasterio. Los vencedores pusieron en su lugar un fantasma de monarca llamado Ceolwulf antiguo ministro de Burhed, quien saqueó á sus pueblos en beneficio propio hasta que los enemigos le arrebataron, para ejercerlo ellos mismos, el poder que le habian prestado. Alfredo entre tanto rechazó á los daneses y los tenia sitiados en Exeter; mas no habiendo podido tomar esta plaza trató con los sitiados, quienes á despecho de la fe jurada, en lo mas áspero del invierno hicieron una repentina invasion en sus estados. Este ataque en una época del año en que las operaciones militares se interrumpian siempre causó tal espanto á los habitantes, que sin tratar de defenderse se salvaron unos en la isla de Wight y otros se sometieron sin probar la suerte de las armas. El rey Alfredo viéndose sin vasallos despidió el corto número de amigos que le quedaban, y en compañía de su anciana madre Osburga se fue á Athelney, lugar aislado, puesto en la confluencia de los rios Thone y Parrett, y que por estar circuido de pantanos era de difícil acceso. En aquel lugar, víctima el monarca de todas las privaciones no podia contar para su subsistencia sino con lo que se procuraba con la caza y la pesca, y con lo que podia merodear en el pais inmediato que los daneses ocupaban. Obligado á mudar frecuentemente de vivienda hubo de recurrir muchas veces á la piedad agena para alcanzar un alimento mezquino y una hospitalidad momentánea. La siguiente anécdota es una prueba de ello. Recogido en la cabaña de un boyero, la muger de este le encargó que tuviese cuidado de unas tortas colocadas en torno de la lumbre; mas Alfredo distraido en arreglar el arco y las flechas no reparó que las tortas se quemaban: conociólo la huéspeda y riñó al príncipe diciéndole: si sois tan descuidado no haréis en el mundo cosa de provecho.

Mientras que Alfredo esperaba la ocasion oportuna para presentarse de nuevo, el conde de Devonshire sitiado en el castillo de Kin-

with por los dos gefes daneses Biorn y Hubba hizo una salida, en la cual mató á entrambos, y cogió la bandera que era obra de las hijas de Reniero Lodbrok, y representaba un cuervo dotado de virtud profética segun la creencia de los Escandinavos. Cuando debian alcanzar la victoria, el cuervo parecia dispuesto á tomar el vuelo, y si debian sucumbir á sus contrarios el ave bajaba la cabeza y ponia las alas caidas. La toma de la bandera sembró el desaliento en los invasores que se creyeron abandonados de sus dioses, mientras que sabedor Alfredo de la victoria de sus gentes trató de sacar de ella algun provecho. Disfrazado de Escaldo (que era entre los Daneses lo mismo que un bardo entre los Ingleses y Escoceses) se atrevió á introducirse en el campo enemigo para examinar la disposicion en que se hallaba. Los daneses arrobados por sus cantares lo detuvieron allí por algunos dias, y cuando al fin volvió á Athelney convocó para un dia fijo á los habitantes de Sommerset, de Dorset, y de Hampshire señalándoles como lugar de cita el bosque de Selwood. Allá acudieron en gran número y Alfredo recibido con aclamaciones de alegría los inflamó con sus discursos y los condujo al combate. La accion tuvo principio arrojando los anglo-sajones una nube de flechas, y en seguida los dos ejércitos se atacaron cuerpo á cuerpo. Despues de una lucha tàn larga como mortífera los daneses vencidos se refugiaron en su campo defendido por un ancho foso y por algunos atrincheramientos, y estenuados por el hambre se rindieron despues de catorce dias de bloqueo. No pudiendo Alfredo arrojarlos de la tierra á causa de su número, y porque carecia de buques, resolvió establecerlos en el mismo pais que habian asolado. Les cedió para ello la Estanglia, una parte de Essex y de la Mercia, provincias devastadas por la guerra en las cuales les dió permiso para vivir en calidad de vasallos de la corona. Guthrun gefe de los piratas se convirtió al cristianismo como tambien sus compañeros, y Alfredo despues de haber sido su padrino, ajustó con él un tratado de alianza cuyas condiciones observó escrupulosamente el danes durante toda su vida. La victoria del monarca ingles fue orígen de ventajas nuevas y tan decisivas que bien pronto recobró la posesion de todos sus

estados; mas como para robustecer su poder era preciso organizar las fuerzas de la monarquía de un modo regular y duradero, sustituyó á los levantamientos en masa una milicia que debia servir por divisiones que turnasen en sus salidas á campaña. Para proteger las costas del reino aparejó una escuadra de ciento veinte buques tripulada por marineros ingleses y por frisones que eran entonces los mas espertos marinos, de los cuales Alfredo habia tomado muchos á su sueldo á fin de que adoctrinasen á sus vasallos. A pesar de que con estas medidas alejó la tempestad no pudo disiparla porque subsistian las mismas causas, y los efectos que estas produjeron turbaron los últimos años de su reinado.

En efecto en el año 893 el célebre pirata Hasting despues de haber devastado la Francia se presentó de improviso en las aguas de Kent á la cabeza de trescientos treinta buques cargados de aventureros ansiosos de sangre y de pillage. Desembarcando en la provincia lo pasó todo á sangre y fuego, á cuya noticia acudió Alfredo, y derrotando á los invasores hizo prisioneros á la muger y á los hijos de Hasting que le devolvió, sin haberles hecho ultrage alguno y sin exigirles rescate; mas el danes que no supo conocer el mérito de este desprendimiento, despues de haber reunido sus dispersadas fuerzas penetró en Mercia amenazando llevar sus armas hasta el centro de Inglaterra. Esta irrupcion era tanto mas de temer en cuanto iba á ponerle en contacto con sus antiguos compatricios, que si bien convertidos al cristianismo cumplieron fielmente sus promesas mientras vivieron Guthrun y su sucesor Gutheed. Al saber las victorias de Hasting se mostraron otra vez turbulentos, y cansados de la paz acabaron por sublevarse. Embarcados, de repente se presentaron en Exeter. Alfredo dejando algunas tropas para contener á Hasting marcha contra ellos, los derrota, y los obliga á dirigirse hácia Sussex, en donde rechazados por las milicias del pais se hicieron otra vez á la mar sin que volviesen á parecer nunca. El mismo Hasting acabó por abandonar la Inglaterra.

Alfredo, gracias á su valor, á su actividad y á su vigilancia, consiguió poner nuevamente su reino á cubierto de la opresion de

1. Druida de primer rango. 2. Druida de segundo rango. 50 años antes de J.C.

Pl 3





Lalaisse del.

1. DRUIDE DE 1ère CLASSE. 2. DRUIDE DE 2ème CLASSE. 50 ans av. J.C.

ANGLETERRE

los Daneses. Los que volvieron al ejercicio de la piratería perseguidos por su escuadra espiaron sus crímenes en un patíbulo, ó bien fueron á devastar lejanas comarcas, y los otros se confundieron con sus hermanos de la Northumbria y de la Estanglia. El monarca subyugó á estos últimos sin combatir con ellos; mas en vez de darles un virey de orígen danes, los puso bajo el mando de un gefe estrangero sujeto á sus inmediatas órdenes. Despues de haber pacificado toda la Inglaterra ya sometida á su dominio, falleció este monarca en el año 901 y á la edad de 50.

Si la posteridad le ha dado el apellido de *Grande* es bien cierto que pocos han hecho tanto como él para merecerlo. Fue legislador, y dió instituciones á su pueblo. Combinando las ordenanzas de Ethelberto, de Ina, de Offa, y de otros monarcas sajones, compuso un código que estaba en armonía con las costumbres y con las necesidades de sus vasallos. Ante todo le era indispensable hacer que en la sociedad se estableciese órden; pues sin este no era dable que fuesen conocidas las ventajas de la justicia, y consiguió lo primero dividiendo el pais en condados, los condados en cantones y los cantones en decenas de familias. Cada gefe de familia respondia de las personas de ella y aun de sus huéspedes si moraban en su casa mas de tres dias. Diez gefes de familias contiguas formaban una comunidad, se servian mutuamente de fiadores, y eran presididos por un *Tythingman*, *Headbourg*, ó *Borsholder*, que tanto quiere decir como gefe de comunidad. Era preciso inscribirse en una de las decenas, y para trasladar el domicilio de un punto á otro se necesitaba un certificado de buena conducta, dado por el gefe de la comunidad de donde se salia. Cuando un hombre estaba indiciado de algun crímen era puesto en la cárcel hasta juzgársele, á menos que se presentase como fiador suyo el gefe de la comunidad, y si despues de esto se escapaba, el gefe y los miembros de la comunidad entera debian sufrir la pena que la ley pronunciaba contra el prófugo. Semejante organizacion aunque muy opuesta á la libertad individual era absolutamente necesaria en una época en que se trataba de establecer á toda costa la seguridad. Infestado el pais por daneses vagamundos, ladrones por aficion y

por oficio, y de anglo-sajones empobrecidos por la guerra, no tenian otro medio de subsistir que el robo, y era asi imposible desterrár estos males sin las severas medidas adoptadas por Alfredo. A beneficio de ellas desaparecieron los malhechores, y la fuerza ausiliando á la justicia ejerció tal imperio sobre los espíritus, que al decir de los historiadores nadie se atrevia á coger las alhajas de mucho precio que de intento se dejaban por los caminos. El príncipe era el mas solícito para que fuesen ejecutadas las leyes, y se mostraba especialmente inexorable con los magistrados prevaricadores; de los cuales en el solo espacio de un año fueron condenados á penas mas ó menos graves cuarenta y cuatro que habian pronunciado fallos inicuos ó injustos. Esta inflexibilidad que no se doblegaba á las consideraciones ni á las riquezas, produjo los mas felices resultados.

Las frecuentes guerras de Alfredo con los Daneses, al paso que le enseñaron á vencer le hicieron atinar en los medios de prevenir sus ataques. Habiendo hecho construir buques mas largos y mas altos que los de los piratas se sirvió de ellos para alejarlos de sus costas ó para cortarles la retírada en caso que tuviesen la audacia de hacer desembarcos. Las ciencias y las letras cuyos primeros resplandores aparecieron con los misioneros enviados á la isla por la corte de Roma se apagaron tan absolutamente que el monarca no pudo encontrar en sus estados un solo hombre capaz de entender una obra latina, y por esto él mismo se dedicó á esta empresa que le tuvo ocupado todo el resto de su vida. Tradujo en lengua vulgar la crónica de Orosio que contenia la historia del mundo hasta el siglo V de la era cristiana, á esta añadió algunas nociones geográficas acerca de los habitantes de la Germania, y varios pormenores de los viages de Audher al polo norte y de los de Wulstan por el Báltico, viages hechos en su tiempo, y cuya relacion la habia oido de los mismos que los emprendieron. Tradujo tambien al idioma del pais la historia eclesiástica del mongo sajon Bede. Al dar á conocer á sus vasallos los anales de su patria esperaba sin duda dispertar su curiosidad é inspirarles el gusto hácia el estudio. Para su instruccion propia tradujo tambien los consuelos de Boece,

profundo tratado de moral compuesto por su autor en la cárcel, y en el cual se descubrian rasgos de una resignacion admirable. Para el mismo objeto tradujo algunos pasages de las confesiones de San Agustin, libro de grande enseñanza, en donde el ejemplo está al lado del precepto; mas esta última traduccion no ha llegado hasta nosotros como tampoco las fábulas y apólogos que escribió á imitacion de Esopo y de Lokman.

Cuando Bede en el siglo VIII escribia sus anales la antorcha de la sabiduría brillaba con mucho resplandor en la Gran Bretaña; pero los estragos de los Daneses cargaron en particular sobre las iglesias y los monasterios, que entonces eran los únicos depositarios del saber humano. Los asesinatos de sacerdotes y monges, y la destruccion de las bibliotecas habian sumergido al clero en una ignorancia tan crasa que no podia celebrar dignamente los oficios divinos. Alfredo trató de remediar este daño, y compuso una version de la pastoral de Gregorio el Grande. Se dirigió una copia de esta obra á cada obispo mandándoles que la depositasen en la catedral á fin de que pudiese servir para el uso de los presbíteros de la diócesis. El rey estaba tan persuadido de las ventajas de la instruccion, que para obtener algun cargo público era indispensable contar con ciertos conocimientos. Si el agraciado carecia de disposicion ó su mucha edad era un obstáculo para instruirse se le permitia presentar un sustituto, fuese su hijo, su pariente, ó su vasallo, al cual enviaba á estudiar en lugar suyo. Por lo dicho se ve que Alfredo en medio de su agitada vida alimentaba incesantemente su espíritu con la lectura, y la ponia en ejercicio por medio de trabajos intelectuales. Aunque de pronto parezca imposible conciliar esto con los deberes que el gobierno supremo le imponia, se esplica fácilmente al ver la distribucion que hacia de las horas, pues dedicaba ocho de ellas al estudio y á los ejercicios de piedad, igual número á los negocios públicos, y las ocho restantes á las diversiones y al sueño. En defecto de reloj para medir sus ocupaciones suplia esta falta por medio de velas de tamaño igual que consumiéndose marcaban exactamente la division de las horas.

En cuanto á sus rentas destinaba la mitad de ellas á las necesi-

dades públicas y la otra mitad á obras piadosas y de misericordia. Amante de las artes, queria á los artistas, y gustaba de platicar con ellos para enriquecer su espíritu con los conocimientos que tales conferencias le proporcionaban. Construyó palacios en sus dominios, reedificó la ciudad de Londres y muchas otras que fueron devastadas por los daneses, y levantó mas de cincuenta casas fuertes en varios puntos del territorio con el objeto de atalayar á los piratas y de contener sus estragos. Dícese que fundó la universidad de Oxfort, y creó gran número de escuelas con el objeto de derramar la instruccion en todas las clases. Entre los sabios á quienes sus larguezas atrajeron á la corte se cuentan á Grimbaldo que dejando la Galia que era su patria se fue á Inglaterra, á Juan Scott llamado Erigenes, y á Asser de San David á quien hizo obispo de Sherbourne. Asser se obligó á residir la mitad del año cerca del rey, cuyo amigo fue, y de quien escribió una biografía llena de curiosos pormenores, cuya naturalidad es una garantía de su exactitud.

Si Alfredo no tuvo todas las calidades que á porfía le atribuyen la mayor parte de los historiadores; si al advenimiento al trono dejó entrever algun orgullo y alguna tendencia al despotismo; si se manifestó harto aficionado á los placeres, la desgracia corrigió bien pronto sus imperfecciones que acabaron por convertirse en virtudes. Para su elogio basta decir que venido al mundo un siglo despues de Carlomagno, su gloria fue puesta en parangon con la del héroe frances sin que por esto quedase eclipsada.

EDUARDO I,

APELLIDADO EL VIEJO.

Los derechos de este príncipe al trono fueron contrastados por su primo Ethelbaldo hijo del hermano mayor de Alfredo. Reunióse el consejo nacional, y decidió en favor de Eduardo, que marchó al momento contra su competidor, el cual retirado á la fortaleza de Winburne juró que no se rendiria sino perdiendo la vida. A pesar de esto al acercarse el monarca se evadió clandestinamente

para refugiarse en la Northumbria habitada por los daneses que le confirieron el título de rey, y á su cabeza invadió el Essex y la Mercia. Esta última provincia estaba entonces gobernada por Ethelfleda digna hija de Alfredo cuyos grandes talentos poseia. Por sí misma condujo las tropas al combate, y en la batalla de Breccanmere hizo prisionera á la muger de un príncipe de Gales. Tomó á Derby, Leicester, recobró parte del territorio de la antigua Mercia, y obligó á los daneses que habitaban el pais á reconocer su imperio. A poco tiempo de estos sucesos murió en 920 dejando sus dominios á su hija Elfwina que harto débil para sostener un poder que habian mantenido las armas fue despojada de él por su tio Eduardo, el cual pagó con la ingratitud mas insigne los servicios de la madre. Continuó la guerra contra los Daneses con los cuales hizo un tratado de paz despues de la muerte de su rival Ethelbaldo que falleció en el campo de batalla; mas la paz no podia ser duradera con tales enemigos, los cuales aunque establecidos en Inglaterra habian conservado el amor á la independencia, y el turbulento espíritu de sus antepasados. Sujetos á una porcion de gefes iguales entre sí, y siempre divididos, supo Eduardo sacar partido de esta mala organizacion; despues de una lucha de muchos años los obligó á reconocerle por señor y á prestarle juramento de fidelidad. A imitacion de su padre estableció en los mas interesantes sitios del territorio campos atrincherados, los cuales en caso de una invasion eran un punto de defensa para la milicia del pais, y un lugar de refugio para los habitantes de la campiña, quienes acabaron por formar en ellos establecimientos fijos que con el tiempo se convirtieron en ciudades: tal ha sido el orígen de las principales de Inglaterra. Eduardo á fuer de político hábil y guerrero infatigable, consiguió crear un imperio mas dilatado que el de sus predecesores, y su supremacía fue reconocida por todas las tribus desde la Northumbria hasta el estrecho, por los reyes britanos, por los daneses, los ingleses habitantes al norte del Humber, los pueblos de Strath-Clyde y de Cambria, los Escotos y los del pais de Gales. Despues de haber reinado sobre ellos con el título de protector murió en 925.

ATHELSTAN.

La hermosura que desde muy jóven despuntaba en el rostro de este príncipe dió lugar á que se le apellidara Athelstan, que tanto quiere decir como piedra preciosa. Su abuelo Alfredo lo amaba tiernamente, y lo probó cuidando de su educacion con mucho esmero, y llegado apenas á la adolescencia lo emancipó entregándole un manto de púrpura, un tahalí guarnecido de piedras preciosas y el alfange sajon llamado seax, metido en una vaina de oro. Revestido desde aquel instante con todos los derechos y privilegios de un guerrero independiente, hizo uso de ellos para emprender un viage marítimo durante el cual visitó las playas del Báltico. A la muerte de su padre tenia treinta años, y fue coronado en Kingston sobre el Támesis, en cuya ciudad los reyes de Wessex tomaban posesion del trono poniéndose de pie sobre una roca (1). En los primeros dias de su reinado tramaron una conspiracion contra la persona del jóven monarca el príncipe Alfredo y algunos magnates de Wessex, los cuales habian resuelto prender al rey en Winchester, sacarle los ojos y poner en su lugar á Alfredo. Descubierto el proyecto este negó el crímen de que se le acusaba, y se le permitió justificarse por medio del juramento, para cuya ceremonia que habia de verificarse en manos de un obispo, el príncipe fue enviado á Roma á fin de que se sincerase del cargo en presencia del papa. Introducido en la Basílica de S. Pedro juró que era inocente, y de prontó cayó sin sentido al pie del altar, y á los tres dias terminó la vida. Esta repentina muerte fue reputada como una prueba del delito del príncipe, y el consejo nacional adjudicó sus bienes al rey, que hizo donacion de ellos al monasterio de Malmsbury. Athelstan, soberano de toda la Inglaterra disponia de un poder mas de nombre que de hecho; pues la mayor parte de

---

(1) En 1735 aun subsistia si bien que arruinada por los siglos la antigua capilla que recordaba esta ceremonia.

los régulos sajones, britanos y daneses vasallos suyos, eludian con frecuencia sus órdenes ó las rechazaban abiertamente. En tales circunstancias resolvió sujetarlos á su yugo, y comenzó por los reyes de Gales, los que subyugados uno tras otro fueron á prestarle homenage en Hereford, y se obligaron á pagarle un tributo anual que consistia en veinte libras de oro y trescientas de plata. Comprometiéronse ademas á hacerle un regalo de halcones y de perros muy ágiles, y llevar á sus quintas veinte mil bueyes. Últimamente se convino en que aquel territorio comprendido entre el Severn y el Wye seria incorporado á la Mercia. Conseguida la pacificacion del pais dirigió el monarca sus armas hácia la parte septentrional poblada por los Daneses. Anteriormente la hermana del príncipe se habia casado con el rey de estos Sihtric; mas como este fuese asesinado, los gefes northumbrios dijeron á Godofredo su hijo: „En otro tiempo éramos libres y no servíamos al rey del sud; librémonos pues de este vergonzoso vasallage." Con esto lo pusieron á su cabeza, enarbolaron el cuervo danés sustituyéndole al dragon de Wessex y se alianzaron con Constantino rey de los Escotos cuyo territorio era rayano con el suyo; pero vencidos por Athelstan fueron á buscar un asilo allende los mares, y Constantino forzado á dar su hijo en rehenes hubo de reconocer al monarca ingles como soberano.

Mientras tanto el gefe escandinavo Olava acababa de apoderarse de Dublin en Irlanda en donde su poder diariamente crecia y al cual fue á juntarse Constantino, y muy luego entraron en la liga todos los príncipes de Gales. La armada de Olava engrosada con muchos piratas daneses y noruegos en 937 se presentó de repente en la desembocadura del Humber en número de seiscientas veinte velas. Los lugartenientes del príncipe que gobernaban la provincia sucumbieron al número, y habiendo muerto uno de ellos en el combate, el otro pudo escaparse y avisar al monarca, que al punto marchó al encuentro del enemigo. Llegado á Brunnaburgo se detuvo al frente del ejército adversario, cuando el gefe danes imitando la estratagema de Alfredo penetró disfrazado de bardo en el campo anglo-sajon. Conducido á la tienda del príncipe este lo

elogió mucho, y le dió un bolsillo lleno de oro; mas no pudiendo el príncipe resolverse á llevar consigo aquel dinero que consideraba como un vil salario, hizo un hoyo en tierra y lo depositó dentro de él. Un soldado que en otro tiempo habia servido á sus órdenes lo reconoció, y cuando ya se hubo retirado fue á denunciarlo á Athelstan, este le trató de pérfido, mas el soldado respondió con indignacion: te engañas, ó rey; el mismo juramento que te responde de mi fidelidad se lo he prestado á Olava, y si yo fuese perjuro con él entonces podrias achacarme que soy traidor para contigo. Te aconsejo sin embargo que si quieres ponerte á salvo de tu enemigo retires tu tienda del lugar que ocupa ahora. El príncipe siguió este consejo, y el sitio que dejaba vacante fue ocupado á la tarde por un obispo que llegó con sus tropas. A media noche arrójase Olava sobre el campo enemigo, va directamente al punto en que vió flotar el estandarte real, y degüella á cuantos allí se encuentran. Athelstan dispertado por el ruido junta sus tropas, y en medio de las tinieblas se comienza el combate que al acabarse el siguiente dia terminó con la completa derrota de los enemigos que en el campo de batalla perdieron cinco reyes y siete condes. Constantino se marchó hácia el norte, y Olava volvióse á Irlanda con las reliquias de su ejército. Esta decisiva victoria consolidó el poder de Athelstan que habiendo desde entonces reinado en Inglaterra sin oposicion alguna, debe ser considerado como su primer monarca. Alfredo y su hijo Eduardo habian comenzado á tomar el título de reyes de los anglo-sajones; Athelstan se dió unas veces el de rey de los ingleses y otras el de toda la Bretaña. Sus inmediatos sucesores los conservaron ambos; pero en menos de un siglo el primero cayó en desuso y solo el segundo ha llegado hasta nuestros dias.

La fama de Athelstan se derramó hasta los paises estrangeros, y se procuraron su amistad los príncipes mas grandes. La consideracion que inspiraba su sabiduría hizo que Arnoldo Harfagre rey de la Noruega le enviase el príncipe Haco que era el mas jóven de sus hijos á fin de que se educase en su corte. Mas adelante apoyado Haco por una escuadra inglesa destronó á su hermano mayor

que se habia enagenado el amor de los pueblos, y fue rey y legislador de los Escandinavos. Athelstan cuidó de la educacion de otros dos jóvenes no menos ilustres, uno de los cuales fue Alano hijo de un príncipe breton arrojado de su pais por el célebre Rollon. Athelstan fue su padrino de bautismo, y despues de haberlo educado lo envió á su patria al frente de un ejército de bretones espatriados, y de aventureros ingleses á tentar fortuna. Fue tanta la que tuvo, que conquistadas sus posesiones subió al trono de Bretaña. El otro jóven fue Luis de Ultramar hijo de Cárlos el *Simple* rey de Francia y sobrino de Athelstan, quien mas tarde le ausilió para recobrar la corona.

Athelstan murió en 940 sinceramente llorado por sus vasallos. Hacian mas seductora su dulce y hermosa fisonomía sus rubios cabellos entrelazados con hilos de oro. Era amable con reserva, generoso sin prodigalidad, y accesible á cualquiera de sus vasallos. Hizo leyes y reglamentos para el procedimiento criminal, y velaba con mucho esmero en la administracion de justicia; asi es que sin contemplacion alguna imponia multas, y aun privaba de la magistratura á los jueces apáticos ó negligentes. Considerando la caridad como uno de sus deberes primeros todos los años rescataba á sus espensas algunos de los infelices que habian caido en la esclavitud por no poder pagar las contribuciones. Sus arrendatarios estaban obligados á asociarse de dos en dos para proporcionar la subsistencia y todo lo necesario á un pobre de orígen ingles *si era posible encontrarlo*; observacion que denota la prosperidad que generalmente se gozaba, gracias á su sabio gobierno.

El reinado de Athelstan se manchó con un crímen que hubo de causarle muchos remordimientos y fue la muerte de su hermano Edwin acusado de ser cómplice del príncipe Alfredo en el proyecto de quitar al monarca el trono y la vista. Por mucho que Edwin protestó de su inocencia fue puesto con su escudero en una lancha abandonada á las olas sin timon, sin remos y sin velas. La lancha por una casualidad feliz fue vuelta á la playa por la marea; pero únicamente el escudero salvó la vida por que Edwin temiendo los tormentos del hambre se habia arrojado á la mar. Athelstan no

tardó en descubrir que habia sido engañado, y se condenó á una penitencia de siete años que si espió su error no pudo repararlo.

EDMUNDO.

Este príncipe hermano de Athelstan tenia apenas diez y ocho años cuando fue llamado á reemplazarle. Los Northumbrios creyendo que el advenimiento de este jóven era una coyuntura favorable para recobrar su independencia enviaron mensageros á Irlanda ofreciendo el trono á Olava á quien hemos visto figurar en el reinado precedente y que ademas de la invitacion de los Northumbrios podia contar con el apoyo de algunos magnates ingleses, entre los cuales estaba Wulstan arzobispo de York. Seguro de esto fue á desembarcar á la desembocadura del Humber, y se apoderó de Tamworth en donde hizo una rica presa. Desde entonces continuó la guerra entre Olava y Edmundo hasta que despues de ventajas y pérdidas por ambas partes se terminó en 943 por medio de un tratado que negociaron los arzobispos de York y de Cantorbery. En virtud de él la Inglaterra fue repartida entre los dos rivales, quedándose Olava con las provincias situadas al norte de Watling-Street, y Edmundo con la parte meridional; conviniendo en que á la muerte de uno de ellos el sobreviviente se apoderaria del imperio entero. Habiendo muerto Olava en el año siguiente, el príncipe ingles invadió al instante la Northumbria, y aunque trataron de resistirle dos gefes daneses, fueron vencidos y arrojados por Edmundo que dueño de la Northumbria redujo en seguida los cinco burgos compuestos de las ciudades de Derby, Leicester, Nottingham, Stamford y Lincoln. Estas ciudades colocadas en el centro de la Mercia estaban pobladas por descendientes de los daneses, dispuestos siempre á favorecer las empresas de sus antiguos compatricios: por esto Edmundo les espulsó colocando en ellas colonos ingleses de cuya fidelidad no podia tener recelos.

Los britanos de Cumbria, hoy ducado de Northumberland, estaban separados de los Anglo-sajones por orígen, por idioma y por

costumbres. Segun las tradiciones la Cumbria es el pais en donde profetizó Merlin, y en donde Arturo tenia su corte tan celebrada por los romanos. El reino era gobernado por gefes ó régulos sometidos á un gefe supremo llamado Pendragon. Estos príncipes vencidos por los monarcas ingleses, y obligados por ende á reconocer su supremacía, se mostraban siempre dispuestos á sacudir un yugo que detestaban. Edmundo resuelto á someterlos á sus leyes comenzó por dividirlos, y confederándose con Lewellin que era uno de ellos, y reinaba en la parte sud del pais de Gales, destruyó á Dumhnail, rey principal de la Cumbria, á cuyos hijos que cayeron en sus manos hizo arrancar los ojos. Esta barbarie aseguró al vencedor su conquista que algun tiempo despues cedió á Malcom rey de los Escotos, que segun las crónicas se obligó á ser su cooperador por mar y tierra, que tanto es como vasallo. Las hazañas de Edmundo, y la sabiduría de su política parecian prometer un porvenir brillante, cuando en el sesto año de su reinado como el monarca se hallase celebrando con un espléndido convite el aniversario de S Agustin apóstol de los Sajones apercibió entre los convidados á un cierto Leof condenado á destierro por sus delitos. Al momento envió un copero mandándole que se retirase, y como Leof no quiso obedecer, Edmundo ciego de cólera lanzóse de su asiento, cogió á Leof por la cabellera, y mientras se esforzaba para derribarlo arrancó el asesino un puñal que escondido llevaba, y atravesó el corazon del príncipe que cayó muerto en el acto.

EDREDO.

Edmundo dejaba dos hijos, á saber: Edwy y Edgar; mas sus pocos años, como que el mayor llegaba apenas á los nueve, los hacian incapaces de regir el cetro, que por el consejo nacional fue puesto en manos de Edredo hermano del monarca, y á quien se dió el título de rey de los anglo-sajones, de los northumbrios, de los paganos y de los britanos. Tales son las palabras de los escritos de la época; de donde se deduce que la Mercia y Wessex compo-

nian el reino propiamente dicho anglo-sajon ó ingles, venia despues la Northumbria, y en órden al estado de los paganos lo formaban sin duda los principados que quedaron en poder de los gefes daneses que habian conservado el culto de Odin. El pais de Gales y la Cumbria eran la parte restante. Cada uno de estos estados, esceptuando los dos primeros, tenian una administracion independiente; de modo que el imperio mas bien que una monarquía era una federacion feudal, presidida por el rey de Wessex, cuya autoridad estaba tan mal fijada como era poco obedecida. Una prueba de esto fue que el mismo Edredo acababa apenas de ser reconocido en la Northumbria cuando hubo de penetrar en ella á mano armada, porque esta provincia habiendo dejado de obedecer muy luego la autoridad del rey ofreció la corona á Erico príncipe noruego, arrojado de su pais y que poco antes desembarcó á la cabeza de una division de piratas. Cuando Edredo hubo devastado la campiña, á su vuelta fue sorprendido por Erico que desbarató la mayor parte de su ejército, mas el monarca ingles juró vengarse, y lo hubiera hecho á no ser que algunos magnates northumbrios temiendo los efectos de su cólera obligaron á Erico á que abdicase, y lo asesinaron juntamente con su hermano. Edresdo puesto en posesion de la Northumbria al punto hubo de disputar el poder con un gefe danes á quien habia instigado el arzobispo Wulstan. Fue contra los rebeldes, los batió, é hizo prender á Wulstan, quien hubo de renunciar el arzobispado, recibiendo en cambio el obispado de Dorchester, con lo cual perdido su influjo fue á terminar sus dias al condado de Oxford. Los principales magnates northumbrios fueron arrojados de su pais, abolióse el título de rey, y la Northumbria privada de la calificacion de reino, tomó el nombre de condado, y fue gobernado por el conde Osulf, uno de los instigadores y quizás uno de los asesinos de Erico. Desde esta época la Northumbria cayó en el rango de provincia y deja de ocupar la atencion de la historia.

Poco despues de los últimos acontecimientos, y cuando corria el año 955, Edredo murió de enfermedad natural; durante su reinado le gobernó siempre su favorito Dunstan á quien es menester

que nuestros lectores conozcan. El influjo que tuvo en los negocios, y que supo conservar no solo en tiempo de Edredo sino tambien en el de sus sucesores fue un efecto de la superioridad de su genio, y de la firmeza de su carácter. Hijo de una familia noble, la debilidad de su constitucion física no le permitió dedicarse á las armas, y por ello se dió á las letras y á las artes, y para su tiempo fue un hombre prodigioso. Escultor, pintor, calígrafo y músico, sus talentos le distinguieron mucho en la corte de Athelstan, en la cual le introdujo su tio Athelm arzobispo de Cantorbery. Aunque muy luego se grangeó el afecto del monarca, como sus enemigos le acusaron de que se dedicaba á la magia consiguieron que se enfriase el amor que el príncipe le tenia. En vista de esto Dunstan creyó que debia retirarse á casa de su tio que hubiera deseado verle abrazar el estado monástico; mas el jóven se negó á ello porque amaba á una doncella con cuyo rango corria parejas el suyo. Una violenta calentura que le acometió por entonces la tuvo por un aviso del cielo, y desde aquel momento sufocando su amor se entregó á la piedad con el fervor mas ardiente. Admitido en el monasterio de Glastonbury su austeridad escedió bien pronto á la de todos los monges, y encerrado en un angostísimo recinto se imponia las mayores penitencias y el mas rígido ayuno, y cuando daba alguna tregua á la piedad era para trabajar en una fragua. En aquel encierro comenzó á tener visiones, y segun él mismo dijo sostuvo una dilatada lucha con el demonio que se empeñaba en armarle asechanzas. Ello fue que la fama de Dunstan atravesando las paredes del monasterio se derramó por todas partes; el pueblo lo veneraba como un santo; todos pedian su intervencion y sus consejos, encomiaban su caridad, era alabada su prudencia, y cuando Edmundo subió al trono le rogó que se fuese á la corte. Aceptada por Dunstan la oferta, y habiéndose grangeado la confianza del soberano, muy luego dirigió los negocios del gobierno.

Los pontífices procuraban por entonces establecer el celibato del clero, pues en Inglaterra á la par que en las restantes naciones de Europa, los eclesiásticos de la clase mas humilde no lo guar-

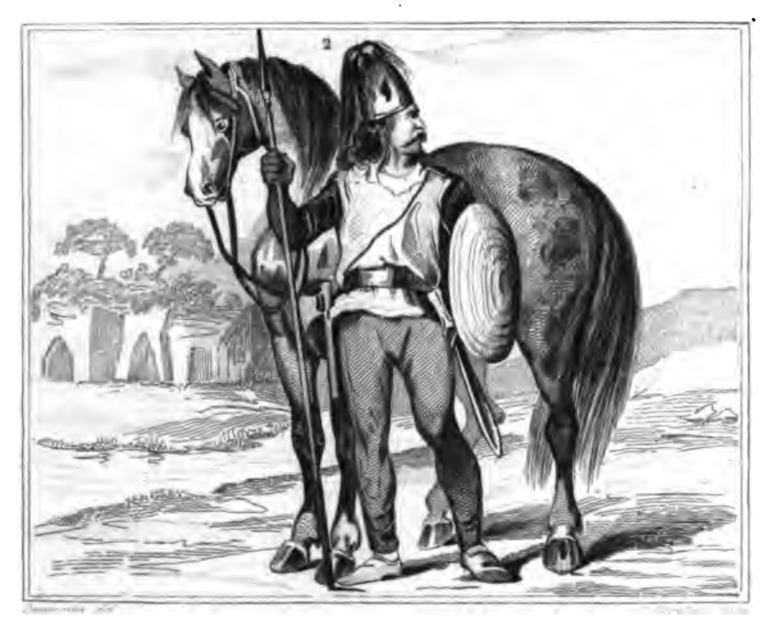
daban. Dunstan conoció la utilidad de semejante medida, cuyo objeto era hacer mas respetables á los ministros del altar, exigiendo de ellos un sacrificio que debia ser recompensado con la consideracion que les ganaria, y con el poder que el sacerdocio debia adquirir sobre el espíritu de los pueblos. El clero separado del resto de los ciudadanos debió formar en adelante en la sociedad un cuerpo unido por medio de intereses distintos y especiales, que era forzoso que robustecieran su preeminencia. Los monges en particular reclamaban una reforma porque las invasiones de los daneses arruinando los monasterios habian dispersado á sus habitantes, que vueltos al seno de sus familias continuaban viviendo en ellas de un modo poco análogo á su regla, y otros reunidos en varios puntos seguian una disciplina estravagante ó relajada cuando menos. Dunstan resolvió introducir en todas partes la regla de San Benito, cuya base era el trabajo córporal, principio tan útil como juicioso; mas la realizacion de este proyecto habia de encontrar muchas dificultades, y Dunstan pasó toda su vida en vencerlas.

EDWY.

Este príncipe, sobrino de Edredo, frisaba con los diez y seis años cuando sucedió á su tio. Enemigo de Dunstan que en el reinado precedente habia sido rey y señor del monarca, resolvió emanciparse de un yugo que ofendia su orgullo; pero falto de esperiencia incurrió en yerros que al paso que le enagenaron los corazones y lastimaron grandes intereses, fueron el orígen de las desgracias que hubo de sufrir en lo sucesivo. Preludió su gobierno estableciendo nuevas contribuciones, atacando al clero y confiscando los bienes de su abuela que á fuer de amiga de Dunstan se le hizo sospechosa. El odio que tenia al favorito de su padre se aumentó por un incidente ocurrido en su advenimiento. Despues de la solemnidad de este acto hubo un banquete á que asistieron los magnates y los eclesiásticos de mas elevado rango, y los convidados estaban todavía en la mesa cuando Edwy se salió de la sala para recogerse

1. Guerrero Breton de infanteria. 2. Guerrero Breton de á caballo. 50 años antes de J.C.





1. GUERRIER BRETON, (50 ans avant J. S. C.)

2. CAVALIER BRETON, (50 ans avant J. S. C.)







á su cuarto con su muger Elgiva con quien se habia casado muy recientemente. Los comensales tomando como un ultrage la salida del príncipe comisionaron á Dunstan y al arzobispo de Cantorbery para decirle que volviese á la sala. Dunstan entrado en el cuarto se dirigió á la reina y á su madre que allí estaba con palabras poco mesuradas, y obligó al monarca á que le siguiese dejando á las dos señoras. Este insulto se grabó muy afincadamente en el corazon de Edwy, y deseoso de vengarse comenzó acusándo á Dunstan de malversador del real tesoro que habia corrido á su cargo, por lo cual fue condenado á una gruesa multa. Derepente un grupo de gente armada penetró en la abadía de Glasteubury, y segun se dijo llevaba órden de sacarle los ojos en caso de poderlo haber á las manos; pero Dunstan sabedor de su ida salióse de allí y atravesando la mar buscó un refugio en el monasterio de S. Pedro de Gante. Los monges partidarios suyos fueron arrojados de la abadía la cual se entregó á varios eclesiásticos casados.

Aunque Dunstan hubo de espatriarse dejaba en el pais amigos adictos, imbuidos en sus principios religiosos y ligados á los intereses de su política. Figuraba como cabeza de ellos Odon arzobispo de Cantorbery, quien sublevó la Mercia y la Northumbria, cuyos habitantes ensalzaron por rey á Egdar hermano de Edwy, á quien al mismo tiempo de arrebatarle una parte de sus estados se le obligaba á separarse de su esposa Elgiva, á la cual cogieron en palacio los emisarios del prelado, le quemaron el rostro para desfigurarla, y la traspusieron á Irlanda en donde se quedó á manera de un destierro. Curada de sus heridas volvia á Inglaterra para reunirse con Edwy cuando fue arrebatada por los hombres de armas que el arzobispo tenia apostados en el camino, los cuales le cortaron los jarretes, de cuyas resultas á muy poco tiempo murió en Gloecester. Las persecuciones de Elgiva dimanaban de que el clero se resistia á reconocer su matrimonio, y era tenida por una concubina: Odon echó mano de esta circunstancia para aplicarle una antigua ley que condenaba á destierro á toda muger impúdica. La suerte de Edwy no fue mas dichosa, porque no pudiendo hacer rostro á sus enemigos hubo de sujetarse al fallo de una asamblea que le despojó de la

mitad de lo que poseia para dárselo á su hermano. En 858 murió víctima de su desesperacion, aunque no falta quien asegura que fue asesinado.

EGDAR.

Despues de la muerte de Edwy, Edgar que era ya rey de la Mercia y de la Northumbria, lo fue proclamado de Wessex. Su temprana edad de catorce años no le permitia regir por sí mismo sus estados, y probablemente algun favorito hubiera abusado de su inesperiencia en utilidad propia y en perjuicio del pueblo á no empuñar las riendas del gobierno Dunstan, que volviendo como en triunfo, fue nombrado al mismo tiempo obispo de Worcester y de Londres y muy luego arzobispo de Cantorbery. Dirigió al jóven príncipe, cuyos súbditos vivieron tranquilos y felices durante diez y seis años en que la paz no fue turbada ni por guerras esteriores ni por intestinas discordias. Este largo período de reposo justifica el acierto de la política del ministro y del soberano, porque era preciso contener las pasiones de pueblos separados por la diversidad de religion, de costumbres y de recuerdos. Como la Northumbria estaba en gran parte habitada por los descendientes de los Daneses, Edgar con mucha cautela enflaqueció su poder, dividiendo la provincia (á la muerte de Osulf que era su conde), en dos condados que fueron conferidos á los dos magnates Oslac y Calduff. Con el objeto de halagar el orgullo nacional de los Daneses les permitió darse leyes de cuya observancia cuidaba con mucho esmero. A fin de alejar á los piratas de sus costas, y de arrojarlos de ellas en caso que desembarcasen, construyó una numerosa armada que dividió en cuatro escuadrillas, las cuales eran distribuidas en diversos puntos y visitadas con frecuencia por el monarca que cada año daba la vuelta á la isla. En una de estas correrías recibió el homenage de sus vasallos coronados, á saber, los reyes de los Escotos, de los Cumbrios, de las islas Hébridas y de los Britanos. El homenage hecho de rodillas fue acompañado del juramento de fidelidad, y al dia inmediato habiéndose embar-

cado en el Dee, Edgar dirigia el timon y los reyes lo condujeron remando hasta el monasterio de San Juan. Este triunfo del monarca ingles que no se repitió nunca, es un indicio muy manifiesto del régimen feudal segun la clase de obligaciones hácia él contraidas.

Jamas príncipe alguno se ocupó como Edgar de la interior administracion de sus estados. En invierno recorria los condados al objeto de celar la conducta de los jueces cuyas faltas reprimia severamente; asi fue que obligándolos á castigar á los criminales logró estirpar el latrocinio tanto mas inveterado cuanto era hijo de las costumbres y de las circunstancias. Los territorios en donde con mas frecuencia se cometia ese crímen hubieron de sufrir ejecuciones militares; y ademas lo mismo castigaba al ladron que á su receptador, ó al que ocultando la cosa robada protegia indirectamente el delito.

El negocio mas importante, y que ocupó principalmente su atencion y la de su ministro fue la reforma del clero. Hemos dicho ya que Dunstan en tiempo de Edredo habia procurado hacer célibes á los sacerdotes, y sujetar á los monges á la regla de San Benito; y como entonces no pudo realizar su plan, lo emprendió con ardor nuevo, cuando revestido de las principales dignidades de la Iglesia y del estado, podia hacer que le obedecieran si eran ineficaces los medios persuasivos. Todos los eclesiásticos casados hubieron de dejar sus mugeres, y en caso de negarse á ello perdian sus beneficios con los cuales se agraciaba á los benedictinos. En órden á los nobles que al abrigo de los desórdenes que trajo la invasion de los Daneses, habian adquirido por bajo precio ó por efecto de la suerte alguna propiedad de la Iglesia, lo cedieron á la misma, y el monarca compró con dinero propio las de aquellos que no querian hacer este sacrificio. Durante su reinado se alzaron 48 monasterios mas ó menos bien dotados, y subsistieron hasta que Enrique VIII dispuso que fuesen demolidos. Los monges agradecidos hicieron los mayores elogios del rey que era su protector; mas aunque con esto su conducta política se ha sincerado no ha sido dable que lo quedase la privada.

Su pasion por las mugeres le hizo violar las mas sagradas leyes, de manera que arrebató del convento á una religiosa jóven que fue víctima de su incontinencia. En otra ocasion habiéndose hospedado en casa de un noble se agradó de su hija, y no tuvo reparo en pedir á la madre que le dejara toda la noche con ella. La madre temiendo los resultados de una negativa, decidió á una de sus doncellas á que compartiera el lecho con el monarca, el cual habiendo descubierto esta estratagema á la mañana siguiente se felicitó del cambio, y la jóven fue su dama hasta que se casó con Elfrida.

Las circunstancias de este himeneo tienen un carácter romancesco, que nos mueve á referirlas aunque no salimos garantes de su certeza. Elfrida hija de Olgar conde de Devonshire estaba dotada de una belleza estraordinaria, y como que era de noble cuna podia aspirar á la mano del monarca, y este deseando quizás poseerla encargó á su favorito Ethelwood que viese si sus gracias eran dignas de la celebridad que tenia. El mensagero admitido en casa de Elfrida se enamoró locamente de ella, y vuelto á la corte dijo al rey que la hermosura de la jóven nada tenia que la hiciese digna de una corona. Gracias á esta falsedad el monarca no se acordó mas de Elfrida, y como algun tiempo despues el favorito hubiese solicitado su mano obtuvo el permiso de Edgar que recomendó su demanda al conde de Devonshire. Ethelwood fue dichoso, pero el rey conoció muy pronto la verdad del caso, y escitado por la curiosidad y al mismo tiempo por el deseo de la venganza, dijo al favorito que iria á ver su castillo para conocer á la condesa su esposa. Ethelwood ocultando su embarazo por medio de un fingido regocijo agradeció la bondad del monarca, rogándole que le permitiese adelantarse algunas horas para dar las disposiciones necesarias. Parte en efecto, descubre toda la intriga á su consorte, y le ruega que se presente á su huésped lo menos ataviada que pueda para ofuscar en parte sus atractivos. Elfrida lo prometió todo; pero resentida de haber perdido un trono por la falsía de su marido se presentó con todos los alicientes del lujo y del mas esquisito gusto. Edgar no pudo resistir á su vista, y como

hubiesen salido á caza se apartó de la comitiva con su favorito, y matándolo á puñaladas se casó con la viuda á poco tiempo.

Mas tarde el monarca reconoció sus faltas, y se impuso el castigo; pues hizo siete años de penitencia durante los cuales ayunó rigurosamente, se abstuvo de dormir en cama y de tomar baños calientes, y no ciñó su frente con la diadema mientras la duracion de aquel plazo. Terminado este se hizo coronar de nuevo con la mayor pompa en la ciudad de Bath.

Como en su tiempo fuese prodigioso en Inglaterra el número de lobos logró esterminarlos exigiendo de los habitantes del pais de Gales el presente anual de trescientas cabezas de aquellos animales en vez de una contribucion pecuniaria. Este rey murió en 975 á la edad de 33 años. De su muger Elfrida tuvo dos hijos, uno de los cuales murió niño y el otro llamado Ethelredo subió al trono despues de la muerte de su hermano Eduardo, que era hijo del primer matrimonio del príncipe cuyo reinado hemos espuesto.

EDUARDO,

APELLIDADO EL MARTIR.

El testamento de Edgar llamaba al trono á Eduardo jóven de 15 años, y aunque Elfrida procuró privarle de él para ceñir la cabeza de su hijo Ethelredo, Dunstan abrazó la defensa del legítimo heredero, porque no solo se trataba de que fuese respetada la voluntad del último monarca, sino tambien de dar complemento á la reforma eclesiástica, que era el blanco de sus deseos. Elfrida se sostenia con el partido contrario al arzobispo, en el cual figuraba como gefe Alfero gobernador de Mercia, quien tomó la iniciativa y arrojó de sus dominios á los monges sujetos á las reglas de San Benito, para reemplazarlos con sus adversarios. Alwin, gobernador de la Estanglia hizo sufrir por su parte las mismas persecuciones á los religiosos que se resistian á la nueva disciplina; de manera que diariamente iban creciendo las violencias cuando á fin de evitar la guerra civil próxima á estallar se convocó un consejo nacional en

Winchester. En esta asamblea venció la elocuencia de Dunstan, y el jóven Eduardo fue proclamado sin oposicion. Dunstan árbitro del poder hubo de combatir contra poderosos enemigos que conspiraban en las tinieblas, disputaban contra él en público, y ponian por obra todos los medios capaces de paralizar la ejecucion de su proyecto favorito. Varios fueron los sínodos encargados de resolver las importantes cuestiones que dividian la Iglesia, en uno de los cuales congregado en Colne aconteció una terrible catástrofe. Acababa de hablar en la asamblea y á favor del clero secular el obispo escoto Beornhelm, cuyos talentos oratorios le habian grangeado mucha fama, cuando Dunstan le respondió terminando su discurso con estas palabras: „Agobiado por el peso de los años no quiero tomar parte en las disputas del siglo, y solo aspiro á pasar en reposo los dias que me quedan, y en órden á la causa que hasta ahora he sostenido apelo á Dios el cual sabrá defenderla, y hacer manifiesta su voluntad." Apenas hubo concluido, de improviso se hundió el pavimento de la sala, y con él la mayor parte de los congregados. El arzobispo y algunos otros cuyos asientos estaban colocados sobre una viga se libraron de aquella desgracia. No faltó quien sospechase que aquel acontecimiento no fue casual sino preparado por Dunstan, duda por otra parte difícil de resolverse. De todos modos el reinado de Eduardo á despecho de aquellas controversias comenzaba bajo auspicios felices cuando se terminó de repente con la prematura muerte del monarca. Habia este conservado muchísimo afecto á su hermano Ethelredo; pero Elfrida á pesar de las consideraciones que este príncipe le guardaba no supo transigir con que ocupase un trono en el cual queria ella sentar á su hijo. Con esta mira hizo tomar parte en sus intrigas á varios magnates poderosos, entre otros á Afern, los cuales resolvieron deshacerse del rey, y Elfrida se encargó de la ejecucion de aquel delito. Hallándose Eduardo cazando en los bosques de Dorsetshire apostó Elfrida á un enano que viendo al monarca separado de su comitiva lo llevó á Corfe-Castle en donde residian Ethelredo y la reina. Salió esta hasta la puerta de la quinta para recibirle y le ofreció una copa de aguamiel, y mientras que el rey se la bebia,

uno de los satélites de Elfrida le dió una puñalada por la espalda. Sintiéndose el monarca herido metió espuelas al caballo que lo introdujo otra vez en el bosque, pero murió en el camino, y su cuerpo hecho pedazos por las ramas y arbustos por entre los cuales lo arrastraba el caballo fue encontrado por sus palaciegos, y enterrado sin pompa en Wereham, de donde algunos años despues fue trasladado á Shaftbury por Dunstan que le hizo magníficas exequias. El pueblo interesándose á favor de Eduardo cuya vida terminó en flor por un acontecimiento tan aciago como imprevisto le dió el apellido de *mártir* que la historia le ha conservado.

ETHELREDO.

Como que este era el último vástago del tronco real los próceres le dieron la corona, y fue consagrado por Dunstan en Kingston. A pesar de esto el arzobispo no pudo ver sin dolor que los hijos recogiesen el fruto del crímen de la madre, y se atrevió á manifestarlo abiertamente en el acto de colocar la diadema en la cabeza del monarca. „Has alcanzado el trono, le dijo, por la muerte de tu hermano; oye pues el decreto del cielo. El asesinato con que se han manchado tu madre y sus cómplices caerá sobre tu cabeza, y las desgracias que amenazan á los ingleses son mayores que todas las que han sufrido desde que entraron en la isla de la Bretaña." Jamas profecía alguna ha tenido tan exacto cumplimiento. Como que el príncipe era menor de edad y por lo mismo estaba falto de prudencia y de energía, el gobierno fue á parar á manos de Elfrida; y entre tanto los Daneses que desde Athelstan no habian osado acercarse á Inglaterra dieron otra vez principio á sus correrías. En 980 hicieron un desembarco en Southampton, y no habiendo encontrado resistencia verificaron lo mismo en diversos puntos. El buen éxito de su primera tentativa les dió valor, y en 991 un ejército considerable mandado por los dos famosos gefes Justin y Gurthmund se apoderó de Ipswich. El gobernador de la provincia marchó contra ellos, pero fue vencido, y como

Ethelredo aunque llegado ya á la edad varonil carecia de valor, quiso mas comprar su retirada que combatirlos. Los dos gefes estrangeros consintieron en volverse, llevándose una suma de diez mil libras de plata, y la cabeza del gobernador de la provincia, á quien vencieron, para que les sirviese como trofeo de su victoria.

Al año siguiente el consejo nacional resolvió adoptar medidas mas enérgicas y honrosas, y reunió en el puerto de Londres una escuadra considerable; pero la traicion de Alfrico hizo abortar el plan. Alfrico era gobernador de la Mercia desde la muerte de su padre que obtuvo aquel destino. Acusado de conspirar contra el monarca despojósele de su destino y se le condenó á destierro; mas habiendo logrado muy pronto que se le rehabilitara conoció la debilidad del gobierno, é hizo la resolucion de derribarlo. Habiéndosele enviado á la cabeza de una division para que sorprendiese á los Daneses, se unió con ellos; mas perseguido por los vasallos del rey fue hecho prisionero. Logró sin embargo escaparse, pero Ethelredo vengó sus agravios en el hijo del traidor á quien hizo arrancar los ojos. Esta apariencia de energía por parte del monarca no cambió absolutamente el estado de las cosas; pues los Daneses continuaron infestando el pais, y en 994 Sweyne rey de Dinamarca y Olava que lo era de Noruega reunieron sus fuerzas y atacaron á Londres. Ethelredo y sus consejeros lejos de apelar á las armas negociaron una tregua que costó diez y seis mil libras. Olava pirata antiguo y monarca reciente habia en otro tiempo abjurado el paganismo, y aprovechando ahora la ocasion de practicar abiertamente su culto fue bautizado en Andover, juró que nunca mas atacaria á los ingleses y supo cumplir su palabra. Sweyne ateniéndose al convenio se retiró del pais, dejando para que cruzase por aquellos mares una escuadrilla, á la cual vinieron á juntarse otros piratas, reproduciéndose con esto las escenas de devastacion y de muerte. Todos los años fue preciso comprar la paz con la cantidad de cincuenta mil libras, equivalentes á setecientos cincuenta mil duros, suma enorme que empobrecia al estado.

Ethelredo que habia perdido á su primera esposa contrajo segundo matrimonio con Emma hija de Ricardo duque de Norman-

día, cuyo enlace puso fin á la guerra encendida entre el normando y el ingles, el cual esperaba tambien que su suegro le ausiliaria poderosamente contra los Daneses. Quizás esta confianza le indujo á tomar la horrible disposicion que acordó el dia inmediato á su matrimonio. Imitando el ejemplo de su sucesor Athelstan, los reyes de Wessex habian admitido los servicios de los aventureros daneses que les ofrecieron su espada, y formaron con ellos un cuerpo predilecto que era alojado y mantenido por los habitantes. Creció el número de estos soldados, y como en la poblacion encontraron antiguos compatricios contrajeron alianzas con ellos y tambien con los anglo-sajones; pues los daneses supieron agradar al bello sexo, porque el brillo de sus armas, la riqueza de su trage y la pulcritud de sus personas llamaban la atencion y halagaban la vanidad de las mugeres. A este motivo de odio que los naturales concibieron contra ellos se agregó el que segun voz pública favorecian secretamente á los invasores, á quienes debieran combatir; acusacion que por otra parte no era infundada. Ethelredo pues determinó deshacerse de los daneses, y resuelto su esterminio fue ejecutado con toda la ferocidad imaginable por el pueblo que degolló á los estrangeros hasta en el mismo pie del altar sin que perdonara sexo, edad, ni clase. Gunhilda hermana del rey de Dinamarca habia abrazado el cristianismo, y contraido matrimonio con el conde Palig, danes, naturalizado en Inglaterra, y esta muger infeliz llevada al suplicio por órden de Edrico favorito de Ethelredo, y principal autor de aquella órden horrible, vió degollar á sus hijos y á su marido antes de morir en el cadalso. En medio de su desesperacion predijo que su sangre y la de sus compatricios seria vengada por su hermano, el cual lo mismo castigaria al mandatario del degüello que á sus ejecutores.

La noticia de aquella catástrofe horrible cuyo número de víctimas no puede fijarse, muy luego se hizo pública, y Sweyne impulsado por un justo resentimiento, comenzó de nuevo sus invasiones, y desde el año 1003 al 1007 cubrió de ruinas y sangre la Inglaterra. Entonces el rey y el consejo nacional conociendo que los sacrificios pecuniarios no servian sino para alimentar la guerra

vieron la necesidad de hacer un plan de defensa. Para esto determinaron aparejar una escuadra, y á fin de tripularla se impuso una contribucion pecuniaria y de sangre á los posesores de tierras en la proporcion siguiente. Los que tenian nueve *hydes* de tierra debian presentar un hombre armado con casco y loriga, y los que poseian trescientas estaban obligados á aparejar un buque. Tal es el orígen de la contribucion conocida con el nombre de *Ship-money*, cuya abolicion causó seis siglos mas tarde el primer sacudimiento que hizo bambolear el trono de los Stuarts. Merced á aquella medida bien pronto se reunió en el puerto de Sandwich una numerosa escuadra que bastara para arrojar del territorio á los enemigos, si Ethelredo supiera elegir y mandar á aquellos á quienes acordaba su confianza. No atreviéndose á castigar á los traidores daba vigor á sus intrigas apoyándolos con su poder y haciéndoles patente su debilidad. Por esto Edrico cuyas perfidias eran tan notorias conservó durante mucho tiempo un inmenso influjo en el ánimo del monarca. Este favorito que si bien de humilde cuna habia alcanzado un favor inmenso, gracias á su talento y á la flexibilidad de su carácter; despues de haber contraido matrimonio con Edgitha hija de Ethelredo fue nombrado gobernador de Mercia, y colmó de riquezas y de honores á todas las personas de su familia; mas la ambicion dividió bien pronto á los parientes, de modo que Brithtrico hermano de Edrico acusó de traidor á su sobrino Wulfnoth llamado *el hijo de los sajones del sud*, empleo ó título enigmático, que no dejó esplicado la historia contemporánea. Este jóven ora se conociera culpable, ora temiese el poder de su adversario se escapó con veinte buques; encargóse el tio de perseguirle, mas la escuadra que mandaba en parte fue víctima de las tempestades, y en parte presa de Wulfnoth. Este descalabro introdujo la discordia entre los consejeros del monarca, y la flota equipada á costa de tanto trabajo y de tantos gastos se dispersó.

Apenas los Daneses tuvieron noticia de este acontecimiento cuando tomaron tierra en el reino acaudillados por el famoso pirata Turkill que puso sitio á Cantorbery, cuyo defensor que era el arzobispo Alphego rechazó por mucho tiempo sus ataques, y hubiera

triunfado de su contrario á no ser que un vecino le abrió una de las puertas. Sus soldados entonces se precipitaron en la ciudad y cometieron en ella toda clase de escesos. Los monges, las mugeres y los niños se habian asilado en la catedral, pero los bárbaros habiendo amontonado leña al rededor le pegaron fuego, de modo que alcanzando este á la cumbre del edificio, hizo caer sobre los refugiados plomo derretido y ruinas del techo. Los infelices que dentro estaban huyeron entonces, y á la salida fueron degollados por los enemigos, los cuales dejaron de matar al arzobispo, creyendo arrancar de él una gruesa suma. El prelado sin embargo se negó á disponer de los bienes de la Iglesia para salvar su vida, y los daneses cansados de esperar lo sacaron de la cárcel y lo condujeron consigo al tiempo en que se preparaban para una orgía. Colocáronlo en medio de ellos gritando como locos, *oro arzobispo, oro arzobispo, danos oro;* Alphego se mantuvo inflexible; entonces le mataron á pedradas, á hachazos, y despedazándolo con toda especie de armas.

A la vista de una invasion tan terrible el monarca reunió una asamblea en Londres, y resolvióse en ella satisfacer cuarenta y ocho mil libras á los piratas, cuyo gefe Turkill atraido por el ofrecimiento del condado de la Estanglia se comprometió para servir á Ethelredo con muchos de sus compañeros. Al investigar la causa de todos estos males no se encuentra otra que la debilidad del gobierno que no supo emplear los recursos del pais ni sostener lo que habia hecho para defenderle. Efectivamente la milicia no sabia combatir, y su valor decayó hasta tal punto que generalmente se juzgaba que un hombre del norte valia por diez ingleses. Las ciudades fortificadas eran el único obstáculo que el enemigo encontraba. Los desórdenes de la administracion contribuian en gran manera al acrecimiento del mal y á hacerle incurable: la justicia negligente y blanda dejaba el campo libre á los delitos; asi es que la depravacion pública habia traspasado todos los límites. Los padres vendian á sus hijos todavía infantes, unos parientes á otros, los esclavos robaban y degollaban á sus amos, y despues iban á buscar la impunidad en las filas de los Daneses. Los magnates en-

vez de reunirse para resistir á los invasores trataban separadamente con ellos, contentos con arruinar á su patria con tal que por este medio salvasen sus personas y sus bienes. A esta época se remonta el establecimiento de las contribuciones anuales y directas fundadas en las necesidades del estado. Bien luego se hicieron tanto mas intolerables en cuanto despues de haberlas pagado al enemigo, era preciso satifacer exigencias iguales por parte del fisco.

El buen éxito que tuvo la empresa de Turkill estimuló la zelosa ambicion de Sweyne que estaba en Dinamarca, el cual decidió ir á conquistar la Inglaterra, y se hizo á la vela con buques tan lujosamente equipados que escitaron la admiracion y la sorpresa. Decoraban sus proas leones, delfines, águilas y otros animales de plata, y el interior de los barcos estaba adornado con magníficas alfombras y preciosos muebles. Parecia que mas bien se dirigiese á celebrar alguna fiesta que á trabar un combate; pero aquel brillante aparato inflamaba el ardor de los guerreros que se enorgullecian de servir á un gefe dueño de tantas riquezas. Sweyne desembarcó en York en 1013. Los Northumbrios acaudillados por su conde Uthred; los habitantes de Lindsey y toda la poblacion al norte de Watling Street le salieron al encuentro; él les permitió ingresar en sus filas, y habiendo reunido caballos y provisiones, marchó hácia el sud incendiando pueblos, saqueando iglesias y monasterios y pasando al filo de la espada á los hombres y á los niños. Llegó finalmente delante de Londres defendida por Ethelredo y por Turkill que rechazando sus ataques le obligaron á trasladarse á Bath en donde reunió á los magnates de Wessex, de la Mercia y de la Northumbria, y despues de haberles exigido juramento de fidelidad hizo que le asignasen la corona de Inglaterra. Las provincias del norte y las de oeste reconocieron su poder, de manera que Ethelredo huyó de Londres juntamente con Turkill para refugiarse en la isla de Wight y envió á su muger y á sus hijos á Normandía á donde él mismo fue á encontrarlos á poco tiempo. Londres se puso á merced del usurpador, el cual sentado apenas en el trono acabó sus dias inopinadamente. La flota danesa y la tropa que constituian la guardia real del príncipe proclamaron á

Canuto hijo de este, al mismo tiempo que los magnates anglo-sajones deseosos de recobrar su independencia volvieron á llamar á Ethelredo haciéndole entender por medio de sus mensageros que era preciso que los gobernase mejor de lo que habia hecho hasta entonces. Ethelredo prometió una amnistía, y aseguró que seria buen rey con tal que recohociesen su autoridad sin cometer supercherías ni traiciones. Admitidos estos pactos por una y otra parte el consejo nacional le confirmó por medio de un decreto proscribiendo al mismo tiempo al príncipe danes.

Vuelto apenas á su reino Ethelredo marchó contra Canuto que no pudiendo contrarestarle hubo de retirarse á su armada desde la cual y para vengar el rigor con que sus partidarios fueron tratados abandonó en la playa, cortándoles antes las orejas, la nariz y las manos, á los jóvenes de las mas distinguidas familias anglo-sajonas que habian sido entregadas á su padre en calidad de rehenes. Ethelredo agriado por esta barbaridad que atribuia á la traicion de los magnates de estirpe anglo-sajona inmoló á muchos á sus sospechas. Los dos gefes de mayor influjo Sigferth y Morcar fueron asesinados en medio de un banquete, y las personas de su comitiva acabaron la vida quemadas en una iglesia en que habian buscado asilo. La viuda de Sigferth fue llevada prisionera á Malmesbury de donde la arrebató Edmundo hijo de Ethelberto que se habia enamorado de ella, y en su compañía trasladóse á la Northumbria de cuyo gobierno se hizo dueño por el influjo de su muger, y despreciando la autoridad del padre.

Canuto entre tanto ausiliado por Turkill que abandonó á los anglo-sajones á fin de reunirse á sus compatricios, atacaba incesantemente el reino por diversos puntos. Dos ejércitos se levantaron para combatirle; pero el uno de ellos mandado por Edrico se pasó á los daneses con motivo de los zelos que este gefe habia concebido contra Edmundo que acaudillaba el otro. La mayor parte del territorio de Wessex siguió este fatal ejemplo, y lo mismo hizo en la Northumbria el conde de la provincia que entregó rehenes á Canuto, al paso que la Mercia permaneció fiel á Ethelredo. El conde rebelde pagó su traicion bien cara, pues habiéndole mandado Ca-

nuto que fuese á prestarle homenage lo hizo asesinar por sus soldados en el acto de verificar la ceremonia. Ethelredo agobiado por los pesares y afligido por sus dolencias, despues de haber confiado la defensa del reino al valor de Eduardo se fue á Londres en donde murió el dia 23 de abril de 1016, en el momento en que los enemigos iban á sitiar aquella plaza. Edmundo hijo del primer matrimonio de Ethelredo procuró sucederle, y su hermano Edwy fue muerto por Canuto. Eduardo y Alfredo á quienes hubo de su segunda esposa Emma fueron enviados por esta á Normandía.

EDMUNDO,

APELLIDADO COSTILLA DE HIERRO.

Este príncipe que se encontraba en Londres al tiempo de morir su padre, fue ensalzado al trono por los magnates y prelados que en la ciudad se hallaron, mientras que otra asamblea congregada en Southampton reconocia á Canuto, quien no pudiendo hacerse dueño de la capital por medio de la fuerza entabló negociaciones. En ellas pedia que le fuesen entregados Edmundo y su hermano, que se le diesen quince mil libras por el rescate de la reina Emma, y doce mil por el de los obispos, y que se pusiesen en su poder trescientos rehenes. Con estos pactos se obligaba á librar á la ciudad del saqueo y de la destruccion que sufriria si los Daneses entraban en ella á viva fuerza; pero mientras iban y volvian mensages Edmundo pudo escaparse de Londres con su hermano, y corriendo á Wessex levantó un ejército, y en Sherston presentó la batalla á su enemigo. Dos dias duró la pelea, y Edmundo estaba ya próximo á alcanzar la victoria cuando le fue arrebatada por una estratagema del traidor Edrico, que militaba entonces en filas de los daneses, el cual habiendo cortado la cabeza de un gefe ingles colocóla en la punta de una lanza y la paseó por entre filas diciendo que era la de Edmundo. Este ardid produjo su efecto pues decidió la derrota de las tropas anglo-sajonas. Segun las apariencias otro combate dado á poco tiempo fue ventajoso á Ca-

1. Gefe de los Druidas. 2. Druidesa. 50 años antes de J.C.





1. CHEF DES DRUIDES, (50 ans avant J. C.)

2. DRUIDESSE, (50 ans avant J. C.)

ANGLETERRE

nuto, puesto que emprendió de nuevo el sitio de la capital, aunque viéndose rechazado en un asalto se retiró para devastar las inmediatas tierras. Edmundo marchó en su seguimiento, y habiéndole alcanzado se trabó una accion sangrienta para la cual el ejército ingles fue dividido en tres cuerpos, y uno de ellos mandado por Edrico que á pesar de sus perfidias supo alcanzar otra vez la gracia del monarca. Su perversidad sin embargo era tanta que en lo mas encarnizado de esta pelea se fugó con su division y fue causa de que la batalla se perdiera. El príncipe danes persiguió al vencido por el territorio de Glocestershire, y este habiendo replegado sus tropas iba á renovar la lucha cuando prefirió salir al frente de los suyos y proponer á Canuto un singular combate. Este rehusó la oferta alegando su corta talla que era una desventaja muy grande para luchar con un hombre de la estatura de su adversario, y añadió que era mejor partirse el reino como lo hicieron sus antepasados. Este espediente agradó á los dos ejércitos y fue preciso dejar las armas. En la isla de Olney se concluyó el tratado en virtud del cual tocaban á Edmundo las provincias de Wessex, Essux y Estanglia, y la ciudad de Londres, quedando las demas bajo el dominio de Canuto sobre quien el príncipe ingles conservaba una especie de supremacía. Al mes de este arreglo murió Edmundo despues de siete meses de reinado, y bien fuese natural su fallecimiento, bien acelerado por algun nuevo crímen de Edrico cometido con asentimiento ó contra la voluntad de Canuto, ello fue que este recogió el fruto de aquella muerte.

CANUTO,

LLAMADO EL GRANDE.

Apenas supo Canuto el fin de su rival cuando reclamó su herencia sujetando su demanda á un congreso que mandó reunir en Londres para decidirla. Los miembros de la asamblea entre los cuales los habia que tomaron parte en el convenio concluido entre Edmundo y el príncipe danes hubieron de interpretar las cláusulas de

aquel tratado, y declararon que los hermanos del difunto monarca no tenian derecho alguno al trono que tocaba á Canuto, y que este debia encargarse de la tutela de los hijos de su predecesor. Esta decision, arrancada por el temor, puso el cetro en manos de Canuto á quien proclamaron, y prestaron juramento de fidelidad los miembros de la asamblea. Su atencion primera fue fijar la suerte de sus pupilos; y no queriendo tenerlos consigo ni atreviéndose á deshacerse de ellos los envió á su tio Olava rey de Suecia vasallo suyo, quien compadecido de aquellos inocentes, y no queriendo obedecer los mandatos de Canuto dirigidos á que los hiciese morir clandestinamente, los puso en manos de Estéban, rey de Hungría, que los crió con el cuidado y la ternura de un padre.

Aunque hubiese alejado á estos rivales, quedábanle al monarca otros dos no menos temibles, que eran los hijos de Ethelredo y de Emma refugiados en Normandía cerca del duque Roberto, quien habia equipado una armada á fin de apoyar los derechos de sus sobrinos, y aunque aquella escuadra fue rota por las tempestades puso en tanto recelo á Canuto que para disipar todos los peligros ofreció casarse con Emma. Esta muger no se avergonzó de dar la mano de esposa al usurpador, ni de suscribir á la esclusion de los hijos de su primer marido; pues á esto se arriesgaba ya que la corona debia pertenecer á los que naciesen de ella y de Canuto. Tranquilo por este medio y con haber hecho asesinar á Edwy, hermano de Edmundo, creyóse el nuevo monarca asegurado en el trono, y se ocupó de arreglar la administracion de sus estados dividiéndolos en cuatro grandes gobiernos. Los ducados de Mercia y de la Northumbria se confiaron á Edrico y á Erico, Turkill gobernó la Estanglia, y el monarca quiso regir por sí á Wessex. Estas larguezas arrancadas por la necesidad fueron funestas á aquellos que las alcanzaron porque sus servicios los hacian culpables á los ojos del monarca, que era demasiado zeloso de su autoridad para que quisiese dividirla con otro. Comenzó por Edrico cuyas perfidias habian echado la base de su fortuna. Celebrábanse en el palacio del monarca las fiestas de navidad, y aquel magnate tuvo la imprudencia de hacer alarde de sus servicios cual si quisiera indi-

car que no estaban bastante satisfechos: á esto respondió el monarca en tono de desprecio que no era posible hacer cuenta con la fidelidad de un vasallo traidor á su antiguo amo; y al decir estas palabras hizo un gesto al cual Erico duque de Northumbria y presente á esta escena correspondió dejando caer sobre Edrico el hacha de armas que lo dejó muerto á sus pies. Su cuerpo fue arrojado al Támesis y su cabeza clavada sobre la puerta principal de Londres.

A poco tiempo fue proscrito y despojado de sus dignidades y bienes Turkill, duque de Estanglia por haberse negado á comparecer á una asamblea á la cual le llamó el monarca. Los mas ricos y mas poderosos magnates fueron sucesivamente víctimas de las sospechas del rey, inmolados sin forma de juicio, desposeidos de sus bienes y dados estos á los gefes daneses, los cuales trataban á los indígenas con tan insultante desprecio que cuando un ingles y un danes se encontraban en un puente era forzoso que el primero descabalgase en señal de respeto. El pueblo justamente irritado detestaba á los estrangeros, cuya avaricia ademas de enriquecerse con sus despojos les imponia un yugo tanto mas intolerable cuanto oprimia y menospreciaba á un tiempo mismo. Los gefes daneses metidos en sus castillos y rodeados de guardia como en tiempo de guerra no salian de ellos sino acompañados con hombres de armas para defenderse de un ataque abierto ó de una asechanza. La ley que imponia una multa á las ciudades cuando se encontraba un danes muerto en su territorio atestigua el odio universal de que los guerreros del norte eran objeto.

En esta situacion estaba el pais cuando Canuto alcanzó el poder omnímodo. Desde luego quiso poner remedio al mal y grangearse el afecto de sus nuevos vasallos haciendo volver á Dinamarca á muchos de los que le siguieron á Inglaterra; mas fue preciso comprar su partida con una suma de sesenta y dos mil libras, de las cuales á fuer de gefe del ejército danes le cupo á Canuto su contingente. No conservó mas que tres mil hombres que componian su guardia de la cual era comandante, y cuyo cuerpo miraba con una especial predileccion, de modo que hizo un reglamento para

prevenir las riñas harto frecuentes entre hombres que eran conocidos por su carácter turbulento. Él mismo se sujetó á la ley general en términos que habiendo muerto á un soldado en un acceso de cólera reunió á los oficiales del cuerpo, reconoció su falta y se condenó á pagar trescientos sesenta talentos de oro que eran el nueve tanto de la multa ordinaria.

Despues de haber consolidado su poder en Inglaterra fue á visitar sus estados al norte en donde le fue preciso quitar la Noruega á Olava que habia querido proclamarse independiente, y hacer entrar en su deber á los suecos que aprovechando su ausencia se sustrajeron á su autoridad y rehusaban pagar tributo. En aquella campaña se distinguió mucho el jóven Godwin sobrino del célebre Edrico, que al frente de las tropas inglesas puso en derrota á los Eslabos mereciendo con esto que Canuto le diese un condado; base primera del grande poder á que llegó mas tarde. El monarca aseguró tambien su dominio sobre Malcom y Duncan obligándolos á reconocerle por soberano, desde cuya época se tituló emperador de los Anglo-sajones. Con justo título podia reputarse por superior á los reyes, pues su cetro abrazaba seis naciones; á saber á los Ingleses, los Escotos ó Escoceses, los Bretones, los Suecos, los Daneses y los Noruegos.

Aunque avezado al despotismo de los campamentos gobernaba Canuto con sabiduría. Una de sus primeras atenciones fue la administracion de justicia; asi es que en un congreso nacional convocado en Winchester promulgó un código cuyas leyes tenian por base las ordenanzas de sus predecesores á las cuales añadió disposiciones recientes. Es notable entre otros artículos aquel en que se prohibe vender cristianos en paises estrangeros, nó por la inmoralidad de este tráfico infame, sino, como dice el legislador, porque aquellos cristianos podrian verse forzados á abjurar su religion si caian en manos de infieles. Otro artículo proscribia el paganismo y la adoracion de los astros, é imponia penas á los hechiceros.

Por el mismo Canuto fue abolida la costumbre de suministrar provisiones al monarca, costumbre que hasta entonces habia sido frecuente orígen de exacciones enormes por parte de los oficiales

del príncipe, y en vez de esto mandó que las autoridades locales se encargasen de proveer su mesa con el producto de sus dominios. Redujo tambien el derecho de herencia, y mejoró la suerte de las herederas ricas, prohibiendo que las doncellas y viudas pudiesen ser obligadas á tomar marido si lo rehusaban. La infraccion de estas leyes era castigada con multas y confiscaciones.

La religion cristiana abrazada por Canuto adulzoró la aspereza de su carácter, hizo desplegar virtudes que se manifestaron en los últimos tiempos de su reinado, desarmó su crueldad y doblegó su orgullo en términos de convertirle en un hombre humilde. Persuadido de la omnipotencia de Dios la dió á conocer á sus cortesanos. Como se pasease en Southampton cerca de la playa, y uno de aquellos dijese que la voluntad del príncipe no podia encontrar obstáculos, hizo colocar su trono en aquel punto, y mandó á la mar que se detuviese; pero las olas impelidas por la marea vinieron á mojar sus pies y le obligaron á retirarse. Volviéndose entonces á los que con él estaban les hizo observar cuán débil era su poder comparado con el de aquel que gobierna los elementos. Desde aquel instante se quitó la corona, depositóla en la catedral de Winchester y en adelante se abstuvo de adornarse con ella la frente. En el año 1030 fue en romería á la capital del mundo cristiano, y dirigió á sus vasallos un rescripto en el cual manifestando cuanto se arrepentia de las violencias que en su juventud cometiera se obligaba á conducirse en adelante con arreglo á las leyes de la humanidad y de la justicia. Fundó muchos monasterios, dotólos ricamente, é hizo construir una calzada desde Peterborough á Ramsey, único monumento de su reinado que se conserva todavía, y que recomienda su memoria. Era aficionado á los cantares escaldos, y él mismo componia versos de manera que se supone ser suya una balata de que solo queda una estancia insuficiente para juzgar de su talento poético; talento de que no necesitan los reyes, pues basta que sepan apreciar su mérito y sentir sus encantos.

Tres años habian transcurrido desde que Canuto hizo su viage á Roma, cuando murió en Shaftesbury á los 12 de noviembre de 1035. De su muger Emma viuda de Ethelredo, y hermana de Ricardo

duque de Normandía, tuvo un hijo que se llamó Hardicanuto, ó bien Canuto el atrevido, y otros dos hijos, á saber, Haroldo y Sweyne cuya madre Alfgiva no fue segun se dice mas que su concubina. Como quiera que sea reconoció los frutos de esta union, los cuales á pesar de su ilegitimidad entablaron pretensiones á la herencia paterna, porque entonces la bastardía ni era una mancha ni quitaba derecho alguno.

HAROLDO,

APELLIDADO PIE DE LIEBRE.

Canuto posesor de muchos reinos, siguiendo la costumbre de sus abuelos, habia manifestado deseos de repartirlos entre sus hijos; y segun sus intentos, Haroldo debia poseer la Inglaterra, Hardicanuto la Dinamarca, y Sweyne la Noruega. Este reparto desagradó á Godwin, y se oponia á los deseos de los ingleses que hubieran preferido á uno de los hijos de Ethelredo, ó á Hardicanuto que por parte de su madre Emma descendia tambien de la casa de Cerdic; mas este último estaba en Dinamarca cuando falleció su padre. Haroldo sostenido por la guardia real, los Daneses, y los magnates de la Mercia y del norte del Támesis, ascendió al trono. El consejo nacional celebrado en Oxford decidió que Londres y las provincias septentrionales pertenecieran á Haroldo, dejando á Hardicanuto los condados puestos á la derecha del Támesis, y mientras su ausencia el gobierno de estos territorios fue confiado á su madre Emma y á Godwin. Apenas la muerte de Canuto llegó á noticia de Eduardo hijo de Ethelredo que con su hermano Alfredo se hallaba refugiado en Normandía, cuando aparejando una escuadra de cuarenta buques se presentó en Southampton; mas no pudo reunir á sus vasallos y hubo de renunciar á la empresa. A poco tiempo una carta escrita en nombre de Emma llamó á uno de los príncipes á Inglaterra en donde debia encontrar amigos poderosos dispuestos á alzarse en su pro y contra el usurpador. Si este forjó

esta carta, es estraño que no la dirigiera á uno de los pretendientes, y si se supone escrita por Emma no es fácil conciliar este paso con los esfuerzos que hizo en favor de Hardicanuto. Todo induce á creer que ella tenia aversion hácia los hijos del primer matrimonio, puesto que sacrificaba el uno de ellos á Haroldo, y entonces el crímen cometido en favor de Haroldo debia redundar contra ella. La historia no nos aclara estas dudas; mas ello es cierto que Alfredo confiando demasiado en las promesas que se le habian hecho, al frente de seiscientos aventureros fue á probar fortuna, y desembarcó cerca de Cantorbery. Allí fue alcanzado por Godwin que le escribió con la mayor alegría y con el mas profundo respeto y le propuso acompañarlo á la reina. Fijóse la marcha para el dia siguiente, y Godwin se retiró despues de haber distribuido los soldados de Alfredo por las casas de los habitantes, mas durante la noche fueron sorprendidos y maniatados por las tropas de Haroldo, y al dia siguiente se dió libertad á uno entre diez, otros fueron condenados á la esclavitud y algunos á muerte; y no solo esto sino que les arrancaron los ojos, les abrieron el vientre, en una palabra, se los hizo víctimas de los tormentos mas atroces. El príncipe conducido á Londres fue enviado muy luego á la isla de Ely, en donde cubierto de harapos, y con los pies atados por debajo del vientre del caballo fue paseado de pueblo en pueblo, espuesto á los insultos del populacho, y cuando llegó al punto de su destino un tribunal inicuo lo condenó á perder la vista y murió á pocos dias de haber sido ejecutada esta sentencia. Cuando Emma supo la triste suerte de su hijo tembló por ella, y apelando á la fuga se trasladó á Brujas; mientras que Haroldo era proclamado en toda Inglaterra.

Està ceremonia verificada sin el asentimiento del consejo nacional desagradó en especial al clero; y el dia de la coronacion el arzobispo de Cantorbery al poner sobre el altar el cetro y la corona dijo al monarca en alta voz: „Tómalos si quieres, mas yo no puedo entregártelos, y prohibo á todos los prelados que lo hagan „por mí, porque esto es un derecho que solo á mí pertenece." A pesar de esto Haroldo no dejó de poseer el reino hasta el fin de

su vida, que acaeció en 1040 despues de un reinado de cuatro años, durante los cuales no hubo ningun acontecimiento memorable. La historia ha hecho particular mencion de lo mucho que este príncipe gustaba de la caza, y al parecer el apellido de *Pie de liebre* se le dió á causa de su ligereza en la carrera.

HARDICANUTO.

Este príncipe que habia estado dos años en Dinamarca acababa de trasladarse á Brujas al lado de su madre para aguardar allí el resto de la escuadra, cuando una diputacion de los magnates ingleses y daneses fue á ofrecerle la corona. Embarcóse al momento y al llegar á Inglaterra fue reconocido por rey. De pronto su generosidad le grangeó el amor de los pueblos; mas los daneses que con él vinieron y á los cuales incorporó á la guardia real le obligaron á aumentar las contribuciones destinadas á mantener aquellas tropas, cuyo número quintuplicaban los recien venidos. El pueblo satisfacia con tanta repugnancia aquel impuesto odioso de suyo, que el gobierno hubo de verificar su cobro á la fuerza; medida que exasperó mas al pueblo, el cual sublevándose en distintos puntos llegó en Worcester hasta degollar á los colectores. La ciudad en castigo de su rebelion fue incendiada, y los habitantes hubieran muerto todos al filo de la espada á no refugiarse en la isla de Severn, desde la cual alcanzaron su perdon mas tarde. Aquel tributo pesaba sobre todas las clases y hasta sobre el clero, de modo que en muchas iglesias los sacerdotes se vieron obligados á vender los ornamentos y los cálices para satisfacerlo.

Irritado Hardicanuto contra su predecesor á quien acusaba de haber usurpado el trono y hecho morir á Alfredo, quiso vengarse hasta en su cadáver, que exhumado violentamente fue á parar al Támesis. El conde Godwin á quien se achacaba complicidad en aquel delito fue comisionado para la ejecucion del ultrage hecho á los restos de Haroldo, y no vaciló en encargarse de ello, ora porque fuese inocente en el crímen, ora quisiese remover las sospe-

chas que contra él habia, pero no consiguió su objeto pues el pueblo no pudo ver con calma semejante audacia, que dió origen á una acusacion dirigida contra el ejecutor por el arzobispo de York. Citado Godwin ante los magnates reunidos aseguró con juramento que era inocente, y muchas personas de elevado rango hicieron otro tanto. El rey no solo se mostró satisfecho de esta justificacion sino que admitió el regalo que el conde le hizo de un vaso soberbiamente adornado y de un valor inmenso.

Hardicanuto gustaba de la magnificencia y hacia por grangearse el afecto de sus capitanes teniéndolos frecuentemente á su mesa la cual era siempre opíparamente servida. Procuraba halagar su pasion favorita que era la intemperancia, y por este medio poco moral aunque muy político estrechaba los lazos de la obediencia; pero su salud no pudo resistir por mucho tiempo los escesos á que daba estímulo con su ejemplo. Habiéndose casado Towid *el Fiero* que era uno de sus mariscales, con la hija de un magnate ingles, Hardicanuto quiso honrar con su presencia el convite de boda, y como segun la costumbre continuasen los convidados bebiendo hasta muy adelantada la noche, en medio de la alegría escitada por los placeres de la mesa, el rey perdió de repente los sentidos, y llevado á su aposento dejó de existir á poco rato. Fue enterrado en Winchester, y como no dejaba hijos le sucedió su hermano uterino Eduardo, á quien habia hecho venir de Normandía.

EDUARDO EL CONFESOR.

Deseaban ardientemente los Ingleses ver ocupado el trono por uno de los descendientes de la casa de Cerdic, pero como el heredero mas inmediato se encontraba en Hungría y estaba presente Eduardo, que si bien en grado mas remoto era de la misma familia, todos los votos estuvieron en favor suyo. Sus derechos apoyados en el asentimiento de la nacion entera, no hubieran bastado para darle la corona si se hubiera opuesto á ello Godwin reputado como cómplice del asesinato de Alfredo de quien no debia espe-

rarse que defendiese al hermano de este príncipe, y sin embargo esto fue lo que avino. Eduardo tenia entonces 40 años de los cuales habia pasado 29 en un destierro que le hizo aficionarse al retiro; y, por lo mismo desde luego reclamó el apoyo de Godwin para que le asegurase su vuelta á Normandía en la cual pensaba encerrarse en un monasterio. Godwin conociendo el carácter tímido del príncipe quiso reinar en su nombre, y para esto combatió el designio de meterse en el claustro y le impulsó á que como hijo de Ethelredo y por ende heredero legítimo del trono vacante hiciese valer sus derechos, los cuales no podria contrarestar nadie. Aquel intrigante sin embargo estipuló el precio de la corona que daba con la conservacion de sus honores y de su fortuna y con el matrimonio de su hija Edita la hermosa con el monarca. Ajustadas las condiciones á los pocos dias de la muerte de Hardicanuto, Godwin reunió en Londres una asamblea nacional en donde su elocuencia y sus larguezas ganaron á Eduardo todos los votos. Los pocos que se opusieron á su ensalzamiento pagaron muy luego con un destierro la independencia de su dictámen.

Eduardo preludió su reinado anulando las donaciones hechas por la corona á particulares, medida que hacia necesaria la penuria del real tesoro. Esta resolucion pudiera haber causado graves disturbios si no hubiese sido dirigida contra los Daneses, cuyos servicios en las guerras precedentes fueron satisfechos á costa de los Ingleses, y asi el odio público que perseguia á los estrangeros hizo que su desgracia no fuese de nadie sentida. El rey no perdonó ni á su misma madre; pues la predileccion de Emma hácia los hijos de su segundo matrimonio sufocó en su alma la ternura á que eran acreedores los hijos de Ethelredo, y hubo de sufrir el castigo de su injusticia. Acompañado de Godwin y de otros dos magnates fue en persona á Winchester y se apoderó de los tesoros de la reina, de los ganados y de los frutos que en su dominio tenia. Como la opinion pública quizás sin motivo vituperaba á Emma haber dado ocasion al asesinato de Alfredo, su desventura no escitó la piedad de nadie, y olvidada de todos murió en 1052.

Eduardo estaba en el trono rodeado de peligros, pues para

cumplir sus promesas á Godwin habia contraido matrimonio con Edita y colmado de bienes y honores á Haroldo, Sweyne, Wulnoth, Gurthy, y á Leofwine sus cuñados. El primero poseia los condados de Estanglia, Wessex, Cambridge, Huntingdon y Middlesex: Sweyne era gobernador de Oxford, Gloecester, Herefort, Sommerset, y Berks: Godwin mandaba en todo lo restante de Inglaterra, y los demas hijos obtenian destinos importantes. Tanto poder concentrado en una sola familia podia contrarestar la autoridad del príncipe, y este fuese por política, fuese por inclinacion se rodeó de normandos, antiguos amigos y camaradas suyos en el destierro. Dió los obispados de Dorchester y Londres á Urf y á Guillermo capellanes suyos, y el arzobispado de Cantorbery á Roberto que era monge de Jumiege. Estos tres hombres dueños del espíritu del monarca le rodearon de compatricios é introdujeron en la corte las costumbres, el idioma, y hasta la escritura de su pais que vino á sustituir á la anglo-sajona. El soberano siguiendo el uso adoptado en Francia, añadió á la señal de la cruz con que los reyes ingleses sellaban las órdenes y otros documentos importantes su efigie circuida por una leyenda. Todas estas novedades eran de mucho bulto, pues ademas de herir el amor propio nacional ponian al príncipe á merced de los sacerdotes normandos, cuyo gefe llamado canciller representaba un papel muy interesante porque recogia todas las peticiones dirigidas al rey, viniendo de este modo á ser el árbitro de sus favores. Semejante órden de cosas era forzoso que produjese zelos, odios y rivalidades, las cuales debian causar disturbios á la primera ocasion favorable, que se presentó muy luego. Goda hermana de Eduardo se habia casado en segundas nupcias con Eustaquio, conde de Boulogne el cual como quisiese hacer una visita á su cuñado fue á desembarcar en Douvres en donde se trabó una pelea entre las personas de su ejército y un vecino del pueblo, en cuya casa querian aquellos alojarse á viva fuerza. Eustaquio se mezcló en la lucha, y fue arrojado del pueblo despues de haber perdido la mayor parte de sus compañeros. Eduardo al oir su queja mandó á Godwin que fuese á Douvres con tropa para castigar á los habitantes; pero Godwin se

negó á ello echando la culpa á los estrangeros, lo cual no era mas que un pretesto para espulsar á los normandos cuyo poder amenazaba al suyo. Al instante levantó tropas á la par que sus dos hijos Haroldo y Sweyne, y marchando á Glocester en donde residia el monarca exigióle la entrega de Eustaquio y de los franceses. Eduardo llamó á su socorro á los tres gobernadores Ralph, Leofrico y Siwardo que al frente de las milicias de sus condados corrieron á libertarle; pero el ejército de Godwin y el de sus adversarios se componia de hombres libres y tan poco dispuestos á combatir que obligaron á los gefes de uno y otro partido á entablar negociaciones. Concluyóse una tregua; se entregaron mutuamente rehenes, y se fijó el dia para la convocacion de una asamblea nacional; mas en el término que mediaba hasta ella, resfriado el ardor de los partidarios de Godwin se retiraron con sus tropas mientras que Eduardo entraba en Londres á la cabeza de fuerzas considerables. Abrióse la asamblea, la cual desde luego mandó comparecer á Sweyne acusado de haber violado á la abadesa de Leominster, y de haber muerto á su primo Beorn; crímenes que en otro tiempo le perdonara Eduardo, y que su rebelion hizo recordar ahora. No habiendo comparecido recayó contra él un fallo de proscripcion, que era lo mismo que poner su vida á merced de cualquiera.

Godwin y su hijo Haroldo fueron igualmente citados; mas como tampoco compareciesen se los condenó á destierro. Juntamente con su muger y con tres de sus hijos se refugiaron en Flandes, y Haroldo y su hermano Leowin en Irlanda. La reina Edita participó de la desgracia de los suyos; pues despojada de sus bienes y conducida al monasterio de Wherwelt, quedó encerrada allí bajo la custodia de la abadesa que era hermana del monarca. A pesar de su belleza y de su talento, pues las crónicas contemporáneas la comparan á la rosa que crece entre espinas, nunca pudo Edita ganar el corazon de su esposo que conservaba hácia ella una aversion hija del temor que le inspiró siempre la familia de su consorte. Por otra parte Eduardo habia hecho antes de su matrimonio un voto de castidad, que segun se dice no pudieron hacerle quebrantar las gracias de su esposa.

Godwin retirado en Brujas no estaba pasivo, pues equipó algunos buques y con ellos fue á cruzar por las costas de Inglaterra, y aunque tenian el encargo de espiar sus movimientos el frances Ralph y el gobernador Odda que se habian enriquecido con los despojos de Godwin, este supo engañar su vigilancia, y unido con Haroldo intentó un desembarco. Los condados de Kent, de Surrey, de Sussex y de Essex se sublevaron en favor suyo, y viendo que sus fuerzas se aumentaban á cada paso avanzó hasta las puertas de Londres en donde estaba Eduardo con 50 buques y un ejército. Aunque de pronto rechazase este todas las proposiciones de un arreglo, desconfiando luego de la lealtad de sus soldados acabó por ceder, y convino en avistarse con Godwin. Justificóse este á costa de los franceses á quienes achacó la culpa de todo, y para garantías de su buena fe entregó á su hijo Wulnoth y á su sobrino Hacon. Presentóse en seguida á la asamblea de los magnates, juró que era inocente, y fue reintegrado en sus honores y en sus bienes. Edita volvió tambien al lado de su marido, de modo que Sweyne fue el único á quien no alcanzó la amnistía concedida á su familia, y para espiar un asesinato que habia cometido se sujetó á una penitencia canónica; pues en hábito de peregrino fue á pie á visitar los lugares santos, y murió á la vuelta de aquella romería.

La restauracion de Godwin trajo la ruina de los franceses establecidos en el pais y de los colocados en la corte, pues á todos se los despojó de sus dignidades, se les arrebataron las riquezas, y convertidos en blanco de la ira del pueblo, unos fueron víctimas de ella, y otros se salvaron con la fuga. Roberto primado del reino, y Ulf obispo de Dorchester atravesaron las calles de Cantorbery con las armas en la mano matando á cuantos intentaron detenerlos, y pudieron alcanzar la costa y embarcarse. Godwin procuró todos los empleos á sus paniaguados, y comenzaban á gozar de su restablecida fortuna cuando murió de repente el lunes de pascua del año 1053. Algunos dicen que estando en la mesa con el rey Eduardo, este le echó en cara indirectamente la muerte de Alfredo, y que Godwin negó haber tenido parte en ella, añadiendo: «si yo soy culpable de ese delito permita Dios que no pue-

da tragarme este bocado de pan," que en aquel momento lo llevó á la boca, y murió en el acto. Otros cronistas aseguran que cayó sin sentidos y que espiró á los cinco dias.

Haroldo hijo de Godwin heredó la popularidad de su padre y la mayor parte de sus dominios; y aunque Eduardo contando con el apoyo de Algar conde de Mercia quiso neutralizar su influjo, Haroldo consiguió que su rival fuese proscrito, y la muerte le libertó de él á poco tiempo. En breve adquirió nueva gloria castigando á los habitantes del pais de Gales, cuyas incursiones y latrocinios turbaban incesantemente el reino. Perseguidos sin descanso por las montañas y pantanos á despecho de los rigores del invierno, su infatigable enemigo consiguió que implorasen la paz enviando como gage de ella la cabeza de su príncipe Griffitho, cuyo sangriento trofeo presentó Haroldo á Eduardo. En consecuencia de esto se ajustó la paz, y los vencidos se obligaron á satisfacer el tributo que antiguamente pagaban, y á respetar el territorio ingles, promesa que cumplieron fielmente por mas de 20 años.

Entre tanto el monarca que no tenia herederos naturales quiso prevenir las discordias que ocasionaria la vacante del trono, eligiendo para ello un sucesor. Habitaba en Hungría uno de sus sobrinos hijo de Edmundo, Costilla de Hierro, que pudo escaparse de las asechanzas de Canuto. Eduardo le llamó, y aunque fue recibido con regocijo por la nacion que veia en él el último vástago de la casa de Cerdic, murió á poco de su llegada á Londres sin haber podido avistarse con su tio de quien le alejó una intriga en la cual se supone que Haroldo tuvo parte. Es verdad que este príncipe dejaba un hijo; pero su debilidad física y su ineptitud moral le hacian inhábil para el trono, de manera que al parecer todo concurria para que el anciano monarca eligiese por sucesor á Haroldo. Cuando Godwin fue repuesto en el lugar que habia ocupado, entregó como en garantía de su buena fe un hijo y un sobrino que fueron enviados por Eduardo á Guillermo duque de Normandía; y en las circunstancias actuales resuelto Haroldo á ir en persona á reclamar su libertad, se embarcó en uno de los puertos de Sussex. Arrojado por una tormenta á la desembocadura del Somme cayó en

manos del conde de Ponthieu que le exigió rescate y le encerró en una fortaleza. Sabida por Guillermo la malandanza del sajon le reclamó valiéndose primero de las amenazas, y ofreciendo despues algunas tierras y una gruesa cantidad de dinero, por cuyo medio fue puesto en libertad Haroldo, que trasladándose á Ruan fue recibido y magníficamente regalado por el duque. Tambien este aspiraba al trono de Eduardo, pues á fuer de sobrino de Emma, su parentesco le parecia suficiente título para suceder al monarca. Creyendo encontrar un apoyo en Haroldo le pidió cierto dia que le ayudase para subir al trono de Inglaterra, y en recompensa le ofreció la mano de su hija Adela y casar ademas á la hermana del sajon con alguno de los poderosos barones de su ducado. Haroldo ocultando su sorpresa fingió que aprobaba los planes del duque, y se obligó á trabajar para llevarlos á cima; pero no pudiendo fiarse el sospechoso Guillermo en una simple promesa, convocó á los pocos dias una grande asamblea compuesta de los principales magnates del pais, hizo colocar un misal sobre una mesa cubierta con rico tapete, y exigió de Haroldo que en presencia de aquellos señores jurase los pactos entre ellos acordados. Haroldo sorprendido hubo de proferir el juramento, y apenas lo hizo cuando á una señal de Guillermo se quitó el tapete de la mesa y apareció un cubo lleno de reliquias de santos. Este ardid ligaba con tanta mayor fuerza la fortuna de Haroldo á la de su rival, en cuanto en aquella época la sociedad política descansaba sobre la fidelidad en el cumplimiento de las obligaciones contraidas entre un soberano y un vasallo, las cuales una vez las habia sancionado la religion eran sagradas para todos, y quien á ellas faltaba incurria en la reprobacion general. Poco tiempo despues de este suceso se volvió Haroldo llevándose al sobrino; mas dejó á su hijo cual garantía del cumplimiento de su palabra. Llegado apenas á Inglaterra hubo de ir á castigar á los Northumbrios insurreccionados contra su hermano Tostig, cuya sanguinaria tiranía habia apurado la paciencia de los pueblos. En efecto Tostig elegido conde ó duque de Mercia por la muerte de Siwardo y con agravio de los derechos del hijo de este habia tratado á los habitantes á guisa de esclavos, violando

sus costumbres, exigiendo enormes tributos, y condenando á muerte sin forma de juicio á las personas cuyo poder hacia sombra al suyo, y cuyas riquezas dispertaban su avaricia. Sorprendido en su palacio se habia salvado con la fuga y los Northumbrios despues de asesinar á sus oficiales y guardas le depusieron del trono y colocaron en él á Morcar. Haroldo habia entrado en la Northumbria á la cabeza de un ejército; mas sea que reconociese los yerros de su hermano sea que considerase necesario sacrificarlo á su política, en vez de batir á los rebeldes propuso una conferencia que se terminó con un tratado, cuyas condiciones fueron la espulsion de Tostig, y la confirmacion de Morcar en el puesto en que sus conciudadanos lo habian colocado. Tostig descontento de este arreglo se retiró á Brujas en donde estaba la corte del conde de Flandes su suegro.

Haroldo volvió á Londres en donde vivia Eduardo cuya salud declinaba rápidamente. Su devocion mas propia de un monge que de un monarca le sugirió la idea de trasladarse á Roma, cuya romería la desaconsejaban los miembros de la asamblea nacional. Desquitóse de esta privacion edificando á su costa la iglesia de Wetsminster que tuvo el gusto de ver consagrada antes de su muerte, aunque no pudo asistir á la ceremonia á causa de la grave enfermedad que luego le llevó al sepulcro. Muy varios han andado los autores acerca de lo que pasó en los últimos momentos de la vida del monarca, pues unos afirman que dijo á Haroldo: "dejo mi reino al duque de Normandía, puedes apoderarte de él si lo deseas pero te será funesto." Otros aseguran que declaró que el trono pertenecia á Haroldo. Ello es que espiró el dia 5 de enero de 1066 á los 65 de edad y 25 de reinado. Sus pueblos le lloraron sinceramente, aunque hizo muy poco para merecer su amor. En efecto cuando nuestras virtudes no estan en armonía con nuestra posicion social son mas perjudiciales que los vicios; por esto la dulzura de Eduardo degeneró en debilidad, su modestia en irresolucion y su piedad en misticuez. Fue el instrumento de las facciones rivales que se disputaban el poder, y sufrió todos sus caprichos tratando como adversarios á sus amigos y conduciéndose otras veces á gui-



1. Gefe Breton en 450 2. Anglo Sajones en 500





1. CHEF BRETON, (En 450)
2. ANGLO-SAXON, (En 500)



sa de amigo con sus advessarios. A pesar de esto fue querido del pueblo que no estaba en disposicion de juzgar los yerros de su política, pero que recibió con mucho gusto el restablecimiento de las leyes sajonas. La conducta privada de Eduardo merecia por otra parte la estimacion y el respeto, porque siendo como era enemigo del fausto, lejos de exigir tributos para satisfacer dispendiosos caprichos se contentaba con las rentas de sus dominios. Sus sucesores no imitaron esta moderacion cuyo recuerdo contribuyó sin duda á hacer mas querida su memoria. Este rey fue beatificado por Alejandro III un siglo despues de su muerte.

HAROLDO.

Apenas Eduardo hubo cerrado los ojos cuando Haroldo tomó las disposiciones necesarias para ocupar el trono vacante, el cual solo podian pretenderlo Edgar y Guillermo; mas este se hallaba ausente y el otro solo tenia el derecho. Edgar hombre sin crédito y sin talento, obtuvo en vez de la corona el condado de Oxford, y sin hablarse del segundo la asamblea reunida en Westminster proclamó rey á Haroldo el mismo dia de los funerales del difunto monarca. Los condados del sud reconocieron con alegria al nuevo soberano; pero la Mercia y la Northumbria mostraron muy distintos sentimientos. Aunque Haroldo se reconcilió con los que gobernaban aquellas provincias casándose con Edita que era hermana de ellos, quedaba sin embargo por desarmar otro adversario que era tanto mas temible en cuanto Haroldo se ligó con él por medio de vínculos tenidos por sagrados. Este adversario era Guillermo hijo de Roberto duque de Normandía, y el cual á pesar de la ilegitimidad de su nacimiento que en aquella época no era una tacha ni un obstáculo para alcanzar los mas grandes honores, fue reconocido por heredero presunto de Roberto y colocado en el trono ducal en 1035, á la edad de 8 años cuando murió su padre que acababa de volver de la Tierra Santa. Alano conde de Bretaña y Gisleberto que lo era de Brienne desempeñaron perfectamente la

regencia que les habia sido encomendada. Llegado el príncipe á la edad viril, su carácter y su valor robustecieron su poder, y el matrimonio que contrajo con Matilde hija del conde de Flandes engrandeció sus posesiones con la provincia de Maine. Lejos de satisfacerse su ambicion con esto adquirió creces, y como que era pariente de Eduardo y habia ido á visitarle supuso que durante aquel viage este le dejó su reino en el testamento otorgado segun el parecer y en presencia de los magnates Siward, Lofric, y el célebre Godwin, añadiendo que en aquella ocasion habian sido puestos en su poder el hijo y el sobrino de Godwin. Cuando invocó el testimonio de las tres personas nombradas las tres habian muerto, lo cual hace tanto mas sospechosa la veracidad de Guillermo en cuanto nunca publicó el testamento en que fundaba su derecho.

Cazando estaba en el bosque de Roubray cerca de Ruden cuando recibió la noticia de la muerte de Eduardo y del advenimiento de Haroldo. Al punto se metió en una lancha, y atravesando el Sena volvió á su palacio. Siguiendo el parecer de Fitz-Osbern resolvió enviar un heraldo al nuevo monarca exigiéndole que le restituyese el trono y cumpliera su palabra. El rey respondió que habiéndole dado la corona la asamblea nacional era su legítimo posesor; que todas sus promesas eran nulas como arrancadas á la fuerza, y que en órden á su matrimonio con la hija de Guillermo no podia celebrarlo sin el consentimiento de los magnates del reino. En cuanto á su hermana, decia que murió antes de trascurrir un año y que si era preciso le enviaria el cadáver. Semejante respuesta era una declaracion de guerra, y Guillermo sin mas tardanza se dispuso á hacerla. Reunida una asamblea en Lillebonne el duque abrió las sesiones manifestando su proyecto y solicitando el socorro de sus vasallos para asegurar el resultado. Salió en seguida de la asamblea, y se comenzó la discusion entre los asistentes, los cuales despues de un largo debate encargaron á Fitz-Osbern senescal de Normandía que manifestase al duque la imposibilidad en que se hallaban de secundar sus deseos. El senescal en vez de cumplir su encargo dijo que los congregados estaban dispuestos á

servirle con todo su poder, y por su parte ofreció equipar á sus costas sesenta buques. Sus comitentes le desmintieron, y Guillermo entonces disimulando su cólera mandó llamar uno tras otro á los principales señores normandos. Prometiéndoles el reparto de la Inglaterra los alucinó y dieron su consentimiento acompañándolo con ofertas mas ó menos generosas, y que en el acto eran apuntadas en un registro. No satisfecho con haber reclutado las personas y adquirido los bienes de sus súbditos hizo un llamamiento general á los aventureros de todos los paises. En aquella época el feudalismo habia llegado á su mas grande desarrollo. Desde el uno al otro estremo de Europa gran número de señores encastillados en sus casas fuertes ejercian los mas amplios derechos de la soberanía. La guerra era para ellos el mas noble y mas útil ejercicio; pues satisfacia sus necesidades, y muchas veces colocó á un valiente en el mas alto escalon de la fortuna. Grande fue el número de los que escucharon el llamamiento de Guillermo: el Maine, el Poitou, la Flandes y el Anjou le poporcionaron ausiliares, y desde Italia y Alemania acudian en tropel á sus banderas. El duque les acogió con gran contento, prometiendo á los mas poderosos ciudades, dominios, ó ricas herederas sajonas; á los mas pobres un buen sueldo en metálico y una parte del botin, y hasta llegó á vender un obispado en cambio de un buque y de veinte hombres de armas. El papa Alejandro II aunque falto de tropas fue uno de sus mas poderosos aliados, porque elegido árbitro por el príncipe normando se declaró en favor suyo, le regaló una bandera bendecida y una sortija, en la cual segun la crónica contemporánea habia un cabello de S. Pedro, y escomulgó á su adversario. A la necesidad de transportes para embarcar el ejército ocurrió el duque haciendo una requisicion de buques en la costa de Normandía, y aprovechándose de la generosidad de muchos barones que sea por celo, sea para grangearse su afecto fletaron algunos á sus costas. Señalóse como punto de reunion general la desembocadura del Dive, rio poco considerable que desagua en el mar. Allí se juntaron tres mil buques de todas dimensiones.

Mientras que la escuadra de Guillermo amenazaba á la Ingla-

terra, Haroldo tenia que rechazar un ataque asaz de vigoroso de su hermano Tostig que arrojado de su gobierno se dirigió al duque de Normandía, y obtuvo de él algunos buques con los cuales fue á verse con Sweyne, rey de los daneses que se negó á guerrear contra su hermano y contra la nacion inglesa. Tostig sin embargo convirtió en ausiliar suyo á Haroldo Hardrada con quien y con quinientos buques desembarcó en Ricall cerca de York en agosto de 1066. Los condes de Mercia y de Northumbria que marcharon al encuentro del enemigo fueron batidos; York abrió las puertas, y Hardrada habiendo congregado en los afueras de la ciudad á todos los habitantes hizo que lo reconocieran y proclamasen rey de Inglaterra. A semejante noticia reune Haroldo sus tropas y llega al teatro de la guerra despues de cuatro dias de la derrota de sus tenientes. Sorprende al noruego que estaba separado de la mayor parte de sus tropas, y fue preciso dar la batalla sin embargo de lo cual Haroldo antes de comenzarla propuso á Tostig volverle su condado de Northumbria. Si yo acepto, preguntó Tostig ¿qué le dará mi hermano al rey de Noruega? Siete pies de tierra para enterrarlo, contestó el mensagero. Tostig rehusó continuar la conferencia, protestando que jamas abandonaria á su aliado. Los noruegos estrechamente apretados, y uniendo escudo con escudo formaban una falange erizada de lanzas, y de pronto rechazaron las cargas de la caballería inglesa; pero habiéndose desordenado para alcanzar la victoria, la perdieron; y el enemigo penetrando en sus filas las rompe y las dispersa, y Hardrada cae herido mortalmente. Entonces se pone término á la mortandad, y Haroldo ofrece cuartel á su hermano y á los noruegos; mas como estos lo rehusasen murieron todos al filo de la espada. Haroldo humano en medio de su triunfo dió libertad á Olava hijo de Hardrada.

Cuatro dias despues de este acontecimiento tomaba tierra en Pevensey en el condado de Sussex el intrépido Guillermo, que despues de emplear ocho meses en los preparativos de la espedicion estuvo treinta dias detenido en el puerto á causa del mal tiempo. Una parte de su escuadra quiso hacerse á la vela, y se estrelló en la costa; y ya se comunicaba el desaliento á todo el ejército cuan-

do hizo salir en procesion la urna de S. Valerio. El cielo entonces pareció que escuchase sus votos; pues el viento calmó de pronto, y la escuadra pudo hacerse á la mar. El buque de Guillermo llevaba un farol que servia de punto de direccion durante la noche, y mientras el dia se hacia notar por su magnificencia. Los archeros tomaron tierra antes que todos para proteger el desembarco de los hombres de armas, y fueron seguidos por los gastadores que en el acto comenzaron á formar palizadas. Los carpinteros asi mismo sacaron piezas de madera cuya ensambladura debia formar una especie de fortaleza. Un sajon que fue testigo de todo esto corrió al instante á York para avisar á Haroldo que de repente marchó á Londres á fin de rehacer su ejército, cuyos mejores soldados perecieran en la lucha contra los noruegos. A los seis dias todo estuvo dispuesto para la marcha. Githa su madre y Gurth su hermano quisieron disuadirle de presentar la batalla á Guillermo, alegando que de sus soldados los unos estaban rendidos de fatiga, y los otros eran muy bisoños, por lo cual convenia concederles algun reposo antes del combate. Díjole tambien Gurth que en aquellas circunstancias debia confiarle el mando para no faltar al juramento de alianza prestado al duque de Normandía; mas todo fue inútil, y el rey quiso continuar á la cabeza de su ejército. En un monasterio de Agustinos cerca de Londres habia un crucifijo al cual se atribuian muchos milagros; y Haroldo que era uno de los bienhechores de la casa quiso antes de la partida orar en el coro de la iglesia. Dícese que mientras imploraba el ausilio divino la imágen de Jesucristo inclinó la cabeza, lo cual fue tenido á muy mal agüero. No se reputó por mas propicia la aparicion de un cometa acontecida en aquella época, el cual conturbó el espíritu del pueblo para quien semejante fenómeno era siempre un presagio de grandes calamidades. A despecho de tan siniestros anuncios Haroldo avanzando rápidamente llegó á Senlac con la esperanza de sorprender á su enemigo; mas este que tuvo conocimiento de su marcha estaba prevenido, y una y otra parte se dispusieron á la batalla.

Antes de romperla los dos gefes se enviaron proposiciones que los historiadores han referido de distinto modo. Segun unos Gui-

llermo ofreció terminar la cuestion con un duelo, y otros suponen que prometió á su adversario cederle todo el pais colocado allende el Humber, y tambien dar algunos dominios á sus hermanos; mas fuese esto ó lo otro, no pudieron ponerse de acuerdo, y la decision se dejó á las armas. Al dia siguiente, que era el 14 de octubre de 1066 Haroldo escuadronó su ejército en una colina formando una falange de hombres de armas cubiertos de cota de malla, y armados de pesadas y cortantes hachas. Los hombres del condado de Kent ocupaban la vanguardia, y los vecinos de Londres que habian solicitado la honra de guardar la persona del monarca estaban agrupados en derredor del estandarte real. Allí estaba Haroldo con dos hermanos suyos y circuido de los mas intrépidos magnates. Guillermo por su parte dividió el ejército en tres cuerpos poniendo á la cabeza á los archeros y ballesteros. La infantería formaba la segunda línea, y en las dos alas puso la caballería compuesta de nobles y hombres de armas cubiertos de hierro. El duque llevaba colgadas del cuello les reliquias sobre las cuales pronunció Haroldo su juramento. A uno de sus lados iba un jóven con la bandera bendecida por el papa, y le precedia un ministril cantando el romance de Roldan en Roncesvalles. Este jóven habia reclamado el honor de ser el primer herido; con su lanza mató á un ingles y derribó á otro; pero luego fue mortalmente herido. La accion se empeñó á la vez en tres diferentes puntos. En vano los hombres de armas normandos intentaron romper la trinchera que defendia el campo de los anglo-sajones; pues fueron repelidos á hachazos, y tras muchos esfuerzos emprendieron la fuga. Los soldados de Haroldo trasportados por su ardor se les arrojaron encima y fueron rotos por la caballería que cayendo sobre ellos los desbarató completamente. Guillermo entonces dió otra vez el rostro á la coluna inglesa que no pudo abrir por ningun lado, y viendo la inutilidad de sus esfuerzos mandó á una division que ciase para ver si con la retirada podia engañar al enemigo. Un gran número de anglo-sajones víctimas de esta estratagema se desbandaron y cayeron en manos de los normandos. A pesar de sus pérdidas el ejér-

cito ingles mantuvo por mucho tiempo indecisa la victoria que por poco perdiera Guillermo. Habiendo cundido la voz de que habia muerto se apoderó de los suyos un terror pánico, y le fue preciso recorrer las filas con el yelmo en la mano para alentar su abatimiento. Sosteníase la lucha desde la mañana con el ardor mismo cuando á la hora de caer el sol Haroldo herido en un ojo por una flecha vino á tierra. Sus dos hermanos sufrieron la misma suerte, y redoblando los normandos su esfuerzo para apoderarse del estandarte real rompieron el atrincheramiento por el cual estaba el campo defendido. La noche puso fin á la carnicería, y los ingleses dispersos por los bosques inmediatos cedieron la palma á sus contrarios.

Quince mil hombres perecieron de entre los sesenta mil que trabaron la batalla. Guillermo tan valiente soldado como perito gefe perdió tres caballos, y estuvo toda la noche en el campo de la victoria rodeado de cadáveres que hizo amontonar para tener en el centro un vacío en que colocar su tienda. En aquel mismo punto en que Haroldo habia muerto edificó mas tarde una abadía: en el archivo del monasterio se puso un registro que contenia los nombres de los que combatieron con él, entre los cuales repartió el suelo de Inglaterra. Hoy no queda mas que el recuerdo de aquella fundacion. El vencedor hizo buscar el cuerpo de su rival, y rehusó entregarlo á Githa que derramando lágrimas ofrecia comprarlo á peso de oro. Hízole enterrar en la playa diciendo: "aqui guardará la costa que habia creido defender." La negativa á las súplicas de la madre, y este dicho, cosas ambas que estan muy de acuerdo con el carácter de Guillermo, nos han sido trasmitidas por su capellan, cuyo testimonio es de mucho peso. Otra crónica afirma que dos monges de Wattham que habian seguido al monarca sajon hasta el campo de batalla, encontraron sus restos con el ausilio de la hermosa Edita, querida en otro tiempo de Haroldo, y que reconoció sus desfiguradas facciones. Añaden que fue enterrado en el coro de la iglesia de Wattham y en presencia de algunos caballeros normandos que hicieron este último obsequio á un enemigo que ya no era temible, y cuyo valor estimaban. Mucho tiem-

po despues falleció cerca de Chester un ermitaño muy viejo á quien antes de morir fue á visitar Enrique I que entonces ocupaba el trono. Cuando el cenobita estaba ya en los postreros momentos declaró que era Haroldo que trasportado desde el campo de batalla á una fortaleza se mantuvo allí hasta que pudo refugiarse en un desierto en donde ocultó su suerte á todo el mundo. Los monges de Wattham se esforzaron en desmentir esta anécdota enseñando en su iglesia el sepulcro de Haroldo, en el cual se leia: *hic jacet Harold infelix;* pero son tantas las contradiciones y tan grande la oscuridad que reinan en órden á la inhumacion del monarca, que este relato por mas que contenga circunstancias harto romancescas no carece de todo fundamento.

La conquista de Inglaterra hecha por Guillermo ha sido siempre considerada como el principio de una nueva era para este pais; y aunque esta opinion no sea rigurosamente exacta es preciso convenir en que su gobierno modificó de un modo muy notable la sociedad anglo-sajona. Bajo este punto de vista nos parece útil detenernos en algunos pormenores acerca de esta sociedad tal como existia en el momento de la conquista. Los Sajones estrechados entre sí por medio de una asociacion militar, al apoderarse de la Bretaña llevaron á ella esta institucion que fue la base de su nuevo gobierno. Despues de haberse repartido las tierras de los vencidos, pensaron conservarlas del mismo modo, y en este concepto todo posesor de una parte del territorio hubo de considerar como su deber primero la defensa de su territorio. En los bosques de la Germania cada gefe iba siempre acompañado de una guardia de hombres escogidos que pelcaban y morian por él, y en recompensa de cuyo servicio se les daba un casco, un escudo y un caballo. Este pacto limitado al principio á la duracion de la vida de los otorgantes se estendió en lo sucesivo; y cuando los sajones se hubieron establecido en la Bretaña, las tierras fueron consideradas como bienes muebles.

Los vasallos anglo-sajones se dividian en dos clases: unos lo eran por su eleccion, esto es, sujetándose voluntariamente á un señor á quien se mantenian fieles hasta la muerte, y otros eran vasallos

por enfiteusis, es decir, por semovencia de un feudo, y estos poseian tierras con la condicion de prestar servicios militares. Cuando el cristianismo ejerció su influjo, solo los eclesiásticos aunque posesores de fincas estuvieron exentos de tomar las armas; pues los demas habitantes consideraban este servicio como su obligacion primera, y en caso de faltar á ella, incurrian en la pena de confiscacion de bienes ó en una multa determinada. A la muerte del señor el rey disponia de su feudo, y ratificaba la division de sus restantes posesiones. Cada feudo debia satisfacer el *Heriot* que era un impuesto proporcionado al rango, y destinado á garantizar la trasmision del feudo á la familia del posesor. Asi el *Heriot* de un conde eran cuatro caballos ensillados, otros cuatro sin silla, cuatro cascos, cuatro cotas de malla, ocho lanzas, ocho escudos, cuatro espadas, y cien monedas de oro. El *Heriot* de un baron del rey era la mitad que el del conde; y el de un baron inferior consistia en un caballo y en sus armas.

El pueblo libre de los anglo-sajones formaba dos clases: á saber, nobles (Eorlf) y pecheros (Ceorls). La distincion de nobleza era puramente personal, y no conferia otra ventaja que halagar el orgullo. El gefe de los nobles, á saber, el King (rey) no tenia otras rentas que sus bienes particulares que eran considerables, y la mayor parte de las multas que le correspondian en calidad de juez supremo. Daba todos los destinos, y su proteccion no solo ponia á cubierto de todos los peligros, sino que el que despreciaba esta garantía era entregado á merced del príncipe que podia hacerle morir, confiscarle los bienes, ó exigirle una multa. Ya hemos visto que la esposa del monarca llamada Queen (reina) desde el delito que Eadburga cometió envenenando á su marido fue privada por la asamblea nacional de las distinciones inherentes á su clase. Desde entonces las reinas sajonas no tuvieron otro título que el de Lady, aunque les quedó el derecho que debia ser muy lucrativo, de recibir un regalo cada vez que se solicitaba un favor del monarca.

Despues del príncipe y de su familia seguia el Earldorman ó conde, título que conferia una parte de los derechos de la soberanía,

por cuya razon su obtentor algunas veces era llamado virey. Era gefe de las tropas de la provincia, y presidente (en union con el obispo) de los tribunales del condado, y aun parece que cobraba el tercio de las multas que por medio del ejercicio de su jurisdiccion percibia el monarca. Estos y los demas destinos que en su principio fueron amovibles acabaron por hacerse hereditarios, como por la misma época sucedia en Francia bajo los descendientes de Carlomagno. Los barones formaban una numerosa y distinguida clase, gozaban diferentes privilegios, y dividíanse en barones del rey, barones del conde y barones de los prelados. Los primeros reconocian por superior inmediato al rey, y los otros eran dependientes de los señores á cuyo servicio estaban. La mayor parte de ellos eran militares; pues Alfredo en su traduccion latina de la historia de Beda los llama siempre *miles*. Por cada cinco medidas de tierra debia presentarse un guerrero, y el que las poseia pasaba desde pechero á ser baron. Solo por este medio era dable llegar á aquel rango á menos de ser comerciante; pues el individuo de esta clase que habia hecho tres viages marítimos con mercaderías fabricadas ó compradas por él adquiria el rango y los privilegios de baron de buque (*Thane Ship*).

Los hombres libres de la clase mas humilde se llamaban *Ceorls* (labradores), y cultivaban las tierras de su señor, le satisfacian un cánon ó le prestaban servicios honrosos. Algunos poseian tierras francas de censo, mas poco considerables para que pudiesen salir de su clase; si bien unos y otros á fuer de hombres libres no sufrian los ignominiosos tratamientos reservados á los esclavos.

La administracion de justicia entre los anglo-sajones se resentia de sus bárbaras costumbres, y asi aunque los procedimientos eran sencillos, estaban mal calculados tanto á fin de descubrir la verdad que la mala fe ofuscaba, como para arreglar los intereses particulares. La jurisdiccion de menos importancia era la de *Sac* y *Soc*, nombres ininteligibles en el dia, la cual parece que era el derecho de entender en los pleitos y de imponer multas; derecho que todos los señores reclamaban mas por avaricia que con intento de proteger á sus vasallos. El vestíbulo del castillo era el lugar en donde

se ventilaban estos pleitos. Superior á este juzgado era el tribunal del *Hundred* presidido por el conde, y que debia reunirse cada mes. Anualmente se celebraba una audiencia estraordinaria á la cual habian de asistir todos los varones de mas de doce años que viviesen en el territorio de la jurisdiccion. Este tribunal fallaba causas criminales y civiles, en él se celebraban contratos de toda especie, se compraba y vendia y se hacian pagos; cosas todas que las reclamaba la ignorancia de la mayoría que no sabia escribir ni leer. Para los negocios de importancia muy grave el conde convocaba muchos *hundreds*. Finalmente el tribunal del condado gozaba de un poder superior á todos los otros. Abríase en los meses de mayo y octubre, y sus gefes supremos que eran el obispo y el conde gozaban de una autoridad igual, y tenian por asesor al Gerif, ó baron del rey del rango mas elevado. Ante todo examinaban las causas relativas al clero, despues de ellas los negocios en que se interesaba el rey, y finalmente las de los particulares cuyo fallo no debian pronunciar los jueces sin haberles propuesto antes algun medio de concordia. A pesar de todo el que se creia agraviado en alguna sentencia pronunciada por cualquiera de esos tribunales podia apelar de ella á la sabiduría del monarca, quien despues de revisarlas á fuer de magistrado supremo que era de la nacion, castigaba algunas veces á los jueces que faltaron por parcialidad ó por ignorancia.

Como nunca se descendia al exámen de los hechos ni por averiguaciones ni por indicios, se hacia prestar juramento no solo á las partes sino tambien á los vecinos que afirmaban lo que estas habian dicho. Los testigos eran á veces á centenares, y su juramento tenia mas ó menos valor segun el rango del que lo prestaba; de manera que el de un conde valia por el de seis barones, y el de uno de estos por el de seis pecheros. El rey y el primado eran los únicos exentos de jurar, aunque algunas veces alcanzaban el mismo privilegio los poderosos.

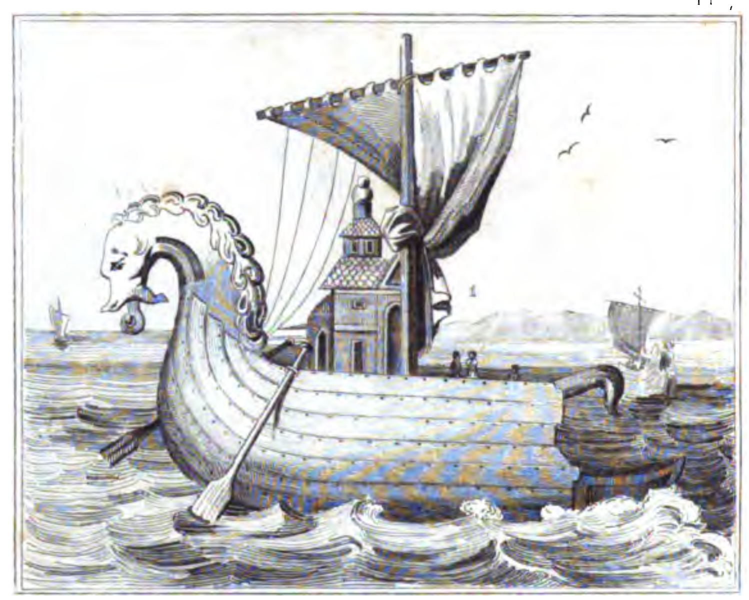
Las fórmulas del procedimiento criminal eran á poca diferencia las mismas que por aquella época estaban en uso en todos los pueblos de Europa. El acusado probaba su inocencia por medio del

juramento ó del juicio de Dios: en el primer caso presentaba testigos que confirmasen su asercion; en el segundo pasaba tres dias ayunando y orando, recibia la comunion y arriesgaba la prueba del agua ó del fuego. La una consistia en sacar una piedra de un vaso lleno de agua hirviendo, y la otra en manejar una barra de hierro encandecente. El brazo y la mano del paciente se envolvian con mucho cuidado, y si la quemadura quedaba curada á los tres dias era absuelto, y en el caso contrario sufria la pena impuesta al delito. Para completar la similitud de esta administracion de justicia con la que hoy todavía está en uso entre las grandes naciones del oriente, es necesario añadir que la costumbre de presentar regalos con harta frecuencia hacia inclinar la balanza á la parte del mas rico. En las causas criminales la multa en que incurria el acusado declarado culpable, y la cual en todo ó en parte correspondia al juez principal, era con harta frecuencia un grande ausiliar para convencerlo; asi es que muchas gentes reputando la justicia muy cara preferian sufrir en silencio.

El homicidio y el robo eran los delitos mas frecuentes. Contra el primero la legislacion no tenia otra cortapisa que una compensacion pecuniaria, graduada segun el rango de la víctima, y asi la multa era desde doscientos á seiscientos chelines y de seiscientos á mil doscientos. El homicida podia refugiarse en uno de los asilos respetados por la ley, que eran el palacio real, el de un arzobispo ó una iglesia; mas sin embargo de esto podia estar allí muy poco tiempo, ¡y era preciso que saliese para probar la suerte de un combate ó que se pusiera en manos de sus enemigos dando alguna fianza para el pago de la compensacion. Si dentro de 30 dias no podia satisfacerla era entregado á la venganza de los parientes del muerto; en el caso contrario pagaba en tres semanas ciento veinte chelines que eran el precio de su libertad y el cual se repartia entre el padre, los hijos y los hermanos del muerto; satisfacia despues la multa del combate que era de la pertenencia del rey, y en órden á la compensacion podia pagarla en varios plazos, parte en dinero y parte en ganado. Cumpliendo con todas estas condiciones contaba el delicuente con la impunidad.

1. Buque Anglo Sajon en 550 2. Traje de Sacerdote en 650

Pl.





1. VAISSEAU ANGLO-SAXON, EN 550.

2. COSTUME DE PRÊTRE, EN 650.

ANGLETERRE

El robo se cometia con tanta frecuencia y tan comunmente por todas las clases, que no bastó para estirparlo la severidad de las leyes que lo castigaron con el destierro, la confiscacion de bienes y la muerte. Athelstan y despues el rey Canuto moderaron esta legislacion sustituyéndole penas que se agravaban con la reincidencia. El primer robo se castigaba con el pago del dos tanto del objeto robado, y en cada reincidencia se iba aumentando la pena hasta llegar á la mutilacion de un miembro y hasta la pérdida de la vista si el reo cometia por cuarta vez el mismo delito.

No podemos dispensarnos de hablar del *Witenagemot* ó consejo nacional, cuerpo á la vez político, judicial y legislativo. Los historiadores no fijan de una manera clara ni su organizacion ni sus atribuciones, á pesar de lo cual parece que lo componian los obispos, los abades, los condes y los barones. El clero ejercia en él un poder doble, pues juntamente con los legos tenia voto en todas las materias de legislacion general y determinaba separadamente los negocios eclesiásticos. En las vacantes del trono, el consejo nacional elegia el sucesor, y los lectores recordarán que despues que Ethelredo fue arrojado del reino por las armas de los daneses, aquella asamblea le devolvió la corona, estipulando algunas condiciones que hubo de jurar el restablecido monarca. Los consejeros como jueces conocian de los negocios civiles, y en los delitos de estado condenaban á confiscacion de bienes, á destierro y á muerte; y como legisladores hacian leyes represivas, é indicaban las medidas necesarias para la defensa del territorio. De presumir es que en su orígen el consejo nacional se compuso de todos los hombres de armas, despues de terratenientes, y finalmente de gefes, que eran los únicos bastante ricos para suportar las traslaciones que se verificaban cada dos meses. Los obispos iban acompañados de sacerdotes de sus diócesis, y los condes de barones adictos á sus personas; á pesar de lo cual como ninguno de estos hombres de un rango inferior tenian voz en la deliberacion, el número de los consejeros era realmente muy limitado, porque segun se ve por las actas en donde estan sus firmas nunca pasaron de sesenta. Los demas asistentes no eran sino testigos.

Hasta aqui hemos hablado tan solo de las clases que gozaban libertad, la cual en aquella época como en los tiempos antiguos era un privilegio de pocos, mientras que la multitud gemia en la servidumbre. A ella estaban reducidos los dos tercios de la poblacion anglo-sajona, y la mayor parte de aquellos infelices habian descendido á tal posicion por efecto de la guerra, ó en castigo de algun delito, si bien los habia que acosados por la miseria vendian su libertad á trueque de no perecer de hambre. Los esclavos, distinguidos con nombres cuyo significado nos es hoy desconocido, trabajaban la tierra ó ejercian algun oficio mecánico; de modo que su suerte puede parangonarse con la de los negros en las colonias. Sujetos al látigo y á la marca segun el capricho del amo, estaba ademas á merced de este el venderlos y el donarlos; asi es, que por testamento se legaba el herrero, el pescador, el molinero, con su familia, su casa y su peculio. La prohibicion de usar armas era el sello de la completa degradacion de un hombre, y por esto el que perdia la libertad dejaba en presencia de testigos la espada y la lanza para tomar el aguijon ó la podadera. La religion cristiana tan misericordiosa con el desgraciado consolaba los males del esclavo, y le defendia contra sus opresores por el ministerio del obispo de la diócesis. La avaricia de los señores mas poderosa que las exortaciones, permitia á los esclavos conmutar con dinero los malos tratamientos á que estaban espuestos; sin embargo la gratitud por una parte y la caridad por otra contribuyeron mas de una vez á procurarle la libertad ó á permitirle cuando menos el ejercicio de alguna industria que le proporcionase los medios de comprarla. Lo uno y lo otro eran actos públicos que se hacian al pie del altar, en el mercado ó en el tribunal del territorio. El esclavo emancipado recibia una espada y una lanza de manos de su amo, quien le declaraba que era libre, y que podia ir á donde le pluguiera. La ley que hacia á todo hombre libre responsable de las faltas cometidas por un miembro de su comunidad abrazaba tambien á los esclavos; y asi es que el reo de un robo hecho á uno de sus compañeros era apedreado por veinte de ellos, á los cuales se daban azotes en caso de mostrar compasion ó dulzura al ejecutar

la sentencia. Las mugeres estaban sujetas á lo mismo, y debian ser ejecutoras de las sentencias pronunciadas contra las personas de su sexo.

La venta de los hombres era entonces un comercio libre, y en los mercados en donde se los ponia al lado de los animales un esclavo varon valia lo mismo que cuatro bueyes. A pesar de la ley que prohibia la esportacion de los indígenas, no faltaban especuladores que trasportasen á aquellos desgraciados á Irlanda desde donde se los enviaba al continente. Muy celoso se mostró el clero para abolir este tráfico infame, y aun se habla de un prelado cuya elocuencia pudo recabar de los negociantes de Bristol que renunciasen á tan inhumano comercio; cosa tanto mas difícil, cuanto era menester sufocar el deseo de la grangería en corazones en que tan tiránicamente reinaba.

La poblacion derramada en la campiña por lo general se componia de esclavos, y en las ciudades, villas y puertos habia esclavos y hombres libres. Los unos pagaban alquiler de la casa en que vivian y eran dueños de dejarla cuando bien les pareciese, al paso que otros, villanos de orígen, ocupaban viviendas consideradas como parte del feudo á que pertenecian. Unidos al suelo estaban por decirlo asi arraigados en él y no les era lícito trasladarse á otra parte. Los ciudadanos estaban ligados entre sí por medio de cofradías que imponian deberes y atribuian privilegios cuya esposicion seria muy enojosa por la grande diversidad de ellos, ya que cada ciudad y cada pueblo tenia los suyos, cuya estravagancia nos pasma quizás sin otra razon que la de ignorar las causas que los produjeron.

En una nacion que se habia fundado por medio de la conquista, y cuyo pueblo gemia en la servidumbre, era imposible que hubiese libertad para las mugeres; asi es que toda su vida estaban en tutela ó bien del padre ó bien del hermano, y hasta las viudas dependian del heredero varon, y el rey era el protector de las que carecian de apoyo. Tan amplios eran los poderes de este tutor que el matrimonio hecho sin su consentimiento no daba al marido autoridad alguna legal sobre la persona ni sobre los bienes de su es-

posa; y si los estravíos de esta armaban contra ella la severidad de las leyes, las multas que se le imponian eran para el tutor y nó para el marido ultrajado. Cuando un hombre queria casarse era preciso que ante todo comprase con un regalo el consentimiento del tutor, y despues habia de asegurar á su muger una viudedad de la cual tenia ella el usufructo y algunas veces la propiedad sobreviviendo al marido. El padre, el hermano, ó tutor de la novia le hacian un regalo en muebles, armas, ganado, ó dinero, y lo mismo practicaban los amigos y parientes de uno y otro consorte que asistian al convite de boda. Este regalo constituia el dote de la muger. Uso recibido era que á la mañana siguiente el marido hiciese á su esposa un regalo que se llamaba *regalo matutinal*, que esclusivamente correspondia á ella.

El marido como que habia comprado á su muger tenia sobre ella una autoridad estensa aunque restringida por las leyes. Efectivamente segun las del pais de Gales, semejantes en un todo á las de los Ingleses sus vecinos, podia dar tres garrotazos á su muger cuando la sorprendia faltándole á la fidelidad, y lo mismo si malgastaba sus bienes ó proferia injurias contra él, ó le tiraba de la barba; pero incurria en una multa en caso de castigarla mas severamente ó por una falta de menos importancia. El matrimonio fue declarado indisoluble cuando penetró entre los anglo-sajones el cristianismo, cuya doctrina que erigia la castidad en virtud por escelencia halló grande cabida. Muchos matrimonios fueron entonces estériles, y si uno de los esposos hacia voto de incontinencia no podia el otro resistirse á la separacion ni contraer nuevos lazos. Los poderosos sin embargo conseguian el divorcio por causa de adulterio, cuyo delito autorizaba el repudio segun las leyes del pais de Gales. La misma legislacion permitia á la muger conservar la viudedad y separarse del marido en caso de que á este le oliera mal el aliento.

Considerada la muger como una mercadería estaba sujeta á una especie de tarifa que variaba segun las circunstancias, y hé aqui por qué el regalo que se hacia al tutor de una viuda para casarse con esta, era de la mitad del valor que el necesario para pedir

una doncella. Una muger esclava no adquiria la libertad casándose con un hombre libre; mas á fin de que pudiese contraer este enlace, se la emancipaba previamente. Las penas relativas al adulterio eran tan severas que rayaban en crueles; asi es que se cortaban la nariz y los labios á la culpable, se le confiscaban los bienes y quedaba infamada. Las violencias que atacaban el honor de las mugeres eran castigadas, lo mismo que el homicidio, con multas que variaban segun el estado de la ofendida; y cuando se trataba de una niña que no hubiese llegado á la pubertad el delincuente sufria una mutilacion vergonzosa.

La sociedad anglo-sajona salida apenas de la barbarie habia conservado la grosería y la intemperancia, principales vicios de aquella; asi es que comian y bebian inmoderadamente, y en las festividades religiosas y en las particulares se derramaba siempre copioso vino. Edgar el *Pacífico* que reinó desde 959 á 975 quiso poner límites á tales escesos por medio de un reglamento digno de que lo mentemos. Es de saber que en los convites los comensales solian servirse de un solo vaso que pasaba de mano en mano para que cada uno bebiese lo que quisiera. Discretos algunos de los convidados é indiscretos otros, se quejaban estos de aquellos, y se obligaba á los primeros á beber mas de lo que podian, de lo que sobrevinieron muchas veces querellas, que convertian la sala del banquete en campo de batalla. A fin de atajar estos inconvenientes Edgar fijó la forma y la cabida de las copas ó vasos, prohibiendo beber de una vez mas de un vaso y obligar á que otro lo hiciera.

La cortesanía que es el encanto de las mutuas relaciones de los hombres no habia podido introducirse en un pueblo estraño todavía á los progresos de las artes y á los placeres de la vida. El monarca Egberto y el célebre Dunstan han merecido muchos elogios á sus biógrafos por sus elegantes y graciosos modales que sin duda aprendieron durante su permanencia en Francia, en donde esta virtud social comenzaba á manifestarse por entonces. Mas el ejemplo del príncipe y del prelado no ejerció ningun influjo sobre sus contemporáneos, cuya incivilidad dependia del estado de sus costumbres, y era tan grande que una ley prohibia á los cortesanos

so pena de perder la proteccion de la reina dar un golpe á su magestad, ó arrebatarle violentamente lo que tenia en las manos. Esta ley no es del código sajon sino del de Gales; mas como estos dos pueblos habitaban el mismo pais y tenian tantos puntos de semejanza no es una temeridad juzgar al uno por el otro. Los mismos hombres que siendo de condicion igual se dispensaban de tenerse las consideraciones que la etiqueta social reclama de nosotros, exigian de sus inferiores una sumision que rayaba en servilismo.

Poco en verdad tenemos que decir acerca del trage, cosa de tanta importancia entre los modernos; pues entre los anglo-sajones semibárbaros todavía la muchedumbre iba casi desnuda. Solo el rey y los barones cuidaban de su persona y hacian algun alarde de lujo en su vestido; pues ni el mismo clero era mas mirado que el pueblo, supuesto que los eclesiásticos celebraban la misa en piernas. Asi se deduce de uno de los cánones del concilio de Chalchuyte, celebrado en 785, el cual prohibe que *sacerdote alguno se presente de aquel modo en el altar, para que su desaseo no ofenda á Dios*. Las personas de distincion se vestian las piernas con una especie de botin de lienzo sujeto con fajas que daban muchas vueltas desde el pie hasta la rodilla. Cubrian el pie zapatos de cuero con suelas de madera. Los ricos usaban camisa y sobre ella una túnica ajustada al cuerpo y que bajaba hasta mitad del muslo y cubria los calzones. Por encima llevaban una capa cuadrada muy larga por la espalda, pero cortisima por los lados. La que usaba el rey en los dias de gran ceremonia tenia ricos bordados de oro, como lo atestigua la carta dirigida por un rey de Mercia á la abadía de Croyland. Dice asi; „doy al secretario de esa abadía la capa de púrpura que llevé el dia de mi coronacion, á fin de que de ella se haga una capa, que servirá para los oficiantes. Le doy tambien mi velo de oro, cuyo bordado representa el sitio de Troya para que lo cuelguen en la iglesia el dia de mi aniversario."

Las mugeres llevaban túnicas largas y mantos abiertos por los lados para sacar los lazos. El principal adorno de los anglo-sajones era el cabello que llevaban muy largo. Las solteras lo traian flotante sobre las espaldas, y al casarse se lo cortaban un poco y se

lo componian en un moño. El cabello corto era en ciertos casos una señal de deshonra, y por esto tenian á grande mortificacion el cortárselo los sacerdotes que habian de afeitarse la coronilla, y llevar casi raso el restante cabello. Los que aspiraban á reputacion de santidad declamaban contra los cabellos largos, y San Wulstan obispo de Worcester no contento con esto, cuando un penitente inclinaba la cabeza para recibir la bendicion le cortaba un bucle, mandándole que si deseaba el perdon de sus pecados se cortase los restantes. En órden á la barba parece que los eclesiásticos durante mucho tiempo estuvieron obligados á afeitársela. Los legos acabaron por imitar su ejemplo no dejando mas que el bigote cuando los franceses y normandos no lo llevaban, lo cual dió ocasion á que los espías enviados por Haroldo al campo de los normandos creyesen que el ejército de Guillermo se componia de sacerdotes.

Los anglo-sajones durante el invierno llevaban forradas las túnicas y los mantos, para lo cual los ricos usaban las pieles de marta, de castor y de zorra. San Wulstan interrogado por el obispo de Constanza por qué no usaba para resguardarse del frio mas que pieles de carnero, respondió: «justo es que vos y los demas políticos del siglo, consumados en los artificios del mundo os vistais con la piel de esos animales arteros; pero yo que soy un hombre sencillo y sin doblez me contento con una piel de carnero.» El obispo insistió diciendo que si no queria llevar forros ricos podia usar á lo menos la piel de gato. «Creedme, replicó Wulstan, en la iglesia se canta con mas frecuencia el *cordero de Dios* quel *el gato de Dios*.» Esta contestacion que entonces fue calificada de muy graciosa hizo reir á todos los presentes, y perturbó de tal modo al prelado que no supo contestar cosa alguna.

El agua y la leche constituian la bebida ordinaria del pueblo; pero la de los nobles y los ricos eran aguamiel y varias composiciones en que entraban la miel, el vino, la cidra, las especias y el zumo de la mora. El vino se hizo casi esclusivo de la mesa real porque era preciso llevarlo de otro pais. El rey mantenia gran número de personas que desempeñaban destinos cerca de la suya.

Hay una ley de Canuto el *Grande* que fija el lugar de los convidados, y dice que si alguno tiene la osadía de tomar otro preferente al suyo será colocado el último y todos los comensales podrán tirarle huesos sin que por esto incurran en la nota de groseros ni hayan de responder del hecho con las armas en la mano. La caza de los animales monteses era la diversion favorita de los reyes y de los nobles, los cuales cazaban tambien con halcones, á los que cobraron tanto cariño que los hacian seguir en los viages, y hasta rehusaron comprar su libertad á trueque de desprenderse de ellos. Los dados y el ajedrez eran el mas agradable esparcimiento de las clases altas, y el rey Canuto trasnochaba muchas veces para dedicarse á estos juegos.

Las artes útiles que entran por tanto en la vida de las naciones, si bien ocupan poco lugar en la historia, llegaron en la Bretaña á mucha perfeccion en tiempo de los Romanos, que solian recompensar los males de sus guerras con los beneficios de la civilizacion. Cuando los sajones lanzándose de sus bosques inundaron la Bretaña impulsados por el espíritu de destruccion que se cebaba hasta en los objetos materiales, entonces las artes desaparecieron con el pueblo que las ejercia. Los sajones dueños ya del pais no solo eran incapaces de cultivarlo, sino que ni aun supieron aprovecharse de las ventajas que naturalmente ofrecia, pues los del sud sin embargo de que habitaban la costa, apenas sabian pescar hasta que en 678 les enseñaron esta industria Wilfredo y sus compañeros. De manera que los habitantes eran frecuentemente diezmados por el hambre, á cuyos estragos pusieron término los misioneros cristianos adoctrinando á los sajones en los medios de procurarse la subsistencia. Sin grande esfuerzo se comprende que en un pueblo sumido en una ignorancia semejante la agricultura no podia hacer sino muy lentos progresos, reprimidos muchas veces por reglamentos poco calculados como lo era el que prohibia arar con otros animales que con bueyes. La industria seguia los mismos pasos, de manera que para construir un carro y dejarlo en estado de servicio era menester que se reuniesen seis ú ocho personas, y agotaran todo el caudal de sus conocimientos. Por la mis-

ma época desconocian la industria de los molinos; de manera que para convertir el trigo en harina usaban muelas de mano á que daba vueltas una muger; costumbre que ademas de ser sabida, está justificada por una ley de Ethelberto rey de Kent que condena á una multa al hombre que pervierta á la criada que muele el trigo para el rey. Las tierras mejor cultivadas eran las de los monges, porque estos al lado del precepto ponian siempre el ejemplo; por esto el abad de Weremouth segun nos dice su biógrafo, tan pronto guiaba un carro tan pronto aechaba trigo, tan pronto forjaba aperos de labranza con un martillo y un ayunque. En órden á la jardinería no era conocida sino en los cercados de los monasterios, en donde se veian huertas llenas de árboles injertados, y que producian escelentes frutos.

Cuando las artes que servian para satisfacer las necesidades estaban en tanto atraso, no es de maravillar que la arquitectura no hubiese nacido todavía. Efectivamente la albañilería no se introdujo en Bretaña en los dos siglos inmediatos á la conquista, durante cuyo tiempo todas las iglesias eran de madera, de modo que en el año 652 el obispo de Holy-Island hizo construir en su diócesis una catedral de madera cuyo techo era de cañas, y fue reemplazada por láminas de plomo mucho tiempo despues. Hácia fines del siglo séptimo Wilfredo obispo de York, y Benito Biscop, abad de Weremouth introdujeron la albañilería en Inglaterra, llevándose desde Roma algunos operarios que dirigidos por ellos hicieron edificios de piedra. Cuando Biscop en el año 674 fundó un monasterio de que mas adelante fue prior hizo trabajar algunos albañiles que habia ido á buscar á Francia, de donde se llevó vidrieros para que pusiesen vidrios en las ventanas de los edificios que levantaba. La vidriería no habia penetrado en Inglaterra puesto que tapaban las ventanas con lienzo ó con rejas de madera; y cuando este arte penetró en ella estuvo tan lejos de hacer progresos como que Alfredo hácia el fin del siglo noveno hubo de llamar artistas de esta clase para que adornasen los edificios que habia levantado en su reino. La Escocia y el pais de Gales no habian en esta materia progresado mas que la Inglaterra, puesto que una de sus leyes

condenaba al que destruyese el palacio del monarca con sus dependencias, á una multa, cuyo valor no escediera hoy de ciento sesenta libras esterlinas. Esto prueba que los tales edificios eran de madera. Todavía en nuestros tiempos se encuentran en Escocia restos de edificios que atestiguan la ignorancia de sus constructores, puesto que estan colocados unos sobre otros sin órden y no estan unidos con cimento alguno (1). En el mismo pais se encuentran torres circulares de setenta á cien pies de altura, que estaban colocadas cerca de las iglesias, y segun se dice servian para el uso singular que vamos á referir. Los fieles á quienes se condenaba á una penitencia pública eran primero colocados en el piso mas alto de los cinco ó seis que tenia la torre; despues de permanecer allí un tiempo fijado segun la gravedad de sus faltas descendian al inmediato, en donde moraban mas ó menos tiempo, y asi iban bajando sucesivamente del uno al otro hasta llegar á la puerta que estaba delante de la iglesia y allí permanecian un rato en pie hasta ser absueltos por el clero y bendecidos por el pueblo. Otros escritores juzgan que antes de inventarse las campanas se convocaba al pueblo para las ceremonias del culto tocando desde lo alto de las torres un cuerno ó una trompeta.

Los que trabajaban el hierro eran entonces los operarios mas considerados, y todos los gefes llevaban constantemente uno de ellos consigo á fin de que recompusiese las armas. El principal forjador tenia un rango importante en las cortes de los reyes anglo-sajones y del pais de Gales, y gozaba muchos privilegios.

Segun los cánones todos los eclesiásticos tenian obligacion de

---

(1) Convenimos con el autor en que es una prueba del atraso de la arquitectura el que esten colocadas sin órden las piedras en los edificios á que se refiere, mas no podemos estar de acuerdo con él en que justifique este atraso la circunstancia de que no esten unidas con cimento alguno. Notamos esto para que no induzca á error á los lectores que no conozcan los monumentos antiguos. Los que han visto alguno ya saben que muchos de ellos, obra de los Romanos, de sólida, hermosa y arreglada arquitectura, estan construidos de esta manera; pues la admirable exactitud con que las piedras se corresponden unas á otras suple esa falta de cimento que hasta llega á caracterizarlas.

(*Nota del Traductor*).



dedicarse á alguna arte mecánica en los momentos de ocio, de donde provino que muchos de ellos trabajasen con gran perfeccion los metales. El célebre Dunsthau pasaba por el mejor platero y grabador de su tiempo. Parece cierto que antes y despues de Alfredo el *Grande* se conocia el arte de ejecutar en oro y plata no solo alhajas sino tambien todos los utensilios para el uso y adorno de la mesa y todos los objetos necesarios al culto.

Menguados eran tambien los progresos que los anglo-sajones habian hecho en la guerra considerada como arte: la mayor parte de los soldados estaban mal armados; los unos llevaban lanzas, hachas y flechas, y muchos no mas que maza y espada. Era corto el número de los infantes que usaban escudos redondos con una punta aguda en el centro, con la cual procuraban herir á su contrario al paso que les servia de defensa. La caballería compuesta toda de barones llevaba solamente lanza y espada: la silla iba sin grupera y casi sin estribos. Las maniobras eran muy sencillas: cada division se colocaba de modo que formase un triángulo que presentaba uno de sus ángulos al enemigo. Los carros en que iban las armas, las provisiones, y algunas veces las mugeres y los niños que seguian á sus esposos y padres, se colocaban en la retaguardia formando una especie de muralla. En un dia de combate mientras que los gefes tomaban las postreras disposiciones, los soldados mas atrevidos se desafiaban y contendian á la vista de los dos ejércitos. Durante sus guerras con los britanos habian destruido los sajones las fortalezas hechas por los Romanos, y no pensaron en repararlas ni en levantar otras: abandono que les fue tan fatal en la lucha contra los daneses, como favorable á estos que supieron aprovecharse de esta circunstancia. Alfredo fue el primero que trató de remediar el descuido, circuyendo las principales ciudades, y edificando castillos ya de madera ya de piedra, los cuales fueron reputados por tan útiles que desde aquella fecha todos los señores territoriales hubieron de construirlos ó de contribuir cuando menos á los gastos necesarios para ello. No es de admirar que se les diese tanta importancia, porque siendo el arte de atacar las plazas cosa casi desconocida, las murallas de una ciudad ó las paredes de un

castillo ofrecian un abrigo seguro á los que dentro de ellos se encerraban.

La llegada de los sajones á Bretaña fue la señal de aniquilamiento del comercio, que floreció en tiempo de los Romanos. A pesar de esto cuando los invasores hubieron ya formado establecimientos fijos en el pais, el comercio interior comenzó á reanimarse, y durante la Heptarquia, la ciudad de Londres capital del limitado reino de Essex se convirtió en uno de los mas célebres mercados de la Bretaña, al cual acudian no solo los negociantes del pais sino tambien los de diferentes naciones. En el siglo VIII Offa rey de Mercia alentó á sus súbditos para que comerciasen con el continente, con cuyo motivo tuvieron lugar algunas desavenencias entre Offa y Carlomagno á quien el primero envió al célebre Alcuin que ajustó entre los dos príncipes un tratado de comercio.

Por entonces á causa de las agitaciones que sin cesar conmovian el reino no pudo desarrollarse completamente el comercio de los mares; pero el interior habria tomado mucho vuelo á no ser los absurdos reglamentos que lo entorpecian y sufocaban. En muchos de los estados de la Heptarquia estaba prohibido el vender, comprar y permutar cualquiera género á no ser que se verificase delante del magistrado y de muchos testigos; cuya medida tenia por objeto impedir los fraudes y castigar al que los cometiese. Mas estas precauciones dictadas con una mira de utilidad era forzoso que pusiesen trabas á los contratos. Las leyes del pais de Gales establecidas bajo el mismo sistema fijaban el precio á todos los objetos que se vendian. Uno de los mas estraños artículos de estas leyes es el que señala el precio de los gatos en el dia de su nacimiento y en sus diferentes edades, aunque es preciso advertir que semejante artículo no tanto tenia por objeto dar un valor á aquellos animales como fijar la cuota de la indemnizacion que debia satisfacer quien matase uno de ellos. En aquella época en que no se veian en los pueblos obreros de todos los oficios, ni géneros de toda especie, las compras y ventas se verificaban en los mercados y ferias. Los primeros se celebraban el domingo y delante de la iglesia, para que los fieles al tiempo de cumplir con sus deberes

religiosos pudiesen hacerse con lo que les faltara; mas como la reunion de gentes turbaba muchas veces el recogimiento de los devotos, el mercado se trasladó al sábado. Habia tambien ferias en diversas épocas del año y eran sumamente concurridas. Los obispos y abades á fin de aumentar sus rentas impetraban del monarca permiso para establecer una feria, la cual celebrábase siempre en el territorio de una catedral ó de un monasterio. A los que á ella acudian se los obligaba muchas veces á jurar que no mentirian, ni robarian, ni engañarian á nadie, y si esta precaucion no impidió que hubiese quien engañara podia sin embargo causar remordimientos y atajar los abusos tan comunes en tales concurrencias.

Al dar una idea del comercio de Inglaterra es indispensable decir alguna cosa de las monedas que entre los angló-sajones no solo eran de metal sino que habia la conocida con el nombre de *moneda viviente* que consistia en esclavos y reses, á los cuales la ley habia fijado un precio que suplia la falta de dinero; de manera que se podia comprar cualquiera cosa ó satisfacer una deuda, dando parte en dinero y parte en esclavos ó animales domésticos. Todas las multas, y aun aquellas que con el nombre de penitencias imponia la Iglesia podian satisfacerse tambien en moneda viviente, ó en moneda metálica, aunque es verdad que la Iglesia rehusaba tomar esclavos. La misma costumbre estaba en uso en Escocia y en el pais de Gales, en donde la falta de industria y de comercio esterior hacia necesarios estos medios, que al parecer fueron por mucho tiempo en esos paises el tránsito entre el puro trueque y el uso universal de la moneda. Materia es esta de las clases y del valor de la moneda sumamente oscura por mas que acerca de ella se hayan hecho infinitas investigaciones, y entablado no pocas controversias.

Aunque los sajones hubiesen durante mucho tiempo menospreciado del todo las letras, cuyas ventajas no podian conocer mientras ejercitaron la piratería, recibieron sin embargo las primeras nociones del saber de los misioneros cristianos. Estos fundaron monasterios y escuelas en donde los habitantes aprendieron á beneficiar las riquezas de su pais y á cultivar su inteligencia. Agustin

que fue el apóstol de los anglo-sajones estableció en Cantorbery una escuela de la cual salieron los únicos varones que en aquella época alcanzaron alguna fama por sus conocimientos en las letras y en las ciencias. Entonces floreció el célebre Bede, simple monge que pasó la mayor parte de su vida enseñando á leer y á escribir á sus compatricios. Sus obras que componen ocho volúmenes en folio atestiguan su erudicion; pero la que mas le recomienda á la posteridad es su *Historia eclesiástica*, en la cual ha pintado con una candidez que encanta los hombres y las cosas de su tiempo. Despues de su muerte el saber sufrió grande decadencia, y los estragos de los daneses que arruinaron los templos trajeron otra vez la ignorancia y la barbarie. A pesar de esto en el siglo VIII vivió Alcuin que mas adelante fue el maestro y el amigo de Carlomagno. En segundo lugar puede citarse á Juan Scot, llamado Erigenes, hijo de Escocia, que floreció hácia el principio del siglo IX. Hizo viages por paises estrangeros, penetró hasta la Grecia cuya lengua aprendió, y en cuyos sistemas filosóficos supo hacer no pocos adelantos. Tan gracioso como erudito fue llamado por Cárlos el Calvo rey de Francia, con quien tuvo intimidad muy grande y en cuya mesa comia diariamente. Un dia en que estando de sobre mesa el rey y Scot platicaban amigablemente, el filósofo soltó una palabra que pudo calificarse de poco conforme con lo que reclamaban las leyes de la cortesanía. Al oirla el rey le preguntó qué distancia habia de un *Scot* (es decir escoces) á un *Sot* (necio). No hay otra que la de esta mesa, contestó el filósofo. Esta salida lejos de incomodar al rey le dió mucho que reir, porque miraba al interlocutor como maestro suyo en las ciencias, y como su guia en la política. Compuso una obra titulada: *La naturaleza de las cosas ó la division de las naturalezas*, libro atestado de sutilezas metafísicas, á pesar de lo cual escitó la admiracion pública, é hizo que su autor fuese reputado como el padre de la teología escolástica que en tanta boga anduvo durante la edad media.

El grande Alfredo con premios y con el ejemplo procuró generalizar en su reino las letras y las ciencias; pero en esta tentativa no fue mas feliz que Carlomagno, y despues de su muerte las re-





1. GUERRIER ANGLO-SAXON. (En 750)

2. FEMME ANGLO-SAXONNE. (En 850)



vueltas políticas ahogaron la semilla que él habia logrado derramar entre sus vasallos. El danes Canuto el *Grande* cuando hubo asolado la Inglaterra hizo muchos esfuerzos para reanimar las luces del saber que los desastres de la guerra habian casi apagado; pero su hijo y sucesor Haroldo destruyó lastimosamente la obra del padre. Eduardo el *Confesor* que subió al trono en 1041 reparó los males causados por Haroldo, fundando y mejorando muchas y célebres escuelas, entre ellas la de Oxford, en donde se enseñaban la filosofía de Aristóteles y la retórica de Ciceron. La hermosa Edita, muger del monarca, participaba del gusto de este por las letras, é hizo en ellas tantos progresos que el historiador Ingulfo, cuyo padre estaba empleado en palacio, cuenta que cuando encontraba á la reina de vuelta de la escuela de Westminster, esta le hacia preguntas acerca de la gramática, de la poesía y de la lógica, en que era muy entendida, y cuando lo habia cogido con algun argumento ingenioso le daba por medio de sus doncellas tres ó cuatro escudos para que fuera á beber un trago.

Las ciencias que se enseñaban entonces en las escuelas se reducian al *trivium* y al *quadrivium*, especie de division que abrazaba todas las ciencias y las bellas artes que eran en número de siete. El primero comprendia la gramática, la retórica y la lógica, y el segundo la música, la aritmética, la geometría y la astronomía. En tiempo en que el saber era una cosa rara creyóse que el conocedor del *trivium* podia sin ausilio de maestro interpretar cualquiera libro; pero si habiá llegado á estudiar el *quadrivium* estaba obligado á responder á todas las preguntas y esplicar todos los arcanos de la naturaleza. La escasez de libros era tanta que el célebre Alfredo dió al abad de Weremouth por un volúmen de cosmografía tanta tierra como pudiesen arar en un dia ocho yuntas. Solo los reyes, los prelados, y los abades tenian bastantes riquezas para poseer una biblioteca, y esta es la razon porque solo habia escuelas en los palacios de los reyes, en las casas de los obispos y en los monasterios. El deseo de saber era tan grande en algunos príncipes que en Francia Carlomagno habia fundado una academia de que era individuo, y que celebraba sus sesiones en el

palacio real: mientras que en Inglaterra Alfredo contemporáneo del héroe frances vivia rodeado de sabios, uno de los cuales que fue Asser se contaba como su mejor amigo y comia en su mesa. La fundacion de la universidad se atribuye á los príncipes sajones; pues se dice que Alfredo fue el padre de la de Oxford, y que su hijo Eduardo el *Viejo* estableció, ó mejor, restauró la de Cambridge.

En esos siglos en que no habia mas viageros que los mercaderes y peregrinos no estrañará el lector que la geografía estuviese en pañales, y sin embargo Alfredo deseoso de instruir á sus vasallos, recogió de la viva voz de muchos aventureros la historia de sus viages, que publicó redactada por él mismo. Uno de esos viages hecho por Ochter contiene una descripcion de la Noruega, de la Dinamarca y de la Suecia. Por órden del mismo Alfredo emprendió otro el anglo-sajon Wulfstan, el cual visitó las costas del Báltico, penetró despues en el Vístula, recorrió la Polonia, é hizo una descripcion de los usos y costumbres de sus habitantes. No satisfecho Alfredo con haber dado á conocer los paises del norte, quiso abrir un camino para el oriente; y habiendo sabido, segun se cree, por el patriarca de Jerusalen con quien estaba en correspondencia, que en la parte de Meliapur en la costa de Coromandel habia cristianos, y que sufrian mucha escasez, quiso enviarles socorros, y eligió para esto un sacerdote anglo-sajon llamado Sighelm, quien desempeñando dichosamente su comision penetró en la India de donde trajo varios objetos desconocidos en su pais. De sentir es que la relacion de su viage no haya llegado hasta nosotros.

El estado de la jurisprudencia corria parejas con el de la geografía porque los conocimientos de la mayor parte de los magistrados se limitaban á la lectura de las leyes del pais escritas en lengua sajona. Si bien es verdad que en el siglo XI se hicieron algunas recopilaciones de los cánones de la Iglesia, esta legislacion tenia por entonces una autoridad muy limitada, y no era dable que tomase el nombre de ciencia. Aunque la civilizacion de los anglo-sajones fuese tan imperfecta estimaban mucho la poesía y la cultivaban. Llegados allí desde las regiones del norte de Europa

en donde todos los gefes iban acompañados de bardos destinados á celebrar sus proezas, despues de la conquista de la Bretaña conservaron por la poesía el gusto que les trasmitieron sus abuelos. Canuto el *Grande* y el mismo Alfredo eran poetas y tenian relaciones de amistad muy íntimas con todos aquellos á quienes el cielo concedió este talento. Es preciso observar tambien que en todos los pueblos la poesía ha precedido á la prosa; pues los primeros legisladores y los primeros cronistas fueron poetas y sus obras escritas en verso eran recordadas con mas facilidad porque la rima es un grande ausiliar de la memoria. En el largo período que abraza todos los siglos desde la llegada de los sajones á Bretaña hasta Guillermo, uno de los mas célebres poetas fue el monge Caedmon. Naturalmente tímido, cuando en su juventud se encontraba en algun banquete procuraba escaparse para no verse precisado á improvisar como lo hacian los demas comensales. Un dia en que para huir de este compromiso se habia refugiado en una cuadra y metídose entre la paja se durmió y soñó que un estrangero le rogaba que cantase. ¿Y qué, le dijo Caedmon, ignorais que la imposibilidad de cantar es lo que me obliga á huir de la sociedad? El otro insistió, le propuso para asunto de su canto la creacion, y al momento Caedmon improvisó versos que tuvo muy presentes despues de dispertarse. El magistrado de su pueblo á quien los recitó se quedó pasmado, y lo presentó á los monges de la abadía de Santa Hilda delante de los cuales improvisó acerca de un asunto sacado de la Escritura y fue unánimemente aplaudido. De todos los poemas de Caedmon no queda mas que un fragmento que relata la caida del hombre, y en el cual por una rara coincidencia hay algunos pasages tan parecidos al poema de Milton que podrian traducirse en ingles línea por línea por otros cien versos del *Paraíso perdido*. Por lo demas el mecanismo de la poesía anglo-sajona era muy sencillo; no se empleaba la rima, y la armonía de los versos cortos dependia principalmente de la aliteracion ó sea la repeticion de las letras iniciales de las palabras, y se fundaba tambien en una especie de rítmo vago, mas bien determinado por el oido que por regla alguna métrica.

Entre todas las artes la mas general y cultivada era la música. Las personas distinguidas hacian alarde de cantar y tocar el harpa que era el instrumento favorito nó tan solo entre los britanos, sajones y daneses, sino tambien en todas las otras naciones de Europa. Segun las leyes del pais de Gales el tocar el harpa era una de las tres cosas que calificaban al hombre de libre. Para merecer este título era indispensable poseer y tocar aquel instrumento que no podian aprender ni conservar los esclavos: un noble no podia perder el harpa por deudas porque la falta de este instrumento músico le habria hecho descender desde su rango á condicion mucho mas humilde. Casi las mismas costumbres reinaban en esta parte entre los daneses y otros pueblos del norte en donde los que tocaban el harpa eran colocados en la clase de hombres libres y admitidos donde quiera que se presentasen. Ademas del harpa conocian los anglo-sajones muchos otros instrumentos como el violin, el salterio, el laud, el címbalo, la lira, el sistro y otros varios. Parece tambien que el órgano era instrumento conocido en Inglaterra en el siglo VIII, porque S. Dunstan regaló uno á la iglesia abacial de Malmsbury. La música de iglesia estaba mas adelantada que las otras, y era una parte de la enseñanza que se daba en el colegio de Cantorbery: sin embargo los qne aspiraban á sobresalir en esta arte iban á Roma en donde habia profesores de nota.

Las artes, encadenadas muy estrechamente unas con otras, florecen y decaen á un tiempo mismo; por esto entre los anglo-sajones la escultura y la pintura eran igualmente cultivadas, sin embargo de lo cual adquirieron poca perfeccion como puede juzgarse hoy en órden á la primera por las pocas obras que han sobrevivido á los estragos del tiempo y de las revoluciones. Tales son los bajos relieves que existen todavía en la pila bautismal de Bridekirk en el Cumberland, ó bien las que estan en el obelisco de la iglesia de Ruthwel. La pintura hizo al parecer mayores progresos. Los primeros cuadros con que se adornaron las iglesias fueron sacados de Italia; pero los monges probaron á hacerlos y obtuvieron felices resultados, de lo que es testigo el célebre Dunstan á quien sus contemporáneos reputaban por pintor escelente. En la biblioteca

de Bodlei se conserva todavía un cuadro de Cristo ejecutado por aquel santo artista, y en el cual este se representó á sí mismo puesto á los pies del Salvador. Los cuadros históricos no parece que fueron raros en aquella época puesto que Edelfreda viuda del famoso Brithnod, duque de Northumberland regaló á la iglesia de Ely una cortina en la cual habia hecho pintar las grandes proezas de su esposo.

La religion y sus ministros tenian en el estado un lugar tan distinguido que es indispensable ofrecer á los lectores algun pormenor acerca de esto para iniciarle completamente en la historia de aquella época. Desde mucho tiempo florecia en la Gran Bretaña el cristianismo cuando llegaron allí los sajones llevando consigo el culto de Odin, el cual como que era análogo á las feroces inclinaciones de las tribus del norte calificaba al valor de primera entre todas las virtudes. Los que morian en el campo de batalla iban al cielo á morar entre los dioses y los héroes, y á beber aguamiel en el cráneo de sus enemigos: allí eran servidos por doncellas de hermosura estrema. Los cobardes eran arrojados al infierno: allí estaba Hela cuyo palacio era *la angustia*, la mesa *el hambre*, los servidores *la espera* y *la tardanza*, el umbral de la puerta *el precipicio* y la cama *la flaqueza*. A pesar de las fábulas que desfiguraban la doctrina de Odin, reconocian á un ser supremo y proclamaban la inmortalidad del alma. La religion escandinava fue muy pronto vencida por la religion de Cristo. Agustin y sus compañeros enviados desde Roma en 596 derramaron en la Bretaña la semilla del cristianismo que fructificó rápidamente, y asi fue que los reinos que componian la Heptarquia se convirtieron al verdadero culto. Creáronse obispados; el poder del papa se estendió sucesivamente por todo el pais, y el siglo séptimo vió alzarse gran número de monasterios, los cuales ó servian de morada á los obispos y su clero, ó eran habitados por sacerdotes seculares que oraban y administraban los sacramentos á las poblaciones, y los conventos que eran los archivos del saber se dedicaban á la educacion de la juventud. Los monges y los eclesiásticos de la clase inferior no estaban todavía sujetos al celibato, de manera que el número de

los primeros tendia siempre á aumentarse, mucho mas cuando los monasterios que casi siempre disfrutaban pingües rentas ofrecian un asilo tan honroso como seguro. De esta suerte hizo la vida monástica progresos que fueron creciendo todavía con la doctrina generalmente admitida de que bastaba vestir la cogulla para alcanzar la remision de los pecados. Imbuidos de tales principios muchos grandes y monarcas se retiraban á un monasterio para conquistar la vida eterna.

Hasta el séptimo siglo las iglesias de Bretaña y de Escocia tuvieron pocas relaciones con Roma; mas al comenzar el octavo el famoso Wilfredo arrojado de la silla de York apeló de ello al papa que intervino en los negocios de las iglesias sajonas. Muchos monarcas de la Heptarquia á impulsos de su celo religioso hacian viages á Roma, y algunos hubo que abdicando el trono acabaron su vida en el claustro. Hácia la época á que nos referimos se celebraron en Bretaña muchos concilios para arreglar la conducta del clero y de los pueblos. Hay un cánon del de Cloveshoos ó Clytf en el condado de Kent que autoriza á las personas que no conocen el latin para que den á las palabras de esta lengua la inteligencia que quieran, y á rogar con el corazon para pedir lo que necesiten, por mas distinto que sea este objeto del sentido verdadero de las oraciones públicas. Otro concilio congregado en el siglo X, y cuyos cánones estan encabezados *cánones del rey Edgar* fijan muchas penitencias; como por ejemplo ir en romería, no cortarse los cabellos ni las uñas, y hacer durante muchos años rigurosos ayunos. Los ricos sin embargo podian conmutarlas con dinero, pagando treinta chelines que valian entonces tanto como hoy treinta libras esterlinas, y el que tenia bajo sus órdenes muchos hombres podia eximirse de un ayuno de siete años si ochocientas cuarenta personas se obligaban por él á no comer durante tres dias mas que pan y vegetales y á no beber sino agua.

Las invasiones de los daneses en el siglo IX hicieron decaer el floreciente estado del clero; pues aquellos bárbaros destruian principalmente las iglesias y los monasterios, y asi fue que los monges murieron asesinados ó hubieron de volver á su anterior vi-

da. Con el objeto de proveer á las necesidades de los sacerdotes á quienes la guerra habia arrebatado los bienes, el rey Ethelwulf en un consejo nacional celebrado en 844 concedió á la Iglesia la décima parte de las tierras que él poseia en el reino de Wessex declarándolas libres de toda carga, y en 855 hizo estensiva esta concesion á todos los reinos que constituian la monarquía sajona. Cuando el grande Alfredo hubo puesto límites á los estragos de los daneses se dedicó á restaurar las iglesias y los monasterios; pero como habian muerto considerable número de monges fue menester llamar algunos de Francia y de otros paises. Los antiguos monges ingleses cuya mayor parte se habia casado volvieron á los monasterios con sus mugeres é hijos; de modo que las abadías pertenecian á religiosos célibes y á religiosos casados, cosa que mas tarde produjo grandes disensiones.

Reinaba una animosidad muy marcada entre la iglesia escocesa y la inglesa, discordes en muchos puntos, y sobre todo en la cuestion acerca del tiempo en que debia celebrarse la festividad de la pascua. La escocesa que tenia escasas relaciones fuera del pais habia adoptado usos poco conformes con la disciplina romana, de modo que los monges llamados *caldeos*, tenian gerarquías muy semejantes á las que existen hoy entre los presbiterianos del mismo pais. Vivian de doce en doce bajo la direccion de un abad elegido por ellos mismos, y á quien consideraban como su único superior. En esta iglesia tampoco se observaba rigurosamente el celibato, y los que le profesaban se distinguian por la forma de la tonsura y por algunas otras particularidades. En Irlanda la mayor parte de los obispos eran casados y el bautismo se administraba con leche.

En el siglo décimo se engrandeció prodigiosamente el poder del clero á pesar de los estragos de los daneses, que repitiendo sus invasiones sumieron al reino en un abismo de calamidades y miseria. Mas estos daneses establecidos ya en el pais abrazaron el cristianismo, y los reyes anglo-sajones que se habian ayudado del poder eclesiástico tuvieron que sufrir su yugo. *Las constituciones de Odon* publicadas en 943 lo manifiestan de un modo muy es-

plícito. Odon, danes de orígen y arzobispo de Cantorbery, dice: „Prohibo que persona alguna sin escepcion pueda imponer con„tribuciones á los bienes de los eclesiásticos que son los hijos de „Dios. Si alguno se atreve á infringir en este punto la disciplina „de la Iglesia deba ser tenido por mas malvado y atrevido que „los soldados que crucificaron á Jesucristo. Mando al rey, á los „príncipes y á todos los que ejerzan autoridad que obedezcan muy „humildemente á los arzobispos porque estos tienen en sus manos „las llaves del cielo." Es bien sabido que en el código sajon todos los delitos se castigaban con multas á fin de hacer las leyes de la Iglesia análogas á las del estado. Celebróse un sínodo que impuso penas de la misma especie á los eclesiásticos que violaban los cánones. Hé aqui algunos de sus cánones: „Si un presbítero celebra misa en una casa que no esté consagrada pagará doce onzas de plata danesa. Si un sacérdote consagra el vino para la misa en un cáliz de madera pagará doce onzas. Igual multa satisfará si la celebra sin vino." En aquel siglo vivia el célebre Dunstan que declaró la guerra á los eclesiásticos casados, los despojó de sus beneficios, y arrojó de los monasterios á los monges. En el siglo XI las peregrinaciones á Roma se hicieron mas y mas frecuentes, y con ellas no solo se enriquecia la capital del mundo cristiano sino tambien los príncipes vecinos que hacian pagar peage á los viageros que atravesaban sus estados. El clero ingles por su parte supo aprovecharse de la generosidad de los hombres piadosos, y merced á esto cuando murió Eduardo *el Confesor* poseia la tercera parte de las tierras del reino y todas ellas exentas de pagar derecho y toda contribucion y hasta del servicio militar. De aqui provino la decadencia de la fuerza pública, y esto quizás fue una de las causas que facilitaron la conquista de Guillermo.

Antes de terminar este cuadro de la sociedad sajona nos parece del caso continuar la siguiente tarifa sacada de las leyes de Ethelberto, primer rey cristiano de Kent, la cual prueba que en las sociedades bárbaras en que todos los hombres estan armados y viven en hostilidad perpetua el temor de las multas puede mas que el de las penas corporales; pues la pérdida de la vida era nada para

aquellos que la tenian en continuo riesgo. Hé aqui la causa por qué la redencion de las penas corporales era en esa época comun á las legislaciones de todos los pueblos que traian orígen de la Germania.

Si un hombre tira á otro de los cabellos pagará cincuenta sceatas.

Si le abre la carne de modo que se vea el hueso pagará tres chelines.

Si se lo quiebra, pagará diez.

Si se lo quiebra y se lo disloca, veinte.

Si le disloca la espalda, veinte.

Si la persona á quien se hiere es sorda de un oido, el agresor pagará veinte y cinco chelines.

Si le corta la oreja; pagará doce.

Si se la hiere, tres.

Si se le lleva un pedazo, seis.

Si le arranca un ojo, cincuenta.

Si le daña un ojo ó la boca, pagará doce.

Si le hiere la nariz, nueve.

Si solo le daña una membrana, tres.

Si le daña las dos, pagará seis.

Si le atraviesa las dos ventanas de las narices satisfará seis por cada una.

El que rompa á otro el hueso de la barba, le satisfará veinte y cinco chelines.

Se pagarán seis por cada cuatro dientes incisivos, cuatro chelines por el primer canino, tres por los restantes y uno por cada muela. Si la falta de ellos fuese un impedimento para hablar se pagarán doce; y si se quiebra la quijada seis.

El que magulle ó rompa el brazo de un hombre, pagará seis chelines.

El que rompa el dedo pulgar, veinte y cinco, tres por la uña del pulgar, ocho por el índice, cuatro por el dedo del corazon y siete por el anular. Por cada uña de estos dedos, un chelin.

Se pagarán tres por la mas leve injuria, y seis por una injuria grave.

El que dé un puñetazo en las narices á otro, pagará tres chelines, y si el paciente es herido, otro chelin.

Si se hace una herida en una parte del cuerpo descubierta, se satisfarán treinta; y si la parte está al abrigo del vestido, se satisfarán veinte.

Si se daña el diafragma, se pagarán doce chelines, y veinte si se le causa una herida.

El que encoje á otro, pagará treinta chelines.

El que hiera á otro en una parte callosa, le satisfará treinta.

El que reduzca á otro hombre á un estado de impotencia absoluta, le pagará triplicada la multa ordinaria. La rotura de un muslo se castigará con doce chelines, y si el paciente queda lesiado sus amigos fijarán la compensacion que deba dársele.

La rotura de una costilla se castigará con tres chelines.

Si uno hiere el muslo de otro, le satisfará seis chelines por cada punzada; y ademas un chelin por cada pulgada que profundice la herida.

La herida hecha en una vértebra se compensará con tres chelines.

La amputacion de un pie costará cincuenta.

El que corte á otro el dedo pulgar del pie le satisfará diez chelines, y los demas dedos se estimarán en la mitad de este valor.

Este trozo de la tarifa, basta en nuestro concepto á dar una idea de las penas con que eran castigados los delitos contra las personas, y para hacer ver al mismo tiempo que los anglo-sajones se maltrataban y herian de un modo poco noble, y de que en el dia no se presenta ejemplar alguno.

GUILLERMO EL CONQUISTADOR.

El lector no habrá olvidado que Haroldo perdió la corona y la vida en los campos de Hastings. Guillermo no quiso proseguir inmediatamente su victoria, pues esperaba que los pueblos vecinos se declararian en su favor ó irian á implorar su clemencia. Engaña-



do en su esperanza se dirigió á un pueblo de la costa llamado Romney que entregó á las llamas y á cuyos habitantes degolló porque habian roto un cuerpo de normandos que iban á reunirse con su ejército. Luego embistió el castillo de Douvres reputado entonces por inespugnable, y el terror de su nombre le hizo dueño de él á muy poca costa. Dirigióse al momento á la capital, atravesando la provincia de Kent que se sujetó desde luego con la condicion de respetar sus antiguos derechos y libertades. Mientras estos sucesos los gefes sajones reunidos en Londres se aprestaban á probar la suerte de una batalla; pues la asamblea nacional congregada en la misma ciudad se ocupaba en buscar un sucesor á Haroldo que dejó dos hijos, los cuales eran demasiado jóvenes y harto poco conocidos en la nacion. Entre los demas candidatos, los condes de Northumbria y de la Mercia, Edwin y Morcar, estaban apoyados por los pueblos del norte; mas los del sud y los ciudadanos de la capital favorecian á Edgar, sobrino de Eduardo, y descendiente de los antiguos reyes de la casa de Cedric. Edgar fue el preferido, gracias al influjo de Stigand, arzobispo de Cantorbery, y de Eldredo que lo era de York. Esta eleccion en vez de poner de acuerdo á los pueblos los dividió mas ostensiblemente, de manera que Edwin y Morcar se retiraron con sus tropas para disponerse á la defensa de sus condados; mientras se iban adelantando los normandos acompañados del robo, del incendio y del degüello. A pesar de la ventaja alcanzada por cincuenta caballeros que batieron un cuerpo de anglo-sajones é incendiaron un arrabal de Londres, Guillermo no consideró oportuno sitiar esta ciudad, y pasando el Támesis por Wallingford fue á acamparse en Berkhamstead en la provincia de Hertford con el objeto de interceptar las comunicaciones entre Londres y el norte. Los habitantes de la capital aislados y molestados sin cesar por los enemigos que devastando el pais vecino amenazaban reducirlos por medio del hambre, descaecieron de ánimo; los gefes desalentados renunciaron á la idea de resistirse, y el mismo rey Edgar, Stigand y Eldredo acompañados de varios obispos y magnates se trasladaron al campo de Guillermo ofreciendo someterse, y no contentos con esto le entregaron rehe-

nes y le pidieron que aceptase el trono. Tal era el objeto de Guillermo; pero temiendo que este paso escitase el descontento de sus compatricios, por querer levantarse mucho sobre ellos, fingió que rehusaba diciendo que aun no se habia terminado la conquista. A poca costa desvanecieron estos escrúpulos sus allegados, y se resolvió verificar la coronacion por las fiestas de Navidad entonces inmediatas. Ejecutóse la ceremonia en Westminster, nó por manos del arzobispo de Cantorbery, sino por las del prelado de York. Ignórase la causa de esta mudanza y no se sabe tampoco si dió lugar á ella la resistencia de Stigand ó la voluntad de Guillermo mismo que no podia ser muy afecto á este, el cual ocupaba una silla que perteneció á un normando arrojado de ella por Godwin cuando con las armas en la mano se grangeó de nuevo el favor de Eduardo. En el dia de la coronacion ocurrió un incidente notable; pues en el momento en que Eldredo preguntó primero á los normandos y despues á los ingleses, si admitian á Guillermo por rey le respondieron con tan exageradas aclamaciones que resonaron fuera del edificio. Los soldados normandos que estaban en rededor de él creyendo ó fingiendo creer que aquello era un grito de alarma saquearon las casas y despues les pegaron fuego. Los asistentes á la ceremonia aterrorizados al ver las llamas y al oir la gritería se lanzaron fuera de la iglesia los unos para salvar la vida, y los otros para tomar parte en el saqueo. El monarca se quedó solo con el clero, y no sin mucho trabajo se pudo terminar la ceremonia.

Guillermo hecho rey en virtud de su parentesco con Eduardo y por la voluntad del pueblo, pareció que al principio vacilaba para escoger entre por dos caminos; de manera que unas veces se calificaba de rey por derecho hereditario, y otras se decia tal como conquistador, y esto daba á entender la poca confianza que tenia en el amor de sus nuevos vasallos. No entró en Londres, pero hizo pagar á aquella capital una contribucion enorme, mandó edificar apresuradamente algunas fortalezas para tener sujeta á la poblacion, y trasladándose luego á Barking en el condado de Essex recibió el homenage de gran multitud de nobles, y entre ellos de Edwin y Morcar que le prestaron juramento. Acogiólos con be-

nevolencia, y tratando luego de repartir la conquista entre sus valientes compañeros envió comisionados para que inventariasen todas las propiedades públicas y particulares. Confiscáronse los bienes de los ingleses muertos en Hastings, de los que habian tomado parte en la batalla, y de aquellos que con obras ó palabras manifestaron deseos de reunirse con Haroldo. Los que no tomaron las armas fueron igualmente despojados de sus bienes so pretesto de que habian tenido intento de hacerlo, prometiéndoles restituir á sus hijos una parte de los haberes que perdian en caso de que su adhesion al nuevo órden de cosas los hiciese merecedores de esta gracia. Guillermo tomó para sí el tesoro de los antiguos reyes y la plata de las iglesias, envió al papa Alejandro II el estandarte de Haroldo con algunos ricos presentes, y regaló algunos vasos de oro y de plata, cruces y telas preciosas á las iglesias de Francia que habian orado para el buen éxito de su empresa. Los gefes del ejército fueron agraciados con la propiedad de ciudades, villas y castillos, los capitanes de inferior clase recibieron sus sueldos en dinero, y á algunos otros les concedió en matrimonio ricas sajonas, cuyos padres ó maridos habian muerto en los campos de Hastings. Edgar recibió en cambio de la corona considerables bienes y la confirmacion del título de conde de Oxford que le diera Haroldo. El conquistador entre tanto cuajaba de fortalezas el territorio ocupado por sus tropas, desarmaba á los indígenos, y los repartia algunas veces entre los soldados que heredaban sus bienes y sus personas. Aquellos á quienes recompensó de esta manera, quedaban atenidos á su servicio por medio de los deberes del feudalismo que habia adquirido entonces su mayor desarrollo. Los barones de mas alta categoría distribuian tambien con las mismas condiciones una parte de las tierras recibidas, y los simples caballeros agraciados con ellas hacian otro tanto con los escuderos, y estos con los sirvientes y pages de armas. De esta manera los conquistadores aunque desparramados por el suelo de Inglaterra estaban unidos por una cadena de deberes que hacia de ellos un verdadero ejército. Tal fue el plan seguido por Guillermo, y cuando uno tras otro hubo despojado á todos los propietarios anglo-sajo-

nes para entregar sus bienes á los Normandos, estos organizados y unidos con los lazos de la fraternidad, estrechados por medio del juramento que la religion sancionaba, tomaron y supieron conservar la superioridad sobre los habitantes reducidos á la pobreza, y que no tenian mas punto de apoyo que un sentimiento comun, esto es, un odio impotente contra sus opresores.

Guillermo aunque decorado con el título de rey estaba muy lejos de poseer la totalidad de su reino; pues el norte y oeste de Inglaterra no sufrian aun su yugo cuando resolvió trasladarse á Normandía. Confió el poder á su hermano uterino Eudes, obispo de Bayeux y á William Fitz-Osbern uno de sus mas íntimos consejeros; pero tuvo la precaucion de llevarse consigo á Edgar, Stigand, Edwin, Morcar y otros anglo-sajones de cuenta, asi para que la presencia de estos aumentase la ostentacion de su corte, como para quitar á sus enemigos todo pretesto de revolucionarse. Los largos y rizados cabellos de estos jóvenes sajones, su hermosa apostura, su riqueza y sobre todo los bordados de su trage movieron la admiracion de los normandos que contemplaron con no poca curiosidad y pasmo los vasos cincelados y las copas sajonas hechas de asta de búfalo, y atestadas en el pie y en los bordes de adornos de oro y plata trabajados con gusto.

Mientras que Guillermo con grandes fiestas celebraba en Normandía sus triunfos gozábase poca tranquilidad en Inglaterra. Los dos gobernadores lejos de trabajar para grangearse el afecto de los súbditos los exasperaban con las injusticias cometidas por ellos ó por sus mandatarios. Cansados de sufrir los habitantes de Kent se dirigieron á Eustaquio conde de Boulogne, aquel mismo que en tiempo de Eduardo fue arrojado de Douvres, cuya ciudad le propusieron ahora que sitiase. Intentólo Eustaquio, y aunque se malogró esta empresa bien pronto se puso mano á otra. El jóven sajon Edric se ligó con los príncipes de Gales en la provincia de Hertford, atacó á los normandos, alcanzó grandes ventajas, y la fermentacion tomó tanto incremento que el conde Koxo fue asesinado como un traidor por no haber querido ponerse á la cabeza de la insurreccion. Estos sucesos aceleraron la vuelta de Guillermo, cuyo

primer paso fue dirigir á los habitantes de Londres una proclama en que les prometia restablecer las leyes de Eduardo el *Confesor*. Aunque no se sabe lo que eran estas leyes, el pueblo clamaba incesantemente por ellas, y la promesa de su restauracion bastó para aquietarle. Guillermo entonces se dirigió hácia el sudoeste y puso sitio á Exeter en donde se habia refugiado Githa, madre de Haroldo. Aunque los magistrados se presentaron á Guillermo y le dieron rehenes, los habitantes se negaron á ratificar los pactos concertados, y el rey mandó conducir al pie de las murallas á uno de los rehenes y le hizo arrancar los ojos. A los ocho dias Githa salió para refugiarse en Flandes, y se rindieron los sitiados cuyo ejemplo imitaron muy luego los Britanos de Cornouailles. Guillermo volvió entonces á Winchester á donde vino á reunírsele su esposa Matilde que fue coronada por el arzobispo Elfredo. La sumision de los Ingleses hija del terror no era sincera, y asi aunque no osasen atacar abiertamente á los Normandos los iban destruyendo por medio de asesinatos aislados. Coincidió con esto que Edwin y Morcar escapados de la corte se trasladaron á sus condados de Mercia y Northumbria. El primero tenia un resentimiento particular contra Guillermo que se negó á entregarle su hija que le habia prometido en matrimonio, y los dos contaban con el apoyo de Malcom, rey de Escocia, y de Sweyne rey de Dinamarca; pero como Guillermo los sorprendiese antes de haber hecho todos sus preparativos tuvieron que someterse, y si bien es verdad que ellos conservaron sus bienes fueron confiscados los de sus adictos para distribuirlos á los Normandos. El rey de Escocia hizo tambien la paz, y prestó homenage por el Cumberland.

No se habia calmado aun el público desasosiego cuando el ejército de Guillermo amenazó disolverse, pues asi la tropa como los gefes estaban cansados de una lucha que era preciso sostener hasta dentro de las casas. El recuerdo de la patria y el clamor de las mugeres que se quedaron en Normandía, y deseaban ver otra vez á sus maridos, todo contribuia á que fuese desagradable servir á Guillermo. En vano quiso este sufocar tales deseos con nuevas larguezas, y haciendo recaer la nota de cobardes contra los que que-

rian marcharse; pues Hugo de Grantmesnil, conde de Norfolk, su cuñado Onfredo de Filleul, y muchos otros señores insistieron en retirarse. La determinacion de estos magnates alarmó tanto mas á Guillermo en cuanto los dos hijos de Haroldo refugiados en Irlanda amenazan hacer una invasion. Efectivamente los territorios de Sommerset, Devon y Dorset se sublevaron al acercarse los príncipes sajones; mas esta tentativa no produjo efecto alguno, porque atacados de improviso fueron rotos y se retiraron. Adelantóse Guillermo hasta Stafford en donde desbarató el cuerpo principal de los insurrectos, los habitantes fueron desarmados y todo el sudoeste quedó otra vez sometido. Faltaba sujetar el norte en donde Roberto Comines nombrado conde de Northumberland sorprendido en Durham fue roto con mil doscientos caballos y una division de infantes. Alentados con esta ventaja los habitantes de York asesinaron al gobernador mientras que desembarcaba en las riberas del Humber una escuadra danesa de trescientas velas mandada por Osbeorn hermano del rey de Dinamarca, y á cuyo bordo iban los dos hijos de Haroldo. Vinieron á inflamar mas y mas las revueltas Edgar, Waltheof hijo de Siward y otros gefes sajones que de nuevo habian abandonado la corte de Guillermo. Sin tardanza marchó este contra ellos, y empleando la corrupcion á falta de fuerzas logró desarmarlos; pues Osbeorn se retiró y los otros gefes sajones se sometieron, contentándose con algunos regalos y con el permiso de saquear la costa. Edgar se salvó en Escocia desvaneciéndose luego y como por encanto aquella insurreccion formidable.

La clemencia no se estendió mas que á los gefes, pues el pais fue devastado, incendiadas las casas, perdidos los ganados y hechos pedazos los aperos de labranza, y Guillermo no satisfecho con esto y recelando del turbulento carácter de los habitantes, esterminó hasta cien mil de ellos, y el resto se salvó en Escocia ó anduvo errante por Inglaterra, falleciendo en sus bosques víctimas del frio y del hambre. El territorio fue repartido entre los gefes normandos. Despues del norte fue sujetado el norueste, y se dió principio á la conquista del pais de Gales.

La Inglaterra aunque devastada por la invasion volvia á poblarse





1. ARCHEVÊQUE, (En 950)
2. PRINCES SAXONS, (En 960)

ANGLETERRE

con las continuas emigraciones de los franceses que iban allí á buscar fortuna. La confraternidad de las armas aleutó entre sí á los recien venidos; asi fue que Roberto de Oily, y Rogerio de Ivry hermanos confederados que llevaban armas y vestidos iguales se repartieron por mitad las tierras que les tocaron. Otros se deshacian de los bienes que conservaban en el pais nativo con la esperanza de adquirir posesiones mas ricas, ó donaban la herencia paterna á sus parientes. Guillermo continuando sin embargo sus conquistas penetró en Chester que erigió en condado y dió la vuelta á Winchester para descansar de sus fatigas. En el año 1070 pues, es decir, cuando hacia cuatro que se dió la batalla de Hasting todo el pais de los anglo-sajones desde el Twed hasta el cabo de Cornouailles estaba sujeto á su yugo. Dispersos y batidos por los montes como fieras los habitantes que habian tomado las armas contra la usurpacion de los Normandos fueron degollados ó reducidos á servidumbre. Viéndose en la precision de espatriarse algunos de ellos mandados por Siward en otro tiempo conde de Glocester fueron á Sicilia á ofrecer sus servicios al emperador griego Alejo. Allí conservaron sus armas y su lengua, y se les distribuyeron tierras en la Jonia. Arrojados por los Galo-normandos los vencieron en Italia en donde otra vez los encontraron mandados por Roberto Guiscard conquistador de la Apulia. Un número bien corto de ellos se quedó en Inglaterra en donde hicieron á los adictos de Guillermo una guerra de sorpresa y emboscada. Declarados fuera de la ley vivian en los bosques siempre amenazados, y amenazando sin cesar á sus opresores á los cuales no daban tregua ni reposo.

Servia de asilo á estos partidarios un territorio húmedo y pantanoso colocado en la parte septentrional de la provincia de Cambridge. En la isla de Ely formaron atrincheramientos y dieron á aquel lugar el nombre de campo del refugio. Ausiliados por los monasterios sajones del vecindario que les enviaban dinero y provisiones llegaron á hacerse temibles, mucho mas cuando desde Escocia y desde otros puntos se trasladaron allí los gefes sajones Edwin, Morcar, Stigand, y Egelwin. Guillermo antes de emplear la fuerza apeló á las negociaciones; mas apenas Morcar consintien-

do en trasladarse á la corte hubo salido de su asilo cuando fue preso y encerrado en un calabozo. Edwin que marchó tambien para reunir algunos compatricios suyos fue traidoramente vendido á los Normandos, y murió con las armas en la mano. Tal fue la suerte de los dos cuñados del rey Haroldo. Su hermana Lucía pagó con darle la mano de esposa los servicios de Ibo de Taillebois soldado brutal y feroz á quien entregó las antiguas riquezas de la casa de Alfgar. Taillebois era vecino del monasterio de Spalding, con cuyo motivo vejó á los monges con tanta crueldad que abandonaron su casa, y fueron reemplazados por otros monges que hizo venir de su pais; y aunque el abad se quejó al consejo del rey, este en vez de castigarle le felicitó por su conducta. Hácia la misma época parecieron otra vez los daneses á solicitud de Guillermo, y atacando á los insurreccionados de la isla de Ely se llevaron una parte de sus tesoros. Libre por este medio de tan peligrosos enemigos dirigióse el rey al campo del refugio, hizo construir una calzada de tres mil pies para atravesar los pantanos, y pudo forzar á los que allí estaban recogidos, los cuales depusieron las armas á escepcion del audaz gefe Hereward que se escapó, y mas tarde se apaziguó con el rey, quien le dejó sus bienes. Los vencidos fueron puestos en libertad despues de cortarles las manos ó arrancarles los ojos, aunque algunos murieron en los calabozos de los castillos. Stigand fue condenado á cárcel perpetua, y Egelwin recluso en Abingdon en donde murió de hambre. Intimidado el rey de Escocia por el ejército normando que penetró en su territorio en persecucion de los emigrados ingleses, fue á verse con Guillermo y se reconoció vasallo suyo.

Creyendo este que la alcanzada victoria aseguraba la paz del reino, se trasladó nuevamente á Normandía en 1073. Su suegro el conde de Maine acababa de legarle su principado; mas como los naturales se rebelasen contra él, Guillermo hubo de sujetarlos con el ausilio de algunas tropas inglesas que se habia traido. Mientras andaba ocupado en esto, Edgar quiso hacer una nueva incursion en Inglaterra; pero habiendo una tempestad despedazado sus buques, acabó por reconciliarse con el usurpador de su trono, vivió

cerca de él durante muchos años, y llegó á olvidar que habia ceñido una corona. Apenas Guillermo estuvo tranquilo con respecto á sus súbditos ingleses, cuando hubo de hacer la guerra á los propios. Rogerio que adquirió el condado de Hereford á la muerte de su padre Fitz-Osbern ocurrida en Flandes, quiso casar á su hermana con Rodulfo de Gael hijo de Bretaña y conde de Norfolk. El rey se negó á dar su consentimiento para este matrimonio á pesar de lo cual se verificó, celebrándose en Norwich el banquete nupcial. Hallábanse entre los convidados obispos y magnates ingleses, señores del pais de Gales, y Walteof hijo de Siward que se habia casado con una sobrina del rey, y á quien este hizo conde de Huntingdon, de Northampton y de Northumberland. Cuando los comensales estuvieron enardecidos por el vino, Rogerio de Hereford comenzó á quejarse agriamente de la conducta de Guillermo, y de su resistencia al casamiento de su hermana, y sus palabras fueron aplaudidas por los concurrentes. Aprovechémonos, decia Rogerio, de la ausencia de Guillermo para poner á la Inglaterra en el estado en que se hallaba en tiempo de Eduardo: será rey Rodulfo, Walteof, ó yo, y los otros dos serán sus segundos. Todos los presentes aplaudieron la propuesta y se ligaron por medio de un juramento. Rogerio volvió al instante á su provincia á fin de levantar tropas; pero lejos de encontrar en Worcester partidarios no halló mas que enemigos. Su hermano que reemplazó á Stigand en el arzobispado de Cantorbery estaba al frente del gobierno con el título de lugarteniente real, é hizo rostro á la tempestad; de modo que Rogerio fue batido y preso. Rodulfo de Gael se salvó en Bretaña, en donde atacado por Guillermo fue tan bien defendido por el duque de Bretaña y por el rey de Francia, que conservó las posesiones que tenia en el pais nativo. Guillermo trasladóse otra vez á su reino, é hizo que el gran consejo de los Normandos juzgara á Rogerio; y en consecuencia sus bienes fueron confiscados, y condenado él á reclusion perpetua en una fortaleza. El cautiverio no pudo amansar la fiereza de su carácter, de modo que, como algunos años despues le enviase el rey magníficos vestidos, los arrojó al fuego delante del mensagero que se los trajo.

Walteof no habia querido tomar parte activa en la empresa de Rogerio, pero guardó el secreto de ella. Denunciado por su muger Judith sobrina del rey fué emplazado en la causa; pero sus jueces no pudieron ponerse de acuerdo acerca de la pena, y costó un año decidir de qué manera moriria. Finalmente fue ejecutado muy de mañana en Winchester fuera de las murallas de la ciudad, á fin de que los habitantes no tuviesen noticia de su muerte. Su muger que habia sido causa de ella no gozó el fruto de su delito; pues habiéndose negado á casarse con un valiente soldado frances á quien Guillermo queria recompensar, dándole la mano de Judith, el rey le arrebató sus bienes; y su vida fue desde entonces un tejido de miserias. Odon ó Eudes hermano del rey, obispo de Bayeux, que se distinguió mucho en la jornada de Hastings, y habia hecho grandes servicios, sufrió tambien los efectos de la severidad del monarca. Creyendo las palabras de un adivino italiano, pensó que era llamado á suceder á Gregorio XII, compró un palacio en Roma, y urdió intrigas, y comprometió á algunos gefes normandos, entre otros al conde de Chester, para que le asegurasen sus servicios. Guillermo no queria que su hermano fuese papa, y para evitarlo lo cogió en la mar cuando se trasladaba á Roma, y habiendo hecho reunir un consejo en la isla de Wight ante él acusó á Eudes de haber maltratado á los anglo-sajones, despojado las iglesias, procurado seducir á las tropas, y en seguida mandó que lo arrestasen. Como no hubiese persona alguna que quisiese obedecer, el rey le cogió por el vestido. Soy sacerdote, esclamó Eudes, y solo el papa puede juzgarme. Yo no acuso al sacerdote, contestó el rey; yo arresto á mi conde y á mi servidor; y Eudes continuó preso en Normandía hasta la muerte del monarca.

Echando una mirada general á la conducta de Guillermo, se ve que fuese por necesidad fuese por política, desde luego hubo de despojar de sus propiedades á los anglo-sajones de menor cuenta, y proscribir á los gefes á quienes sustituyó señores normandos, porque el nacimiento y el modo con que se sujetaron los hacia sospechosos. El clero sufrió la misma suerte, aunque la mayor parte de sus individuos de la mas alta gerarquía se hubiesen reunido

en torno del nuevo soberano. Citados en Winchester delante de un concilio presidido por tres legados, la mayor parte de los obispos fueron desposeidos y reemplazados por los normandos. Igual fortuna cupo á los monasterios, pues con razon sospechaba el conquistador que servian la causa de los anglo-sajones revolucionados, y asi fue que destituyó á los abades, y dispersó á los monges, poniendo en su lugar estrangeros. De esta manera se hizo un cambio completo que arraigó el poder de Guillermo; pues asi la fortuna pública como la particular todas pasaron á manos de sus adictos. A los vencidos solo les quedó la vida con todas las desdichas de la servidumbre. Quiso abolirse hasta su idioma, y para esto se enseñaba en las escuelas la lengua francesa, se enjuiciaba en frances, redactábanse las leyes en la misma lengua, y no se hablaba otra en la corte

Era preciso sin embargo regularizar la conquista de una manera sólida, y establecer rentas fijas para ocurrir á las necesidades del estado y del monarca, y este fue el cuidado á que mas atendia Guillermo cuando vinieron á distraerle las revueltas de sus nuevos súbditos. No pudiendo arrancarles nada, pues que nada tenian, hubo de exigir contribuciones á los Normandos como posesores que eran del pais, y á este objeto hizo formar un registro en el que constasen los cambios que la propiedad habia sufrido con motivo de la invasion, y que contenia una noticia exacta de las rentas que daban las ciudades, los pueblos, las aldeas y las tierras. Recorrian la provincia comisarios regios y formaron una especie de estadística general que todo lo abrazaba. En ella sin embargo no fueron comprendidos los condados de Durham, Northumberland, Cumberland, Westmoreland, y Lancaster porqne estos territorios fueron tan cruelmente devastados que acaso no ofrecian bases tan fijas de la division de propiedad que pudiese formarse un censo exacto. A la cabeza del registro en donde estaba la nota de las posesiones se leia el nombre del rey, y despues el de los gefes segun la importancia de su clase y de las posesiones territoriales. Los anglo-sajones estaban colocados en último lugar, y eran en corto número, con la calificacion de barones del rey, ó de oficiales de la casa

real, y otros aparecian como arrendadores de las posesiones de los normandos. Este registro es el famoso libro que los Normandos llaman *rotulus magnus*, y los Anglo-sajones, *libro del último juicio*. Aunque justificaba el derecho de propiedad de los vencedores, el rey se sirvió de él para despojar algunos de entre ellos; pues como heredero de Eduardo y de Haroldo reclamó todas las propiedades públicas, y el dominio directo de las ciudades, esceptuando tan solo aquellas que él hubiese espresamente enagenado. Pretendió tambien que se le pagasen las mismas rentas y se le prestaran los mismos servicios á que estaban obligados en tiempo de Eduardo; mas para esto encontró oposicion entre sus compañeros que miraban la franquicia de contribuciones como una consecuencia de la victoria. A pesar de todo triunfó de ellos por medio del ardid.

Ademas de su ambicion de dinero que tal vez hace escusable la necesidad de mantener en pie un grande ejército, Guillermo tenia una pasion no menos decidida por la caza, y declaró dominio real todos los bosques de Inglaterra, si bien pudo impulsarle á esto la circunstancia que los bosques proporcionaron un asilo á los indígenas. La caza en los bosques reales fue un privilegio del monarca, y de las personas á quienes él lo concedia. Para sostener la prohibicion hiciéronse leyes atroces, de manera que el que mataba un ciervo, un javalí y hasta una liebre sufria la mutilacion de un miembro ó se le arrancaban los ojos. Hasta el siglo XIII no obtuvieron los señores normandos permiso de cazar en sus bosques sin correr el riesgo de que los denunciasen los guardas, los cuales espiaban incesantemente sus pasos para arrancarles crecidas multas. Cuando se hubo determinado el registro de que hemos hecho mencion y quedaron sujetos á él todos los gefes de los conquistadores, asi sacerdotes como legos se promovieron tales disturbios que muchos barones y caballeros abandonaron la Inglaterra y se fueron á Escocia en donde Malcom los recibió amigablemente, y les distribuyó tierras. Convirtiéronse de este modo en sus hombres ligios y formaron la base de una nueva poblacion de nobles.

Hácia el año 1085 como amenazase de nuevo á la Inglaterra una espedicion danesa, Guillermo hizo asolar las costas del nordeste

en donde debia verificarse el desembarco. Con el objeto de que los daneses no pudiesen á primera vista reconocer á sus partidarios, se dió órden á los ingleses para que se vistiesen lo mismo que los normandos, y como estos, se afeitasen la barba. Efectivamente Canuto rey de Dinamarca se disponia á invadir la Inglaterra que consideraba como patrimonio suyo; pero Guillermo, gracias á sus riquezas, logró suscitarle grandes obstáculos, y las tropas espedicionarias, cansadas de esperar pidieron retirarse, y como el rey adoptase medidas de rigor para detener á los soldados, estos le dieron muerte. Desde entonces los daneses olvidaron á Inglaterra.

En los últimos dias del año 1086 se celebró en Winchester ó en Salisbury una reunion general de los normandos á la que cada gefe sacerdote ó lego llevó á sus feudatarios armados. Ascendió el número á sesenta mil, y cada uno de ellos tenia rentas bastantes para poseer un caballo y una armadura completa. Allí renovaron su homenage á Guillermo poniendo las manos entre las de este y dijeron: «yo me hago vuestro hombre ligio tanto con respecto á mi vida como por lo que toca á mis miembros: siempre os conservaré lealtad y honor por la tierra que me habeis concedido. Asi Dios me ayude.»

Los vencedores aunque firmemente establecidos habian de temer las emboscadas de los conquistados; asi es que para prevenirlas se establecieron varias leyes entre las cuales puede citarse la que disponia que cuando se encontrase un frances asesinado, los habitantes del territorio descubririan al matador en el término de ocho dias so pena de pagar una multa. Aunque se discurrió este medio porque las penas corporales anteriormente establecidas no producian efecto alguno, los habitantes del pais supieron burlar esta ley cortando la cabeza á los que asesinaban. Los jueces entonces mandaron que en tales casos los habitantes del distrito estarian obligados á justificar que el muerto era sajon, y que no haciéndolo, el distrito pagaria la multa.

Guillermo dispuso que los obispos tuviesen una jurisdiccion especial haciéndoles de este modo independientes del poder político, cosa que no existia en tiempo de los reyes sajones en que

los obispos juzgabau mancomunadamente con los magistrados reales.

El mismo monarca que empleando ya la fuerza ya la astucia supo robustecer su autoridad, no pudo nunca dar fin con las discordias que en su familia se suscitaron. Su primera esposa Matilde le habia dejado cuatro hijos, uno de los cuales murió desgraciadamente yendo de caza, y en la época en que nos encontramos le quedaban tres, á saber, Roberto, Guillermo y Enrique. Al marchar el monarca para invadir la Inglaterra señaló el primogénito Roberto como heredero de su ducado. Cuando el padre fue rey pidióle el jóven príncipe que le confiase el gobierno de Normandía; pero Guillermo se negó á ello fundándose en que no era menester desnudarse antes de la hora de irse á la cama. Guillermo apellidado el *Rojo* y Enrique se declararon contra su hermano Roberto, probablemente para halagar al padre y grangear mejor parte en su herencia. Las cuestiones que esto produjo engendraron en el alma de Roberto muy grande descontento que dió lugar á desagradables escenas. Un dia en que el rey estaba con sus hijos en el castillo de la Aigle habiendo Guillermo y Enrique subido á uno de los pisos echaron agua á Roberto que atravesaba el patio. Impulsado este por su áulico Hugo de Grandmenil á quien Guillermo habia despojado de sus bienes, reputó la chanza por un insulto, y con espada en mano se dirigió al cuarto en donde estaban sus hermanos. Oyendo el rey la algazara salió de su habitacion y á duras penas pudo restablecer la paz; pero en la misma tarde Roberto dejó la corte y se marchó á Ruan, cuya ciudadela intentó sorprender. No habiendo conseguido su objeto se refugió en la Perche bajo el amparo de un baron poderoso que lo acogió favorablemente, y algun tiempo despues se reconciliaron padre é hijo. En una entrevista que tuvieron Guillermo encareció á este lo mucho que le importaba tomar consejeros de edad madura, y cuya prudencia y sabiduría pudieran serle de gran provecho; pero el impaciente Roberto lejos de escuchar sus palabras respondió con viveza: „he venido para reclamar mis derechos y nó para oir sermones; asi pues contestadme categóricamente, porque estoy resuelto á no comer el pan

ageno y á no estar al sueldo de nadie." El rey le contestó que conservaba la Normandía como patrimonio suyo y la Inglaterra como su conquista. „Pues bien, dijo Roberto, me iré á servir á los estrangeros, y quizás ellos me concederán lo que en mi pais se me niega." Partióse en efecto, visitó muchas provincias de Francia y se trasladó á Alemania acompañado de algunos amigos jóvenes entre quienes repartia el dinero que le enviaba su madre. Finalmente se fue al castillo de Gerboroy en el Beauvoisois en donde Guillermo le sitió en persona. En una salida que hicieron los sitiados Roberto encontróse cara á cara con su padre á quien hirió en el brazo y derribó del caballo, mas habiéndole conocido en la voz echó pie á tierra, le ayudó á levantarse y le dió su corcel. El rey se retiró el dia siguiente con su ejército, y bien pronto hubo una reconciliacion entre padre é hijo.

En 1083 Guillermo perdió su muger Matilde, y vuelto al continente hubo de permanecer allí á causa de algunas desavenencias que mediaron entre él y Felipe rey de Francia con motivo del condado de Vexin que reclamaba el primero. Durante las negociaciones que se entablaron para este asunto Guillermo hubo de guardar cama á causa de una indisposicion, lo que dió lugar á que sabiéndolo Felipe y sacando partido de la enorme obesidad del monarca ingles dijese chanceándose que era estraño que su hermano de Inglaterra anduviese de parto tanto tiempo. Resentido Guillermo de esta zumba juró que oiria la misa de parida en la catedral de Paris acompañado de diez mil lanzas llevadas á manera de velas. En efecto apenas estuvo bueno cuando salió de Ruan y pasándolo todo á sangre y fuego se apoderó de Nantes. Estaba presenciando la ejecucion de sus órdenes cuando al caballo le faltaron las piernas, y viniendo al suelo Guillermo recibió una herida en el bajo vientre. Conducido á un monasterio en las inmediaciones de Ruan sus males se agravaron, y sintiéndose próximo á morir se arrepintió de sus injusticias y crueldades, é hizo por remediarlas enviando dinero á Nantes con el fin de contribuir á la restauracion de las iglesias destruidas por su órden. Dejó considerables sumas á muchos monasterios y á los pobres, hizo poner en libertad á su

hermano Eudes, á Rogerio conde de Hereford y á muchos señores anglo-sajones, entre los cuales estaban Morcar, Siward y Wulfnoth hermano de Haroldo, por cuya libertad emprendió este su viage á Normandía que tan funestos resultados tuvo. Durante la enfermedad del rey estaban en la cabecera de su cama sus dos hijos menores, pues Roberto se hallaba ausente. El moribundo declaró que dejaba á este el ducado de Normandía y que deseaba que el reino de Inglaterra adquirido á costa de su sangre fuese de su hijo Guillermo. A Enrique solo le legaba cinco mil libras de plata. Espiró el monarca en la mañana del 10 de setiembre de 1087 á los 63 años de edad despues de haber reinado 50 en Normandía y 21 en Inglaterra.

Apenas el rey hubo muerto cuando se dispersaron todos los que cerca de él estaban. Guillermo el *Rojo* se habia puesto en camino para ir á apoderarse de la corona que le fue prometida. Enrique habia ido á encerrar el dinero que se dió prisa á recoger: los oficiales de palacio y los médicos salieron corriendo para prepararse á la defensa de sus bienes, y se evadieron los criados despues de saquear la casa de alto á bajo en tales términos que dejaron al monarca desnudo y en el suelo. Algunos individuos del clero con los monges de la abadía fueron en procesion á palacio en donde no habia nadie, y fue menester que un simple caballero llamado Herluin se encargase de trasladar á costa suya los restos del monarca á Caen en donde fueron depositados en la iglesia de San Estéban fundada por el mismo. El clero salió á recibirle con gran pompa, pero un incendio que estalló en aquel momento dispersó á la comitiva. Los monges de San Estéban que se quedaron solos condujeron al monarca á la iglesia del monasterio, en donde otro accidente trastornó de nuevo la ceremonia. Iban ya á bajar el cuerpo á la sepultura abierta entre el coro y el altar mayor, cuando atravesó por entre los concurrentes un hombre gritando en alta voz: «este terreno es mio; es el solar de la casa de mi padre de que sin derecho alguno se apoderó el rey para edificar esta iglesia. En nombre de Dios prohibo que sea colocado aqui el cuerpo del ladron.» Como todos los asistentes afirmaron ser cierto lo que aquel

hombre decia, los obispos le dieron sesenta sueldos, comprometiéndosé á pagarle el resto de la partida. El cuerpo del monarca que ora fuese por abandono ora por falta de tiempo no habia sido metido en el ataud y estaba en el suelo envuelto en una rica tela, era tan grueso que no cupo en el lugar que se le habia destinado. En vez de ensanchar la sepultura lo hicieron entrar en ella á viva fuerza reventándolo por todas partes de tal manera, que los asistentes se marcharon horrorizados y movidos á asco.

El gobierno de Guillermo manifiesta claramente las buenas calidades y los defectos de su carácter, y seria difícil añadir por nuestra parte cosa alguna. Su pasion dominante era la ambicion, y el poder el objeto final de todas sus obras. Dueño de Inglaterra por derecho de conquista la repartió consultando sus intereses, y puso los cimientos de su grandeza con tanta habilidad y prevision que en sus actuales instituciones se observan todavía vestigios de lo que él hizo. Su voluntad inflexible sometió á su yugo á los que le habian combatido y despues á los que le sirvieron. Esta última fue la parte mas difícil de su obra, y la que da mas clara muestra de la firmeza y astucia de su política. Sus calidades físicas por otra parte le aprovecharon tanto como su carácter, pues su aire naturalmente severo imponia miedo y era temible cuando se le contradecia. Su fuerza era tan prodigiosa que montado á caballo tendia un arco que ningun hombre hubiera podido encorvar siquiera estribando los pies en el suelo. Ademas de tres hijos varones dejó cinco hijas, una de las cuales entró religiosa, y las otras se casaron con diferentes príncipes.

GUILLERMO,

APELLIDADO EL ROJO.

Mientras que Roberto, primogénito del conquistador, vivia retirado en Abbeville, moria este en brazos de sus otros dos hijos, Guillermo el *Rojo* y Enrique que procuraban sacar partido de la situacion del monarca. Guillermo marchó precipitadamente á

Inglaterra con una carta de recomendacion para Lanfranc, arzobispo de Cantorbery y primado del reino, que habiendo educado al príncipe y armádole caballero por sí mismo consintió fácilmente en secundar sus proyectos. El influjo del prelado y las riquezas de Guillermo, puesto que se habia apoderado del tesoro real, desvanecieron todos los obstáculos, y fue reconocido por rey y coronado en Winchester. Creyó que espiaba completamente la ingratitud con que se condujo con su padre al abandonarle entre las agonías de la muerte haciéndole erigir un magnífico sepulcro; y sin embargo de esto menospreciando la última voluntad del rey segun la cual Wulfnoth hermano de Haroldo y el conde Morcar debian ser puestos en libertad, los hizo prender apenas hubieron desembarcado en Inglaterra á donde se dirigian á ruegos del mismo. Roberto por su parte habia tomado posesion del ducado; mas aunque el reparto se hizo pacíficamente subsistian grandes causas de descontento que no tardaron en manifestarse. Los barones normandos súbditos de dos señores conocieron bien luego que su posicion era muy embarazosa, y adivinaron que solo habia un medio para salir de ella, que era pasar la corona á las sienes de Roberto que tenia á la misma muy fundados derechos. Comprometidos secretamente entre sí el obispo de Durham en Northumberland, Rogerio de Montgomery en el Shrophire, Godofredo de Contances en Sommerset, Hugo Bigot en Norfolk, y Hugo de Grantmesnil en el condado de Leicester, levantaron el estandarte de la rebelion. A su cabeza se puso Eudes obispo de Bayeux tio del jóven monarca á quien los zelos contra Lanfranc le impulsaban á derribar del trono á su sobrino, ya que no podia reinar en su nombre. Guillermo abandonado por sus compatricios que se convirtieron en enemigos, se dirigió á sus súbditos sajones, á quienes supo interesar en su causa. Devolvióles el derecho de llevar armas, les concedió el permiso de cazar en los bosques reales, rebajó las contribuciones, y de este modo pudo alistar treinta mil hombres bajo sus banderas. Al momento se dirigió contra Rochester que defendian Eudes y los principales gefes de la insurreccion, ausiliados por quinientos caballeros. Faltos de socorro tuvieron los sitiados que rendirse alcanzando á duras pe-

nas la libertad de sus personas y la posesion de sus armas y caballos, y ademas Eudes se obligó á entregar al rey el castillo de Rochester. Eustaquio conde de Boulogne que era su comandante, lejos de rendirse, cuando estuvo al pie de las murallas hizo prender al obispo y le acusó de traidor; mas este ardid no pudo engañar á Guillermo, y el conde y el obispo hubieron de entregarse muy luego. El segundo habia manifestado sus deseos de que las trompetas no sonasen en señal de victoria cuando él saliera de la plaza con la guarnicion; mas esta demanda fue rechazada, y hubo de pasar por entre las filas de los ingleses, cuyos soldados gritaban: «vengan cuerdas para ahorcar á este traidor que ha causado la muerte de tantos hombres." De este modo dejó para siempre la Inglaterra seguido de las maldiciones de aquellos á quienes habia hecho sufrir su pasada tiranía.

Los insurreccionados descaecidos con esta derrota y con la ausencia de Roberto que no pareció, se desalentaron, y Montgomery hizo la paz con Guillermo, y la mayor parte de los otros se refugiaron en Normandía abandonando sus bienes al vencedor, que los confiscó para distribuirlos entre sus parciales. Sin embargo de esto Roberto cuya indolencia acababa de arrebatarle por segunda vez la corona, era todavía temible, y el rey creyó prudente desarmarlo por medio de un arreglo. El duque consintió en abdicar sus derechos á la soberanía en cambio de algunas propiedades y alcanzando tambien que se restituyesen á sus adictos los bienes y dignidades, y se convino ademas entre los dos hermanos que el sobreviviente heredaria los estados del muerto. Este tratado lo garantizaron con juramento y en el nombre de las dos partes 24 barones. Guillermo viendo desvanecido el riesgo se volvió ingrato, y sin consideracion ni pudor revocó todo lo hecho en favor de sus súbditos ingleses; y vueltas las cosas á su antiguo estado la opresion se hizo estensiva á todas las clases cuando murió en 1089 Lanfranc que era el consejero del monarca. Libre este de la tutela del prelado soltó el freno á su tiranía, y no contento con edificar puentes y palacios condenando á este trabajo á los habitantes ni con arruinar por medio de multas á los nobles y á los ricos que cazaban,

resolvió atacar al clero. Unas veces daba las tierras de este á sus favoritos, otras percibia las rentas de los obispados y abadías difiriendo proveer las vacantes, y otras vendia las mitras y los beneficios. A pesar de todo el odio público estaba contenido por el temor, y Guillermo contando con esto trató de arrebatar la Normandía á su hermano Roberto que dotado de las virtudes de un caballero llevaba la liberalidad hasta la imprudencia. Amado de sus inferiores, pero incapaz de mandar á sus iguales, carecia de discernimiento y de firmeza, calidades indispensables en un hombre de su rango. Rodeado de barones turbulentos y altaneros á quienes era preciso sujetar con el temor ó mantener á su devocion por medio del interes, y estraño á los cálculos de la política, no podia atacar ni defenderse y por esto las intrigas de su hermano muy fácilmente produjeron disturbios en el ducado. Desde luego se hizo entregar varias fortalezas, compró la retirada á Felipe I de Francia que habia ido al ausilio de Roberto, y ayudado por la traicion de un vecino de Ruan ensayó la sorpresa de esta ciudad.

Trabóse la pelea en las calles, los adictos á Guillermo fueron rechazados, el traidor fue hecho prisionero, encerrado en el castillo y puesto bajo la custodia del príncipe Enrique hermano del duque, que lo llevó á la cima de una torre muy elevada, y lo precipitó desde ella por su misma mano en castigo de su delito. En el año siguiente 1091 atravesó Guillermo el mar á la cabeza de un poderoso ejército; pero esta invasion se terminó con un arreglo negociado por los barones normandos que servian en uno y en otro campo. Para el monarca ingles fueron ventajosos los pactos pues conservó las plazas conquistadas sin mas obligacion que ausiliar á Roberto para someter á los habitantes del Maine que se habian sublevado. En este convenio se hizo caso omiso de los intereses del príncipe Enrique, cuya ambicion temia Guillermo, y cuyas intrigas daban que recelar al duque. Estrechado este siempre por la escasez de dinero que sus prodigalidades malgastaron, habia empeñado á su hermano menor el Cotentin por la cantidad de tres mil marcos, y poco despues sospechando de él quizás con

fundamento lo puso preso, y no le volvió la libertad hasta la época en que el rey de Inglaterra vino á invadir sus estados. Enrique habia abrazado su defensa; pero resentido de la ingratitud de Roberto, reuniendo algunas tropas se retiró á Mont-Saint-Michel, castillo edificado sobre una roca á donde llegaba la alta marea. El monarca y el duque reunieron sus tropas para atacar la plaza. Dos aventuras que acontecieron durante el sitio hacen resaltar con tal viveza la diferencia de los caractéres de Guillermo y de Roberto, que nos parece del caso referirlas. Enrique estaba falto de agua en el castillo, y como el duque lo supiese, no solamente le permitió procurársela, sino que le envió una grande cantidad de vino, y respondió al rey que le vituperaba esta generosidad: "¿Cómo he de tolerar yo que un hermano mio perezca de sed? ¿Si él muriese á dónde iria yo á buscar otro?" En una salida que hicieron los sitiados Guillermo fue sorprendido por dos ginetes enemigos, uno de los cuales lo derribó de un lanzazo é iba á atravesarlo con la espada cuando el príncipe esclamó: detente, miserable, soy el rey de Inglaterra. El soldado sobrecogido de respeto le ayudo á levantarse y le ofreció su caballo. Montado otra vez el rey felicitó al vencedor, le hizo un regalo, y algun tiempo despues lo tomó á su servicio. Enrique finalmente obligado á capitular, alcanzó permiso de retirarse á la Bretaña, y por el tiempo de dos años anduvo errante sin mas séquito que un caballero, un capellan y tres escuderos, y sufriendo todas las privaciones y todas las amarguras inseparables de la indigencia. Bien pronto sin embargo encontró medio de restablecer su fortuna.

Roberto víctima siempre de su confianza atravesó el mar con su hermano que le habia prometido darle en su reino algunas tierras; pero cansado de pedir volvióse á Normandía, y envió á Guillermo dos heraldos con el encargo de declarar públicamente que le reputaba por un caballero indigno de este título y perjuro. El rey apeló de esto á los veinte y cuatro barones que con juramento habian salido garantes del tratado hecho entre los dos hermanos; y como el tribunal fallase á favor de Roberto, Guillermo apeló á las armas invadiendo otra vez la Normandía. Neutralizados sus intentos por

el rey de Francia levantó en Inglaterra veinte mil hombres para reforzar su ejército; pero en la víspera de embarcarlos hizo pagar á cada soldado diez chelines con la promesa de dejarlos volver á sus casas. Sirvióle este dinero para desarmar al monarca frances, y para grangearse la amistad de los principales barones que prometieron no ausiliar á Roberto. Una irrupcion hecha por los de Gales desbarató sus proyectos obligándole á volver precipitadamente á Inglaterra. Repelidos los invasores quiso perseguirlos hasta dentro de su tierra; mas forzado á retirarse despues de grandes pérdidas se contentó como su padre con edificar en las fronteras muchas fortalezas á fin de detener las irrupciones.

Apenas terminado esto hubo de hacer rostro á las intrigas urdidas por sus barones, á la cabeza de los cuales se hallaba Roberto Mowbray conde de Northumberland emparentado con las mas poderosas familias, y que á sus vastas posesiones acababa de agregar doscientas veinte y cuatro casas de campo legadas por el obispo de Coutances su tio. Confederado con Hugo conde de Shrewsbury, Rogerio de Lacy, Guillermo conde de Eu, Ricardo de Tunbridge y muchos otros señores habia formado el proyecto de colocar en el trono á Estéban conde de Aumale sobrino de Guillermo el *Conquistador*. Apenas los conjurados tuvieron tiempo de concertarse cuando el rey se puso en campaña contra Mowbray, persiguióle de fortaleza en fortaleza, y lo hizo prisionero en el monasterio de San Osvino en donde se habia refugiado. La prision del conde y las revelaciones hechas al monarca por el gobernador de Bamboroug disiparon la liga, y los comprometidos en ella solo atendieron á salvarse retrayéndose unos al continente, y comprando otros el perdon. El conde de Northumberland fue condenado á cárcel perpetua, y treinta años despues murió en el castillo de Windsor. El conde de Eu negó los cargos que se le hicieron, batióse con su acusador, y vencido en la lucha le arrancaron los ojos, y sufrió ademas una mutilacion vergonzosa. Guillermo de Alberic, padrino del monarca sufrió la pena de muerte á despecho de las protestas que hizo de su inocencia hasta en el mismo patíbulo.

A pesar del ansia continua que tenia Guillermo para reinar en

Normandía, difícilmente hubiera conseguido su objeto á no cundir por entonces en los pueblos el sublime entusiasmo por las cruzadas que la puso en sus manos sin necesidad de conquistarla. La suerte de Jerusalen que en 1076 cayó en poder de los turcomanes era un grande obstáculo para las romerías á que la devocion impulsaba á los cristianos. Los nuevos señores no contentos con haber profanado los santos lugares y manchádolos con sangre, vedaban á los estrangeros que se acercasen á ellos, ó les exigian enormes tributos. El ermitaño Pedro, testigo y víctima á un tiempo de tales escesos, resolvió ponerles término, y sostenido por un fervor ardiente recorrió la Europa, inflamando el espíritu de todos sus hijos. Urbano II convoca un concilio delante de Plasencia, acude á él un inmenso gentío, y el discurso del pontífice secundado por la basta pero enérgica elocuencia de Pedro, produjo una sensacion tan grande que toda la asamblea esclamó á voz en grito: *Guerra á los infieles, Dios lo quiere, Dios lo quiere*, y juró defender una causa que le parecia la causa del cielo. Celebróse en Clermont otro concilio que produjo los mismos efectos que el primero. Los hombres de todos los rangos y de todas las condiciones tomaron la cruz, y las mugeres y los niños olvidando su flojedad quisieron tener parte en la empresa. A fin de que el interes secundase el entusiasmo, las leyes absolvieron á los deudores que se armaron para la libertad del santo sepulcro. Los mas poderosos reyes asociándose al movimiento del pueblo, arrastraron consigo á los barones y caballeros que para seguirlos vendian sus bienes á precio ínfimo sin mas objeto los unos que cumplir un deber sagrado, y otros soñando reinos y principados que habian de conquistar en Asia. El carácter aventurero de Roberto hizo que fuese uno de los primeros que se comprometieron para la espedicion; mas deseando presentarse de una manera digna de su rango, y forzado por su indigencia, se dirigió á Guillermo con el ofrecimiento de empeñarle sus estados durante cinco años por la cantidad de diez mil marcos. Apenas Roberto hubo recibido el dinero cuando partió rebosando de gozo, mientras Guillermo desembarcaba en Normandía de la cual tomó posesion sin obstáculo alguno. No le sucedió otro tanto en Maine,

en donde los habitantes se declararon en favor de Helio de la Fleche, cuya hermana habia sido prometida en matrimonio al duque. Aunque murió antes de celebrarse la boda, este se apoderó del Maine por derecho de sucesion, y habia prestado homenage por su nueva conquista al duque de Anjou soberano del condado. Helio invitado por los de Maine probó á resistirse á Guillermo con el apoyo del rey de Francia y de Fulco; pero hubo de rendir la ciudad de Mans; y sin duda lo perdiera todo á no ser que su enemigo hubo de dar la vuelta á su reino á donde lo llamaban sus propios intereses. Otras veces hemos hablado ya de la avaricia de Guillermo que dejaba estar vacantes los obispados con el objeto de cobrar sus rentas. La silla de Cantorbery que era la mas rica, y que habia estado ocupada por Lanfranc no fue provista despues de su muerte. Cuatro años habian trascurrido desde entonces cuando el rey atacado por una enfermedad grave creyó que debia reparar su descuido, eligiendo para aquella alta dignidad á un piamontés llamado Anselmo, tan célebre por su piedad como por su sabiduría. Era abad de Bec en Normandía y se hallaba entonces en Inglaterra. Bien fuese por humildad, bien porque previera las consecuencias de su ensalzamiento y las amarguras que con él se le preparaban, rehusó por mucho tiempo la oferta. Mientras insistia el uno y continuaba rehusando el otro, se introdujo entre ambos la discordia, pues como el rey al recobrar la salud reincidió en sus antiguos vicios continuaba vendiendo los beneficios y reteniendo la mayor parte de las rentas que correspondian al arzobispado de Cantorbery. En el mismo dia en que Anselmo tomó posesion de su iglesia fue preso en medio de la calle, y obligado á comparecer ante el consejo del rey por haber atentado á alguna de las prerogativas de este. Poco tiempo despues se le hizo entender que el monarca esperaba de él algun regalo como muestra de su reconocimiento; y como ofreciese quinientas libras esterlinas no fue admitida la oferta, y el prelado distribuyó aquella suma entre los pobres de su diócesis. A estas causas de enemistad se añadió luego otra mas importante. Disputábanse entonces el solio pontificio dos competidores, á saber, Urbano y Clemente, y Guillermo se negó

á reconocer al uno y al otro, esperando que por este medio cobraría las rentas de los obispados y beneficios vacantes; pero como Anselmo se hubiese decidido á favor de Urbano, el rey supuso que con esto habia quebrantado la fe que le debia, puesto que dió aquel paso sin previo consentimiento suyo. Citado delante de un concilio en Rockingham los obispos rehusaron deponerlo, y su resistencia fue castigada con una multa. Mas adelante creyó el monarca que debia decidirse en favor de Urbano, y se reconcilió con Anselmo; mas bien pronto hubo entre ellos nuevos motivos de disensiones, entre las cuales fue la principal reclamarse por parte de Anselmo las rentas del arzobispado que el rey se empeñaba en conservar todavía. El prelado acabó por pedir permiso para retirarse á Roma, y se presentó al papa de quien fue recibido con muchas distinciones.

Guillermo libre de un sacerdote para él importuno que se oponia á sus exigencias y censuraba sus vicios, hizo una nueva grangería con el duque de Guyena, que ansiando por ir á pelear en la Tierra Santa le empeñó sus estados por una cantidad de dinero. Dispuesto Guillermo á pagar la suma ofrecida preparaba ya una escuadra y un ejército para ir á tomar posesion de las provincias que debian servir de prenda de su préstamo, cuando le sorprendió la muerte en un lugar funesto ya para su familia (1) situado entre Salisbury y el mar, en donde antes de la conquista habia treinta y seis parroquias que fueron destruidas por el invasor. Arrojó de aquel lugar á los habitantes, y en donde habia casas hizo plantar bosques. Guillermo tenia una pasion decidida por la caza, y se dedicaba con mucha frecuencia á este ejercicio que era la ocupacion principal de los reyes y magnates de su tiempo. En la mañana del último dia de su vida fueron á relatarle la vision que habia tenido un monge del monasterio de San Pedro de Glocester, cuya vi-

(1) Su hermano Ricardo cazando en el mismo bosque que se llamaba el *bosque nuevo*, se cayó de caballo, y murió de sus resultas, aunque otros dicen que lo mató una flecha arrojada contra él equivocadamente. Otro Ricardo hijo de Roberto y sobrino de Guillermo murió tambien en el propio bosque y de la misma manera.



sion al parecer amenazaba alguna desgracia á su persona. Afectó reirse de aquel presagio; mas ello es que le produjo una sensacion tan grande que resolvió dedicarse enteramente á los negocios; mas como al medio dia hubiese comido y bebido con esceso salió á caza en compañía de su hermano Enrique, de Guillermo de Breteuil y del frances Gualtero Tirel que era uno de sus domésticos y hombre de gran reputacion en el manejo del arco. Llegados al bosque los cazadores se dispersaron quedándose Guillermo solo con Gualtero. Presentóse un ciervo y Guillermo le apuntó una flecha; pero habiéndosele roto la cuerda de la ballesta gritó á su compañero que estaba delante de él: "Tira Gualtero, tira con mil demonios." En el mismo instante una flecha atravesó de parte á parte el pecho del monarca. Gualtero procuró socorrerle; pero viéndole muerto puso piernas al caballo, dirigióse hácia la costa y se embarcó para Normandía. En seguida se cruzó y fue á la Tierra Santa, bien para espiar su homicidio involuntario bien para cumplir un voto. El cuerpo de Guillermo fue encontrado por unos labradores y conducido á Winchester. Al dia siguiente fue enterrado sin pompa y sin mas cortejo que los monges, pues los cortesanos ocupados en el advenimiento del nuevo príncipe olvidaron cumplir sus últimos deberes con Guillermo á quien nunca habian amado y del cual ya nada esperaban.

Murió despues de un reinado de trece años con la calificacion de pérfido y violento, y despues de haberse hecho odioso por su carácter. Tuvo sin embargo las calidades de rey, muy diferentes de aquellas que en la vida privada grangean la adhesion y el respeto. Pérfido en su política y violento en sus pasiones, supo sin embargo consolidar su poder interior y estenderlo hácia otros puntos. Su memoria odiosa á sus contemporáneos se presenta con alguna recomendacion debida á los monumentos que levantó, y que á pesar del trascurso de ocho siglos estan en pie todavía. Tales son la torre y el puente de Londres y la grande sala de Westminster que atestiguan el gusto del monarca por las artes, y que hacen ver que sus profusiones no siempre fueron inútiles al estado. Fue apellidado el Rojo por la color de sus cabellos; era de corta

1. Gefe Anglo-Sajon en 970. 2. Soldados Daneses en 1035.

Pl. 10.





1. CHEF ANGLO-SAXON, (En 970)
2. SOLDAT DANOIS, (En 1035)

ANGLETERRE

talla, su aspecto tenia alguna cosa de duro y feroz, sobre todo cuando se presentaba al público ante el cual revolvia de continuo los ojos y ahuecaba la voz para intimidar á los que le dirigian la palabra. Su conversacion cuando hablaba con amigos íntimos era amena y sumamente graciosa. Entregado á todo el desarreglo del mas impúdico libertinage dejó el reino sin heredero directo, y espuesto á las rivales pretensiones de sus dos hermanos Roberto y Enrique.

ENRIQUE I.

Enrique estaba en compañía de su hermano en la caza que fue tan fatal á este, cuando sabiendo su muerte corrió al castillo de Winchester á fin de apoderarse del tesoro real. Guillermo de Breteuil á quien estaba confiada la custodia del mismo llegó juntamente con Enrique á quien dijo categórica y resueltamente: „Este depósito pertenece á Roberto lo mismo que la corona: mi deber es defenderlo y lo defenderé." Enrique no habiendo podido ganarle con promesas sacó la espada y sin duda hubiera corrido la sangre, á no llegar á este tiempo los cortesanos que declarándose á favor del príncipe hicieron inútil la resistencia del caballero. Enrique se trasladó inmediatamente á Londres, y convocada una asamblea de prelados y grandes se hizo proclamar rey, pues los partidarios de Roberto cogidos de improviso no tuvieron sazon de concertarse, y el dinero resolvió á los dudosos. A falta de Anselmo que era arzobispo de Cantorbery y que entonces estaba ausente, el monarca fue coronado por el obispo de Londres á los tres dias del fallecimiento de su antecesor. Con el objeto de robustecer la usurpacion, la asoció al interes público concediendo una carta que satisfacia igualmente los deseos de los normandos y de los anglo-sajones. Prometió á los unos conceder á sus herederos permiso para entrar en el goce de sus bienes mediante un censo módico; renunciar á la tutela de los menores como tambien al derecho de disponer de la mano de las doncellas y viudas, y ademas concedia á sus barones y á sus vasallos militares el derecho de disponer de sus bienes por testamento. En

cuanto á los otros debian en adelante ser gobernados segun las leyes de Eduardo y se les condonaban las deudas que tuviesen á la corona. Una copia auténtica de aquel escrito depositada en las iglesias de todos los condados debió ser una garantía de que el pais velaria por el cumplimiento de las reformas anunciadas; pero ni el monarca ni nadie se acordó de ello, y cuando un siglo mas adelante los barones deseando poner límites al poder real pensaron valerse de aquella carta, no se encontró mas que un ejemplar, escapado casualmente á la incuria de los que debian ser sus guardadores.

Mientras Roberto á causa de su ausencia perdia un trono en Inglaterra, hacíase famoso entre los guerreros de la cruz. En el sitio de Nicea, en la batalla de Dorylea, y en la toma de Jerusalen habia manifestado un valor intrépido, y al decir de algunos historiadores ingleses rehusó la corona que fue adjudicada á Godofredo de Bouillon. A su vuelta de Palestina en vez de trasladarse á sus estados se detuvo en la Apulia en donde se enamoró de Sibila hija del conde de Conversana. Allí permaneció un año, y esta tardanza dió á su hermano el tiempo necesario para apoderarse de la herencia que correspondia á él en virtud de un tratado.

Enrique entre tanto á fin de grangearse mas y mas el afecto de sus súbditos anglo-sajones trató de casarse con una hermana de Edgar que habia sido educada en la abadía de Rumsay en donde tomó el velo. Esta circunstancia fue muy encarecida por los señores normandos que secretamente se oponian á este matrimonio porque su orgullo se consideraba ofendido de tener por reina á una sajona. Supusieron entonces que ya desde la infancia sus padres la habian consagrado á Dios, y fue preciso que Anselmo vuelto ya á su diócesis interrogase á Matilde acerca de esto. Matilde confesó que algunas veces se habia presentado en público con el velo, pero que esto no habia sido sino para dar gusto á su tia Cristina que la obligaba á usar aquel trage para poner su castidad al abrigo de los soldados normandos. "En su presencia, dijo Matilde, llevaba este pedazo de lienzo, mas apenas se habia marchado cuando yo lo tiraba por el suelo y lo pisoteaba con rabia." Una asamblea

compuesta de sacerdotes y de legos decidió despues de una informacion judicial que Matilde podia disponer libremente de su persona; y con esta licencia á poco tiempo el arzobispo Anselmo bendijo su enlace con Enrique.

Con el objeto de hacerse mas bienquisto del pueblo el rey habia preso al obispo de Durham, ministro que fue de Guillermo é instrumento de todas sus tiranías; mas esta satisfaccion al odio público solo fue útil á los intereses del monarca que dejó vacante el obispado durante cinco años para percibir sus rentas. El prisionero se escapó muy luego y se refugió en Normandía al lado de Roberto, que vuelto de su pais se preparaba á reclamar con las armas en la mano la corona de Inglaterra. Roberto de Belesme conde de Shrewsbury, Guillermo de la Varenne conde de Surrey, Gualtero Giffard, Ibo de Grantmesnil, y muchos señores no menos poderosos, que estos prometieron su apoyo á Roberto, quien para hacerlos mas adictos á su causa les entregó algunas fortalezas de la Normandía. No ignoraba Enrique estos manejos, y con el objeto de neutralizar su efecto confirmó la carta concedida, y en manos del arzobispo Anselmo juró acelerar su cumplimiento. Con el fin de hacerse popular oia con agrado todas las súplicas y agasajaba al clero en la persona del primado, cuyos consejos reclamaba y cuyas resoluciones seguia siempre. Preparado de este modo contra la invasion y reunidas sus fuerzas en Pevensey marchó contra Roberto que acababa de desembarcar en Portsmouth. Los dos ejércitos estuvieron uno en frente de otro muchos dias, durante los cuales Anselmo obró con tanta eficacia que fuese con reflexiones, fuese con amenazas de escomunion atrajo al partido de Enrique á muchos de los que de él habian desertado. Al fin se verificó entre los dos hermanos una entrevista en que se dieron muchas pruebas de afecto y la cual terminó consintiendo Roberto en renunciar á sus derechos por una pension anual de tres mil marcos, y estipulando que mutuamente se ausiliarian contra sus enemigos, y que si el uno moria sin dejar hijos heredaria el otro sus estados: segun el convenio los que habian tomado parte en la desavenencia debian ser reintegrados en sus dignidades y bienes; veinte y cuatro barones

elegidos por las dos partes respondieron con juramento de que el convenio seria religiosamente observado.

Si bien es cierto que Enrique cumplió el empeño de restituir á los rebeldes las tierras que les habia confiscado, satisfizo luego su resentimiento porque siendo incompatibles con su carácter el olvido y el perdon, los hizo comparecer uno tras otro en justicia acusándolos de delitos verdaderos ó supuestos contra su autoridad ó contra personas particulares. Declarados fuera de la ley se los despojaba de sus bienes que servian para enriquecer á los nuevos favoritos del monarca, con lo cual ó bien condenados á destierro ó bien sumidos en la indigencia desaparecieron casi todos los descendientes de los conquistadores de Inglaterra, dejando su puesto á aventureros á quienes, si nó el reconocimiento, ligaban al poder sus propios intereses. Entre los proscritos estaban Roberto, Mallet, el conde de Surrey, Roberto de Belesme y el conde de Shrewsbury cuyos crímenes justificaban su condena. Orgulloso este con su poder y con sus riquezas que le colocaban sobre el nivel de sus compatricios, unia á todos los vicios una crueldad tan grande que ningun espectáculo era mas grato á sus ojos que los sufrimientos de los infelices prisioneros á quienes mandaba empalar, y llegó hasta hacer arrancar los ojos á un ahijado suyo para vengarse del padre de este que despues de haberle ofendido livianamente se libró de su resentimiento con la fuga. Este hombre malvado hubo de rendirse á discrecion, y Enrique en vez de hacerle morir se contentó con desterrarle. Roberto compadecido de la suerte de sus partidarios cuyo único delito era la adhesion á sus intereses, marchó á Inglaterra á fin de interceder por ellos. Aunque de pronto le recibió Enrique con grandes demostraciones de afecto, luego hubo de conocer [illegible] imprudencia que cometiera y se consideró muy feliz con alcan[illegible] libertad á trueque de renunciar la pension de [illegible] á sus estados y tratando de prepa[illegible] hermano se alió con Belesme que [illegible] castillos en Normandía.

[illegible] que invadió el ducado so color de [illegible] lado con tantas contribuciones y

víctima de los males consiguientes á una administracion desacertada. A la verdad estos vituperios no eran todos injustos porque Roberto arrastrado por su inclinacion á los placeres y por su abandono y ligereza tenia las rentas en tanto desórden como el gobierno; mientras que los barones seguros de la impunidad, sin mas regla que su capricho y sin otra justicia que la fuerza vejaban atrozmente á sus vasallos. Cansado el pueblo de tanto desórden mostróse dispuesto á recibir á Enrique que tomó por asalto á Bayeux y fue introducido en Caen por los mismos vecinos. Batido delante de Falaise se retiró á Inglaterra, y vuelto al año siguiente 1106, dió principio á la segunda campaña que fue mas decisiva que la primera. Atacado por Roberto cerca de Tinchebray le venció y le hizo prisionero juntamente con sus principales partidarios entre los cuales se encontraba Edgar. Caido del trono en donde no habia hecho mas que presentarse, y despues de inútiles esfuerzos para recobrarlo, establecióse en la corte de Roberto y le siguió á la Tierra Santa. Enrique estaba casado con su sobrina y por esto se limitó á confinarlo en una casa de campo metida en el corazon de Inglaterra en donde acabó sus dias. Roberto conducido al castillo de Cardiff en el pais de Gales gozó al principio bastante libertad, pero habiendo intentado fugarse su bárbaro hermano le hizo sacar los ojos. De esta manera vivió 27 años sin que el infortunio doblegara su orgullo, pues como al tocar un vestido nuevo que le enviaba Enrique notase que estaba roto ó descosido y le dijesen que el rey lo habia rasgado probándoselo, lo tiró por el suelo con ira y dijo: « y qué ¿ese traidor hermano mio que me ha arrebatado los bienes y privado de la vista me considera tan despreciable que me envie de limosna sus vestidos viejos como si yo fuese un criado?"

Mientras con las armas el monarca ingles triunfaba en los campos de batalla hubo de sostener una guerra de otra clase no menos difícil y arriesgada. Su adversario era Anselmo arzobispo de Cantorbery y el motivo de la disension era el derecho de entregar á los obispos el báculo y el anillo antes que tomasen posesion de su silla, derecho que se le ponia al príncipe en disputa. Durante los primeros siglos del cristianismo el nombramiento de los obispos

pertenecia al pueblo y al clero, pero el tiempo abolió esta costumbre. Los obispos cuando se convirtieron en señores feudales á la par que los condes y los barones tuvieron los mismos deberes que estos. El rey encargado de conferir los feudos al eclesiástico á quien habia elegido le entregaba un báculo y un anillo, símbolos de su nueva dignidad, y esta ceremonia que se llamaba investidura era seguida del homenage por medio del cual el elegido juraba fidelidad, y obligaba sus bienes y su vida para la defensa del soberano. Despues de haber procurado muchos concilios librar de estos deberes á los sacerdotes, al fin el que se celebró en Benevento en 1077 lanzó tres sentencias de escomunion contra los príncipes que osasen echar mano de este doble derecho, y contra los prelados que á él se sometieran. Pertrechado con esto Anselmo á su vuelta á Inglaterra trató de resistirse á Enrique que en vano quiso vencerle. Las contestaciones sostenidas con teson por ambas partes amenazaban agriarse mas cuando Anselmo solicitó licencia para ir á Roma á fin de que el soberano pontífice decidiese este negocio. Ocupaba el solio Pascual II, quien abrazando abiertamente la causa del arzobispo escomulgó á los ministros del rey, y advirtió á este que incurriria en la misma pena si desde luego no se sujetaba á la resolucion tomada. La prudencia no permitió á Enrique malquistarse con la Iglesia cuyo poder podia trastornar al suyo, y por otra parte hostigado por los consejos de sus barones y por los ruegos de su muger y de su hermano creyo que debia ceder á las circunstancias. En una entrevista que tuvo con Anselmo se convinó en que los obispos quedarian dispensados de la obligacion de la investidura representada por el báculo y por el anillo, pero que continuarian prestando homenage al príncipe por sus posesiones temporales. El papa y el monarca quedaron muy contentos de este arreglo pensando el uno que lo habia ganado todo, y creyendo el otro que habia perdido muy poca cosa.

La posesion de la Normandía si bien aumentaba la preponderancia del monarca ingles en el continente esponíale tambien á continuar las hostilidades. Un hijo de Roberto llamado Guillermo se escapó de las manos de su tio y se refugió en la casa de Julio conde.

de Anjou. Llevado á la corte de Luis el *Gordo* rey de Francia le tomó este bajo su proteccion y pensó valerse de él para tener siempre una arma poderosa contra Enrique. Este ofrecia al príncipe la investidura del ducado al cual tenia derecho por su nacimiento, al paso que Julio le hablaba de casarse con su hija Sibila. Todas estas causas encendieron guerras que suspendidas por treguas se reproducian luego sin que trajesen resultados ni costasen sangre, y solo son notables por la singular mezcla de generosidad y de barbarie que en ellas se descubre. Un guerrero que en la suerte de la guerra fuese desgraciado pero que habia peleado con valor era muchas veces puesto en libertad por su enemigo sin rescate. Habiendo el rey de Francia perdido el caballo en una accion, Enrique se lo devolvió con una silla ricamente bordada al mismo tiempo que su hijo hacia al jóven Guillermo regalos de un valor considerable. Estos testimonios de grandeza de alma y de cortesanía eran empañados muchas veces por rasgos de una ferocidad que indignaba. El conde de Breteuil casado con Juliana hija natural del rey de Inglaterra solicitaba de su suegro la entrega de un castillo que era parte de sus dominios. Sospechando de su fidelidad el rey consintió en ello con tal que Eustaquio le entregase sus dos hijas mientras que el gobernador del castillo ponia su hija en manos del conde. Descontento este de semejante arreglo hizo arrancar los ojos á este jóven y lo volvió á su padre: este pidió justicia al monarca, el cual abandonó á su resentimiento á las dos hijas de su yerno, y el cruel gobernador sin compadecerse de su juventud ni de su inocencia, y sin tener consideracion á su rango las privó de la vista y las hizo cortar la nariz. Enrique aplaudió este acto de atrocidad, pero la madre de estas tiernas víctimas resolvió tomar venganza en su padre, verdadero autor del infortunio. Retirada en la fortaleza de Breteuil que trataba de defender contra el ejército real, solicitó hablar al rey, y cuando este se acercaba á la muralla le arrojó una flecha, pero su impericia en el manejo del arco le ahorró un parricidio y la necesidad le obligó á rendirse á discrecion. Entonces Enrique despues de haber mandado cerrar las puertas y alzar los puentes levadizos dió órden á Ju-

liana para que en el acto saliese de la fortaleza. Aquella desgraciada muger hubo de descolgarse por la muralla y atravesar el foso con agua hasta la cintura y rompiendo el hielo; con no poca risa y burla de los soldados que en tropel acudieron á presenciar aquel espectáculo lastimoso.

El jóven Guillermo aunque sostenido por el rey de Francia, por Balduino conde de Flandes y por Julio que lo era de Anjou no pudo apoderarse de su herencia, pues Enrique casando á su primogénito con la hija de Julio separó á esta de sus confederados y por otra parte obligó al rey de Francia á que ajustase la paz en la cual los intereses del príncipe normando fueron absolutamente olvidados. Mas adelante y habiendo sido asesinado en Brujas el conde de Flandes, Luis el *Gordo* dió la investidura del condado al hijo de Roberto, que no bien estuvo en el poder cuando murió en una pelea trabada en 1128 con su competidor el Landgrave de Alsacia.

Enrique aunque asegurado en su poder sufrió muchos infortunios domésticos. Su primogénito Guillermo declarado sucesor al trono fue reconocido tambien por los estados de Normandía y daba ya la vuelta á Inglaterra cuando pereció durante el viage. El buque cuya tripulacion se habia embriagado tocó en una roca y se abrió por el medio: el príncipe saltó á la lancha, mas habiéndose acercado al navío para salvar á su hermana natural la condesa de Perche se arrojaron sobre el esquife una multitud de hombres que lo sumergieron. La noticia de esta catástrofe afectó de tal modo á Enrique qne se desmayó al recibirla, y aunque con el tiempo su pesar se fue disminuyendo no pudo desvanècerse del todo, pues nunca mas se le vió reir y su rostro conservó toda la vida las señales de una profunda tristeza. A poco tiempo perdió tambien á su muger Matilde, y como de ella solo tuvo una hija del mismo nombre, que fue muger del emperador de Alemania Enrique V, se casó con Adelsida hija de Godofredo duque de Louvain y sobrina del papa Calixto II. De este matrimonio no tuvo hijos, y como Matilde se quedó viuda en 1126, el rey congregó en el castillo de Windsor á todos los señores ingleses y normandos

y les hizo prestar juramento de fidelidad á su hija, á quien proclamó heredera suya en el trono de Inglaterra y en el ducado de Normandía. Al año siguiente la casó con Godofredo conde de Anjou apellidado *Plante-Genest* porque tenia costumbre de llevar una rama de ginesta en la caperuza. Las precauciones de Enrique para asegurar el trono á Matilde fueron vanas, porque la ambicion se preparaba en secreto para disputárselo. Los tres nietos que le dió su hija le hubieran llenado el corazon de gozo á no contrariarlo las pretensiones de su yerno que sobre estar desavenido con su muger pretendió que se le diese posesion de la Normandía. Estos disgustos de familia acibararon los últimos dias del monarca que en 1135 murió de enfermedad en su ducado de Normandía. Acababa de cumplir 67 años y su reinado habia durado 35. Sus entrañas fueron depositadas en la iglesia de Santa María de Rouen y su cuerpo llevado á Inglaterra se enterró en la abadía de Reading.

El carácter de Enrique juzgado con suma divergencia ha tenido escesivos elogios y exageradas censuras, pues al paso que unos le atribuyen todas las virtudes de un rey achácanle otros todos los vicios. Estos y aquellos traspasan los límites de lo justo. Su gobierno firme y bien entendido le hizo salir airoso de todas sus empresas en el esterior, y estableció la paz en su reino. Supo reprimir las violencias de los barones, por su medio gozó el pueblo los bienes de una justicia imparcial, y se vió libre de los ladrones y monederos falsos á quienes castigaba muy severamente: treinta y cuatro de los primeros sufrieron juntos la pena de mutilacion ó de muerte, y castigaba á los otros haciéndoles cortar la mano, arrancar los ojos, ó sufrir una mutilacion vergonzosa. La mayor parte de estos eran particulares á quienes se habia permitido acuñar moneda y que alteraron su ley ó disminuyeron su peso, de manera que en los mercados se suspendieron las ventas y entonces llevados los delincuentes ante el tesorero general fueron condenados y la pena se ejecutó en el acto y con tal rigor que apenas se escaparon de ella uno por cada diez.

No fue menor la severidad con que puso freno á las demasías de sus palaciegos, quienes so color de proveer á sus necesidades

cuando iban de viage, arrebataban las provisiones de los habitantes, vendíanlas en provecho suyo, y algunas veces las malbarataban por puro pasatiempo. El daño era tan grande que al acercarse el príncipe los vecinos dejaban el pueblo desierto é iban á ocultarse en los bosques. Con rigurosas penas castigó el monarca este abuso, que se reprodujo pocas veces durante su reinado. A pesar de que se mostrase tan severo con los desobedientes á las leyes, él las quebrantaba sin reparo y segun convenia á sus intereses y á sus caprichos. Su política cimentada en la corrupcion reclamaba grandes dispendios, y asi cualquiera medio de proporcionarse dinero le parecia bueno. Presentóle oportuna ocasion para recogerlo el concilio celebrado en Winchester que prohibió el matrimonio de los sacerdotes. Entonces puso una multa á los individuos que habian desobedecido al concilio; mas como los productos fueron cortos porque eran pocos los delincuentes, aumentó la cuota y la exigió de todos los eclesiásticos sin escepcion alguna. El obispo de Lincoln era uno de sus favoritos y tuvo la imprudencia de vanagloriarse de que el monasterio edificado á sus costas en Eyusham podia compararse con el que el rey habia fundado en Reading. Apenas lo supo el príncipe cuando resolvió beneficiar el orgullo del prelado, y para esto lo persiguió de todos modos hasta enriquecerse con sus despojos.

El carácter de Enrique naturalmente receloso lo fue todavía mas á causa de los ataques que su persona sufrió por parte de sus enemigos. Uno de sus tesoreros fue convencido de haber proyectado atentar á su vida; en otra ocasion al dirigirse al pais de Gales se le clavó en la coraza una flecha disparada por mano desconocida. Desde aquella época nunca salió sino rodeado de guardias y jamas dormia sin tener en la cabecera de su cama una espada y un escudo. A fuer de vengativo y disimulado sabia afectar franqueza para engañar al enemigo, y en sus venganzas se mostraba implacable. Habiendo caido en sus manos en un combate el caballero Lucas de Barre, célebre por su talento poético le hizo sacar los ojos. El conde de Flandes vituperó esta crueldad y envió á decir al rey que en los pueblos civilizados no se solia tratar de este modo á un

caballero que sacaba la espada para defender á su soberano. „No es esta la primera vez, dijo Enrique, que ha combatido contra mí, pero su crímen mayor es haberme disfamado en sus versos: quiero que su ejemplo haga entender á los poetas cuánto cuesta ultrajar al rey de Inglaterra."

En las relaciones que tuvo con la corte de Roma se condujo con tanta prudencia como astucia. Supo terminar sin grave quebranto sus diferencias con Anselmo, y alcanzó del papa que en vez de enviar un legado estrangero confiriese esta dignidad al arzobispo de Cantorbery primado del reino. Este punto era de la mayor importancia porque la calidad de súbdito hacia que el prelado fuese mas circunspecto y menos obstinado en apoyar las pretensiones de su gefe espiritual que muchas veces eran al rey perjudiciales.

La sagacidad de Enrique fue muy útil en la eleccion de sus ministros Rugiero obispo de Salisbury y Roberto conde de Melant á quienes confió la direccion de los negocios, y cuyo estraordinario talento correspondió con una sabia administracion á la confianza otorgada por el monarca. Siguiendo el ejemplo de su padre y de su hermano empleó este á los estrangeros con preferencia á los súbditos ingleses, los cuales por efecto de esto no gozaban en su pais crédito ni consideracion alguna. Solo el pueblo hablaba la lengua anglo-sajona pues en la corte y en las altas clases de la sociedad se hacia uso de la francesa. Londres no pudo quejarse de la generosidad del monarca que le concedió grandes privilegios y exenciones que no fueron otorgados á ningun otro pueblo.

En tiempo de Enrique continuaron generalizándose las ciencias y las letras que habian comenzado á derramarse por Inglaterra en el reinado de Guillermo el *Conquistador*. Creáronse escuelas en las cuales se esplicaban las obras del filósofo de Stagyra comentadas por los árabes. Una de las escuelas establecida en Cotenham por el abad de Croyland tenia profesores originarios de Orleans que bien pronto contaron con muchos discípulos. Al rayar el alba el hermano Eudes enseñaba á los niños las reglas de la gramática segun el método de Prisciano. A las seis Terric tenia leccion de la lógica de Aristóteles; á las nueve el hermano Guillermo esplicaba

la retórica de Ciceron y de Quintiliano, y finalmente el maestro Gilberto tenia cátedra de sagrada Escritura, cuyos pasages esplicaba á los alumnos de teología.

Si en las escuelas reinaba la lengua latina, y la francesa en las clases altas, el anglo-sajona encontró poetas que trabajaron para sacarla de su abatimiento. Aun todavía existen los manuscritos de aquellos escritores cuyos esfuerzos fueron alentados por el patrocinio de las dos esposas de Enrique, Matilde y Adelaida, á las cuales leian los autores sus producciones. En esa época misma publicó Montmouth su *historia de la Bretaña* en la que figuran Arturo y sus caballeros, y Merlin y sus profecías. Entonces salió tambien á luz la *historia de Carlomagno y de los doce Pares* atribuida al arzobispo Turpin, y fueron traidas á Europa por los cruzados las *Aventuras de Alejandro-Magno* escritas por Dares el frigio y Dictys el cretense. Estas tres obras son el manantial de donde salieron la multitud de romances y libros de caballería acerca de las aventuras de Alejandro, de Arturo, y de Carlomagno, que durante siglos fueron la leyenda mas grata en toda Europa. De ellas sacó Ariosto los nombres de sus paladines y no pocas inspiraciones que su genio supo embellecer de una manera asombrosa.

ESTÉBAN.

Enrique habia declarado á Matilde heredera de todos sus estados; mas si su voluntad se obedeció durante su vida no fue respetada despues de su muerte, y sus primeros quebrantadores fueron los que habian jurado á su hija. Estéban hijo de Adela que fue esposa del conde de Blois y nieto de Guillermo el *Conquistador* se fue á Inglaterra al lado de Enrique que le colmó de honores y de riquezas. Los bienes adquiridos por este camino se aumentaron mucho por medio de su matrimonio con la heredera del conde de Boulogne, y el jóven agradecido á Enrique hizo todo lo posible por complacerle y por prevenir siempre sus deseos. Cuando estuvieron congregados los barones á fin de reconocer los derechos de Matilde al





1. VAISSEAU, (En 1066)

2. RICHARD CŒUR DE LION, (En 1189)

ANGLETERRE



trono fue el primero en jurarla anteponiéndose al conde de Glocester hijo natural de Enrique; mas al verse estimado de la nobleza por su valor, y del pueblo por su afabilidad, creyó que podia aspirar al trono arrebatándolo á la débil mano de una muger. A la noticia de la muerte del rey trasladóse á Inglaterra, y rechazado en Douvres, y en Cantorbery por los habitantes, se presentó en Londres en donde fue recibido con aplauso. Uno de sus hermanos á quien Enrique diera el obispado de Winchester atrajo á su partido á Rugerio obispo de Salisbury y antiguo ministro del rey difunto: mas no contento Roberto con haber dado este paso ganó al arzobispo de Cantorbery mientras que el gobernador de la torre de Londres entregaba á Estéban el tesoro real que le puso en disposicion de vencer todas las contrariedades. Pagando la adhesion de unos y comprando el quietismo de otros fue proclamado sin contraste. Consagrólo inmediatamente el obispo de Cantorbery cuyos afectados escrúpulos se desvanecieron con la declaracion del mayordomo mayor de palacio, quien aseguró que Enrique descontento de su hija Matilde habia dicho poco antes de espirar que sustituia á ella su sobrino el conde de Boulogne. Robustecido con el asentimiento del gefe del clero y sin mas derecho que su audacia, cogió Estéban las riendas del estado. Para solidarse en su dominio comenzó por publicar una Carta llena de magníficas promesas, en virtud de la cual renunciaba á las rentas de los obispados y abadías vacantes, restituia á la nobleza el derecho de cazar en sus propias tierras, abolia el impuesto conocido con el nombre de *Dangest* que se pagaba sobre las tierras, prometia restablecer en todo su vigor las leyes del rey Eduardo, y finalmente concedia permiso á los barones para que levantasen fortalezas en sus dominios. Con esto, con haber alcanzado del papa una bula que sancionaba su ensalzamiento y llamado de la Bretaña y de la Flandes un cuerpo de tropas mercenarias pensó que la corona estaba asegurada en su cabeza.

Mientras que asi arrebataba á Matilde su patrimonio de Inglaterra esta princesa tenia que defenderse contra los súbditos normandos revolucionados. Los principales señores que al principio

reclamaron el ausilio de Teobaldo conde de Blois y hermano mayor de Estéban, acabaron por sujetarse á este monarca porque ante todo deseaban la íntima union de la Normandía con la Inglaterra, único medio de servir á un señor solo. Asi fue como Estéban en menos de un año reunió á su cetro todos los estados de su predecesor. Los derechos de Matilde aunque desconocidos vivian aun, y el primero que sacó la espada para defenderlos fue David de Escocia que habiendo jurado á la hija de Enrique á fuer de vasallo de la corona inglesa atravesó la frontera al frente de un ejército, redujo á Carlisle, Norham, Anlwich y Newcastle, y obligó á los habitantes á reconocer á Matilde. Sin embargo enfriado su celo á la llegada de imponentes fuerzas mandadas por Enrique aceptó la paz é hizo que su hijo príncipe de Escocia prestase homenage á Estéban recibiendo en compensacion las ciudades de Carlisle, Doncaster y Huntingdon.

A pesar de todo el conde de Glocester hermano natural de Matilde escitaba con razon los recelos de Estéban que temia su influjo. Luchando el conde con el deber y con el interes dejóse arrastrar por este y ofreció al usurpador que le reconoceria, con tal que le asegurase el goce de sus bienes y dignidades y que cumpliera estrictamente las promesas hechas á su advenimiento. Esta reserva aunque era amenazadora fue aceptada, y á ejemplo del conde, el clero y los barones prometieron una obediencia condicional. Con semejantes límites la autoridad del príncipe carecia de fuerza, y los barones en uso del privilegio concedido edificaron fortalezas para hacerse independientes del monarca y vejar al pueblo que era víctima de los soldados que las defendian pues robaban á los mercaderes, prendian á los viageros exigiéndoles rescate, y atormentándolos á fin de que pagasen una suma mas crecida. Colgábanlos por los pies dentro de un cuarto lleno de humo, quemaban á otros con hierros encandecentes, atábanles las sienes con cuerdas ó los encerraban en cofres interiormente claveteados de agudos pedernales, ó los hacian morir de sed y hambre. Felipe Gay pariente del conde de Glocester inventó una máquina interiormente guarnecida de puntas de hierro y que ajustándose al cuello y á las

espaldas no permitia á la víctima hacer el mas mínimo movimiento sin sufrir dolores atroces. Esta crueldad recibia su castigo porque las gentes huyendo de los contornos de las fortalezas dejaban los campos incultos, y las guarniciones imposibilitadas de encontrar víveres se morian á veces de hambre.

El clero imitando la conducta de los barones levantó fortalezas que le permitian desafiar el poder del príncipe y el de las leyes. Atemorizado Estéban al ver los ataques dirigidos á su autoridad, determinó refrenarlos comenzando por destruir ó tomar los castillos construidos por el clero. So color de que habian quebrantado la paz del rey hizo detener á los obispos de Salisbury y Lincoln y los obligó á que le entregaran sus fortalezas. El obispo de Winchester revestido con el carácter de Legado de Inocencio II resolvió sostener los privilegios de la Iglesia que con la prision de los dos prelados violó el monarca; y aunque era hermano de este no temió atacar el poder real convocando en Westminster un sínodo ante el cual mandó que compareciera el rey mismo. Envió este para defender su causa á Alberico de Verc el cual acusó de desobedientes y traidores á los dos obispos presos; mas como el sínodo insistiera en que ante todo se restituyesen á sus dueños los castillos confiscados, el rey se negó á ello y los miembros de la asamblea se separaron.

Poco tiempo habia trascurrido desde los últimos sucesos cuando desembarcó cerca de Suffolk Matilde acompañada tan solo de ciento cuarenta caballeros. Su hermano Roberto conde de Glocester y principal motor de la empresa se dirigió hácia el oeste para reunir á sus partidarios, mientras que Matilde invitada por la reina viuda Adelaida se encerró con ella en el castillo de Arundel. Ante sus muros se presentó muy luego Estéban; y las dos princesas estremecidas á la vista del peligro imploraron su generosidad. Adelaida se escusó con que la hospitalidad la habia obligado á recibir á su hijastra, y esta pidió permiso para ir á reunirse con su hermano. Estéban dejándose arrastrar de una imprudente galantería admitió la escusa de la una y accedió á la peticion de Matilde que se fue á Glocester, á donde acudieron muchos barones dispuestos

á defender su causa. La Inglaterra comenzó entonces á ser víctima de todos los horrores de una guerra civil: uno y otro partido saqueaban sin piedad á los pueblos, mientras que gran parte de los barones encastillados en sus fortalezas y fingiéndose neutrales obraban con una independencia tan absoluta como funesta al poder y á los intereses del pais. Despues de muchos encuentros sin resultado alguno decisivo Estéban sitió el castillo de Lincoln que le habia arrebatado el conde de Chester el cual confiando su muger y sus hijos á la lealtad de la guarnicion salió de la plaza y fue á pedir ausilio al de Glocester. Púsose este en marcha aceleradamente y con la esperanza de sorprender al monarca, pero lo encontró dispuesto á batirse. Estaba el rey á pie circuido de tropa escogida y cerca de su estandarte al cual protegian algunos escuadrones de caballería mandados por gefes con cuya fidelidad no podia contarse. Ello fue que al primer choque la caballería volvió grupas y los infantes aunque faltos de este ausilio animados por la presencia del rey se sostuvieron mas tiempo. A pesar de esos esfuerzos al fin hubo de rendirse y el monarca despues de haber roto la espada fue cogido por Guillermo de Kains al cual se resistió diciendo que no se rendiria sino á Glocester mismo, quien despues de la victoria lo presentó á Matilde. Conducido á Bristol fue cargado de cadenas so pretesto de que queria escaparse. Este suceso puso el poder en manos de Matilde, pues hasta el obispo de Winchester abandonó la causa de su hermano, recibió á la emperatriz en su catedral, dió públicamente gracias á sus defensores, y lanzó un anatema contra sus enemigos. Congregóse un concilio en donde Matilde fue reconocida por soberana de Inglaterra y Normandía: al dia siguiente se celebró otra asamblea en la cual se presentaron los diputados de Londres que por su ausencia no habian podido asistir á la anterior, y dijeron que no traian poderes de sus comitentes para consentir en la eleccion de nuevo soberano y que solo iban encargados de reclamar la libertad de Estéban. Finalmente prometieron que llamarian la atencion de sus conciudadanos hácia el parecer manifestado por la mayoría. El trono de Matilde robustecido con el asentimiento del clero podia haberse consolidado á no zaparlo

por sus cimientos el carácter de aquella muger, que orgullosa y vengativa soltó el freno á estas dos pasiones y bien pronto se enagenó el espíritu de todos sus vasallos Arrancó inmensas multas á los barones y ciudades que contra ella habian combatido, y haciendo estensivo su enojo á la ciudad de Londres se negó á confirmar los privilegios de que disfrutaba: tales escesos fueron castigados bien pronto. De repente se presentó delante de la capital un cuerpo de caballería, corrió el pueblo á las armas y la reina que estaba comiendo tuvo apenas el tiempo necesario para salvarse á uña de caballo. Como tenia razones muy justas para sospechar de la lealtad del obispo de Winchester, resolvió sorprender aquella ciudad; y no habiendo podido conseguir su objeto sitió el palacio del obispo y una fortaleza que este habia construido en el centro del pueblo. El legado y la esposa de Estéban con fuerzas considerables corrieron al ausilio de la plaza, de manera que los sitiadores quedaron sitiados. Winchester saqueada por los dos partidos sufrió todos los males imaginables: el fuego consumió cuarenta iglesias, dos abadías y gran número de casas; los soldados de Matilde obligados á combatir de continuo comenzaron á esperimentar falta de víveres, cuando esta princesa escoltada por su hermano logró salir de la plaza, y perseguida muy de cerca pudo escaparse aunque Glocester quedó prisionero. Para alcanzar la libertad de este fue preciso soltar á Estéban, y este acontecimiento varió de todo punto el aspecto de las cosas, dando orígen á una encarnizada guerra. En vano Matilde imploró el ausilio de su marido Geofredo que ocupado en rendir algunas plazas de Normandía no quiso desistir de su empresa y abandonó á su muger á sus propios recursos. Matilde bloqueada en Oxford que era su residencia logró escaparse sacando partido de la casualidad de estar el suelo cubierto de nieve, pues vestida enteramente de blanco salió sin que se reparara en ella y emprendió el camino á pie hasta Abingdon de donde marchó al instante para atacar á Wallingford. Estéban dueño de Oxford fue batido poco despues por Glocester, de modo que la fortuna se mostró igual en ambos partidos, que débiles uno y otro ocupaban sus tropas sitiando plazas cuya toma no

podia traer un resultado decisivo. Finalmente Matilde despues de haber perdido á su hermano Roberto y á muchos de sus adictos, y fatigada de una guerra de ocho años, se retiró á Normandía para aguardar allí el fin de los acontecimientos.

Su marcha fue de muy poco provecho para la causa de Estéban que se malquistó con los barones por haber preso á dos de ellos y exigido por su soltura la entrega de sus castillos. Por el mismo tiempo su hermano Enrique obispo de Winchester y legado apostólico fue destituido de este empleo; habiendo entrado en desavenencias con el primado del reino arrastró á su partido á Estéban y atrajo sobre él una sentencia de escomunion. Aquella fue la primera vez que se ejecutó en Inglaterra una sentencia de aquella especie: interrumpióse el servicio divino; los fieles fueron privados de sacramentos y los sacerdotes no podian administrar sino el bautismo y la uncion. Estremecido Estéban al ver el estado de las cosas que tendian á enagenarle el corazon de los pueblos, hubo de someterse; pero su principal adversario era el príncipe Enrique primogénito de Matilde que acababa de cumplir diez y seis años. So pretesto de hacerse armar caballero por su tio David rey de Escocia, pero con el oculto intento de alentar las esperanzas de los partidarios de su madre, regresó á Inglaterra con un brillante acompañamiento para trasladarse á Carlisle en donde debia verificarse la ceremonia. A su vuelta á Inglaterra su madre le invistió con el gobierno del ducado, y poco tiempo despues la muerte de su padre le puso en posesion del Anjou y del Maine. Luis el *Jóven* rey de Francia acababa de divorciarse de su muger Eleonora, heredera del ducado de Guyena y del condado de Poitou, provincias que pasaron á poder de Enrique que se casó con la divorciada. No contento con esto reclamó su herencia é hizo una invasion en Inglaterra en donde obtuvo importantes ventajas. Mientras iba adelantando su conquista Estéban convocó en Londres una asamblea con el objeto de que fuese reconocido por sucesor su hijo Eustaquio, y hasta propuso al arzobispo de Cantorbery que en el acto coronase al príncipe; mas el prelado sabiendo sin duda los progresos de Enrique no quiso acceder á esta demanda. La repentina muerte

de Eustaquio ofreció ocasion de arreglar entre Estéban y su rival un convenio, en cuya virtud se pactó que el primero conservaria durante su vida la corona pasando á Enrique despues de su muerte, y que en cuanto á Guillermo hijo tambien del monarca heredaria el condado de Boulogne y recibiria de la Inglaterra una pension considerable. Un año despues de este tratado, es decir, en el de 1154 murió Estéban. Aunque sus escelentes calidades disminuyen el crímen de su usurpacion no bastan para justificarla, pues esta fue la causa inmediata de las calamidades que cayeron sobre Inglaterra. Su actividad, su valor y su carácter generoso no bastaron á conjurarlas: tuvo culpa de esto el estado de la sociedad contemporánea suya en la cual los poderes no estaban equilibrados ni contenidos en ciertos límites. Hé aqui por qué los yerros del monarca deben achacarse en gran parte á su siglo; mas nó asi atribuirse á este las virtudes que fueron patrimonio esclusivo de Estéban.

ENRIQUE II.

Antes de subir al trono de Inglaterra era ya Enrique un soberano poderoso en el continente en donde poseia la tercera parte de la Francia, y aunque fuese vasallo del rey de esta hubiera podido luchar con él sin grande desventaja. Confiado en sus fuerzas, cuando supo la muerte de Estéban no se apresuró á tomar posesion del trono que le aguardaba. Desde luego hubo de ocupar algunos dias en los preparativos que eran necesarios para el numeroso acompañamiento que queria llevar consigo; y despues le detuvieron los vientos contrarios, de modo que llegó á Inglaterra á las seis semanas de la muerte de su predecesor, y acogido en todas partes con público alborozo se coronó en Winchester. Su primera atencion fue dar una Carta confirmatoria de la de su abuelo Enrique: haciendo de este modo caso omiso de todo lo ejecutado por su predecesor en el tiempo de su usurpacion. Despidió las tropas estrangeras, y sin escrúpulo alguno se apoderó de todo lo que

habian donado Estéban y su madre Matilde, y destruyó muchos castillos que durante la guerra alzaron los barones.

Arregló el valor de las monedas acuñandolas nuevas de buena ley y exacto peso, y concedió á muchas ciudades cartas que las emancipaban confiando el poder á sus magistrados. El pueblo respiró por fin comenzando á paladear los frutos de una administracion bien entendida. Apenas hubo restablecido el órden en su reino cuando se vió obligado á pasar el continente para hacer rostro á las pretensiones de su hermano Geofredo que con las armas en la mano reclamaba el Maine y el Anjou; pero que consintió en retirarse y en renunciar sus derechos á trueque de una pension. Enrique al año siguiente dió la vuelta á Inglaterra con el objeto de castigar á los del pais de Gales que habian hecho una irrupcion en sus estados, pero mientras sujetaba á los rebeldes la muerte de Geofredo le obligó á entablar la guerra con el duque de Bretaña que queria apoderarse de Nantes cuyos habitantes se habian entregado voluntariamente al mismo Geofredo. No pudiendo el duque resistirle renunció á sus pretensiones é hizo que su hija única y niña todavía contragese esponsales con el hijo tercero de Enrique. La muerte del duque acaecida siete años despues puso la Bretaña en poder del monarca ingles que se apoderó de ella á fuer de tutor de su hijo y de su nuera.

La posesion del condado de Tolosa á la cual la reina Eleonora tenia derechos en cabeza de su madre fue motivo de una nueva lucha entre los reyes de Francia y de Inglaterra, mas esta lucha que no produjo acontecimiento alguno memorable es digna de mentarse porque en ella se verificó una innovacion que prueba la mucha política de Enrique. En su tiempo los ejércitos se componian de vasallos que durante cuarenta dias servian á sus costas y cada division era mandada por barones cuya turbulencia no podia sujetarse á la disciplina. Conociendo Enrique estos inconvenientes, en vez de exigir un servicio personal reclamó el impuesto de tres libras esterlinas por cada feudo; y contando con este dinero tomó á su sueldo tropas adictas y obedientes con las cuales pudo esperar mas completas victorias.

Al volver á Inglaterra en el año 1162 quiso introducir órden en las relaciones del clero y del gobierno y limitar los privilegios de aquel; empresa que le puso en graves conflictos y llenó de amargura el restante tiempo de su reinado. Antes de comenzar las hostilidades trató de asegurarse del asentimiento del primado del reino, y como Teobaldo que obtenia aquella dignidad muriese por esta época, Enrique dió la silla á Tomás Becket, sajon de orígen y uno de sus favoritos. Era hijo de un ciudadano de Londres compatricio de Teobaldo, el cual tomándolo bajo su proteccion lo envió á Italia en donde estudió el derecho civil y el canónico. Vuelto á su patria, su protector le dió el arcedeanato de Cantorbery que era la dignidad de mas importancia despues de las de obispo y abad. Tomás dominaba el espíritu del arzobispo á quien sus consejos habian hecho declarar á favor de Matilde, importante servicio que el monarca prendado ya del talento y de las gracias de aquel jóven recompensó elevándolo á la dignidad de canciller. A semejante destino iba unido un poder tan estenso como lucrativo, pues ademas de guardar el gran sello disponia de las rentas de los obispados y abadías vacantes por muerte ó dimision de sus posesores. Era tambien tutor de los menores y pupilos vasallos del rey y administraba las baronías que por desheredamiento ó por confiscacion iban á parar á la corona. Finalmente tenia el privilegio de tomar asiento en el consejo, sellaba todas las comisiones, órdenes y despachos, y á tan alto destino agregó bien pronto el de preceptor del príncipe heredero. Reuniendo las dignidades de preboste de Beverley, de dean de Hastings y de gobernador de la torre de Londres acumulaba inmensas rentas y hacia ostentacion de ellas presentándose con una magnificencia regia. Admitia á su mesa á todas las personas cuyo alto rango ó cuyos negocios las llevaban á la capital; era el primero de todos los barones legos y contaba entre sus vasallos mil caballeros que voluntariamente le habian prestado fe y homenage. La vanidad de Enrique se consideraba lisongeada con el fausto de su favorito á quien trataba con la familiaridad mas íntima como puede juzgarse por la siguiente anécdota. Iban los dos paseando á caballo por las calles de Londres

cuando vieron á un pobre que estaba arrecido de frio. „A ese pobre hombre, dijo Enrique, le vendria bien un vestido caliente. Seguramente, contestó el canciller. Pues bien, replicó el monarca, es preciso que sobre la marcha se le dé uno" y cogiendo por una punta la capa de su compañero le forzó á que se la cediese al mendigo.

Becket no se contentaba con ser el amigo de su amo sino que tambien le servia en embajadas y en el campo de batalla. Enviado cerca del rey de Francia que amenazaba tomar las armas para oponerse á las pretensiones que Enrique tenia al condado de Nantes, asombró á los parisienses con la pompa que desplegaba y con la astucia con que supo doblegar el espíritu del monarca, á fin de que ratificase los convenios concluidos por su ministro. En la guerra movida para suceder al condado de Tolosa llevó á su soberano setecientos caballeros mantenidos á su costa, peleó á su cabeza, tomó tres castillos reputados por inespugnables, y en singular combate venció á un caballero frances llevándose su caballo como trofeo de la victoria. Tal era el hombre á quien Enrique dió la mitra de Cantorbery. Jamas hubo eleccion que engañase mas completamente las esperanzas del elector, pues Becket cambiando de posicion mudó de repente de conducta. Desde luego dejó su destino de canciller juzgándole incompatible con sus nuevas funciones, y aunque conservó una numerosa servidumbre y el tren conveniente á su elevada dignidad se sujetó á una vida austera y rígida, vistióse un silicio, y se redujo á no usar otros manjares que pan y agua: en su mismo palacio lavaba diariamente los pies á muchos pobres, dándoles ademas abundantes limosnas y distribuia el tiempo entre la oracion, el estudio y el desempeño de su ministerio. Esta conducta á que unos daban el nombre de hipocresía y que para otros era una prueba de que el prelado conocia sus deberes, manifiesta que el hombre capaz de observarla tenia aquella firmeza de carácter que es orígen de las mas grandes acciones.

Hemos dicho antes de ahora que Enrique habia determinado restringir el estenso poder de la Iglesia; y comenzó atacando la jurisdiccion eclesiástica. Sin una rápida ojeada sobre el orígen y las

atribuciones de aquellos tribunales no podria el lector enterarse de esta materia cual corresponde. En los primeros tiempos del cristianismo habíanse acostumbrado los fieles á dejar sus diferencias á la autoridad paternal de los obispos, cuyo carácter y cuyas puras costumbres no daban lugar á que se los creyese capaces de dejarse sobornar ó de hacer injusticias. Sistema fue este que adoptaron Constantino y sus sucesores haciendo que cada obispo fuese juez en su diócesis y encargando á la justicia seglar la ejecucion de sus fallos. Al principio el consentimiento de una de las partes era de necesidad absoluta para autorizar la intervencion del poder eclesiástico, pero esta restriccion cesó en tiempo de Teodosio. Carlomagno adoptó esta constitucion, la hizo insertar en sus capitulares y dispuso que fuese ejecutada en sus vastos estados. Los legos recorrian al tribunal del obispo, de lo que resultaba que estando un sacerdote complicado en una causa debia esta sustanciarse en el tribunal eclesiástico. Este principio generalizado en todos los reinos que se formaron con los despojos del imperio romano, adquirió con el tiempo mayores medros; mas entre los anglo-sajones nunca estuvieron exactamente fijados los límites de las dos jurisdicciones. Erigido el cristianismo en ley del estado, el clero de comun acuerdo con los nobles desempeñó las funciones de la magistratura civil; mas en los negocios eclesiásticos solo el obispo tenia derecho de entender en el caso de estar inmiscuido algun miembro del clero, y el mismo privilegio gozaba siempre que se tratase de ultrages hechos á la Iglesia ó de ataques al dogma. Este uso se continuó despues de la conquista de los Normandos. El nuevo monarca separó completamente las dos jurisdicciones instalando en cada diócesis un tribunal eclesiástico, y estableciendo un sistema de jurisprudencia compuesto de las decisiones de los concilios, decretales y máximas de los antiguos padres de la Iglesia. Esta coleccion fue creciendo con el tiempo y dió orígen á las compilaciones de Isidoro, y de Ibo obispo de Chartres; pero el descubrimiento de las instituciones y pandectas de Justiniano verificado en 1137 cuando los Pisanos se apoderaron de Amalfi, dió á un monge de Bolonia la idea de compilar un digesto de derecho canónico siguiendo el

modelo del emperador, y publicó su obra en 1151. Desde aquella época se siguieron simultáneamente los estudios del derecho civil y del canónico, y muchos ingleses que habian asistido en Bolonia á las cátedras del uno y del otro trajeron sus conocimientos á Inglaterra en donde pronto se grangearon universal aprecio.

Esta circunstancia dió á los tribunales eclesiásticos una superioridad decisiva sobre los seglares, pues los primeros se guiaban por los principios que sancionó la sabiduría de los siglos, y los otros seguian un sistema de jurisprudencia que era una confusa mezcla de costumbres tradicionales anglo-sajonas y normandas. Los jueces eclesiásticos estaban ilustrados por la ciencia, y por lo mismo la uniformidad y la justicia de sus fallos los hacian preferibles á las sentencias de los tribunales presididos por los barones que no tenian mas regla que la violencia y el capricho: de donde provino que todos los negocios importantes relativos á matrimonios, testamentos y contratos se ventilaban preferentemente ante la jurisdiccion eclesiástica. De aqui tuvo orígen un espíritu de rivalidad que degeneró bien pronto en hostilidades abiertas, á cuyo frente estaban por un lado los obispos y dignatarios de la Iglesia y por el otro el rey y los barones; partidos igualmente interesados en la contienda, porque producia sumas considerables por las multas á que se condenaba á los culpados.

El privilegio que tenian los miembros del clero de no poder ser juzgados sino por tribunales eclesiásticos produjo el terrible mal de la impunidad, porque aquellos tribunales no podian imponer la última pena. Resultó de aqui que los clérigos cometian diariamente homicidios sin que sus crímenes fuesen castigados. En la época á que nos referimos sedujo un clérigo á la hija de un noble y asesinó despues á su padre, y Enrique aprovechando esta ocasion mandó que el delincuente fuese juzgado por un tribunal seglar; pero intervino en el negocio el arzobispo de Cantorbery, y como el rey insistiese que degradándose antes al reo se lo entregase al tribunal ordinario, Becket se opuso á ello sosteniendo que un hombre no podia ser juzgado dos veces por un mismo delito. El monarca entonces con el objeto de terminar las diferencias entre una

y otra jurisdiccion convocó un sínodo en Westminster y pidió que todo eclesiástico cogido infraganti ó convicto de un delito, fuese degradado y puesto á disposicion de la justicia ordinaria. No pudiendo conseguir su objeto dirigió á los prelados la lacónica pregunta de si querian ó nó sujetarse á las leyes y á las antiguas costumbres del rey. Los obispos respondieron que sí, *salvos los privilegios de la Iglesia.* Esta reserva destruia anticipadamente todas las concesiones que podian hacer con el tiempo, lo cual dió lugar á que el príncipe se separase de la asamblea con claras señales de desagrado. A pesar de esto los obispos al fin condescendieron con los deseos del rey, y Becket doblegado por las súplicas de sus amigos siguió el mismo ejemplo.

En el mes de enero de 1164 se reunió en Clarendon una asamblea que no se sabe á punto fijo quién la compuso, ni las atribuciones de sus individuos. En ella presentó el rey una ordenanza que contenia diez y seis artículos, cuyos nueve principales eran los siguientes: „Todo clérigo acusado de algun crímen estará obligado á comparecer ante la justicia real. Ningun eclesiástico se ausentará del reino sin real licencia y sin dar fianza en el caso de juzgar que su ausencia durará mas del término prefijado. Toda causa que no sea eclesiástica será definitivamente juzgada por los tribunales seglares. Las apelaciones de una causa eclesiástica no podrán interponerse ante un tribunal superior al del arzobispo sin licencia del rey. Todo eclesiástico posesor de un feudo de la corona en caso de cometer algun delito será citado, á la par que los otros barones, ante los tribunales del rey y deberá comparecer ante ellos. El príncipe percibirá la rentas de todas las sillas vacantes, y cuando se trate de proveerlas los cabildos se reunirán en la capilla real y el nuevamente elegido prestará fe y homenage al príncipe como soberano suyo. Los efectos confiscados en utilidad de la corona no serán ocultados en las iglesias ni en sus dependencias. Los principales enfiteotas del rey no podrán ser escomulgados ni puestas en entredicho sus tierras sin permiso del monarca. El hijo de un vasallo no será ordenado sin previa licencia de su señor." Tales son en sustancia las constituciones de Clarendon cuya tendencia era hacer

la legislacion civil superior á la del clero y sujetar á este á la ley comun. De aquella ordenanza se sacaron tres copias que fueron firmadas por el rey y por treinta y siete barones y en las cuales pusieron el sello los prelados. El primado propuso á la asamblea que se añadiese al acta la cláusula *salvos los privilegios de la Iglesia*, demanda que despertó el enojo del rey hasta el punto de amenazar á Becket con el destierro y con la muerte. En el mismo instante se abrió la puerta de un cuarto inmediato y se presentaron á los asistentes una multitud de caballeros armados de punta en blanco con la espada en la mano; vista que unida á los ruegos de los nobles y prelados y á las súplicas de dos templarios que de rodillas pedian al arzobispo que cediese, le arrancó al fin el consentimiento. Vuelto Becket á su palacio de Cantorbery y queriendo castigar su propia debilidad, se privó de ejercer todas las funciones sacerdotales, envió al papa Alejandro II un circunstanciado relato de todo lo acontecido y le pidió la absolucion.

La tenaz resistencia que el arzobispo habia hecho á los deseos del rey manifestaba tan claramente su reprobacion que este determinó completar su ruina, y para ello despues de preparar una larga serie de acusaciones fue citado ante la asamblea de Northampton. El primer cargo se fundaba en un acto calificado de menosprecio hácia el poder real, pero Becket en vez de comparecer personalmente se hizo representar por cuatro caballeros. Esta infraccion fue castigada con la confiscacion de sus posesiones y castillos; pena que el rey conmutó en una multa de quinientas libras esterlinas. Al dia siguiente se le mandó dar cuentas del producto de los dominios de Eye y de Berkhamstead que fueron confiados á su custodia, y el arzobispo contestó que las daria añadiendo que las rentas habian sido gastadas en reparaciones, y que no queriendo entrar en disputas con su soberano en materias de dinero consentia en pagar la suma exigida. El dia inmediato el rey reclamó del arzobispo trescientos marcos que le habia prestado durante la guerra de Tolosa, cantidad que este dijo haber recibido como un regalo. Finalmente el monarca intentó una accion mas importante que era un mandato á Becket para que diese cuenta de su

administracion durante el tiempo que tuvo los sellos y de las rentas de los obispados y abadías con que habia corrido. Estas reclamaciones ascendian á la suma de cuarenta y cuatro mil marcos. Sorprendido el arzobispo al ver que se trataba de una cantidad tan enorme pidió una dilacion para consultar en órden á este negocio con sus sufragáneos. Dudosos estos acerca de lo que debian hacer anduvieron discordes aconsejándole los unos que abdicase su dignidad, y diciéndole otros que se pusiese sin condicion alguna en manos del rey; mas el prelado no abrazó ninguna de estas resoluciones.

Al siguiente dia despues de haber celebrado la misa de S. Estéban protomártir se trasladó á palacio vestido de pontifical y con el báculo en la mano, mas á su llegada el rey se retiró con los barones á otro cuarto á donde le siguieron los obispos. Becket habiéndose quedado solo con los clérigos en la sala del consejo sentóse en un banco y esperó con dignidad y calma la resolucion que tomarian. Reinaba entre tanto el desórden y la confusion en el cuarto del monarca, á quien sus cortesanos aconsejaban que tomase una resolucion violenta haciéndole ver que la ingratitud y la audacia de su antiguo favorito reclamaban un castigo estrepitoso. Finalmente despues de muchos debates los prelados entraron en la sala en que estaba Becket y el obispo de Chichester tomó la palabra y dijo: „vos sois nuestro primado, pero al resistiros á las órdenes del rey os habeis hecho reo de felonía con respecto al príncipe. Un arzobispo perjuro no tiene derecho alguno á nuestra obediencia; apelarémos al papa y es fuerza que respondais ante él mismo." Está bien, contestó el primado. Apenas los obispos hubieron salido cuando se abrió otra puerta y se presentó el conde de Leicester seguido de los barones para notificar al arzobispo su sentencia. „¡Mi sentencia! esclamó Becket, hijo mio, antes de pasar adelante escúchame: bien sabeis cuán fielmente he servido á mi rey, con cuánta repugnancia acepté la dignidad que tengo y que al admitirla declaré que rompia todos los vínculos que me ligaban al mundo; y por lo mismo no debo ni quiero responder acerca de lo acontecido antes de mi consagracion. No olvideis sin embargo que delante de Dios sois mis hijos y que ninguna ley os autoriza para

juzgar á vuestro padre: asi pues rechazo vuestra jurisdiccion y me remito á lo que el papa resuelva; á él apelo y marcho para ponerme bajo la proteccion de la Iglesia católica y de la Santa Sede." Al retirarse algunos cortesanos le echaron yerbas y paja que habia sobre el pavimento, y se oyó una voz que le apellidaba traidor. A tal insulto volvió atras el prelado y dijo: „Si el carácter de que estoy revestido no detuviera mi brazo haria arrepentir de su insolencia al miserable que me ha ultrajado." Al salir de palacio fue aclamado por el clero y por el pueblo que le llevó en triunfo á su morada.

Algunos dias despues pidió licencia al rey para ir al continente, y como se le dijo que se le contestaria á la mañana siguiente temeroso de que esta dilacion amagase algun peligro contra su persona salió furtivamente de la iglesia en donde se habia hecho preparar una cama. Con el nombre de fray Cristiano pudo llegar á la costa, trasladóse á Flandes, despues á Soissons, invitado por Luis el *Jóven* rey de Francia, y finalmente se presentó al papa Alejandro II que lo recibió con mucha distincion. Habíale precedido una embajada compuesta de prelados y barones que el monarca ingles enviaba para justificar su conducta ante el pontífice, quien habiendo oido con desagrado las razones alegadas en favor del príncipe condenó diez artículos de la ordenanza de Clarendon, negóse á desamparar al prelado, y le señaló para lugar de su residencia el monasterio de Pontigny. Becket por su parte recordando aunque harto tarde que no habia sido elegido canónicamente renunció el arzobispado de Cantorbery en manos del pontífice que le invistió de él nuevamente. Previendo Enrique que este negocio ocasionaria un rompimiento con la Santa Sede, prohibió las apelaciones al papa y al arzobispo declarándolas crímen de alta traicion. Los eclesiásticos reos de él eran condenados á perder la vista y á una mutilacion vergonzosa y los legos á la pérdida de un miembro y hasta de la vida, y unos y otros á la confiscacion de sus bienes.

Simultáneamente el rey tomó medidas directas contra el primado, confiscóle sus tierras, dispuso que su nombre fuese borrado del catálogo de los obispos, y se apoderó de las rentas de todos los eclesiásticos que le habian seguido á Francia ó que le enviaban

ausilios pecuniarios. No satisfecho con esto envolvió en la ruina del proscrito á todos los que estaban unidos á él por amistad ó parentesco. Condenados á destierro ellos y sus familias, ni la vejez ni el sexo, ni la infancia fueron títulos suficientes para lograr una escepcion. El número de aquellos desdichados ascendia á cuatrocientos y antes de partir se les hizo prometer con juramento que irian á encontrar al arzobispo para ofrecer á sus ojos el cuadro de sus miserias. Este medio discurrido para acabar con los recursos de Becket se convirtió contra el que lo habia escogitado, porque los proscritos relevados de su juramento por el papa encontraron un asilo en los conventos en donde no les faltó cosa alguna. De esta manera Becket perseguido por un enemigo cuyo odio lo atropellaba todo no guardó ya consideracion alguna. En el dia de la Ascension subió al púlpito de la iglesia de Vezelay y escomulgó públicamente á todos los que se adhirieron á las ordenanzas de Clarendon y á cuantos se habian apoderado de las propiedades de la Iglesia. Las severas leyes promulgadas por Enrique ponian al abrigo de este ataque su reino de Inglaterra mas nó asi sus estados del continente en donde los barones en odio del poder real se mostraron dispuestos á favorecer la causa de la Iglesia. Esta consideracion resolvió al monarca á concluir un arreglo con el primado y aun consintió en verle; pero con el objeto de evitar ulteriores desavenencias se decidió ante todo que no se haria mencion alguna de las antiguas costumbres aunque en el fondo Enrique estaba resuelto á confirmar los privilegios de la Iglesia, *salvo el honor de su corona*, al paso que el arzobispo no consentia en obedecer al rey sino *salva la dignidad de la Iglesia*. En la segunda conferencia parecieron satisfechos el uno del otro; mas como el prelado pidiese al rey que le diera el ósculo de paz como prenda de una reconciliacion sincera, Enrique contestó que habiendo jurado no conceder nunca esta demostracion de amistad no querria arriesgarse á cometer un perjurio. Allanadas todas estas dificultades el primado pudo quedarse en Inglaterra levantando la escomunion lanzada contra los ministros de la corona, recobrando sus dignidades y devolviéndose á sus amigos los bienes que les fueron confiscados. Durante las

desavenencias temeroso Enrique de un entredicho contra su persona y sus estados creyó necesaria la consagracion de su hijo, y habia dispuesto que verificase esta ceremonia el arzobispo de York. Becket que á fuer de arzobispo de Cantorbery suponia tener el esclusivo privilegio de coronar á los reyes habia alcanzado del papa un breve prohibiendo á los demas obispos que verificasen aquella ceremonia. Desabrido Becket contra el arzobispo de York y contra los obispos de Londres y Exeter de quienes suponia que intrigaban con el rey para que no tuviesen ejecucion los pactos concertados, suspendió en el ejercicio de sus funciones al primero y escomulgó á los otros dos al mismo tiempo que tomaba posesion de su silla con un aparato ostentoso. Los dos escomulgados marcharon á Normandía para pedir justicia al monarca contra el violento proceder del primado, y Enrique previendo nuevos disturbios dijo en alta voz y en presencia de sus cortesanos: «¿Y qué, no habrá nadie aqui que me libre de ese turbulento prelado?" Estas palabras que se le escaparon en el primer movimiento de su enojo fueron oidas por los cuatro magnates de su casa Reginaldo Fitzurse, Guillermo de Traci, Hugo de Moreville y Ricardo Brito, los cuales creyéndose suficientemente autorizados con esto determinaron vengar á su amo. A su llegada á Inglaterra se reunieron en Saltwood residencia de un caballero llamado Broc, en donde acabaron de concertarse. A la tarde siguiente se presentaron al arzobispo, y suponiéndose enviados del rey le exigieron que alzase la escomunion á los prelados, á lo cual Becket respondió que lo haria siempre que aquellos se sujetasen al juicio de la Iglesia; luego haciendo alusion á la circunstancia de que tres de entre aquellos caballeros le habian por mucho tiempo prestado fe y homenage, les añadió: «Despues de lo que entre nosotros ha pasado me sorprende mucho que vengais á amenazarme en mi misma casa." Harémos mas que amenazaros, replicaron los otros al retirarse. Los familiares del arzobispo se mostraron muy alarmados con esto, mas él no perdió un ápice de su habitual firmeza. Tanto le rogaron que se fuese á la iglesia en donde los monges estaban cantando vísperas y en la cual creyeron que podria estar mas seguro, que importunado por las

súplicas consintió en hacerlo; mas viendo que cerraban las puertas mandó que volvieran á abrirlas diciendo que el templo del Señor no necesitaba de fortificaciones como un castillo. Acababa de bajar al coro cuando se precipitaron en la iglesia los caballeros armados de todas armas, y aunque pudiera por la oscuridad que reinaba esconderse fácilmente en alguna capilla salió á su encuentro acompañado del cruciferario, y de Gervasio de Cantorbery, únicos que no le abandonaron. ¿En dónde está el traidor? preguntó Reginaldo. „Si buscais al arzobispo héle aqui, mas en cuanto á traidor no lo ha sido nunca. Reginaldo, ¿qué venis á hacer aqui? si quereis mi vida tomadla, pero en nombre del cielo os conjuro para que no atenteis á la de estos que me acompañan." Exigiéronle entonces que absolviese á los obispos; y como se negara á ello absolutamente, uno de los asesinos levantó el hacha de armas con que hirió la cabeza del prelado, y rompió el brazo al cruciferario que se habia adelantado para cubrir el cuerpo de su amo. El arzobispo juntó las manos y bajó la cabeza diciendo: „Estoy pronto á morir por Jesucristo y en defensa de su Iglesia. Con otro golpe le hicieron caer de rodillas, y el tercero le partió el cráneo y le dejó muerto delante de la capilla de San Benito. Hugo de Horsea apoyando el pie sobre el arzobispo despedazó su cerebro con la punta de la espada y dispersó los trozos por el suelo.

Asi murió á la edad de 53 años Tomás Becket víctima de su celo por los privilegios de la Iglesia. Difícil es hoy resolver si le dominó la ambicion ó si tuvo fe en la justicia de su causa; mas á pesar de esto no puede menos de admirarse la firmeza de su carácter que no pudieron doblegar ni la cólera del príncipe, ni las persecuciones de sus enemigos, ni los tormentos del destierro, ni la vista del arma levantada para despedazarlo. Hubiera podido vivir honrado con la primera silla del reino y continuar rigiendo la nacion en nombre de su amo, mas escogió el ser campeon de la Iglesia, papel aunque erizado de peligros mucho mas brillante y que podia elevarlo al pontificado. Su muerte produjo una sensacion muy grande. Apenas fue pública se precipitó en la iglesia el pueblo en masa para contemplar su cuerpo, y bañarse las manos en

su saugre, nó lleva do deuna curiosidad humana sino por efecto del respeto. Canonizado con el nombre de Sauto Tomás de Cantorbery su memoría fue muy querida al pueblo que le invocaba como un mártir. Muchísimos milagros recomendaron sus restos á las almas piadosas, y en 1480 fueron en romería á su sepulcro mas de cincuenta mil estrangeros de todas edades y condiciones.

En Normandía se eucontraba Enrique cuando tuvo noticia de la catástrofe cuyas resultas podian serle muy fatales, y la cual le causó tanto dolor que durante tres dias estuvo encerrado en su cuarto sin tomar alimento alguno. Los ministros al fin le hicieron volver en sí manifestándole cuán importante era prevenir el enojo del papa. Con poderes ilimitados marcharon á Roma cinco embajadores que admitidos no sin repugnancia ante el pontífice aseguraron con juramento la inocencia de Enrique. Desarmado Alejandro con sus protestas y ruegos lanzó una escomunion concebida en términos generales contra los autores y cómplices del asesinato, y eligió á los cardenales Teodino y Alberto para que entendiesen en el negocio. Conjurados de esta manera los rayos del Vaticano ocupóse Enrique de la conquista de Irlanda, proyecto que halagaba á su imaginacion desde mucho tiempo. Antes de esponer su resultado vamos á dirigir una ojeada á ese pais y á trazar un rápido bosquejo de su historia basta el dia en que penetraron en él las armas de los Ingleses para sojuzgarlo.

Al decir de los historiadores irlandeses aportó á aquella isla una colonia de milesios en el año del mundo 1969 antes de la era cristiana, 312 despues del diluvio; y la escrupulosidad de los tales llega hasta el punto de fijar los nombres y referir las aventuras de todos los gefes que reinaron en Irlanda hasta el siglo V, en que se introdujo en ella el cristianismo. Dejando á un lado todos esos hechos que pertenecen á la fábula, parece lo mas cierto que los primeros habitantes de ese pais eran de orígen céltico, si se ha de juzgar por su idioma que aun hoy hablan sus descendientes. Hasta el año 432 en que San Patricio derramó en Irlanda las luces del Evangelio los indígenas habian vivido en un estado muy inmediato á la barbarie, del cual poco ó mucho salieron entonces. Retardaron

los progresos de su civilizacion los normandos que la invadieron en el siglo VIII y que despues de señalar su camino con la devastacion y el esterminio formaron establecimientos en los desembarcaderos de los rios navegables, mientras que los irlandeses refugiados en los bosques olvidaron bien pronto las ventajas de la vida social y volvieron á los hábitos y vicios de los salvages. En su principio los habitantes estaban divididos en muchas tribus regidas por gefes, entre los cuales el mas poderoso pretendia ejercer un poder soberano en la isla entera. Las instituciones nacionales aumentaban los inconvenientes de esta organizacion, pues segun ellas el hijo no podia desempeñar por derecho de herencia los cargos y dignidades ejercidos por el padre, sino que las tribus á pluralidad de votos y durante la vida del que gozaba el poder elegian su sucesor. La capacidad se grangeába con preferencia todos los votos, al paso que la menor sospecha de cobardía ó de deformidad física eran motivos de esclusion que de ningun modo podian dispensarse. Si en la familia reinante no se encontraba persona digna de ocupar el primer puesto era elegido el pariente mas cercano, de suerte que nadie podia jactarse de que el poder fuese á parar á sus hijos, de lo cual resultaban en la época de las elecciones discordias y querellas que se ventilaban con las armas. Algunas veces el elegido rehusaba esperar la muerte de su antecesor, y otras el hijo de un gefe procuraba al fallecimiento de este conquistar á la fuerza el puesto de que la ley le escluia. La ley de herencias disponia que las tierras fuesen repartidas con igualdad entre todos los hijos: las hembras estaban escluidas del reparto, y aunque todos los varones eran llamados á disfrutar de él, no heredaban sin embargo los bienes de su padre sino que á la muerte de cada posesor se hacia una masa comun de las tierras de toda la tribu, y el gefe las distribuia nuevamente á merced de sus caprichos ó de sus intereses. Fácil es entender que semejante costumbre solo podia subsistir en un pueblo pastor, y que oponia obstáculos insuperables á los progresos de la agricultura.

En tiempo de Enrique II existian en Irlanda cinco soberanías ó reinos con los nombres de Munster, Leinster, Meathe, Ulster, y



Connaught, entre los cuales era el mas poderoso el último, gobernado por Rodrigo O-Connor cuya autoridad siempre disputada no podia obligar á los otros príncipes á la obediencia ni unirlos á todos para resistir los ataques esteriores. Semejante estado de cosas despertó la ambicion de Enrique, quien el año de 1156 solicitó del papa Adriano III ingles de nacimiento permiso de subyugar la Irlanda. Remitióle el pontífice una bula en la cual elogia el piadoso celo del monarca y le exhorta á someter á la Irlanda para enseñar á sus hijos el camino de la salvacion y obligarlos á satisfacer el *dinero de San Pedro*, y finalmente permite á Enrique que emplee todos los medios que juzgue necesarios para verificar una empresa tan útil á la gloria de Dios y á los progresos de la religion. Las graves tareas que ocuparon al monarca le distrajeron de aquel proyecto hasta que los nuevos disturbios acontecidos en Irlanda la entregaron como una presa á su ambicion insaciable.

Dermot rey de Leinster se enamoró de Dervorgila muger de O'Ruarico príncipe de Brefny y durante la ausencia de su marido la arrebató y la condujo á su castillo de Ferns en la Lagenia. O'Ruarico reclamó el ausilio de O-Connor monarca supremo de Irlanda, y despues de una lucha de muchos años destruyó la ciudad y el castillo de Ferns, y encerró á su infiel esposa en Kildare mientras que el raptor se salvaba con el ostracismo. Con el objeto de vengarse dirigióse á la Guyena, y habiéndose visto con Enrique le ofreció prestarle homenage por su reino siempre que le ausiliase á reconquistarle. Terminadas las desavenencias entre Enrique y la Santa Sede permitió aquel á Dermot que alistase súbditos ingleses, y el desterrado de vuelta á Bristol concluyó un tratado con Ricardo conde de Strigul, descendiente de la ilustre casa de Clare, pero que habiéndose arruinado tras las liviandades se alistó para esta empresa á la par que dos de sus hermanos. Convínose en que el príncipe irlandes le casaria con su hija Eva y le declararia su sucesor al trono. Como el empeño de Ricardo no debia cumplirse hasta la primavera, Dermot se fue al pais de Gales, y habiendo alcanzado del gobernador la libertad de Fitz Estéban guerrero ilustre y preso por algun delito político, tomó á su servicio á él y á

su hermano Fitz Gerardo y se obligó á darles la ciudad de Wexford y las tierras situadas en sus inmediaciones. Añudados ya todos los hilos de su empresa volvió á Irlanda y oculto en el monasterio de Ferns esperó allí la llegada de sus partidarios. Estéban que habia alcanzado su libertad con el pacto de espatriarse se ocupó en reunir algunos aventureros que como él no tenian mas fortuna que su espada, y en 24 de junio de 1169 desembarcó en la bahía de Bannock seguido de ciento cuarenta caballeros, sesenta hombres cubiertos de cota de malla y trescientos arqueros. Allí fue á reunírsele Dermot con un corto número de irlandeses, y habiéndose apoderado de Wexford se dirigieron contra Donald príncipe de Ossory que atrincherado en los bosques se defendió bizarramente; pero atraido á la llanura por una retirada fingida fue cargado por la caballería inglesa que mató gran parte de sus tropas y puso en fuga á las restantes. Presentaron las sangrientas cabezas de los vencidos al príncipe irlandes que saltó de gozo al verlas, y habiendo reconocido la de Donald que en otro tiempo arrancó los ojos é hizo matar á su hijo, trasportado de furor la cogió por las orejas y le arrancó la nariz con los dientes. Hácia la misma época llegaron Fitz Gerardo y Pendergast acompañados de veinte caballeros, treinta hombres de armas y ciento setenta arqueros. Atacados por tres mil irlandeses al tiempo de verificar el desembarco hubieron de retirarse á la roca de Dundolf, en donde situados en una posicion ventajosa rechazaron á los enemigos y dieron muerte á quinientos de ellos. Las victorias de estos aventureros deben atribuirse á la superioridad de sus armas, pues el hierro de que iban cubiertos los hacia invulnerables para sus contrarios que solo usaban lanzas y venablos, á escepcion de muy pocos de rango elevado los cuales se servian de hachas y las arrojaban con tanta fuerza y destreza que podian aplastar la mejor armadura. Muy luego se reunió á sus compatriotas Ricardo trayendo doscientos arqueros y otros tantos caballeros, con los cuales tomó por asalto á Waterford, y poco despues á Dublin. Dermot le cumplió la palabra casándolo con su hija Eva y se preparaba á llevar sus armas hácia el resto de la isla cuando murió en 1171. Ricardo á quien habia declarado heredero

suyo se apoderó del trono y se mantuvo en él á despecho de los esfuerzos de los demas reyes del pais que se coligaron para aterrarlo.

Apenas supo Enrique las victorias de Ricardo y de sus valedores cuando pensó aprovecharse de ellas, y con este objeto llamó á las armas á todos sus súbditos bajo pena de ser tenidos por prevaricadores. La ejecucion de esta órden hubiera dado al traves con la fortuna de Ricardo, quien por ello fue á verse con el rey y le prestó homenage por todas sus conquistas. Detenido en la corte acompañó al monarca que quiso visitar la Irlanda á fin de formar por sí mismo juicio de su importancia. Alojado en Dublin en un palacio de madera construido para él, hizo venir á todos los gefes irlandeses á quienes colmó de atenciones y regalos, admitiéndolos á su mesa y prometiéndoles que serian mantenidos en el goce de sus bienes y dignidades. La mayor parte se rindieron á sus invitaciones mas nó asi Rodrigo O-Connor que sin embargo consintió en recibir á los enviados del monarca ingles y en prestar ante ellos una sumision nominal. De este modo los príncipes de Ulster se dispensaron de visitar á Enrique, negándose categóricamente á reconocer su autoridad.

Hemos dicho poco antes que en el siglo V la Irlanda se convirtió al cristianismo y que en ella ejerció muy pronto el clero un grandísimo influjo. Los eclesiásticos enriquecidos al principio con las donaciones de los legos acabaron por ser desposeidos por estos, en términos que la iglesia metropolitana de Armagh fue ocupada durante doscientos años por individuos de una misma familia entre los cuales solo hubo seis sacerdotes, y los otros aunque no podian desempeñar las funciones de tales eran dueños y usufructuarios de las rentas del arzobispado. Cuando la invasion de los aventureros ingleses los obispos no tardaron en declararse partidarios suyos, y á la llegada de Enrique en un sínodo presidido por el legado del papa reconocieron la soberanía del rey de Inglaterra. El arzobispo de Armagh fue á Dublin para visitar á Enrique, y escitó la risa de los cortesanos porque iba acompañado de una vaca cuya leche era su principal alimento. Bien deseaba el rey permanecer todo el ve-

rano en Irlanda á fin de internarse en el pais y asegurar su dominio construyendo fortalezas que sujetasen á los habitantes, mas á la vuelta de algunos meses hubo de salir de la isla en donde el poder real no se estendia mas allá del territorio que ocupaban las tropas. En él estableció las costumbres feudales y confió el mando supremo á Hugo de Lacy haciéndole conde de Meath. Un asunto muy urgente llamaba al rey á Normandía.

Recordarán nuestros lectores que el papa habia encargado á los cardenales Alberto y Teodino la averiguacion de la conducta observada por el rey en órden al asesinato de Becket, acerca de cuyo asunto se celebraron en Lavigny algunas conferencias cuyo resultado fue un arreglo bajo las siguientes bases. Obligábase el rey á perdonar á todos los adictos al primado y á devolverles sus bienes y beneficios: á mantener á sus costas y durante un año á doscientos caballeros que peleasen en Jerusalen en defensa de la fe: á combatir en persona y durante tres años si el papa lo exigia contra los infieles de España ó de Palestina, y á permitir las apelaciones á la corte de Roma aboliendo las leyes atentatorias á los privilegios del clero. Con estas condiciones fue absuelto en la catedral de Avranches y juró sobre los santos Evangelios que no habia tenido la menor parte en el asesinato de Becket. Tal fue el resultado de aquel grande proceso que el poder espiritual representado por el pontífice sustanció contra una cabeza coronada. A pesar de la astucia de la Santa Sede su política fue vencida por la de Enrique, cuyas concesiones eran mas aparentes que reales, pues si entre ellas permitió las apelaciones á Roma podia de hecho hacerlas imposibles exigiendo seguridades cuya naturaleza y cuya cuota le era dado fijar á su antojo. Por esto las ordenanzas de Clarendon continuaron en su antiguo vigor á pesar de los artículos del tratado.

La satisfaccion que esperimentó Enrique por haber dado tan dichosa cima á aquel enmarañado negocio fue bien pronto turbada por domésticas desazones. Habia dividido sus estados entre sus hijos, señalando la Inglaterra, el ducado de Normandía y los condados de Anjou, Maine y Turena á su hijo Enrique coronado ya rey; el ducado de Guyena y el Poitou á su segundo hijo Ricardo; el

tercero que era Geofredo tenia ya en cabeza de su muger la soberanía de Bretaña, y destinaba la Irlanda á Juan que era el último. Enrique que estaba casado con una princesa de la casa real de Francia impelido por su suegro pidió que desde luego se le pusiese en posesion de la Inglaterra y de la Normandía, y como el padre se negó á esta demanda, descontento el príncipe se fue á Chartres á donde le siguieron en breve sus hermanos Ricardo y Geofredo. Moviólos al parecer á dar este paso su madre Eleonora, que habiendo sido repudiada á causa de sus liviandades por Luis VII de Francia y viéndose ahora poco quista por Enrique procuraba vengarse de su inconstancia buscando siempre ocasiones con que turbar su reposo. Siguió á sus hijos y no quiso obedecer las órdenes del rey que la llamaban á Inglaterra; mas habiendo finalmente caido en manos de su marido espió su falta en una prision en la que estuvo hasta la muerte del monarca. El jóven Enrique que á toda costa queria apoderarse de la herencia que se le prometiera, hizo parte de una liga formidable compuesta del rey de Francia, del de Escocia, del conde de Flandes y de muchos señores ingleses, y cuyo objeto era dividir en muchos trozos los vastos estados del rey de Inglaterra, y el mismo príncipe aun antes de sacar la espada y sin calcular las consecuencias de sus imprudentes larguezas distribuyó condados á los principales gefes que se habian comprometido á socorrerle. Disipó aquella tormenta la actividad del rey que en vez de llamar á las armas á sus vasallos compró los servicios de dos mil aventureros, llamados Brabançons, que vendian á pública subasta el apoyo de su espada y abrazaban indistintamente cualquiera causa que pudiese enriquecerlos. Acudió al mismo tiempo al papa pidiendo una bula de escomunion contra sus hijos rebeldes; mas aquella lucha que al parecer debia arruinar al monarca de Inglaterra se terminó en provecho suyo. Luis que era su principal adversario despues de invadir la Normandía en la cual fue roto delante de las murallas de Ruan acabó por retirarse firmando antes un tratado de paz. El rey de Escocia que por su parte habia hecho una irrupcion en las provincias setentrionales de Inglaterra cayó en manos de Rodulfo de Glanville,





1. Sir Ugo Bardolfo. 2. Alberico. Conde de Oxfort. Chambelan de Enrique III. 3. La Condesa de Oxford.





1. SIR HUGUES BARDOLPHE Regne de Jean-sans terre (En 1204)
2. ALBERIC COMTE D'OXFORT GRAND CHAMBELLAN R. de Henry III (En 1217)
3. LA COMTESSE D'OXFORD

ANGLETERRE



a
e
ha
po
qu
im
ran
sus
de
obe
reve
caye

y esta prision importante enfrió el ardor de los barones ingleses que con la sumision conjuraron la pérdida que los amagaba. El obispo de Durham, el conde de Ferrars y Rogerio de Mowbray entregaron sus castillos, y al instante fueron imitados por otros rebeldes, de manera que en pocas semanas la autoridad de Enrique quedó firmemente restablecida. Durante aquella crisis sea que el monarca reprobase en su interior la conducta que habia observado con Becket, sea que por medio de una prueba de humildad cristiana quisiese reconciliarse con la opinion pública, desembarcó inopinadamente en Southampton y sin descansar ni comer cosa alguna se fue para Cantorbery, descabalgó á la entrada de la ciudad, vistióse un sayo de penitente y atravesó las calles de la poblacion hasta llegar á la catedral. Mientras que rezaba prosternado delante de la urna que contenia los restos de Becket, el obispo de Londres dirigiéndose á los espectadores de que el templo estaba lleno los conjuró para que creyesen que Enrique era inocente en la muerte del Primado, y que su yerro solo consistia en una palabra escapada en medio de la cólera, la cual sugirió á los asesinos la idea de aquel crímen y que venia á implorar al pie de altar el perdon de aquella falta involuntaria. En seguida dirigióse el rey al monasterio en donde se habian reunido ochenta monges, abades y obispos; arrodillado delante de ellos pidió perdon de su culpa, y descubriendo las espaldas se sujetó á recibir de cada uno de los asistentes algunos golpes de disciplina. Terminada esta escena pasó en oracion el resto de la noche, y á la mañana siguiente despues de haber oido misa se trasladó á Londres. Llególe á pocos dias la importante nueva de la prision del rey de Escocia que entre todos los que habian tomado las armas contra él fue quien pagó mas cara su imprudencia. En efecto, hubo de reconocer á Enrique por soberano suyo, le prestó homenage en calidad de vasallo y puso en sus manos las fortalezas de Berwick y de Roxborough. Los hijos de Enrique volvieron á la gracia de su padre prometiéndole una obediencia á la cual faltaron bien pronto haciendo contra él otra revolucion que no tuvo mejor éxito que la pasada. El primogénito cayó enfermo en Martel, y sintiéndose próximo á morir hizo rogar

á su padre que fuese en persona á perdonarle y á despedirse de él; mas el rey se negó á ello por consejo de sus áulicos, los cuales temian que aquello fuese un ardid para atentar á su vida. Limitóse pues á remitirle su anillo como una prueba de su amor y de su misericordia, y el moribundo recibió aquella prenda con gratitud, besóla repetidas veces, hizo una pública confesion de sus faltas, mandó llevar ceniza á su cuarto, y habiéndose tendido encima de ella espiró en 11 de junio de 1186, á la edad de 28 años.

Su hermano Ricardo fue desde entonces heredero presunto de la corona de Inglaterra. El tercer hijo Geofredo, nuevamente reñido con su padre á quien pedia el Anjou para juntarlo con la Bretaña cuyo condado poseia, murió en un torneo en el año 1186. Su último hijo Juan por el cual tenia una predileccion marcada se mostró tambien ingrato uniéndose secretamente con Ricardo, que no contento con el gobierno de las provincias que el rey tenia en el continente, solicitaba ser coronado en vida de su padre. Esta pretension causó muchos disturbios que acibararon los últimos dias de Enrique, el cual hubo de pagar veinte mil marcos al rey de Francia que tomó las armas en favor de Ricardo, acceder á todo lo que este pedia y perdonar á los barones vasallos suyos que contra él habian combatido. Cuando supo que á la cabeza de ellos estaba su querido hijo Juan, esperimentó un dolor inesplicable y contrajo una negra melancolía que á los siete dias le condujo al sepulcro. En sus últimos momentos le acompañó su hijo natural Geofredo, cuya ternura y cuyos desvelos menguaron su sufrimiento. Enrique le agradeció sus cuidados, regalóle la sortija que llevaba puesta, y despues se hizo llevar á la iglesia en donde recibió los últimos consuelos de la religion y espiró en 5 de julio de 1189. Habiéndose retirado los obispos y los barones, las personas de la servidumbre del rey se apoderaron de su cadáver y lo desnudaron enteramente. Al dia siguiente y sin pompa alguna fue inhumado en el coro del monasterio de Fontevraut delante de Ricardo, el cual manifestó un dolor muy vivo y un sincero arrepentimiento de las faltas con que habia acibarado la vida de su padre. Murió este á la edad de 58 años. A las prendas físicas reunia un talento

vivo y penetrante, y sin embargo de haber nacido en un siglo todavía bárbaro era aficionado á las letras y consagraba al estudio las horas que podia robar á los negocios. Con su política supo engrandecer á sus estados y defenderlos contra los zelos de los príncipes vecinos y contra el turbulento carácter de sus barones que aborrecian la firmeza de su gobierno. Si ganó mas batallas que los otros reyes y pudo conservar lo que habia adquirido, lo debió á la circunstancia de haber introducido en su ejército tropas mercenarias. Cansado de los servicios de sus vasallos cuya indocilidad era incompatible con la disciplina, prefirió que contribuyeran á la guerra con el dinero que con sus personas. Cada feudo y cada baronía pagó una cantidad que le servia al rey para reclutar aventureros, tropa mas obediente y mas útil que las milicias feudales, á las cuales era preciso licenciar á los cuarenta dias, mientras que aquellos seguian las banderas con tal que se los pagase. Aprovechándose del entusiasmo en que sus súbditos ardian por la conquista de la Tierra Santa, exigió de todas las clases una contribucion que aplicó á las necesidades de la corona. Abolió el impuesto llamado *Danegelt*, que suprimido por Eduardo el *Confesor* fue reclamado despues por mas que el pueblo entero lo reprobase á causa del orígen que tenia.

El reinado de Enrique fue notable tambien por los cambios que durante él se hicieron en las leyes y en las costumbres. En 1177 dividió la Inglaterra en seis circuitos que es casi lo mismo que lo está en el dia. Llámase circuito en Inglaterra el territorio en que ejerce jurisdiccion un tribunal superior de justicia. En épocas fijas debian recorrer los circuitos tres jueces encargados de celar que la justicia se administrase imparcialmente. Renunció tambien á la injusta é inhumana costumbre de confiscar los buques que naufragaban en sus costas, y dispuso que fuesen entregados á los propietarios si en ellos se encontraba un ser viviente aunque fuese un animal. A las pruebas del agua y del fuego con que se decidian los procesos civiles y criminales sustituyó el juicio de los tribunales, y asi es que á solicitud del defensor se reunia un jury cuyos individuos juraban decidir el punto discutido segun el propio conocimiento

que tenian del hecho, ó segun la aseveracion de personas cuyo testimonio inspirase la mas absoluta confianza. Eran escluidos de la calidad de jueces los que aseguraban su ignorancia en el asunto de que se trataba y se los reemplazaba con otros que tenian mas noticias. Esta costumbre se generalizó bien pronto y su adopcion preparó el camino para otras reformas judiciales igualmente útiles. El esmero que puso Enrique en este ramo de la administracion habia inspirado tanta confianza en su equidad que Alfonso III de Castilla y Sancho el *Noble* de Navarra le eligieron árbitro en sus diferencias. El obispo de Palencia y el de Pamplona se presentaron para sostener el uno á Sancho y el otro á Alfonso, mas como los jueces no conocian el idioma de los abogados estos espusieron sus razones en un escrito que Enrique tradujo en ingles, á los prelados y barones que estaban con él en Westminster. A los tres dias habiendo oido el monarca el dictámen del tribunal pronunció la sentencia que fue consentida por los dos enviados, los cuales juraron que si sus soberanos rehusaban sujetarse á ella volverian á entregarse en manos del monarca.

Si las penas dictadas por la ley se resentian de crueles no hay duda sino que era necesaria alguna severidad para poner un freno á los desórdenes y á los atentados que diariamente amenazaban la vida y la propiedad de los particulares. Los habitantes de la capital no se atrevian á salir de casa despues de anochecido por temor de ser robados ó muertos: los hijos y parientes de los ciudadanos ricos se asociaban para cometer toda clase de escesos, y durante la noche invadian las casas, maltrataban á los transeuntes y hasta llegaron á matar á un hermano del conde de Ferrare. Este asesinato empeñó á Enrique á redoblar su severidad y su vigilancia, y asi fue que Juan Senez que era hijo de una riquísima familia de Londres, fue ahorcado por haber tenido parte en aquellos desórdenes, sin embargo de que ofreció rescatar su vida con quinientos marcos.

Entre las tachas que empañan el carácter de Enrique debe contarse la doblez que le hacia quebrantar las mas sagradas promesas y poner en uso toda clase de manejos para conseguir su objeto. Justificábase de todo diciendo que valia mas arrepentirse de una

palabra que de una accion, y hacerse reo de una mentira que dejar perder una ocasion favorable. Con frecuencia dejábase arrebatar por la cólera hasta el punto de poner en olvido la dignidad de hombre y la de rey. Como uno de sus ministros se atreviese á hablarle en favor del rey de Escocia, Enrique le llamó traidor y encolerizándose contra sí mismo sacó la espada, rasgó sus vestidos é hizo pedazos la cubierta de la cama. En otra ocasion dió de palos á un page que le presentó una carta en un momento de mal humor. Su hambre de dinero le hacia echar mano de cualquiera medio para proporcionárselo. Cuando sus hijos revolucionados trataron de sublevar contra él la Inglaterra sus adictos cazaron impunemente en los bosques reales y fueron imitados por muchas personas fieles á la causa de Enrique que cerró los ojos á este atentado, pero que apenas se hubo desvanecido el peligro dió principio á la persecucion de los culpables. Los barones y las personas de todas clases hubieron de denunciar con juramento á los que habian cazado, contra los cuales se entablaron procedimientos judiciales de que el monarca sacó gruesas sumas. Cuando en 1187 Jerusalen cayó otra vez en poder de los musulmanes, Enrique tomó la cruz de manos del arzobispo de Tiro, lo mismo que Felipe Augusto rey de Francia; y vuelto á Inglaterra arrancó la cantidad de setenta mil libras esterlinas de aquellos que alcanzaron dispensa de tomar armas para la reconquista de la Ciudad Santa. A pesar de haber recaudado aquel dinero tampoco él cumplió su promesa. Ademas de los tribunales de justicia los estableció de guerra, y los magistrados que recorrian el reino para administrar justicia llevaban al mismo tiempo encargo de averiguar si todos los hombres libres poseian armas, puesto que era obligacion de cada terrateniente militar tener una cota de malla, un casco, una lanza y un escudo por cada feudo. Todo hombre libre que poseia en renta ó en bienes muebles el valor de diez y seis marcos estaba sujeto á esta obligacion; si solo tenia una renta de diez bastaba que poseyese una coracilla, un casco de yerro y una lanza; y todos los ciudadanos y hombres libres debian conservar para su defensa un casco de hierro y una lanza.

Figuraron en el reinado de Enrique algunos hombres distinguidos por su saber y su talento, entre los cuales ocupan el primer lugar Juan de Salisbury, y Pedro de Blois. Digno es tambien de mencionarse Roberto Vace de Jersey, lector de la capilla de Enrique II y autor de muchos romances en verso escritos en el dialecto del norte de Francia. El que tiene el título de *Brut* contiene la historia fabulosa de los bretones, y el de *Rou* la mas auténtica historia de los Normandos del tiempo de Rollon y de sus sucesores. En esta última obra el poeta advierte al lector que lo que escribe no es todo verdad ni todo mentira.

Solo Ricardo y Juan sobrevivieron al monarca entre los cinco hijos varones que de Eleonora tuvo. Sus tres hijas Matilde, Eleonora y Juana se casaron, la primera con Enrique el *Leon* duque de Sajonia, la segunda con Alfonso de Castilla y la tercera con Guillermo II de Sicilia. Muchos hijos naturales tuvo Enrique, y los dos mas célebres lo eran de Rosamonda á la cual los poetas é historiadores presentan como un modelo de hermosura. Vivia retirada en un misterioso asilo construido en medio del parque de Wood-Stock, á donde el rey iba á pasar deliciosos momentos, pero la reina Eleonora guiada por el instinto de los zelos penetró hasta la morada de su rival á la que hizo morir obligándola á tomar un veneno. Los hijos de aquellas amorosas relaciones adquirieron con el tiempo gran renombre: el uno de ellos que fue Guillermo apellidado *Larga Espada*, se casó con la heredera de Salisbury entrando con esto á poseer los títulos y bienes de su suegro; y el segundo llamado Geofredo fue arzobispo de York.

RICARDO I,

APELLIDADO CORAZON DE LEON.

Apenas este monarca hubo ascendido al trono cuando alejó de sí á los favoritos para colocar en su puesto á los ministros que habian servido con lealtad á su padre. Esta resolucion á mas de acreditar que reconocia cuán mal se condujo con el

autor de sus dias, era una prueba de saber que le ganó la adhesion de sus vasallos. No pudiendo desde luego separarse del continente hizo al momento poner en libertad á su madre Eleonora y le confió la regencia de Inglaterra, cuyo delicado encargo desempeñó con tanta moderacion como prudencia. Grande fue la pompa con que el nuevo monarca se coronó en Westminster; mas aquel fausto suceso coincidió con el lamentable degüello de los judíos. Aunque estos eran objeto del odio público en todos los paises cristianos, contaban con la proteccion de los príncipes á quienes hacian adelantos de sumas considerables. Habiendo sido arrojados de Francia cuando el advenimiento de Felipe Augusto, muchos se refugiaron en Inglaterra en donde fueron admitidos y protegidos por Enrique. El movimiento que por entonces lanzaba á la Europa contra el Asia hacia que los judíos fuesen tan necesarios á los particulares como á los reyes; pues los barones deseosos de ir á la Tierra Santa habian recurrido á los israelitas para atender á los gastos del viage; y los mismos comerciantes mas de una vez echaron mano de los hebreos, á quienes las enormes usuras hacian dueños de casi todo el metálico del reino. Este tráfico unido á la circunstancia de ser descendientes de los que crucificaron al hijo de Dios mantenia contra ellos un odio inestinguible. Para grangearse la proteccion del jóven príncipe le ofrecieron una gran cantidad de dinero; mas Ricardo, ora temiese alguna conmocion popular, ora reputase por inoportuno la presencia de aquellos enemigos del nombre cristiano en el templo donde iba á ser consagrado, prohibió que ninguno de ellos se acercase á Westminster. A pesar de esto algunos impulsados por la curiosidad trataron de mezclarse entre la muchedumbre á fin de ver la ceremonia; pero habiendo sido reconocidos, fueron arrojados de allí á pedradas y garrotazos; y como al mismo tiempo cundiese la voz de que el rey permitia esterminarlos, la multitud se arrojó sobre ellos, y en un instante acabó con todos los que se encontraron por las calles. Fueron asaltadas las casas de los ricos, y sus habitantes sin distincion de clase ni sexo perecieron degollados ó en las hogueras que el populacho encendió en las plazas y calles. Mucho trabajó el rey para poner término á semejan-

tes horrores; lo consiguió con gran pena, y cuando el furor popular hubo calmado, la justicia no pudo ó no quiso castigar á los asesinos, y solo tres de ellos murieron en el patíbulo, no como homicidas sino como incendiarios y ladrones. La impunidad fue causa de que se cometieran los mismos horrores en Norwich, Stamford, Lincoln y otros puntos, mas los perpetrados en York parecieron hijos de la fria premeditacion y de la codicia. Hácia la caida de la tarde se introdujeron en la ciudad algunos hombres que al ser de noche atacaron y pegaron fuego á la casa de un rico judío llamado Bennet. Todos sus correligionarios recelando que les cupiera la misma suerte se encerraron en la ciudadela, cuyo gobernador que estaba fuera, á la vuelta no pudo entrar porque los judíos se negaron á abrirle la puerta, por temor de que tras él se lanzase el pueblo dentro de la fortaleza. Irritado el gobernador de semejante ultrage llamó en su ausilio al pueblo que atacó las murallas rehusando el pingüe rescate que los judíos ofrecian. En medio de su desesperacion alzóse de entre ellos un rabino y les dijo: "Hijos de Israel, Dios nos manda morir por su ley cual en todos „tiempos lo han hecho nuestros heroicos abuelos. Si caemos en „manos de los que nos sitian nos harán sufrir los tormentos mas „atroces; ¿no vale mas devolver al Criador la vida que nos „ha dado?" Estas palabras inflamaron á los judíos que hicieron pedazos las riquezas que se habian llevado, quemaron hasta sus vestidos, degollaron á sus mugeres é hijos, y despues se mataron unos á otros. Los pocos que no tuvieron valor de imitar á sus hermanos perecieron al dia siguiente á manos del pueblo, aunque habian prometido recibir el bautismo. Los vencedores corrieron en seguida á la catedral en donde estaban los recibos firmados á favor de los judíos, y los arrojaron á la hoguera que habian encendido dentro de la iglesia.

Ricardo arrebatado por su ardiente bravura y por el fervor de su fe se habia comprometido á recobrar á Jerusalen caida de nuevo en poder de Saladino; mas como los reyes entonces no tenian otras rentas que el producto de sus bienes, y el crédito era aun cosa desconocida, haciase indispensable que para dar cima á su em-

presa, pensase Ricardo ante todo en reunir sumas considerables. Aunque el dinero atesorado por su padre ascendia á cien mil marcos, esta cantidad estaba muy lejos de bastar para los gastos de la espedicion, y por lo mismo recurrió á todos los medios que pudiesen proporcionarle dinero. Enagenó las tierras de la corona, puso en venta las principales dignidades del estado, y restituyó á la Escocia las fortalezas de Roxborough y de Berwicb en cambio de cien mil marcos: por medio de dinero relevó del voto á los cruzados que se arrepintieron de haberlo hecho; puso en contribucion á todas las clases del estado, sacando dinero á los unos con la promesa de una próxima restitucion, y amenazando á otros con persecuciones por el tiempo en que habian desempeñado algun empleo. De este modo arrancó á Ranulfo de Glanville quince mil libras esterlinas por premio de su libertad, porque habiendo sido Justicia mayor del reino en tiempo de Enrique II, fue preso y acusado de algun delito.

A fin de asegurar durante su ausencia la tranquilidad del reino trató de grangearse el afecto de su hermano Juan, dándole el condado de Mortagne en Normandía, y los de Cornwall, Dorset, Glocester, Nottingham, Derby y Lancastre que componian casi la tercera parte del reino. Encargó la regencia á los dos prelados Hugo obispo de Durham y Longchamp que lo era de Ely; y arregladas de este modo las cosas del estado se trasladó al continente para reunirse con Felipe Augusto, rey de Francia, que se disponia á marchar contra Saladino. En junio de 1190 pasaron los dos monarcas revista de sus tropas en la llanura de Vezelay, separáronse en Lion, Felipe tomó el camino de Génova y Ricardo el de Marsella. No encontrando este su escuadra en aquel puerto no sabiendo resolverse á esperarla, equipó algunos buques, y despues de visitar á Nápoles y á Salerno trasladóse á Mecina en donde encontró su flota que habia llegado dos dias antes al mismo tiempo que Felipe. Reinaba entonces en Salerno el príncipe Tancredo que sin derecho alguno habia usurpado aquel trono, pues como habiendo muerto sin hijos Guillermo el *Bueno* su último monarca, tratase el papa Clemente III de apoderarse de la Sicilia como feudo de la

Iglesia, Tancredo hijo natural de Rogerio abuelo de Guillermo el *Bueno* se apoderó á la fuerza de la corona ausiliado por los nobles que se alistaron en sus banderas. No pudiendo Celestino III sucesor de Clemente arrojar á Tancredo se dirigió al emperador de Alemania Enrique VI de la casa de Suabia, y sacando de un convento de Salerno en que habia tomado el hábito á Constanza hija de Rogerio, la casó con Enrique á pesar de que tenia 50 años, y por medio de una bula le trasfirió el reinado de Sicilia. Asi estaban las cosas cuando llegaron allí Ricardo y Felipe. Colocado Tancredo entre dos príncipes igualmente temibles procuró interesarlos en su causa, y para ello puso en libertad á la reina viuda de Sicilia hermana de Ricardo, y concluyó con este un tratado estipulando entre otras cosas que Arturo duque de Bretaña, y sobrino del rey de Inglaterra, se casaria con una de las hijas del monarca siciliano. En cuanto al rey de Francia como no tenia ningun interes en aquel negocio fácilmente se avino á mantenerse neutral. Ricardo pidió para su hermana la viudedad que le habia señalado su marido, y como Tancredo se negase á satisfacerla se apoderó de un fuerte que dominaba la rada de Mecina, dispertando con esto los recelos de los habitantes, y dando lugar á frecuentes disensiones entre ellos y los ingleses. Felipe propuso su mediacion; pero mientras conferenciaba con Ricardo, los de Mecina atacaron á sus huéspedes, y despues de un combate bastante reñido los ingleses vencedores iban á saquear la ciudad cuando Ricardo pudo calmarlos, aunque para atestiguar su triunfo quiso enarbolar en las murallas la bandera de Inglaterra. Felipe considerando este paso como un insulto, exigió que se quitara la bandera, y Ricardo dijo que consentia en ello, pero que rechazaria á viva fuerza al que osase ejecutarlo. Esta querella se apaciguó cediendo un poco las dos partes; pero bien pronto se suscitaron otras atizadas por Tancredo que creia ver en la desunion de los dos monarcas un garante de su seguridad.

Antes de su advenimiento al trono se habia comprometido Ricardo á casarse con Alix, hermana de Felipe; pero luego eludió la promesa y acabó por negarse á cumplirla para enlazarse con Be-

renguela hija de Sancho I de Navarra. Despues de no pocas disensiones el rey de Francia consintió en el matrimonio de Ricardo, y partió para la Tierra Santa. En 10 de abril de 1191 el monarca ingles acompañado de su futura esposa que habia ido á reunírsele, y de la reina viuda de Sicilia que quiso seguirle, salió de Mecina despues de haber estado en ella seis meses; pero su escuadra compuesta de ciento cincuenta galeras se encontraba en las aguas de Rodas cuando atacada por una violenta tempestad hubo de refugiarse mucha parte de ella en las costas de Chipre. Reinaba allí con el pomposo título de emperador Isaac Comeno de la familia de este apellido que se habia apoderado del cetro, y que ahora lejos de ausiliar á los náufragos les robó cuanto tenian, los puso presos, les tomó los buques y negó la entrada en el puerto de Limisso á los navíos en que iban las dos princesas. Ricardo habiendo alcanzado en las costas de la isla el resto de la escuadra que se habia reunido hizo pedir satisfaccion á Isaac, y como le fuese negada, desembarcó despues de haberse apoderado de seis buques enemigos y hecho trizas á los cipriotas que defendian la costa, los cuales á escepcion de Isaac y de su guardia que iba completamente armada, no llevaban mas que espadas, lanzas y palos. El vencedor atacó incontinenti á Limisso y la entró á viva fuerza, y el emperador sorprendido en su campo al dia siguiente pudo escaparse á duras penas y recogerse en Nicosia. Humillado por su derrota, y no pudiendo contar con la adhesion de sus súbditos solicitó una conferencia que tuvo lugar en una llanura en frente de Limisso, y en la cual el cipriota se obligó á prestar homenage á Ricardo por su reino, á entregarle todos sus castillos, á servir á sus órdenes en la Tierra Santa con quinientos caballeros, y á pagar trescientos mil marcos de oro. En recompensa debia á la vuelta ser puesto en posesion de su reino si cumplia los pactos estipulados.

Faltando muy luego á su palabra volvió á tomar las armas y otra vez fue derrotado; Nicosia en donde residia su hija abrió las puertas á Ricardo, y el príncipe fugitivo, sin ejército y sin amigos, fue á ponerse en manos del monarca ingles á quien suplicó que no le cargase de cadenas de hierro como un criminal. El mo-

narca le concedió lo que pedia haciéndolo atar con cadenas de plata. Trasladándose luego á Limisso contrajo su matrimonio con Berenguéla y partió para Tiro en donde halló al ejército cristiano dividido entre dos pretendientes á la corona de Jerusalen. Fulco conde de Anjou se habia casado con una princesa de la casa de Bouillon, heredera directa del trono de Jerusalen, y de este matrimonio nacieron dos hijas, Sibila é Isabel. Guido de Lusignan como marido de la primera habia adquirido todos sus derechos á aquel cetro, y aunque Saladino le arrojó de Jerusalen fue reconocido por rey de ella, y como tal le trataban los cristianos; mas como Sibila hubiese muerto sin hijos, su hermana casada con Conrado marques de Monferrato reclamó el título de reina que suponia corresponderle con esclusion de Lusignan. Ricardo abrazó el partido de este, al paso que el rey de Francia sostenia el de su competidor. Esta disputa sin embargo no impidió á los cruzados continuar el sitio de Tolemaida que duraba hacia dos años y que al fin se rindió, gracias al ausilio de los dos reyes, cuya llegada infundió nuevo valor á los sitiadores. La guarnicion quedó prisionera con los pactos de rescatar su vida por dinero, de dar libertad á los cristianos que durante la guerra cayeron en manos de los infieles, y de restituir la verdadera cruz. Cuando los dos reyes penetraron en Tolemaida se repartieron el botin, los prisioneros y los cuarteles de la ciudad, en cada uno de los cuales enarbolaron su respectiva bandera; mas como Leopoldo duque de Austria hubiese querido plantar la suya en una torre de que se habia apoderado, Ricardo mandó que la quitasen, y le hizo entender que no siendo sino duque no podia anivelarse con los reyes. „Yo hago la guerra „como soberano, respondió Leopoldo, y despues de Dios no reco„nozco mas soberano que San Pedro." Al momento salió de la ciudad con el corazon lleno de ira, y dispuesto á vengarse de Ricardo cuando pudiese.

La conquista de Tolemaida que en opinion de algunos autores habia costado á los cristianos doscientos mil hombres, pareció ser un vaticinio de la próxima libertad de la Ciudad Santa; pero Felipe hizo desvanecer esta esperanza, porque deseoso de ir á tomar

posesion del Artois que le correspondia por la muerte del conde de Flandes, disfrazó su desercion con el pretesto de falta de salud. Antes de partir sin embargo se obligó por medio de juramento proferido delante de los principales señores á respetar los estados de Ricardo mientras durase la ausencia de este, y cuarenta dias despues de su vuelta. Dejó con los cruzados diez mil hombres de su ejército al mando del duque de Borgoña, que puesto en la apariencia bajo las órdenes del monarca ingles, y no obedeciendo en realidad sino las secretas de Francia contrarias á las de este, solo pensó en suscitar obstáculos á todos los proyectos. Apenas Felipe acababa de hacerse á la vela cuando irritado Ricardo de que Saladino se negase á cumplir los pactos de la capitulacion de Tolemaida, hizo llevar á una colina inmediata y á la vista del campo enemigo á los prisioneros sarracenos en número de 7700, y mandó que los degollaran, mientras el duque de Borgoña hacia asesinar por sus soldados los que él conservaba. Mezclando la avaricia á la crueldad los verdugos abrieron las entrañas de las víctimas para buscar en ellas oro ó piedras preciosas, y conservaban con cuidado su hiel que entonces se tenia por un específico escelente. Despues de aquella horrorosa tragedia representada el dia de la Asuncion de 1191, Ricardo levantó el campo para dirigirse á Jaffa. Esta marcha emprendida en la estacion mas calurosa y por el desierto de la Siria fue mucho mas mortífera que una batalla para los soldados cristianos atormentados por la sed, y perseguidos sin cesar por los sarracenos, entre los cuales habia algunos negros á quienes los cruzados miraban como una especie de demonios. Ricardo cansado de tanta hostigacion resolvió combatir, y fue contra el enemigo que lo rechazó con bravura. Jacobo de Avesnes que mandaba el ala derecha fue muerto cuando volvia á la carga con sus tropas antes dispersadas: el duque de Borgoña regia el ala izquierda, mas atacadas sus gentes por el flanco fueron desordenadas, y la batalla estaba casi decidida á favor de los sarracenos cuando se presentó Ricardo. Su impetuoso valor alentando á los cruzados arrebató la victoria á Saladino que fue derribado del caballo por mano del mismo monarca. Despues de una encarni-

zada lucha el campo quedó por los cristianos, y Ricardo prosiguiendo la marcha se hizo dueño de Ascalona, Jaffa y Cesarea, ciudades marítimas de la Siria que Saladino habia evacuado despues de arruinar sus fortificaciones.

Durante la estada de Ricardo en Jaffa estuvo á pique de ser víctima de su imprudencia, porque llevado de su aficion á la caza se alejó bastante de la ciudad sin tener consigo mas que seis hombres. Atacado á deshora por una partida de sarracenos hubiera sido muerto ó cogido á no ser el noble sacrificio del gentil hombre Despréaux que gritó en árabe á los enemigos: *yo soy el rey*. Este ardid salvó al monarca, y Despréaux conducido ante Saladino dijo que habia usurpado el nombre del rey para salvarle la vida. Saladino elogió su fidelidad; mas previendo que Ricardo querria rescatar á su libertador á toda costa grangeó muchos emires en cambio del prisionero.

Despues de la batalla de Ascalona los cruzados se encaminaron á Jerusalen que era el objeto principal de la espedicion, recordado incesantemente por los heraldos que todas las tardes daban la vuelta al campamento diciendo en alta voz: *acordaos del santo sepulcro*. El ejército llegó á Rasula y á Betulia desde donde se descubrian las murallas de la Ciudad Santa. Para tomarla era menester sufrir las fatigas y los riesgos de un largo sitio, y ya escaseaban los víveres al paso que las continuas lluvias rompiendo los caminos interceptaban los convoyes. Todas estas causas menguaron el entusiasmo; y los alemanes, italianos y franceses determinaron retirarse, y el mismo Ricardo dando oidos á los consejos de la prudencia decidió retroceder hácia la costa. Los obstáculos mas difíciles de superarse no eran seguramente los que ofrecian la estacion y la falta de mantenimientos, sino sufocar las disensiones y las rivalidades que llevaban incesantemente dividido el campo de los cruzados. Los barones y caballeros negábanse á obedecer á gefe distinto de aquel cuya bandera seguian; y aunque Ricardo tuviese en la apariencia el mando supremo, nada podia hacer sin comunicar sus planes con los otros magnates que ó bien los contrariaban ó bien impedian su ejecucion.

Hemos dicho antes que aspiraban al trono de Jerusalen Guido de Lusignan y Conrado de Monferrato, el último de los cuales que era señor de Tiro tuvo la imprudencia de descomponerse con el gefe de los Ismaelitas á quien los cruzados por razon del lugar en que residia, apellidaban *Viejo de la montaña.* Este hombre era una mezcla de príncipe y de profeta, y ejercia una autoridad omnímoda sobre sus numerosos partidarios que persuadidos que el asesinato era una obra meritoria cuando lo ordenaba el cielo degollaban á cuantas víctimas se les indicaba. De este modo perecieron por aquella época muchos príncipes mahometanos. Ricardo dispuesto á dejar la Palestina habia consentido en reconocer por rey de Jerusalen á Conrado abandonando á Lusignan á quien ofreció en cambio la soberanía de Chipre que sus armas habian conquistado. Acababa de asistir el nuevo rey á la festividad con que su eleccion fue celebrada, cuando se le presentaron dos desconocidos, el uno de los cuales al tiempo de entregarle una carta le hirió mortalmente diciéndole: *no serás marques ni rey.* Muerto Conrado, Ricardo hizo elegir por gefe del ejército á su sobrino Enrique conde de Champagne, y le casó con la viuda de Conrado que le trajo en dote los derechos de este al trono de Judea. El ensalzamiento de Enrique apaciguó por un instante las discordias, y el ejército con voz unánime pidió marchar contra Jerusalen. El monarca ingles queriendo participar de la gloria de aquella empresa aunque lo llamaban á Europa negocios muy importantes, condujo las tropas á Bethulia; pero los gefes de los cruzados en vez de asaltar la ciudad Santa que á la vista tenian, decidieron ir á atacar el Cairo capital del Egipto, y adoptado este proyecto á pesar de las opiniones contrarias, el ejército retrocedió á Tolemaida. Sabida por Saladino la retirada de los cristianos se aprovechó de ella para asaltar á Jaffa cuyos habitantes refugiados en la ciudadela pactaron rendirse á los sarracenos si dentro de un plazo determinado no recibian socorros. Apenas Ricardo tuvo noticia de este acontecimiento mandó á las tropas se pusiesen en marcha mientras él seguido por algunas galeras se embarcó con el objeto de llegar mas pronto en ausilio de los sitiados. Los sarracenos guarnecian la plaza, y como algunos

aconsejasen á Ricardo que difiriese el ataque hasta la llegada del ejército, contestó gritando: *la maldicion de Dios caiga sobre la cabeza de los que se nieguen á seguirme*, y precipitándose á las olas arrastró con su ejemplo á cuantos con él iban. Sorprendidos los sarracenos al ver semejante audacia levantaron el sitio, y Ricardo penetró en la plaza. Habiendo reunido en pocos dias cincuenta y cinco caballeros y dos mil infantes acampó atrevidamente delante de las puertas de la ciudad y esperó al enemigo. La caballería sarracena formada en siete divisiones atacó repetidas veces á los enemigos; pero fue siempre rechazada por los ingleses cuyos arqueros le hicieron sufrir pérdidas considerables, hasta que el mismo Ricardo atacándola con espada en mano desbarató sus escuadrones. La intrepidez manifestada por él en semejante combate pasmó á sus mismos adversarios, en términos que Saphaeddin hermano de Saladino que habia presenciado el combate le hizo un regalo de dos caballos árabes. En verdad el monarca ingles se escedió á sí mismo. Sin mas compañía que su espada se abrió camino entre la multitud de sarracenos que tenian rodeados al conde de Essex y á Rodulfo de Mauleon y los arrancó de sus manos, causando tal admiracion y terror á sus adversarios que al verle cerca de ellos se dispersaron. Aquella victoria produjo una tregua de tres años, tres meses, tres semanas, tres dias y tres horas en conmemoracion de la trinidad. El sultan consiguió la destruccion de Ascalona, y en cambio permitió á los cristianos que pudiesen ir libremente á Jerusalen. Asi terminó aquella cruzada sin otro resultado que aumentar la gloria de Ricardo, mas sin que produjese fruto alguno á los intereses de la cristiandad ni á los del monarca.

Mientras que este se disponia para volver á Europa su reino de Inglaterra era víctima de los disturbios causados por la rivalidad de los dos regentes á quienes confió el gobierno. Guillermo de Longchamps que era obispo de Ely y justicia mayor fue distinguido tambien con el nombramiento de legado de Inglaterra y de Escocia, y puesto de este modo á la cabeza de la Iglesia y del estado, alejó á su compañero el obispo de Durham, le puso preso, y su

audàcia llegó hasta el punto de desobedecer las órdenes de Ricardo que en sus cartas le mandaba reponer al obispo en todos sus empleos. Dueño de los castillos pertenecientes á la corona, cuyas guarniciones formaban un ejército formidable, hacia sufrir á todas las clases la opresion mas dura, sin perdonar tampoco al clero á quien sus exacciónes arruinaron. Acompañábanlo en sus viages mil quinientos hombres que dejaban exhaustos los monasterios y los pueblos á los cuales se obligaba á hospedar á aquella crecida y turbulenta comitiva. Aunque el poder del regente parecia sólido, no lo gozaba él con tranquilidad, pues le tenia en continua alarma el príncipe Juan hermano menor de Ricardo, el cual contando como seguro que este no volveria á Inglaterra iba disponiendo las cosas con el objeto de apoderarse de la corona. Arturo duque de Bretaña hijo de Geofredo hermano mayor de Juan tenia mejor derecho que el suyo, y Ricardo habia encargado al canciller que asegurase á su sobrino el apoyo del rey de Escocia en caso de que este apoyo le fuese necesario para sostener sus pretensiones al trono. Informado Juan de este convenio secreto resolvió derribar al ministro, cuyos intentos contrariaban su ambicion, y para ello reunió en Reading un consejo de prelados y barones apoyándose en una órden de Ricardo verdadera ó supuesta, remitida al arzobispo de Ruan en el momento de marchar de Sicilia. Cuando se intimó á Longchamps la órden de presentarse se negó á comparecer ante un tribunal cuyos individuos eran enemigos suyos. Los dos partidos tomaron las armas, y viendo el canciller que no podia contrarestar á su adversario ajustó un tratado en virtud del cual se entregaban algunas fortalezas reales á los barones, los cuales habian de ponerlas en manos del príncipe Juan en caso de morir el monarca. Este tratado si bien dejaba al ministro el ejercicio de su autoridad, era mas favorable al príncipe Juan cuyos intentos secundaba.

La vacilante fortuna de Longchamps sufrió muy luego otro golpe por un accidente imprevisto. Geofredo hermano natural del rey habia obtenido el arzobispado de York con la condicion de residir en el continente; mas despreciando el juramento que hizo

de cumplirla se trasladó á Inglaterra para tomar posesion de su silla. Apenas lo supo el canciller cuando mandó que el prelado á su llegada prestase juramento de homenage so pena de ser espulsado del reino. Habiendo Geofredo desembarcado furtivamente se refugió en la iglesia de San Martin de donde se negó á salir declarando audazmente que nunca obedeceria á un traidor como el obispo de Ely. Este lo hizo arrancar por fuerza de su asilo y encerrarle en el castillo de Douvres de donde salió muy pronto por intercesion del obispo de Londres. El príncipe Juan sacó partido de este incidente para llevar adelante sus proyectos. Convocó en Reading á los obispos y barones, compareció allí con su hermano Geofredo, el cual pidió venganza del insulto que la Iglesia habia sufrido en su persona. Leyéronse en seguida dos cartas atribuidas á Ricardo, en una de las cuales mandaba instalar un consejo de regencia presidido por el arzobispo de Ruan, y en la otra permitia á Geofredo que visitase su diócesis relevándole para ello de su juramento. El canciller determinó disolver la asamblea á la fuerza, pero no atreviéndose á presentar un combate se trasladó á Londres y se encerró en su torre. Habiéndosele mandado comparecer ante el tribunal de los pares, fue destituido de su oficio de justicia mayor, se le condenó á devolver todos los castillos reales que tenia á escepcion de tres, y se le arrebataron tambien los sellos. Retirado al castillo de Douvres cuyo gobernador era hermano suyo, intentó trasladarse á Calais disfrazado de muger, pero fue reconocido y llevado á una prision aunque al fin pudo conseguir trasladarse al continente. Mientras estos sucesos habia recibido del papa Celestino III el nuevo nombramiento de legado, y revestido con esta autoridad apostólica se creyó en el caso de recobrar el poder, y aunque para ello desembarcó en Inglaterra, el consejo de regencia estaba tan bien organizado y resuelto á hacerle rostro, que dió la vuelta á Normandía esperando allí lo que los tiempos trajesen.

Tal era el estado del reino cuando habiendo sabido Ricardo desde Palestina que su hermano Juan impulsado por el rey de Francia, que le prometia la mano de su hija, habia de entregarle una parte de la Normandía y recibir por su parte el resto de la provincia á

la par de las demas posesiones que los ingleses tenian en el continente, resolvió acelerar su vuelta. El 9 de octubre de 1192 se embarcó en Tolemaida, mientras que su escuadra llevando á bordo á su esposa, á su hermana y á la princesa de Chipre hizo rumbo hácia la Sicilia á donde arribó felizmente. El rey perseguido por vientos contrarios, despues de una travesía de un mes tocó en Corfú, de donde debia trasladarse á Ragusa con su comitiva que no pasaba de veinte personas; pero habiendo naufragado cerca de Aquilea se vistió de peregrino con el objeto de ir á sus estados por Alemania. Al atravesar Goritz residencia de Maynard sobrino de Conrado, uno de los pages de Ricardo tuvo la imprudencia de ofrecer un rubí de mucho precio en cambio de un pasaporte para dos peregrinos que venian de Jerusalen; pero aquella joya dispertó las sospechas de Maynard, el cual hizo detener al page y á siete compañeros de Ricardo. Avisado este con tiempo se escapó con un solo caballero y con un muchacho que le servia de intérprete, y andando de dia y de noche sin detenerse en parte alguna, al cuarto dia llegaron á un arrabal de Viena. El muchacho habiendo ido á la plaza llamó la atencion á causa del dinero que llevaba; pero siempre eludia con astucia las preguntas que se le hicieron diciendo que era criado de un rico mercader estrangero. Si la fatiga no hubiera impedido á Ricardo continuar su viage, sin duda se librara de sus enemigos, mas aquella tardanza forzosa le perdió. Al dia siguiente cuando el muchacho fue para hacer nueva compra lo cogieron, y puesto en el tormento declaró el nombre y la morada del rey. Ricardo al ver que penetraban en ella algunos soldados sacó la espada y dijo que no se rendiria sino al gefe, el cual se presentó y era por desgracia Leopoldo duque de Austria á quien el monarca ingles habia hecho en Palestina no pocos ultrages. Por otra parte Leopoldo era cuñado de Isaac rey de Chipre á quien Ricardo precipitó del trono. El monarca ingles fue recluso en el castillo de Thiersten en donde estuvo bajo la custodia del baron Hadamar de Cunring. Apenas el emperador de Alemania Enrique VI supo el arresto de Ricardo cuando reclamó su entrega, y Leopoldo se lo vendió por setenta mil marcos. El cautivo monarca

llevado á Trifels sufrió allí una esclavitud rigurosa; pero su carácter jocoso le hizo bienquisto de sus guardadores á quienes admitia á su mesa y enseñaba cantares provenzales. Su voz le descubrió á Blondel trobador y page suyo venido quizás de Inglaterra para ir en su busca. El jóven entró en el servicio del comandante del castillo, y pudo ver á Ricardo que le esplicó todos los pormenores de su situacion. Sabedora la reina Eleonor de la suerte de su hijo invocó la intercesion del papa, y los ruegos del pontífice resolvieron al emperador á tomar una determinacion definitiva. Convocó en Haguenau una dieta ante la cual compareció Ricardo cargado de cadenas como un criminal, y se le hizo cargo de haber sostenido á Tancredo usurpador de la Sicilia, cuya soberanía reclamaba Enrique; de haber derribado del trono á Isaac próximo pariente del emperador, de haber tenido parte en la muerte del marques de Mouferrato, y de haberse dejado corromper por el dinero de Saladino al cual con grave perjuicio de la cristiandad habia entregado las ciudades de Gaza, Nazareth y Ascalona. Fácilmente rechazó Ricardo los primeros cargos, y en cuanto al asesinato de Conrado negó que hubiese tenido parte en él, y ofreció sostener su inocencia con las armas. Los amigos de Ricardo para acabarle de justificar en este punto presentaron una carta del viejo de la montaña en la cual declaraba que él habia hecho matar á Conrado. La elocuencia de Ricardo inflamada con la ira, robustecida por el prestigio de su gloria y por el contraste de un monarca caido del trono para ser encerrado en un calabozo, ganaron en su favor á los asistentes que se decidieron contra la conducta de Enrique VI. Movido el emperador por sus ruegos, y amenazado con la escomunion del papa negoció con Ricardo, y ajustaron un arreglo en virtud del cual el monarca ingles prometió pagar á su carcelero cien mil marcos de plata y cincuenta mil mas para nivelarlo con el duque de Austria á quien habia dado igual suma, y convinieron tambien en que Ricardo entregase sesenta rehenes hasta la completa satisfaccion de las dos cantidades. Para rescatar á su rey fue preciso que la Inglaterra se deshiciese hasta de los vasos sagrados, los cartujos que no los tenian dieron lana, y todas las clases del estado hubie-

ron de desprenderse de la mayor parte de lo que poseian. Cual si el emperador quisiera recompensar á su prisionero le dió públicamente la investidura del reino de Arles al cual tenia el emperador antiguas pretensiones; y Ricardo por su parte reconoció la soberanía del emperador obligándose á satisfacerle un tributo anual de cinco mil marcos. A pesar de esto, tentado Enrique por los ofrecimientos del príncipe Juan y del rey de Francia que le prometian una suma mas crecida que la estipulada para la libertad de Ricardo, le hubiera retenido si los príncipes alemanes no le forzaran á soltar su presa. Apenas Ricardo estuvo libre cuando corrió á Amberes para embarcarse, y el 13 de mayo de 1194 diez y ocho meses despues de su salida de Tolemaida tomó tierra en Landwich.

Su llegada causó universal alegría á la Inglaterra, que orgullosa con la gloria de su príncipe olvidaba los sacrificios que esta gloria le habia costado. Ricardo se hizo coronar nuevamente en Winchester, y en seguida se ocupó en recoger dinero para atacar al rey de Francia que aprovechó su ausencia en Palestina para usurparle los estados del continente. No supo escogitar otro recurso que dirigirse contra aquellos que antes de su partida compraron algun empleo, á quienes forzó á que añadiesen alguna cosa al precio que por él habian satisfecho, ó vendió los mismos destinos á otras personas que se los pagaron mas caros. Exigió tambien dos chelines por cada cien acres de tierra, y todos los enfiteotas militares hubieron de prepararse para acompañarle en la espedicion. Antes de dejar la Inglaterra y reunido un grande consejo compuesto de los prelados y barones de mas cuenta, acusó de traidor á su hermano Juan, y como no compareciese durante el término de cuarenta dias que se señalaron para defenderse le fueron confiscados los bienes. Hecho esto partió para Normandía, y en el momento de desembarcar se encontró con su hermano que arrodillándosele á los pies imploró su misericordia, la cual no alcanzara sin duda á no interponer la reina Eleonor su poderosa mediacion. La guerra entre los dos monarcas no tuvo resultado alguno de importancia, y durante ella se cometieron imperdonables crueldades; pues á sangre fria se degollaba á los prisioneros ó se les arrancaban los ojos en vez de exigir-

les un rescate. Ricardo sin embargo alcanzó alguna ventaja en un encuentro cerca de Gisors en donde puso en fuga á su rival Felipe Augusto, que habiendo caido en el Epta escapó de la muerte á duras penas. Ricardo tuvo tambien en sus manos al obispo de Beauvais prelado guerrero que se habia hecho célebre por su valor en el campo de batalla. A sus consejos atribuia Ricardo el mal trato que recibió del emperador Enrique, y se vengó de él haciéndolo cargar de hierros, y encerrarlo en un calabozo. Dirigióse el prelado al papa Benedicto el cual pidió su libertad; pero Ricardo por toda contestacion le envió la cota de malla del prelado con estas pocas palabras: *ved si esta túnica es ó nó de vuestro hijo*. Nó, dijo el papa sonriéndose al leer el mensage: esta es la túnica de un hijo de Marte; que Marte lo proteja. El obispo pues continuó prisionero hasta la muerte del monarca, aunque habia ofrecido por su libertad diez mil marcos.

En el reinado de Ricardo tuvo efecto una tentativa demagógica que por su singularidad merece relatarse. Cierto William Fitz-Osbert, notable por su larga barba habia logrado bienquistarse con el populacho por sus amargas diatribas contra los ricos. Apellidábase abogado del pueblo, y con este título proponia medios de aliviarle haciendo recaer la mayor parte de las contribuciones sobre las clases altas que segun él sabia sacudírselas para echarlas sobre las espaldas del pueblo. Con estas miras fue á Normandía á presentarse al rey; mas como este le recibiese mal, volvió á Londres, y formó asociaciones, cuyos individuos se comprometian á cumplir ciegamente sus mandatos. Habia alistado ya cincuenta y dos mil individuos dispuestos siempre á asesinar á quien se les dijese, y á saquear las casas que tuviesen apariencia de ricas, cuando el arzobispo Hubert, justicia mayor, trató de contener aquellos desórdenes, y habiendo tomado las medidas necesarias para asegurar la tranquilidad pública, citó ante su tribunal á Fitz-Osbert que viéndose en peligro de ser preso hendió de un hachazo la cabeza del ministro que iba á prenderlo y se refugió en la iglesia de Santa María. Encerrado en el campanario se defendió cuatro dias hasta que huyendo del fuego que se pegó á la iglesia quiso esca-

parse en medio de la confusion, pero fue reconocido, condenado en el acto, y llevado despues á Tyburn atado á la cola de un caballo lo ahorcaron en union con nueve de sus prosélitos. El populacho lloró su muerte y reverenció su memoria como la de un mártir; pero la severidad con que se castigó á varios de los que iban á reunirse en torno de su sepultura hizo que dentro de pocas semanas quedase aquel fervor desvanecido.

Ricardo que se habia escapado de tantísimos riesgos en los combates, encontró la muerte delante del castillo de Chalux con motivo de una liviana contienda con el vizconde de Limoges que era su vasallo. Habiendo este descubierto un tesoro enterrado dió una parte á Ricardo, el cual exigió el todo, y como el vizconde se negase á esta exigencia Ricardo sitió el castillo y quiso tomarlo por asalto, aunque la guarnicion habia ofrecido rendirse voluntariamente. Mientras acompañado de Marcadeo gefe de los aventureros que componian la mayor parte de su ejército daba la vuelta á la fortaleza con el objeto de reconocerla fue herido en la espalda por un arquero llamado Bertran de Gourdon. El castillo fue tomado á viva fuerza el mismo dia, y ahorcados todos sus defensores, á escepcion de Gourdon á quien se reservó para una muerte mas cruel y mas lenta. Cuando se trató de sacar la flecha de la espalda del monarca la impericia del cirujano enconó de tal manera la herida que bien pronto se hizo mortal. Se manifestó la gangrena, y el enfermo despues de haber recibido los ausilios de la religion hizo llamar á Bertran, el cual se escusó diciendo que habiendo perdido á su padre y á sus dos hermanos muertos por mano del monarca creyó que debia vengarlos. El príncipe entonces dijo que le perdonaba, y dándole libertad le hizo al mismo tiempo un regalo de cien chelines; pero Marcadeo insensible á este rasgo de magnanimidad que no comprendia, desobedeció al rey é hizo desollar vivo al desgraciado arquero. Murió Ricardo á los cuarenta y dos años de edad despues de reinar diez, y fue enterrado en Fontevraud á los pies de su padre Enrique II.

Las hazañas de Ricardo brillantes y estrepitosas dieron pie á que sus vasallos le apellidasen *Corazon de Leon*, porque en efecto

mostró en su conducta el valor, la audacia y la generosidad que se atribuye al rey de los bosques. Vencedor en casi todos sus combates contra los sarracenos logró causar un terror tan grande en el pais que cuando las madres querian obligar á sus hijos á que obedecieran los amenazaban con el nombre de Ricardo. No tuvo sin embargo otro mérito que un valor sobresaliente, pues si venció á la cabeza de su ejército no supo regir sus estados ni gobernarse á sí mismo. Su altivez y su cólera indignaban á los príncipes iguales suyos y le suscitaban enemigos implacables que le persiguieron hasta despues de su vuelta de Palestina. Deslumbrados con su fama sus súbditos le echaron de menos á pesar de los males que les habia causado, pues no contento con aumentar la mayor parte de las contribuciones que pesaban sobre el pueblo, se condujo muchas veces con una mala fe escandalosa. Por efecto de ella despues de haber vendido con motivo de su viage á la Tierra Santa muchas tierras y dignidades pertenecientes á la corona, las recobró de los adquisidores so pretesto de que estaban bastantemente indemnizados con los productos que de ellas sacaron. Mudó el sello real, y obligó á todos los que tenian privilegios á que pagasen nuevamente los derechos del sello que habian ya satisfecho al adquirir aquellas exenciones. Poniéndose en el lugar de los judíos que habian muerto al principio de su reinado persiguió en nombre de ellos á los que eran sus deudores; en una palabra, sus exacciones llegaron á tal punto, que segun un autor contemporáneo la Inglaterra de cabo á cabo quedó reducida á la pobreza.

En su vida privada no mostró mas prudencia ni mas comedimiento. Apenas se habia casado con Berenguela cuando contrajo relaciones amorosas con la hija de Isaac rey de Chipre. Sin duda era mejor para caballero que para rey, y asi mas podia brillar combatiendo en un torneo que rigiendo á un pueblo desde el trono. A sus prendas físicas reunia mucha gracia y prontitud para dar una contestacion picante ó aguda, como lo prueba el ejemplo que citarémos. Un predicador contemporáneo que solia decir verdades muy atrevidas le aconsejaba un dia que dejase tres de sus vicios principales; á saber, el orgullo, la disolucion y la avaricia.

"Que me place, contestó Ricardo, me desprendo de ellos, y en consecuencia doy el primero á los templarios, el segundo á los monges, y el tercero á los obispos." En órden á leyes dos hay que honran la memoria de Ricardo, esto es, la que establecia la uniformidad de pesos y medidas en todo el reino, y la que ordenaba que si al naufragar un buque morian sus propietarios, los hermanos ó hermanas de estos les sucediesen en defecto de herederos directos y con preferencia al rey.

JUAN,

APELLIDADO SIN TIERRA.

La circunstancia de no dejar Ricardo hijo alguno pudiera haber dado ocasion á una guerra civil, porque el derecho de representacion directa no estaba entonces sólidamente establecido en órden á la sucesion á la corona; mas el monarca juzgó que su voluntad seria obedecida despues de su muerte, y persuadido de esto en su testamento nombró heredero de sus estados á su hermano Juan, aunque al tiempo de marcharse á la Tierra Santa lo habia escluido del trono para colocar en él á su sobrino Arturo. Tenia este doce años no mas en la época en que nos encontramos, y esto acaso hizo que Ricardo variase su resolucion algo contrariada ya por la reina Eleonora que detestaba á Constanza madre de Arturo. Como quiera que sea Juan se apoderó al instante de las posesiones inglesas del continente en donde fue reconocido sin dificultad alguna, esceptuando el Maine y el Anjou que abrazaron abiertamente la causa del duque de Bretaña. No le faltaban en Inglaterra poderosos enemigos; mas el oro y las promesas lo vencieron todo, y á poco tiempo se coronó en Westminster. Notable fue el discurso pronunciado en aquella ceremonia por el arzobispo de Cantorbery que estableció en principio el derecho de la nacion para disponer de la corona segun le pluguiese y en favor del príncipe cuyas sienes le pareciesen mas dignas de ceñirla. Convino Juan con este principio; mas á pocos dias lo ata-

có directamente, publicando una ley en cuyo preámbulo se sentaba que la corona le pertenecia por derecho hereditario y por el voto del pueblo y del clero. Ante todo se ocupó el monarca de pasar al continente para resistirse á Felipe Augusto que en calidad de señor soberano habia tomado bajo su proteccion á Arturo, y decia sin rebozo que le haria restituir lo que era suyo. Esto fue orígen de una guerra suspendida muy luego por un armisticio que solicitó el cardenal Pedro de Capua, terminada poco despues por la paz que se ajustó entre los dos monarcas, en virtud de la cual Juan convino en casar á su sobrina Blanca de Castilla con Luis hijo de Felipe, y le dió muchos feudos. Por su parte el rey de Francia que segun decia tomó las armas para defender los intereses de Arturo desamparó repentinamente á este grangeando el Evreux y una suma de veinte mil marcos.

A pesar de la inquietud que causaban á Juan los negocios de su reino circuido de poderosos enemigos, y amenazado por las pretensiones de un rival, apenas hubo concluido con la Francia el convenio dicho antes, cuando se ocupo de contraer segundo matrimonio, puesto que so color de parentesco habia hecho anular el primero que verificó con Juana heredera de la casa de Glocester. Con este objeto envió dos embajadores á pedir la mano de la princesa de Portugal; mas como antes de recibir contestacion viese á Isabel hija del conde de Angulema, y que habia contraido ya esponsales con el conde de la Marche la robó, y casóse con ella inmediatamente, sin pensar en los resultados de este paso que armó contra él al papa, al reino de Portugal, y al conde de la Marche. Este fue el primero en tomar las armas, y muy luego le sostuvo el monarca frances, á quien acudió á fuer de soberano suyo. El jóven Arturo refugiado en la corte de Felipe, y deseoso de grangear fama en aquella guerra fue armado caballero por el rey de Francia que acababa de casarle con su hija María, é invadió el Poitou á la cabeza de algunas tropas. La reina Eleonora que siempre se habia mostrado enemiga de los derechos de Arturo al trono estaba en el castillo de Mirebeau, y esta fue la plaza que atacó el duque de Bretaña contando con que escasamente guarnecida y mal forti-

ficada caeria muy luego en sus manos. En efecto los sitiadores rompieron las puertas y penetraron en la fortaleza; pero encastillada en una torre la reina madre y resuelta á defenderse encontró medio de dar noticia de su situacion á su hijo Juan, que sin pérdida de tiempo fue á salvarla. Gracias á la celeridad de su marcha sorprendió á los sitiadores, é hizo prisioneros á casi todos los gefes, entre otros al duque, que fue conducido al castillo de Falaise, mientras los demas barones encerrados en calabozos en Normandía é Inglaterra no vieron nunca mas la luz del dia y aun se dice que veinte y dos de ellos fueron víctimas del hambre en el castillo de Corfa. Colocado Juan en la alternativa de escuchar la voz de la humanidad ó de sufocar los temores de la política resolvióse por lo segundo. La imprudencia de Arturo aceleró su perdicion. En vano su tio que fue á visitarle lo estrechaba para que desistiese de sus pretensiones; pues el príncipe lejos de ceder llegó al punto de exigir del rey que le restituyese el ducado y la corona de Inglaterra. Irritado el monarca al ver semejante audacia lo hizo trasladar al castillo de Ruan en donde murió asesinado, segun dicen algunos por manos del rey mismo. Al decir de un cronista casi contemporáneo se habia determinado arrancarle al príncipe los ojos y reducirle al estado de impotente; mas esto no se llevó á cabo porque la juventud y el llanto de Arturo desarmaron á los verdugos. Finalmente el rey acompañado de su escudero Monluc fue al castillo á media noche con aire tan sombrio que el príncipe estremecido al verle, y adivinando que su muerte estaba resuelta imploró la misericordia del tio echándose á sus pies; pero Juan sin responder una palabra le dió de puñaladas y arrojó su cuerpo al Sena despues de atarle una gruesa piedra para que no flotase. La hermana de Arturo cayó tambien en manos del monarca y fue encerrada en un monasterio de Inglaterra en donde despues de cuarenta años de reclusion murió en 1241 cuando ya nadie se acordaba de ella.

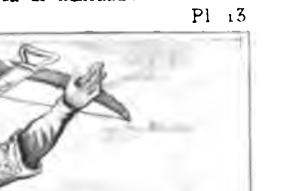
La muerte del rival lejos de afirmar el poder de Juan como este lo habia esperado hizo que los bretones concibiendo por él un horror indecible jurasen vengar la muerte de su príncipe, negaran la

obediencia al rey y reconociesen por soberana del ducado á Alix, hija de Constanza, madre de Arturo, y casada en segundas bodas con Guido de Thouars. Este á fuer de padre de la princesa obtuvo la administracion del estado, mientras que el obispo de Rennes comparecido ante Felipe acusaba de homicida al rey de Inglaterra en su calidad de vasallo de la corona de Francia. Felipe citó ante su tribunal á Juan; mas como este no compareciese fue declarado reo de felonía y asesinato, desposeido de todos sus feudos y señoríos, é incorporados estos á la corona del soberano. Esta sentencia halagó la ambicion de Felipe que encargándose de ejecutarla con el intento de lanzar de Francia á los ingleses, á la cabeza de un poderoso ejército tomó muchas plazas, y separó del partido de Juan al conde de Anjou. El ingles tratando de defenderse sitió á Alençon; pero al acercarse el enemigo que iba á socorrer la plaza, abandonóla precipitadamente, y encerrado en Ruan solo pensaba en fiestas y espectáculos para complacer á su jóven esposa. Aparentando ademas mucha seguridad hablaba con el mayor desprecio de las victorias de Felipe, diciendo que en un dia solo volveria á tomar lo que él hubiese conquistado en años. Sin embargo de esto los franceses unidos á los bretones tomaron Caen, Coutances, Seex, Evreux, y Bayeux mientras qne Guido de Thouars se apoderaba de Mont-Saint-Michel, de Avranches y de muchas otras plazas fuertes. Al ruido de tantas victorias el monarca se habia refugiado en Inglaterra abandonando á Ruan que hubo de capitular terminados los treinta dias de plazo que los sitiadores le concedieron para impetrar ausilios de su soberano. Arques, Vermeuil y todo el resto de la provincia imitaron el ejemplo de Ruan, de manera que la Normandía despues de tres siglos desde que Cárlos el *Simple* la habia abandonado quedó otra vez incorporada á la corona de Francia que adquirió tambien el Anjou, el Maine, la Turena y una parte del Poitou. Felipe sin embargo creyó que debia poner término á sus conquistas porque los bretones sujetándose nuevamente al monarca ingles se separaron del otro temiendo la opresion de un vecino que se habia hecho harto poderoso. La guerra pues se terminó con un armisticio para dos años.

Apenas Juan habia perdido sus mejores provincias del continente cuando dentro de su mismo reino hubo de hacer rostro á graves disturbios. La eleccion de los obispos que hacian juntamente el príncipe y los cabildos no se habia fijado de una manera segura, y por otra parte las baronías dependientes de las mitras daban á los obispos grande influjo en el estado: interesaba pues al monarca que los obispados no recayesen en enemigos suyos, y como la eleccion iba precedida del consentimiento real, esta circunstancia permitia que el monarca recomendase al candidato. La eleccion ademas se participaba al rey, quien podia aprobarla ó negarle su asentimiento. Entre las varias catedrales en que por haber antes pertenecido á monasterios ejercian los monges los derechos que en las restantes correspondian á los cabildos se hallaba la de Cantorbery, para cuya mitra, que era la de mas importancia en la Iglesia y en el estado, era el obtentor escogido por simples religiosos, los cuales suponian que aquel derecho era esclusivamente suyo y en cada vacante se empeñaban en sostenerlo. No pudiendo el monarca vencer aquella obstinacion que no se doblegaba ni á las amenazas ni á las promesas, fijó muchas veces para lugar de la eleccion un sitio tan distante, que no pudiendo trasladarse á él los monges, tenian que hacer uso de aquel derecho pocos de entre ellos en representacion de todos. Esto desagradaba á los monges, que en la vacante ocurrida por el tiempo de que vamos hablando determinaron resistirse á la voluntad del monarca. Acababa de morir en 1205 Huberto arzobispo de Cantorbery y los religiosos jóvenes se reunieron secretamente durante la noche, y nombraron para ocupar su puesto á Reginaldo subrior de su monasterio. No pudiendo dudar de que esta eleccion desagradaria al rey y á los obispos sufragáneos, en el acto enviaron al recien nombrado á Roma para solicitar que el papa hiciera válida la eleccion; mas como á pesar de habérsele encargado que no revelase á persona alguna el motivo del viage apenas estuvo fuera de Inglaterra cuando por efecto de vanidad comenzó á titularse arzobispo electo, el monarca tuvo bien pronto noticia de lo sucedido, y los mismos electores disgustados con

él, abandonaron su causa, y dieron el voto á favor de Juan de Gray, obispo de Norwich, que era el candidato de la corte. Apenas este prelado elegido unánimemente estuvó en posesion de la mitra, cuando envió á Roma doce monges con el objeto de que sostuvieran su nombramiento; mas el pontífice dió por nulas ambas elecciones, la primera como contraria á los cánones, y la segunda como prematura, puesto que se hizo antes de ser legalmente anulada la otra. El rey que habia previsto esto, encargó á los diputados que consintiesen en verificar nueva eleccion; pero les hizo jurar que esta recaeria en Juan de Gray. Los electores sin embargo intimidados por el papa que so pena de escomunion les mandó nombrar al cardenal Estéban de Langton, obedecieron todos menos uno, y el nuevo arzobispo fue inmediatamente consagrado por el mismo papa. Asi fue como una minoría decidió de aquella eleccion importante sin contar con los obispos sufragáneos, á quienes la corte de Roma prohibió entonces que en lo sucesivo hiciesen uso del derecho de eleccion. Inocencio III procuró rebozar la audacia de esta usurpacion con una carta dirigida al rey Juan, á la cual acompañaban cuatro anillos de rica pedrería. „Deseamos, decia en la carta, que al ver las piedras de los anillos, reflexioneis mas que en el valor del regalo en los misterios que encierran su forma, su materia, su número y su color. La redondez representa la eternidad que no teniendo principio ni fin os debe disponer á dirigiros desde las cosas terrestres á las celestiales, y de las temporales á las eternas: el número de cuatro que es cuadrado, simboliza la firmeza de espíritu que el vuestro poseerá cuando esté adornado de las cuatro virtudes principales, la justicia, la magnanimidad, la prudencia y la templanza: el oro significa la sabiduría; y en cuanto á las piedras preciosas el color verde de la esmeralda indica la fe; la claridad del zafiro la esperanza; el color rojo de la granata la caridad, y el del topacio las buenas obras. Asi en la esmeralda teneis lo que habeis de creer; en el zafiro lo que habeis de esperar; en la granata lo que habeis de amar, y en el topacio lo que habeis de hacer."

Estas sutilezas pasmaban en aquella época; mas el papa con el







1. SOLDATS Sous le regne de Henry III. (En 1259)

2. COMTESSE DE LANCASTRE Regne de Henry III (En 1269)



objeto de manifestar mas á las claras sus intentos envió tras la carta un breve en el cual empeñaba al monarca á que ratificase la eleccion de Langton, ingles de nacimiento, y hombre distinguido por su saber y por sus virtudes apostólicas, al mismo tiempo que otro breve mandaba á los monges de Cantorbery y á los obispos sufragáneos que reconociesen al nuevo electo. La carta del papa hizo tan poca mella en el espíritu del monarca que mandó prender á los monges y lanzarlos de Inglaterra, apoderóse de sus bienes y contestó al pontífice que estaba resuelto á no permitir que Langton pusiese los pies en el reino. Convencido el papa de que no le seria dable doblegar la resistencia del monarca, despues de avisarle previamente por medio de los obispos de Elix y de Worcester, puso el reino en entredicho. Esta providencia que llenaba de consternacion á todos los súbditos del imperio tuvo su orígen en la época en que la muerte de Carlomagno puso casi toda la Europa bajo el yugo de los gefes militares que despedazaron el poder para repartirse sus despojos. Cada noble posesor de un castillo ejercia sobre el pais inmediato el poder de la soberanía, la cual hubo de producir muy luego una multitud de tiranos que sostenian una guerra continua y no dejaban al pueblo seguridad ni reposo. El clero que sufria los mismos males trató de ponerles un freno con las armas espirituales, y en un sínodo celebrado en Limoges se determinó á propuesta de un abad, que mientras los nobles no desistiesen de devastar el pais la Iglesia se abstendria de celebrar misa, de bendecir los matrimonios y de tomar parte en los entierros, que se desmantelarian las iglesias y que los fieles observarian riguroso ayuno. Esta medida produjo un grande efecto, y dió al clero un poder que bien pronto fue una arma formidable. Desde Gregorio VII los entredichos fueron el principal instrumento de la política romana, y el papa Inocencio III sabiendo que Juan Sin-Tierra se habia enagenado el amor de sus vasallos, se aprovechó de esta circunstancia para lanzar contra él los rayos de la iglesia, cuyo aparato debia afectar de un modo muy grande el espíritu del pueblo. En un instante quedaron los altares despojados, las cruces y las imágenes de los santos fueron tendidas por el pavimento de

las iglesias y cubiertas con un velo; las campanas cesaron de llamar á los fieles al templo, y no se celebraron ya delante de los legos los divinos oficios. No se administraban mas sacramentos que el viático y el bautismo; celebrábanse los matrimonios en los cementerios, y ningun sacerdote acompañaba los entierros. Todos los espectáculos y las inocentes diversiones sociales estaban prohibidos como grandes vicios, y todo parecia respirar tristeza y espanto cual si fuera á descargar sobre la nacion la cólera divina. El rey rechazó este formidable ataque con providencias que no fueron ineficaces; se apoderó de los bienes de los eclesiásticos que obedecieron el entredicho, y les mandó salir del reino para que fuesen á Roma á implorar la justicia del papa, bien que la mayor parte de ellos resistiéndose á espatriarse se ocultaron en las casas de sus amigos. Confinó á los monges en sus monasterios y se apoderó de sus rentas sin dejarles mas que lo absolutamente necesario para que no pereciesen de hambre.

Muchos años duró semejante estado de cosas porque los efectos del entredicho no llegaron á interrumpir absolutamente las relaciones entre el pueblo y los ministros de la religion, pues aterrorizados muchos de estos no se atrevian á obedecer á sus superiores. Deseoso el monarca de distraer la atencion pública, emprendió algunas espediciones militares en que fue bastante afortunado. Dirigió la primera contra el rey de Escocia que habiéndose reconocido vasallo de la corona de Inglaterra faltó á sus compromisos dando asilo á los ingleses rebeldes á la autoridad del monarca, y casando á sus hijos sin permiso de este. Juan invadió el pais con tantas fuerzas que el príncipe escoces juzgando inútil la resistencia puso dos hijas suyas en poder del rey, y se obligó á pagarle mil marcos, dando como fianzas de su palabra muchos nobles en rehenes. Sujetada la Escocia dirigióse el rey contra la Irlanda para forzar á la obediencia á los gefes ingleses vasallos suyos, que con menosprecio de sus órdenes guerreaban entre sí con no poco perjuicio de la prosperidad del pais. Sin esperimentar resistencia entró en Dublin en donde le prestaron homenage treinta príncipes irlandeses, y en seguida redujo los castillos de los barones ingleses confe-

derados á la sombra de la poderosa familia de los Lacy. Despues de poca resistencia hubieron de abandonar la isla, y el rey sujetó á las leyes inglesas las provincias conquistadas, dividiólas en condados, y confió su gobierno al obispo de Norwich, aquel mismo que no habia podido ocupar la silla de Cantorbery. Al año siguiente castigó á los de Gales que habian hecho incursiones en Inglaterra, y los forzó á entregarle en rehenes veinte y ocho jóvenes de las principales familias, á quienes costó bien caro el haber sido garantes de la fe de sus compatricios; pues como estos quisiesen repetir sus invasiones el inexorable rey hizo ahorcar á los jóvenes que en su poder tenia.

Alcanzadas estas victorias quiso terminar sus desavenencias con la Santa Sede; mas no pudiendo ponerse de acuerdo con el pontífice lanzóle este una escomunion, cuyas consecuencias se reservaba aplicar sucesivamente, teniéndolas siempre suspendidas sobre la cabeza de los monarcas reacios. Los súbditos de Juan fueron absueltos del juramento de fidelidad y de obediencia, mandóseles despues que evitasen toda comunicacion con el monarca, y finalmente vino la sentencia de deposicion que por encargo del papa debia ejecutar el rey de Francia, á quien Inocencio ofreció la corona de que despojaba al príncipe escomulgado. A pesar de todo esto, si Juan supiera reprimir sus vicios habria indudablemente neutralizado los rayos del Vaticano, porque á fuerza de rigor logró impedir que la bula fuese publicada en su reino. Pero su tiranía le habia enagenado el ánimo de sus súbditos. No contento con irritar al clero por medio de exacciones, y al pueblo con exorbitantes impuestos, exasperó á los nobles con su licenciosa conducta, cuyos escesos atacaban el honor de las mas distinguidas familias. Con el objeto de impedir á la nobleza sus mas inocentes diversiones, no solo prohibió la caza montesa sino tambien la de altanería; y para ponerse á cubierto de la venganza quiso tener cerca de sí á los hijos ó próximos parientes de los nobles de la corte y de las provincias, haciendo para ello uso de la fuerza cuando la persuasion no bastaba. Habiéndose presentado sus agentes en el castillo de Guillermo de Braouze para llevarse al hijo de este, la madre mani-

festó audazmente que no queria confiarla á un hombre que hizo morir á su propio sobrino. Temiendo aquella familia la ira del monarca se refugió en Irlanda; mas como este descubriese su asilo, cogió á la madre y al hijo, y los hizo morir de hambre, y si el padre no fue víctima del mismo rigor lo debió á su fuga á Francia.

Preparándose entre tanto Felipe para ejecutar la sentencia del papa de que debia recoger tan grande precio, levantó un numeroso ejército, y equipó una armada de mil setecientos buques de todas dimensiones, mientras Juan reuniendo á todos los hombres de armas llevar se vió á la cabeza de sesenta mil soldados cuando ya su flota acababa de destruir la de su rival en la rada de Fecamp y de incendiar á Dieppe. Al tiempo que se ocupaba en prevenir la invasion que tan cerca tenia recibió en Douvres al cardenal Paudolfo legado del papa y depositario de los secretos de su política, quien le representó al vivo los peligros de que estaba circuido, pintóle el descontento de sus súbditos, los riesgos que corria en medio de un ejército desabrido con él, y mandado por gefes con cuya fidelidad no podia hacer cuenta; le recordó que cuando en el año anterior marchaba contra los de Gales hubo de licenciar repentinamente sus tropas para desbaratar el plan de los principales barones que querian apoderarse de su persona, y finalmente le hizo entender que podian añudarse de nuevo los rotos hilos de aquella trama y tener para él un éxito desgraciado. Estas consideraciones aunque de grave peso no bastaran á triunfar de la resistencia del monarca á no secundarlas el vaticinio del ermitaño Pedro de Pomfret, el cual predijo que Juan dejaria de reinar antes de la festividad de la Ascension, hasta la cual no mediaban mas que tres dias. Alarmado el rey con esta profecía se decidió á firmar un documento en virtud del cual se reconocia vasallo de la Iglesia romana, se obligaba á pagar á esta la suma anual de mil marcos, setecientos por Inglaterra, y trescientos por Irlanda, y se comprometia á reconocer por arzobispo de Cantorbery á Langton, á permitir la vuelta de los eclesiásticos desterrados, y á restituirles sus dignidades y bienes; con cuyas condiciones se levantarian el entredicho y la escomunion. Al dia siguiente, que era el 15 de mayo

de 1213 presentóse Juan en la iglesia de los Templarios desarmado y con la cabeza descubierta, arrodillóse delante del legado que estaba en un trono, juró que seria fiel á Dios, á San Pedro, al papa Inocencio y á sus legítimos sucesores, que ni con palabra, con obras ni con su consentimiento siquiera apoyaria á los enemigos de estos, y que pondria en cualquier riesgo su vida para defender la Iglesia. El inmediato dia de esta humillante ceremonia era el de la Ascension que el rey pasó en una ansiedad inesplicable, y apenas amaneció el siguiente cuando hizo ahorcar al ermitaño y á su hijo llevándolos al lugar del suplicio atados á la cola de un caballo.

Consumada la transaccion entre el rey y el pontífice, y deseoso el legado de poner término á su encargo, trasladóse á Francia para decir á Felipe que debia renunciar á la invasion de Inglaterra, la cual acababa de convertirse en un feudo de la Santa Sede. Fue tanto lo que esta noticia disgustó á Felipe que habia hecho enormes gastos sin fruto alguno, que dió suelta á su enojo, calificando de pérfida la conducta del pontífice, y en una asamblea de los principales barones propuso continuar la empresa comenzada: esta proposicion oida con gusto por todos los presentes fue combatida por Ferrando conde de Flandes, secretamente confederado con Juan, quien sostuvo que aquella espedicion era injusta y que no podia apoyarla con sus armas. Esta manifestacion dió lugar á serios debates á los cuales puso término Felipe, diciendo que en adelante la Flandes seria una provincia de la Francia, ó la Francia una provincia de la Flandes. Ferrando se retiró al momento á sus estados, que en breve fueron invadidos por los franceses, los cuales apoderándose muy luego de Cassel, Ypres y Brujas fueron á campar á la vista de Gante. El monarca ingles envió para socorrer á su aliado una flota, que apresó y echó á pique á la mayor parte de los buques de Felipe, quien hubo de detenerse en el camino de sus victorias. Orgulloso Juan con la que habia alcanzado, proyectó atacar la Francia, y recobrar las provincias perdidas, y hasta reunió para ello un ejército en Portsmouth; mas en el momento de embarcarse los barones se negaron á seguirle, so pretesto de que no habia cumplido su palabra de llamar á los desterrados. No tuvo

mas remedio que acceder á esta reclamacion é invitar á Langton, á muchos obispos y á los monges de Cantorbery á que retornasen á Inglaterra. A la vuelta del primado se revocó en la puerta de la catedral de Winchester la escomunion lanzada contra Juan, y aun fue preciso que repitiese este su homenage y jurara restablecer las leyes de Eduardo que ejercian tanto mayor influjo en el espíritu del pueblo, cuanto siendo únicamente conocidas por tradicion podia cada cual interpretarlas á su modo. Aquellas leyes eran un cebo que la ambicion ofrecia á la credulidad del pueblo, y que benefició siempre en provecho suyo. Al momento se hizo el monarca á la vela, y desembarcado en Jersey solo encontró nueve barones dispuestos á seguirle; pues los demas presididos por Fitz-Peter justicia mayor del reino instalaron en Saint-Alban una asamblea, la cual publicó un decreto mandando que en adelante fuese cumplida la carta otorgada por Enrique II, y amenazando con la pena capital á los jerifes, presidentes de aguas y bosques, y oficiales del rey que se negasen á conformarse con ella. La asamblea habia sustituido las leyes de Enrique á las de Eduardo, porque estas se habian recopilado en aquellas.

No bien Juan tuvo noticia de este suceso cuando retrocedió á toda priesa jurando vengar tamaña audacia. En Northampton alcanzó al primado que quiso disuadirle de su intento; mas el rey le dijo: „Id á gobernar vuestra iglesia, y dejadme á mí que gobierne el estado." Sin embargo de esto, amenazado con una escomunion consintió en que los pares juzgasen á los barones acusados. Faltaba todavía estimar los perjuicios irrogados á los eclesiásticos que fueron perseguidos por la causa del primado, y este fue el primer pretesto de que se valió Langton al convocar la segunda asamblea que se congregó en la iglesia de San Páblo de Londres. Allí leyó á los barones la carta de Enrique II, y ponderó tanto las ventajas que el pais reportaria de su establecimiento, que los barones juraron arriesgarlo todo para conseguir que se plantease. Los perjuicios sufridos por el clero se fijaron por los interesados en una cantidad tan exorbitante que no quisieron admitir la de cien mil marcos que el rey les ofrecia, mas intervino tan eficazmente en

nombre del papa el obispo de Frascati, legado sucesor de Pandolfo, que el clero hubo de contentarse con cuarenta mil. No bien vió el monarca arreglado este negocio, cuando movido por el deseo de recobrar las provincias perdidas, desembarcó en el Poitou y puso sitio á Angers, á donde fue al momento el hijo de Felipe que le obligó á levantar el cerco. El momento no obstante era oportuno porque la Francia tenia que hacer rostro á una liga formidable, á cuya cabeza estaba Othon emperador de Alemania, cuando la batalla de Bouvines, ganada por Felipe Augusto, devaneció la tempestad, y Juan se tuvo por dichoso con ajustar una tregua de cinco años. Durante esta infructuosa campaña no habian estado inactivos los barones ingleses, sino que formaron una alianza que los ponia en estado de hacer frente al monarca, á quien apenas hubo vuelto presentaron en el dia de la Epifanía una solicitud en que pedian el restablecimiento de la carta de Enrique I. Juan que se conocia harto débil para resistir trató de ganar tiempo, prometiendo dar una respuesta por Pascua, con lo cual contentos los barones se retiraron aunque en disposicion de reunirse otra vez á la primera señal. En tales circunstancias juzgando el soberano que aliándose con el clero podria hacer frente á la nobleza, abdicó el derecho de elegir, reservándose tan solo el privilegio de autorizar y confirmar la eleccion, y comprometiéndose á no negar la aprobacion sin dar pruebas de que al tiempo de elegir se habia faltado á las leyes establecidas. Al mismo tiempo se cruzó, obligándose á capitanear un ejército contra los sarracenos. Los barones viendo la conducta del príncipe trataron de interesar en su causa al papa; mas la política de Roma habia sufrido un cambio, y el pontífice despues de exortarlos á que se mostrasen mas sumisos al rey, acabó por anular la alianza que habian ajustado, y por vedarles que en lo sucesivo concluyesen otras por el mismo estilo. A despecho de esto trabajaron con mas ardor que nunca para la ejecucion de sus planes; y despues de reunirse en Stamford, marcharon á Brackley que era la residencia de la corte, llevando mas de dos mil caballeros y muchísimos vasallos que bien formaban un ejército de acérrimos partidarios suyos. El rey envió á su encuentro al arzo-

bispo de Cantorbery y al conde de Pembroke, los cuales volvieron trayendo un papel para el monarca, que apenas lo hubo leido cuando prorumpió en terribles invectivas contra los confederados. „No falta mas, dijo, sino que pidan mi corona. ¿Se figuran que yo he de dar libertad á los que quieren hacerme esclavo?" Ofreció sin embargo abolir los abusos que pudiesen haberse introducido durante su reinado y el de su hermano; pero los barones insistieron en todo lo pedido en su súplica, y Juan no habiendo podido recabar del primado que escomulgase á los rebeldes, propuso que la cuestion se dejara al arbitrio de nueve personas, cuatro elegidas por él, cuatro por los barones, y la novena el papa, y que se resolviesen las diferencias á pluralidad de votos. Este espediente no satisfizo á los barones, los cuales eligiendo á Roberto Fitz-Walter por gefe de su ejército, al cual se dió el título de *Ejército de Dios y de la santa Iglesia*, atacaron el castillo de Northampton que no pudieron tomar porque les faltaban máquinas, y no les fue dable corromper la lealtad de la guarnicion compuesta de estrangeros. En Bedford el gobernador les abrió las puertas, y muy luego se apoderaron de Londres, cuyos habitantes les pedian con instancia que se trasladasen á ella. Puestos allí mandaron que todos los caballeros y hombres libres fuesen á reunirse con ellos so pena de ser tratados como enemigos, y su ejército se aumentó mucho, gracias á esta medida que inspiró temor á no pocos de los comprendidos en ella.

Cuando el monarca se vió abandonado por la mayor parte de los cortesanos, no pudo ocultársele que era indispensable ceder; y asi habiendo admitido á su presencia á algunos señores diputados de su partido, les dijo que estaba pronto á condescender con las demandas de los barones. „No se trata mas, añadió, que del dia y del lugar en que debemos tratar." Eligióse Runemeda situado entre Staines y Windsor, y allí se dió cumplimiento á un acto célebre en la historia, porque con él se echó la base de la libertad inglesa. Presentóse el rey acompañado de ocho obispos, del legado pontificio y de quince gentiles-hombres, y Fitz-Walter fue allá en medio de un cortejo de los nobles mas poderosos y distinguidos.

Despues de algunos dias de debates, Juan firmó la gran Carta, ó sea la Carta de las libertades. El primer artículo de ella afianzaba al clero la libertad de las elecciones, y le confirmaba todos los derechos que poco tiempo antes le habia el rey otorgado. Los privilegios de la nobleza fueron exactamente fijados y se determinó lo que la corona debia percibir por el derecho de sucesion á un feudo militar. Otros artículos arreglan y limitan los derechos del monarca relativamente á muchos privilegios, cuyo goce daba pie á infinitos abusos, como por ejemplo la tutela de los menores; porqué como el rey arrendaba las tierras de los pupilos al mayor precio posible hacia cuanto de él dependiese para que las tutorías se prolongasen. Las herederas ricas y las viudas opulentas estaban tambien espuestas á casarse contra sus inclinaciones; y el monarca unas veces cobraba una parte del dote que el futuro esposo le cedia, y otras vendia á las viudas el permiso de no casarse; como lo hizo á la condesa de Norwich que pagó mil libras esterlinas por esta dispensa. Resolvióse pues que las doncellas y viudas no podrian ser obligadas á casarse contra su voluntad ni sin el consentimiento de sus próximos parientes, y que las segundas cobrarian sus dotes y sus viudedades sin estar obligadas á pagar cosa alguna. El rey se comprometia á no exigir contribucion alguna sin el asentimiento de un consejo nacional compuesto de los prelados, abades, condes, barones, y feudatarios de la corona; „á menos, dijo el „rey, que fuese para rescatar nuestra persona, para armar caba-„llero á nuestro primogénito, ó para casar por primera vez á nues-„tra hija mayor." Inhibióse tambien el rey de apoderarse de las tierras de un baron deudor á la corona, en caso de que poseyese bienes suficientes para responder de la deuda. Prohíbese á los gobernadores ó condestables de los castillos exigir que un caballero pague en metálico para la guardia de dicho castillo, siempre que el caballero quiera hacer por sí el servicio ó enviar para que le supla á alguna persona que reuna las calidades necesarias. Determínase tambien que un caballero elegido para ir á servir al ejército estará dispensado durante aquel tiempo de la guarda de los castillos. El rey finalmente se obliga á no retener sino durante un año

las tierras de aquellos que serán convictos de felonía, y á devolverlas al señor feudal despues de acabado aquel plazo.

El artículo 15 declara que en órden á los subsidios que deban sacarse de la ciudad de Londres se tendrán presentes las antiguas libertades y los usos en aquella capital establecidos. El 16 concede las mismas ventajas á todas las otras ciudades, villas, lugares y aldeas, y á los barones de Cinq-Ports que podrán enviar diputados al consejo para fijar lo que debe satisfacer cada uno. El artículo 22 declara que los tribunales no seguirán en adelante la persona del monarca, y que el justicia mayor enviará todos los años á los condados jueces que fallen los negocios en las mismas provincias. Los artículos 25 y 26 determinan los casos en que los terratenientes y los labradores deberán pagar una multa proporcionada al delito, de manera que los terratenientes no careciesen de medios para subsistir, á los mercaderes no les faltasen los fondos para continuar su comercio, y á los labradores los instrumentos á fin de dedicarse á su oficio. Uno de los artículos mas importantes es el 48, el cual declara que nadie podrá ser preso ni privado de sus bienes sino por el juicio de sus iguales con arreglo á las leyes del pais. El 49 promete que no se venderá, rehusará ni dilatará la administracion de justicia á persona alguna. El artículo 60 quita á los jerifes el privilegio de entender en los pleitos de la corona; se les priva el proceder contra persona alguna por simples sospechas, y se les manda que no exijan mas derechos que los que acostumbraban devengar en tiempo de Enrique I. Antes de ahora hemos dicho que los abastecedores de la casa del rey exigian sin consideracion alguna todo cuanto se les antojaba, y por lo mismo con el objeto de remediar este abuso se mandó en la Carta que ningun alcalde pudiese apoderarse de las provisiones de persona alguna sin pagar inmediatamente su valor; que no podria servirse de los caballos ni carruages agenos sin permiso de sus dueños, y finalmente se prohibia á los oficiales del rey cortar maderas para el uso particular del monarca, ó para las necesidades del estado sin contar antes con el permiso del propietario.

La Carta de derechos fue seguida de otra que era la de los bos-

ques. Recordará el lector que cuando Guillermo el *Conquistador* dividió la Inglaterra entre sus guerreros se habia reservado la mayor parte de los bosques del reino; y entonces mismo se estableció una legislacion sanguinaria para hacer respetar esos bosques, cuyo destino no era otro que proporcionar al monarca la diversion de la caza. Aquellas leyes oprimian de una manera tan intolerable á los nobles como al pueblo, y el odio que los primeros tenian á aquel yugo fue la causa que los movió á exigir del rey Juan que firmase una Carta que los librase de opresion semejante. Uno de los primeros artículos de ella mantiene en la posesion de los bosques á los que eran sus detentores desde el tiempo de Enrique I sin que se los pudiese perseguir por haberlos usurpado. Se permite asimismo á todo hombre libre atravesar con sus piaras los bosques reales, y se libra de la pena de muerte y de la de mutilacion á los que cacen en esos mismos bosques. Todo hombre libre podrá construir un molino en su propiedad, aunque esta propiedad esté situada en los bosques reales, y hacer un cazadero y un vivero en sus tierras; podrá tambien criar garzas reales, halcones y otras aves semejantes. Tal es el compendio de aquellas dos famosas actas. Al leerlas con atencion, en particular la primera, se ve en ella el orígen de todas las libertades de que hoy goza la Inglaterra. Se ve tambien que si el clero y los barones trataron de mantener sus privilegios no pusieron tampoco en olvido los derechos de los hombres libres, es decir, de todos aquellos que poseian algunas tierras. Nótase tambien que el pueblo de las ciudades principales empezaba á conocer sus fuerzas, puesto que representa un papel en la Carta la cual asegura sus usos y sus inmunidades. Asimismo se nombran en ella los villanos, y aunque no se haga mas que mentarlos, esto da indicios de su futura emancipacion. Por lo demas si el pueblo consiguió colocarse al lado de los nobles fue porque habia contribuido á sostener la insurreccion de estos que no hubieran triunfado sin su apoyo. Aunque Juan se mostró muy dispuesto á hacer todas estas concesiones, los nobles sin embargo tuvieron toda la prudencia necesaria para exigir prendas. Convínose pues en que conservarian la ciudad de Londres y en que la torre que-

daria bajo la custodia del primado hasta la ejecucion de los principales artículos de la nueva Carta. Eligiéronse en calidad de conservadores de la libertad pública 25 barones, los cuales debian cuidar de que los funcionarios públicos no hiciesen cosa alguna que perjudicase los derechos que la Carta aseguraba. En el caso de que esto se verificase cuatro barones debian acudir en queja al monarca, y si este se negaba á hacerles justicia los 25 habian de convocar el gran Consejo nacional, el cual exigiria del rey que enderezase los contrafueros cometidos, y si aun entonces se resistiese á verificarlo podian apelar á la fuerza, respetando sin embargo las personas del príncipe, de la reina y de sus hijos. Despojado de las principales atribuciones del poder, Juan de hecho hubiera dejado de reinar si de buena fe se hubiese sometido á semejantes condiciones; pero en medio de su resignacion meditaba la manera de quebrantar el yugo que se le habia impuesto. Firmada apenas la Carta envió mensageros al continente con el objeto de que recorriesen la Guyena, la Flandes y la Picardía para levantar partidas de aventureros, y á fin de que fuesen á Roma á impetrar la proteccion del papa.

Aunque desde luego dió órden á los jerifes para que publicasen la nueva Carta é hiciesen jurar su observancia á todas las clases, no tardaron los barones en concebir sospechas, puesto que supieron que el rey hacia fortificar y abastecer sus castillos. De pronto respondió Juan á sus quejas haciendo nuevas protestas de sinceridad; mas á poco tiempo se trasladó á Douvres á fin de recibir á los ausiliares estrangeros que en gran número se habian alistado para servirle. Parte de ellos eran soldados de profesion acostumbrados á vender su vida, y los otros esperando que la guerra les proporcionaria medios de establecerse habian llevado consigo á sus mugeres é hijos. Apenas los barones tuvieron noticia de esto cuando tomaron las armas; pero no se atrevieron á contrarestar el ejército real, y Juan sitió y tomó el castillo de Rochester, y ahorcara sin duda á toda la guarnicion á no hacerle observar uno de sus oficiales que con aquello se esponia á terribles represalias. En vista de esto soltó á los gefes é hizo matar á los soldados,

perdonando tan solo á los arqueros á los cuales alistó en sus banderas. El fuego de la guerra se habia derramado ya por todas partes, cuando Inocencio que oyó los ruegos del monarca hizo causa comun con él, escribiendo desde luego á los barones para vituperarles el modo violento con que se habian declarado contra el príncipe que estaba bajo la proteccion del pontífice, sin haber consultado con este antes de emprender cosa alguna. Estrechábalos para que se sometiesen y le nombrasen árbitro en sus diferencias, prometiéndoles que atenderia á sus quejas si estaban fundadas en razon y justicia, y que en su calidad de padre comun administraria imparcialmente justicia. Viendo que sus exortaciones no producian efecto, mandó á Langton que escomulgase á los confederados; mas como este se negase á obedecer, Inocencio le suspendió de sus funciones, y publicó una bula anulando la Carta como arrancada á la fuerza, y atentatoria á los imprescriptibles derechos de la soberanía, absolviendo de su juramento al príncipe y á sus vasallos y escomulgando á cuantos insistiesen en defender la Carta. Juan apoyado por la corte de Roma, y sostenido por un ejército adicto prosiguió sus victorias, dividió sus fuerzas en dos cuerpos, dió el mando del uno á su hermano el conde de Salisbury y con el otro marchó hácia el norte del reino devastándolo de una manera horrorosa. El monge de Melrose, escritor contemporáneo, dice que en ocho dias fueron devoradas por las llamas cinco ciudades de aquellas inmediaciónes, para lo cual dió el ejemplo el mismo rey, que puso fuego á la casa en que habia pasado la noche. La causa de estas crueldades fue el resentimiento contra los nobles de las provincias seteutrionales que con mas audacia que los otros habian reclamado el goce de las nuevas libertades. Los soldados del monarca ingles secundaron á pedir de boca sus deseos de venganza, pues no contentos con devastar las ciudades, los pueblos y las aldeas hacian sufrir los mas crueles tormentos á sus habitantes á fin de obligarlos á dar todo lo que poseian para rescatarse. La poblacion huia al acercarse aquella tropa de bárbaros, dejando los campos incultos y las casas desiertas, de manera que llegó á ser preciso celebrar los mercados bajo los pórticos de las iglesias con la

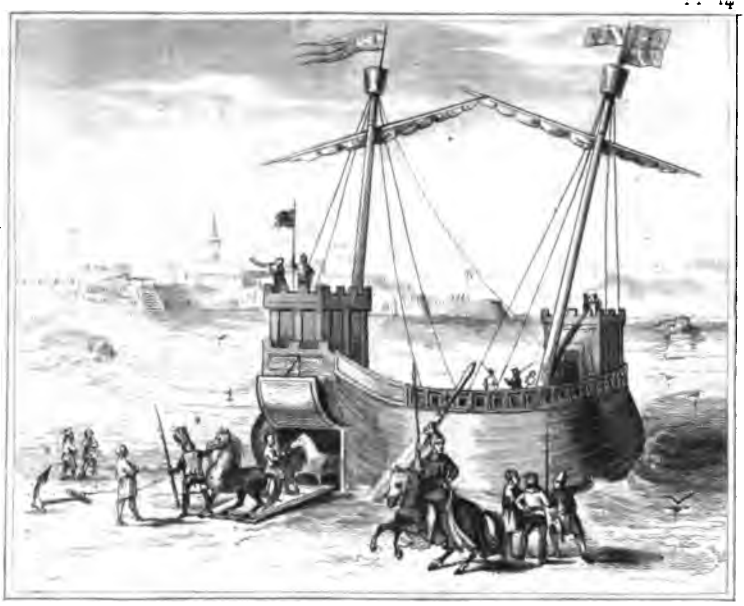
esperanza, frustrada mas de una vez, de que los aventureros respetarian la casa de Dios. La mayor parte de los nobles reducidos á la desesperacion se refugiaron á Escocia bajo el amparo de su rey Alejandro, y desde allí resolvieron implorar el ausilio de la Francia, ofreciendo la corona á Luis, primogénito de Felipe Augusto. El príncipe frances relacionado ya con sus nuevos súbditos, puesto que era marido de una sobrina de Juan, aceptada la proposicion envió un buen golpe de caballeros con la promesa de que por la pascua se trasladaria allí á la cabeza de un ejército poderoso. Atravesaba entonces la Francia para trasladarse á Inglaterra un nuevo legado, el cual fue á encontrar al monarca frances, y le amenazó á él y á su hijo con que los escomulgaria en caso de que este invadiese el reino de Juan, que estaba bajo la soberanía del pontífice. Felipe afectó que vacilaba; pero Luis dijo á su padre. „Señor, yo soy vuestro hombre ligio por los feudos que de vos poseo; pero vos no podeis impedirme que acepte una corona á la cual tengo derecho en cabeza de mi muger." Retiróse dicho esto, y se trasladó á Calais en donde debian reunirse su ejército y su escuadra. El derecho de Luis se fundaba principalmente en la ruindad de Juan que ya en vida de su hermano fue condenado por crímen de alta traicion y declarado reo de felonía y de asesinato por el tribunal de los pares de Francia; causa suficiente segun las leyes feudales para ser desposeido del trono.

Por otra parte habia sujetado al vasallage estrangéro una corona independiente, y por este medio despojádose á sí mismo. En esto se fundaban los barones para justificar el traspaso que de la corona hacian al hijo del rey de Francia, quien despues de haber recibido veinte nobles ingleses en rehenes aportó en Sandwich en 30 de mayo de 1216, trasladóse á Londres y fue coronado en San Pablo. Las primeras operaciones de la campaña le fueron muy ventajosas; pues todos los condados inmediatos á la capital reconocieron su autoridad; los estrangeros desertaban del ejército de Juan para unirse al suyo, y le prestaron juramento de fidelidad muchos barones. Estas ventajas sin embargo no continuaron; pues ni pudo hacerse dueño del castillo de Douvres que habia sitiado, ni re-

cibir ausilios del continente porque interceptaban su paso los habitantes de Cinq-Ports dueños del mar; y mientras tanto Juan tomó á Lincoln, asoló las tierras de los confederados, y valiéndose de oportunas intrigas, y ofreciendo el otorgamiento de libertades consiguió formar asociaciones entre los habitantes de Hampshire y de Sussex. Fue de grande ausilio para su causa la imprudente política del príncipe frances que rodeado esclusivamente de favoritos y consejeros compatricios suyos, heria los intereses de los barones ingleses y dispertaba sus zelos. Este proceder acreditó el rumor esparcido por entonces de que habia resuelto deshacerse de todos los señores ingleses que tomaron las armas en favor suyo, so pretesto de que habiendo sido traidores con su legítimo rey estaban dispuestos á vender al que habian elegido. Decíase que el vizconde de Melun uno de los principales confidentes de Luis habia revelado aquel secreto poco antes de morir.

Los barones, ó bien creyesen este proyecto, ó previeran que el dominio de un príncipe frances perjudicaria su fortuna, se resolvieron á favor de Juan, abriendo con él secretas negociaciones. Ocupaba el rey la provincia de Norfolk, y habia encerrado en la ciudad de Lynn las alhajas y los mas preciosos efectos de la corona; mas si bien aquel pueblo le dió muchas pruebas de adhesion, temiendo ser vendido salió de allí para retirarse á la provincia de Lincoln. Mientras iba marchando por la costa, la marea se tragó todos sus bagages, y el príncipe salvando á duras penas su persona llegó la misma noche á la abadía de Swinshead en donde fue atacado por una violenta calentura. Trasladado en el siguiente dia al castillo de Sleaford, y de allí á Newarck, murió en este último punto á los tres dias, esto es, en 28 de octubre de 1216, á la edad de 51 años y despues de 17 de reinado. Dejó seis hijos legítimos, á saber, Enrique, Ricardo, Egmundo, Juana, Eleonora é Isabel, y diez ilegítimos entre ellos una hembra. Estando para morir dictó una carta para el nuevo papa Honorio III recomendándole su primogénito Enrique III á quien instituyó heredero. Su cuerpo fue inhumado en Worcester, y puesto cerca del sepulcro de San Wulstan, segun lo dispso él mismo.

No sin razon han vituperado el carácter de Juan todos los historiadores, porque en efecto su vida suministra mil pruebas de ingratitud, de cobardía y de barbarie. Aunque fue objeto de la predileccion de su padre, se revolucionó contra él, y no contento con ser mal hijo se mostró mal hermano conspirando contra Ricardo, y mal pariente matando á su sobrino, y recluyendo á su sobrina, cuyos derechos le hacian estar inquieto. Apenas fue rey cuando hizo pesar sobre sus súbditos la mas codiciosa y loca tiranía: un asesinato le hace perder el mas hermoso trozo de sus estados; entra en seguida á luchar contra el papa y acaba por hacerse su vasallo. Su conducta privada no era menos reprensible que la política, pues su licencia derrama el deshonor en las familias, y arma contra él odios implacables. Una de las personas que mas contribuyeron á que otorgase la gran Carta fue Eustaquio de Vescy, á quien Juan insultó jactándose públicamente de que habia triunfado de la virtud de su esposa. En castigo de los delitos que en esta materia habia cometido hubo de sufrir la infidelidad de su segunda esposa Isabel, que se manchó con muchos adulterios. Los dos vicios capitales de Juan fueron la crueldad y la perfidia; así su palabra que sin escrúpulo quebrantaba, sobre no inspirar respeto ni confianza alentó á sus enemigos para que se le resistiesen con toda especie de violencias, creyendo que para esto los autorizaba la mala fe del monarca. La crueldad era en él una exigencia de su naturaleza y un placer con que se deleitaba; así es que inventó suplicios en que la crueldad iba envuelta con la irrision. Geofredo, arcediano de Norwich y juez del tribunal de rentas, que para obedecer á un entredicho del papa habia cesado de ejercer sus funciones, fue metido en un calabozo por Juan, el cual le envió, para que estuviese caliente, segun él decia, un vestido de plomo hecho á manera de alba. El infeliz preso espiró sufocado por este trage y estenuado por el hambre. En otra ocasion, y para arrancar de un judío diez mil marcos, mandó que cada dia le arrancasen un diente. Al principio suportó el judío el dolor de aquella operacion; mas al séptimo diente se decidió á soltar la cantidad exigida. Cuando el legado Pandolfo amenazó con la escomunion á Juan, este hizo





1. VAISSEAU Sous le règne de Henry III (En 1269)
2. FOU ou BOUFFON Sous le règne de Edouard I^er (En 1272)



traer un gran número de presos y para intimidar al legado con el espectáculo de los martirios que sufrian los desobedientes á sus órdenes, mandó ahorcar á unos, arrancar los ojos á otros, y cortar los pies á los restantes.

Habiendo tenido desavenencias con el clero y con los monges, estos le han acusado de impío, acusacion que no tiene otro fundamento que una chanza del monarca, el cual contemplando un dia un gamo que habia muerto en la caza, dijo: «observad cuán gordo está sin embargo de que nunca ha dicho misa,» haciendo alusion con esto á la ordinaria gordura de los eclesiásticos. Los mismos escritores aseguran que envió dos caballeros al miramolin de Marruecos reclamando su ausilio, y prometiéndole abrazar el islamismo, y poner á merced suya el reino; pero esto se funda en una voz vaga á la cual no puede darse el valor de una prueba. Juan fue en verdad un tirano; pero es justo hacer mencion de la importante y útil medida que tomó arreglando la administracion municipal de Londres, y de las principales ciudades del reino. Este es el solo hecho que puede citarse en honor de este príncipe, cuyo reinado dejó huellas indelebles porque dió principio á la era del nuevo porvenir á que debe la Inglaterra su gloria y su opulencia.

ENRIQUE III.

Diez años tenia Enrique cuando falleció su padre, y su suerte dependia en un todo de los barones fieles á su causa, la cual, en verdad, ganaba partidarios todos los dias, puesto que la muerte de Juan lejos de ser favorable al príncipe frances aceleró su derrota. Habiendo negado el gobierno del castillo de Hereford á Roberto Fitz-Walter que era uno de los barones que con mas tenacidad batallaron contra el difunto rey, resintiéronse los nobles ingleses de esta negativa, la cual en su concepto indicaba que el monarca habia resuelto escluirlos de los empleos. El legado partidario del jóven Enrique lanzó contra sus adversarios una escomunion, la cual produjo tanto mayor efecto cuanto iba en ausilio de la secreta dis-

posicion de los barones, que uno tras otro abandonaron al rey por ellos elegido. Confiado Enrique á los cuidados del conde de Pembroke mariscal de Inglaterra marchó á Glocester en donde fue consagrado y juró fidelidad al papa Honorio en manos del legado Gualo que le ciñó la cabeza con un aro de oro, en vez de la corona que el mar se habia tragado juntamente con las riquezas y las alhajas reales. Despues de esta ceremonia la asamblea de prelados y barones congregada en Bristol eligió á Pembroke regente del reino, y al siguiente dia se publicó en nombre del jóven monarca un decreto de amnistía por todo lo pasado, en el cual se aseguraban algunas libertades para lo venidero y se disponia que durante un mes nadie pareciese en público sin llevar la cabeza ceñida con una cinta blanca en celebridad de la coronacion del monarca. Revisóse en seguida la Gran Carta, cuyos sesenta artículos quedaron reducidos á cuarenta y dos, en los cuales si bien se confirmaban las principales disposiciones contenidas en aquellos omitíanse algunas de grande importancia, como lo eran entre otras la que prohibia al príncipe exigir contribucion alguna sin el asentimiento del gran consejo. Prohibíase tambien al clero salir del reino sin permiso del monarca, y al mismo tiempo se añadieron algunos artículos, siendo de notar entre los mismos el que fija el precio de los objetos que son necesarios para el servicio personal del soberano.

Tan feliz fue el éxito de estas disposiciones como que en virtud de ellas se adhirió á Enrique la masa de la nacion y acabaron de separarse de la alianza estrangera los barones; si bien es verdad que contribuyeron mucho á ello las hazañas del regente que se apoderó de Lincoln por asalto. Luis que habia levantado el sitio de Douvres con el objeto de trasladarse á Londres supo en el camino que su escuadra habia sido vencida por los ingleses; y esta doble derrota le desalentó de manera que no pensando ya en mas combates, todos sus intentos se dirigieron á concluir alguna negociacion para salir con honor del estado en que se encontraba. Firmóse en Lambeth un convenio que puso término á la guerra, y Luis despues de haber asegurado contra las persecuciones á sus adictos

se restituyó á Francia. Habiendo fallecido por entonces el regente, cuyo talento habia restaurado el reino, el poder cayó en manos de Pedro obispo de Winchester, y de Huberto de Burgh gran justicia del reino; mas como la rivalidad entre estos dos ministros debilitase al gobierno, los barones aprovecharon esta circunstancia á fin de aumentar su poder disminuyendo la autoridad real. Pandolfo sucesor de Gualo en Inglaterra lanzó una escomunion contra los barones mas turbulentos; levantóse un ejército á fin de apoyar los intentos de la Iglesia cuyo perdon hubieron de implorar muy pronto el conde de Albemarle y muchos otros nobles á quienes la fuerza armada habia arrebatado las tierras y los castillos. El baron Fawkes á quien Juan habia sacado de la oscuridad opuso una resistencia abierta, y encerró en el castillo de Bedford al juez que habia pronunciado contra él distintos fallos; pero el justicia mayor Huberto resolvió castigar aquel atentado, tanto mas cuanto Fawkes era uno de los protegidos por el obispo de Winchester. Sitió pues al rebelde en su castillo, y habiendo obligado á la guarnicion á rendirse hizo ahorcar á ochenta hombres, entre ellos á muchos caballeros, y envió á los restantes á Palestina á guerrear contra los sarracenos. Fawkes que se entregó voluntariamente fue condenado á espatriarse con su muger y sus hijos y se le confiscaron los bienes.

Las larguezas de los últimos príncipes habian ido disminuyendo las rentas de la corona; mas como la necesidad se hiciese cada dia mas imperiosa, el monarca reuniendo el gran consejo le pidió subsidios que si bien de pronto le fueron negados se le concedieron despues á trueque de que confirmase de nuevo las dos cartas otorgadas por su padre, y que si bien habian sido confirmadas dos veces desde el advenimiento del nuevo monarca nunca las pusieron en ejecucion sus mandatarios. Suscribió el rey á este pacto y le concedieron en recompensa el décimo quinto de todos los bienes muebles del reino. Durante la lucha que Juan sostuvo contra los barones habia entregado sin consideracion las tierras y los castillos de la corona á sus partidarios, los cuales despues de su muerte se negaron á devolverlos diciendo que era un deber suyo conservarlos

durante la menoría de Enrique. Con el objeto de poner fin á semejante abuso el justicia mayor que tenia las riendas del estado acudió al papa y obtuvo una bula declarando á Enrique de mayor edad. Con esto Huberto mandó á los barones que restituyeran al rey las fortalezas que guardaban, y comenzó por dar ejemplo entregando el castillo y la torre de Douvres. A pesar de esto los barones insistieron en su negativa y secretamente ligados formaron el proyecto de apoderarse del rey; mas este complot fue descubierto y desbaratado por las precauciones que tomó la corte; y entonces los barones amenazados con la escomunion por parte del arzobispo de Cantorbery hubieron de ceder lo que á contrafuero conservaban.

Enrique mientras tanto se disponia á hacer la guerra á la Francia en donde Luis VIII sucesor de Felipe Augusto se negaba á restituir las provincias del continente arrebatadas á los ingleses, aunque prometió devolverlas en el convenio ajustado cuando hubo de renunciar á la corona de Inglaterra. Enrique puso un ejército al mando de su hermano Ricardo creado por él conde de Cornouailles, quien invadió la Guyena en donde hizo la guerra durante dos años sin conseguir ventaja alguna señalada. A su vuelta á Inglaterra habiéndose apoderado á la fuerza de un distrito dependiente de su condado y que el rey cediera á Valerano de Ties, estuvo muy á pique de encenderse una guerra civil, mas el rey cedió á las pretensiones de su hermano, dando con esto la primera prueba de la debilidad de su carácter. Enrique, que si bien declarado mayor de edad era incapaz de reinar por sí mismo, continuó dejando el poder en manos de Huberto, que no queriendo dividirlo con su compañero el obispo de Winchester hizo que cayera en desgracia y fuese relegado á su diócesis. Huberto gobernó muchos años sin oposicion alguna, mas su despotismo y su avaricia empañan sus escelentes partes. La fama de sus riquezas que sus enemigos exageraban fueron el pretesto ó la causa verdadera de su caida, y con ella hubo de dar cuenta de la administracion de los dominios del rey y de los impuestos y multas que habian ingresado en el tribunal del fisco desde que se le confirió la dignidad de justicia mayor

con que se le agració mucho antes de terminarse el último reinado. Fue á refugiarse al priorato de Merton, y gracias á haber mediado el arzobispo de Dublin no fue estraido de aquel asilo por el corregidor de Londres que para este objeto fue allá con gente armada. Entonces pues se le dieron cinco meses para responder á las acusaciones; mas como se hubiese dirigido á reunirse con su esposa hácia las inmediaciones de la abadía de San Edmundo, la fuerza armada invadió su casa para prenderlo. Salióse de la cama en camisa y corrió á la iglesia, en donde colocado al pie del altar teniendo en una mano una hostia y en la otra una cruz esperó á sus perseguidores, que sin respeto á aquel lugar lo colocaron sobre un caballo y atándole los pies por debajo de la barriga de este le hicieron atravesar de este modo las calles de la ciudad. Enrique sin embargo por consideracion á los privilegios de la Iglesia mandó que el preso fuese vuelto al santuario en donde le sitió el jerife de Essex, cercando la iglesia con ancho foso y palizada. A los cuatro dias el desgraciado Huberto acosado por el hambre se entregó voluntariamente, fue recluso en la torre de Londres, y si bien se le dió libertad con la condicion de que se someteria al juicio de los pares, no quiso defenderse diciendo que se ponia á merced del rey. Fue condenado á perder todos los bienes que habia recibido de la munificencia real, y no se le dejó mas que su patrimonio particular. Encerrado en el castillo de Devise, se escapó de él al cabo de un año para refugiarse otra vez en una iglesia, en donde de nuevo le sitió el jerife aunque con menos fortuna que la vez primera pues le sacaron del apuro algunos hombres armados que le condujeron al castillo de Pembroke en el pais de Gales. Con el tiempo recobró sus bienes y sus honores, mas el poder no pudo alcanzarlo nunca.

En el momento de su caida fue reemplazado por su antiguo rival el obispo de Winchester que como nacido en el Poitou llamó á la corte á muchos compatricios suyos, y á otros franceses á quienes confió los cargos de mas importancia. Zelosos los barones del influjo de los estrangeros tomaron las armas; mas el ministro habiendo logrado dividirlos trastornó su liga y la confiscacion de

bienes de los mas culpables resuelta sin forma de juicio enriqueció á los franceses. Todos los esfuerzos de la nobleza no bastaron á trastornar la fortuna del obispo; pero su nacimiento lo habia hecho odioso al clero y á la nacion entera, y Edmundo Rich arzobispo de Cantorbery logró que el rey despidiese á su ministro y á sus criaturas y tomó la direccion de los negocios. Sin embargo el casamiento que por la misma época verificó el rey con Eleonora hija del conde de Provenza trajo á la corte á los provenzales que reemplazaron á los del Poitou. Pedro y Bonifacio de Saboya tio de la reina fueron creados el uno conde de Richemond y el otro arzobispo de Cantorbery, mas los provenzales hubieron de partir sus favores con otros. No habrá el lector olvidado que Isabel madre del monarca se casó contra los deseos de su corazon con Juan Sin-tierra, aunque habia contraido esponsales con el conde de la Marche á quien amaba. A la muerte de su esposo se unió al objeto de su cariño de quien tuvo muchos hijos que fueron enviados á Inglaterra, y sobre los cuales derramó Enrique bienes y honores con tanta prodigalidad como imprudencia. La primera espedicion de Enrique á Francia aumentó sus apuros rentísticos, y á solicitud del conde de la Marche tentó nuevamente la suerte de las armas en Guyena, en donde fue roto por Luis IX quien le arrebató lo que todavía conservaba en el Poitou. El descontento que esto produjo contra el gobierno de Enrique se aumentó con las pretensiones del papa que como soberano del reino continuamente trataba de mezclarse en los negocios interiores de Inglaterra, habiendo ya logrado el derecho de nombrar arzobispo de Cantorbery con notorio agravio del rey, de los prelados sufragáneos de aquella silla y de los monges. No contento con esto Honorio III alcanzó el diezmo de todas las rentas eclesiásticas y muchos nuncios fueron á Inglaterra uno tras otro para recabar nuevos dones. Los mas pingües beneficios fueron dados á italianos que podian poseerlos sin estar sujetos á residencia. La Iglesia romana habia conseguido ya reducir á vasallage la Sicilia cuando Inocencio IV ofreció al conde de Cornouailles la corona de aquel reino que pertenecia á Corradino nieto del emperador Federico II. No quiso admitirla el conde y la aceptó

Enrique para su segundo hijo Edmundo, encargándose de los gastos de aquella empresa; á la cual no podia hacer frente á causa de que lo habian empobrecido sus inconsideradas profusiones. Acudió el gran consejo ó parlamento para alcanzar socorros, y aunque tuvo la precaucion de convocar á los barones con quienes contaba, estos se negaron á resolver cosa alguna en ausencia de sus compañeros. Deseoso el papa de ausiliar al monarca publicó una cruzada contra Manfredo dueño de la Sicilia, y con este motivo concedió al príncipe las rentas de los beneficios eclesiásticos vacantes, ó cuyos titulares no los residiesen, y le permitió apoderarse de los bienes de los eclesiásticos muertos abintestato. Para obligar á los eclesiásticos á que pagasen, el obispo de Hereford que residia en Roma en calidad de representante de la Iglesia anglicana tiró letras de cambio contra los prelados y abades del reino por valor de ciento cincuenta mil marcos, las cuales fueron entregadas como garantía á los comerciantes italianos que habian adelantado fondos para la espedicion contra Manfredo. Apenas el clero ingles tuvo noticia de esto cuando manifestó su descontento con no poca violencia, en términos que en una asamblea presidida por el legado, el obispo de Londres llegó á decir que si el rey y el papa le arrancaban la mitra la reemplazaria con un yelmo. A pesar de esto la amenaza de una escomunion pudo mas que la resistencia de los eclesiásticos, los cuales finalmente cedieron. No bastando sin embargo los bienes quitados á la Iglesia, el monarca reunió el gran consejo y los barones le concedieron un subsidio con la condicion de que confirmaria de nuevo la Gran Carta. Verificóse este acto con todo el aparato posible para que hiriese la imaginacion de los espectadores. La Gran Carta fue leida en presencia de todos los individuos del consejo, y despues los prelados y abades llevando una vela encendida en la mano pronunciaron una sentencia de escomunion contra los que violasen ó se negaran á reconocer las libertades otorgadas á la nacion, y en seguida mataron las velas y las arrojaron al suelo diciendo: „ asi perezca y caiga en los abismos del „infierno el que incurra en esta escomunion." El rey respondió: „Yo observaré todas estas cosas tan cierto como soy hombre, co-

„mo soy cristiano, como soy caballero, y como soy rey coronado
„y consagrado; asi Dios me ayude."

Los socorros concedidos fueron muy cortos para lo que las necesidades reclamaban, puesto que diariamente era mas crítica la posicion del rey, cuyas rentas estaban concretadas á los productos de sus dominios particulares, á lo que se pagaba para eximirse del servicio de las armas, y á una escasa contribucion sobre las tierras. Varias causas disminuian ademas estos recursos ya escasos de suyo, y asi es que el rey para ocurrir á sus gastos tenia que echar mano del ardid y de la violencia, arrebatando unas veces á los mercaderes los géneros y las telas que para su casa necesitaba, y obligando otras á los pescadores á que comprasen muy caro el permiso de vender el fruto de su industria. La mina mas productiva eran los judíos á quienes el gobierno de tiempo en tiempo despojaba de sus riquezas por medio de un degüello general ó con asesinatos jurídicos; medios ambos, cuya adopcion no costaba trabajo alguno, pues como el pueblo miraba con horror á las víctimas nadie se armaba en su defensa. Estrechado por la necesidad Enrique hubo de acudir nuevamente en 1258 á la generosidad de los prelados y barones; mas los últimos que tenian presente el ejemplo dado en tiempo del rey Juan, formaron asociaciones para limitar el poder real, so color de prevenir los abusos que se cometian en la administracion de las rentas del estado, y pidieron que todos los destinos fuesen conferidos por el gran consejo. A la cabeza de los señores turbulentos estaba Simon de Montfort conde de Leicester, hijo del célebre Montfort que dirigió la cruzada contra los albigenses y cuyo hermano Amauri ensalzado á la dignidad de condestable de Francia transfirió á Simon los considerables bienes que por parte de su madre, hija de la casa de Leicester, poseia en Inglaterra. Simon heredó pues este condado y contrajo matrimonio con la condesa viuda de Pembroke hermana del monarca, cuyo enlace unido á sus talentos le proporcionó el gobierno de la Guyena en donde estuvo cinco años. El favor le hizo enemigos, acusósele repetidas veces de cohecho, crueldad y tiranía, y compelido en justicia se presentó al tribunal en compañía de Ricardo

hermano del rey y de los condes de Glocester y de Hereford. Conociendo el monarca que no se le condenaria se dejó llevar de la cólera y le llamó traidor. „Mentis, le contestó Leicester, y si no fueseis rey os haria arrepentir de este insulto: es imposible creer „que un príncipe que de tal manera se conduce se haya confesado nunca.—Sí, dijo el rey, soy cristiano y me he confesado. „—¿Y qué vale la confesion, replicó el conde, si no va acompañada del arrepentimiento de las faltas.? —De una sola me he „arrepentido, repuso Enrique, y es de haberos colmado de favores." Los magnates que estaban presentes se interpusieron entre el rey y el vasallo y lograron dar fin al altercado; pero Enrique quitó á Simon el gobierno de la Guyena para conferirlo á su hijo el príncipe Eduardo, y Leicester á fin de vengar su desgracia hizo causa comun con los descontentos y atizó su odio y sus proyectos.

En esta misma época habiendo sido elegido rey de romanos el conde de Cornouailles dejó la Inglaterra para ser coronado en Aquisgran, y la marcha de este hombre que si bien alguna vez hizo oposicion al gobierno, nunca tuvo ánimo de derrocarlo, dejó el campo libre á Leicester que supo aprovechar la coyuntura para poner en ejecucion sus intentos. Unido con el gran condestable, con Humphrey de Bohun, el conde mariscal Rogerio Bigod, el conde de Glocester y muchos otros barones iguales en poder y nobleza los determinó á tomar la audaz resolucion de arrebatar el poder. Convocado en Westminster y en 2 de mayo de 1258 el gran consejo, los barones se presentaron en él armados de pies á cabeza, y cuando Enrique penetró en la sala sacaron las espadas. „¿Me haceis prisionero?" preguntó el monarca. Nó, dijo Bigod, pero vuestra parcialidad á favor de los estrangeros y vuestras profusiones han arruinado el reino, y pedimos que la administracion del estado se confie á una junta de barones y obispos que con buenas leyes corregirán los abusos. Comenzóse en seguida una violenta discusion entre Leicester y Guillermo de Valence hermano de la reina; pero Enrique hubo de ceder á la necesidad y señaló la ciudad de Oxford para congregar otra asamblea á fin de que se

adoptasen las convenientes medidas. En el dia fijado trasladáronse allí los barones con un reducido ejército compuesto de vasallos, y de hecho el rey quedó prisionero suyo. Nombráronse veinte y cuatro comisionados, doce por cada una de las dos partes, para que redactasen los artículos de una nueva Carta, y se les recibió juramento de que reformarian el estado, consultando la mayor honra de Dios, el servicio del monarca y el procomunal. Los comisionados nombraron cuatro de entre ellos, dos por cada parte, y estos eligieron quince personas para formar el consejo de estado. A despecho de esta apariencia de imparcialidad los barones dispasieron de la mayor parte de las plazas del consejo, y el sobrino y los hermanos del rey y sus principales partidarios quedaron esduidos. Los cargos de justicia mayor, de gran tesorero, y de gran canciller fueron conferidos á los amigos de Leicester quien alcanzó asimismo que los castillos pertenecientes al rey quedasen en guarda de sus adictos, quienes debian conservar su gobierno durante doce años, despues de los cuales los entregarian al monarca ó á sus herederos con tal que para ello mediase órden del consejo. El canciller y el justicia no podian obrar sino bajo la inspeccion y en nombre del mismo consejo, el cual por este medio se halló revestido con todas las prerogativas del poder.

Arreglados estos preliminares se empezó la obra de la reforma decidiendo: Primero: que los terratenientes de cada provincia elegirian cuatro caballeros para informarse de los abusos introducidos por la administracion real y dar cuenta de ellos al parlamento. Segundo: que los terratenientes nombrarian anualmente un jerife. Tercero: que los parlamentos se reunirian tres veces al año en febrero, junio y octubre, y á fin de ahorrar á muchos diputados los gastos que exigian tan frecuentes viages se eligieron doce personas encargadas de representar á la comunidad: es decir, á los que debian componer el parlamento que eran los condes, los barones, y los feudatarios de la corona. Resolvióse ademas que lo que hiciesen los doce de acuerdo con el consejo de estado tendria fuerza de ley cual si lo hubiese hecho el parlamento entero. Estas resoluciones á las cuales se dió el nombre de Estatutos de Ox-

ford (1) fueron vivamente resistidas por parte de muchos señores. El príncipe Eduardo heredero del trono los juró con mucha repugnancia, y Enrique hijo del rey de romanos declaró que no eran obligatorios puesto que su padre que se hallaba entonces en Alemania no habia podido sancionarlos. Los hermanos uterinos del rey y los parientes de la reina se unieron á los descontentos, pero Leicester los compelió en justicia acusándolos de cohecho y de violencia, y entonces temiendo por su vida y por su libertad, se marcharon ocultamente de Oxford para refugiarse en el castillo de Wolvesham perteneciente al obispo de Winchester; pero sitiados allí por los barones consintieron en espatriarse. Cuando la caida de estos allanaba á Leicester el camino del poder, su gozo fue turbado por la venida de Ricardo rey de romanos que volvia á Inglaterra á buscar fondos, puesto que los tesoros que llevó consigo para asegurar su eleccion fueron distribuidos entre sus partidarios. En el momento en que se embarcaba en Saint-Omer, recibió una órden en que se le prohibia presentarse en Inglaterra á menos de jurar antes la observancia de los Estatutos de Oxford. Por mas que este mensage irritase su orgullo, obligado por la necesidad hubo de prometer que obedeceria luego que recibiese órden del rey para ello, la cual le fue entregada en el momento de llegar á Cantorbery en donde prestó el juramento exigido. Los veinte y cuatro barones revestidos de la autoridad se dividieron el poder usurpado y colocaron á sus adictos en todos los destinos y hasta en la misma casa real. Cuando en la asamblea de Westmister se encargaron de la direccion de los negocios contrajeron la obligacion de concluir todas las reformas antes de navidad y de dejar en aquella época el gobierno de que se habian apoderado; pero lejos de satisfacer las esperanzas de la nacion de dia en dia retardaban el momento de desprenderse de su encargo. No contentos con esto hicieron en nombre del rey un manifiesto diciendo que no podian

---

(1) El parlamento en donde se establecieron estos Estatutos se llamó el *Parlamento insensato*.

reformarse los abusos sin tomarse el tiempo necesario para conocerlos bien, y que seria una locura no conseguir aquel importante objeto adoptando medidas incompletas y precipitadas. Sin embargo la desmedida ambicion de Leicester empezaba á dar motivo de queja á sus compañeros, y las acaloradas discusiones parecian muy próximas á disolver aquella tiránica confederacion, cuando un nuevo incidente puso repentino fin á sus diferencias. Los caballeros diputados de las provincias dirigieron una peticion al consejo rogándole que apresurase el cumplimiento de las reformas prometidas, recordándole que hacia ocho meses que tenia un poder absoluto y que la nacion esperaba con impaciencia el resultado de sus trabajos. Los peticionarios solicitaban al mismo tiempo un apoyo para su reclamacion al príncipe Eduardo; mas este, bien le contuviera el juramento que habia proferido, bien rehusara declararse, se escusó diciendo que debia respetar los Estatutos de Oxford cuyo mantenimiento no habia jurado en vano; pero hizo entender á los barones que no dilatasen por mas tiempo el término de sus trabajos. Hostigados asi por todas partes los reunidos publicaron un proyecto de reforma cuyos principales artículos tenian por objeto regularizar y hacer mas imparcial la administracion de justicia, puesto que se instalaban cuatro comisarios para inspeccionar la conducta de los magistrados en todos los tribunales, se encargaba á cuatro caballeros elegidos en cada comision que hiciesen entender sus deberes al jerife, y que en caso de faltar á ellos lo denunciasen al justicia mayor: tales eran en resúmen los artículos de esta ley de reforma por tanto tiempo y con tanta impaciencia esperada, y contra cuyos autores se mostró un general descontento que preparó á Enrique el camino para emanciparse de su tutela.

Dos años habia que Enrique no tomaba parte alguna en el gobierno, pero observando en silencio la marcha de los sucesos espiaba el momento oportuno para sacar partido de ellos. Con no poco contento vió pues el desagrado del pueblo y las disensiones que bien pronto ocurrieron entre Glocester y Leicester, el primero de los cuales queria detenerse en la carrera en que su ambicion le precipitó, mientras que el segundo deseaba llegar hasta el último

estremo de ella. La discordia vino á tal punto que Leicester tomó el partido de retirarse á Francia. Las cosas no se hallaban todavía en sazon tal que el rey pudiese recobrar inmediatamente su autoridad porque tenia falta de soldados, mientras que los barones estaban sostenidos por numerosos vasallos. En tales circunstancias juzgó Enrique que le convenia asegurarse el apoyo de la corte de Roma, desabrida entonces con sus adversarios, que para hacerse populares habian despojado de sus beneficios á los italianos. Absuelto por el papa del juramento que prestó á los Estatutos de Oxford y seguro de que escomulgaria á sus enemigos, manifestóse Enrique á cara descubierta, y habiendo convocado inopinadamente el consejo nacional tomó el tono de señor y vituperó á los que se encargaron de reformar el estado de que habian eludido sus promesas trabajando solo en provecho suyo y sin pensar mas que en enriquecerse y en perpetuar su mando. Concluyó diciendo que estaba resuelto á echar mano de otros medios á fin de procurar á sus vasallos las ventajas que se les habian prometido. Apoderóse en el acto de la torre de Londres en donde se guardaba el tesoro público; mandó cerrar las puertas de la capital; dispuso que todos los habitantes cuya edad pasase de doce años le prestaran juramento, y espidió una órden para que todos los caballeros de los condados estuviesen dispuestos á acompañarle armados en el próximo parlamento. Los barones levantaron tropas y fueron á acampar en las inmediaciones de la capital; mas como ninguno de los dos partidos deseaba llegar á las manos se convino en esperar la vuelta del príncipe Eduardo que habia ido á Francia para hacer ostentacion de su valor y su destreza en un torneo. Volvió en efecto, pero fue para declararse contra su padre: resolucion inesperada cuyos motivos se ignoran porque los historiadores de la época se contentan con referir los hechos sin investigar las causas. Ello es que á pesar de esto habiendo el rey aumentado su partido y disminuido el de Leicester en términos de quedarle á este muy pocos adictos, recobró el ejercicio de la autoridad nombrando justicia mayor á Felipe Basset y gran canciller á Walter de Merton en reemplazo de Hugo Despenser y de Nicolas de Ely, á quienes los barones habian conferido

aquellas dignidades. Cambió los jerifes de las provincias, los gobernadores de los castillos, y despidió de su casa á todos los que tuvieron entrada en ella durante aquellos sucesos. El poder real sin embargo estaba lejos de ser reconocido en todo el reino, pues en Londres mismo los magnates y los principales ciudadanos sustentaban al rey, mientras que el corregidor y el pueblo defendian á Leicester á quien la muerte habia librado de su rival el conde de Glocester, cuyo hijo abrazó sus intereses. Volvió pues á Inglaterra y se puso á la cabeza de los barones que asolaban las tierras de los realistas, y de todos los que huian de alistarse en sus banderas. Convocáronse uno tras otro dos parlamentos, en uno de los cuales Leicester se atrevió á proponer que se nombrasen nuevos comisarios cuyos poderes durasen toda la vida del monarca y la de su hijo. Era imposible que las cosas continuaran en el mismo estado, y asi fue que se rompieron las hostilidades, dándose principio á ellas con la sorpresa de Douvres que intentó y no pudo conseguir el monarca. Como las fuerzas de los dos partidos eran iguales, Enrique y los barones hostigados por sus partidarios hubieron de tratar de conciertos, y se convino en elegir por árbitro á Luis XI rey de Francia, que adornado con todas las virtudes de un rey y de un anacoreta admitió aquel espinoso encargo. Habia demostrado ser hombre íntegro, cuando algunos años antes los barones por la vez primera despojaron de su autoridad á Enrique, pues entonces Luis lejos de abusar de su posicion para exigir condiciones gravosas le volvió los territorios del Poitou y de la Guyena que la suerte de las armas puso en sus manos, exigiendo solamente la definitiva cesion de la Normandía y de las otras provincias conquistadas por Felipe Augusto. En vano procuró mas tarde conciliar á Leicester con su soberano, y nombrado árbitro ahora discutióse aquel grave asunto en Amiens en donde fueron convocados los Estados generales en presencia de Enrique y de Pedro hijo de Leicester. Despues de una madura deliberacion profirió Luis la sentencia declarando que los Estatutos de Oxford serian anulados como atentatorios á los derechos del príncipe: que este recobraria sus castillos; nombraria todos los empleados; que los estrangeros

serian á la par que los ingleses reconocidos aptos para obtener dignidades del estado, y que concederia una amnistía completa, manifestando ademas que con esta declaracion no entendia atacar de modo alguno las libertades ni los privilegios concedidos á la nacion antes del parlamento de Oxford.

Los barones descontentos de este fallo se negaron á someterse á él y sostuvieron que no podian renunciar á los Estatutos de Oxford, cuya promulgacion tuvo por objeto asegurar las libertades anteriormente obtenidas, y aun supusieron que Luis habia cedido al influjo de su muger cuñada de Enrique, de la cual se opinaba que tenia mucho ascendiente para con su esposo. Asi fue que las hostilidades comenzaron de nuevo y que la guerra civil se derramó por el reino entero. La provincia de Cornouailles y el Devonshire sostenian la causa de Enrique, al paso que el partido de los barones contrarestaba las fuerzas realistas en los condados del centro y en las fronteras del pais de Gales, y era victorioso en la capital y en los distritos inmediatos. El corregidor de Londres adicto á Leicester mantenia en su devocion al pueblo bajo, y la ciudad se hallaba en un estado de anarquía amenazador de grandes desastres. Muchos señores á cuya cabeza estaban los condes de Glocester, de Derby, y Hugo Despenser, justicia mayor, eran los directores del populacho y atacaron los palacios del rey de romanos, y de Westminster y las casas de los ciudadanos ricos, conocidos por su adhesion al partido realista. Los jueces del banco real y los barones del tribunal de hacienda fueron encarcelados; los alborotadores se apoderaron del dinero que pertenecia á los banqueros y á los comerciantes estrangeros que para mayor seguridad estaba depositado en las iglesias, y finalmente cogieron á quinientos judíos de todas edades y de ambos sexos. Despenser habiendo exigido rescate á los opulentos abandonó á los otros al furor del populacho que despues de quitarles hasta el vestido los asesinó sin misericordia. Uno de los barones llamado Fitz Juan fue á matar á un israelita en su casa misma, le robó cuanto tenia, y para poner su robo en seguro se lo repartió con Leicester.

Entre tanto el príncipe Eduardo que á su vuelta de Francia hi-

zo causa comun con los barones, los abandonó muy luego y en union con el rey convocaron á los enfiteotas de la corona, y despues de un sitio se hicieron dueños de Northampton, de Leicester y de Nottingham, cogieron prisioneros á catorce barones, á cuarenta caballeros, á muchos hombres de armas y á Simon primogénito de Montfort gefe de los rebeldes. El ejército real hizo levantar el sitio de Rochester y puso sus cuarteles en Lewes ciudad de la provincia de Sussex. Reforzado Leicester con las milicias de Londres que ascendian á mil quinientos hombres y con muchos partidarios resolvió marchar contra el enemigo enviando por delante un mensage en que protestaba al soberano que solo hacia la guerra para libertad al príncipe de los ministros que abusaban de su confianza con perjuicio del pueblo. Enrique contestó con un desafío dirigido á Montfort y á sus adictos, mientras que el príncipe Eduardo y el rey de romanos los retaban tambien á singular combate como traidores y embusteros. Leicester replicó declarando que renunciaba á la obediencia y á la fidelidad juradas al rey, y al momento se preparó á la batalla mandando á sus soldados que se cosiesen una cruz en la espalda y en el pecho y que cumpliesen con sus deberes religiosos. Al asomar el alba del dia siguiente se puso en marcha, y dejando los bagages á dos millas de Lewes bajó á la llanura; mas antes de dar la señal de ataque hizo salir de las filas al conde de Glocester y á muchos otros barones jóvenes y los armó caballeros. Comenzó el choque por la milicia de Londres que fue rota y dispersada por una impetuosa carga del príncipe Eduardo que queria vengar en ella los ultrages hechos á su madre; pero llevado de su ardor persiguió á los fugitivos hasta tres millas lejos del campo de batalla. Leicester se aprovechó de esta falta, y cayendo con todas sus fuerzas sobre el grueso del ejército penetró hasta Enrique que circuido de enemigos y habiéndole muerto el caballo hubo de rendirse lo mismo que su hermano rey de romanos y muchos caballeros de alta clase. Volvió finalmente el príncipe Eduardo y bramó de ira al saber que su padre, su tio y los principales gefes habian caido en manos de los enemigos. Bien quisiera comenzar de nuevo la lucha, pero abandonado

por los suyos hubo de retirarse. Sus tios, hermanos uterinos de Enrique, el conde de Warenne y muchos otros señores huyeron hasta Pevensey en donde se embarcaron para el continente. Hallándose Eduardo casi solo la necesidad le obligó á terminar con Leicester un ajuste en virtud del cual se convino en que fuesen puestos en libertad los prisioneros de ambas partes; en que quedasen en su fuerza y vigor los Estatutos de Oxford, aunque pudiendo ser reformados por el parlamento, el cual daria este encargo á cuatro comisarios, eligiéndose en árbitros para el caso de que estos no pudiesen conformarse al duque de Anjou hermano del rey de Francia y á cuatro señores franceses. Estipulóse ademas que Eduardo y su primo hijo del rey de romanos se quedarian en rehenes hasta la completa ejecucion de lo resuelto. Este tratado conocido con el nombre de convenio de Lewes, puso en manos de Leicester á toda la familia real cuyos individuos fueron tratados por él muy diversamente. El rey de romanos fue recluso en el castillo de Wallingford; Eduardo y su primo confiados á la custodia del gobernador de Douvres que los vigiló severamente; y con respecto al rey, guardóle Leicester todas las esteriores consideraciones de respeto, pues su nombre le sirvió para dar color á los actos de su tiranía. Con el especioso pretesto de conservar la tranquilidad pública, prohibió llevar armas sin permiso especial que solo concedía á sus adictos, cambió todos los gobernadores de los castillos que pertenecian al rey y todos los oficiales de la casa de este, y envió á los condados nuevos magistrados con el título de conservadores de la paz, los cuales debian ejercer las funciones de los jerifes, y últimamente espidió una órden en virtud de la cual el rey delegaba para que eligiesen los miembros del consejo de Estado á tres personas que fueron Glocester, el mismo Leicester y el obispo de Exeter. Estas tres personas estaban autorizadas para formar un consejo compuesto de nueve señores á los cuales se confirió una autoridad ilimitada que debian ejercer sin estar sujetos á censura alguna hasta la convocacion del parlamento, y que podian ser removidos segun pluguiera á los electores.

Concentrada de este modo toda la autoridad en manos de Lei-

cester soltó el freno á su avaricia apropiándose el rescate de los prisioneros hechos en la batalla de Lewes; permitió á los habitantes de Cinq-Ports que se dedicasen á la piratería de cuyos provechos participaba, y finalmente convocó un parlamento cuyos miembros elegidos por los conservadores ratificaron la forma de gobierno que él habia establecido mientras que continuaba reinando en nombre de Enrique. La reina Eleonora esposa de este, secretamente ausiliada por el papa y por el rey de Francia levantó un ejército para invadir la Inglaterra mas como los vientos durante muchas semanas detuvieron su escuadra en el puerto se acabó el plazo para el cual los soldados se habian comprometido y todos se dispersaron. Simultáneamente el papa nombró por su legado en Inglaterra al cardenal Guido el cual debia escomulgar á Leicester y á sus adictos si no restablecian en sus derechos al monarca cautivo; pero como Leicester manifestó públicamente que haria matar al legado si osaba poner los pies en el reino, contentóse el cardenal con encargar la bula de escomunion á varios obispos ingleses que encontró en Boulogne. Al llegar estos prelados á Douvres, entregaron la bula de que eran portadores, la cual fue hecha pedazos y Leicester despachó mensageros á Roma para sostener su queja contra el legado. El trono pontificio habia quedado vacante; y cuando los embajadores ingleses llegaron á Roma acababa de ceñirse la tiara con el nombre de Clemente IV el mismo cardenal Guido. Leicester precisado á defenderse contra los realistas y á contener á los barones de su partido, zelosos y cansados ya de su tiranía, trató de robustecer su poder convocando un parlamento, al cual tuvo cuidado de llamar tan solo á los prelados y barones de su devocion, al mismo tiempo que con el fin de grangearse el favor popular dispuso que cada condado eligiese dos caballeros para formar parte de la asamblea y cada ciudad dos diputados. Aquella fue la primera vez que el pueblo tomó parte en el parlamento, pues hasta entonces solo los prelados y los barones tuvieron este privilegio, esceptuándose sin embargo el ejemplar dado en tiempo del rey Estéban, pues entonces los diputados de Londres se mezclaron con la nobleza y con el clero en las de-

liberaciones mas importantes. Leicester árbitro del parlamento se valió de él para humillar á algunos barones cuyo influjo podia ser peligroso á su dominio. Hizo prender á varios de ellos, y sin duda verificara lo mismo con otros á no haberlo estos prevenido yendo á buscar un asilo en el pais de Gales. Aunque Leicester parecia dominar la opinion veíase muchas veces obligado á ceder á ella, y hé aqui la causa porque fingió que queria poner en libertad al príncipe Eduardo, pactándose que residiria en el mismo lugar que su padre y que entregaria á Leicester muchas ciudades y castillos, obligándose ademas á permanecer en el reino durante tres años so pena de quedar desheredado, y convino finalmente en que no tendria cerca de sí sino las personas que el consejo de estado eligiese. Pactóse asi bien que el rey y su hijo jurarian cumplir estas condiciones, prometiendo no impetrar del papa la relevacion del juramento. Con el objeto de dar mas fuerza á este tratado se redactó en forma de real órden firmado por el rey, y se envió á todos los jerifes con mandato de que dos veces al año fuese públicamente leido en la corte del condado. Con este arreglo el príncipe Eduardo no hizo mas que mudar de prision y fue conducido á Westminster en donde era escrupulosamente espiado y le estaba prohibido dar un paso sin permiso de Leicester. Gozaba este mientras tanto del favor popular que supo grangearse muy particularmente concediendo á la clase media el derecho de tener sus representantes en el parlamento, mientras que las esterioridades con que manifestaba su devocion le habian hecho el ídolo del pueblo. A favor de sus intereses militaba tambien una parte del clero con la esperanza de que Leicester lo sostendria contra las exigencias del rey y del papa, y aun hubo predicadores que en el púlpito ensalzaron sus virtudes, dándole los dictados de padre de los pobres y vengador de la Iglesia, por mas que el legado hubiese lanzado contra él una escomunion. Por estos medios la autoridad de Leicester fue reconocida en todo el reino. Algunos lores habitantes de las fronteras de Escocia y del pais de Gales tomaron las armas contra él; pero fueron batidos y desterrados. A pesar de todo esto el poder de Leicester con tantos trabajos solidado cayó mas pronto de lo que

hubieran podido imaginar sus mismos enemigos. Ocupaba el primer rango entre los señores que contribuyeron á su ensalzamiento el conde de Glocester cuya ambicion no podia tolerar que Leicester hubiese concentrado en sus manos todo el poder para no dividirlo con nadie, y de aqui provinieron desavenencias y discordias que se apaciguaban y renacian muy pronto. La caida del conde de Derby, y de algunos otros barones que fueron presos por simples sospechas hizo temer á Glocester que le cupiera algun dia la misma suerte; y á fin de prevenirse dejó á Londres so pretesto de visitar sus castillos, los hizo fortificar y se confederó con los señores fronterizos del pais de Gales. Con este ausilio y con el de los desterrados que desde Escocia y de otros puntos se le reunieron abrazó públicamente la causa del rey.

Apenas llegaron estos acontecimientos á noticia de Leicester cuando hizo declarar traidores al conde y á sus adictos y se puso en marcha á la cabeza de un ejército, llevando consigo al príncipe y al rey. Llegado á Hereford abriéronse negociaciones en las cuales los dos gefes trataban de engañarse mutuamente, pero Glocester no se daba prisa en combatir, y su principal objeto era arrebatar al príncipe. Un dia en que Eduardo se paseaba acompañado de sus guardias propuso á algunos de ellos que probasen la ligereza de sus caballos, y cuando con este ardid los hubo cansado hizo una señal á un hombre que iba cerca de él montado en un caballo y que llevaba otro por las riendas, y saltando sobre este y diciendo á Dios á sus guardias partió como una saeta, y á pocos pasos encontró una partida de hombres armados que lo recibieron con repetidas y entusiastas aclamaciones. En el castillo de Wigmore se reunió al dia siguiente con Glocester que le ofreció su ausilio con la condicion de que en lo sucesivo el rey su padre gobernaria con arreglo á las leyes, separando de su lado á los estrangeros. Comprometióse á ello el príncipe y se puso á la cabeza de las tropas cuyo número se iba engrosando al paso que se hacia pública la noticia de haberse el príncipe evadido. Leicester se encontró de repente en la posicion mas crítica, pues habia pasado el Severn y los enemigos habian roto los puentes: á pesar de esto pudo avisar

á su hijo Simon que se puso en marcha inmediatamente, pero que habiéndose detenido muchos dias en el castillo de Kenilworth para esperar nuevas órdenes de su padre fue sorprendido por Eduardo que puso en fuga á sus soldados é hizo prisioneros á la mayor parte de los barones que lo acompañaban. El mismo dia de la derrota de Montfort, Leicester vadeando el Severn pasó á Evesham con el objeto de llegar á Kenilworth para reunirse á su hijo cuya derrota ignoraba; pero Eduardo vuelto á Worcester con los prisioneros salió de aquella ciudad en el mismo dia, y llegado á Evesham al amanecer del siguiente se detuvo en una colina en direccion de Kenilworth dejando dos divisiones de su ejército en la carretera. Como las tropas realistas mandadas por el príncipe llevaban las banderas quitadas á Simon de Montfort, Leicester creyó que aquel era el ejército de su hijo; y al conocer finalmente su error, dijo en voz alta dirigiéndose á los suyos: „Dios tenga piedad de nues- „tras almas, pues con respecto á nuestros cuerpos estan á merced „del príncipe Eduardo." En seguida hincóse de rodillas y despues de haber dirigido al cielo una plegaria, principió la batalla á las dos de la tarde. El ejército de Leicester envuelto por todas partes hizo la mas brava resistencia hasta que cayeron muertos el gefe y su hijo Enrique. El encarnizamiento fue tan grande que perecieron todos los barones y caballeros del partido de Montfort y solo diez pudieron librarse de aquella matanza. El rey colocado al frente de las tropas hubo de tomar parte en la pelea, y sin duda hubiera muerto cuando herido en la espalda cayó del caballo, á no haber gritado á un guerrero que iba á atravesarlo con la espada: detente, miserable; soy tu rey, soy Enrique de Winchester. Eduardo que combatia allí cerca acudió á su socorro y pudo salvarlo. El cuerpo de Leicester encontrado en medio de los muertos sufrió indignos ultrages, pues entre otros enemigos suyos Mortimer que era uno de los refugiados de Escocia le cortó la cabeza y se la envió á su muger como un trofeo de la victoria, y como testimonio de que su venganza estaba cumplida. Asi murió el conde de Leicester de quien no puede negarse que poseia casi todas las grandes calidades que forman á los héroes, pues conduciéndose como guerrero va-

leroso y á fuer de político hábil, se hizo dueño del poder y supo conservarlo amalgamando con su causa los intereses del pueblo y del clero. De estos sacó su fuerza y llegó á reinar en nombre del monarca que fue un ciego instrumento de su voluntad. Su gobierno aunque tiránico trajo beneficios al pais, al cual allanó el camino de la libertad. Se engañaria sin embargo quien creyese que obraba de este modo por patriotismo, puesto que solo trató de servir á su ambicion. Aunque en los campos de batalla trajo á la memoria el valor de su padre, no fue cruel como este, y consiguió que su pueblo le amara cuando el otro no habia logrado mas que ser temido. El pueblo que veneraba su memoria, mucho tiempo despues de su muerte iba á orar sobre su sepulcro; los monges hácia los cuales habia mostrado Leicester tanta deferencia quisieron hacer de él un santo, aunque murió escomulgado, y uno de ellos ocupa nueve páginas de sus anales contando los milagros que obraron los restos de este mártir. La victoria de Evesham puso otra vez el cetro en manos de Enrique, que muy luego reunió un parlamento en Westminster del cual se sirvió para satisfacer su ambicion mas bien que su venganza. Solo la condesa de Leicester y su familia fueron desterrados. La ciudad de Londres que tan adicta se habia mostrado al usurpador fue despojada del derecho de elegir los magistrados y del de tener cadenas y puertas, y ademas fue condenada á una gruesa multa. Revocáronse las donaciones hechas por Leicester, y los bienes de sus amigos fueron confiscados; pero como mas adelante el rey concediera perdon á todos los que hubiesen abrazado el partido de Leicester contra su voluntad, la mayor parte de los culpables echando mano de esa escepcion y pagando algun dinero lograron eludir el castigo. Aquellos sin embargo que no pudieron satisfacerlo se refugiaron en las montañas, en donde durante dos años sostuvieron una guerra de guerrillas. Simon de Montfort que se habia fortificado en la isla de Axholm hubo de capitular; y sometidos tambien los habitantes de Cinq-Ports, dirigióse Eduardo contra Adam de Gourdon que encastillado en los bosques de Hamshire derramaba el terror en los lugares inmediatos. Sorprendióle el príncipe en su campo, y habiendo empeñado

con él un singular combate, despues de una reñida lucha Eduardo lo hirió y le hizo prisionero; mas queriendo premiar el valor con que habia combatido perdonóle y le restituyó los bienes. Adam supo corresponder á esta generosidad, pues en adelante fue siempre uno de los mas fieles y adictos servidores del príncipe. Solo faltaba someter el castillo de Kenilworth que pertenecia á Simon de Montfort, y la isla de Ely último asilo de los descontentos; mas como el rey habia conocido que las severas medidas dictadas contra los partidarios de Leicester no surtian el deseado efecto, resolvió adaptar otras mas dulces, y nombrada con este objeto una junta de doce prelados y barones en el parlamento de Winchester redactó una acta llamada *Dictum de Kenilworth*, en virtud de la cual los culpables se dividieron en tres clases, y á todos se les dió facultad de redimirse, mediante cantidades que equivalian á las rentas de muchos años y que se graduaban segun la gravedad de los hechos de que eran acusados. Mientras que el monarca se ocupaba en pacificar el reino el conde de Glocester creyéndose mal recompensado de sus servicios sublevó á los habitantes de Londres; mas como Enrique reuniese un numeroso ejército, aquel hubo de implorar su clemencia, y gracias á la mediacion del rey de romanos obtuvo el perdon comprometiéndose á pagar veinte mil marcos en el caso de que faltase á su deber. Precaucion singular y que prueba que los mismos reyes estaban tan convencidos de la impotencia de las leyes que no se atrevian á invocarlas contra los grandes. La sumision de Glocester produjo bien pronto la de otros insurrectos, los cuales entregaron el castillo de Kenilworth y la isla de Ely, y pudieron gozar de la amnistía concedida en el *Dictum* antes mencionado.

Restablecida la tranquilidad Eduardo resolvió tomar la cruz para ir á pelear en Palestina, en donde á despecho de las victorias alcanzadas al principio por los cristianos recobraron los infieles todas las plazas perdidas. Apenas Luis de Francia se vió libre de la prision con que terminaron sus anteriores derrotas, se cruzó de nuevo y fue á desembarcar cerca de Túnez impulsado á ello por su hermano Cárlos que cuando fue rey de Sicilia quiso obligar al bey á que le pagase el tributo que satisfacia á sus predecesores.

Poco antes de salir de Inglaterra Eduardo devolvió á los ciudadanos de Londres la Carta que habian perdido por efecto de sus repetidas rebeliones, y alcanzó de su padre el perdon del conde de Derby, cuya traicion habia el rey castigado con una condena severa. El príncipe se llevó consigo á su esposa Eleonora y obligó á Glocester y á los barones mas turbulentos á que le siguiesen, pero cuando llegó al campo de los cristianos Luis acababa de espirar en brazos de su primogénito, el cual bien pronto dió la vuelta á Francia con su ejército. A despecho de esto Eduardo insistió en trasladarse á Palestina con las tropas que llevaba, y en Jaffa estuvo en mucho riesgo de perecer á manos de un asesino, á quien sin duda armó el fanatismo religioso. Despues de una corta residencia en aquel pais, y habiendo ajustado una tregua de diez años, diez meses y diez dias desembarcó en Italia resuelto á permanecer allí hasta la primavera para trasladarse entonces á Inglaterra, puesto que en aquella época nadie osaba surcar el mediterráneo durante el invierno (1). Enrique hijo del rey de romanos primo de Eduardo y que iba con este llevado de curiosidad, se trasladó á Viterbo para asistir á la eleccion del nuevo papa, y fue asesinado en una iglesia por Simon y Guido de Montfort hijos de Leicester que lo mataron, segun ellos mismos dijeron, para vengar la muerte que habia sufrido su padre en la batalla de Evesham, en la cual Enrique no se encontró porque se hallaba prisionero. Ricardo elegido entre tanto rey de romanos conservaba pretensiones al trono imperial. Volvia de presidir una dieta en Worms cuando supo el trágico fin de su hijo á quien sobrevivió muy pocos meses, siguiéndole tambien al sepulcro muy en breve su hermano el rey Enrique

---

(1) Mucho nos admira ver que el autor sienta esta proposicion con una generalidad tan absoluta. En nuestra historia de España hemos dado noticia aunque sucinta de las espediciones militares de los catalanes en tiempo de los condes de Barcelona, y entre ellas las hay marítimas muy célebres, muy grandes y muy arriesgadas para las cuales cruzaban nuestros abuelos el mediterráneo en verano y en invierno segun les convenia. En la época de que trata el autor hacia mas de un siglo que el condado de Barcelona formaba un solo reino con Aragon y por consiguiente habia mas de cien años que á fuer de conquistadores habian surcado el mediterráneo en todas épocas del año los catalanes para quienes la estacion era obstáculo liviano é incapaz de detenerlos.

(Nota del Traductor).

que murió en Westminster en 20 de noviembre de 1272 á la edad de sesenta y seis años y despues de cincuenta y seis de reinado. Fue inhumado en la iglesia de la abadía á la cual tres años antes habia hecho trasladar con gran pompa los restos de Eduardo el *Confesor*.

Este reinado que es uno de los mas largos de la monarquía merece llamar la atencion de la historia, nó porque en él descuellen grandes hechos del príncipe, sino por las instituciones políticas que comenzaron á arraigarse en el pais por entonces. El monarca no tenia ni grandes vicios ni grandes virtudes. En cualquiera otra época hubiera sin duda reinado pacíficamente; mas el triunfo conseguido por los barones en tiempo del rey su padre debia producir turbulencias, puesto que si lograron humillar al soberano, no pudieron arrancarle suficientes garantías para que cumpliese sus promesas: de aqui los esfuerzos del rey para emanciparse de la tutela á que le sujetó la fuerza, y de aqui la resistencia de los barones á fin de asegurar el mantenimiento de los derechos conquistados. Hemos dicho antes de ahora que las rentas del rey estaban limitadas á los productos de sus dominios y á los subsidios que exigia de sus enfiteotas; mas siendo estos recursos insuficientes hubo de exigir un impuesto á los que no eran feudatarios de la corona. Simultáneamente el desarrollo del comercio enriquecia á los pueblos disminuyendo los réditos de los feudos y aumentando la opulencia de la clase media. En ella pensó apoyarse Leicester para hacer resistencia al poder real; y sin duda aquella clase unida á los barones podia dar la preponderancia á Leicester; pero fue necesario comprar su apoyo y dar entrada en el gran consejo de estado á los diputados de la masa popular. Tal fue el orígen de las revoluciones que distiguieron el reinado de Enrique III y forzaron á su sucesor, hombre político y de carácter firme, á sancionar las innovaciones introducidas en el gobierno. En aquella época no habia cosa alguna regulada de una manera fija, y asi es que para conseguir el enderezamiento de los mas grandes desafueros no se conocia otro recurso que apelar á las armas. La victoria solo cambiaba la mano de la tiranía, y hé aqui por qué se conoció muy luego la necesidad de redactar la ley política del pais y de traba-

jar á fin de que por medio de instituciones se asegurase la ejecucion debida. Como la primera y mas importante de dichas instituciones se presenta desde luego el establecimiento de una asamblea permanente compuesta de individuos pertenecientes á todas las clases de la nacion, y que en este concepto podia mantener encerrado en sus límites al poder real y hacerle resistencia sin peligro de destruirlo. Tal fue el resultado de la Constitucion formulada por Simon de Montfort que fue el primero que introdujo caballeros y pecheros en el cuerpo legislativo, en el cual no habian figurado sino accidentalmente, sin que se sepa con bastante exactitud el título con que lo hicieron. Algunos historiadores han creido que al obrar de esta manera quiso Leicester grangearse la adhesion de la clase media para contrarestar con ella á los barones aliados suyos; pero no es creible que llevase sus miras tan adelante, y aunque quizás pensó echar mano de la fuerza popular como de un espediente, no podia adivinar que una vez introducida en el estado aquella fuerza triunfase de todas las restantes. Pócos son los hombres que poseen el don de adelantarse á su siglo, sobre todo en el de Montfort en el cual nadie se dedicaba á estudiar el juego de las instituciones políticas. No se de nuestro objeto esclarecer la oscuridad que cubre la institucion del parlamento, acerca de lo cual se han suscitado debates que no estan terminados todavía: basta pues que hayamos indicado á nuestros lectores los principales resultados que produjo aquel grande acontecimiento.

Volvamos á Enrique III á fin de esplicar en cuanto nos sea dable su posicion y estimar en lo que vale su gobierno. Como una consecuencia de los cambios que la marcha de los negocios introdujo en la sociedad, Enrique fue entre todos los reyes normandos el que disfrutó menos rentas. Asi es que sus gastos anuales no pasaban de veinte y cuatro mil marcos, y durante todo su reinado que fue de medio siglo no exigió de la nacion otros subsidios estraordinarios que dos quincenos, un trigésimo y un cuadragésimo para los gastos de la guerra de Palestina. Dos recursos únicos le quedaban al rey, que eran el clero y los judíos, de los cuales el primero

se resistia á pagar cediendo tan solo cuando se ponian de acuerdo el papa y el monarca, cosa que raras veces sucedia. Los obispos dueños de grandes posesiones territoriales tomaron parte en el gran consejo nó como sacerdotes sino como señores feudales, puesto que cumplian los mismos deberes que los enfiteotas del príncipe. El clero inferior disfrutaba de sus bienes sin pagar por ellos cosa alguna, pero los monarcas resueltos á atacar esta inmunidad despues de exigir contribuciones con título de ausilios á los prelados, quisieron que contribuyesen tambien los eclesiásticos de cada diócesis. En vano alegaron los obispos que no podian disponer de la piedad agena, pues en 1206 el rey Juan llamó al gran consejo nacional á todos los abades y priores, y obtuvo de ellos un trigésimo: escribió en seguida á los arcedianos y curas para exortarlos á imitar este ejemplo, y á fin de que le dijesen la cantidad con que pensaba contribuir cada uno de ellos. Posteriormente Enrique encargó á los obispos que reclamasen para él una contribucion voluntaria del clero, y mas tarde mandó que convocasen á parlamento á los abades y priores que no eran enfiteotas de la corona. Al fin se estableció la costumbre de enviar una órden á los deanes y arcedianos, y estos hubieron de presentarse con poderes de los colegios, comunidades y miembros del clero inferior de que eran gefes. Cuando la corte de Roma pedia un subsidio al clero formaba este una asamblea á fin de resolver acerca de la materia, y de este medio se valió Eduardo I sucesor de Enrique III, pues como al parecer el clero queria mas bien esto que ir al parlamento, este príncipe durante su reinado le dispensó de ello, bastándole que los eclesiásticos congregados le concediesen los fondos que le hacian al caso.

Los judíos colocados fuera de la ley estaban á merced del monarca que les arrancaba el dinero segun eran su carácter ó las públicas exigencias. Los judíos gracias á sus exorbitantes usuras poseian la mayor parte de las riquezas del reino, y asi cuando el real tesoro estaba exausto se escogian algunos judíos para que lo llenasen. En 1250 y reinando Enrique III, Aaron de York pagó mas de cuarenta mil marcos. De tiempo en tiempo se exigian de los hebreos exorbitantes cantidades, sin embargo de lo cual jamas pu-

do empobrecérselos pues con su laboriosidad y su espíritu mercantil rehacian muy pronto las pérdidas sufridas.

Enrique III promulgó leyes muy sabias entre las cuales es digna de mentarse la que fijó la condicion de los hijos bastardos. El derecho comun era en esta materia contradictorio con el canónico, pues el primero escluia de la sucesion á los hijos nacidos antes del matrimonio y el segundo los admitia á la par que á los legítimos. Los tribunales civiles cuyas doctrinas eran contrarias á las establecidas en los eclesiásticos, cansados de una lucha interminable trataron de limitar los recursos á la jurisdiccion elesiástica, á la sola cuestion de si las personas de quienes en la causa se trataba habian nacido antes ó despues del matrimonio Agriamente se quejó de esta innovacion el clero ante el parlamento de Merton, mas los barones respondieron que no querian variar las vetustas leyes de Inglaterra. En el reinado del mismo Enrique III fueron abolidos los juicios de Dios condenados ya anteriormente por la Santa Sede. Esta jurisprudencia dejó de existir en la época dicha, nó por el influjo de los eclesiásticos sino merced al cambio sufrido en las costumbres que son las que modifican á las leyes, y nó estas á aquellas. Al abolir los juicios de Dios se sustituyó á ellos una nueva forma de procedimiento: desde luego los acusados sujetos á aquel juicio fueron divididos en trés clases, en la primera de las cuales estaban comprendidos los fuertemente indiciados contra los cuales habia tambien las sospechas que dispierta una conducta notoriamente mala: estos eran encarcelados hasta que el consejo hubiese decidido su suerte. La segunda clase abrazaba á los acusados de un delito poco grave y que no eran hombres de malos antecedentes: estos podian ser condenados á destierro: los reos de delitos leves eran puestos en libertad con tal que diesen caucion de que en lo sucesivo observarian buena conducta.

Deseando Enrique asegurar la tranquilidad interior de sus estados restauró la institucion de un tribunal militar establecido ya por uno de sus predecesores con el objeto de mantener la seguridad pública. Todos los barones desde quince á sesenta años que tenian una renta desde cuarenta chelines hasta quince libras es-

terinas debian procurarse armas y reunirse á fin de detener á los malhechores siempre que para ello fuesen llamados. Divididos en compañías, eran mandados por los alcaldes y tenian obligacion de hacer guardia durante la noche desde la Ascension hasta San Miguel. Si algun estrangero trataba de salir del pueblo ó de penetrar en él era detenido hasta la mañana siguiente y puesto entonces en libertad en caso de que contestase satisfactoriamente á las preguntas que se le hacian. Pasado el tiempo de la siega ningun estrangero podia permanecer en el lugar en que estuvo durante ella á no responder por él su huésped. Los mercaderes á quienes su profesion ponia en el caso de frecuentar los caminos públicos, podian pedir una escolta y si tenian la precaucion de contar delante del alcalde el dinero que llevaban, en caso de ser robados debian pagar la cantidad robada los habitantes del lugar en que se cometió el delito, como culpables de negligencia en mantener la paz del rey. Estos reglamentos eran indispensables pues interesaba estirpar á toda costa el espíritu de latrocinio que dominaba en todas las clases de la sociedad. En 1249 dos mercaderes se quejaron al rey de que habian sido robados por algunos malhechores á quienes todos los dias veian en la corte. Enrique quiso castigar á los culpables, pero lo impidieron los cómplices quienes se escusaron diciendo que habian de robar para vivir, puesto que si bien eran oficiales de la casa real el monarca no les daba cosa alguna. A pesar de esto fueron condenados á perder la mitad de lo que tenian y á dar caucion.

En tiempo de Enrique III el clero representó un papel muy importante en la política, pues el arzobispo de Cantorbery, Langton, apoyó con todo su poder las empresas de los barones cuando solicitaron de Enrique la confirmacion de la gran Carta; y no contento con esto se puso á su cabeza y los dirigió con mucho valor y acierto. Entre los eclesiásticos que entonces se distinguieron citarémos al obispo de Lincoln, célebre por sus obras y por la integridad de su conducta. Contribuyó mucho á introducir los franciscanos y dominicos, órdenes que acababan de nacer y que por de pronto fueron útiles por su celo apostólico que entonces estaba en su fervor.

De Eleonora de Provenza dejó nueve hijos de los cuales solo le sobrevivieron cuatro, á saber, Eduardo que fue el primogénito y sucedió á su padre, Egmundo que fue creado conde de Leicester y agraciado con los bienes que perdió Montfort y cuyos descendientes arrancaron el cetro á las débiles manos de Ricardo II, Margarita que casó con Alejandro III rey de Escocia, y Beatriz que fue duquesa de Bretaña.

EDUARDO I.

Aunque Eduardo hijo y sucesor legítimo de Enrique III se hallaba en Palestina cuando aconteció la muerte de este, la reputacion que en las armas tenia el príncipe y el alto concepto de que disfrutaba con respecto á la política eran seguros garantes de la tranquilidad de sus estados. El arzobispo de York, el conde de Cornouailles hijo del rey de romanos y el conde de Glocester, nombrados regentes, desempeñaron su encargo con tanto acierto que Eduardo tardó dos años en tomar posesion del trono, sin que por esto sufriese su autoridad la menor mengua. Desde San Juan de Acre llegó á Sicilia en octubre de 1272, y allí supo la muerte de su padre y en Trapani recibió un mensage en que le invitaba ir á Roma Gregorio X que habia sido ensalzado al solio pontificio, y que cuando solo era arcediano de Liege acompañó á Eduardo á Palestina. Atravesó el monarca toda la Italia como en triunfo, pues aunque su espedicion á la Tierra Santa no produjo beneficio alguno á la cristiandad, el pueblo le miraba como el campeon de la cruz y le rendia homenage. Reunióse en Civitavecchia con el papa á quien pidió justicia contra los partidarios de Montfort que en una iglesia habian asesinado á su primo Enrique de Alemania. Guido que era uno de ellos y que aun vivia fue escomulgado por el papa y espió su delito con una prision de once años. Concluido aquel negocio atravesó Eduardo el Mont-Cenis y fue á Paris en donde prestó homenage al rey de Francia por las tierras que en feudo tenia, y en vez de marchar inmediatamente á Inglaterra se fue á Guyena á fin de ver por sí mismo el estado de aquella pro-





1. **SIR ROGER** Règne de Edouard 1er (En 1289)

2. **CHEF DE CLAN ECOSSAIS** Règne de Edouard 1er (En 1306)



vincia, é invitado á un torneo por el conde de Chalons se trasladó inmediatamente allí con el objeto de acreditar su destreza en aquellos ejercicios militares en que con harta frecuencia se corrian graves riesgos. El conde de Chalons que luchaba con Eduardo habiendo querido abrazarse con él para arrojarlo del caballo fue desmontado, y aunque pidió gracia, encendido el monarca con el ardor del combate le hirió repetidas veces y rehusó admitir la espada. El resultado fue una verdadera lucha que convirtió el anfiteatro en campo de batalla en que corrió la sangre.

Algunas contestaciones que mediaron entre Eduardo y la condesa de Flandes hicieron retardar el viage de aquel á Inglaterra. Tratábase de varias cantidades reclamadas por Margarita como créditos del sueldo de su marido cuyos servicios militares habia comprado Enrique III, y la condesa para indemnizarse se apoderó de géneros pertenecientes á negociantes ingleses; mas como Eduardo hubiese abrazado una medida muy semejante á esta, la condesa envió á su hijo á Montreuil en donde se hallaba el monarca á fin de ofrecerle una reparacion completa. Reconciliados bien pronto el príncipe se hizo á la vela para Inglaterra y llegó á Westminster en donde se verificó la ceremonia de su coronacion. Desde luego ocupóse de la administracion interior de su reino purgándolo de una multitud de malhechores que á favor de las turbulencias se habian hecho tan numerosos que los magistrados no osaban reprimir sus escesos. Instalóse un tribunal de justicia que recorriendo todas las provincias del reino consiguió por medio del terror restablecer la seguridad. Sufrieron la pena de muerte gran multitud de acusados, y muchos otros pagaron gruesas multas que llenaron las arcas reales. Es cierto que los jueces que componian aquel nuevo tribunal se mostraron harto inclinados á encontrar delincuentes; pero sin embargo lograron detener el mal, y el príncipe tuvo la prudencia de renunciar á sus servicios cuando ya no fueron precisos, y entró de nuevo en el camino ordinario de la justicia el cual se abstuvo de abandonar en adelante. Dado órden al interior de su reino volvió los ojos hácia la provincia de Galés que trataba de reunir á sus estados. Antes de referir la conquista

de este pais que incorporado á la Inglaterra va á desaparecer de la lista de las naciones, presentarémos un bosquejo de su historia.

Desde los primeros tiempos que siguieron á la invasion sajona habíase dividido en seis principados la costa occidental de la Bretaña desde Clyde hasta el estremo meridional de la isla. Los pueblos de aquel territorio se llamaban Welches y con este nombre fueron conocidos hasta fines del siglo XI. Algunas divergencias religiosas entre ellos y los sajones convertidos al cristianismo dieron principio á una enemiga que se transformó en odio violento. Los seis principados se cambiaron con el tiempo en tres distritos ó reinos, á saber, Gales del norte, Gales del sud y estado de Powis, cuyos gefes muy desde sus principios contrajeron alianza con los monarcas ingleses y acabaron por hacerse sus vasallos. La conquista de la Gran Bretaña verificada por Guillermo arrastró bien pronto en pos de sí la de muchos territorios del pais habitado por los galeses, y asi fue que en tiempo de Enrique I algunos flamencos se establecieron en el Gales del sud llamado despues condado de Pembroke. Suscitáronse disputas entre ellos y los otros galeses vecinos suyos, en las cuales intervinieron los ingleses. En vano procuró Enrique II sujetar el pais de Gales, el cual tal vez conservara siempre su independencia á no mezclarse en las intestinas revueltas que estallaron en Inglaterra en los reinados de Juan y de Enrique III. Aunque este no tuviese el carácter belicoso de sus antepasados alcanzó sin embargo la soberanía del pais de Gales, pues Lewellyn oprimido por uno de sus hijos imploró la proteccion de Enrique y prestóle homenage por su principado. Enrique no supo sacar partido de esta circunstancia, mas Eduardo habiendo subido al trono y resuelto á ejercer su derecho de soberanía, mandó al príncipe galés que á fuer de vasallo de su corona fuese á Londres á prestarle juramento de fidelidad. Lewellyn, nieto del otro del mismo nombre se negó á trasladarse á la corte de su soberano si no se le daban rehenes que le respondiesen de su libertad y de su vida; mas como al discutirse este asunto Eleonora de Montfort hija de Leicester y desposada con el príncipe galés se habia embarcado para ir á reunirse con este, Eduardo la hizo apre-

sar cerca de las islas de Scilly, la retuvo presa en la corte y al mismo tiempo hizo que el parlamento pronunciase contra Lewellyn una sentencia declarándole prevaricador y se dispuso á ejecutarla á la fuerza. En un instante pasó el Dee, apoderóse de dos castillos y conquistó á Anglesey, por lo cual Lewellyng conociéndose impotente para resistir al monarca ingles se sometió á las duras condiciones que se le impusieron y cedió el principado entero á escepcion de Anglesey alcanzando en cambio permiso para casarse con Eleonora. Este convenio vergonzoso é hijo de la necesidad muy luego pareció excesivamente duro á Lewellyn y á su hermano David. Habia este combatido en el ejército ingles contra el príncipe galés que lo despojó de sus bienes, y aunque Eduardo en recompensa de sus servicios le habia dado muchos señoríos, David no pudo conformarse con un tratado que le arrebató para siempre sus derechos á la soberanía de su pais. Por otra parte los galeses á quienes se queria obligar á que adoptasen las leyes y costumbres inglesas alimentaban un grave descontento atizado por una profecia de Merlin, segun la cual cuando circulasen en el pais las monedas inglesas el príncipe de Gales seria coronado en Londres; y precisamente entonces Eduardo acababa de acuñar una moneda nueva, cuya circunstancia bastó para que se creyese llegado el tiempo de cumplirse el vaticinio. En 22 de marzo de 1282 David se apoderó por sorpresa del castillo de Hawarden, lo que fue la señal de insurreccion en el pais. Los galeses descendiendo desde las montañas derramaban por do quiera la desolacion y el fuego, y aunque Eduardo corrió con su ejército y se hizo dueño de algunos castillos, estas ventajas quedaron compensadas con la derrota que sufrió á poco tiempo, en virtud de la cual hubo de refugiarse en una de sus fortalezas. Ufanoso Lewellyn con esta victoria rehusó entrar en composicion y fue sorprendido por Mortimer en una casa de campo á donde habia ido para procurarse algun descanso. Aunque estaba sin armas trató de defenderse y fue atravesado por la espada de un caballero llamado Adam Frankton. La comitiva del príncipe que se habia adelantado para observar al enemigo llegó en aquel momento, batióse con el valor de la de-

sesperacion pero fue vencida por los ingleses. Despues del combate se cortó la cabeza al cuerpo de Lewellyn y Eduardo la envió á Londres con órden de colocarla en lo alto de la torre. Puesta allí se la ciñó de una corona de plata entrelazada de yedra para indicar al pueblo la ridiculez y la falsedad de la profecía de Merlin.

La muerte de Lewellyn rompió los lazos que unian á los gefes galeses; los cuales solo trataron de rendirse al vencedor alcanzando su perdon. Acogiólos benignamente Eduardo, y todos depusieron las armas á escepcion de David que retraido en las montañas burló durante seis meses las persecuciones de sus enemigos; mas acosado incesantemente por sus compatricios fue cogido con su muger é hijos y llevado al castillo de Ruddlan. Trasladado á Shrewsbury, y ante el tribunal compuesto de once condes y cien barones fue declarado reo de alta traicion, descuartizado, quemados su corazon y sus entrañas, remitidos sus cuartos á las cuatro principales ciudades del reino y colocados allí en lugar público. David cuyo delito consistia en haber defendido su patrimonio y la independencia de su patria, fue víctima de una política tan injusta como bárbara, y segun se dice fue el primero que sufrió la pena con que desde entonces se castigó el crímen de alta traicion y cuya crueldad ha manchado hasta nuestros dias los anales de Inglaterra. Al decir de una tradicion que han repetido la mayor parte de los historiadores, deseando Eduardo asegurar la sujecion de los galeses mandó degollar á todos los bardos cuyo influjo temia; mas este acto de barbarie no está justificado como debiera para que pueda empañarse con él la memoria del monarca ingles. Cuando este hubo sujetado el pais, gastó un año en organizarlo, dividiólo en condados y en cantones ó distritos, estableció tribunales para que juzgasen segun las leyes inglesas, y procuró por todos medios introducir entre sus nuevos vasallos las costumbres y los hábitos de Inglaterra; mas no pudo terminar su obra y fue preciso dejar al tiempo el cuidado de completarla. El apego de los galeses á los hábitos trasmitidos por sus predecesores era tanto que fueron necesarios siglos para que se perdiesen entre los de la nacion de que

ya formaban parte, y asi fue que hasta el tiempo de Enrique VIII conservaron en toda la integridad su antiguo idioma. Desde aquella época comenzó á desvanecerse á medida que los de Cornouailles morian ó se iban á su pais natal. En tiempo de la reina Ana la lengua cymaica ó galesa quedó ya reducida á algunos pueblos, fue declinando desde entonces y hácia mitad del reinado de Jorge III á escepcion de una pescadora vieja nadie sabia hablar aquella lengua. Para dejar á los galeses alguna sombra de su antigua independencia el monarca dió el título de principe de Gales á su segundo hijo que con el nombre de Eduardo II le sucedió en el trono de Inglaterra. Desde aquella época el heredero presunto de la corona lleva aquel título y está investido con el gobierno nominal de la provincia de Gales.

Terminada la conquista de aquel pais Eduardo se trasladó á sus estados del continente y se encargó de poner fin á las desavenencias que por la posesion de la Sicilia mediaban entre los reyes de Nápoles y de Aragon. El papa habia cedido aquella isla á Enrique III, que falto de medios no pudo emprender su conquista, y por esto el pontífice transfirió el mismo reino á Cárlos duque de Anjou sin curarse del efecto que esta resolucion causaria al monarca de Inglaterra. El príncipe frances habia conquistado rápidamente Nápoles y Sicilia; pero la dureza de su gobierno sublevó á los habitantes de esta isla, los cuales hicieron de los franceses el horrible degüello conocido con el nombre de vísperas sicilianas. D. Pedro de Aragon llamado por los sicilianos acababa de ser elegido su rey con cuyo motivo estalló una encarnizada guerra entre él y Cárlos de Anjou que aun poseia el reino de Nápoles. El primogénito de este fue hecho prisionero en un combate naval y habiendo muerto poco tiempo despues el rey de Aragon, el trono de Sicilia recayó en su segundo hijo Jaime, mientras la muerte de Cárlos de Anjou dejaba el suyo al príncipe cautivo. Ni uno ni otro monarca heredó el rencor que habia inflamado el corazon de sus padres, y merced á esto Eduardo logró reconciliarlos por medio de un tratado que firmaron ambos, en virtud del cual Jaime fue re-

conocido rey de Sicilia y puso en libertad al príncipe su prisionero (1).

Mientras que Eduardo terminaba estas diferencias de sus vecinos plañiánse los ingleses de su ausencia y hasta llegaron á cometerse algunos desórdenes, en vista de los cuales el príncipe dió la vuelta á su reino. Los disturbios no tenian objeto alguno político, y su orígen se debia á la corrupcion de los magistrados á cuya cabeza se hallaba el justicia mayor. Eduardo procesó al momento á este y á gran número de jueces, que fueron declarados reos y castigados con el destierro y con la confiscacion de bienes, de los cuales segun se dice sacó el rey mas de cien mil marcos. Para evitar los abusos de la prevaricacion exigió de los nuevos jueces una promesa juramentada de no recibir regalo alguno y de aceptar solamente de las partes algun convite con tal que fuese modesto.

Dada noticia de las cosas interiores de Inglaterra, vamos á referir el importante suceso de la conquista de Escocia que ha hecho célebre el reinado de Eduardo. Hasta ahora solo hemos hablado de paso de aquella nacion cuya suerte va á mezclarse íntimamente con la de Inglaterra á la cual debia un dia incorporarse. Es preciso pues ofrecer algunos pormenores acerca de los escoceses y echar una ojeada atras para ver los principales acontecimientos que sobre ellos han pasado. Créese que los primeros habitantes de la Escocia eran Celtas ó Galos, los cuales despues de una larga guerra con los Pictos acabaron por adquirir tal superioridad sobre ellos, que los pocos que no fueron esterminados quedaron confundidos con los vencedores. Hasta principios del siglo XIV la Escocia no llama la atencion, pues su historia solo abraza sucesos que escitan poco interes. A la par que en los demas estados de Europa, el feudalismo habia echado en aquel pais profundas raices, pues sus invasores temiendo ser á su vez subyugados se mantenian siempre en estado de guerra, y los individuos á quienes el gefe del ejército conquistador habia repartido tierras contrajeron la obligacion de estar

---

(1) Véase nuestra historia de España tomo 2.°

(Nota del Traductor).

de continuó dispuestos á servirle con su espada. La organizacion feudal era como la de un ejército, y los soldados retirados á su casa estaban prontos á reunirse á la primera señal. El tiempo habia modificado aquella institucion de una manera muy notable. El gefe del ejército elegido al principio por sus compañeros, habia adquirido el derecho de herencia al paso que sus compañeros habian logrado vincular los feudos en sus familias. El gefe supremo convertido en rey no tenia para consolidar su poder mas que voluntarios, cuyos servicios duraban un tiempo limitado, y no contaba con otras rentas que con el producto de sus dominios particulares; asi es que estaba bajo la dependencia de los principales nobles que cuando se confederaban para resistir sus órdenes eran mas ricos y mas poderosos que él. Varias causas concurrieron para despojar al príncipe de las prerogativas de la soberanía. Aunque en sus principios fue juez supremo del pueblo, la multiplicidad de los negocios le forzó á delegar su poder judicial á otras personas, y mas tarde los nobles erigieron en sus dominios tribunales arrebatando casi de todo punto al monarca el derecho que en lo antiguo habia ejercido esclusivamente. Este osado paso, y los que á él se siguieron, colocaron á los nobles en una posicion casi igual á la del soberano. A la verdad muchos príncipes de Europa estaban bajo la tutela de la nobleza; pero muy particularmente en Escocia habia llegado esta á una independencia absoluta; para lo cual la ausiliaba el pais cuajado de pantanos y cortado por ásperas montañas. Si hubiera grandes ciudades cuya poblacion aglomerada en estrecho recinto hubiese podido servir al príncipe con sus armas y riquezas fuera mas sólido el poder de este; pero subdividido el pais en *clans* ó tribus, los hombres que á él pertenecian se ligaban esclusivamente al gefe de aquella sociedad, á quien servian con una adhesion ciega. Los nobles ademas eran en corto número y unidos entre sí por los vínculos de parentesco cuando se amenazaba al uno tenia en los otros un apoyo formidable, puesto que casi todas las fuerzas del reino estaban en manos de los barones. Las frecuentes alianzas con los ingleses y las largas menorías acrecieron el poder de los barones, allanando el camino á la ambicion de los monar-

cas de la Gran Bretaña que aprovechaban cualquiera coyuntura para mezclarse en los negocios interiores de Escocia con guerras unas veces y favoreciendo otras á los nobles rebeldes. Cuando Enrique II hubo hecho prisionero á Guillermo apellidado el *Leon* exigió que el príncipe escoces le prestase homenage; y esta soberanía puramente de nombre en su orígen se hizo real, gracias á la sagacidad de Eduardo y á la siguiente circunstancia de que supo sacar fruto.

Su hermana Margarita estaba casada con Alejandro III rey de Escocia; mas como los dos esposos muriesen jóvenes, el trono recayó en su nieta Margarita hija de Erico rey de Noruega. Esta princesa solo tenia cinco años cuando acaeció la muerte de su abuelo Alejandro, por cuyo motivo se nombraron cinco regentes que gobernasen durante la menoría. Eduardo entonces propuso el matrimonio de su primogénito con Margarita, y desde luego se ajustaron los pactos de aquel enlace, conviniéndose en que la corona de Escocia continuaria siendo libre é independiente, y que en el caso en que los dos esposos muriesen sin hijos recaeria en los parientes mas inmediatos; y se concertó tambien que ninguna de las condiciones de aquel tratado seria jamas interpretada en perjuicio de los derechos de los dos paises. Durante las negociaciones, la niña Margarita habia salido de Noruega para trasladarse á Escocia, mas como su falta de salud la obligase á detenerse en una de las Horcadas murió en ella de resultas de la enfermedad que sufria. Su imprevisto fallecimiento dispertó la ambicion de una multitud de pretendientes de los cuales se presentaron hasta trece emparentados bastarda ó legítimamente con la familia real. Entre los aspirantes á la corona los que contaban con mas partido en la nacion eran Juan Baliol y Roberto Bruce, el primero de los cuales descendia de la hija de Margarita, cuyo padre David conde de Huntingdon era hermano de Guillermo rey de Escocia, y el segundo era hijo de Isabel hermana de Margarita. Baliol pues pertenecia á la rama del primogénito, pero Bruce estaba un grado mas cerca del tronco comun: el uno de estos rivales poseia muchos bienes en Normandía y el otro vastos dominios en Inglaterra, y ambos gozaban de un grande influjo en Escocia. Deseoso el parlamento de evitar una

guerra civil pidió á Eduardo que se constituyese juez en aquel importante negocio, en lo cual se conformaba con la costumbre generalmente admitida en aquella época de encargar á un estrangero que decidiese las cuestiones de aquella especie. Asi San Luis fue nombrado para terminar las diferencias suscitadas entre Juan Sintierra y sus barones, y el mismo Eduardo fue invocado como mediador por las casas de Aragon y de Anjou que se disputaban la Sicilia. Eduardo sin embargo abusando de la confianza que en él se puso trató de sujetar á la Escocia comenzando por reunir un ejército y trasladarse á la frontera. Llegado á Norham convocó á los barones escoceses para el 10 de mayo de 1291 á un congreso, el cual comenzó con un discurso del canciller Rogerio de Brabançon que declaró á los asistentes que el rey su amo en virtud de títulos incontestables los requeria para que le reconociesen soberano de Escocia, anunciándoles que segun fuese su resolucion obraria lo que exigiesen la razon y la justicia. Los barones sorprendidos con esta demanda solicitaron una dilacion de tres semanas para saber el dictámen de sus compañeros ausentes. La pretension de Eduardo se apoyaba principalmente en las concesiones hechas por Guillermo el Leon, que cuando fue prisionero de Enrique II compró la libertad prestándole homenage como á su soberano. Es verdad que Ricardo *Corazon de Leon* habia relevado á la Escocia de aquel deber mediante la suma de diez mil marcos; pero sus sucesores Juan y Enrique III exigieron de los monarcas escoceses que renovasen el homenage hecho á sus predecesores. Eduardo á su advenimiento al trono habia exigido lo mismo de Alejandro III que no cedió hasta despues de cuatro años. Al terminarse estos cumplió aquel deber y arrodillado en presencia de los prelados y barones ingleses declaró que se reconocia hombre ligio del rey de Inglaterra. La pretension de Eduardo á la soberanía de Escocia no carecia pues de fundamento, pero demostró menos generosidad que política eligiendo para reclamar su derecho la vacante de un trono.

Congregados los barones escoceses en la iglesia de Norham y en la época dicha el canciller reprodujo la peticion que habia hecho acerca de la soberanía de Eduardo, y los barones bien los inti-

midara la presencia de las tropas inglesas, bien hubiesen sido ganados de antemano no solo no alegaron cosa alguna contra la pretension de Eduardo sino que todos, y al frente de ellos el mismos Bruce, lo reconocieron por su señor soberano declarando que se sujetaban anticipadamente á lo que él determinase acerca de quien habia de ocupar el trono. Los aspirantes á él presentaron una solicitud para ser admitidos en el número de los pretendientes, y en el dia inmediato Rogerio declaró que aun cuando su soberano diese un rey á la Escocia, no por esto renunciaba á su derecho de poseer aquel reino, de cuyo derecho se reservaba espresamente hacer uso cuando lo juzgase oportuno. Antes de decidir entre los pretendientes pidió Eduardo que se le confiasen las fortalezas principales prometiendo ponerlas en manos del electo para investirle al mismo tiempo con el poder anejo á su nuevo título. Esta pretension no encontró otro opositor que el conde de Angus el cual se negó á entregar los castillos cuya guarda se le habia confiado, á menos que se le librase de toda responsabilidad por medio de una acta auténtica firmada por los regentes y por el mismo rey de Inglaterra. Arreglado este importante negocio se trató de la eleccion resolviéndose que Baliol y Comyn por una parte elegirian cuarenta comisarios, que Bruce y sus amigos nombrarian otros tantos y que á estos se reuniesen veinte y cuatro ingleses. Estos comisarios despues de un maduro exámen habian de manifestar su parecer al rey que se reservaba decidir el negocio en época determinada. Los comisarios debian ponerse de acuerdo en Berwick ciudad de Escocia situada en las márgenes del Twede, el 2 de agosto de 1291. Congregóse otra asamblea en Norham en la cual los regentes de Escocia y los gobernadores de las fortalezas pusieron sus respectivos títulos en manos de Eduardo, quien les espidió otros confiándoles en su nombre los empleos que desempeñaban. Todos los que tenian algun destino en el reino hubieron de prestar juramento de fidelidad al príncipe ingles en manos de las personas al efecto deputadas.

Los dos únicos aspirantes á la corona cuyos títulos parecian fundados eran Baliol y Bruce, y asi es que los demas pretendientes

acabaron por retirarse de su propia voluntad, á escepcion de dos á quienes se declaró decaidos de su derecho por que no se presentaron á defenderlo. Con respecto á los dos primeros tratábase de resolver si la sucesion á la corona seguiria el órden de primogenitura ó el de la proximidad de parentesco, y en esta duda se decidió en favor de lo primero. Bruce cuyas intenciones quedaban frustradas con este fállo hizo causa comun con lord Hasting para solicitar que el reino se dividiese y que se diera á cada uno de ellos la tercera parte, mas como Eduardo decidió que la Escocia era indivisible, y Baliol descendia de la hija mayor de David, su derecho fue declarado preferente y elegido rey tomó posesion de todas las fortalezas y prestó homenage á Eduardo, ceremonia que repitió á las cinco semanas en Newcastle en los términos mas esplícitos y estensos.

Baliol menos rey que vasallo se cansó muy luego de un yugo que se hacia diariamente mas pesado, gracias á Eduardo que alentaba á los súbditos para que de continuo apelasen á los tribunales ingleses ante los cuales y en la misma ciudad de Londres hubo de presentarse personalmente el rey tres veces en un solo año, á pesar de haber solicitado que se le oyese por medio de procuradores. Este procedimiento estaba autorizado por la jurisdiccion feudal, pero se sospechó con justo motivo que Eduardo ateniéndose rigurosamente á lo que la ley disponía llevaba el plan de impulsar á Baliol á revolucionarse á fin de destronarlo por haber faltado á sus deberes. Baliol en efecto empezó por negarse á obedecer los emplazamientos que le dirigia el parlamento ingles, y Eduardo castigó su resistencia apoderándose de tres de sus principales fortalezas. El príncipe escoces se vió obligado á pedir que se suspendiese la ejecucion de aquella medida; sin embargo de lo cual no consiguió cosa alguna. Mientras se ventilaba este negocio, una disputa entre algunos marineros encendió de pronto una guerra entre la Francia y la Gran Bretaña; y Felipe el *Hermoso* que creyó ver en ella una ocasion oportuna para arrebatar á Eduardo el ducado de Guyena contrajo una alianza secreta con la Escocia. El príncipe ingles envió á Paris á su hermano Egmundo conde de

Lancastre con el objeto de que calmase á Felipe, pero aquel negociador se dejó engañar fácilmente puesto que se le dijo que el rey de Francia ofendido en su autoridad de señor soberano, no pedia otro desagravio que ser momentáneamente puesto en posesion de la Guyena y que se obligaba á restituirla á Eduardo á los cuarenta dias con lo cual se daba por satisfecho. El monarca inglés cayó tambien en el lazo aprobando este estraño convenio, si bien es verdad que pudo inducirle á ello el deseo de verificar el matrimonio que estaban tratando con Margarita hermana de Felipe. La Guyena pues fue entregada al rey de Francia, y cuando espirado el plazo convenido Eduardo reclamó el ducado, se le contestó con una negativa formal, y á los pocos dias Felipe en calidad de soberano, lo citó delante del tribunal de los Pares, en donde fue condenado á perder aquella provincia como reo de rebeldía. Furioso Eduardo hizo marchar á la Guyena á su hermano á la cabeza de un reducido ejército; mas el conde de Valois obligó al príncipe ingles á encerrarse en Bayona, en donde murió el mismo año. Fue á reemplazarle el conde de Lincoln; mas aquella guerra sostenida con mucha flojedad no dió ocasion á ningun suceso digno de mentarse. Eduardo forzado á permanecer en Inglaterra con motivo de la insurreccion que estalló muy pronto en el pais de Gales, hubo de marchar contra los rebeldes y hacer rostro á la infinidad de obstáculos que le presentaban el rigor de la estacion y la topografía del terreno. Despues de haber corrido muy grave riesgo de ser hecho prisionero por la súbita crecida del Conway que le separó del ejército, anduvo errante por el pais y se vió en la precision de alimentarse miserablemente hasta que se hubo reunido con los suyos. Al asomar la primavera las cosas cambiaron de aspecto, pues el ejército ingles batió completamente al de Gales, cuyo gefe Madoc fue en persona á implorar la gracia del vencedor que bien pronto dió fin con la completa sumision de la provincia. Desalentados los galeses desde entonces renunciaron á su espíritu turbulento para dedicarse á la agricultura y al comercio.

Eduardo se preparó en seguida para ir contra la Escocia á fin de castigar á Baliol que secretamente se habia confederado contra

él con el rey de Francia y comenzó por exigir del príncipe escoces que le enviase tropas para ayudarle á recobrar la Guyena, pidió que como caucion se le entregasen los castillos de Rogburgh, de Jedburgh, y de Berwick, y por fin citó al rey de Escocia para que en los primeros dias de marzo compareciese en su corte de New-castle. Baliol despues de haber ganado algun tiempo declaró solemnemente á Eduardo que no le reconocia por soberano. Como era de suponer se rompió al instante la guerra, y los escoceses invadieron el Cumberland, mientras que los ingleses sitiaban á Berwick que tomaron por asalto pasando á cuchillo á los siete mil hombres que la guarnecian. Otro ejército se dirigió en seguida contra Dumbar donde se habia refugiado la flor de la nobleza del pais y hácia cuyo punto corrieron los escoceses mientras que el general ingles conociendo el inconsiderado valor de sus adversarios simulaba una retirada. Los escoceses inmediatamente se lanzaron en tropel contra sus enemigos, y pasmados al ver que los esperaban á pie firme sostuvieron apenas el primer ataque huyendo luego en desórden. Perseguidos con encarnizamiento sufrieron una pérdida de mas de diez mil hombres, y como consecuencia de ella las ciudades de primer órden se entregaron sin resistencia y el infeliz Baliol montado en un jaco, y llevando en la mano un palillo, símbolo de vasallage, fue á encontrar á Eduardo, y se echó á sus pies implorando su clemencia. En vano confesó su falta, y dió las mas humildes y claras pruebas de su arrepentimiento, pues el vencedor ni se conmovió ni quiso volverle la corona, sino que dispuso que viviera en la torre de Londres conservando un tren correspondiente á la dignidad que habia obtenido y concediéndole permiso de recorrer el territorio hasta la distancia de veinte millas. Despues de un cautiverio de tres años, y gracias á la mediacion del papa, alcanzó permiso para salir de la prision, y retirarse á Normandía en donde murió á los pocos años. Si hemos de creer al mismo Baliol dejó la corona con poco disgusto y nunca tuvo deseos de recobrarla; porque ademas de los disgustos que le hicieron sufrir la violencia y la perfidia de los nobles escoceses, que mas de una vez habian atentado á su vida, apenas le dejaron mas que

el título de rey pues toda la autoridad pasó á manos de una junta de doce señores que esclusivamente ejercian el poder y que fueron los verdaderos autores de la guerra que arruinó á Baliol. No puede negarse sin embargo que mereció su suerte por haber aceptado el trono á trueque de dos vasallages tan pesados como deshonrosos. Eduardo dueño de las provincias meridionales de Escocia penetró en el norte hasta Elgin y Aberdeen sin encontrar quien se le resistiese, y vuelto al medio dia con el objeto de separar de los ojos de los escoceses los testimonios de la independencia de que gozaron, envió á Inglaterra el cetro y la corona de los reyes, é hizo arrancar en Scone la piedra sobre la cual se sentaban los monarcas en el acto de su exaltacion al trono. El pueblo veneraba con un respeto supersticioso aquella piedra, pues en su concepto la suerte de la monarquía estaba unida á su posesion. Asegúrase que siguiendo su plan Eduardo destruyó los archivos del pais á fin de que los vencidos no pudiesen saber lo que fueron ni lo que habian hecho sus antepasados. En seguida puso guarniciones en todas las plazas, confió todos los empleos á ingleses, y nombrando gobernador del reino al conde de Warenne dió la vuelta á Inglaterra.

Mientras que en ella se ocupaba en los medios de llevar la guerra al continente para recobrar la Guyena, disponíase la Escocia á sacudir el yugo con que acababa de sujetársela, para lo cual contribuian no poco los agentes de Eduardo que lejos de contemporizar con aquel orgulloso é irritable pueblo pensaban solo en enriquecerse y en saciar sus desordenadas pasiones. Dábales ejemplo de esto Ormesby justicia mayor de Escocia que habiéndose encargado del gobierno durante el viage que el conde de Warenne hizo á Inglaterra dió impulso á la insurreccion con su rigor y con su avaricia, declarando fuera de la ley y confiscando los bienes á los que diferian prestar juramento de fidelidad al monarca. Y no contento con esto los encerraba en calabozos en donde sufrian un trato muy duro. Los nobles en otro tiempo tan zelosos de su independencia y tan dispuestos á levantarse contra sus reyes callaban y sufrian los ultrages de que eran blanco sin osar defenderse, y sin dar á la nacion la señal de una heroica resistencia. La llama

del patriotismo sin embargo no estaba apagada en todos los corazones y supo atizarla Guillermo Wallace, hombre oscuro, hijo de una familia distinguida de las inmediaciones de Perlay, pero de escasa fortuna. Despues de haber vengado con un asesinato la insolencia de un agente ingles, refugióse en los bosques y bien pronto tuvo á sus órdenes una partida de hombres resueltos, cuya mayor parte al igual que su gefe estaban proscritos por sus conquistadores. Sus primeras empresas fueron ataques nocturnos que derramaron su nombre en el territorio; mas habiendo muerto en un choque al jerife de Lawarkshire, adquirió una fama popular la cual le sugirió el proyecto de sorprender en Scone al gran justicia Ormesby. Habiendo este tenido noticia del plan formado contra su persona, lejos de disponerse á la defensa huyó cobardemente á Inglaterra seguido de todos los ministros de su tiranía cuya desercion dió impulso á un levantamiento general é hizo que muchos barones se declarasen abiertamente. El jóven Bruce no juzgó oportuno imitar aquel arrojo, pues como la caida de Baliol parecia allanarle el camino al trono, en Carlisle renovó su juramento á Eduardo, asoló en seguida las tierras de Guillermo Douglas gefe tambien de los alzados, y mudando repentinamente de partido, se pasó con sus vasallos al campo de estos.

Eduardo dispuso que desde luego entrase en Escocia el conde de Warenne para restablecer su autoridad con las armas, y apenas el ejército mandado por lord Percy y Roberto Clifford alcanzó á los escoceses cerca de Irvine, cuando los gefes divididos por la ambicion de mando capitularon antes de combatir; y Bruce, el obispo de Glascow y Douglas alcanzaron el perdon empeñándose en obligar á sus compatricios á someterse. Los dos gefes Wallace y Moray se retiraron con la mayor parte del ejército, indignado como ellos de lo que habia sucedido. Warenne á la cabeza de muchas tropas se adelantó hasta Stirling y se encontró con Wallace que estaba acampado en la orilla opuesta del Forth. A pesar de los consejos del escoces Lundys acérrimo partidario de la causa de Inglaterra, Warenne se empeñó en dar el ataque para el cual era preciso ante todo atravesar un puente tan estrecho que solo podian

pasar por él dos hombres de frente. Wallace que observaba el movimiento de sus adversarios, dejó pasar cerca de cinco mil de ellos, y entonces saliendo repentinamente de entre los zarzales en que con los suyos estaba oculto cayó sobre los ingleses y los arrolló hácia el rio. O en sus aguas ó degollados perecieron todos y Warenne hubo de contemplar aquella carnicería sin poder acudir al socorro de los suyos. Entre los muertos se hallaba el gran tesorero Cresingham que era quien habia persuadido al general ingles que atravesase el puente y cuyo cadáver fue hecho pedazos por los escoceses que le tenian un odio implacable. Aquella derrota fue muy fatal para los vencidos, que hostigados por todas partes, hubieron de evacuar el pais, mientras que Wallace titulándose generalísimo del ejército de Juan rey de Escocia caia sobre el Northumberland y el Cumberland que asoló á su sabor retirándose cargado de despojos.

Mientras estas cosas sucedian en Escocia Eduardo estaba ocupado en terminar los asuntos del continente, á cuyo arreglo contribuyó mucho con su mediacion el papa Bonifacio VIII, quien logró que los dos rivales Eduardo y Felipe firmasen un tratado preliminar al que siguió el ajuste de dos matrimonios, á saber, el de Eduardo que era viudo con Margarita hermana de Felipe, y el de su hija Isabel con el príncipe de Gales. El monarca frances prometió restituir la Guyena, con tal que Baliol fuese puesto en libertad; y como Eduardo se decidió á abandonar al conde de Flandes su aliado, Felipe dejó en sus manos la suerte de la Escocia. Resuelto á sujetarla reunió Eduardo un ejército de ochenta mil infantes y ocho mil caballos, y á su cabeza se adelantó hasta las márgenes del Forth; pero la falta de víveres y las enfermedades le obligaron á retroceder hasta Edimburgo. Las provisiones traidas por algunos buques de transporte le permitieron tomar la ofensiva, y marchando á Falkirk, apenas los ingleses atravesaron un pantano, cuando vieron formado en batalla al ejército contrario que Wallace habia distribuido en cuatro cuerpos ocupando con arqueros el intervalo del uno al otro. Eduardo por su parte dividió tambien el ejército en varios cuerpos, é hizo comenzar el ataque

por sus flecheros, los cuales arrojando una nube de flechas sobre los lanceros enemigos, los pusieren en desórden y entonces la caballería inglesa dándoles una impetuosa carga completó su derrota. Al decir de los historiadores, los escoceses perdieron mas de cuarenta mil hombres, mas sea de esto lo que quiera no puede negarse que aquel descalabro acabó con la fortuna de Wallace que no pudo nunca rehacerse, y que por de pronto supo huir del riesgo siguiendo la márgen del rio que protegió su retirada. Bruce que otra vez se habia pasado á los ingleses reconoció de lejos á Wallace y desde una orilla á la otra del rio entró en conversacion con él haciéndole entender que no podria resistirse á las armas de Eduardo y que aun cuando consiguiese librar la Escocia del dominio estrangero, no sacaria provecho alguno ni para sí ni para la prosperidad del pais, pues los nobles no se sujetarian nunca al imperio de un hombre sin otro título que su mérito. Wallace le dijo que cuandó trató de salvar á su pais fue porque no hubo un gefe que quisiese ponerse á la cabeza de sus conciudadanos: que Bruce debiera haber solicitado aquel glorioso encargo al cual le llamaba su nacimiento; que resistiéndose á Eduardo hubiera alcanzado una gloria inmortal y quizás una corona, y que en cuanto á él prefería perder la vida á humillarse ante el vencedor y á ser testigo de la esclavitud de su patria. Bruce se retiró nó sin haber resuelto firmemente imitar á Wallace cuya gloria envidiaba aun cuando debiera costarle los mismos riesgos. No pudiendo Eduardo á pesar de su victoria sostenerse en Escocia, cuya pobreza no proporcionaba el necesario sustento á su numeroso ejército, hubo de retirarse sin terminar la conquista del norte que habia recobrado su independencia. Fueron elegidos regentes para que gobernasen en nombre de Baliol reconocido siempre como rey del pais, el obispo de San Andres y Juan Comyn los cuales procuraron buscar apoyo entre los príncipes estrangeros. Rechazados por Felipe, los embajadores escoceses fueron benignamente acogidos por Bonifacio á quien recordaron que la Escocia dependia de la Santa Sede, y que por lo mismo debia impedir que Eduardo la incorporase á su corona.

El pontífice deseoso de asir todas las ocasiones oportunas para ensanchar sus prerogativas quiso intervenir escribiendo al monarca ingles una carta en la cual despues de apoyar los derechos de la Santa Sede en hechos históricos terminaba reservándose el derecho de decidir todas las diferencias que pudiesen suscitarse entre el monarca ingles y el de Escocia. Eduardo difirió la respuesta, puesto que tenia necesidad de contemporizar con el papa á quien Felipe habia entregado la Guyena para que la tuviese en depósito hasta el dia en que se concluyera la paz. Para este asunto convocó un parlamento en Lincoln á donde las universidades enviaron seis jurisconsultos, y de los archivos de los monasterios se remitieron todos los documentos que pudiesen servir para ilustrar aquel negocio. Ciento cuatro condes y barones redactaron, firmaron, y pusieron sus sellos en un escrito que .merece ser citado bajo el punto de vista en que sus autores niegan al papa el derecho de erigirse en juez de aquel negocio, haciéndole ver que semejante prerogativa seria perjudicial á la dignidad del monarca, y á las libertades del pais, añadiendo que asi se lo enseñaron sus padres, y que harian todos los esfuerzos imaginables para sostenerlo. Eduardo acompañó con esta acta una carta en la cual se remontaba hasta los tiempos de Elias y de Samuel para demostrar la independencia de la soberanía de Inglaterra. Entonces, decia, fue cuando Bruto el Troyano despues de haber purgado la Inglaterra de la raza gigantea que fue su primera pobladora la distribuyó entre sus tres hijos; mandando que los dos mas jóvenes tuviesen su parte en feudo del hermano mayor: que este que se llamaba Lacrino, habia establecido la silla de su imperio en Trinovant, hoy Londres, y que desde entonces sus sucesores ejercieron la soberanía. Desde aquellos vetustos tiempos pasaba á los verdaderamente históricos amontonando citas para probar que los reyes de Escocia siempre habian prestado homenage á los príncipes sajones y normandos. El mensagero escoces á quien el papa comunicó esta apología de Eduardo trató de refutarla. A los escoceses, decia, nada se les da de Bruto ni de sus instituciones: son descendientes de Scota hija de Faraon y vinieron á establecerse en Irlanda y arrebataron á vi-

va fuerza á los descendientes de Bruto la mitad de la parte norte de la Gran Bretaña. Los britanos pues no pueden reclamar derecho alguno de soberanía, porque si bien algunos príncipes sajones han hecho conquistas momentáneas en Escocia, esto no puede aprovechar á Eduardo que desciende de los normandos á quienes los escoceses nunca han prestado homenage, esceptuando á Guillermo el *Leon* que lo prestó aunque solo fue por las posesiones que tenia en Inglaterra. Todo esto lo justificaba bien el haberse negado Inocencio IV á reconocer los derechos que pretendia tener sobre la Escocia Enrique III. Terminaba su refutacion diciendo que si Eduardo se resistia á someterse al juicio del pontífice era porque conocia cuán mala era su causa.

A la verdad es un hecho constante que los escoceses desde su conversion al cristianismo estaban bajo el dominio espiritual y temporal de la Iglesia romana cuya soberanía fue confirmada por Constantino el Grande, cuando hizo donacion á la Santa Sede de todas las islas del Océano occidental. La proteccion del papa no tenia el poder que en otros tiempos, pues habia pasado ya aquel en que el pontífice mandaba á su arbitrio á los reyes y ponia término á su ambicion con una sola palabra. Bonifacio esperimentó de ello una triste prueba, pues habiendo osado escomulgar y declarar desposeido del trono á Felipe el *Hermoso*, este le acusó de herege y lo hizo detener por sus agentes en Anagni. A los tres dias de su prision y despues de haber sufrido muchas humillaciones espiró en un acceso de impotente despecho. La corte de Roma hecha mas tímida con esto no se atrevió ya á sostener á los escoceses ni á romper abiertamente con Eduardo, el cual pudo recobrar la Guyena que le fue restituida por la Francia. Felipe que habia impulsado á los escoceses á sublevarse contra la Inglaterra no los comprendió en el tratado contentándose con halagarlos con vanas promesas que fueron bien pronto olvidadas.

A pesar de todo los escoceses lejos de desalentarse se dispusieron á sostener su independencia; Wallace se retiró espontáneamente y Juan Comyn fue nombrado regente. Apenas hubo empuñado las riendas del gobierno cuando creyendo oportuno prevenir á

Eduardo comenzó las hostilidades, y como Juan de Segrave gefe de las tropas inglesas avanzó hasta cerca de Edimburgo y tuvo la imprudencia de dividir sus fuerzas en tres cuerpos, fue atacado por los escoceses que en un solo dia y una tras otra derrotaron á las tres huestes, habiendo herido y hecho prisionero á Segrave. Aquella brillante jornada inflamó de un ardor nuevo á los escoceses; las provincias meridionales sujetas hasta entonces al yugo, arrojaron de sí á los ingleses, y el reino todo quedó libre del dominio de los estrangeros. Decidido Eduardo á impedir que se le escapase aquella conquista, á la cabeza de un ejército poderoso invadió la Escocia, la recorrió toda sin hallar resistencia, y no hubo ciudad ni castillo que á la primera órden no se rindiese. El regente y los principales señores reducidos á la triste necesidad de someterse negociaron con Eduardo, quien otorgó á la mayor parte de ellos la vida y la conservacion de sus bienes desterrando algunos que hubieron de fijarse en Inglaterra ó en paises estrangeros. Wallace negándose á aceptar condicion alguna se refugió en los bosques continuando desde ellos á sostener la independencia de su pais con una guerra de guerrillas que cansaba á los vencedores. El castillo de Stirling situado sobre un peñasco y que obstinadamente habia defendido sir Oliphant hubo de rendirse, y el gefe y sus valientes compañeros sin mas vestido que la camisa y con una soga al cuello se presentaron á Eduardo, quien de pronto les dijo que escogieran entre ser ahorcados como traidores y volver al castillo á continuar la resistencia. Estaba Eduardo irritado contra ellos por los riesgos que habia corrido en el sitio, pues una vez se le clavó una flecha en la armadura, y otra con una gruesa piedra le aplastaron el caballo en que iba montado. A pesar de esto á puro de rogarle se pudo alcanzar que considerara á los defensores como prisioneros.

La toma de Stirling acabó con la libertad de los escoceses que doblaron la cerviz al yugo estrangero, pues aunque Eduardo no creia segura su conquista mientras Wallace desafiase su poder y mantuviera encendido en el alma de sus compatricios el fuego de la libertad, aquella esperanza de los vencidos desapareció bien

pronto; porque no pudiendo el rey arrojarle de su asilo logró que su mas fiel amigo lo entregase al vencedor. Llevado á Westminster presentóse á sus jueces ceñido con una corona de encina, y lejos de desmentir su carácter sufrió con serenidad la pena á que á fuer de traidor fue condenado. Su cuerpo hecho cuartos fue espuesto al público en las cuatro ciudades principales de Inglaterra; y este fin trágico ha engrandecido su memoria. Considerado por sus compatricios como un mártir, el entusiasmo nacional le ha atribuido todas las calidades propias de un héroe, sin embargo de lo cual parece que no tuvo mas que las de un guerrillero y que no era á propósito para representar papel de mas importancia. Los hechos confirman este juicio, pues solo dió dos batallas, y vencido en la segunda no supo rehacerse y quedó reducido á la oscura condicion de un gefe faccioso. El lustre de su fama lo debe mas que á sus hazañas á la circunstancia de haber sido el representante de la libertad de su pais, que defendió mientras tuvo vida.

Eduardo dueño otra vez de la Escocia por la fuerza de las armas quiso asegurar su conquista con el imperio de las leyes, y para ello convocó en Perth un parlamento escoces, el cual nombró de su seno diez comisionados á fin de que fuesen á Londres á conferenciar con el monarca. Reuniéronse con ellos diez comisionados ingleses y todos juntos redactaron un convenio, cuya sustancia era que Juan de Bretaña sobrino de Eduardo seria reconocido por regente, y que le ayudarian en el desempeño de su cargo el gran chambelan y el gran canciller de Inglaterra; que los castillos de Roxburg y de Jedburg serian entregados al regente; que quedarian abolidas en el acto las costumbres de los escoceses y de los descendientes de los Pictos y que se revisarian los Estatutos de David rey de Escocia. Redactóse en seguida otra acta concediendo amnistía á todos los nobles que tomaron parte en la guerra con la condicion de que pagarian una multa equivalente á sus rentas de uno ó mas años, segun la gravedad de su culpa. Aunque es cierto que estas medidas fueron dictadas por una política prudente y que llevaban el sello de una moderacion tanto mas digna de elogio cuanto era mas rara en aquella época, los escoceses sin embargo entu-

siasmados con el recuerdo de su independencia no podian olvidarla tan pronto, y los principales señores humillados mas bien que agradecidos á la clemencia de Eduardo, aun esperaban libertarse de un yugo que tendia á hacerlos descender del alta posicion que ocuparon en tiempo de sus antiguos reyes. Entre los descontentos se hallaba el jóven Bruce cuyo abuelo habia disputado la corona á Baliol: este habia muerto: su hijo yacia prisionero en la torre de Londres, pero vivia Juan Comyn próximo pariente suyo como hijo de la hermana de Baliol, que se habia distinguido en la lucha contra Eduardo y que fue condenado á destierro. Vuelto á su patria no tardó en ponerse de acuerdo con Bruce que como él habia alcanzado de Eduardo un perdon que uno y otro consideraban cual una injuria. Ambos resolvieron dar la libertad á la Escocia; mas ó bien arredraran á Comyn las consecuencias de aquella determinacion osada, ó bien fuese un instrumento de Eduardo, segun parece dió conocimiento de la conjuracion al monarca. Habiendo llegado á noticia de un amigo de Bruce que residia en la corte las medidas que contra este se dictaban, pensó ponerle al corriente de ellas enviándole un par de espuelas doradas y una bolsa llena de dinero, cual si le restituyera una cosa que el otro le hubiese prestado. Adivinando Bruce el significado oculto de aquel misterioso envío, evadióse en secreto y llegó á Dunfries en donde estaban congregados entonces muchos nobles escoceses y Comyn entre ellos. Algunos dias despues los dos gefes tuvieron una conferencia en el coro de la iglesia de frailes menores; mas como no hubo testigo alguno no se sabe lo que se dijeron, ni si la accion de Bruce fue un asesinato premeditado ó efecto de un primer movimiento. Ello es que de repente se presentó á sus amigos pálido, con el rostro desencajado y esclamó: „Creo que he muerto á Comyn." —¿Y qué;? dijo Kirkpatrie, ¿vos lo dudais? Quiero asegurarme de ello." Entróse en la iglesia con algunos amigos, encontró á Comyn á quien los religiosos habian tendido al pie del altar y el cual no solo respiraba todavía sino que probó á alzar la espada para defenderse, pero Kirkpatrie arrojándosele encima le metió el puñal en el corazon. Orgulloso con esto quiso eternizar su memo-

ria haciendo grabar en su escudo de armas un puñal con el mote, *I will secure him* (quiero asegurarme de ello): que son las palabras con que contestó á Bruce.

Es imposible decidir si la trágica muerte de Comyn fue efecto de la ambicion de Bruce que quiso deshacerse de un rival temible, ó si un justo castigo; y decimos que no puede resolverse esta duda porque no existe prueba alguna que justifique la traicion de Comyn. Aquel asesinato fue la señal que llamó á las armas á toda la nacion escocesa. Bruce se apoderó de muchas plazas y las tropas inglesas dispersas por el pais fueron atacadas al mismo tiempo en varios puntos y hubieron de evacuar el territorio. Apenas Eduardo tuvo noticia de esta revuelta cuando levantó un ejército, lo puso á las órdenes del conde de Pembroke y armó caballeros al heredero presunto de la corona y á varios jóvenes de la nobleza que debian acompañar al príncipe en la espedicion contra Escocia. Esta ceremonia se ejecutó con el mayor fausto, y el monarca dió á sus costas vestidos de seda y capas de púrpura á todos los que debian figurar en ella. El príncipe armado caballero por su padre en una sala de palacio confirió despues la misma órden en la iglesia de Westminster á doscientos setenta de sus compañeros. En medio del banquete con que celebraron la ceremonia se presentó en un plato un pavo real y el príncipe juró por aquella noble ave que no dormiria dos noches seguidas en un mismo punto hasta que hubiese invadido la Escocia para ejecutar las órdenes de su padre. Todos los convidados se obligaron con igual juramento, y el mismo Eduardo deseando tomar parte en la guerra se trasladó á cortas jornadas á Carlisle. Bruce entre tanto aprovechándose de las victorias se habia hecho coronar en Scone y en seguida se apresuró á tomar medidas para resistirse á Eduardo. Bien pronto hubo un encuentro entre el nuevo rey y el conde de Pembroke en las inmediaciones de Perth, y el primero atacado de pronto fue puesto en derrota, estuvo en mucho riesgo de caer prisionero, y sus mas valientes defensores perecieron á manos de los enemigos. Bruce y los que huyeron de aquel lance se refugiaron á los bosques donde anduvieron errantes durante dos meses y á cuyo lugar fueron á

reunirse sus esposas, sus hijas y sus hermanas; pero habiendo sido sorprendidos por el cuñado de Comyn les fue preciso separarse. Las mugeres buscaron un asilo en el castillo de Kildrummy mientras que el rey pudo embarcarse hácia Irlanda en donde estuvo oculto durante todo el invierno, salvándose asi de la persecucion de sus enemigos. Eduardo se habia quedado en Carlisle porque no podia ya soportar las fatigas de la guerra, si bien se hallaba todavía en estado de dirigir las intrigas políticas. Entonces creyó oportuno castigar severamente á los que habian tenido parte en el asesinato de Comyn, y perecieron en un cadalso muchos señores escoceses de alto rango indiciados en aquel delito. Dos obispos y el abad de Scone cogidos con las armas en la mano fueron enviados prisioneros á Inglaterra: la muger de Bruce sorprendida en el castillo de Kildrummy fue muy bien tratada, y se le destinó para residencia la casa de campo de Brutwick. Sus compañeras fueron casi todas encerradas en conventos, aunque dos de ellas con un rigor desusado fueron metidas en una jaula y puestas á la espectacion pública por haber asistido á la coronacion de Bruce. Es verdad que la condesa de Buchan que era una de ellas habia puesto la diadema en la frente del nuevo monarca en virtud de un privilegio que para ello tenia su familia. La severidad con que Eduardo se condujo no impidió sin embargo que hácia la primavera se presentase otra vez en Escocia Bruce, que mas feliz que sus hermanos Tomas y Alejandro que fueron presos y muertos, alcanzó algunas ventajas. El monarca ingles resolvió entonces acudir en persona para terminar de una vez la conquista de Escocia, pero agobiado bajo el peso de los años cayó enfermo y espiró en julio de 1307, despues de treinta y cinco años de reinado y á la edad de setenta.

De los quince hijos que tuvo de Leonor de Castilla solo tres sobrevivieron á su padre. De Margarita de Francia su segunda esposa tuvo una hija que murió jóven y dos hijos que fueron creados condes el uno de Norfolk y de Kent el otro. Eduardo era de alta talla y hubiera sido un hombre bien formado á no tener las piernas escesivamente largas y delgadas. Diestro en los ejercicios corporales no era menos aventajado en las dotes del espíritu; asi

tenia un juicio sólido y una política firme, hábil y bien entendida. Su amor á la justicia no se doblegaba por consideracion alguna, y se cuenta que hizo encerrar en la cárcel pública á su primogénito por haber insultado al obispo de Chester. Mejoró mucho la jurisprudencia, lo cual ha sido ocasion de que se le diera el pomposo título de Justiniano ingles. Creó varias jurisdicciones nuevas entre ellas la de los jueces de avenencia, y abolió el empleo de justicia mayor por considerarlo peligroso para la monarquía y para el estado. Fue indudablemente el primer rey que introdujo órden en la administracion. En sus relaciones con el clero se condujo con una destreza que prueba la sagacidad de su espíritu. Forzado á exigir contribuciones á la iglesia para hacer frente á los gastos públicos, el clero presentó una bula de Bonifacio VIII la cual bajo pena de escomunion prohibia pedir á los eclesiásticos impuesto alguno; en cuya vista el rey declaró que pues la Iglesia no queria contribuir pagando su parte para las cargas públicas cual todos los vasallos lo practicaban, le retiraba la proteccion del gobierno. A consecuencia de esto, los tribunales no quisieron administrar justicia á los eclesiásticos dejándolos á merced de cuantos quisieran atacar sus bienes y sus personas. Víctimas de insultos y de diarios despojos apelaron á las armas espirituales, mas viendo el ningun efecto de estas hubieron de doblegarse, implorar el ausilio del rey y contribuir con el quinto de sus rentas á fin de conservar el resto. Apremiado el monarca por necesidades urgentes acudió á medidas despóticas y ruinosas. Exigió un derecho de cuarenta chelines por cada saco de lana, fijó la cantidad que podia esportarse, apoderóse de todos los cueros del reino, los vendió por su cuenta y sin esperar el consentimiento de los propietarios, hizo suyos los ganados y las rentas necesarias para alimentar á sus tropas; y finalmente infringiendo las leyes feudales exigió cánones que no se le debian. Estas arbitrarias medidas que atacaban á todas las clases dieron ocasion á quejas y á resistencias que pudieran ser fatales á la autoridad real, á no haber cedido á tiempo.

Habiendo querido enviar un ejército á Guyena en la época en que se disponia para marchar á Flandes, ofreció el mando de aquellas

tropas al condestable Bohun conde de Hereford, y al gran mariscal Bigod conde de Norfolk, los cuales rehusaron so pretesto de que los deberes anejos á sus empleos exigian que sirviesen siempre cerca de la real persona. Eduardo los amenazó con que los despojaria de sus tierras, y llegó hasta decirle al gran mariscal: "Vive Dios que marcharéis ó seréis ahorcado." "Vive Dios que ni marcharé ni seré ahorcado" contestó el mariscal, y al momento se retiró y dejó la corte seguido por Hereford y por tantos caballeros que el rey no se atrevió á castigar á los dos condes, los cuales alentados por el éxito de su primera resistencia se negaron algun tiempo despues á revistar las tropas que el rey habia juntado para ir al socorro de su amigo el conde de Flandes á quien la Francia atacaba. En tales circunstancias y como los destinos de condestable y gran mariscal eran hereditarios y no podia despojarse de ellos á sus obtentores, el príncipe se limitó á nombrar á Tomas Berkeley y á Geofredo de Geyneville para que desempeñasen las funciones de aquellos. Viendo Eduardo la oposicion que le hacian los grandes trató de captarse la voluntad del clero y del pueblo para resistirles. El primado á la par que los restantes eclesiásticos se habia negado á pagar el quinto de sus rentas, á pesar de lo cual se le volvieron estas y fue nombrado presidente del consejo de regencia que el rey instaló antes de su partida. En la sala de Westminster convocó asimismo gran número de caballeros y de nobles y se escusó por haber exigido contribuciones estraordinarias á lo cual dijo que se vió obligado por la imperiosa necesidad de defender á la nacion contra los enemigos esteriores. "Voy á partir, dijo al fin, „y á correr los peligros de la guerra: si vuelvo todos mis desve- „los se dirigirán á hacer mas llevaderos vuestros sacrificios, y si „muero os dejo mi hijo; ocupe él mi lugar y su agradecimiento „recompensará la fidelidad vuestra." Al decir estas palabras soltó una lágrima y su conmocion hizo suyos á todos los asistentes que con entusiastas aclamaciones le atestiguaron su sincero afecto. Durante la ausencia del monarca el condestable y el gran mariscal se apoderaron de la persona de su hijo y pidieron la confirmacion de la Carta de derechos y de la de bosques, y el rey despues de

no poca resistencia hubo de consentir en ello. Presentósele sin embargo una ocasion oportuna para vengarse de los dos principales autores de aquella violencia, y los obligó á que hiciesen dimision de sus destinos. El condestable entró de nuevo en favor, pero la plaza de gran mariscal fue conferida al segundogénito del monarca.

Hemos dicho antes de ahora que las rentas del rey se disminuian diariamente al paso que se aumentaban sus gastos, entre los cuales el mas considerable era el mantenimiento de tropas en tiempo de guerra. Aunque en virtud de la ley feudal los reyes pudiesen levantar un ejército cuyos soldados debian armarse y equiparse á sus costas, no tardaron en cansarse de un método cuyos inconvenientes eran mayores que sus ventajas; porque como la duracion del servicio estaba limitada á cuarenta dias era imposible sujetar á la disciplina al ejército. Por otra parte los sesenta mil feudos establecidos en Inglaterra por Guillermo el *Conquistador* proporcionaban muy corto número de hombres, pues la mayor parte de los posesores de aquellos feudos los habian transferido á la Iglesia la cual los investia con ellos otra vez con título de franco alodio. Con esto no estaban sujetos á servicio alguno; y por otra parte el desórden de los archivos de los feudos permitia á los enfiteotas del rey burlar sus compromisos, de todo lo cual resultaba que los derechos señoriales le redituaban poquísimo al príncipe, que perdia á un tiempo rentas y soldados. Para levantar un ejército fue preciso acudir á los que habian convertido la guerra en oficio y que mediante un sueldo convenido se obligaban á proporcionarle tropas regimentadas. A fin de pagar á estos soldados hubo de crear nuevos impuestos y dirigirse á la clase media, que emancipada ya se aumentaba y enriquecia con la industria y con el comercio. Leicester fue el primero que conoció esta fuerza nueva, se apoyó en ella contra el poder real y la convirtió en aliada suya. De esto tomó principió la organizacion del célebre cuerpo llamado parlamento que hasta entonces se habia titulado Gran Consejo. Es imposible fijar la época en que el parlamento tomó una forma regular, porque en aquellos tiempos los negocios públicos lejos de se-

guir una regla fija variaban de continuo segun eran las exigencias del momento. Con arreglo á la ley feudal los grandes barones y todos los enfiteotas de la corona tenian derecho de sentarse en el gran consejo; mas algunos de ellos menospreciaron este derecho que cuando no eran ricos consideraban como una carga, y los reyes introdujeron la costumbre de reunir á los barones dirigiéndoles una convocatoria, y á los terratenientes de clase inferior por medio de una órden general emanada del jerife, y finalmente el monarca acabó por llamar tan solo á los barones de cuyo voto creia estar seguro. En tiempo de Enrique III se promulgó una ley que prohibia entrar en el parlamento al baron que no hubiese recibido una carta convocatoria, que era lo mismo que abolir el antiguo privilegio feudal. Como la reduccion de los feudos de caballeros, y el otorgamiento de la gran Carta privó al rey de parte de sus recursos pecuniarios y de su autoridad, dió entrada en el parlamento á la nobleza inferior, que oprimida por los grandes barones estaba dispuesta á buscar un abrigo á la sombra del trono; mas como no todos podian ser convocados eligieron algunos de entre ellos para representarlos, y la corporacion en masa se encargó de pagar de mancomun los gastos de viage y de permanencia de los diputados. Conociendo el rey por otra parte que se iba mermando su poder sobre las altas clases, quiso buscar un apoyo en la nacion y concedió á los pueblos privilegios tales que daban á los habitantes una especie de independencia que les permitia enriquecerse con el fruto de su trabajo. Asi fue que aquella clase proporcionaba ausilios al soberano; pero como las necesidades de este se aumentaban en razon de lo que su poder disminuia, hubo de tratar con sus súbditos para sacar de ellos algun dinero. Juzgó Eduardo que en vez de negociar con los pueblos conseguiria mas fácilmente su objeto tratando con los diputados que tenian poderes de las universidades, los cuales no podian equipararse con los barones y caballeros, pues se reunian en lugar separado y apenas habian concedido las contribuciones reclamadas cuando se separaban del parlamento, dejando que este se ocupase de los negocios públicos. En recompensa de los subsidios alcanzaron los diputados

la facultad de pedir la reforma de los abusos que los vejaban, y este derecho les sirvió de de vehículo para alcanzar todos los restantes.

Ignórase la época y la manera con que el parlamento se dividió en dos cámaras distintas, y aunque este punto ha dado ocasion á muchas controversias sin que se haya deslindado completamente, parece indudable sin embargo que los caballeros de los condados y los diputados de las ciudades y villas fueron al principio admitidos en la sala de los magnates eclesiásticos y seculares, y que no formaron cámara separada hasta el reinado de Eduardo II. Los caballeros de los condados reunidos en el mismo congreso y gozando iguales derechos con los ciudadanos acabaron por aliarse con estos con cuyas familias se enlazaban, sacando de ellas las riquezas y la consideracion que son su consecuencia. Los hijos del alta nobleza no se desdeñaron de pedir un asiento al lado de los nobles de segundo órden, los cuales aunque consiguieron á la par que los ciudadanos, ser admitidos en el gran consejo, se mantuvieron durante mucho tiempo en un estado de inferioridad que les impedia mezclarse en los debates políticos, no les atribuia autoridad alguna legislativa, y mas adelante los redujo á representar el desairado papel de aprobadores. En tiempo de Eduardo ninguna ley fijó la época en que debia reunirse el parlamento, cuya convocacion parece que dependia enteramente de la voluntad del príncipe.

Dos siglos han pasado apenas desde la conquista de los normandos hasta el reinado que terminamos en este instante; mas estos dos siglos han producido tan grandes cambios en la constitucion y en las costumbres de Inglaterra, que nos parece del caso presentar al lector un rápido bosquejo de ellos. En su nuevo reino instaló Guillermo el feudalismo, régimen que sin embargo no era ya nuevo en el pais puesto que en tiempo de los reyes sajones todos los terratenientes estaban obligados al servicio militar. La batalla de Hastings puso en mano de Guillermo las propiedades territoriales de los sajones, las que distribuyó á fin de establecer el sistema feudal en toda su estension; asi es que los obtentores de feudos hubieron de sujetarse á deberes personales y á contribuciones en

dinero, y los normandos y demas nobles estrangeros á quienes el rey dió tierras dispusieron de una parte de ellas con las mismas condiciones. Si los barones estaban obligados á presentarse en la corte de los príncipes en las grandes solemnidades de las tres pascuas, exigian tambien que sus vasallos se les presentasen en épocas determinadas; de manera, que imponian los mismos deberes que el monarca reclamaba de ellos, haciéndose asi estensiva á todas las clases aquella especie de servidumbre. Como el monarca era el primer magistrado del reino, y algunas veces ejercia por sí mismo aquella prerogativa, llamábase tribunal del rey aquel de que era presidente y del cual hacian parte los próceres eclesiásticos y legos y los grandes empleados de la corona. Estos eran en número de siete, á saber, el justicia mayor que presidia el tribunal del rey en ausencia de este y era regente nato siempre que estaba fuera el monarca. Segundo el condestable. Tercero el gran mariscal, cuya jurisdiccion, lo mismo que la del anterior, intervenia particularmente en los negocios relativos al honor y á la guerra. Cuarto, el gran maestre, y quinto el gran chambelan, inspectores y directores del interior del palacio. Sesto el canciller ó guardasellos, y séptimo el tesorero mayor que administraba las rentas de la corona. Algunos jurisconsultos en calidad de consejeros ó asesores intervenian en el tribunal del rey que se dividia en varias cámaras, una de las cuales era la del *echiquier* ó sea *tablero*, cuyo nombre tomaba del tapete pintado á cuadros que cubria la mesa en torno de la cual se sentaban el tesorero mayor y muchos barones á fin de dar la distribucion oportuna á las rentas del príncipe.

En tiempo de Guillermo tenian estas distintos orígenes, y vamos á esplicar al lector algunos de ellos. Ademas de los derechos que el monarca disfrutaba en calidad de señor feudal tenia tambien el encabezamiento, el peage, los arbitrios sobre comestibles, las multas, el braceage, los arriendos de los condados, ciudades, villas y corporaciones, el oro de la reina, y las contribuciones exigidas á los judíos. Las herencias y las confiscaciones eran el recurso mas productivo, por medio del cual el príncipe se enriquecia á espensas de sus vasallos inmediatos. Habia un tribunal á propósito para

perseguir los delitos que acarreaban la confiscacion, los cuales eran muchos, como por ejemplo negarse á prestar homenage, á ir á la corte, á acompañar á su señor, revelar sus secretos, tratar de pervertir á su muger ó á sus hijas, etc. Ademas de las rentas de sus tierras y de las confiscaciones los reyes exigian de tiempo en tiempo otros derechos que unas veces valian el vigésimo, otras el quindécimo, y otras el décimo de los bienes de aquellos de quienes se reclamaban. Los pontazgos, y los derechos de feria y mercado producian considerables sumas que se aumentaban incesantemente.

Como no se podia lograr de la corona privilegio alguno sin que se pagase al príncipe su concesion, este sacaba muy ópimos frutos de sus generosidades. Era indispensable comprar con dinero un fallo arreglado á ley, y si un particular queria cobrar un crédito habia de ceder la mayor parte al príncipe para que interpusiese su valimiento á fin de que percibiera el resto. La corte vendia los empleos del estado y los de la Iglesia, y para ello habia fijada una escrupulosa tarifa.

Las multas eran un manantial de injusticias y vejaciones tan insoportables como onerosas. Se exigian á todas las clases y por los mas livianos motivos; tal es, por ejemplo, haber perdido la memoria de alguna cosa, haber hablado mal ó mal respondido.

El braceage era un impuesto que fue importado de Normandía por Guillermo y consistia en un chelin que cada familia pagaba al rey cada tres años para que se abstuviese de falsificar moneda. La carta otorgada por Enrique I abolia este abuso; pero es probable que sobrevivió mucho tiempo á esta supresion legal.

En tiempo del feudalismo la mayor parte de los procesos acababan con una multa que percibia el rey casi por entero. Este producto lo arrendaba al jerife que con anticipacion satisfacia el precio del arriendo al tribunal de rentas. El monarca arrendaba á los principales magistrados las rentas y las contribuciones de los pueblos dependientes de la corona, en los cuales fue tomando cuerpo la industria, nó sin pagar al rey alguna cantidad por los privilegios que les concedia. El impuesto conocido con el nombre

de oro de la reina se pagaba tambien al príncipe en cantidad de uno por ciento.

Los judíos entregados sin defensa á las estorsiones del soberano y de sus agentes dependian de un tribunal particular llamado *echiquier* ó sea tribunal de rentas de los judíos. Uno de estos infelices fue condenado á una multa de diez mil marcos que hubo de pagar á razon de un marco diario; cuando murió sus herederos tuvieron que satisfacer el resto.

Uno de los efectos de la conquista de Guillermo fue trasladar á poder de los normandos no solo todo el territorio sino tambien todos los empleos, de donde resultó que sin formalmente mandarlo se introdujeron en los tribunales las leyes y las costumbres de los normandos. Generalizóse en el pais la lengua francesa; jueces y litigantes fueron normandos, y se introdujo en los tribunales el espíritu de intriga y de cavilosidad que son particulares de aquellos. Llevaron tambien á Inglaterra el duelo judicial que sustituyó las pruebas del agua y del fuego, hasta entonces usadas. El combate tenia lugar en los negocios civiles lo mismo que en los criminales, y solo estaban dispensados de él las mugeres, los sacerdotes, los enfermos, y los hombres que no tenian veinte años, ó que pasaban de los sesenta, y aun estos debian elegir un campeon que sustentase sus derechos. El duelo judicial estuvo en uso hasta Enrique II, quien promulgó una ley permitiendo á los acusados y á los litigantes que recurriesen si preferian este medio á un jurado compuesto de doce personas, conocido con el nombre de gran tribunal. Al fin triunfó esta costumbre que con el tiempo prevaleció definitivamente.

Los grandes cambios que sufrió la organizacion de los tribunales se debieron á las Pandectas de Justiniano introducidas en Inglaterra en tiempo del rey Estéban que prohibió á sus vasallos su lectura y su enseñanza pública. Indicadas ya las mejoras hechas por Enrique II en el sistema judicial nos limitarémos á observar que las leyes de Escocia eran muy semejantes á las de Inglaterra, y que en esta y en aquella estaba instituido el jurado. Esta conformidad era probablemente efecto de la posicion de los monarcas

escocceses posesores de tierras en Inglaterra, de donde sacaron costumbres y reglamentos á los cuales como feudatarios hubieron de someterse, y que sin duda habrian adaptado voluntariamente por juzgar aquellas leyes mas perfectas que las suyas.

Despues de haber hablado de la política que es la vida de los pueblos, dirémos cuatro palabras del estado de las ciencias, en los dos siglos posteriores al advenimiento de Guillermo el *Conquistador*. Los barones mas distinguidos se ocupaban esclusivamente en el estudio de las lenguas griega y romana, que para los hombres sin nacimiento y sin fortuna, eran un medio casi infalible de alcanzar poder y riquezas, puesto que en la segunda se trataban todos los negocios científicos y políticos. Confinada la lengua inglesa en la clase popular, la francesa dominaba en la corte y en los tribunales; pero la mayor parte de los eclesiásticos y de los hombres que se preciaban de eruditos y de amantes del saber, escribian en latin, en cuya lengua estaban compuestas todas las obras de ciencias y de literatura. El hebreo era conocido de poquísimas personas, y en cuanto al árabe solo se citan dos que lo poseyesen en tiempo de Enrique I. En las universidades los estudiantes se ocupaban casi esclusivamente de la retórica y algunos aprendian la lógica de Aristóteles en la cual no se enseñaba á raciocinar con exactitud sino á usar de sutilezas hasta el punto de agitar en las escuelas las cuestiones mas fútiles y ridículas, como por ejemplo la de resolver si cuando un hombre lleva á la feria á un cerdo atado con una cuerda, el cerdo es llevado á la feria por la cuerda ó por el hombre.

La metafísica y la filosofía natural profesadas con ostentacion en las universidades, lejos de hacer progreso alguno habian cogido una senda en la cual era forzoso que se estraviaran. Estas dos ciencias se reducian á cuestiones de palabras sin utilidad y sin objeto. En vez de observar se creaban divisiones absurdas, inventábanse nombres estravagantes, como la entidad y la noneutidad, disertábase acerca del espíritu, de la sustancia, de los accidentes, de la solidez, de la estension, de la cohesion, del reposo, del movimiento etc.; discusiones todas impertinentes y necias que lejos de pro-

ducir fruto alguno tendian únicamente á sofocar la verdad entre el cúmulo de inexactos conocimientos. Lleno de estas ideas Giraud enviado por Enrique II á fin de examinar la historia natural de Irlanda, escribió una topografía, cuajada de hechos increibles y de historias pueriles de la estofa de la siguiente que citamos como un ejemplo. San Kewen estaba un dia orando con las manos levantadas al cielo cuando llegó una golondrina y puso un huevo en una de las manos del religioso, el cual sin variar de posicion tuvo la paciencia de esperar que el ave hubiese hecho el nido, puesto los demas huevos y empolládolos. Por esto todas las imágenes de San Kewen llevan una golondrina en la mano.

La filosofía natural y la teología no eran mejor cultivadas que las ciencias de que hemos hablado. En vez de ocuparse de la índole de los deberes y de enseñar su aplicacion se disputaba para decidir si la moral era una ciencia práctica ó especulativa, y se tenian interminables discusiones acerca de la necesidad, del libre albedrío etc. Los teólogos lejos de dedicarse á esplicar el genuino sentido de la Escritura, buscaban en ella el místico y alegórico, descarriándose de un modo estraño. Asi es que discutian si el cuerpo de Jesucristo estaba sentado ó en pie en el cielo; si en el sacramento de la Eucaristía estaba vestido ó desnudo, y si cuando Jesucristo despues de la resurreccion se apareció á los apóstoles iba vestido realmente ó solo en apariencia. Las decretales recopiladas por Graciano dieron orígen al derecho canónico, ciencia nueva á cuyo estudio se dedicó con afan el clero, y que proporcionó los mas grandes honores á los que la enseñaban ó conocian.

El derecho romano perseguido al principio por Estéban floreció en tiempo de su sucesor Enrique II. La mayor parte de los que á él se dedicaban eran eclesiásticos, aunque en esta carrera se distinguieron tambien algunos legos; entre los cuales floreció en tiempo de Enrique II y de Ricardo el justicia mayor Ranulfo que compuso un tratado que gozó grande reputacion durante mucho tiempo.

La aritmética hizo en aquella época muy escasos progresos, pues los registros del tribunal de rentas demuestran que se usaban to-

davía las cifras romanas. Parece sin embargo que no eran desconocidas en Inglaterra las árabes, las cuales introdujeron sin duda en el siglo XII algunos sabios que habian ido al oriente á estudiar la lengua y las ciencias de los árabes.

Aunque estaban ya traducidos los elementos de Euclides, sin embargo era poco cultivada la geometría que los árabes tenian encerrada en España y desconocian los demas pueblos de Europa. Los árabes que avivaron en esta la antorcha de las ciencias se habian concretado á traducir las obras de los antiguos. A imitacion de los filósofos griegos que iban á la India y al Egipto para adquirir conocimientos nuevos, los sabios viajaban entonces por las provincias que los moros poseian en España para iniciarse en el saber. En ellas se encontraron muchos tratados de astronomía traducidos del griego al árabe y que ellos tradujeron del árabe al latin. Es menester advertir sin embargo que si en aquella época se estudiaban la situacion y los movimientos de los cuerpos celestes, estas nociones no servian para la astronomía, sino para la astrología, la cual era entonces tan respetada y ejercia tanto influjo en los espíritus que no solo los soberanos, sino tambien los simples caballeros mantenian astrólogos para que les revelasen el porvenir y les dijeran el horóscopo de sus hijos. Ni es de estrañar que en aquellos tiempos supersticiosos alcanzaran los astrólogos todo el prestigio que supone el grande valimiento que tenian en las cortes, en las cuales era imposible emprender cosa alguna sin haberlos consultado anticipadamente. Los mas célebres entre ellos publicaban almanaques en los cuales hacian predicciones que no siempre fueron confirmadas por los hechos. Entre los anuncios que salieron falsos puede contarse aquel en que vaticinaron que al comenzar el año 1186 un furioso huracan arruinaria pueblos y devastaria campos, y que ademas seria precursor de una peste muy mortífera y de sangrientas guerras. Al acercarse el plazo fijado el arzobispo de Cantorbery ordenó un ayuno general en toda la diócesis; pero vino el dia tremendo y el cielo estuvo sumamente sereno y reinó una absoluta calma en toda la naturaleza cual si se hubiese propuesto desairar á la astrología. En honor de la verdad debe decirse que en

medio de su charlatanismo tenian los astrólogos conocimientos positivos, pues calculaban los eclipses y habian observado con exactitud la marcha de los planetas y sus diferentes revoluciones. En nuestros dias los astrólogos no figuran mas que en la corte de los monarcas de oriente, en donde representan el mismo papel que desempeñaron antiguamente en Europa.

La medicina, ciencia algunas veces tan quimérica como aquella, comenzó por entonces á tener lugar entre los conocimientos humanos. La escuela de Salerno habia llegado ya á ser bastante famosa mientras que en Francia la de Montpeller era célebre en muchas partes. Si se ha de dar crédito á Juan de Salisbury escritor del siglo XII no tenia mas base que teorías inciertas. „Cuando „yo les oigo hablar, dice este autor, cuasi me persuado de que „son capaces de resucitar á los muertos; pero sus sistemas estan „en tanta contradiccion que mi convencimiento se desvanece bien „pronto, porque es imposible que dos proposiciones opuestas en- „tre sí sean igualmente verdaderas. Cuando vuelven del colegio, „añade mas abajo, pronuncian sin cesar los nombres de Hipócra- „tes y Galeno y se figuran que pueden alcanzarlo todo sin mas „razon que porque todo quieren alcanzarlo. Hay sin embargo dos „principios que observan escrupulosamente, á saber, no fijar la „atencion en el pobre y no rehusar el dinero del rico." Como esta profesion era lucrativa la seguian muchos clérigos y monges; de manera que el clero hubo de prohibir que los religiosos abandonasen sus monasterios para dedicarse á la ciencia de curar. Los prelados y otros individuos del clero superior se convirtieron en médicos de los reyes y de los príncipes, y por este camino alcanzaron honras y riquezas. En los últimos dias del siglo XI y en los primeros del XII se hizo una línea divisoria entre los médicos que profesaban teóricamente el arte y los cirujanos que lo practicaban, y bien pronto hubo tambien boticarios, uno de los cuales que lo era de Enrique II llegó á ser obispo de Londres. Las otras ciencias estrechamente unidas á la medicina, como son la anatomía, la química y la botánica, no es posible decir hasta qué punto fueron cultivadas puesto que no existe documento alguno que lo jus-

tifique, ni aun se sabe si habia quien se dedicase á estudiarlas.

La invasion de los normandos que derramó todas las calamidades en Inglaterra llevó tambien á ella la aficion al saber y pudo naturalizarlo. Guillermo el *Conquistador* tenia una instruccion poco comun y sus sucesores protegieron las ciencias y las letras, y asi fue que Enrique I hijo de Guillermo era digno del título que se le dió de Sabio, y su nieto Enrique II fue el Mecenas de los sabios de su tiempo cuyos trabajos alentaba con sus larguezas. Los monasterios coadyuvaron mucho á la propagacion de las letras, pues cada uno de ellos era una especie de escuela pública en donde los estudiantes encontraban buenos maestros y bibliotecas que eran tan raras como estos. Manteníanlas los monges copiando incesantemente manuscritos para cuya tarea habia en cada monasterio un lugar á propósito que se llamaba *Scriptorium.* Habia rentas destinadas para la compra de libros y algunas veces la comunidad se imponia un tributo á fin de acudir á este gasto. La falta de papel que obligaba á los monges á usar esclusivamente el pergamino ha causado segun se dice pérdidas irreparables, porque raspaban las obras antiguas á fin de aprovechar los pergaminos para escribir comentarios ó tratados de teología. Felizmente contuvo los estragos de su celo la invencion del papel verificada al asomar el siglo duodécimo (1). Al principio el papel se hacia de algodon, pero mas adelante se emplearon para esto los trapos viejos de hilo y desde entonces se abandonó el uso del pergamino. Las cruzadas sirvieron mucho para derramar las luces en occidente, el cual se enriqueció con una infinidad de descubrimientos importados de allí á Europa en donde se perfeccionaron.

Ademas de los conventos en donde se adoctrinaba á los monges jóvenes habia tambien Seminarios llamados escuelas de las catedrales de las que el obispo era comunmente director y gefe. Dábase

---

(1) La invencion del papel se atribuye á la China y se supone mucho mas antigua de lo que indica el autor. Véase lo que acerca de esto dijimos en la *Ojeada á los moros*. t. 2. de nuestra historia de España.

(*Nota del Traductor*).

el nombre de escolásticos de las diócesis á los profesores de estas escuelas, las cuales florecieron en el siglo XII y en donde se enseñaban la gramática, la retórica, la lógica, la teologia, y la música sagrada. En varias ciudades de Inglaterra habia tambien escuelas y Londres tenia tres. „Era costumbre, dice un escritor coetáneo, „reunir los domingos en las iglesias á los mejores discípulos de las „escuelas que trababan discusiones en que unos y otros se sufocaban á silogismos." En las cátedras, los jóvenes disputaban en verso acerca de los pretéritos y de los supinos.

Los judíos asociándose á este movimiento intelectual fundaron escuelas en todas las ciudades en que vivian muchos de ellos, y durante el siglo XII adquirieron reputacion en las letras varios rabinos que enseñaban á sus compatricios las lenguas hebrea y árabe, y la aritmética, cuyo conocimiento les era indispensable, dedicados como estaban enteramente al comercio.

A la cabeza de los establecimientos consagrados á la propagacion de las ciencias y de las letras es preciso colocar á las universidades que llamadas antiguamente *estudios*, tomaron aquel dictado á principios del siglo XIII. Opinan unos que se les dió este nombre porque en ellas se profesaban todas las ciencias entonces conocidas, ó porque eran admitidos los estudiantes de todos los paises, al paso que otros juzgan que los estudiantes formaban asociaciones llamadas en latin *Universitates*, y que de aqui tomaron el título los establecimientos erigidos para la enseñanza de las ciencias. La universidad de Oxford mas antigua que la de Cambridge se supone que existia ya en tiempo de Alfredo el *Grande*. Oxford arruinada por los daneses, y mas tarde por los normandos, se alzó de sus escombros en tiempo de Enrique I que protegió aquel antiguo asilo del saber, en el cual se dice que habia estudiado durante sus primeros años. Reducida la ciudad á cenizas por el rey Estéban en 1141 y dispersados los maestros y los discípulos, aquella universidad recobró su perdido esplendor en los reinados de Enrique II y Ricardo I. Aquel estado de prosperidad sufrió una interrupcion en 1209 en que habiendo un estudiante muerto casualmente á una muger fue ascsinado por el pueblo que hizo estensiva su venganza

á tres personas compañeras de vivienda con el homicida. Ofendidos por este acto de crueldad tan escandalosa, los profesores y los estudiantes en número de tres mil abandonaron á Oxford retirándose á los pueblos inmediatos, y como casi todos los profesores eran eclesiásticos alcanzaron del papa una bula que ponia la ciudad en entredicho. Esta medida que estremecia la conciencia y perjudicaba los intereses de los habitantes, hizo que estos diesen las mas humildes pruebas de sumision para que se revocase aquel decreto como lo consiguieron. El tiempo desvaneció bien pronto la desagradable memoria de aquel acontecimiento y la universidad floreció mas que nunca.

Cambridge adquirió una fama no menos célebre gracias á Jeffrid abad de Croyland que á principios del siglo XII instaló en su casa de Cottenham cerca de Cambridge á varios ilustres profesores que se habia llevado de Francia, los cuales habiendo alquilado una casa dieron en ella públicas lecciones. La afluencia de oyentes fue tanta, que los profesores no encontrando local bastante capaz se vieron obligados á abrir varias escuelas. Tales fueron los principios de la universidad de Cambridge que llegada muy pronto á un estado muy floreciente rivalizó con la de Oxford. Los miembros de las universidades tenian grandes privilegios, formaban una sociedad separada de todas las otras, gobernábanse por leyes particulares y tenian magistrados elegidos por ellos mismos.

Las artes que habian comenzado á renacer en tiempo de los reyes sajones tomaron mas audaz vuelo cuando se hubieron sentado en el trono de Inglaterra los príncipes normandos. A pesar de los desastres de la conquista alzáronse iglesias bajo planos mas vastos y mas elegantes que en tiempo de los sajones; pero los progresos de la arquitectura sagrada no se ostentaron hasta el reinado de Enrique II. Construíase entonces bajo formas mas atrevidas que se perfeccionaron durante tres siglos, y que produjeron edificios notables por la grandiosidad de las proporciones y la riqueza de los pormenores. Con no menos fruto se cultivó la pintura que servia para decorar las iglesias y los conventos en donde los artistas hacian vastas composiciones sacadas de pasages de la Escritura. Es

imposible fijar cuál era el grado de perfeccion de estas obras, puesto que seria preciso atenerse al juicio de los escritores contemporáneos cuya mayor parte eran monges, de los cuales no sabemos si tenian un gusto bastante puro. Los reyes y los grandes se hacian retratar con frecuencia y decoraban con su efigie no solo los palacios sino tambien los templos. Guillermo el *Conquistador* y su familia fueron retratados al fresco en una capilla de la abadía de San Estéban de Caen. La Iglesia echó mano de la pintura para herir la imaginacion de la muchedumbre. En el siglo XII queriendo el papa impulsar á los pueblos de la cristiandad á una nueva cruzada mandó pintar algunos cuadros, en uno de los cuales se representaba á Jesucristo atado á un poste y azotado por un hombre vestido de árabe, y en otro se veia á un sarraceno montado en un caballo que se orinaba en el santo sepulcro. Estos cuadros puestos de manifiesto en todas partes encendian el odio de los espectadores. La pintura contribuia tambien á decorar las habitaciones de los reyes y de los grandes: los barones y caballeros hacian pintar en los escudos escenas militares, costumbre que critica con mucha acrimonia Pedro de Blois, autor de la época, diciendo que aquellos escudos ofrecian al enemigo un aliciente para el botin mas bien que un objeto de temor. Ademas de la pintura en cristal que segun se dice fue introducida en Inglaterra en tiempo del rey Juan, se conocia otra de distinta especie destinada á adornar los libros y conocida con el nombre de iluminacion, gracias á la cual han llegado á nosotros muchos retratos de reyes, reinas, y personages de ambos sexos desde el tiempo de Eduardo el *Confesor* hasta Enrique II.

Es ya cosa averiguada que en todos los pueblos la poesía ha precedido á la prosa, y hé aqui porqué no debe estrañarse que el gusto por los versos estuviese muy generalizado entre los anglosajones á pesar del atraso de su lengua que fue desterrada del dominio de las ciencias en donde únicamente se hacia uso de la latina. Algunos poetas cantaban en provenzal, lengua entonces muy comun, pero la mayor parte de ellos lo hacian en la inglesa. Aquella época produjo muchos poemas cuyos asuntos estaban tomados

de la Escritura porque la mayor parte de los rimadores eran eclesiásticos. Los ministriles, poetas ambulantes que iban á hacer ostentacion de sus talentos en la corte de los reyes y en los castillos de los barones, cantaban en los domingos himnos piadosos en vez de las canciones de amor reservadas para los demas dias. Las piezas satíricas que de aquella época nos quedan ofrecen algunos rasgos de gracia apicarada, pues revelan los vicios de los prelados, las estafas de los legistas, la ignorancia de los médicos, y en particular se divierten á costa de la incontinencia de los monges.

Los poetas entonces lo mismo que ahora hacian panegíricos en honor del poder y de las riquezas, y componian Elegías y Eglogas, de manera que eran cultivados todos los géneros de poesía. Los eruditos que se jactan de calar el sentido no pocas veces oscuro de los versos de aquella época, sostienen que se encuentran en ellos pasages en que despuntan naturalidad y gracia. Muchos fueron los que se dedicaron á escribir versos latinos y produjeron una multitud de poemas didácticos descriptivos y alegóricos, que no ofrecen en el dia interes alguno.

Los normandos habian llevado á Inglaterra la lengua provenzal que en los siglos XI y XII reinaba en todo el mediodía de la Francia, y en la cual los normandos escribieron muchas obras, tanto mejor recibidas cuanto aquella lengua que era la que esclusivamente se hablaba en la corte y en los palacios de los magnates habia adquirido un grado de perfeccion que la hizo muy superior á los dialectos todavía informes de los demas pueblos de Europa. La lengua provenzal, rica en espresiones variadas y notable por su armonía, gozó de una gran fama que justificaban las ingeniosas composiciones de los trovadores de ambos sexos. En ella y para endulzar las amarguras de su cautiverio compuso Ricardo *Corazon de Leon*, varias canciones y estancias, de las cuales nos quedan algunos versos llenos de sensibilidad y de melancolía.

La música compañera de la poesía con la cual se reune para hacer mas dulces y mas penetrantes sus inspiraciones, era entonces uno de los esparcimientos mas buscados. Los ministriles habian

contribuido á derramar entre las clases altas el gusto por este arte, que no queriendo limitarse á los cantares profanos se ejercitó en loor de la divinidad. Muchos prelados se dedicaron apasionadamente á la música y compusieron piezas de canto para sus iglesias.

Debiendo el comercio ser considerado como la vida de las naciones, puesto que es el mas poderoso vehículo de la civilizacion, vamos á echar una ojeada á su marcha y á sus vicisitudes, desde la conquista, la cual uniendo á la Inglaterra con el continente sirvió para desarrollar los recursos de su industria. Londres favorecida por su posicion fue entonces como lo es en el dia el centro del mas estendido comercio, y sus habitantes enriquecidos gozaban de tal crédito y de tal consideracion que colocó á su patria á la cabeza de las otras ciudades. Resultado de esto fue que representasen en la política el interesante papel que era necesario para que distintas veces tomasen asiento en el congreso nacional en que solo tenian lugar los prelados y los barones. Despues de Londres los principales puntos de comercio eran Bristol y Exeter, y despues los Cinco Puertos situados en la costa de Kent y Sussex. Los Cinco Puertos se componian al principio de las ciudades de Hastings, Douvres, Hythe, Romney y Sandwich, á las cuales se agregaron mas tarde Winchelser, Ry, y algunas otras. Apesar de esta incorporacion se continuó dando á las cinco primeras el nombre primitivo de Cinq-Ports cuyos habitantes tenian como los de Londres el título de barones y gozaban muchos privilegios. Es verdad que gravitaban sobre ellos muchas cargas públicas, pues estaban obligados á presentar al estado en tiempo de guerra mas de cincuenta buques y debian continuar haciendo á sus costas el mismo servicio durante los quince dias inmediatos á la demanda. Los principales artículos del comercio que se hacia en estos y en otros muchos puertos fueron al principio los esclavos y villanos que eran vendidos como reses y llevados muchas veces á paises estrangeros. Los caballos eran tambien un renglon de mucha cuenta, pero el mas lucrativo era el de las lanas que se estraian para Flandes, en donde se fabricaban paños buscados por toda Europa. El plomo y el estaño se esportaban tambien en cantidad considerable, pues todas

las iglesias del reino y las de otros estados del continente tenian el techo de aquellos metales. En esa época las minas de estaño de Cornouailles y de Devonshire daban á la corona una renta anual de mas de dos mil marcos.

Ocupaban el primer lugar entre los artículos de importacion los vinos de Francia, las especias y las aromas que se gastaban en las cocinas de los ricos y en los laboratorios de los boticarios. Por mas que no hubiese entonces monedas de oro, este metal tenia mil aplicaciones distintas, pues se empleaba para los vestidos, brillaba en los adornos de las habitaciones, servia para los manuscritos, y los pintores hacian de él un gran consumo, porque siempre rodeaban con una aureola de oro las figuras de Jesucristo y de los santos. Importábanse tambien del estrangero las sedas, los tapices, el lienzo y las pieles para forros. La seda estaba casi esclusivamente destinada para adornar los edificios consagrados al culto, y para enriquecer los trages de ceremonia del rey y de su familia. Los tapices se fabricaban en Arras derramándose desde allí por toda Europa. El lienzo era tambien produccion exótica; puesto que los ingleses no comenzaron á tejerlo hasta el año trigésimo séptimo del reinado de Enrique III. El hierro y el acero eran importados en grandes cantidades por los comerciantes alemanes establecidos en Londres en un barrio llamado Steel-yard. Habia sin embargo una causa que impidió durante mucho tiempo los grandes desarrollos del comercio, y era la prohibicion de prestar á interes, lo cual se castigaba con las dos terribles penas de escomunion y confiscacion de bienes. Como el clero era entonces el legislador de la sociedad introdujo esta ley imprudente apoyada en una falsa interpretacion del testo de la Biblia, de la cual se sacaban entonces principios de política, lo mismo que máximas religiosas. De aqui provino que los judíos se apoderaron del comercio de dinero concentrando en sus manos cantidades inmensas. Las riquezas que acumulaban les servian de algun consuelo en la persecucion y desprecio de que eran blanco, y hacian imposibles las empresas mercantiles, exigiendo de los que pedian prestado condiciones tales que no podian menos de arruinarlos, puesto que prestaban siempre al cincuenta por ciento,

obstruyendo de este modo los manantiales de la industria y de la prosperidad pública. A pesar del descrédito que traia consigo el ejercicio del comercio, algúnos barones de la primera categoría se dedicaban á él por medio de alguno de los oficiales de su casa á quienes se daba el nombre de *el mercader ó el tratante*, y corria con la venta de los frutos y de los rebaños de su amo, y hacia compras por cuenta de este.

El comercio marítimo que tanta importancia debia dar á la Inglaterra fue uno de los objetos predilectos de los monarcas sucesores de Guillermo el *Conquistador*, los cuales se esforzaron en poner coto á la avaricia de los pueblos costaneros, los cuales saqueaban á los náufragos, y muchas veces degollaron á los que habian podido salvarse de la tempestad. Ricardo *Corazon de Leon* hizo muchos reglamentos para mejorar y facilitar el comercio marítimo; publicó tambien varias leyes útiles al tráfico interior, entre las cuales debe contarse la que establece la uniformidad de las medidas que se usaban asi para los sólidos como para los líquidos; fijó tambien la anchura de las telas, y dispuso que todas las monedas tuviesen el mismo peso y la misma ley. A pesar de la guerra civil que asoló á la monarquía durante el reinado de Juan, contribuyó mucho este para hacer floreciente el comercio marítimo, y en no pocas ciudades estableció asociaciones de comerciantes concediéndoles grandes privilegios. No existia entonces la marina militar propiamente dicha, sino que los puertos presentaban en tiempo de guerra las embarcaciones necesarias, de manera que las escuadras no eran en rigor mas que una reunion de buques de transporte. Los mayores se llamaban *dromones* y tenian tres palos, y aunque llevaban velas su marcha era muy lenta. Los de segundo órden se llamaban *bussæ* ó *buccæ* y tenian tambien tres palos: y en seguida venian las galeras que iban asimismo á vela y remo. Los buques mas comunmente usados en el comercio se llamaban *barcae* y *bargottae*. Todos estos barcos tenian puentes. Parece que los ingleses ya habian hecho progresos en la construccion naval, puesto que una ley de Enrique II vedaba vender buques ingleses á los estrangeros, y otra del mismo príncipe prohibia á los mari-

neros que entrasen en el servicio de otra potencia; de donde puede concluirse que los marinos ingleses tenian reputacion de hábiles y esperimentados. Es imposible afirmar si los navegantes conocian aun la brújula; pero no hay duda que usaban un instrumento llamado la *marinera* muy parecido á la brújula, y era una aguja colocada sobre una lámina de metal que flotaba en un vaso de agua.

Habiendo hablado del comercio es imposible no decir algo de las monedas, y por lo mismo espondrémos en pocas palabras las variaciones que sufrieron desde Guillermo. En tiempo de los príncipes normandos desaparecieron muchas de ellas, y asi es que los autores ya no hacen mencion del *Nancus*, del *Oras*, ni del *Stica*. El nombre mas comun era el de libra de los anglo-sajones que tuvo curso en tiempo de Guillermo y de sus sucesores y que se dividia en doce onzas. Despues de ella venia el marco, moneda de plata que pesaba dos tercios de la libra; pero entre todas las monedas la mas general era el penny, en doscientos cuarenta de los cuales se dividia la libra. Aunque era de módulo muy pequeño, su mucho valor era poco cómodo; y asi es que se acuñaron medios pennys y hasta monedas de un valor igual á un ochavo castellano. El pueblo ademas se valia del recurso de cortar el penny en dos ó en cuatro partes, las cuales eran admitidas por su justo valor. En vano quiso el gobierno desarraigar esta costumbre; la cual como lo prueba una ley de Eduardo I existia aun en 1279 en que el penny de plata tomó el nombre de Stirling. No habia casa de moneda puesta esclusivamente bajo la inspeccion del gobierno, sino que en todas las ciudades que tenian comercio de alguna importancia se acuñaba moneda sin mas obligacion que presentar los troqueles á los oficiales llamados examinadores y custodios de las monedas. Los individuos del tribunal de rentas tenian la inspeccion de todo lo relativo á monedas, y de cuando en cuando mandaban comparecer ante sí á los monederos y á los examinadores para pedirles cuenta de sus operaciones. En Escocia parece que se tardó mucho en haber monedas, á lo menos las mas antiguas que se conocen no son anteriores al año 1107. El peso y la

ley de la moneda escocesa eran los mismos que en Inglaterra. Las monedas de oro no se acuñaban en el pais, pero se admitian en él las estrangeras sin dificultad alguna. La proporcion del oro á la plata era de uno á nueve como lo demuestran varios pasages de la historia. La falta de seguridad en la administracion fue un hincapié para que la moneda se alterase y dió orígen á que los pagos se hiciesen de diversos modos. Cuando se verificaban en el tribunal de rentas, si los receptores creian que las monedas pesaban poco era preciso dar por cada libra seis pennys de plata, que se llamaban aumento, y este uso era conocido con el nombre de *pago ad scolam*. Algunas veces se tomaban las monedas al peso y sin contarlas, y esto se llamaba *pago ad pensum*. Si se dudaba del peso y de la ley de las monedas presentadas al tribunal, los receptores las ensayaban y hacian el cálculo de su valor, segun era el resultado de esta prueba. A esto se le llamaba *pago por combustion*. Como estos diversos usos producian diferencias de entidad, al celebrarse los contratos era costumbre estipular la manera del pago. Es punto menos que imposible fijar hoy el valor comparativo de la plata en aquella época, pero se conjetura que era cinco veces mayor. Asi es que una renta de diez libras esterlinas representa la de ciento cincuenta de nuestros dias, teniendo consideracion al precio de los objetos de primera necesidad.

A pesar de las frecuentes esportaciones de moneda que iba á Roma para derramarse desde allí por todas las posesiones inglesas del continente, parece que en el reino habia mucho dinero. Los usos inventados despues para facilitar el comercio no se conocian entonces, y los príncipes y los grandes acumulaban sumas considerables para hacer frente á los acontecimientos imprevistos, y algunos particulares y en especial los prelados poseian cantidades inmensas en dinero y en alhajas. En el asalto del castillo de Devizes que pertenecia al obispo de Salisbury se encontraron monedas y objetos de oro y plata por valor de cuatrocientas mil libras de nuestra moneda. Este y otros ejemplos que pudieran citarse prueban que la abundancia de numerario debió proceder del comercio con los estrangeros.

El estudio de las costumbres es tanto mas necesario, en cuanto sirve para esplicar una multitud de hechos que sin él serian inintegibles ó que cuando menos no pudieran apreciarse cual se debe. Las costumbres esplican las leyes que de ellas nacen y son destruidas por ellas. La historia moderna presenta muy pocos ejemplares de una conquista hecha con tanta rapidez como la de Guillermo, y que haya dejado huellas tan duraderas, como que apenas han desaparecido. Los anglo sajones fueron tratados con una crueldad y con un rigor inauditos: todas sus tierras se distribuyeron entre los normandos y las compañeros de Guillermo; de modo que la propiedad territorial pasó á distintas manos y la poblacion entera desde los barones hasta los simples labriegos cayó en la servidumbre mas humillante y mas dura. Cuajóse de fortalezas el pais, y los vencedores atrincherados detras de sus murallas oprimian de mil maneras á los vencidos. Quiso arrebatarse á la nacion hasta su lengua que se hubieran avergonzado de hablar sus nuevos señores, y el nombre ingles cayó en tal desprecio que vino á ser una injuria. Cuando se acusaba á un normando de un hecho poco honroso solia defenderse diciendo: ¿Soy ingles acaso? Despues de una continua y sorda lucha entre los dos pueblos el tiempo vino á confundirlos, y en la época de Ricardo *Corazon de Leon*, cuando aun no habia transcurrido un siglo desde la batalla de Hastings, el idioma ingles rivalizaba con el frances en las escuelas de gramática.

Guillermo el *Conquistador* introdujo en Inglaterra el sistema feudal que despues de la caida de Carlomaguo se habia estendido por toda Europa, dando nacimiento á la caballería que era el resultado necesario de aquella forma de gobierno. Despedazado el poder perteneció á todos los gefes militares que se arrogaron los derechos de la soberanía, y entonces faltando la seguridad y faltando las leyes sociales algunos hombres impulsados por sentimientos generosos, se encargaron de suplir el defecto de ellas. Cubiertos de acero recorrian los campos y los bosques, abrazaban la defensa de los viageros espuestos á los ataques de los salteadores que seguros de la impunidad infestaban los caminos. Este fue el orígen

de la caballería, orígen tan puro como respetable. La falta de seguridad obligando á las mugeres á mantenerse encerradas, las circuyó con una especie de veneracion alimentada y engrandecida por la imaginacion que da color á la realidad y la embellece. De esta manera el amor se convirtió en un culto contribuyendo á endulzar las costumbres de la época. El amor que hasta entonces no fue mas que una embriaguez de los sentidos, mezclado ahora á la religion, lejos de corromper vino á ser el principio de todas las virtudes, ó cuando menos las exigia de los hombres, cuyas pasiones no era capaz de enfrenar cosa alguna. La confraternidad de las armas que se estableció entre los caballeros espuestos á los mismos peligros y obligados á iguales deberes, formó con el tiempo una comunidad que tuvo un código, cuyas disposiciones fueron por largo tiempo respetadas. Los mismos reyes se honraron con pertenecer á la órden de caballería y obedecieron sus leyes. Se engañaria sin embargo quien dejándose arrastrar por las pinturas y narraciones de los poetas y romanceros, creyese que aquella institucion cambió de todo punto las viciosas costumbres de los prepotentes; lo que hizo fue endulzarlas. Por ella los guerreros se mostraron mas humanos en los combates; por ella no se ensangrentaban en la vejez ni en la infancia; por ella respetaron el honor de las mugeres, y ella en fin creó una especie de derecho de gentes que produjo para la sociedad los mas felices resultados. Las cruzadas dieron un nuevo brillo á la caballería, porque todos los individuos de ella reputaron por un deber ausiliar á los cristianos de la Tierra Santa. Aunque Guillermo el *Conquistador* y sus primeros sucesores no se dejaron arrastrar por el fervor religioso que abrasaba todos los corazones y permanecieron en sus estados, Roberto primógenito de Guillermo, y muchísimos señores normandos marcharon á combatir á Palestina, y á su vuelta introdujeron usos y necesidades nuevas. Entre otros trajeron los escudos de armas que distinguian á cada caballero de sus camaradas, y que adoptados por las familias nobles vinieron á hacerse hereditarios. Cada baron las hacia pintar en su escudo y esculpir sobre la puerta de sus castillos. En oriente contrajeron asimismo los cruzados los há-

bitos de la magnificencia, ya en los trages ya en su crecido y brillante acompañamiento. Antes que los normandos invadiesen la Gran Bretaña, los señores anglo-sajones no sabian vivir ni tener habitaciones cómodas, y en esto y en otras muchas cosas los normandos fueron sus maestros.

Hemos indicado que los grandes viajaban con mucho acompañamiento; pero es preciso añadir que la necesidad tenia en esto tanta parte como el fausto, pues era indispensable llevar consigo provisiones con que alimentarse, y camas en que descansar durante la noche. „Cuando el rey sale, dice Pedro de Blois capellan de „Enrique II, veis á una multitud de gentes que corren acá y acullá „como si hubiesen perdido el juicio; caballos que se precipitan „unos sobre otros; carruages que mutuamente se atropellan; co„mediantes, mugeres públicas, jugadores, cocineros, reposteros, „farsantes, danzarines, gorristas y barberos que hacen un ruido „infernal, y una intolerable confusion de infantes y caballeros que „no parece sino que el abismo se ha abierto y vomitado á todos „sus habitantes." El biógrafo del célebre Becket nos describe la manera con que este viajaba cuando era canciller. „Iba seguido, „dice, de cerca de doscientos caballeros, escuderos, pages, cléri„gos y oficiales de su casa, bien montados y magníficamente ves„tidos, los cuales llevaban tambien criados para sí. Venian luego „ocho carros tirados cada uno por cinco caballos: en los dos pri„meros iba la cerveza destinada para la comida del canciller, en „otro los muebles de su capilla, en otro los de su cuarto, en el „quinto la batería de cocina, y los tres restantes estaban cargados „de provisiones de boca, vestidos y otros objetos de primera ne„cesidad. Habia ademas doce caballos de carga que llevaban co„fres llenos de dinero, la vajilla de oro y plata y los vestidos del „canciller y sus ornamentos sacerdotales. Debajo de cada carro iba „atado un grueso y vigoroso mastin y encima iba haciendo gestos „un mono."

A pesar de la magnificencia que los reyes y los grandes desplegaban en sus comidas y en sus trages desconocian absolutamente las esquisidades y hasta la comodidad que hoy disfrutan en sus casas

las personas de mediana fortuna. Asi el pavimento de los cuartos del rey y de los magnates de alto rango durante el invierno estaba tapizado de paja, heno ó junco, y en el verano de ramage á fin de que pudiesen sentarse en el suelo sin malograr el vestido, los que no encontraban lugar en los bancos. Atribuíase á Guillermo I la ordenanza en virtud de la cual se mandaba á los habitantes que apagasen los fuegos al oir las badajadas de una campana que se tocaba al anochecer, y que por esto se llamaba *couvre-feu*, ó sea cubre fuegos. El objeto de esta medida que parece estaba ya en uso en otras naciones de Europa, era prevenir los incendios, tanto mas terribles en aquella época en cuanto la mayor parte de las casas eran de madera. Enrique I derogó esta ley, mandando que en su palacio se encendiesen faroles despues de la hora del cubre fuegos.

Los anglo-normandos se jactaban sobre todo de poseer en el mas alto grado el valor en los combates y la galanteria para con las mugeres, de la cual se vé una prueba muy patente en la vida del rey Esteban, quien teniendo sitiada á la emperatriz Matilde le permitió salir de la plaza, y la hizo acompañar al punto en que quiso retirarse; arriesgándose con este imprudente paso de cortesanía á perder la corona. Los anaglo-normandos eran sumamente inclinados á las zumbas y hasta las empleaban en los mas críticos momentos; de modo que algunas veces suspendian un combate para entablar una tenzon de chanzas. Estos mismos hombres sin embargo eran tan supersticiosos que no solamente creian en las apariciones del demonio sino que daban fe á los supuestos milagros de la magia. Eran tambien inclinados á la crueldad y no poco á los excesos del libertinage, el cual obligó á los magistrados de Londres á establecer burdeles bajo la inspeccion de empleados, en cuyas familias se hacia hereditario aquel destino que era muy lucrativo.

Los anglo-normandos se afeitaban la barba, y como los anglo-sajones se dejaban el bigote, Guillermo los obligó á adoptar la moda normanda, cosa de que se resintieron mas que de todas sus tiranías. Los normandos eran muy esmerados en el vestido y mas que todo en el calzado. Un tal Roberto llamado el cornudo que

vivia en tiempo de Guillermo el *Rojo* introdujo la moda de un zapato que terminaba en una punta larga, aguda, llena de estopa, y retorcida como el cuerno de un morueco. Este uso se generalizó muchísimo y duró largo tiempo á pesar de la crítica del clero que desde el púlpito declamaba agriamente contra este inofensivo capricho. Los normandos no hacian mas que dos comidas diarias, y aunque un ministro de Enrique I procuró con sus discursos y con su ejemplo que cada una de las comidas se redujese á un plato tuvo pocos imitadores. En la corte y en las casas de los grandes se comia á las nueve de la mañana y se cenaba á las cinco de la tarde, de donde vino el proverbio que levantarse á las cinco, comer á las nueve, cenar á las cinco, y acostarse á las nueve daba noventa y nueve años de vida. Guillermo el *Conquistador* estimuló el gusto por los placeres de la mesa, en los cuales no se quedaron atras el clero y sobre todos los monges, en prueba de lo cual citarémos la reclamacion que los de San Swithius dirigieron á Enrique II en queja de su abad porque habia suprimido tres platos de los trece que se daban en el monasterio. Los monges de Cantorbery habian ido mas adelante, pues diariamente se les daban diez y siete platos sin contar con los postres. Los ricos comian pan de flor de harina; pero el del pueblo era de harina de centeno, cebada ó avena.

Cuando los nobles no estaban en la guerra no tenian mas diversiones que la caza y los torneos, cuyos primeros reglamentos compuso Geofredo de Pouilles que murió en un combate en 1066. Créese que los normandos introdujeron en Inglaterra los torneos, que Ricardo *Corazon de Leon* sujetó á un impuesto de veinte marcos para un conde, diez para un baron y cuatro para un caballero. Aquellos espectáculos militares anunciados muy anticipadamente eran un lugar de cita de los caballeros de todas las naciones que rivalizaban en magnificencia y se esmeraban en ostentar su destreza en presencia de las damas, entre las cuales las mas hermosas y de mas alta clase se encargaban de coronar á los vencedores. Uno de los mas famosos torneos de la época fue el que

en 1174 celebró Enrique II en Bellcayre á donde acudieron diez mil caballeros. Como en el torneo solo podian tomar parte los nobles se inventó para los plebeyos un juego semejante que se llamaba *Quintana*. Consistia en un pilar fijado en tierra y á cuya punta estaba unida una pieza de madera que giraba sobre un eje. En una de las estremidadas de ella se colgaba un saquilio lleno de arena y en la otra punta estaba clavada una plancha. Corriendo á carrera tendida se daba con la lanza contra esa plancha; al golpe la pieza de madera giraba rápidamente, y si el caballero no era muy diestro en correr y huir el cuerpo el saquillo de arena le daba un golpe en las espaldas.

Aunque la rusticidad de costumbres hiciese dar la preferencia á las diversiones que ejercitaban las fuerzas físicas no eran desconocidos sin embargo los esparcimientos del espíritu: asi es que habia teatros, y en ellos se daban representaciones sagradas y profanas, sacadas las primeras de la Biblia y de las vidas de santos, y cuyo objeto era edificar á los espectadores, presentándoles un cuadro de los sufrimientos de los mártires y de las recompensas con que eran galardonados en el cielo. En las piezas profanas reinaba tal licencia en el lenguage y en la mímica, que un concilio habia prohibido á los eclesiásticos que las presenciaran. Los actores que representaban en tales farsas se reunian en cuadrillas, yendo en pos de la corte y representando tambien en los castillos de los nobles en donde eran admitidos con aplauso y vivian á espensas de sus huéspedes. Las piezas se componian de escenas mezcladas con música, danzas, juegos de fuerza y destreza, y sobre todo con chufletas indecentes que en el dia no se atreverian á proferir los hombres de mas baja clase.

Toda la nacion era aficionada á los juegos de azar, de modo que se conocian hasta diez especies de juegos de dados; y esta pasion se desplegaba singularmente en los campamentos favorecida por la ociosidad inherente á la profesion de las armas. Deseosos de reprimir sus escesos Eduardo I y Felipe Augusto que combatian entonces en Palestina, hicieron una ley que fue promulgada en los dos ejércitos, en virtud de la cual los caballeros y los clérigos

eran los únicos que podian jugar dinero, aunque con la prohibicion de perder en un dia y una noche mas de veinte chelines que vienen á ser unas quince libras esterlinas de la actual moneda. Los dos reyes se declaraban superiores á la ley comun y podian jugar sin mas regla que su capricho. Los soldados que faltaban á la ley eran azotados públicamente durante tres dias, y los marineros que la infringian eran sumergidos en el mar repetidas veces.

Aunque la sociedad europea estuviese constituida y se mantuviera en pie de guerra, este arte sin embargo hizo pocos progresos, pues se oponian á ello la organizacion de los ejércitos feudales, en los cuales los gefes apenas obedecian al general, y los soldados estaban muy poco tiempo en las banderas para que pudiesen perfeccionarse en los ejercicios militares. Asi hemos visto que muchos reyes comenzaron á sustituir á las tropas feudales soldados voluntarios que bien pronto tomaron sobre aquellas una superioridad incontestable. La infantería feudal se componia de todos los hombres libres que llevaban una especie de casaca acolchada con algodon, cubrian la cabeza con un yelmo y no usaban otras armas que espada y arco, y algunas veces espada y honda. Ellos mismos se proporcionaban las armas que no podian perderse ni ser embargadas por deudas, y que los padres transmitian á sus hijos como una herencia. Formaban la caballería los nobles poseesores de feudos que habian de servir á sus costas, iban cubiertos de hierro y eran la fuerza mas respetable de los ejércitos. El oficial de mas alto rango era el condestable que tenia bajo sus órdenes al gran mariscal, que lo arreglaba todo en los campamentos y en las marchas y era el juez supremo en todas las disensiones que se promovian y delitos que se perpetraban. Venian en seguida los condes y barones que mandaban las tropas de sus condados y baronías y llevaban su estandarte con sus armas pintadas en el mismo. Uno de los magnates por derecho hereditario en su familia llevaba un estandarte real y debia defenderlo arriesgando para ello su vida, en términos que Enrique de Essex fue condenado á muerte y se le confiscaron los bienes porque en un combate entre Enrique II y los galeses no defendió el estandarte como debia. Los

gefes de las tropas feudales desconocian enteramente la estrategia. Los anglo-sajones cuya fuerza principal era la infantería formaban una especie de falange erizada de picas que podian resistirse á las impetuosas cargas de caballería, y asi es que si los vencieron en la batalla de Hastings fue porque ciegos con el ardor de perseguir al enemigo se desbandaron. Los normandos solian formar tres divisiones, en la primera de las cuales iban los honderos y los arqueros; componia la segunda la infantería pesada, y la tercera la caballería que cubierta de armaduras impenetrables decidia siempre las batallas. La estrategia inventada por los griegos y perfeccionada por los romanos no volvió á parecer hasta el tiempo en que los guerreros que hacian de las armas su única profesion estudiaron sus secretos: de modo que los *Condottieri* fueron los que hallaron otra vez aquellas diestras combinaciones de las cuales depende infaliblemente el éxito del terrible juego de la guerra. Aunque la mecánica llegó en la edad media á una estrema decadencia, inventó sin embargo una especie de artillería compuesta de diferentes máquinas de madera que lanzaban piedras, balas de plomo y dardos con punta de acero piramidal y muy aguda. Estas armas arrojadizas servian principalmente en los sitios y en los combates navales. Los cruzados en su lucha con los sarracenos hubieron de sufrir los estragos del fuego llamado griego, porque los griegos lo descubrieron, que ardia en el agua y que solo se apagaba echándole encima arena, orines y vinagre. Joinville biógrafo de San Luis describe los terribles efectos de aquel invento que tenia horrorizados á los guerreros cristianos. El secreto de su composicion que todos los príncipes europeos conocian en el siglo XII no ha podido encontrarse; mas al parecer tiene mucha analogía con los cohetes llamados á la Congreve que usan los modernos.

Cuando se formó el gobierno feudal por la debilidad del poder de los reyes que cayó en millares de manos, los barones ó gefes militares que dividiendo la soberanía hasta lo infinito se la habian repartido, pensaron asegurar su independencia cuajando el territorio de castillos y fortalezas; y desafiando desde ellas la impotente cólera del soberano, se entregaban á todo género de escesos y la-

trocinios. El número de castillos llegó á ser tanto que desde 1135 á 1154 se edificaron en Inglaterra mil ciento quince. Reinaba entonces Estéban, quien mal seguro en el trono que habia usurpado, á fin de hacerse suyos á los barones, les concedió permiso para levantar fortalezas, y ellos usaron con tanta latitud de este beneplácito que cubrieron el reino de plazas fuertes, las cuales mas tarde hubo de sitiar el rey cuando quiso emancipar su poder. Los castillos estaban siempre colocados en la cima de algun monte ó en las márgenes de un rio, y rodeados de un ancho foso lleno de agua, de modo que no habia mas paso para el interior del edificio que un puente levadizo defendido esteriormente por una muralla alta y flanqueada de torres. Los muros del castillo tenian comunmente de veinte á treinta pies de elevacion y sobre ellos habia un parapeto lleno de almenas. Las torres cuadradas abiertas en la muralla y con diferentes pisos servian de vivienda á los principales oficiales del castellano. En el interior estaban los almacenes y los cuartos de los criados y de todas las personas del servicio del señor. La puerta del castillo estaba siempre entre dos torres que defendian su entrada. El circuito del muro esterior abarcaba un grande espacio dentro del cual solia edificarse la iglesia ó una capilla. En otro lugar mas retirado levantábase un edificio cuadrado y con varios pisos que era la vivienda del señor ó del gobernador del castillo. Debajo de estas habitaciones habia profundas y tenebrosas bóvedas que servian de cárcel á los prisioneros. La morada del señor se componia de salas grandes escasamente alumbradas, gracias á las cortas dimensiones que se daban siempre á las ventanas. Solia haber una pieza en medio de la cual el pavimento estaba un poco mas elevado y era el punto en que se colocaba la mesa para comer el señor de la casa y las personas de mas elevado rango.

Darémos fin á este bosquejo con una corta reseña de los hombres que en aquella época se habian distinguido mas por sus talentos literarios, entre los cuales hubo algunos que escribieron los anales de su patria. Estos serán los que especialmente llamen nuestra atencion; porque la noticia de su vida privada no es inútil

y puede fijar el grado de confianza que sus obras merecen. Empezarémos por el secretario de Guillermo el *Conquistador* que se llamaba Ingulfo y cuyo padre estaba empleado en la casa de Eduardo el *Confesor*, y pudo dar á su hijo una educacion brillante. Ingulfo estudió en Westminster, despues en Oxford y fue presentado al duque de Normandía cuando en 1051 visitó la Inglaterra para asegurar segun se dice el trono de Eduardo. Ingulfo fue el secretario y el favorito del príncipe normando; mas despues de haber gozado de la gracia de su señor dejó la corte y se fue á visitar la Tierra Santa. En su viage tuvo tantas desgracias que llegó á Normandía con muy pocos de sus compañeros, todos desnudos, sin dinero y careciendo casi de lo necesario para subsistir. Cansado de ser cortesano y aburrido de viajar se metió monge en la abadía de Fontenelle. Enviado por su abad al duque en ocasion en que este se preparaba para invadir la Inglaterra le ofreció cien marcos de plata, y doce caballeros completamente armados y equipados. Guillermo lo recibió benévolamente y despues de la victoria le hizo merced de la abadía de Croyland en el condado de Lincoln. Escribió la historia de su monasterio desde la época de su fundacion verificada en 1064 hasta el año 1091. Esta obra, por mas que al parecer el asunto no ofrezca sino un interes muy menguado, abunda sin embargo en anécdotas y en noticias curiosas acerca de la política y de las costumbres de su tiempo, de manera que su lectura es de mucha instruccion porque en ella se encuentran sucesos importantes y singulares. Despues de Ingulfo debemos citar á Eadmer monge tambien é historiador. Ensalzado á la dignidad de obispo de San Andres en Escocia tuvo alguna intervencion en los negocios de la Iglesia y mas adelante escribió la historia de Inglaterra desde el año 1066 hasta el 1122, en la cual ha procurado mucho apoyar su relato en documentos originales. Aunque tenia mas crítica que los escritores de su tiempo no es menos pródigo que ellos en las consejas y leyendas que tanto abundan en las historias de aquella época.

En el siglo XII floreció otro historiador mas célebre que fue Guillermo de Malmsbury hijo del condado de Sommerset. Se de-

dicó al estudio de todas las ciencias y compuso la historia de su pais que empieza en el desembarco de los sajones en 449 y se termina en 1126. Suyo es tambien el relato circunstanciado de la evasion hecha por la emperatriz Matilde cuando se escapó de Oxford en donde estaba sitiada por las tropas del usurpador Estéban. Asimismo ha escrito la historia de la Iglesia de Inglaterra la cual da mucha luz para la política, porque la Iglesia ocupaba entonces en el estado el primer rango. Malmsbury era monge en la abadía de este nombre y bibliotecario del monasterio, en el cual á pesar de su mérito vivió oscuramente sin que apenas hicieran alto en él sus coetáneos, bien que la posteridad le ha vengado. Compite con este en mérito Juan de Salisbury, nacido en 1116, discípulo de la universidad de Paris, que era entonces el mas célebre templo de la enseñanza. Despues de haberse dedicado con mucha aplicacion á todas las ciencias, vuelto á su patria abrazó la vida religiosa en el monasterio de Cantorbery, en donde se hizo amigo de Tomas Becket y por causa de este sufrió las privaciones y los disgustos de un largo destierro. Despues de diez años alcanzó permiso de volver al claustro en donde fue testigo del asesinato de Becket. Entonces retornó á Francia en donde murió en 1182 siendo obispo de Chartres. La mas célebre de sus obras es la titulada: *De mugis curialium et vestigis philosophorum*, la cual se reduce á una sátira tan juiciosa como llena de gracia de las ridiculeces de los cortesanos y de los sabios, y que inicia al lector en el conocimiento de hechos y pormenores interesantes aunque frecuentemente omitidos en la historia.

El año veinte del mismo siglo XII nació en Blois el famoso Pedro de Blois que estudió en Paris y en Italia, y que á fuer de preceptor de Guillermo II de Sicilia, alcanzó en este reino grande poder y muchos honores, aunque su fortuna quedó desvanecida antes de un año. Solicitado por Enrique II fue su secretario, obtuvo de él muchos beneficios y se mezcló en las reyertas teológicas de su tiempo. Escribió muchas cartas y tratados acerca de diferentes asuntos, y un grandísimo número de sermones que si no justifican completamente la grande celebridad que alcanzó el autor

durante su vida, prueban á lo menos su erudicion y la sutileza de su talento.

No podemos pasar en silencio á Gerardo, mas comunmente conocido con el nombre de Giraldus Cambrensis, esto es, del pais de Gales, porque por parte de su madre descendia de uno de los príncipes de aquel pais. Era sacerdote y durante toda su vida pretendió el obispado de San David que no obtuvo nunca. A pesar de su agitado vivir compuso muchas obras, entre las cuales la única que se conoce es la historia de la conquista de Irlanda á donde acompañó á Juan Sin-Tierra cuando este príncipe fue enviado allí por Enrique II. Encontrándose Gerardo en Oxford discurrió un medio absolutamente nuevo para que el público conociese su obra y fue el siguiente: leyó el primer libro delante de una multitud de pueblo y despues dió una comida á todos los pobres de la ciudad: al dia siguiente leyó el segundo y convidó á los doctores y sabios, y en el inmediato despues de leer el tercero dió un banquete á los sabios jóvenes, á los soldados y á los ciudadanos. Este modo de grangearse sufragios es á la verdad demasiado costoso para que pueda imitarse; mas como entonces la publicidad era tan lenta y tan difícil, no habia otro medio para que un escritor popularizase su nombre. Asi Herodoto en otro tiempo leyó su obra á los griegos reunidos en los juegos olímpicos, porque entonces los hombres no teniendo mas medio de comunicacion que la palabra no podian conocerse ni pensar mancomunadamente. En los tiempos antiguos y mas todavía en la edad media algunas leguas bastaban para aislar á los hombres inteligentes que no tenian mas campo que el comprendido en los muros de una ciudad ó de un monasterio. Los únicos que alcanzaban celebridad eran los profesores de las universidades, porque sus discípulos al dar la vuelta á su pais generalizaban el nombre del maestro cuyas lecciones aprendieron.

Justo es que dediquemos algunas líneas á Nicolás Break Spear que llegó á ser papa y que es el solo ingles que se ha ceñido la tiara. Habiendo nacido en humilde y pobre cuna fue fámulo de la mas baja esfera en la abadía de San Albano, de la cual su padre era religioso, y como por su ignorancia no le permitieron ser mon-

ge encontró medio de trasladarse á Paris y de seguir en su universidad los estudios, sufriendo para ello las mas terribles privaciones. Era preciso condenarse á una vida penosísima, y solo despues de muchos años y de una obstinada perseverancia se alcanzaban los grados literarios que con mucha frecuencia abrian el camino de la fortuna. La constancia y el estudio de Nicolás solo le proporcionaron ser admitido en la abadía de San Roux en donde sus hermanos le eligieron abad; pero queriendo los monges desposeerlo á muy poco tiempo acudieron al papa Eugenio III. El abad se defendió tan oportuna y elocuentemente en presencia del pontífice, que satisfecho este de su mérito le nombró obispo de Alba y poco despues cardenal. Habiendo desempeñado con grande acierto muchas legaciones en 1154 subió al solio pontificio con el nombre de Adriano IV, y aunque habia nacido en muy baja clase no por esto se mostró menos orgulloso, en términos de atribuirse la propiedad de todas las islas. Partiendo de este principio concedió á Enrique II por medio de una bula la posesion de la Irlanda. Durante su pontificado hubo en Roma continuos alborotos, porque los papas al paso que en la cristiandad todo lo podian, con harta frecuencia eran contrariados en su capital, ora por los habitantes de la ciudad, ora por las primeras familias feudales dueñas de la mayor parte del territorio romano. Adriano circuido de peligros y de amarguras no llegó á disfrutar de su grandeza cinco años; y aunque por medio del estudio habia adquirido un saber profundo, la política le robó sin duda el tiempo necesario para escribir y solo quedan de él algunas cartas que merecen ser consultadas.

Sin dar mas estension á esta ojeada que hemos dirigido á la sociedad anglo-normanda entrarémos de nuevo en el campo de la política, empezando por relatar los infortunios del sucesor de Eduardo I.

EDUARDO II.

El reinado de Eduardo I habia sido glorioso, pues la incorporacion del pais de Gales á la Inglaterra y la sujecion tres veces repetida de la Escocia eran títulos que debian halagar el orgullo de la nacion; mas las conquistas del monarca no pudieron hacer que se olvidasen los desaciertos de su violento y tiránico gobierno. Por esto el reino entero mostró grande regocijo al advenimiento del nuevo príncipe, quien á la muerte de su padre estaba en Escocia para arrojar de ella á Bruce, y en vez de sacar partido del formidable ejército que mandaba licenció su mayor parte. Antes de dirigirse á Boulogne para celebrar su matrimonio con Isabel de Francia hija de Felipe el *Hermoso*, confió la regencia de sus estados á Pedro Gaveston su favorito, hijo de Gascuña, dotado de todas las prendas esteriores y que habiéndose criado desde la infancia en compañía del príncipe tomó sobre él tal ascendiente que Eduardo I lo habia desterrado y hecho jurar á su hijo que nunca volveria á llamarle. Despreciando Eduardo II esta sagrada promesa, apenas dispuso del poder cuando no contento con levantar el destierro á su valido lo colmó de riquezas y de honores. Confirióle el condado de Cornouailles que siempre habia constituido el infantazgo de un príncipe de la sangre, y le encargó llevar la corona de San Eduardo el dia de su consagracion en Westminster. En ausencia del primado verificó las ceremonias de aquel acto el obispo de esta diócesis, el cual hizo jurar al rey la observancia de las leyes de San Eduardo y que respetaria los privilegios del clero, los del pueblo y los estatutos que estableciese el parlamento. La exigencia de estas promesas parecia indicar que la nacion habia ganado mucho terreno sobre la autoridad real, puesto que el monarca se obligaba á la observancia de las leyes que emanasen del parlamento, cuyo reciente poder se equiparaba ya con el del soberano.

Gaveston lejos de desarmar la envidia adoptando una conducta





1. THOMAS, COMTE DE LEICESTER. Règne de Edouard II (1314)
2. SIR JOHN SITSYLT, CHEVALIER. Règne de Edouard III (1333)

moderada y sensata se empeñó en irritarla con sus modales altaneros y con un fausto que eclipsaba el de los mas ricos magnates del estado; y no satisfecho con humillarlos por medio de la pompa que le rodeaba, dirigíales sin cesar ofensivas chanzas. En los torneos su gallardía y su destreza ofuscaban las de todos los caballeros, y en uno de aquellos espectáculos arrancó de la silla á los condes de Lancastre, Hereford y Pembroke que nunca le perdonaron este triunfo. Dieron principio á su ataque presentando al rey una peticion en que reclamaban que desde luego alejasé de su lado al favorito; y apenas el parlamento estuvo reunido cuando su mayoría apoyó esta demanda en términos que era imposible negarse á ella. No atreviéndose Eduardo á arrostrar las consecuencias de una lucha abierta, se comprometió á separar á Gaveston y para consolarle nombróle su lugarteniente en Irlanda y le dió en Gascuña tierras que producian una renta de tres mil marcos. Simultáneamente y con el objeto de apaciguar el odio de sus contrarios les confirió las principales dignidades. Gaveston que no carecia de talentos militares se distinguió en Irlanda con algunas hazañas, las cuales dieron audacia al rey para llamarle otra vez á su lado y alcanzó de la corte de Roma que se le absolviese del juramento que habia hecho de nunca mas volver á Inglaterra. Eduardo entonces fue á Chester y desde allí trajo á la corte en triunfo á Gaveston, que no habiendo escarmentado con la prision sufrida ostentó de nuevo sus antiguos modales, y con la estravagancia de sus acciones y la insolencia de su fortuna, dispertó otra vez el resentimiento de sus enemigos. Los barones alentados por la debilidad del soberano dispuesto siempre á ceder á las amenazas, se presentaron armados en el parlamento de Westminster y obligaron al inerme monarca á que firmase una órden autorizando á los prelados y barones para nombrar una junta que entendiese en el arreglo de la casa real y en la administracion del estado. La junta se compuso de siete obispos, ocho condes y cinco barones, los cuales juraron conducirse como mas conviniese á la gloria de Dios, al provecho de la Iglesia, á la honra del rey, y á la felicidad del pueblo.

Mientras que la junta trabajaba á fin de preparar las reformas,

Eduardo levantó tropas para ir á guerrear á Escocia, y en el camino fue alcanzado por Gaveston á quien hizo merced del castillo de Nottingham, creándole al mismo tiempo juez de los bosques situados al norte del Trento. Aunque el momento era favorable pues Bruce detenido por una enfermedad no podia ponerse á la cabeza de sus tropas, Eduardo no supo aprovecharlo, y despues de adelantarse hasta Lentithgow por falta de víveres hubo de dar la vuelta á Berwick en donde pasó el invierno. Al asomar la primavera puso al frente del ejército al favorito, quien por mas que penetrase hasta el rincon del pais no tuvo ocasion de batirse porque el enemigo se contentó con molestarle en su marcha. Por este motivo retornó sin haber alcanzado gloria alguna. Acercándose entre tanto el dia de abrirse el parlamento, el rey se trasladó á Londres en donde la junta le presentó un proyecto cuyos principales artículos tenian por objeto estirpar algunos abusos muy perjudiciales, como eran la alteracion de las monedas, el retardo en instruirse los negocios pendientes ante los tribunales, y las exacciones de los proveedores reales. Ordenábase tambien que el rey no pudiese disponer de sus rentas, las cuales se destinarian esclusivamente á cubrir los gastos de su casa, y por fin se revocaban todas las donaciones hechas por Eduardo desde la creacion de la junta, y se declaró que Gaveston por haber dado al rey consejos perjudiciales y procurado que perdiese el amor de sus súbditos seria desterrado para siempre del reino, debiéndosele tratar como enemigo público en caso de que dilatara su marcha mas allá del plazo que se le señalaria. Fijábase ademas que el parlamento deberia reunirse á lo menos una vez al año á no ser que las circunstancias reclamasen que se hiciera con mayor frecuencia. Forzado el rey á suscribir aquella acta que le despojaba de una parte de sus prerogativas, creyó frustrar sus consecuencias protestando secretamente contra ello, fundado en que la junta la redactó sin la autorizacion necesaria, y declarando que se reservaba variar todo lo que juzgase opuesto á los derechos de la corona. Gaveston obligado á ceder á una tempestad tan recia desembarcó en Francia, y desde allí se trasladó á Flandes con cartas de recomendacion para aquel soberano.

Eduardo por su parte se dió prisa en prorogar el parlamento y luego se fue á York en donde fijó su residencia. Libre allí del espionage de los barones se fue haciendo diariamente mas íntima su correspondencia con su antiguo favorito, y al fin llegó hasta el punto de llamarlo otra vez á su lado. La vuelta del valido fue seguida de una declaracion enviada á los jerifes en la cual se decia que habiendo sido desterrado Gaveston sin previa formacion de causa habia entrado nuevamente en el reino á fin de sujetarse á un procedimiento legal y que en el ínterin el rey le reputaba por bueno y fiel súbdito. Ademas publicó el rey un manifiesto protestando que estaba firmemente resuelto á adoptar las reformas hechas por el último parlamento. No bien llegó á noticia de los barones que Gaveston habia recobrado el favor cuando concertaron una nueva liga acaudillados por Tomas conde de Lancastre, primo hermano del rey y posesor de tierras, cuya poblacion y cuya importancia le hacian formidable al poder. El arzobispo de Cantorbery entró tambien en la confederacion empleando en favor de ella todo su influjo sobre el clero y todo el que este ejercia en el pueblo. Los coligados levantaron tropas y Lancastre marchó á su cabeza á fin de sorprender en York al monarca, que habiendo salido de ella un momento antes, llegó á Tynmouth y embarcándose juntamente con su favorito se trasladó á Scarborough. Esta fortaleza hubiera resistido todos los ataques, pero faltaban en ella víveres y soldados á pesar de lo cual Gaveston se encerró allí á falta de otro asilo mientras el rey se marchaba á Newcastle para juntar tropas. En tanto que asi lo procuraba Lancastre envió á los condes de Surrey y Pembroke para sitiar á Scarborough, de donde salió Gaveston á fin de entregarse voluntariamente á Pembroke ya que temia que la guarnicion lo vendiese. Convínose en que si hasta primeros de agosto no se concluia algun ajuste la fortaleza de Scarborough se entregaria á Gaveston para que se defendiese en ella hasta el último estremo. El favorito fue llevado á Wallingford que era uno de sus castillos, desde donde se le trasladó á Dedington, que pertenecia á Pembroke, quien lo puso bajo la custodia de sus criados, cuando inopinadamente el conde de Warwick invadió el castillo con

muchas tropas, cogió á Gaveston y lo condujo al castillo de Warwick en donde los gefes de la liga reunidos en forma de tribunal le condenaron á muerte. A pesar de sus ruegos fue decapitado en presencia de Lancastre, Hereford y Surrey. Con aquel acto se violaron las leyes del reino y una capitulacion garantida con los mas solemnes juramentos; mas como la injusticia rara vez aprovecha al que la comete, la sangre de Gaveston cayó bien pronto sobre la cabeza del que la habia derramado.

Apenas tuvo el rey noticia de esta catástrofe, cuando en medio de su dolor juró castigar á los homicidas y se fue inmediatamente á Londres, en donde convocando el parlamento le pidió subsidios para dirigirse contra la Francia. Procuraba al mismo tiempo levantar tropas, mas como los barones confederados se dirigian sobre la capital con fuerzas considerables, Eduardo hubo de admitir la mediacion del nuncio del papa, del conde de Evreux tio de la reina, y del de Glocester que hasta entonces no habia tomado parte ostensible en los acontecimientos. Convínose en que los barones volverian las alhajas, la vajilla, las armas y los caballos de Gaveston, que implorarian el perdon hincados de rodillas en la sala de Westminster, y que al convocarse el parlamento el monarca propondria una amnistía general. A consecuencia de este convenio los dos partidos dejaron las armas, si bien los gefes estaban bien distantes de fiarse en la sinceridad de Eduardo, quien efectivamente bajo distintos pretestos diferia convocar el parlamento y conceder la prometida amnistía. Durante estos sucesos la reina parió un hijo que despues fue Eduardo III, y el rey se aprovechó de esta circunstancia para trasladarse con su esposa á Francia en donde asistió á la consagracion de Luis X llamado el *Hutin*. A su vuelta á Inglaterra hubo de cumplir la promesa hecha á los barones los cuales fueron públicamente perdonados, y para mayor seguridad el rey firmó un indulto particular á favor de los condes de Lancastre, Hereford, y Warwick, y de cerca de quinientos gentil-hombres que habian tomado parte en la guerra contra Gaveston. En recompensa de este acto recabó un subsidio considerable á fin de principiar otra vez la conquista de Escocia.

Los preparativos de esta espedicion parecian augurar una victoria cierta, pues el ejército ingles llegaba á cien mil hombres, tres mil de los cuales, cubiertos de hierro ginetes y caballos, componian una tropa formidable, asi por el valor de los soldados como por el temple de sus armaduras impenetrables á todos los golpes. A despecho de la desproporcion de sus fuerzas Bruce sin desesperar de la victoria trató de compensar la inferioridad numérica buscando para la batalla un sitio en que no pudiese el enemigo presentar grandes fuerzas. Colocóse en Tor-Wood á cuatro millas de Stirling, poniendo el frente de su ejército en lugar en que lo protegia un pantano, y apoyando su derecha en un rio cuyas escarpadas márgenes hacian poco menos que imposible un ataque por aquel punto. Como el flanco de los escoceses quedaba espuesto á las cargas de la caballería, á fin de evitar este grave riesgo mandó abrir muchos surcos y clavar en ellos estacas terminadas en punta que despues se cubrieron con tierra. Derramáronse tambien abundantes caballos de frisa y abrojos. Tomadas estas disposiciones distribuyó sus gentes en tres líneas, la primera de las cuales se componia de tres columnas de infantes armados de lanzas; formaban la segunda las tropas del régulo Angús que tenia bajo su dependencia muchas islas de Escocia, y la tercera la constituian con sus tropas las tribus de Argyle y Cantira. Bruce se quedó cerca de estos con un cuerpo de caballería escogida á fin de dirigirse á donde su presencia fuese necesaria. Los ingleses salidos de Falkirk en 23 de junio de 1314, llegaron el mismo dia á la vista del ejército enemigo. En la propia tarde hubo ya un acontecimiento notable. Mientras que Bruce con una hacha de armas en la mano pasaba á caballo por delante de su vanguardia le reconoció el caballero sir Enrique de Bohun y corrió hácia él con la lanza en ristre creyendo derribarlo con la impetuosidad de su carrera y el vigor de su caballo que era mucho mas poderoso que el de Bruce. Mantúvose este inmóvil hasta el instante en que el choque parecia inevitable, y separándose entonces dejó pasar á sir Enrique á quien asestó un hachazo abriéndole con él el cráneo y dejándole muerto. Esta accion desalentó á los ingleses que la presenciaron, al paso

que hizo presagiar á sus adversarios una victoria completa para el dia siguiente. Algunos nobles escoceses suplicaron á Bruce que arriesgara menos su persona; mas él se contentó con decirles: „he „mellado mi buena hacha de armas."

Al dia inmediato 24 la vanguardia inglesa se adelantó para empeñar la accion, y en aquel momento terrible el abad de Incnanray con la cabeza y los pies desnudos, é implorando para sus compatricios el socorro del Dios de los ejércitos dió la bendicion á los soldados que se arrodillaron. Eduardo al verlo, esclamó: Vedlos como piden misericordia. Sí, dijo sir Umfraville, pero no la piden á Vuestra Alteza sino á Dios. Entonces el rey dió la señal de la batalla. Los condes de Glocescer y de Hereford dieron una impetuosa carga al ala izquierda del enemigo pero los lanceros escoceses sostuvieron el choque sin conmoverse. Entre tanto la infantería inglesa fue atacada por los escoceses que tuvieron mucho que sufrir de los arqueros enemigos que arrojaban las flechas con una fuerza y una destreza temibles; pero habiéndolos cogido improvisamente por el flanco cuatrocientos caballeros los dispersaron sin que pudieran volver á juntarse. Eduardo encerrado en un espacio harto estrecho para la caballería que constituia la mayor parte de su ejército no pudo hacerla obrar con provecho; introdújose la confusion en las filas y Bruce sacó fruto de esta desgracia para echarse sobre el enemigo con la reserva. Los ingleses trastornados con su furioso ataque comenzaron á retirarse; y su derrota fue acelerada por una circunstancia debida á la casualidad. Los criados del ejército escoces tenian órden de retirarse con los bagages; mas impelidos por la curiosidad de ver la batalla ganaron la eminencia de Gillies-Hill, y como llevaban enarbolados en palos los reposteros de los caballos, los ingleses los tomaron por otra division escocesa que iba á barajarse en el combate. Aterrorizados con esto se desbandaron, la derrota se hizo general, la carnicería fue horrorosa, la rambla de Bannock-Burn se llenó de cadáveres, mientras que gran número de fugitivos se ahogaban en el Forth. En aquella jornada fatal perecieron el conde de Glocester, sir Roberto Clifford veterano ilustre por sus hazañas, doscientos caballeros,

quinientos escuderos y mas de treinta mil soldados. La pérdida de los escoceses fue muy poca en comparacion de la de sus contrarios, y solo hubieron de deplorar la muerte de dos guerreros distinguidos, uno de los cuales era sir Walter Ross á quien profesaba Bruce una estimacion tan grande que dijo delante de los gefes de su ejército: „ mas quisiera no haber alcanzado la victoria „ que haber perdido á Ross." Eduardo arrastrado por los suyos se retiró del campo de batalla en compañía del conde de Pembroke, y como no pudo refugiarse en la fortaleza de Stirling que en virtud de un convenio anterior á la batalla debia ser entregada á los escoceses al dia siguiente, se dirigió hácia el sud perseguido y estrechado de cerca por Douglas que acaudillaba sesenta caballeros. Durante el camino encontró este á un señor escoces que habiendo abrazado la causa de Eduardo iba con sus vasallos á reunirse al ejército de este: Douglas le notició la derrota de los ingleses, y el escoces que aquella mañana misma habia tomado las armas por el rey, al saber que era el mas débil se unió sin escrúpulo con Douglas, y corrió tras las huellas del monarca que llegado á Dumbar se metió en una barca de pescador y llegó á Berwick enteramente solo. Los resultados de aquella victoria fueron de grande importancia para Bruce, el cual á mas de afirmarse en el trono recobró á su muger, á su hija y á su hermana que fueron cangeadas por el conde de Hereford; aumentó la confianza de sus súbditos y derramó tal desaliento entre sus enemigos que durante muchos años se aterrorizaban al ver un escoces: de manera que segun dice un historiador de la Gran Bretaña, cien ingleses no se hubieran avergonzado de huir delante de tres ó cuatro escoceses. Sin embargo continuó la guerra entre las dos naciones aunque se redujo á recíprocas entradas en las fronteras. Bruce se aprovechó del entusiasmo de sus compatricios para arreglar anticipadamente la sucesion á la corona. El parlamento la aseguró á Eduardo hermano de Bruce; mas como este murió sin hijos debia pertenecer á Majory su sobrina hija del monarca, la cual poco tiempo despues se casó con Walter gran senescal de Escocia cuyos descendientes ocupan hoy el trono de la Gran Bretaña. El descalabro sufrido por Eduardo

fue seguido de una hambre terrible que disminuyó mucho la poblacion. El parlamento creyó que pondria un término á esta plaga fijando el precio de los alimentos; mas este remedio agravó el mal y fue preciso renunciar á él. En medio de estas calamidades el rey á quien solo ocupaba el dolor de haber perdido á Gaveston le hizo magníficas exequias, á las cuales asistió él mismo con el arzobispo de Cantorbery y muchos otros prelados. Los barones se negaron á tomar parte en aquella demostracion de interes que se hacia á favor de un hombre á quien detestaron durante su vida, y cuya memoria se habrian avergonzado de honrar de modo alguno.

No contento el monarca con dispertar otra vez el odio público por medio de aquella pompa fúnebre procuró vengarse del conde de Lancastre contra quien conservaba grande resentimiento por ser el autor principal de la muerte de su favorito, y con este objeto hizo que se promoviese contra él un proceso el cual debia manchar el honor del conde y despojarle de su fortuna. Mientras que Lancastre vivia en sus tierras fuera de la corte, su muger fue reclamada por un caballero llamado Saint-Martin el cual supuso que la condesa le habia dado palabra de matrimonio con anterioridad á su casamiento con el conde de Lancastre; y no dudó asegurar que le habia concedido todos los favores imaginables. La condesa incomodada con su marido de quien tenia razones para quejarse afirmó el hecho, y el tribunal declaró que tanto ella como sus bienes pertecian al hombre con quien anticipadamente se habia comprometido. Aquella señora era heredera de las casas de Lincoln y Salisbury y habia llevado á su marido grandísimas riquezas. Como este negocio á pesar de su importancia fue juzgado con alguna precipitacion se supuso que los jueces habian cedido al influjo del monarca. Lancastre irritado por esta afrenta tomó las armas, y sin duda habria estallado la guerra civil si el conde de Pembroke y muchos otros señores no se hubieran interpuesto; pero la superioridad de Lancastre era tanta que en un parlamento celebrado en 1318 logró que se le nombrase á Eduardo un consejo permanente, compuesto de ocho obispos, cuatro condes y cuatro barones, de los cuales siempre debia el monarca tener cuatro cerca de sí, para oir su

parecer y alcanzar su consentimiento en todos los negocios relativos al gobierno.

Mientras que Eduardo gastaba sus fuerzas en luchar dentro del reino contra el turbulento espíritu de los barones, Bruce determinó hacer la guerra á Irlanda á fin de llamar la atencion de los ingleses é impedirles que renovasen sus empresas contra la Escocia. Componíase la poblacion de Irlanda de dos razas, la de vencedores y la de vencidos, que no tenian entre sí semejanza alguna, hablaban distinta lengua y diferian absolutamente en hábitos y costumbres. Los ingleses, esto es, los aventureros idos allí desde la Gran Bretaña, del pais de Gales y de la Guyena, habitaban las ciudades principales y toda la parte meridional del pais, y á pesar de reconocer por soberano al rey de Inglaterra, vivian en una absoluta independencia. Esceptuando á Dublin que era la sede del gobierno ingles el resto del pais obedecia á un enjambre de tiranuelos que oprimian á sus súbditos sin consideracion alguna, y que si bien usurparon las tierras que poseian trataban de ladrones á los naturales del pais; asi es, que la muerte de un irlandes quedaba siempre impune y era considerada como un suceso de poco importancia que no merecia siquiera ser vituperado. Los irlandeses por su parte sumidos en un estado muy inmediato á la barbarie vivian en una perpetua anarquía, batallaban á veces unos contra otros y á veces contra sus opresores hácia los cuales conservaban un odio inestinguible. Procedentes de un orígen comun con los escoceses, conservando á poca diferencia las mismas instituciones y hablando la misma lengua, supieron con la mayor satisfaccion la victoria alcanzada por Bruce, y sintieron renacer en su corazon el deseo de la independencia. Asi aclamaron con el mayor entusiasmo á Eduardo Bruce hermano del monarca escoces que desembarcó con seis mil hombres cerca de Carrick-Fergus, y que iba á ausiliarlos para sacudir el yugo de Inglaterra. Varios gefes de las tribus se reunieron al pronto con Eduardo Bruce que alcanzó muchas victorias, y luego en virtud de un arreglo concluido con Donald-Onial príncipe de Tirona que cedió á Bruce sus derechos al trono, este se hizo coronar rey de Irlanda. Su hermano Roberto le

llevó desde Escocia un refuerzo considerable; pero los rigores de la estacion hicieron mas daño á los escoceses que la espada de sus enemigos, y Bruce tomó la vuelta de su reino, despues de haber perdido la mayor parte de los soldados. El monarca ingles babia enviado á lord Uffor para tratar con los gefes del pais á fin de interesarlo en su causa. Mas tarde fue á reunírsele Juan de Hostram que logró formar asociaciones de los feudatarios de la corona, los cuales se obligaron á socorrerse mutuamente y á hacer todos los esfuerzos posibles contra el comun enemigo. A fin de apoyar sus armas el gobierno se dirigió al mismo tiempo á la corte de Roma. El pontífice Juan XXII encargó á los arzobispos de Dublin y de Cashel que distrajesen de sus intentos á los fautores de la rebelion y escomulgasen á aquellos que persistieran en su inobediencia. Onial y la mayor parte de los gefes del pais enviaron al papa una memoria justificativa en donde sentaban desde luego que durante cuarenta siglos la Irlanda habia sido gobernada por monarcas nacidos en el pais y descendientes de los Milesios, hasta que en el año 1170 el papa Adriano IV natural de Inglaterra habia sin derecho alguno conferido la soberanía de la isla á Enrique II, desde cuya época la Irlanda estaba desolada por una guerra incesante. Fundados en esto pedian que la donacion hecha á Enrique debia ser anulada, pues ademas de su orígen vicioso no solo no habia cumplido este ninguna de las condiciones del tratado, sino que introdujo en la isla la peor casta de hombres que existe en el globo, empleando indistintamente la violencia y la traicion para satisfacer su avaricia y todas sus perversas pasiones, y diciendo descaradamente que el asesinato de un irlandes no era un crímen. Añadian que si tomaron las armas contra aquellos tiranos no por esto eran rebeldes al rey de Inglaterra, á quien nunca habian jurado fidelidad, y que si acababan de elegir por soberano á Eduardo Bruce fue con el objeto de que los protegiese contra el encarnizamiento de sus enemigos. La lectura de esta memoria interesó tanto al papa que escribió al monarca ingles en favor de los irlandeses, y este prometió que en adelante los gobernaria ateniéndose á los principios de justicia y tratándolos con dulzura. Mientras se hacian estas nego-

ciaciones continuó la guerra en Irlanda en donde los ingleses recobraron bien pronto la superioridad, y Eduardo Bruce abandonado por sus mas poderosos amigos pereció en un combate trabado con lord Birmingham que por sí mismo presentó á Eduardo la cabeza del vencido y obtuvo en recompensa el condado de Louth. La muerte de Bruce desvaneció las esperanzas de los irlandeses, que otra vez cayeron en la esclavitud de que habian pensado emanciparse.

La marcha que Roberto Bruce hizo á Irlanda con parte de sus tropas ofrecia á Eduardo el momento oportuno á fin de tentar otra invasion en Escocia; mas todos sus preparativos para este objeto fueron inútiles porque el conde de Lancastre y sus amigos se negaron á tomar parte en la empresa. Eduardo pues se fue á Londres en donde dos legados pontificios le entregaron una bula en virtud de la cual el papa por su propia autoridad mandaba al príncipe ingles y al de Escocia que ajustasen una tregua de dos años. Eduardo se sometió á este mandato que quizás él mismo habia solicitado en secreto, y los legados pidieron á Bruce un salvoconducto á fin de ir á comunicarle las órdenes del pontífice romano. Despues de muchos debates alcanzaron al fin el solicitado permiso é hicieron á dos eclesiásticos el encargo de presentar al monarca escoces las misivas del papa. Admitidos los mensageros á la presencia de Bruce pusieron en sus manos dos cartas, la una abierta y cerrada la otra. Bruce hizo leer la primera en voz alta; mas observando que el sobrescrito de la segunda decia: A lord Roberto Bruce gobernador de Escocia; se negó á abrirla diciendo que no iba dirigida á él puesto que no era gobernador de Escocia sino su soberano. De nada aprovecharon las observaciones de los enviados que hubieron de dar la vuelta á Inglaterra, decididos á publicar la bula de escomunion contra el rey de Escocia, de que eran portadores. No queriendo sin embargo desempeñar por sí mismos aquel delicado encargo lo confirieron al monge Newton quien en presencia de Bruce y de su consejo presentó un pliego cerrado que contenia sus credenciales y la bula; mas como en el sobrescrito no se daba á Bruce el dictado de rey se negó á admitirla mandando al monge

que se retirase sin darle ninguna especie de salvaguardia. En el camino el emisario fue detenido por cuatro ladrones que apoderándose de todos sus papeles y haciendo pedazos la bula le permitieron continuar el viage. De este modo el príncipe escoces evitando un rompimiento abierto con el príncipe romano neutralizó el daño que podia causarle la oposicion de la Iglesia.

De todo lo que Eduardo I habia conquistado en Escocia no le quedaba á su hijo mas que Berwick, plaza fuerte situada en la frontera y punto de depósito mercantil de grande importancia; cuando hé aqui que un habitante de la ciudad descontento del gobernador la entregó al rey de Escocia. Irritado Eduardo con este suceso levantó un numeroso ejército y en 24 de julio de 1349 fue á embestir á Berwick; mas hubo de levantar el sitio para ir á rechazar á les escoceses que habian hecho una invasion en Inglaterra y acabó por ajustar una tregua de dos años.

Aunque le causara á Eduardo un pesar muy vivo la muerte de Gaveston lo reemplazó muy luego con otro favorito, que fue Hugo Spencer colocado cerca del rey en calidad de chambelan por el conde de Lancastre que contaba servirse de él para averiguar las intenciones y los mas íntimos secretos del monarca, cuya confianza habia Spencer alcanzado. Mas este jóven siguiendo los consejos de su padre determinó representar distinto papel y deber su fortuna nó al conde sino al monarca. Sus cálculos fueron acertados pues Eduardo no tardó en colmarlo de riquezas y de honores y hasta le casó con su sobrina hija del conde de Glocester muerto en la batalla de Bannock-Brun; matrimonio que hizo á Spencer dueño de casi todo el condado de Glamorgan puesto en la frontera. Habiendo muerto el suegro de Mowbray este tomó posesion de su herencia sin solicitar la investidura, y Spencer se empeñó en que Mowbray debia perder su feudo como rebelde. Los señores de las fronteras tomaron las armas, asolaron las tierras del favorito, hiciéronse dueños de diez castillos y pegaron fuego á mas de treinta mansos. Llamando luego al conde de Lancastre y á sus amigos para que los sostuviesen, se ajustó un tratado en honor de Dios y de la santa Iglesia y en provecho del príncipe y de su familia, en el

cual los signatarios se comprometian á perseguir á los dos Spencer padre é hijo, hasta que cayesen en sus manos ó fuesen espulsados del reino. El padre del favorito que fue creado conde de Winchester y que era un anciano respetable por su edad y por sus muchos servicios, fue envuelto por los confederados en el odio que profesaban á su hijo, porque temian su talento y su influjo. Lancastre á la cabeza de muchas tropas marchó sobre Londres, devastando al paso las tierras de Spencer padre, y acantonado en San Albano envió un mensage á Eduardo pidiendo el destierro del favorito y de su padre. El rey contestó que hallándose ausentes el uno y el otro en servicio del estado, no podia condenárselos sin oir sus descargos. Como entonces mismo el parlamento estaba reunido en Westminster, los confederados trasladándose allí en son de guerra, obligaron á la asamblea á que pronunciase una sentencia de destierro y confiscacion contra los dos Spencer, arrancando al mismo tiempo del rey una amnistia á favor de todos los comprometidos en aquellos acontecimientos. Seguros de la impunidad, los gefes se retiraron á sus casas despues de haber licenciado las tropas.

Este atentado contra la autoridad del monarca dejó en su alma el gérmen de un resentimiento que debia estallar á la primera ocasion favorable. Un insulto hecho á la reina ofreció á Eduardo motivo asaz poderoso para vengarse de lord Badlesmere que entregó á los conferados el castillo real de Leds cuya custodia le estaba confiada. Dirigiéndose Isabel esposa del monarca á Cantorbery quiso hospedarse en el castillo de Leds, pero lady Badlesmere estando ausente su marido se negó á recibir á la reina y repelió á la fuerza á los oficiales de su casa, de los que murieron algunos en aquella refriega. Isabel se quejó amargamente de tal afrenta, y Eduardo deseoso de vengarla levantó tropas, apoderóse del castillo, hizo ahorcar al gobernador y á once caballeros, encarceló á los restantes, y encerró en la torre á lady Badlesmere y á sus doncellas. Este lance alentó á Eduardo y le hizo creer que era venido el dia de rehacerse de su abatimiento, y comenzó por llamar á los Spencer. El hijo á su llegada se constituyó prisionero y dirigió una

súplica al rey reclamando que su proceso volviese á verse. El monarca presentó la peticion á los prelados que estaban entonces reunidos y cuyo dictámen queria saber, los cuales declararon que la sentencia habia sido injusta. Pertrechado con esta resolucion Eduardo se constituyó públicamente defensor de Spencer hasta que se convocase nuevo parlamento que diese de nulidad los procesos formados contra él y contra su padre. Hecho esto á la cabeza de un ejército se dirigió hácia el pais de Gales é invadió las fronteras. Los enemigos de Eduardo fundaban sus mayores esperanzas en aquel pais limítrofe de la Escocia, y desde él mantenian inteligencia secreta con Bruce, quien segun se dice proporcionó cuarenta marcos al conde de Lancastre. En el tratado concluido entonces entre la Escocia y los principales confederados, que aun se conserva, prometen estos hacer todos los esfuerzos imaginables para conservar á Bruce en el trono: de manera que nunca hubo traicion mas manifiesta ni mejor combinada. Al acercarse el rey, Lancastre reunido con el conde de Hereford, trató de disputarle el paso del Trento; pero habiendo Eduardo descubierto un vado atravesó el rio obligando á Lancastre á que se retirase precipitadamente á York-Shire. Llegado á Pontefract escribió al rey de Escocia para que le enviase socorros con la mayor premura, y continuó su retirada hasta Borough-Bridje en donde fue alcanzado por Simon Ward y por sir Andres Harclay, que le disputaron el paso. Allí se trabó una accion en que fue muerto el conde de Hereford, y Lancastre despues de haber procurado corromper la fidelidad de sir Harclay alcanzó una tregua hasta el dia siguiente, con la esperanza de que durante la noche llegarian los escoceses; mas como estos no parecieron y por lo mismo debia acudirse al asomar el alba, se retiró á una capilla en donde prosternado delante de un crucifijo, esclamó: Dios mio, me pongo en vuestras manos y confio en vuestra misericordia: en seguida fue llevado á York y de allí á su castillo de Pontefract: Comparecido ante un tribunal que presidia el rey y estaba compuesto de seis condes y muchos barones fue condenado á una voz sin que se le permitiese pronunciar una palabra para defenderse, porque segun dijo uno de los jueces la de-

fensa seria inútil, puesto que el crímen estaba justificado hasta la mayor evidencia. Eduardo por consideracion á la sangre real que circulaba en las venas del acusado conmutó la pena de muerte que se le impuso como traidor en mera decapitacion, á pesar de lo cual no se le libró de las injurias ni de la afrenta. Conducido al patíbulo en un caballo medio muerto y sin riendas, vestido con un trage andrajoso fue atrozmente insultado por el populacho que le tiraba barro y toda clase de inmundicias llamándole rey Arturo, que era el nombre con que habia firmado sus cartas dirigidas al rey de Escocia. Cuando llegó á una eminencia puesta fuera de la ciudad y destinada para la ejecucion, se arrodilló de cara al oriente pero se le hizo volver hácia el norte diciéndole que desde allí podria ver llegar á sus amigos. Al fin su cabeza cayó cortada por el verdugo de Lóndres que á propósito fue llamado para solo ello.

La muerte del conde de Lancastre no bastó á calmar el enojo del monarca, y por esto sufrieron la misma suerte de aquel magnate catorce ricos hombres y otros tantos caballeros de los ochenta y seis que cayeron en sus manos; y los que se libraron de la pena capital no fue sin espiar su rebelion ó bien con un encierro ó bien con gruesas multas. Despues de los suplicios vinieron las recompensas, y la primera de ellas fue el condado de Carlisle con que se agració á sir Andres Harclay que gozó de él muy poco tiempo, pues impulsado por una loca ambicion mantuvo relaciones con el rey de Escocia y murió en un cadalso antes de concluirse el año. Los Spencer absueltos de los cargos que se les habian hecho recobraron todos sus bienes y se enriquecieron con las tierras confiscadas á sus enemigos, sobre todo el hijo cuya insaciable avaricia atizaba el odio que le conviniera sofocar. Efectivamente el partido de Lancastre lejos de estar acabado conspiraba en Lóndres contra el favorito y se disponia á aprovechar una ocasion de vengarse ó quizás á proporcionarla. Vino á reforzar sus esperanzas la evasion del jóven Mortimer que habia sido condenado á cárcel perpetua, y que escapado de la torre de Lóndres logró retirarse á Francia y contrajo relaciones con Cárlos de Valois que poco despues subió al trono.

Mientras tanto ora existiera ya enemistad entre la reina y el favorito, ora no se encontrase otro medio de hacer frente á las urgencias del estado, ello fue que Spencer y el canciller Baldock se apoderaron de las rentas del condado de Cornouailles que pertenecia á Isabel, con lo cual se dió lugar á que ostensiblemente se mostrase la falta de inteligencia entre la reina y Spencer. Este pues resuelto á alejar de la corte á la princesa le pareció buen pretesto para ello, la necesidad de aplacar al rey de Francia que amenazaba confiscar la Guyena si Eduardo no iba en persona á prestarle homenage por aquella provincia y por los otros feudos que de su corona tenia. El papa intervino y Cárlos manifestó á los enviados pontificios que si la reina su hermana se trasladaba á Francia, alcanzaria un partido mas ventajoso que otro negociador alguno. En su consecuencia Isabel marchóse á la corte de su hermano y concluyó un tratado, pactando que las tropas francesas evacuarian la Guyena, que los ingleses se retirarian al territorio de Bayona, y que un senescal bien visto por los dos partidos gobernaria la provincia y la restituiria á Eduardo luego que hubiese prestado homenage á su soberano, el cual conservaria el Agenois mientras no se le pagaran los gastos hechos para la guerra. Eduardo manifestó alguna dificultad en ratificar este tratado, y se puso en camino para Francia; mas habiendo caido enfermo en Douvres, Cárlos le propuso que transfiriese la soberanía de la Guyena á su hijo de trece años y que este haria las veces de su padre en la ceremonia del homenage. Abrazóse este partido, y el jóven Eduardo se trasladó á Francia cerca de su madre, la cual habia encontrado allí no pocos partidarios de Lancastre entre los cuales distinguió mucho al jóven Mortimer, de quien hemos hablado. Admitido cerca de su soberana alcanzó su confianza, y segun se dice llegó hasta reinar en su corazon y hacerle faltar á los deberes de esposa. Isabel no atreviéndose á volver al lado de aquel á quien ultrajara, no quiso cumplir las órdenes que la llamaban á ella y á su hijo á Inglaterra, y acabó por mezclarse en la conjuracion que Mortimer y sus amigos fraguaron contra Eduardo. Cárlos por su parte no osando dar manifiesto apoyo á semejante proyecto impulsó á su herma-

na á que marchándose de Paris, se trasladara cerca del conde de Hainault. Isabel ajustó los esponsales del jóven Eduardo con Felipa hija del conde, secretamente ausiliada por su hermano, levantó tropas, hízose á la vela y en 24 de setiembre de 1326 desembarcó en la costa de Suffolck á la cabeza de tres mil hombres acompañada del conde de Richemond, del de Kent hermano de Eduardo y del obispo de Norwich y de muchos otros barones. Roberto de Watteville, que debia oponerse á la invasion no solo no lo hizo sino que entregó toda la escuadra á la reina. Eduardo no decidiéndose á llamar en su ausilio á los feudatarios de la corona, mandó á todos los habitantes de los condados inmediatos que tomasen las armas y dotó la cabeza de Mortimer. El ejército de la reina se aumentaba de dia en dia, pues acudieron á él los condes de Norfolk, de Hereford, de Ely y de Lincoln, mientras que Isabel para hacerse suyo al pueblo publicó un manifiesto, declarando que no tenia otro objeto que librar á la nacion de la tiranía de Spencer, corregir los abusos y asegurar las libertades de la Iglesia; y mandando á todos los buenos ciudadanos que se uniesen á ella para defender una causa tan justa. Sus emisarios al mismo tiempo esparcieron entre el pueblo la voz de que el papa habia escomulgado á los que contra la reina combatiesen. El desgraciado Eduardo no habiendo podido levantar tropas, y viendo que los vecinos de Londres se negaban á tomar las armas en favor suyo, salió de la capital y seguido de los Spencer, del canciller Baldock y de pocas personas mas, se fue al pais de Gales en donde su favorito poseia considerables bienes. Apenas estuvo fuera de Londres cuando el populacho sublevado corrió á degollar á los partidarios del monarca, entre los cuales la víctima mas ilustre fue el obispo de Exeter ministro hábil y fiel amigo de Eduardo. La mayor parte de las provincias imitaron el ejemplo de la capital, el fuego de la sedicion se propagó desde uno á otro estremo de Inglaterra, mientras que Isabel perseguia decididamente á su fugitivo esposo. En el camino sitió el castillo de Bristol en donde se habia refugiado Spencer el padre, anciano de noventa años que vendido por la guarnicion amotinada fue juzgado y sentenciado sin que se le oyera.

Abriéronle el vientre, le sacaron las entrañas y su cuerpo despues de haber estado pendiente de una horca durante cuatro dias fue descuartizado y comido de perros. Habiendo la reina tenido noticia de que Eduardo acababa de embarcarse para Irlanda hizo un manifiesto en que le mandaba que volviese á fin de apoderarse otra vez de las riendas del estado, y en seguida reunió á los prelados y barones adictos suyos, los cuales arrogándose los poderes del parlamento nombraron al jóven Eduardo regente del reino para mientras la ausencia de su padre. Rechazado este de Irlanda por los vientos contrarios hubo de buscar un asilo en el monasterio de Nebat, pero habiendo sido descubierto fue puesto bajo la custodia del conde de Leicester hermano y heredero de los Lancastre, y que se apoderó tambien del jóven Spencer y de Baldock que andaban ocultos por los inmediatos bosques. Conducido Spencer ante los mismos jueces que condenaron á su padre, declarado convicto de haber promovido la discordia entre Eduardo y su esposa y pagado asesinos para que acabasen con esta y con su hijo cuando estaban en Francia, sufrió la pena de horca, habiendo sido llevado al suplicio con un haraposo trage negro y ceñida su cabeza con una corona de ortigas. Pocos dias despues fueron decapitados el conde de Harundel que era el mas adicto servidor de Eduardo, Simon de Reading y otros varios, cuyo delito era haberse conservado fieles á la desgracia y poseer feudos que los favoritos de la reina ambicionaban. El carácter sacerdotal salvó del suplicio á Baldock, quien fue metido en un calabozo en donde sucumbió al rigor del cautiverio, y el rey llevado por el conde de Lancastre al castillo de Kenilworth esperó que los vencedores decidiesen su suerte.

Conociendo Isabel que sin dár este paso su victoria no era completa resolvió encargarlo al parlamento convocado en Westminster en el cual Orleton obispo de Hereford, tomó la palabra protestando que la reina empuñó las armas sin otro objeto que derrocar á los Spencer como enemigos que eran del bien público, pero que conseguido este fin era preciso resolver si el monarca recobraria el ejercicio de su autoridad. Pintó en seguida con los mas negros

colores el vengativo carácter de Eduardo que pondria en riesgo la vida de su esposa, cuyo valor acababa de librar al pais de la tiranía de un aborrecible favorito, y concluyó declarando que el único medio de remediar este inconveniente era que el hijo sustituyese al padre en el trono. En tanto que peroraba se oyeron los tumultuosos gritos del populacho de Londres reunido á propósito cerca de la sala para que el terror arrancase al parlamento la deposicion del monarca. Efectivamente nadie osó tomar la palabra en favor de este; el jóven Eduardo fue proclamado rey y presentado con este título á la multitud que le saludó con las mas enérgicas aclamaciones. Dado este primer paso fue preciso ir adelante, pues si el trono vacaba aquel que lo ocupó no fue depuesto ni habia abdicado. En consecuencia de esto se redactó un bill dividido en seis artículos en el cual se vituperaba á Eduardo la pérdida de la Escocia y de la Guyena, y la muerte de muchos barones convencidos de alta traicion, y se le acusaba de haberse dejado guiar por ministros infieles, de no haber gobernado segun las leyes y de haber abandonado los negocios para entretenerse en pasatiempos: por todas estas causas fue desposeido de la corona y trasmitida á su hijo. El príncipe bien fuese movido por los sentimientos de piedad filial, bien impulsado por secretos consejos, manifestó públicamente que renunciaba el trono á no ser que su padre le permitiese aceptarle. Fue necesario pues arrancarle á este el consentimiento. Para ello se trasladó al castillo de Kenilworth una diputacion compuesta de prelados, condes y barones, de dos caballeros de cada condado y dos diputados de cada ciudad á fin de que diesen conocimiento á Eduardo de la eleccion de su hijo y solicitaran su aprobacion. Los obispos de Winchester y Lincoln entraron los primeros, pusieron en juego toda su astucia á fin de que el monarca abdicase y le prometieron que en caso de mostrarse dócil le concederian una considerable pension que le permitiese vivir espléndida y felizmente; y para el caso de negarse le amenazaron no solo con deponerlo sino tambien con privar de la corona á su hijo y pasarla á otra familia. Como pareciese que el desgraciado príncipe cedia á sus instancias le acompañaron vestido

de negro hasta la pieza en que estaba reunida la diputacion compuesta de sus mas encarnizados enemigos: de modo que apenas el rey los hubo visto cuando estremecido de miedo cayó sin sentidos. Vuelto en sí oyó lo que le dijeron y contestó en pocas palabras que suscribia á su suerte pues que no podia cambiarla, y que daba gracias al parlamento por haber conservado el trono á su hijo. Entonces Guillermo Trussel que presidia la diputacion habló al príncipe en estos términos. = "Yo Guillermo Trussel en nombre „ de todo el pueblo ingles renuncio para en adelante á la fe y al „ homenage que os he jurado. Desde hoy no me une á vos vínculo „ alguno de fidelidad; os declaro caido del poder y de la dignidad „ real, entrado de nuevo en la clase del pueblo, y solo veo en vos „ á un simple particular." Dichas estas palabras el caballero Tomas Blount mayordomo mayor de palacio rompió su baston de mando, cual si hubiese asistido á los funerales de Eduardo: triste augurio que muy luego habian de confirmar los acontecimientos.

Apenas hubieron arrancado á Eduardo la abdicacion cuando su hijo de edad de catorce años fue proclamado por los heraldos en todas las ciudades del reino. Se dijo al pueblo que el rey destronado habia hecho una abdicacion voluntaria en favor de su primogénito que fue coronado á muy poco tiempo mientras que su padre era puesto bajo la custodia del conde de Lancastre. No pudo este mostrarse indiferente al infortunio del monarca y le guardaba todas las consideraciones compatibles con el cumplimiento de su encargo; pero la reina y Mortimer perseguidos por el temor estaban poco satisfechos de su conducta porque generalmente la compasion habia sustituido al odio que antes se profesó al monarca; el pueblo comenzaba á enternecerse á favor del rey que desde el trono pasó á una cárcel, del esposo vendido por su muger y del padre despojado por su hijo. En muchas provincias del reino se formaban asociaciones con el objeto de libertar al cautivo, y no faltaron predicadores que en los sermones se permitian hacer alguna alusion al ilícito comercio de la reina con Mortimer. Estos motivos que presentaban mas gravedad de cada dia, determinaron á Isabel á poner á su esposo en manos mas seguras que las de Lan-

castre. Fue confiado pues á Tomas, á lord Berkley, y á sir Juan Maltravers que debian vigilar alternativamente á su preso. Berkley mas humano que su compañero procuraba endulzar con su comportamiento lo que su cargo tenia de odioso; mas habiendo caido enfermo hubo de confiar su ministerio á sus dos oficiales Tomas Gourney y Guillermo Ogle. Estos dos malvados impelidos por Mortimer despues de haber procurado abreviar los dias del monarca por medio de malos tratamientos determinaron emplear el seguro medio del asesinato. A este fin entraron por la noche en el cuarto de Eduardo, lo ataron en la cama y por dentro de un tubo de asta le introdujeron en el cuerpo una varilla de hierro encandecente que le quemó las entrañas. La víctima hizo resonar por el castillo horribles gritos que fueron oidos por los guardas y por la servidumbre. Al siguiente dia el cadáver fue enseñado á muchos habitantes de Bristol, los cuales como no vieron señal alguna de violencia juzgaron que la muerte habia sido natural. Su declaracion se hizo pública en todo el reino, y el monarca fue inhumado sin pompa en la iglesia de la abadía de San Pedro en Glocester cuando acababa de cumplir cincuenta años y despues de haber reinado diez y nueve. Los asesinos de Eduardo sufrieron el castigo que habian merecido, pues sin anticiparnos ahora acerca de la suerte que le cupo á Mortimer primer instigador de aquel delito, los otros dos huyeron de Inglaterra en donde fueron dotadas sus cabezas. Gourney se refugió en España y preso en Búrgos á peticion de Eduardo III, en virtud de órden secreta fue decapitado en alta mar cuando era conducido á Inglaterra. Sin duda dió lugar á esto el temor de que sus declaraciones comprometieran á personas de alto rango. En cuanto á Ogle no se sabe su paradero; y Maltravers espiró en un patíbulo por sospechas de complicidad en el asesinato.

La desventurada suerte de Eduardo tanto debe atribuirse á las circunstancias como á su carácter. Si la falta de aplicacion á los negocios le puso en el caso de confiarlos á favoritos, cuyo talento no justificaba su fortuna, libraráse no obstante de la muerte si hubiese vivido en época menos aciaga. Los reyes entonces desposeidos de sus mas ricos dominios que habian pasado á manos del

clero y de los barones, estaban á merced de la generosidad de sus súbditos, pues como las contribuciones no eran fijas el monarca se veia precisado á arrancarlas á la fuerza ó por astucia. Era indispensable pues que fuese audaz y diestro á un tiempo, y que supiera unas veces exigir con firmeza y ceder otras sin manifestar que se doblegaba á las contradicciones. Este fue el secreto que mantuvo en el trono á Eduardo I. Su hijo no supo imitarlo y fue víctima de su debilidad y nó de su tiranía: su padre se hizo temer, y él no supo sino hacerse despreciar: sus favoritos aceleraron su ruina porque sirvieron de pretesto á la rebelion, la cual despues de haber destruido á aquellos se dirigió contra el mismo príncipe; porque la ambicion una vez desencadenada no se detiene. Por otra parte es menester no olvidar que cuando los barones se aliaban habian de llevar la mejor parte en sus luchas con el soberano, puesto que disponian de numerosos vasallos, al paso que las riquezas de este no bastaban para levantar un ejército. Los reyes no tuvieron la superioridad hasta que reemplazaron con contribuciones los réditos de sus feudos. Las prodigalidades de Eduardo para con sus favoritos le fueron tanto mas perjudiciales en cuanto de ellas se originaron rumores tal vez calumniosos pero que tendian á degradarlo á los ojos de sus súbditos. Esta fue el arma que empleó Isabel contra su marido dando á entender que Gaveston y el jóven Spencer le usurpaban los derechos de esposa por medio de criminales condescendencias. En un siglo en que todos los homenages se dirigian á las mugeres esta acusacion enagenó á Eduardo el afecto de la muchedumbre dispuesta siempre á oir con gusto cuanto pueda afear á las personas colocadas en alto rango: asi el pueblo se compadeció de la reina á la cual creia arrojada del corazon y del lecho de Eduardo por indignos favoritos. Fue preciso que el tiempo descubriese las torpezas de Isabel, pero ya entonces el monarca precipitado del trono no existia. Dejó cuatro hijos, dos varones y dos hembras: el mayor que le sucedió en el trono, el segundo llamado Juan que murió sin posteridad en 1334, Juana que fue casada con David Bruce rey de Escocia, y Eleonora que se unió en matrimonio con el duque de Gueldres.

En el reinado de Eduardo tuvo lugar un acontecimiento en que tomó parte el monarca ingles como los otros soberanos de Europa. Hablamos de la caida de los templarios. Aquella órden fue creada en Jerusalen en el año 1118 reinando Balduino IV y con la mira de defender el Santo Sepulcro y dar proteccion á los peregrinos de todas las naciones que iban á visitarlo. Hugo de Paganis y Geofredo de Saint-Ademar reunieron algunos caballeros pobres y con ellos formaron una comunidad, dándose el dictado de *pobres de la ciudad santa*, que cambiaron mas tarde en el de templarios porque la casa que fue cuna de la órden estaba situada cerca del templo de Jerusalen. El concilio de Troyes confirmó en 1127 el nuevo instituto cuya regla fue compuesta por San Bernardo, y los servicios de los caballeros que cuidaban de los enfermos en los hospitales y que combatian en el campo de batalla dispertaron la gratitud de la cristiandad entera. Por todas partes se les hacian pingües donativos, y gracias á la piedad de los fieles, enriquecióse la órden y muy pronto llegó al mas alto grado de esplendor y de poder. Mientras que subsistió el reino de Jerusalen los caballeros se hicieron célebres en oriente por sus hazañas; mas cuando los sarracenos hubieron derrocado el trono de Godofredo, los templarios dieron la vuelta para establecerse en Europa, en donde tenian vastas posesiones esparramadas por todos sus estados. La ociosidad trajo la relajacion de costumbres y los templarios perdieron poco á poco sus antiguas virtudes. Mezclados en las cuestiones políticas de su tiempo alarmaron al poder y dispertaron la avaricia de Felipe el *Hermoso* rey de Francia que resolvió su caida. La sede principal de la órden era su reino y en él hizo prender á todos los templarios en un mismo dia: acusados de los mas monstruosos delitos y de asesinatos y robos (1) el Gran Maestre y mas de cincuenta caballeros murieron en Paris en una hoguera. El papa Clemente V á quien se habia reservado el conocimiento de este

(1) Véase acerca de esto y de todo lo concerniente á la caida de los templarios lo que dije en el 2.° t. de mi historia de España con el epígrafe: *Caida de la órden del Temple.*

(*Nota del Traductor*).

negocio, en vez de juzgar á la órden la suprimió en virtud de su autoridad apostólica. El ejemplo del rey de Francia fue imitado por los demas príncipes, los cuales si bien se condujeron mas humanamente con los templarios los despojaron de sus bienes, cuya mayor parte fue á los hospitalarios, conocidos mas tarde con el nombre de caballeros de Malta. En vano procuró Eduardo eludir la ejecucion de la medida ordenada por el papa, porque despues de una demora de once años, se vió obligado á soltar aquella rica presa, que el parlamento por medio de un acto solemne asignó á los hospitalarios.

EDUARDO III.

La deposicion de Eduardo II colocó la corona en las sienes de su hijo que como era demasiado jóven para gobernar por sí mismo, el parlamento nombró para suplir su inesperiencia un consejo de doce individuos á cuyo frente fue colocado el conde de Lancastre, á pesar de lo cual el poder perteneció realmente á la reina, ó mas bien á Mortimer que la gobernaba á ella despóticamente. El primer acto de su administracion fue hacer que el parlamento anulase los fallos pronunciados contra Lancastre y contra los que murieron por crímen de rebelion en el anterior reinado. Al mismo tiempo fueron confiscados los bienes de los Spencer de cuya mayor parte se apoderaron la reina y su amante, distribuyendo el resto á sus adictos. Con el objeto de justificar lo hecho contra el esposo de Isabel se solicitó de la corte de Roma la canonizacion del conde de Lancastre muerto en un patíbulo alegando para prueba de su santidad una multitud de milagros obrados en su sepulcro.

Conociendo Roberto Bruce el crítico estado de los negocios de Inglaterra, determinó aprovecharlo rompiendo la tregua que habia entre los dos paises, y para ello solicitó la soberanía de algunas provincias del norte de Inglaterra, que en tiempo de David I petenecieron á la Escocia; solicitud que solo era un pretesto para motivar la guerra á la cual se dispusieron á la vez entrambos reinos. Los escoce-

ses acaudillados por los célebres capitanes Rodulfo y Jaime Douglas invadieron el Cumberland, y al momento salió de York el jóven Eduardo á la cabeza de sesenta mil combatientes con el objeto de rechazar el enemigo cuya direccion podia seguirse fácilmente por las señales de estragos y de incendio con que marcaba sus huellas. Despues de haberle ido en vano á los alcances acampó en las márgenes del Tyne á fin de cortarle la retirada; pero forzado á dejar el puesto por falta de víveres siguió su primer intento, y por medio de una proclama prometió cien libras de renta en fincas y el título de caballero, á cualquiera que le informase con precision acerca del sitio en que podria encontrar á su adversario: circunstancia digna de notarse ya que al parecer justifica que la guerra se hacia sin plan y como al acaso. Presentóse á reclamar el premio ofrecido el noble Tomas de Rokeby quien cayó en manos de los escoceses mientras iba inquiriendo noticias suyas, y alcanzó la libertad con la condicion de que hiciese entender á Eduardo que deseaban encontrarse con él en campo abierto. Un ejército distaba del otro seis ó siete millas, por lo cual el ingles se puso inmediatamente en marcha; mas encontró á su adversario en una posicion tan formidable que no teniendo valor de atacarle, envió un heraldo para desafiar á los escoceses cuyos gefes respondieron que habian entrado en el pais sin licencia y que pensaban continuar en él mientras bien les pareciese. Las dos huestes estuvieron muchos dias una al frente de otra; si bien Rodulfo penetró por sorpresa en el campamento ingles y hubiera sin duda arrebatado al monarca á no ser la lealtad de su capellan y de varios oficiales de su casa que murieron defendiéndole. Al dia inmediato los escoceses abandonaron repentinamente el campo y los ingleses con harto enojo por no haber podido combatir fuéronse á Durham. Desde allí se entablaron negociaciones cuyo remate fue un tratado de paz firmado en Edimburgo en 17 de marzo de 1328 en virtud del cual Eduardo renunció á la soberanía sobre la Escocia; concedió en matrimonio á su hermana Juana á David Bruce hijo de Roberto (aunque los dos príncipes eran de edad muy corta) y restituyó la famosa piedra sobre la cual se colocaban los reyes de Escocia para ser aclamados. Bruce por su parte se obligó á pa-

gar treinta mil marcos en indemnizacion de los estragos que su campaña habia causado á la Inglaterra.

Esta paz si bien necesaria á las dos naciones fue muy desagradable á los ingleses cuyo orgullo se consideraba ofendido sobre todo por el artículo que reconocia la independencia de la Escocia. Mortimer sin embargo lejos de inquietarse por el público descontento, dijérase que á propósito trataba de aumentarlo con su insolente conducta. Dueño de la persona del monarca lo rodeó de hombres adictos á su fortuna encargados de vigilar todas sus acciones, de inquirir sus pensamientos, y de retener sus palabras á fin de reportarlas luego al favorito. Al mismo tiempo apoderándose de toda la autoridad la concentró esclusivamente en sus manos y se hizo dar el título de conde de March; nuevo favor que exasperó muy mucho el odio de sus enemigos. Los condes de Kent, de Norfolk y de Lancastre se juntaron para derrocar á Mortimer y con fuerza armada se dirigieron al parlamento convocado en Salisbury. Mortimer por su parte se presentó de repente á la cabeza de fuerzas superiores y penetrando en el lugar en que estaban reunidos los prelados les prohibió bajo las mas severas penas que se opusiesen á las disposiciones de su gobierno. Cogiendo luego á la reina y á Eduardo dirigióse contra los barones sublevados y los obligó á pasar por el humillante acto de pedir públicamente perdon, si bien muchos de ellos prefirieron abandonar la patria y retirarse á Francia. El conde de Kent gefe de la liga que acababa de desvanecerse no tardó en ser víctima del resentimiento de Mortimer. Dirigiéronsele cartas, sin duda supuestas, de parte del papa y de muchos nobles que le ofrecian reunirse con él si queria otra vez colocar en el trono al esposo de Isabel el cual no debió haber muerto, supuesto que escribia al conde de Kent conjurándole para que quebrantase sus cadenas. El magnate, víctima de estos manejos cayó en el lazo, y llevado á presencia de los pares confesó abiertamente cuantos cargos se le hacian. Como tio del jóven monarca debia esperar que se le perdonase la vida; pero la reina fue inexorable por mas que en la ejecucion medió una circunstancia que parecia á propósito para que alcanzase indulgencia. El verdu-

go habia desaparecido y el reo estuvo mas de cuatro horas en el cadalso hasta que un criminal condenado á muerte por sus delitos consintió en cortarle la cabeza á trueque de que se le otorgara la vida. Esta ejecucion con la cual Mortimer creyó que desarmaria á sus enemigos no hizo mas que alentarlos doblemente, pues cundió la voz de que el conde habia sido sacrificado á los recelos de la reina y de su amante temerosos del influjo de aquel magnate. Este rumor pudo tanto mas en la opinion pública en cuanto el gobierno dió libertad á las personas á quienes las declaraciones del conde habian comprometido.

El poder de Mortimer cuya base era sus ilícitas relaciones con la reina debia tarde ó temprano escandalizar al príncipe que si bien suportaba desde cuatro años á aquella parte tan vergonzosa tiranía, no era sin discurrir en secreto la manera de emanciparse de ella. El nacimiento de un hijo, conocido despues con el nombre de *Príncipe Negro*, le hizo mas bienquisto á la nacion, la cual con motivo de su juventud le perdonaba haber destronado á su padre y vertido la sangre de su tio. Cansado de ser el instrumento pasivo y el esclavo coronado de Isabel y de Mortimer, determinó empuñar las riendas del gobierno y confió sus intentos á lord Montaigu que le exortó á la perseverancia, ofreciéndole el concurso de muchos barones poderosos. Escogióse para la ejecucion el castillo de Nottingham para cuya ciudad habia sido convocado el parlamento, y cuyo castillo ocupaban la reina y su amante. A fin de asegurar este su persona iba siempre acompañado de ciento ochenta caballeros, tenia en el interior del castillo una numerosa guardia, habia hecho mudar las cerraduras de todas las puertas, y las llaves principales eran puestas todas las noches debajo de la almohada de la reina. Pero el gobernador del castillo ganado por Montaigu le descubrió que habia un pasadizo secreto que llevaba al cuarto de Isabel y le prometió introducir por el mismo á los amigos del monarca. Noticioso Mortimer de que se tramaba contra él alguna conjuracion, informó al consejo y no solo se atrevió á acusar de cómplice al rey sino que rechazó las escusas de este. Llegada apenas la noche Montaigu fue introducido en el camino

subterráneo, y reuniéndose con Eduardo llegaron al cuarto de Mortimer que estaba conferenciando con el obispo de Lincoln y con otros amigos. La puerta fue echada abajo pesar de la resistencia de dos caballeros que murieron defendiéndola y la reina dispertada al estruendo se precipitó en el cuarto gritando: „hijo mio, „querido hijo mio, respetad á Mortimer que es el mas noble ca„ballero y mi mejor amigo." A despecho de sus ruegos y de sus lágrimas, Mortimer fue detenido y presentado ante el parlamento en Vestminster. En él se le acusó de haberse hecho dueño del poder ilegítimamente y con desprecio de lo espresamente mandado por el parlamento el cual habia revestido con él al consejo de regencia; de haber cooperado al asesinato del difunto rey; de haber malversado las rentas públicas; de haber hecho suyos veinte mil marcos de los treinta mil que satisfizo la Escocia, y finalmente de haber causado con criminales manejos la desgracia del conde de Kent. Los jueces dando estos hechos por públicos y notorios dijeron que era inútil justificarlos, y Mortimer condenado sin haber podido defenderse fue ahorcado en Elmes en las inmediaciones de Londres.

Simon Bereford, Juan Maltravers y Juan Deverel fueron condenados á muerte en rebeldía; pero como los jueces protestaron que estos reos no eran pares se resolvió que aquella sentencia no debia tener efecto alguno. En cuanto á la reina fue declarada rea de prevaricacion y Eduardo la confinó al castillo de Rising en donde estuvo los veinte y siete años últimos de su vida, sin otro consuelo que el arrepentimiento, y sin mas recuerdo de su grandeza que la visita de etiqueta que le hacia su hijo todos los años. Eduardo resuelto á gobernar por sí mismo se dedicó al arreglo de la administracion del reino. Estirpó enteramente las partidas de ladrones, consecuencia necesaria de la guerra civil, y para ello obligó á los barones á que entregasen á la justicia á muchos malhechores cuyos escesos patrocinaban porque eran provechosos á su ambicion ó á su avaricia. Ganoso de gloria con impaciencia esperaba una ocasion en que dar muestras de su valor, cuando la muerte de Bruce le hizo volver los ojos á la Escocia. Este grande príncipe estenuado por las privaciones y las fatigas de la guerra acababa

de espirar en 1329 á la edad de cincuenta y ocho años. En defecto de Douglas á quien Bruce habia encomendado que llevase su corazon á Palestina, el parlamento encargó la regencia al valiente Rodulfo durante la menoría de David II hijo del difunto monarca. Eduardo resolvió aprovechar aquella circunstancia para turbar la Escocia é hizo venir de Normandía al hijo de Juan Baliol ensalzado en otro tiempo al trono y del que cayó para morir en la oscuridad. El jóven Baliol secretamente sostenido por la Inglaterra y dotado de un carácter atrevido y emprendedor invadió la Escocia á la cabeza de trescientos caballeros y de algunos infantes. Esta audaz empresa saliera indudablemente fallida á no haber ocurrido improvisamente la muerte de Randolfo, cuyo sucesor el conde de Mar reunió un numeroso ejército; pero habiéndose dejado sorprender por Baliol fue roto sufriendo una pérdida considerable. Los vencedores se apoderaron sin oposicion de Perth, ciudad que fue desmantelada por el mismo Bruce cuya táctica consistia en sostener la guerra en campo abierto en vez de defenderse tras las fortificaciones. El conde de Mar cuando hubo replegado sus tropas bien podia atacar al enemigo con fundadas esperanzas de derrotarlo; pero contento con dejarse ver retiróse sin combatir, y licenció sus gentes. Baliol se aprovechó de esta falta ó mas bien de esta traicion para reunir en torno suyo á los individuos de la casa de Comyn y á todos los ambiciosos descontentos que deseaban hacer fortuna con un nuevo gobierno. A los tres meses de su entrada en Escocia fue proclamado su rey y coronado en Scone con agravio de David Bruce hijo del libertador de la patria. Siguiendo las huellas de su padre hizo alianza ó mas bien se sometió á Eduardo confesándose vasallo suyo y cediéndole la ciudad de Berwick; mas apenas hubo concluido este vergonzoso tratado con el objeto de afianzarse mas en el trono, cuando lo perdió, pues sorprendido en Annau por los partidarios del jóven Bruce, se escapó por milagro llegando á Inglaterra casi desnudo, despues de un efímero reinado de dos meses.

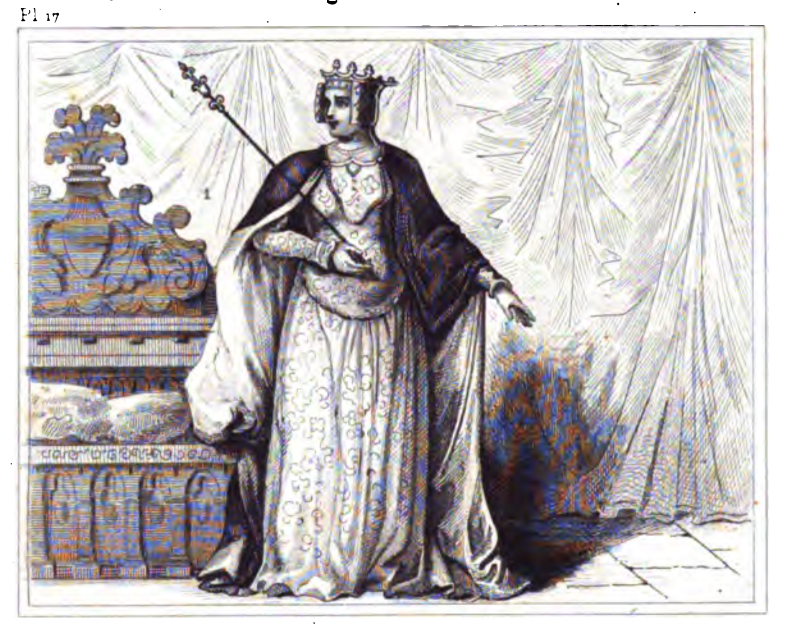
Antes que se tuviese noticia de la última derrota de Baliol, pretestando Eduardo la necesidad de calmar los disturbios de la Irlan-

da habia alcanzado del parlamento la imposicion del décimoquinto sobre las tierras de los nobles, y del diezmo sobre los otros bienes de la nacion. Con este dinero levantó un numeroso ejército y á su cabeza penetró en Escocia para restablecer al monarca que habia escogido. Tenia ya puesto sitio á Berwick cuando fue al socorro de esta plaza Archibaldo Douglas regente de Escocia. Las tropas de Eduardo divididas en cuatro cuerpos flanqueados por muchos arqueros ocupaban la cresta de la colina de Halidon-Hill; Douglas las atacó pero fue vencido, debiéndose el honor de aquella victoria á los arqueros ingleses que acabaron con la flor de la nobleza de Escocia y con treinta mil soldados. Berwick hubo de capitular y lo mismo hizo el conde de Mar gobernador del castillo que abrazó paladinamente el partido de los ingleses. La pérdida de esta batalla debia al parecer causar la absoluta ruina del jóven David Bruce, que no pudiendo por su corta edad mezclarse en la guerra habia sido enviado á Francia con su prometida esposa. En toda la Escocia no le quedaron mas que cuatro castillos y una torre; pero Baliol ocupando un trono envilecido por la dependencia en que lo habia puesto era odiado por los escoceses. En tan críticas circunstancias fue á reunirse con los partidarios de Bruce sir Andres Moray antiguo compañero de Wallace que hecho prisionero por sorpresa pudo escaparse y alentó con su presencia el entusiasmo nacional. Baliol obligado á huir por segunda vez imploró el ausilio de Eduardo, quien despues de várias campañas redujo á los escoceses aunque transitoriamente segun mas adelante verémos.

Como la obstinada resistencia de la Escocia estaba sotenida por la Francia, Eduardo resolvió llevar la guerra á este reino cuya corona suponia pertenecerle: suposicion que fue el orígen de sangrientas y encarnizadas guerras que duraron mas de un siglo. Habiendo muerto sin hijos varones los tres que dejó Felipe el Hermoso, en virtud de la ley sálica subió al trono Felipe de Valois sobrino de este. El derecho de Eduardo era mejor pues descendia directamente de Felipe el Hermoso por su madre Isabel hija de este; pero le contrastaba la costumbre que escluia del trono á las hembras. Por esto no pudo heredar de su madre un derecho que esta no te-

1. Felipa de Hainault, reina de Inglaterra. 2. Clarines, en tiempo de Ricardo II.

Pl 17





1. PHILIPPE DE HAINAULT, REINE D'ANGLETERRE. (1369)
2. TROMPETTES SOUS LE RÈGNE DE RICHARD II. (1375)

ANGLETERRE





nia, y hé aqui por qué su reclamacion era infundada, sobre todo con respecto á la política. Le impulsó á perseverar en la empresa una circunstancia que ofendia su orgullo y era el homenage que le exigió Felipe de Valois por la Guyena y por los otros feudos que poseia en Francia. Siempre habia sido repugnante para los príncipes ingleses esta ceremonia, de la cual Eduardo se eximia reclamando la corona. Créese tambien que fue impulsado á ello por el príncipe frances Roberto de Artois que habiendo reclamado en vano el condado de Artois adjudicado á su suegra, según costumbre de la provincia, renovó la pretension en el advenimiento de su cuñado Felipe de Valois. Desconfiando no obstante de su causa la apoyó en documentos que se declararon falsos, y enojado por este fallo que le deshonraba y hacia su ruina, irritóse hasta el punto de ultrajar al rey, que le castigó citándolo ante el tribunal de los pares, en donde fue condenado á destierro y á la confiscacion de bienes.

Roberto lleno de ira contra Felipe y refugiado en la corte de Eduardo que le concedió una pension de ocho mil marcos, no cesaba de halagar á su protector con la loca esperanza de que podia ceñir sus sienes con la corona de Francia. Para conseguirlo ajustó el monarca ingles una liga con el emperador de Alemania Luis de Baviera, los duques de Brabante y Gueldres, el arzobispo de Cologne, el marques de Julies, el conde de Henault y muchos otros principillos menos poderosos, pero cuyos estados podian proporcionarle muchas tropas voluntarias. Gracias á su inmenso comercio los flamencos eran entonces el pueblo mas rico de Europa, y deseando emanciparse de la servidumbre feudal en que los tenia un conde acababan de arrojar á los nobles y de establecer en cada ciudad un gobierno democrático cuyo gefe era Jaime Arteveldt cervecero de Gante. Amenazado este por la Francia que sostenia la causa del conde de Flandes y de sus barones, secundó con entusiasmo las miras de Eduardo, y aun le decidió á que se titulase rey de Francia. El monarca ingles solicitó al mismo tiempo de Luis de Baviera el título de vicario del imperio que le conferia el derecho de reunir á su ejército los príncipes alemanes. Con el

objeto de conjurar tempestad tamaña Felipe se confederó con el papa que residia entonces en Aviñon, con los reyes de Navarra y de Bohemia, con el conde de Bar, con los duques de Bretaña, Lorena y Austria, y con muchos otros señores cuyas posesiones eran ménos vastas, pero cuya alianza valia mucho. Al comenzar el otoño de 1339 invadió Eduardo las provincias francesas; y aunque los condes de Namur y de Hainault se negaron á servirle contra su soberano, á la cabeza de cincuenta mil hombres se adelantó hasta Capelle. Las fuerzas de Felipe eran casi dobladas; pero tanto este como Eduardo despues de inútiles marchas y contramarchas, con retirarse y licenciar sus tropas pusieron fin á la campaña con tantos preparativos dispuesta y para la cual el ingles habia exigido nuevos impuestos, apoderádose por autoridad propia del estaño y de la lana que eran los dos artículos de mas importancia del comercio nacional, y empeñado las joyas de la corona. El pueblo sin embargo no se quejó porque el rey habia sabido interesar en sus proyectos á la opinion pública; de manera que la cámara de los comunes le dirigió una esposicion para empeñarle en sostener una empresa considerada por tan justa como gloriosa. A pesar del entusiasmo de sus súbditos y de la buena disposicion del parlamento Eduardo hubo de negociar con este á fin de procurarse nuevos socorros; mediante la concesion de algunos privilegios reclamados por las ciudades y villas y la reforma de varios abusos obtuvo para durante dos años el noveno de las rentas de los nobles y otro tanto sobre el valor de los bienes de los ciudadanos. A todo esto añadió el parlamento el donativo de cuarenta chelines de impuesto sobre cado saco de lana que se esportase y sobre las pieles de carnero y los cueros. Las cámaras al interesarse en las conquistas de Eduardo previan sus consecuencias y por esto declararon que si la Inglaterra y la Francia venian á quedar unidas bajo un mismo cetro, los dos reinos permanecerian siempre independientes el uno del otro y tendrian un gobierno absolutamente distinto.

En el siguiente año de 1340 Eduardo alcanzó cerca de Sluys una señalada victoria contra la escuadra francesa que perdió dos-

cientos treinta buques y treinta mil hombres. Los dos almirantes hechos prisioneros por Eduardo fueron ahorcados en un mástil tratándolos como reos de alta traicion para con el vencedor que se consideraba rey de Francia, mas es preciso convenir en que no hay cosa alguna que pueda justificar este acto de inhumanidad tan odioso como inútil. Al dia inmediato á este triunfo al cual contribuyó Eduardo personalmente desembarcó trasladándose á Gante en donde fue recibido con grandes aclamaciones y vió aumentarse diariamente su corte por nuevos aliados á quienes decidia en favor suyo el reciente descalabro de sus adversarios. A breve tiempo se vió á la cabeza de mas de cien mil hombres mientras que Roberto de Artois acaudillaba cincuenta mil flamencos para sitiar á Saint-Omer, mas estas tropas bisoñas é indisciplinadas fueron puestas en fuga por la guarnicion. El rey entre tanto atacó á Tournay defendido por catorce mil franceses, á cuya cabeza habia muchos gentiles-hombres notables por su valor, y no pudiendo apoderarse de la ciudad á la fuerza hubo de bloquearla y esperar á que el hambre pusiese en sus manos al enemigo que se resistia á sus armas. A la cabeza de numerosas fuerzas se adelantó Felipe de Valois con el objeto de socorrer la plaza ó de hacer levantar el sitio aunque con resolucion de no empeñar una batalla decisiva; pero Eduardo que deseaba poner fin á la guerra desafió á su rival proponiéndole que decidiesen sus pretensiones á la corona de Francia por medio de un combate particular, de un combate de cien hombres contra otros ciento ó de una batalla general. Felipe rehusó medirse con un vasallo que no arriesgaba mas que su vida cuando él esponia su persona y la posesion de un reino, por lo cual en su concepto era preciso que á fin de hacer menos desiguales los pactos de la batalla, Eduardo apostase tambien su reino de Inglaterra. Debemos juzgar sin embargo que estas bravatas eran poco sinceras, y asi fue que los dos monarcas se manifestaron prontos á admitir la mediacion de la condesa viuda de Hainault suegra de Eduardo y hermana de Felipe. Esta princesa pudo al fin conciliarlos aunque nó sin grandes dificultades por parte de Eduardo cuyos deseos eran continuar la guerra que con-

sideraba útil á sus intereses, y si al fin cedió no tanto fue porque se doblegara á los ruegos de su suegra como por haberse convencido de que no le era dable proseguir la lucha puesto que le faltaban recursos y que sus aliados viendo que no los pagaba iban enfriando su celo y se sentian muy dispuestos á abandonarle. Ajustada pues una tregua abriéronse negociaciones á fin de convertirla en una paz durable para la cual Eduardo insistia en que Felipe renunciase á su derecho de soberanía sobre la Guyena, y este se negaba á tratar, á menos que ante todo el monarca ingles quitase las flores de lis de su escudo de armas y renunciára formalmente á la corona de Francia.

Cansado Eduardo de la importunidad de sus acreedores del continente y enojado contra sus ministros que retardaban el enviarle fondos, á pesar del mal tiempo se embarcó en un puerto de Zelandia y presentóse de repente al pie de la torre de Londres. Al dia inmediato destituyó al canciller y al tesorero, hizo prender á la mayor parte de los colectores de impuestos y acusó de malversador y negligente en el desempeño de su empleo á Strafford arzobispo de Cantorbery y presidente del consejo, especialmente encargado de vigilar la conducta de los empleados de hacienda. El arzobispo se habia retirado á Cantorbery, y dispuesto á desafiar aquella tempestad escomulgó ante todo á los que atentasen á las inmunidades de la Iglesia y á la libertad de sus ministros. El rey contestó con un manifiesto que fue leido en todas las iglesias en el cual se acusaba á Strafford de haberse apoderado de las rentas de la corona con perjuicio de la causa pública, cuya acusacion rechazó el prelado con una circular en que decia que durante la ausencia del rey fue imposible cobrar los impuestos y que aun cuando se hubiesen recaudado no habrian sido bastantes para satisfacer las deudas contraidas en la guerra precedente. Mientras estos debates se habia convocado un nuevo parlamento del que fue repelido el arzobispo que sin recibir convocatoria quiso tomar en él su asiento; mas como los otros pares consideraron esta esclusion cual un atentado á sus privilegios, despues de muchas reclamaciones consiguieron que el primado fuese á ocupar su puesto, y nombraron

una comision la cual estableció por principio que ningun par podia ser detenido sino por órden de sus colegas, ni procesado mas que por ellos. Vencido el rey por la necesidad de procurarse ausilios y por las mancomunadas instancias de las dos cámaras, consintió en recibir en su gracia al primado y en permitirle justificarse ante el parlamento, con tal que se tomase desde luego en consideracion su pedido de nuevos fondos con el objeto de continuar la guerra. Los pares y los comunes aprovechando el apuro del rey que no admitia dilaciones, le obligaron á que aprobase un estatuto que restringia su autoridad. Decíase en él que habiendo sido violada la Gran Carta era indispensable poner á esto un remedio obligando á todos los altos empleados de la corona á que jurasen de nuevo su observancia; declarábase tambien que en lo sucesivo ningun par podria ser emplazado en juicio sino delante de sus colegas, y que siempre que fuese menester nombrar personas para los grandes empleos del estado el rey no procederia á la eleccion sin consultar antes á los barones hallados en la corte y cerca de su persona. Ordenábase en fin que en la tercera sesion de cada parlamento los grandes oficiales de la corona tendrian que dejar provisionalmente sus destinos de los cuales se los privaria para siempre en caso de no desvanecer los cargos que pudiesen hacérseles en el parlamento. El ofrecimiento de veinte mil sacos de lana obligó al monarca á suscribir á estas peticiones, mas alcanzados apenas los fondos que reclamaba publicó un edicto derogando en virtud del parecer de su consejo los mismos estatutos que habia aprobado. Esta declaracion estraña no produjo sin embargo ningun levantamiento porque llamaba la atencion del pueblo un interes mas grande y que dió orígen á los importantes acontecimientos de que la Francia fue teatro.

El primer acto de aquel célebre drama se ejecutó en la Bretaña. Viéndose sin posteridad su duque Juan III, habia adoptado á la hija de uno de sus hermanos muerto antes que él y casádola con Cárlos de Blois sobrino del rey de Francia; pero en el momento de espirar el anciano duque, su hermano el conde de Montfort se apoderó del tesoro y de las principales ciudades del ducado y tras-

ladándose á Inglaterra, prestó homenage á Eduardo. Impulsado este por sus propios deseos y por las instancias de Roberto de Artois determinó aprovecharse de aquella coyuntura, para realizar la conquista de la Francia, que era su proyecto favorito. Para ello confederóse con Montfort quien fue á Paris á fin de sostener su causa ante los pares que debian decidirla y que adjudicaron el ducado al conde de Blois, el cual contando con un ejército que le proporcionó Felipe de Valois, se disponia á ejecutar la sentencia en su favor pronunciada. Montfort escapado clandestinamente de Paris para encerrarse en Nantes fue cogido por su competidor; y aunque este suceso debia al parecer terminar la lucha el valor de Juana esposa de Montfort, lejos de acobardarse ante el peligro osó desafiarle. Tomando en brazos á su hijo, y reuniendo los habitantes de Rennes en donde se encontraba les habló con una elocuencia tan seductora y espresiva que juraron defender sus derechos hasta la muerte. Recorriendo despues muchas ciudades de la Bretaña derramó en todas ellas el mismo entusiasmo, y se encerró en la fortaleza de Hennebon esperando los socorros que Eduardo prometió enviarle. Cárlos de Blois cercando al momento la plaza se manifestó tanto mas activo en sus ataques en cuanto conocia que la suerte de la guerra iba á depender del éxito de aquella empresa; pero la condesa tan infatigable como él enardecia la guarnicion con sus palabras y con su ejemplo. Armada de todas armas corria los mismos riesgos que un simple soldado y llenaba los deberes de un general perito. Habiendo visto desde lo alto de una de las torres del castillo que una parte del campamento del enemigo estaba mal defendido, se arrojó á él de repente á la cabeza de un cuerpo de caballería, mató gran número de hombres, incendió tiendas y bagages, y no pudiendo entrar otra vez en Hennebon, dispersó sus gentes y les dió cita para Brest: sin embargo poco tiempo despues acaudillando algunos guerreros intrépidos atravesó las líneas de los sitiadores y penetró en la plaza con grandes aplausos de la guarnicion cuyo valor se aumentó con esta hazaña. Los sitiados enflaquecidos por incesantes combates y atenuados por la fatiga estaban muy próximos á ceder y ya el obispo de Leon re-

dactaba los pactos de la capitulacion cuando la condesa de Montfort que de continuo tenia los ojos fijos en la mar gritó de repente *aqui están los ingleses, aqui están los ingleses*. La guarnicion corrió á las murallas y vió la escuadra que enarbolaba el pabellon de Eduardo y que traia á bordo un cuerpo de hombres de armas y seis mil arqueros mandados por sir Walter Manny uno de los mas valientes caballeros de su tiempo. Levantóse el sitio á pesar de lo cual la condesa hubo de marchar á Inglaterra á pedir nuevos socorros y volvió de allí con algunas tropas mandadas por Roberto de Artois que se apoderó de Vannes; mas como los partidarios de Cárlos de Blois recobrasen esta ciudad á poco tiempo, Roberto herido en el combate hubo de embarcarse para retornar á Inglaterra y murió en la travesía.

Vino á reemplazarle Eduardo mismo al frente de doce mil hombres y sitió á la vez á Vannes, Rennes y Nantes; mas bloqueado por los franceses ante las murallas de la primera, hubo de aceptar la mediacion de dos legados del papa y concluyó un armisticio y despues un tratado en virtud del cual Vannes debia provisionalmente ser entregada á dos mediadores. Estipulóse ademas que las plazas de la Bretaña quedarian en poder de los que entonces las poseyesen y que ambas partes se entregarian sus prisioneros. Segun este artículo hubiera debido recobrar la libertad el conde de Montfort detenido en el Louvre; pero Felipe de Valois se negó á soltarle y Montfort habiendo podido escaparse, al cabo de tres meses volvió á Bretaña y murió de enfermedad natural en el castillo de Hennebon. En su testamento confió la tutela de su hijo al rey de Inglaterra.

A pesar de la tregua ajustada entre Inglaterra y Francia, los dos pueblos continuaban alistándose para la guerra que muy pronto se principió en la Guyena, en donde el conde de Derby obtuvo algunas ventajas apoderándose de varios pueblos y entre ellos de Angulema; pero el duque de Normandía primogénito de Felipe se presentó al frente de un ejército formidable y sitió á los ingleses en Angulema. Ya se hallaba la plaza á punto de capitular cuando su gobernador Norwich dió en una estratagema bastante ingeniosa.

Desde lo alto de las murallas manifestó que deseaba hablar al duque de Normandía. Cuando este estuvo al pie de ellas le dijo que siendo como era el dia siguiente la festividad de la Vírgen le proponia un armisticio de veinte y cuatro horas para celebrarla dignamente. El príncipe convino en ello; y Norwich salió de la plaza al frente de sus tropas recordando la palabra al duque que por no violarla le dejó retirarse en paz, diciendo: *el gobernador nos ha engañado pero la plaza es nuestra.* El duque sitió en seguida á Aiguillon defendida por el conde de Pembroke y por el valiente Manny, mas no pudiendo tomarla á la fuerza se contentó con bloquearla, á pesar de lo cual su empresa salió fallida á causa de los grandes acontecimientos que tuvieron lugar en otros puntos del reino. Eduardo con el objeto de libertar á la Guyena pensó llamar la atencion del enemigo hácia otro punto, y acababa de desembarcar en Normandía trayendo á su primogénito el príncipe de Gales, la flor de su nobleza y un ejército compuesto de cuatro mil hombres de armas, diez mil arqueros, otros tantos galeses y diez mil irlandeses. La provincia estaba desprovista de tropas, y los ingleses tuvieron todo el tiempo necesario para devastarla sin hallar resistencia. Valois sorprendido por este ataque envió al conde de Eu condestable de Francia para salvar la rica y populosa ciudad de Caen, cuyos habitantes habiendo querido desafiar en campo raso las tropas de Eduardo fueron puestos en derrota y los vencedores entraron juntamente con los fugitivos en aquel pueblo que fue víctima de todos los horrores que caen sobre una plaza tomada por asalto. Despues de tres dias de incendio y de saqueo el rey envió á Inglaterra un botin inmenso acompañado con muchos prisioneros de alta clase y entre ellos el condestable, setenta caballeros y trescientos ciudadanos de Caen, cuyo rescate debia producirle una cantidad considerable. Marchó en seguida hacia Rouen, pero como el monarca frances habia llegado ya á la cabeza de un ejército poderoso, Eduardo no pudo atravesar el Sena cuyos puentes habian sido rotos, y estrechado de cerca por sus adversarios que se proponian envolverlo con fuerzas superiores supo librarse de ellos por una diestra maniobra y llegó á las márgenes del Somme que

le era indispensable pasar á toda costa. En tal circunstancia prometió la libertad y una buena recompensa al prisionero que le enseñase un vado. Seducido por este ofrecimiento un labrador le indicó que en Blanchetaque el rio era bastante ancho para que pudiera pasarlo sin riesgo. Los ingleses pues se dirigieron al sitio indicado y despues de andar toda la noche al asomar el alba vieron con no poca sorpresa que el vado estaba defendido por doce mil hombres mandados por Godemaro de Fay. Al cabo de algunas horas de espera resuelto Eduardo á ganar el paso se echó al agua con espada en mano y despues de una accion sangrienta arrolló á sus enemigos.

Felipe llegó aunque tarde pues la creciente del rio le impidió perseguir á los ingleses, y volvió á Abbeville en donde estuvo un dia entero para reunir las diversas tropas que de varios puntos iban llegando, mientras que el monarca ingles temiendo ser arrollado por la caballería francesa en un pais tan llano como la Picardía se detuvo cerca de Crecy y tomó posicion en una altura. Escogido el lugar y preparado el campo de batalla, por la noche convidó á cenar á los principales barones y despues se retiró á su oratorio para encomendarse á Dios. Al asomar el alba oyó misa y recibió la comunion juntamente con el príncipe de Gales, el cual al instante fue á ponerse á la cabeza de la primera division compuesta de ochocientos hombres de armas, mil infantes galeses y dos mil arqueros. Estaban bajo sus órdenes los condes de Warwick y de Oxford que eran los verdaderos directores de las operaciones. Componian la segunda division colocada á poca distancia de la primera, ochocientos hombres de armas y mil docientos arqueros. Quedóse el rey mandando la tercera que formaba la reserva y que colocó en la mas alta cumbre de la colina á fin de poder seguir con la vista los diversos lances de la batalla y socorrer el punto en donde fuese necesario su ausilio. Anticipadamente habia levantado palizadas por sus flancos y atrincherado el terreno en que estaban los bagages. En todo el campo se leyó una proclama que prohibia á los soldados abandonar su puesto bajo pretesto alguno. Por su parte el rey de Francia habiendo salido de Abbeville

de madrugada se adelantába rápidamente pero en desórden, pues como muchos caballeros le noticiasen que el enemigo estaba dispuesto para el combate y en su consecuencia hubiese enviado órdenes á las diferentes divisiones paraque se detuviesen, esta órden fue mal ejecutada deteniéndose unos cuerpos de repente y continuando otros su marcha, de manera que la confusion era inesplicable. Cuando los ingleses los vieron acercarse se levantaron del suelo en que estaban tendidos conservando sus puestos, y un cuerpo de ballesteros genoveses empezó el ataque por parte de los de Francia; pero como la lluvia habia aflojado la cuerda de las ballestas y estaban rendidos por una larga marcha atacaron débilmente, mientras que los arqueros ingleses cuyas armas estaban bien dispuestas y ellos no nada cansados pusieron en fuga á sus adversarios. El conde de Alençon príncipe de la sangre viendo que los genoveses volvian la espalda dijo á los suyos que cargasen á aquella canalla que les privaba de llegar hasta el enemigo, pero los genoveses se defendieron y desmontaron á muchos caballeros matándoles los caballos. Los ingleses se aprovecharon de aquel desórden y los galeses armados de largas dagas metiéndose entre los caballos degollaron á muchos gentiles-hombres. Muertos ó dispersados los genoveses, los condes de Alençon y de Flandes con una numerosa division de caballeros franceses y alemanes se precipitaron sobre la línea inglesa y la lucha se hizo tan terrible que el conde de Warwick temiendo ser sufocado por el número envió á pedir socorros á toda prisa. ¿Han muerto ó herido á mi hijo? preguntó Eduardo al mensagero.—Nó señor.—Pues bien, continuó, corred á decirle que es preciso que hoy gane las espuelas, y que reservo á él y á sus bravos compañeros el honor de la jornada. Como esta orgullosa respuesta no dejaba al príncipe de Gales ni á los suyos mas alternativa que vencer ó morir, redoblaron sus esfuerzos y socorridos á tiempo por la segunda division rechazaron á los agresores. El conde de Alençon, el de Blois que era sobrino del rey de Francia, el duque de Lorena, y el anciano rey de Bohemia murieron con las armas en la mano. Como este último era ciego, pocos momentos antes de la accion dijo á sus escuderos:

„ A vosotros que sois mis súbditos, mis compañeros, y mis amigos os requiero para que en este dia me pongais en parage en „ donde pueda á lo menos dar una estocada." Los escuderos le prometieron no dejarlo atras, y habiendo atado unas con otras las riendas de sus caballos se arrojaron á la pelea y al dia siguiente se los encontró muertos, todavía enlazados de aquel modo. Felipe combatió en la retaguardia con grande valor, le mataron el caballo, y aunque solo tenia consigo sesenta caballeros se obstinaba en continuar la lucha cuando el conde de Hainault cogiendo las riendas de su caballo le dijo: „ es tiempo de que os retireis; si hoy „ habeis perdido otro dia alcanzaréis la victoria:" con esto el monarca dejó el campo de batalla.

La marcha de Felipe no puso fin al combate pero las luchas parciales que siguieron á ella y que no tenian otro guia que un valor ciego era imposible que trajesen un resultado decisivo, y asi fue que los franceses fueron rechazados, y los vencedores llegada la noche encendieron grandes hogueras en el mismo campo de su triunfo. Eduardo se trasladó á la cabeza del ejército para ver á su hijo á quien abrazó con ternura diciéndole: „ Dios conserve vues- „ tra vida, querido hijo mio, porque os habeis conducido como „ un valiente mostrándoos digno de mí y del trono que os aguar- „ da." El príncipe hincado de rodillas dió modestamente las gracias á su padre atribuyéndole todo el honor de la victoria.

La espesa niebla del dia siguiente favoreció á los ingleses para sorprender las milicias de Rouen y de Beauvais, que ignorando la derrota de sus compatricios iban á aumentar el ejército. Atacadas de improviso fueron deshechas lo mismo que el arzobispo de Rouen y el gran prior de Francia que impacientes por tomar parte en la accion habian llegado con sus tropas pocas horas mas tarde. Tanto ellas como sus gefes murieron en aquel encuentro. Por la mañana el rey envió á los lores Cobham y Stafford para examinar el campo de batalla y contar los muertos dándoles por compañeros á tres heraldos á fin de que reconociesen á los caballeros por las armas de sus escudos, y á dos eclesiásticos para que echasen la suma de los soldados que habian fallecido. Segun su relacion murieron en la

jornada once príncipes, mil doscientos caballeros, y cerca de treinta mil hombres de todas condiciones. El rey mandó sepultar en la abadía de Montreuil á los personages de mas alta clase y concedió una tregua de tres dias para que los vencidos enterrásen á sus compañeros.

No queriendo internarse mas en Francia y prefiriendo ponerse en disposicion de penetrar en ella siempre que le pluguiese fue á sitiar á Calais, plaza defendida por una guarnicion numerosa y adicta, y cuyo gefe Juan de Vienne supo inflamar el celo de los habitantes que rivalizaron con los soldados en suportar las fatigas y los peligros de la resistencia. Convencido de la dificultad de tomarla á viva fuerza prefirió el ingles apelar á un sitio, y para ello rodeó de atrincheramientos las murallas, construyó barracas á fin de que los soldados no tuviesen que temer los rigores del invierno, y como que era dueño de la mar y del territorio inmediato no le fue difícil aprovisionar el campamento.

La ausencia de Eduardo presentó una ocasion demasiado favorable para que no dispertase la ambicion del rey de Escocia David II, que heredó el valor de su padre Bruce, mas nó su prudencia. Despues de educarse en la corte de Francia habia vuelvo á su reino y acababa de empuñar las riendas del gobierno, cuando halagado por el afan de distinguirse, rota la tregua con Inglaterra la invadió á la cabeza de un ejército numeroso, contando tanto mas seguro el triunfo cuanto el rey Eduardo se habia llevado á Francia la flor de su nobleza. Penetró pues en el Northumberland y despues de apoderarse de una fortaleza á cuyo gobernador hizo ahorcar, dirigióse á Hexham dejando señalado su paso con horribles devastaciones. Los arzobispos de Cantorbery y de York, los obispos de Durham, Carlisle y Lincoln y los grandes barones de la provincia reunieron sus vasallos, formando con ellos un ejército de mil doscientos hombres de armas, tres mil arqueros y siete mil infantes, entre los cuales habia muchos eclesiásticos que se presentaron voluntariamente. Entusiasmada la hueste con los discursos de Felipa, esposa de Eduardo, que se presentó en el campo conjurando á los guerreros para que salvasen la patria y vengaran la injuria hecha

á su soberano se puso en marcha rebosando en confianza y ardimiento. David habia sentado sus cuarteles en un terreno tan obstruido con cercos y zanjas que apenas podia hacer maniobrar á sus tropas y esta fue la causa de su pérdida; porque las divisiones separadas unas de otras por vallados no pudieron mutuamente socorrerse. Acosadas por los flecheros ingleses y cargadas por la caballería fueron completamente deshechas. El monarca escoces no queriendo apelar á la fuga ni rendirse peleó como un leon y despues de recibir dos heridas fue cogido por el gentil-hombre Copland á quien rompió dos dientes de un puñetazo. Ausiliado sin embargo por ocho compañeros se apoderó de la persona del monarca escoces y lo condujo á su castillo de Ogle; servicio que se le recompensó con el título de caballero y haciéndole merced de muchas tierras. La batalla de Neville-Cross dada en 17 de octubre de 1346 costó á los escoceses mas de quince mil hombres, sin contar las muchas personas de distincion que murieron ó quedaron prisioneras.

Mientras esto acontecia en Inglaterra Eduardo continuaba el sitio de Calais en donde la escasez de víveres llegó á tal punto que el gobernador forzado por la necesidad hubo de adaptar la rigurosa medida de que saliesen de la plaza mas de setecientas personas que no podian hacer servicio alguno. Aquellos infelices se dirigieron al campo de los ingleses en donde Eduardo compadecido de ellos no solo no los rechazó sino que les hizo dar una abundante comida y dos monedas á cada uno, permitiéndoles despues que se retiraran á donde les pluguiera. El gobernador de Calais viendo que la miseria iba en aumento á poco tiempo echó de la plaza á otros quinientos habitantes á los cuales era ya imposible mantener en ella. Los desterrados apelaron á la generosidad de Eduardo, pero esta vez se mostró inflexible y aquellos infelices rechazados de todas partes se fueron muriendo de frio y de hambre. En vano procuró Felipe aprovisionar la plaza, pues como hubiesen intentado llegar hasta ella muchos buques cargados de víveres fueron apresados casi todos por la escuadra inglesa que tenia el puerto estrechamente bloqueado. Viendo el mal éxito de

la tentativa á la cabeza de considerables fuerzas acampó al frente de los ingleses á los cuales no podia acercarse porque su campo estaba rodeado de pantanos y habian fortificado muy bien el puente de Nicullet único punto por el cual era posible atacarlos. Felipe desesperado envió á desafiar á Eduardo el cual contestó al mensagero en estos términos: „he oido el requirimiento que me haceis de parte de mi adversario que injustamente retiene mi patrimonio. Decidle que hace un año que estoy aqui y que él lejos de venir antes como podia haberlo hecho, me ha dejado estar todo este tiempo aqui en donde he gastado mucho de lo mio; y que por esto á su pesar seré dueño de Calais y que perdone sino acudo á su cita." Felipe hubo de retirarse y el gobernador convencido de que era inútil esperar socorros, desde lo alto de las murallas llamó á Gualtero de Manny y le dijo: „Valiente caballero, bien sabeis vos que el rey de Francia nos ha encargado que conservemos esta ciudad y la defendamos con todo nuestro poder; y como ahora no podemos esperar socorro alguno y por otra parte carecemos de víveres, será preciso que nos muramos de hambre si el rey vuestro señor no tiene piedad de nosotros. Hacednos pues la merced de suplicarle que nos deje salir y que tome la ciudad, el castillo, y todo lo que está dentro de ellos." Manny le contestó: „habeis de saber que el ánimo del rey mi señor es que os rindais á discrecion á fin de que pueda exigir rescate ó quitar la vida á aquellos que á él le plazca, porque los habitantes de Calais le han obligado á hacer muy grandes gastos y le han muerto muchos soldados." „Ay de mí, dijo el gobernador, cosa muy dura seria esta para nosotros que hemos servido lealmente al rey nuestro señor, como vos serviriais al vuestro en caso semejante. Id pues á suplicar al rey que tenga compasion de nosotros pues esperamos que Dios tocará su corazon y le hará variar de dictámen." Manny fue á encontrar á Eduardo que no quiso en manera alguna doblegarse. „Señor, le dijo Gualtero, quizás no andais muy acertado, pues con esto nos dais un malísimo ejemplo. Si haceis morir á esos valientes no irémos con tanto gusto á defender vuestras fortalezas cuando nos lo mandeis

„ por temor de que hagan lo mismo con nosotros." Alentados con estas palabras muchos barones que estaban presentes se atrevieron á interceder con el monarca, el cual les dijo: „ no quiero quedar„ me solo contra todos vosotros; asi pues id, Gualtero, y decidle „ al gobernador de Calais que perdonaré á todos los habitantes con „ tal que envie á mi campo con una soga al cuello y con las lla„ ves de la ciudad á seis de los mas distiguidos vecinos para que „ haga con ellos segun fuere mi voluntad." Llevada esta respuesta al gobernador, á campana tañida reunió á los habitantes, y manifestándoles el estado de las cosas los exortó á que tomasen una resolucion pronta. Grande fue el quebranto de los congregados, pues al fin se trataba de entregar ignominiosamente á seis de ellos que no tenian otra culpa, que haber peleado como los demas y sufrido lo mismo. Finalmente Eustaquio de Saint-Pierre dijo: „ Seño„ res, todos los que me ois, grandes y pequeños, bien conoceis „ que seria una desgracia muy grande permitir que este pueblo „ muriese de hambre ó por otra causa cualquiera. Por lo mismo y „ como que tengo mucha esperanza de conseguir el perdon, me „ ofrezco el primero á morir por mis compatricios si no hay otro „ medio de salvarlos." Impulsado por este ejemplo se presentó luego el ciudadano Juan Daire, y muy pronto le imitaron cuatro convecinos cuyos nombres no ha conservado la historia. Acompañados de los mas ardientes votos y de las lágrimas y bendiciones de todos los habitantes, salieron de la ciudad las seis ilustres víctimas llevando una soga al cuello, con los pies desnudos, la cabeza descubierta y precedidos del gobernador que iba á caballo por no permitirle otra cosa sus heridas. Gualtero de Manny los esperaba en la barrera, en cuyo punto Juan de Vienne le dijo: „ como go„ bernador de Calais y por consentimiento de los infelices habi„ tantes de esta ciudad, os entrego á estos seis ciudadanos, los „ cuales os juro que son los mas distinguidos de ella: tened la „ bondad de suplicar al rey que no los haga morir." Lo procuraré con todas veras, contestó el caballero. Entonces el gobernador se retiró á la plaza y Manny condujo á los ciudadanos á la tienda del monarca. Presentados á este se arrodillaron y le pidieron que les

concediese la vida á ellos y al pueblo de Calais. Eduardo despues de haberlos oido con semblante severo y hosco mandó llamar al verdugo. Entonces Gualtero de Manny esclamó: señor, no empañeis vuestra gloria haciendo morir á estos ciudadanos que espontáneamente se han puesto á merced vuestra para salvar la vida á sus compatricios. Si asi lo hiciereis seriais tachado de cruel. Como á pesar de esto el rey insistiese en su intento la reina Felipa embarazada de muchos meses y recientemente venida de Inglaterra, se hincó de rodillas delante de su esposo y bañándole los pies con sus lágrimas, le dijo: Señor, puesto que he atravesado el mar sin riesgo, por intercesion de la Vírgen María y por amor vuestro, os pido que me hagais merced de estos seis hombres. El rey despues de algunos momentos de silencio, le dijo: „Señora, quisiera que „os hallaseis bien lejos de aqui; pero estando en mi presencia no „puedo negaros cosa alguna, y os entrego estos hombres, para que „hagais de ellos lo que os plazca." La reina le dió las gracias con la mayor ternura, y envió á Calais á Eustaquio y á sus compañeros despues de haberles dado una comida, vestidos y dinero. Este suceso tan dramático, y que inspira el mas vivo interes, referido por la pluma de Froissard, ha sido puesto en duda por muchos historiadores modernos, sin mas fundamento que el silencio de los analistas contemporáneos, y la magnanimidad del carácter de Eduardo con la cual parece contradictorio; pero si Froissard ha adornado con algunos rasgos de su imaginacion la escena, es difícil creer que toda ella sea de invencion propia. En cuanto al contraste que se nota entre el suceso y el carácter del monarca, dirémos que estas contradicciones estan en la naturaleza humana, y mas todavía en las rígidas costumbres de la época, en que la moral estrictamente religiosa, era con harta frecuencia tan mal interpretada por los que la enseñaban como por aquellos que la aprendian. Nada mas comun entonces que ver á los mismos hombres tan pronto humanos como inexorables, unas veces confiados hasta ser imprudentes, y capciosos otros hasta rayar en pérfidos. Sus afectos exaltados siempre, se doblegaban rara vez á las exigencias de la razon; porque los hombres en general obraban á

impulsos del instinto, sin curarse de investigar el motivo de sus obras. El freno de las leyes era entonces muy débil para dirigir las inclinaciones; y hé aqui por qué estas eran desordenadas á la par que la sociedad de la época. Todo esto da á la relacion de Froissard un grado de verisimilitud suficiente para que sea creida en el fondo; y en cuanto á los accesorios, puesto que dispiertan el interes y la compasion, no conviene quizás escudriñar su exactitud con un nimio rigorismo.

Eduardo juzgó que debia asegurar definitivamente su conquista arrojando de Calais á los habitantes y reemplazándolos con ingleses; mas apenas hubo tomado posesion de una plaza cuya conquista le costó tan cara cuando estuvo muy á riesgo de perderla por la villanía del gobernador á quien habia confiado su custodia. Erase este un oficial italiano llamado Américo conocido por sus talentos militares pero tan infiel que por veinte mil marcos ofreció entregar la plaza á Geofredo de Charní gobernador de Saint-Omer. Sabedor de este contrato el monarca ingles que habia dado la vuelta á Londres llamó cerca de sí al italiano, el cual viéndose descubierto quiso salvarse cometiendo otra perfidía, y restituido á Calais fijó el momento en que debia entregar la ciudad al enemigo. En el intermedio llegó secretamente Eduardo con ochocientos hombres de armas y doce mil arqueros mandados por Manny. Venido al instante Charní envió á dos de sus escuderos y cerca de cien hombres de armas para llevar la cantidad convenida y apoderárse de la ciudadela; mas apenas el dinero estuvo contado cuando aquellas gentes se vieron circuidas por fuerzas superiores, y obligadas á rendirse casi sin combatir, despues de lo cual Eduardo salió para sorprender á Charní que en la puerta de Boulogne esperaba el momento de ser introducido en la plaza. Despues de una lucha sostenida con valor por ambas partes, los franceses agobiados por el número murieron casi todos ó quedaron prisioneros. Eduardo que iba entre filas como simple caballero se distinguió con varias proezas, y habiendo visto al caballero frances Eustaquio de Ribaumont cuyo ímpetu trastornaba cuanto se le ofrecia al paso quiso batirse con él, y corrió muy grave riesgo pues dos veces fue

aterrado por su formidable adversario, quien viendo batidos en derredor suyo á casi todos sus compañeros entregó la espada al rey. La misma noche convidó este á cenar con él á los caballeros que vestidos con trages nuevos que les regaló el monarca sentáronse á la mesa, y al principio fueron servidos por el príncipe de Gales y por los primeros magnates ingleses que ocupáron despues una mesa inmediata. Concluido el banquete Eduardo dió la vuelta á la sala y dirigiendo la palabra á Charní le vituperó con dulzura la estratagema que habia empleado; y hablando despues con Ribaumont le dijo: „Sois el caballero mas valiente con quien „he tenido que habérmelas y que me ha puesto en mayor riesgo. „Mereceis la prez entre todos los caballeros de las dos naciones „que han combatido en la jornada de este dia." Al decir estas palabras se quitó una sarta de perlas que en la cabeza llevaba y la puso en la de Ribaumont diciendo: „aceptad este regalo y llevadlo „por amor mio durante este año. Yo sé que sois hombre jovial y „enamorado, y que os place barajaros entre las damas y las seño„ritas: decidles pues de qué manera y de quién habeis recibido „esta alhàja. Caballero, podeis marchar mañana mismo si os place, „pues desde este momento sois libre." Esta escena curiosa prueba cuánto poder tenia aun en los corazones la institucion de la caballería, puesto que un rey creia honrarse, honrando á aquel que no tenia mas título que la confraternidad de las armas. Esta igualaba todas las condiciones, y sus leyes eran tanto mejor obedecidas en cuanto sin escribirse en código alguno procedian de las costumbres y de los hábitos; y por otra parte se fundaban en un sentimiento universal que era el afecto hácia las mugeres, á las cuales referian los caballeros sus obras y sus pensamientos.

Eduardo aunque victorioso no tenia que luchar por esto con menores obstáculos, de modo que la falta de recursos para continuar sus proyectos de conquista le obligó á admitir la proteccion del papa, que pudo ajustar entre él y Felipe la tregua firmada en 28 de setiembre de 1348 y que se fue renovando hasta 1355. Durante ella despobló gran parte del globo una calamidad mas terrible todavía que la guerra. La peste venida de oriente asoló á

la Europa entera; arrebató un número inmenso de habitantes; en Inglaterra atacó no solo á los hombres sino tambien á los animales, cuyos restos esparcidos á millares por los campos y por las carreteras infectaban el aire y contribuian á aumentar la intensidad del mal. Interrumpiéronse los trabajos de la agricultura, se cerraron los tribunales y el parlamento suspendió sus sesiones. En Londres morian diariamente doscientas personas y por una estrañeza inesplicable los ingleses establecidos en Irlanda eran atacados por la peste que perdonaba á los indígenos. Como los campos quedaban incultos por falta de brazos mandó el rey que todos los mendigos aptos y que tuviesen menos de sesenta años se alquilasen para dedicarse á los trabajos de la agricultura. Los jerifes y otros mandatarios del poder se encargaron de la ejecucion de esta medida y fijaban el número de jornaleros que habian de trabajar dentro de su jurisdiccion respectiva. Los escritores de la época afirman en tono grave que la causa principal de la peste que causó tantos estragos, fue la estravagancia de las modas, y la atribuyen en particular á la ridícula longitud de los zapatos puntiagudos, á la estrema cortedad de los calzones, á las capas de diversos colores y al peinado, cosas todas que califican de escándalo. Tambien acusan á las mugeres que iban vestidas de hombre, que otras veces llevaban una especie de mitra muy alta, en cuya punta flotaban cintas como en el pico de los palos de un buque. Para desarmar la cólera del cielo aparecieron entonces los disciplinantes que recorrian toda la Europa yendo en procesion por las calles, y azotándose con correas y disciplinas las desnudas espaldas. Esta penitencia tuvo orígen en Italia é inflamó á las gentes de manera que llegaban á abandonar en masa los pueblos para mutuamente edificarse. Las rivalidades, los odios, y todas las pasiones enemigas que fermentaban en los corazones, parecieron estinguirse de repente para producir una benevolencia universal. Sin embargo solo estaban adormecidas y muy luego se despertaron con mas energía que antes.

Muerto en 1350 Felipe de Valois y reemplazado en el trono por su hijo Juan prolongóse la tregua entre los dos estados, mas

nó por esto cesaron de desolar á las provincias los males de la guerra. La Bretaña y la Gascuña sobre todo eran teatro de continuas hostilidades que daban lugar á quejas recíprocas sin que por esto se pusiera coto al daño. El conde de Derby recientemente agraciado con el título de conde de Lancastre, asoló la Francia desde Calais hasta la Therouanne. Sin embargo de esto se entablaron negociaciones entre los dos reyes sentando por base la renuncia del monarca ingles á la corona de Francia, dándosele en recompensa la soberanía independiente de las provincias que en calidad de vasallo tenia en aquel reino. Rechazadas estas proposiciones, Eduardo comenzó otra vez la campaña enviando á su hijo el príncipe Negro á la cabeza de sesenta mil hombres. El jóven príncipe fiel observador de las órdenes de su padre cometió en su marcha los mas terribles escesos y despues de haber incendiado á Carcasona y Narbona se restituyó á Burdeos con un botin inmenso. Eduardo por su parte salió de Calais con un formidable ejército; mas no pudiendo alcanzar á su enemigo que le precedia huyendo de él, y falto ademas de víveres hubo de deshacer el camino andado y luego se restituyó á Inglaterra á donde le llamaba la invasion de los escoceses que se habian apoderado de Berwick.

El lector tendrá presente que David II rey de Escócia fue vencido y hecho prisionero en la batalla de Neville-Cross; y recluso desde entonces en la torre de Londres en donde era tratado con todas las consideraciones debidas á su rango, alcanzó finalmente permiso para ir á Escocia con la condicion de volver en época determinada. El objeto de Eduardo era obligar á David á que reconociese su soberanía, pero los nobles escoceses resueltos á sacrificar su fortuna para romper las cadenas de su soberano rehusaron comprar su libertad á costa de la independencia de la patria, y David no tuvo mas recurso que volver á su prision. Eduardo entonces resolvió dirigirse á Baliol á quien fingia considerar como rey de Escocia y al cual daba una pension de cinco marcos diarios. Este fantasma de monarca convino espontáneamente ó á la fuerza en sufrir como su padre una desgracia pública; y asi despues de haberse vestido las insignias reales se despojó de ellas por sí mismo; quitóse la co-

rona para deponerla á los pies de Euardo cediéndole formalmente todos sus derechos, y en recompensa recibió la cantidad de cinco mil marcos y una renta anual de dos mil libras esterlinas. Vuelto á la vida privada continuó en ella, y en 1363 murió sin hijos y olvidado por la historia y por sus antiguos vasallos.

El monarca ingles heredero de sus despojos invadió la Escocia cuya soberanía reclamaba, pero los escoceses no pudiendo combatir con él en campo raso lo atacaron por hambre, y asi era que los pueblos y las casas de campo abandonados por los habitantes no podian ofrecer á los invasores víveres de ninguna especie. Los naturales escondidos por los bosques y pantanos salian de ellos á coger á los soldados que se estraviaban á fin de procurarse la subsistencia. En vano llevó Eduardo el incendio y la destruccion por los pueblos, monasterios y quintas, pues al fin hubo de retirarse sufriendo en aquella espedicion una pérdida muy considerable. Esa era la quinta vez que procuraba apoderarse de la Escocia, y convencido de que no conseguiria su objeto con la fuerza determinó emplear la intriga, y para ello despues de once años de cautiverio puso en libertad á David y fijó su rescate en la suma de cien mil marcos pagaderos en diez plazos. Contando Eduardo con la debilidad de carácter de David habia formado el proyecto de que este consintiese en reconocer por sucesor suyo al trono al duque de Clarence tercer hijo del monarca ingles; pero los estados se negaron á entrar en este arreglo, declarando de nuevo que la corona debia pertenecer al gran senescal de Escocia casado con la hija del célebre Bruce. Inútilmente procuró el monarca escoces que se llevara á efecto otro plan por el cual Eduardo se sustituia á su hijo el duque de Clarence, prometia respetar para siempre la independencia del pais, y le relevaba del pago del rescate de su rey. David no se atrevió á presentar este convenio al parlamento y en adelante nadie se ocupó del mismo.

Con una victoria muy sonada se consoló Eduardo del ningun fruto de las tentativas que hizo á fin de apoderarse de la herencia de Bruce. Debió aquella victoria á su hijo el príncipe de Gales que á la cabeza de doce mil hombres, despues de haber derramado

todos los males de la guerra en el Querci, el Lemosin, la Auvernia y Berri, considerando que seria muy imprudente adelantarse mas comenzó su retirada cuando hé aqui que el rey de Francia á la cabeza de fuerzas considerables se puso en disposicion de interceptarle el camino. En medio de un pais devastado cuyos habitantes habian huido ó tomado las armas contra los invasores, no podian estos procurarse noticia alguna de sus adversarios, al paso que Juan tenia todas las necesarias acerca de los movimientos de los ingleses. Acababa de llegar el príncipe de Gales al pueblo de Maupertins cerca de Potiers cuando supo á deshora que su vanguardia era atacada. Dios nos asista, esclamó, pues aqui no nos queda otro recurso que combatir con valor. Las tropas francesas aunque muy superiores en número tenian una desventaja grande que era no poder batirse con los enemigos sino admitiendo para la batalla un terreno en que no podia obrar la caballería, pues el ejército ingles estaba atrincherado en una colina cubierta de viñas separadas entre sí por cercas. Para llegar al campo de los ingleses era preciso meterse en un desfiladero muy largo y tan estrecho que no permitia pasar de frente mas que cuatro caballeros. El príncipe de Gales hizo echar pie á tierra á todos los hombres de armas que tomaron posesion al traves del camino; colocó delante de ellos á mucha parte de sus arqueros y puso el resto detras de todas las cercas que lo separaban de los franceses. Juan distribuyó sus tropas en tres divisiones; confiando el mando de la primera á su primo el duque de Orleans, el de la segunda al duque de Normandía, y á sus dos hermanos, hijos los tres del monarca, quien se puso á la cabeza de la tercera. Para observar el estado y la posicion de los enemigos envió tres caballeros, uno de los cuales que era Eustaquio de Ribaumont, aquel mismo á quien Eduardo habia hecho tantos obsequios al volver á su campo, dijo al rey que siendo muy difícil romper á los ingleses segun estaban atrincherados, convenia en su concepto que todos los caballeros desmontasen á escepcion de trescientos que intentarian forzar el paso sostenidos por los caballeros mas valientes que debian combatir á pie y con espada en mano. Juan adoptó el consejo y prometió

ejecutarlo. Ya el ejército frances comenzaba á ceder cuando el cardenal de Perigord salido de Poitiers aquella mañana llegó á toda prisa y rogó al monarca que economizase la sangre cristiana y le permitiera ir á verse con el príncipe de Gales á fin de terminar aquella lucha por medio de un arreglo. Con permiso de Juan trasladóse el cardenal cerca del príncipe, quien protestó hallarse dispuesto á admitir todos los pactos que no empañasen su honor ni el de sus compañeros. Volvió al campo frances el legado y á fuerza de súplicas pudo alcanzar que se ajustase un armisticio para todo el dia siguiente, el cual se pasó en inútiles conferencias. El ingles ofrecia devolver cuanto conquistara hasta entonces, dar libertad á todos los prisioneros, y obligarse con juramento á no hacer armas contra el rey de Francia; pero Juan exigia que fuesen puestos en su poder como prisioneros de guerra el príncipe de Gales y cien caballeros. Rechazada esta propuesta termináronse las negociaciones; y uno y otro campo se dispuso para decidir la cuestion con las armas. Apenas asomó el alba del siguiente dia cuando los gefes de las dos huestes pusieron en órden sus gentes y tomaron las últimas disposiciones. El príncipe de Gales atrincheró sus tropas con una línea de carros y dirigiéndose en seguida á cuantos le rodeaban les dijo: No os acobardeis porque seamos menos que los enemigos, pues Dios es y nó el número quien da la victoria. Si salimos vencedores nuestra gloria será mucho mayor por ello, y si morimos á todos nos vengarán nuestros parientes y amigos. Combatid pues con valor, pues si á Dios place y á San Jorge os mostraré que soy un buen caballero.

Estas palabras inflamaron el entusiasmo de todos, y un caballero ingles llamado Jacobo Dandellee se fue para el príncipe y recordándole sus antiguos servicios le pidió permiso para colocarse en la primera fila, á fin de que nadie le precediese en habérselas con el enemigo. Otorgóselo el príncipe y Dandellee acompañado de cuatro escuderos fue á situarse á la cabeza de las tropas. Aun todavía se presentó entonces el cardenal para ofrecer su mediacion, pero Juan le mandó decir que se retirase si no queria arriesgar su persona. A pesar de esto fue á verse con el príncipe el cual le con-

testó friamente que Dios ausiliaria al que tuviese mejor derecho. Retiróse entonces el legado y dieron principio á la pelea los caballeros que entraron en el desfiladero que separaba á los dos ejércitos: mandados por los mariscales de Francia Andreghem y Clermont se adelantaron sin hallar resistencia; pero de repente los arqueros emboscados detras de las cercas que formaban las márgenes del camino les arrojaron una lluvia de flechas que los puso en desórden. El camino quedó interceptado por los caballos y hombres heridos y aunque algunos caballeros venciendo aquel obstáculo llegaron hasta los ingleses no les fue posible romper su línea. El mariscal de Andreghem quedó prisionero y el de Clermont muerto. Allí estaban Jacobo Dandellee y sus escuderos. Rota la primera division se replegó sobre la segunda que á su vez se puso en marcha; pero un cuerpo de seiscientos ingleses que acababa de dar la vuelta á la colina la cargó de pronto por el flanco, y este imprevisto ataque derramó la confusion tanto mas cuanto los hombres de armas que habian echado pie á tierra dejaron su puesto para tomar los caballos. A vista de semejante desórden se determinó que los príncipes se alejasen con una escolta de ochocientas lanzas, y las tropas creyendo que aquella era la señal de retirada se desbandaron y la fuga se hizo general. El príncipe de Gales rodeado de los mas peritos y valientes gefes habia sido hasta entonces espectador del combate, cuando el célebre Chandos le dijo: la victoria es nuestra: carguemos denodadamente la division del rey de Francia, pues allí debe decidirse el éxito de la pelea. El rey es demasiado valiente para huir, y si á Dios place y á san Jorge caerá en nuestras manos: el choque será sangriento y entonces mostraréis como lo dijisteis que sois un valiente caballero. Vamos, contestó el príncipe, yo os juro que no me veréis retroceder. La pelea fue brava: el duque de Atenas condestable de Francia y una multitud de magnates cayeron en derredor del rey Juan que hizo prodigios de valor, recibió dos heridas, fue derribado del caballo, circuido por una multitud de enemigos que se disputaban encarnizadamente el honor de hacerle prisionero; y sin duda hubiera muerto á no haberle conjurado para que se rindiera, un caballero jóven que atravesó aquella

muchedumbre. ¿En dónde está el príncipe de Gales? preguntó el rey. No está aqui, contestó el otro, pero yo ofrezco acompañaros á su presencia. Aquel caballero era Dionisio Morbeque hijo de la provincia de Artois, el cual desterrado de su pais por haber hecho una muerte se fue á servir en el ejército ingles. Este jóven recibió la espada de Juan cuyo hijo Felipe fue hecho prisionero entonces mismo.

El príncipe de Gales fatigado de perseguir al enemigo se detuvo para descansar, y mandó poner su bandera sobre un matorral para reunir á sus gentes, y allí se le armó una tienda en la cual tomaron refrescos asi él como los barones que le acompañaban y los caballeros que iban sucesivamente llegando. Como á las preguntas que hizo acerca del paradero del rey de Francia se le dijo que debió quedar muerto ó prisionero, encargó al conde de Warwick y á otro señor ingles que fuesen á saber la verdad del caso. Marcharon los mensageros y desde un cerro vieron adelantarse lentamente en la llanura á una multitud de hombres de armas, en medio de los cuales estaba el monarca frances circuido de soldados ingleses y alemanes, que habiéndolo arrebatado á Dionisio Morbeque todos se atribuian el honor de haberlo cogido. En vano trataba Juan de apaciguarlos conjurándolos para que lo acompañasen al príncipe, y diciéndoles que era bastante poderoso para enriquecerlos á todos. Aunque de pronto lo escuchaban volvian luego á disputarse su presa con un encarnizamiento que al parecer debia terminar en una pelea, cuando llegaron el de Warwick y su compañero, y penetrando con mucho trabajo hasta el monarca lograron á fuerza de amenazas hacer retirar á los otros, y conducirlo ante el príncipe. Este habia hecho llamar á Dandellee y como le dijeron que estaba herido, le mandó decir que si no podia hacerse llevar allí él iria á visitarle. Gran merced, contestó Dandellee á los enviados del príncipe: gran merced me hace mi señor, pues se digna acordarse de un caballero de tan poca valía como yo. Hízose en seguida poner en una litera y fue llevado á la tienda del príncipe quien le recibió con los mayores agasajos, y le dijo que le reputaba por el mas valiente de todos los caballeros. Dandellee respondió que no habia

hecho mas que cumplir un voto, y que por lo tanto no era digno de los elogios que el príncipe le prodigaba. Pues bien, repuso este, no solo os tengo por el mas bravo de todos nosotros, sino que á fin de que podais acompañarme siempre á la guerra os tomo á mi servicio señalándoos la renta anual de quinientos marcos de plata, que os aseguraré en tierras de mis propios bienes. Apenas se hubieron llevado otra vez á Dandellee cuando el conde de Warwick llegó con el rey de Francia quien fue recibido por el príncipe con las mayores muestras de respeto, en términos que por su misma mano le sirvió una copa de vino. Por la noche le dió de cenar á él, á sus hijos y á los personages franceses de mas cuenta, negándose á sentarse á la mesa del monarca por considerar que no le correspondia honor tan grande. Dijo que el rey Juan con sus proezas habia sobrepujado á los mas valientes caballeros de los dos partidos, y que podia gloriarse de aquella jornada, en la cual acababa de ganar la prez del valor. De esta manera afectando que rebajaba el mérito de la victoria lo realzó mas y mas conduciéndose con tanta magnanimidad como delicadeza. Todos los nobles de su partido imitaron la galantería del príncipe; de modo que los prisioneros fueron tratados con una generosidad de que no hay ejemplo, y hasta se permitió á muchos de ellos que bajo su palabra volviesen á sus casas con la condicion de que en época determinada irian á Burdeos á pagar su rescate.

La batalla de Poitiers fue dada en 22 de setiembre de 1356 y en ella perecieron muchísimos nobles, y entre muertos y heridos quedaron en el campo treinta mil soldados. El vencedor condujo los prisioneros á Burdeos despues de haber ajustado una tregua de dos años con el duque de Normandía nombrado regente de Francia; y al rayar la primavera se hizo á la vela para la Gran Bretaña, llevando consigo al monarca frances. Su entrada en Londres se celebró con una pompa y magnificencia que si bien al parecer se dedicaban al ilustre cautivo sirvieron en realidad para hacer mas ostentoso y brillante el triunfo del príncipe de Gales. Juan atravesó las calles adornadas con tapices y en que formaban cordon los arqueros y la milicia de Londres: iba montado en un caballo rica-

mente enjaezado, mientras que el príncipe de Gales marchaba á su lado modestamente vestido y en un caballo de corta talla, cuya mantilla no tenia adorno alguno: sencillez orgullosa que solo servia para que la multitud fijase mas y mas las miradas en el vencedor que era saludado con unánimes aclamaciones.

Eduardo esperaba á la comitiva en Westminster sentado en su trono y circuido de los prelados y barones de mas alto rango. A la llegada de Juan se levantó apresuradamente, y despues de abrazarlo lo condujo á una sala en que estaba dispuesto un espléndido banquete cuyos honores hizo con una cortesanía franca y delicada. A pesar de todo esto impulsado por una política escesivamente codiciosa, exigió de su prisionero condiciones tan pesadas que frustraron todas las ventajas que se habia prometido del cautiverio del monarca frances. En efecto de pronto pidió un rescate enorme y despues quiso que en cambio de su renuncia al trono de Francia se le restituyesen las provincias que habian pertenecido á sus predecesores, pretendiendo asi bien que para en adelante fuesen exentas de todo vasallage. Juan se negó durante mucho tiempo á satisfacer semejantes exigencias; mas al fin se doblegó á ellas y fueron enviados dos prisioneros franceses á fin de que sometiesen aquel convenio á la deliberacion de los estados. Rechazáronlo estos con indignacion, en vista de lo cual Eduardo determinó emprender otra vez la guerra contra la Francia, á fin de obligarla á que consintiese en los pactos que no podia admitir sin deshonor muy grave.

Aquella nacion era víctima entonces de la mas completa anarquía. Los gastos que reclamaba la lucha sostenida contra los ingleses forzaron al rey Juan en el principio de su reinado á establecer nuevas contribuciones, pero los estados generales cuyo consentimiento era necesario, arrancaron al monarca mercedes muy importantes, entre otras la de que las sumas producidas por los nuevos impuestos las recaudasen colectores independientes de la autoridad real y responsables de las cantidades que recibiesen, las cuales debian destinarse esclusivamente á los gastos de la guerra. Decretóse tambien que los estados se reunirian durante dos años consecutivos á fin de tomar razon de los gastos públicos. Juan hubo de ceder,

mas sabiendo que el rey de Navarra príncipe de su sangre y muchos otros señores habian apoyado secretamente á los instigadores de semejantes medidas, puso preso al rey de Navarra y á sus amigos é hizo perecer á varios de ellos á manos del verdugo. Despues de la derrota de Poitiers, habiendo el Delfin convocado los estados se encontró á merced de esta asamblea que era dirigida por Roberto le-Coq, obispo de Leon, y por Marcelo preboste de Paris que hicieron poner en libertad al rey de Navarra, é instalaron un consejo compuesto de cuatro obispos, doce nobles y doce ciudadanos con el encargo de gobernar el reino en union con el regente. Este tuvo el dolor de ver asesinar á su vista por los sicarios de Marcelo á muchos altos empleados del estado cuya sangre salpicó su vestido; y solo despues de dos años de continuas turbulencias pudo recobrar el poder. Mientras que la capital dirigida por las intrigas del rey de Navarra oprimia al Delfin y degollaba á sus adictos, el pueblo de las provincias exasperado por la miseria se sublevó contra sus señores. Aquella revolucion llamada la *Jacquería* del nombre de su gefe *Jacques* Bonhomme se dirigia en particular contra los nobles á quienes el pueblo perseguia con el mas feroz encarnizamiento, incendiando sus castillos, degollando á sus mugeres é hijas despues de haberlas deshonrado, y llegando hasta el punto de asar vivos á algunos nobles caidos en sus manos. Estuvo en un tris que se apoderaran de Meaux en donde estaban encerradas la esposa del Delfin y mas de trescientas mugeres de las principales familias del reino. El gobernador de Buch aunque servia bajo las órdenes de Eduardo voló á su socorro. Los deberes de la caballería tenian aun tanto poder que sofocaban á todos los otros, y aquel caudillo batió á los paisanos que pagaron bien pronto y bien caros los escesos que habian cometido, porque los nobles reunidos los esterminaron. La jacquería en realidad no era otra cosa que una insurreccion de esclavos que querian conquistar á la fuerza los imprescriptibles derechos de la libertad personal y del goce de los bienes producidos por el trabajo. Contribuian tambien á los sufrimientos del pueblo las partidas de soldados que faltos de paga se cobraban por sí mismos, robando á amigos y á enemigos; y

haciendo sufrir á los habitantes los mas terribles escesos; de manera que los labradores que no estaban protegidos por murallas, eran por lo comun víctimas de la rapacidad de aquellos que debian defenderlos. Agobiados por las contibuciones y oprimidos por la gente de guerra se sublevaron porque nada tenian que perder sino la vida, y esta se les hizo insoportable.

Tal era el estado de la Francia en 1360 cuando Eduardo no pudiendo sacar de la prision de Juan lo que se habia propuesto, trató de arrancarlo á la fuerza; y á principios de octubre puesto á la cabeza de un ejército dividido en tres cuerpos, atravesó la Picardía y el Artois, y cometiendo en el camino toda clase de esceso llegó hasta Reims de que no pudo apoderarse, gracias al valor de los habitantes á quienes alentó el arzobispo. Forzado pues á levantar el sitio trasladóse á Borgoña y obligando á su soberano á que le comprase con cincuenta mil marcos, el permiso de ser neutral, dirigióse hácia el norte y por las márgenes del Sena llegó hasta las inmediaciones de Paris; puso fuego á sus arrabales y hubo de retroceder por falta de víveres. Su retirada fue desastrosa; mas al fin llegó á Chartres despues de haber perdido la mayor parte del ejército y de los bagages; y movido por los males que acababa de sufrir, en aquella catedral hizo voto de aceptar la paz si se le proponian condiciones conciliables con su honor. Concluyóse inmediatamente un armisticio, se dió principio á las conferencias, y en pocos dias los comisionados de ambos partidos firmaron el tratado conocido con el nombre de tratado de Britigny, en el cual se estipuló que el rey de Inglaterra restituiria todo lo conquistado á escepcion de Calais y de Guignes; que conservaria el Poitou, la Guyena y el condado de Ponthien, que habia heredado de su madre; que renunciaria á todas sus pretensiones á la corona de Francia, y que Juan compraria su libertad con tres millones de escudos de oro pagaderos en seis años. Hasta que se satisfaciese dicha suma debian ser entregados á Eduardo en calidad de rehenes, veinte y cinco barones franceses y diez y seis nobles, escogidos entre los prisioneros hechos en la batalla de Poitiers, como tambien cuarenta y dos ciudadanos. Tales fueron los princi-

pales artículos de aquel célebre tratado, que á ejecutarse hubiera establecido y arraigado el poder de los ingleses en el corazon de la Francia. Juan se trasladó con Eduardo á Calais á fin de comunicarse mas fácilmente con el Delfin su hijo que para el mismo objeto se fue á Boulogne; mas bien pronto se suscitaron dificultades y obstáculos, de manera que trascurrieron tres meses antes que el tratado se ratificase. Los dos reyes juraron por fin su cumplimiento en la iglesia de San Nicolas, y Juan fue puesto en libertad en 25 de octubre de 1360. En vano quiso al volver á su reino llevar á efecto el tratado, pues encontró una resistencia que no pudo vencer. Las provincias que habian de quedar sujetas á los ingleses manifestaron la mas decidida repugnancia á separarse de la madre patria, y por otro lado el reino estaba tan exhausto que Juan no pudo pagar en cuatro años mas que el tercio de su rescate. Entre los cuatro príncipes de la sangre que como garantes del tratado debian residir en Inglaterra estaba el duque de Anjou hijo del monarca, el cual enviado á Calais para que residiese allí hasta la entrega de algunas fortalezas, con mengua de su palabra se escapó y se fue á Paris. Se asegura que esta deslealtad fue la causa principal de la vuelta de Juan á Inglaterra, para reparar, tomando su puesto, el error cometido por su hijo, y con la esperanza ademas de que tratando personalmente con Eduardo se allanarian los inconvenientes. Algunos historiadores añaden que el rey fue impulsado á dar este paso por el amor que habia concebido hácia la condesa de Salisbury, y otros dicen que deseaba conferenciar con el monarca ingles acerca de los medios de emprender una cruzada contra los infieles; todo esto sin embargo no son mas que conjeturas destituidas de pruebas históricas, de manera, que aun hoy se ignora si Juan emprendió este viage por motivos políticos ó impulsado por un arrebato caballeresco. Aun los hombres mas eminentes obedecian entonces al influjo de pasiones estrañas á la ambicion, y en la marcha de los negocios públicos se dejaban llevar de impulsos tanto mas inesplicables cuanto eran espontáneos: por lo mismo no seria estraño que en aquella coyuntura Juan hubiese seguido los movimientos de su pecho, mas bien que los consejos

de su razon. De todos modos cuando los ministros trataron de desbaratar el proyecto que podia ser nocivo al reposo del estado el monarca contestó que si el honor y la buena fe estaban desterrados de la tierra deberian ir á encontrarse en el corazon de los reyes. Trasladóse pues á Londres en donde murió de enfermedad en 3 de abril de 1364, á los cinco meses de su llegada.

Sucedió á Juan Cárlos V, cuya prudencia y tino repararon los yerros de su padre; mas sin embargo hubo de reconocer por duque de Bretaña al hijo del conde de Montfort protegido por los ingleses. Acababa de morir en la batalla de Auray Cárlos de Blois, y el nuevo monarca de Francia no quiso aventurar la suerte de su reino para sostener los intereses de una familia, por mas que esta familia fuese la suya, bien que por otra parte tenia que purgar sus estados de las compañías armadas que los asolaban á merced de su capricho. Afortunadamente se presentó entonces una coyuntura oportuna para librar á su pueblo de aquellos bandidos formidables, y supo aprovecharla. Empuñaba el cetro de Castilla Don Pedro el Cruel que manchado con la sangre de su esposa y de otros parientes, perseguia con encarnizamiento á sus hermanos naturales D. Tello y D. Enrique de Trastamara, que por las amenazas de D. Pedro tuvieron que retirarse á Francia desde Aragon en donde se habian retirado. El papa propuso á Cárlos que colocase á Trastamara á la cabeza de un ejército para ir contra el tirano, y el frances convino en ello porque esto desde luego le ofrecia la ventaja de libertar á su reino del yugo de los aventureros que de continuo lo saqueaban. El célebre Duguesclin trató con sus gefes, condujo á España treinta mil aventureros y colocó á Trastamara en el trono de Castilla, mientras que D. Pedro abandonado por sus vasallos pudo llegar á Bayona y luego á Burdeos, en donde el príncipe Negro creado por su padre duque de Aquitania tenia la corte, famosa entonces en toda Europa por su magnificencia. Habíase casado con su prima Juana Plantagenet hija del conde de Kent, y á fuer de gobernador de las provincias meridionales sujetas á los ingleses refrenó la anárquica independencia de la mayor parte de los señores de la Gascuña y de los Pirineos, y supo

domeñarlos á una obediencia tan provechosa al pais como á la autoridad que ejercía. Recibió á D. Pedro con los mas grandes honores, y cerrando los ojos acerca de los crímenes con que se habia manchado le prometió su apoyo. Su reputacion militar era tanta que al rumor de la empresa que meditaba se pasaron á sus banderas desertando de las de Enrique de Trastamara doce mil hombres de las grandes compañías. Penetró en España por Navarra y llegado á las fronteras de Castilla hizo entregar á Enrique una carta en la cual exigia que restituyese la corona á su legítimo soberano D. Pedro. Enrique contestó con una negativa porque contaba con el talento de Duguesclin y con el acreditado valor de las tropas que á sus órdenes tenia; sin echar de ver que un considerable número de ellas se habian pasado al campo contrario. Los dos ejércitos se encontraron en los campos de Navarrete, y Trastamara abandonado por su hermano Tello que huyó vergonzosamente fue vencido; y el bravo Duguesclin hecho prisionero fue el mas brillante trofeo de aquella victoria, que puso otra vez la corona en las sienes de D. Pedro. El tirano de Castilla, ingrato como la mayor parte de los reyes, no recompensó los servicios del príncipe Negro, á quien nada mas le quedaba que la gloria de haber restituido el cetro á un hombre indigno de empuñarlo, y el roedor recuerdo de los enormes gastos cuyo peso sobre él solo gravitaba. Vuelto á su gobierno, no pudiendo pagar á los soldados mercenarios á quienes debia la victoria de Navarrete, se vió forzado á tolerar sus demasías. Cansado de sus escesos quiso poner término á ellos exigiendo una contribucion que le indispuso con el pueblo. Revolucionóse Limoges y el príncipe despues de haberla tomado por asalto hizo degollar á sus tres mil habitantes, y como por causa de su enfermedad no podia ir á caballo, desde la litera en que lo llevaban animaba con el gesto y con la voz á los ejecutores de tan horrenda catástrofe. Poco tiempo despues dió la vuelta á Inglaterra y falleció en Cantorbery el 8 de junio de 1376 á la edad de cuarenta y seis años. Aunque el degüello de Limoges ha manchado su memoria fue sin embargo reputado por el mas perito general y el mas cumplido caballero de su tiempo. A la par

que muchos de sus coetáneos reunia virtudes y vicios, que rara vez andan hoy juntos, y que eran fruto de la educacion de su siglo, á cuyo influjo no puede el hombre resistirse. Asi, á pesar de su dulzura en la vida privada, cometió algunos actos de crueldad, y aunque era generoso con los enemigos vencidos en el campo de batalla se mostraba inexorable con la multitud que tenia la audacia de hacerle frente. En Limoges hizo degollar á la poblacion indefensa y salvó la vida á los caballeros franceses que se defendieron con el valor de la desesperacion. Por lo demas la victoria de Navarrete no fue útil á los intereses del príncipe que la habia alcanzado, ni á los de D. Pedro, pues Duguesclin puesto en libertad por sus conciudadanos que pagaron su rescate, volvió á España á la cabeza de un ejército y el tirano refugiado en Montiel hubo de capitular y trasladarse á la tienda de Duguesclin. En ella se presentó Trastamara y apenas se vieron los dos hermanos cuando se arrojaron el uno contra el otro á manera de fieras, y D. Pedro murió á los golpes de Enrique (1).

Cárlos V amaestrado por la esperiencia alimentaba la idea de emancipar á su patria del dominio de los ingleses, y sus medidas fueron inspiradas por una prudencia audaz que consiguió allanar todas las dificultades. Secundado por Duguesclin á quien puso á la cabeza de sus ejércitos fue arrojando de las provincias á los estrangeros, de modo que en 1374 no le quedaban á Eduardo mas que Calais, Burdeos, Bayona, y algunas plazas en las márgenes del Dordoña. Esto le puso en el caso de solicitar una tregua que si bien rota por cortos intervalos duró hasta su muerte. El fin de su reinado en que sufrió algunas derrotas forma un triste contraste

---

(1) Varias son las equivocaciones que hemos visto en este pasage en que se trata de la guerra entre D. Pedro el Cruel y D. Enrique de Trastamara, á bien que no nos admiran porque estamos acostumbrados á que los autores franceses sean inexactos cuando ponen mano en nuestras cosas. Facilísimo nos hubiera sido corregir los yerros variando el testo que traducimos, pero nos parece mejor dejarlo como lo encontramos, y aconsejar á los lectores que para rectificar lo que dice el autor frances acudan al reinado de D. Pedro el *Cruel* en el tomo 2.° de nuestra historia de España.

(*Nota del Traductor*).

con el esplendor que arrojaron sobre los principios y el medio de su carrera las victorias de Crecy y de Poitiers. Ademas de esto los estravíos de su conducta privada le hicieron perder su influjo sobre el espíritu de los pueblos, que agobiados de contribuciones veian con indignacion como las rentas del estado iban pasando á manos de una dama que era dueña absoluta del corazon del monarca. Erase esta dama Alix Perrers que pertenecia á la servidumbre de la esposa de Eduardo, y que no contenta con arrancar á este sumas considerables para enriquecerse así ella como sus parientes, le obligaba á dar fiestas tan dispendiosas como inútiles. Con motivo de un torneo celebrado en la plaza de Smith-Bield se presentó Alix con el título de dama del sol llevada en un carro triunfal juntamente con Eduardo, y seguida de muchas damas de la corte cada una de las cuales llevaba un caballero para regir su palafren. Estas diversiones tan fuera de propósito para un monarca que frisaba ya con la vejez, encendian la ira del pueblo y daban audacia al parlamento para perseguir á los ministros que eran considerados como instrumentos de aquella disipacion escandalosa. So pretesto de que las rentas reales eran mal administradas y muchas veces distraidas de su objeto, merced á la ambicion de algunos favoritos, los comunes pidieron que ingresasen en el consejo privado doce personas mas y que fuesen separadas de él algunas que estaban en la servidumbre del monarca. Una de ellas que era lord Latimer, chambelan de Eduardo fue encarcelado y la misma suerte les cupo á varios colectores de contribuciones. El parlamento atacó tambien á Alix Perrers obligando á Eduardo á que la separase de la corte. El príncipe Negro vuelto á Inglaterra en donde llevaba una vida gastada por gloriosas fatigas era en el concepto público el secreto motor de los ataques que el parlamento daba contra la autoridad del monarca. Zeloso de su hermano el duque de Lancastre que tenia entonces mucho influjo en los negocios queria separarlo de ellos dirigiéndose primero contra sus amigos y criaturas; pero la muerte del vencedor de Poitiers puso fin á los proyectos de reforma intentados por los comunes, y el duque de Lancastre recobran-

do su ascendiente se vengó de sus enemigos. Sir Tomas de Lamare presidente del parlamento que habia sido el intérprete de las quejas de este fue encerrado en el castillo de Newark y el obispo de Winchester condenado á perder sus temporalidades. Sir Tomas Hungerford intendente de Lancastre ocupó la presidencia de la cámara, y entraron en ella muchos partidarios del príncipe; mas aunque con tales medidas se obtuvo mayoría no pudo esta impedir que muchos miembros reclamasen la libertad ó la formacion de causa de su anterior presidente, y el rey tomó el partido de disolver la asamblea en 24 de febrero de 1577. Poco sobrevivió á este suceso el rey que pasaba oscuramente sus dias en Elthem en compañía de su dama Alix. Durante la enfermedad de que falleció Alix procuraba apartar á todo el mundo del lecho del monarca, y cuando lo vió cercano al momento de espirar le quitó del dedo una sortija de gran precio y se retiró cargada de despojos. Los palaciegos siguieron el ejemplo de la dama y se marcharon despues de haber robado cuanto les vino á las manos. Cerca del moribundo no quedó mas que un sacerdote que despues de haberle prodigado los consuelos y los ausilios de la religion recogió su último suspiro en 21 de julio de 1377.

Eduardo murió á la edad de sesenta y cinco años y despues de cincuenta de reinado. Sus calidades personales lo hicieron admirar de sus súbditos porque su esterior y la gracia de sus modales seducian al primer golpe de vista y su esmerada educacion realzaba mucho las dotes que recibió de la naturaleza. A mas de hablar el ingles y el frances entendia el aleman y el latin, y su conversacion festiva y aguda convidaba á que le escucharan. A todas las diversiones que estaban de moda en su tiempo, como eran las cazas de venados y de altanería, preferia los torneos donde desplegaba un vigor y una destreza poco comunes. No era menos brillante su bravura en los campos de batalla, y los trofeos que alcanzó prueban que poseia el genio de la guerra; pero cegado por su ambicion no supo medir sus recursos, y por esto sus victorias no produjeron fruto alguno, y perdió todas sus conquistas vencido por el ascendiente de un príncipe de menos valor pero que sabia cal-

cular las cosas y no dejar á la casualidad sino lo que es necesario que penda de ella. Aunque las empresas de Eduardo costaron mucha sangre y mucho dinero á su pueblo, mejoraron su condicion bajo el aspecto político, pues como hubo de pedir muchos subsidios fue menester que en cambio consintiese en la reforma de abusos tiránicos que dieron principio á la emancipacion de las clases secundarias. Entre aquellos abusos, era uno de los mas pesados el derecho de proveeduría de que varias veces hemos hablado; y á fin de poner un término á los desmanes de los encargados que siempre exigian mucho mas de lo que era necesario para abastecer la casa del príncipe, el parlamento hizo muchos estatutos mandando que todas las diferencias que se suscitasen acerca del valor de los objetos pedidos serian resueltas por el condestable y cuatro personas notables del vecindario; que las cantidades debidas cuando no escediesen de cierta tasa fuesen pagadas á las veinte y cuatro horas, y las otras en el término de cuatro meses, y se declaró finalmente que los quebrantadores de aquellos estatutos serian tratados como ladrones ó traidores, segun la naturaleza del delito. A pesar de estas trabas los proveedores continuaron causando estorsiones que no tuvieron fin hasta despues de una resistencia de mas de tres siglos.

En el mismo reinado la administracion de justicia se hizo mas imparcial y menos tiránica: se ordenó que los jerifes y otros oficiales de justicia serian elegidos entre los propietarios mas ricos de cada territorio, y que no conservarian su destino sino durante un año. Fue tambien una innovacion muy importante la que dispuso que los procesos y los informes se estendiesen en ingles; de modo que desde entonces la lengua francesa fue esclusivamente usada por las clases altas, si bien para abolirla del todo fueron precisas largas guerras que dieron orígen entre las dos naciones á un odio que aun todavía no está estinguido. El idioma popular á pesar de este triunfo ha conservado profundas señales del influjo del frances como que tiene aun muchas palabras. Entre los estatutos que se hicieron durante el reinado de Eduardo, los historiadores mientan particularmente el que redujo á siete los delitos de alta

traicion, á saber: conspirar contra la vida del rey, de su esposa ó de su primogénito; atentar al honor de la reina; al de la esposa del heredero del trono, ó de la hija mayor del rey antes que estuviese casada; promover la guerra civil ó unirse á los enemigos estraños del príncipe; falsificar el sello del estado; acuñar moneda falsa; y asesinar á alguno de los grandes oficiales de la corona. Como el crímen de alta traicion se castigaba muy severamente era preciso fijar con nimia exactitud los que debian reputarse tales, y mas cuando los jueces daban esa calificacion á muchos á que no era aplicable. Asi fue que habiendo un caballero en el año 1347 preso arbitrariamente á un hombre á fin de obligarle á pagar rescate por su libertad fue condenado como reo de alta traicion por que se arrogó un derecho que solo correspondia al soberano. Alarmados los comunes con este acto inicuo no quisieron dejar á merced del poder una arma tan peligrosa, y sus tenaces peticiones arrancaron á Eduardo el estatuto de que tenemos hablado. El principal motivo que durante mucho tiempo tuvo el monarca para no acceder á la demanda de la cámara en esta materia fue que el asentimiento traia consigo la necesidad de renunciar al lucro que le producian los crímenes calificados de alta traicion, porque los bienes de los reos se incorporaban á la corona; y hé aqui la razon por qué el parlamento hubo de comprar, digámoslo asi, este derecho con los subsidios que concedió al príncipe.

La frecuencia de las sesiones parlamentarias en tiempo de Eduardo fue motivada por las urgencias que de continuo le obligaban á recurrir á la generosidad de la nacion, y asi es que en los cincuenta años que duró su reinado se convocaron setenta parlamentos. Dividíase entonces este cuerpo en tres estados ó brazos, á saber, el clero, la nobleza y los comunes. Antes de ahora hemos dicho que los eclesiásticos llamados al parlamento alcanzaron de Eduardo I la estincion de este honor que consideraban como una carga; que reunidos separadamente se negaron muchas veces á tomar parte en los negocios estraños á la Iglesia, y que solo se comunicaban con el rey por medio de los obispos que eran miembros de la cámara de los nobles. Provino de aqui que la palabra parla-

mento tomada en su acepcion ordinaria no significó mas que la reunion de dos estados ó brazos, á saber, el de los pares y el de los comunes, convocados para deliberar juntamente con el monarca. El estado de los primeros se dividia en tres clases, segun la naturaleza y la estension de sus posesiones, y una de estas clases se subdividia en pares espirituales y pares temporales. Los jueces y los miembros del consejo privado eran convocados muchas veces para dar su parecer cuando se trataba de interpretar las leyes, y aun parece que deliberaron, votaron y tuvieron los mismos poderes que los grandes propietarios territoriales de quienes se los consideraba como compañeros. El tercer estado que se componia de *los pequeños del comun*, segun se los llama en los registros del parlamento, se componia de caballeros de los condados y de representantes de las ciudades y pueblos. Los primeros debian ser elegidos por la corte del condado, mas cuando se vió que muchas veces tenian grande influjo en el parlamento, el rey y los principales barones se arrogaron el derecho de eleccion, é hicieron que esta recayese en adictos suyos. Los diputados de las ciudades y villas que eran esclusivamente comerciantes ó simples mercaderes no gozaban de consideracion alguna, porque el comercio estaba vinculado en las clases inferiores de la nacion; mas tuvieron la astucia de hacer causa comun con los caballeros, y al fin se unieron con ellos tan íntimamente que á los pocos años estas dos clases vinieron á formar una sola. Los caballeros recibian de sus comitentes cuatro chelines y los diputados dos, de lo que resultaba que las ciudades opulentas reclamaban siempre el derecho de enviar sus diputados al parlamento, y las pobres esquivaban este honor y con mucha frecuencia no eran representadas. Los diputados del pueblo conservaron por largo tiempo una inferioridad marcada y sólo eran consultados en las materias relativas á sus profesiones. Cuando el rey con el secreto designio de arrancarles dinero quiso sujetar á su conocimiento los negocios de los estados se negaron muchas veces á tomar parte en ellos, alegando que su ignorancia no les permitia entrar en el exámen de cosas superiores á sus luces, y protestando que cuando los barones y los

sabios consejeros del rey habian creido que para el honor del príncipe y el del reino convenia tomar alguna resolucion ellos estaban prontos á aprobarla. Los comunes sin embargo renunciando muy luego á este humilde papel, aprendieron á sacar partido del formidable privilegio que tenian de conceder ó negar los subsidios, y su poder creció tan pronto, que en los últimos años del reinado de Eduardo proscribieron á sus ministros y hasta á su dama.

Las glorias militares de este monarca nos ponen en el caso de decir alguna cosa de la organizacion de sus ejércitos, los cuales se componian en parte de soldados mercenarios cuyo sueldo era muy crecido. El rey hacia contratas con gefes que se encargaban de proporcionarle cierto número de hombres, pues la constitucion feudal estaba ya tan modificada que los barones y los caballeros en quienes la guerra era antiguamente un deber impuesto por la comun defensa, la convirtieron despues en un comercio, de donde provino que el servicio militar pesaba sobre las clases inferiores en las cuales se hacian levas para servir en la infantería. Componíase el ejército *de hombres de armas*, *soldados de caballería*, *arqueros é infantes*. Los primeros que iban cubiertos de una armadura de acero, ocupaban el primer lugar, y para formar parte de ellos era preciso tener una renta anual de cincuenta libras: con esto podia aspirarse al honor de la caballería; distincion lisongera que daba á su obtentor una consideracion muy marcada. Los hombres de armas llevaban escuderos y allegados mantenidos y equipados á sus costas. Los soldados de caballería, iban armados mas á la ligera, y para entrar en ese cuerpo era preciso tener al menos una renta de quince libras. En la tercera categoría estaban los arqueros á quienes Eduardo debió la mayor parte de sus victorias, y cuyas armas eran un arco de seis pies de largo que arrojaba flechas de la mitad de esa longitud. El arco era el arma favorita de los anglo-sajones, y los sucesores de Guillermo, procurando mantener esta aficion entre sus súbditos, ordenaron á los habitantes que se ejercitasen en ella todos los domingos, á escepcion de las horas en que se celebraban los oficios divinos, y al fin prohibieron que se entregasen á otra diversion alguna. En las batallas los arqueros combatian ge-

neralmente á pie; colocábanse en líneas separadas y uno detras de otro. A pesar de esto cada general llevaba algunos arqueros montados que venian á formar su guardia particular. Los infantes solo servian para aumentar el número, pues jamas decidieron la suerte de una batalla. Entre ellos habia siempre un crecido cuerpo de galeses mantenidos á costa del rey y armados de lanzas, y estos servian para la guerra de montaña y para los sitios en donde no podia obrar la caballería.

El clero que hasta entonces habia constantemente desempeñado el papel mas interesante en los negocios del estado, vió decaer de dia en dia su importancia. La nacion que durante muchos siglos pagó el tributo impuesto á *Juan Sin-Tierra* por la corte de Roma, y muchos otros derechos de diversas clases, comenzaba á plañirse de las contribuciones que no servian para la defensa ni para la prosperidad del pais. Eduardo pues suprimió en 1367 la contribucion de mil marcos que en calidad de señor soberano reclamaba el papa, y dejó la resolucion del negocio al parlamento, el cual decidió que el rey Juan no pudo por su autoridad propia sujetar al reino á semejante cánon. Aunque este acuerdo puso fin á las reclamaciones del pontífice, resueltos los comunes á llevar mas adelante la emancipacion de sus conciudadanos con respecto á la corte de Roma, formaron el estatuto de las provisiones, que prohibia á los ingleses acudir al papa para que este les diese alguna mitra ó beneficio, con perjuicio del derecho de los patronos y del de los electores; y al mismo tiempo se vedó bajo el mas severo castigo interponer apelaciones para ante la Santa Sede.

Eduardo levantó el palacio de Windsor que subsiste todavía, é instituyó la órden de la Jarretera, destinada en su principio á recompensar el valor militar, y cuya condecoracion consiste en una liga con este mote en frances: *Honni soit qui mal y pense* (1). Cuenta la tradicion que como Eduardo bailase con la condesa de Salisbury de quien estaba locamente enamorado y se le cayese á

(1) Caiga la infamia sobre quien lo interprete maliciosamente.

esta señora la liga, el príncipe quiso ponérsela y dijo las palabras arriba notadas á la condesa que vacilaba en permitírselo. Otros historiadores refieren que la institucion de aquella órden se debe á la batalla de Crecy para la que dió el príncipe la señal atando su liga al estremo de una lanza; y otros finalmente suponen que la creó Ricardo *Corazon de Leon* en el sitio de Tolemaida. De todos modos la órden de la Jarretera á pesar de su antigüedad nada ha perdido de su lustre y continua sirviendo para condecorar á los hombres mas distinguidos por su nobleza ó por sus servicios.

En el reinado de Eduardo vivió un poeta que fue para Inglaterra lo que para Italia el célebre Petrarca, de quien era contemporáneo. En efecto Chancer fue el primero que sacó un grandísimo partido del idioma nacional, tan abandonado hasta entonces, y supo doblegarlo y comunicarle un encanto que prenda todavía hoy, á pesar del robin de la barbarie de que hay muchas señales en sus versos. No nos detendrémos ahora en pormenores acerca de este poeta, cuya vida y cuyas obras pensamos examinar mas adelante, porque á fuer de padre de la poesía inglesa es un deber nuestro hacérselo conocer á los lectores.

De su matrimonio con Felipa de Haiuault tuvo Eduardo siete hijos varones y cinco hembras. El primogénito que fue Eduardo de Woodstock universalmente conocido con el nombre del príncipe Negro, murió en vida de su padre dejando á su único hijo Ricardo II que fue sucesor de su abuelo. El segundo hijo de Eduardo llamado Guillermo murió niño. El tercero que fue Lionnel, duque de Clarence acabó sus dias en Italia en 1368, y dejó una hija que fue esposa de Edmundo de Mortimer conde de March. El cuarto fue Juan de Gante, creado duque de Lancastre. El quinto llamado Edmundo de Langley conocido primero con el título de conde de Cambridge y creado despues por su sobrino duque de York fue el tronco de esta casa que subió al trono de Inglaterra. El sesto fue Guillermo de Windsor que murió niño, y el séptimo Tomas, duque de Glocester. Tres de las cinco hijas se casaron con diferentes príncipes, otra murió en mantillas, y otra que habia contraido es-

ponsales con el rey de Castilla fue arrebatada por la peste, antes de verificar su matrimonio.

RICARDO II.

A la muerte de su abuelo solo tenia once años Ricardo que fue declarado rey: verificó su entrada en Londres al dia inmediato del fallecimiento de Eduardo III y al cabo de un mes tuvo lugar su coronacion, la cual es notable por una costumbre mentada por primera vez en la historia. Durante el convite que siguió á la ceremonia presentóse en la sala un caballero armado de punta en blanco y arrojando su manopla al suelo desafió á singular combate á cuantos osasen poner en duda los derechos de Ricardo á la corona. Tenia el jóven monarca tres tios que bien pudieran turbar la paz del estado; mas ora les pareciese que las circunstancias eran poco favorables á su ambicion, ora fuese esta contenida por el amor que toda Inglaterra manifestaba al príncipe, todo hizo augurar para el nuevo reinado un porvenir tranquilo. La cámara de los comunes cuyo influjo habia tenido principio en el reinado precedente tomó la iniciativa, y por medio de una peticion propuso á los lores que se erigiese un consejo de nueve personas á las cuales se confiara la direccion de los negocios. El duque de Lancastre que en los últimos años de Eduardo III estuvo al frente del gobierno se quejó á sus colegas de las calumnias que contra su carácter se habian levantado, y añadió que los comunes ninguna necesidad tenian de sus consejos, puesto que permitieron que se le acusase de traicion y que estaba dispuesto á combatir con armas ó de cualquier otro modo contra los inventores y propagadores de calumnia tan infame. Los individuos de la cámara baja trastornados con este ataque se apresuraron á protestar de su confianza en la lealtad del duque alegando como una prueba de ella que lo habian ya escogido para colocarlo á la cabeza del consejo. El príncipe se tranquilizó declarando que esperaba serian rigurosamente castigados los inventores de tamañas acusaciones dirigidas contra su honor. Los comunes

pidieron entonces que se encargase á ellos durante la menoría el nombramiento de los altos empleados de la corona, mas los pares se apoderaron de este derecho importante y los comunes se dieron por satisfechos con que se confiase á dos mercaderes de Londres en calidad de tesoreros la recaudacion de los impuestos votados, y su esclusivo destino á los gastos de la guerra. Alix Perrers cuyos encantos habian cautivado el corazon del anterior monarca y que solo usó de su ascendiente para saciar su avaricia fue puesta á disposicion de un jurado de cuatro condes y presidido por el de Lancastre, cuyo tribunal despues de declararla delincuente la condenó á destierro y á la confiscacion de todos sus bienes.

Mientras que los lores y los comunes se ocupaban en organizar la administracion se concluyó la tregua ajustada con la Francia; y Cárlos V aprovechando esta coyuntura invadió á la vez la Guyena, la Auvernia, la Bretaña y el Artois para arrojar á los ingleses de todos los puntos de su territorio, al mismo tiempo que su escuadra verificaba desembarcos en las costas de la Gran Bretaña incendiando ciudades y recogiendo un botin inmenso. El duque de Lancastre hizo en Bretaña una espedicion que no produjo resultado alguno, al paso que los escoceses atravesando la frontera se apoderaron del castillo de Berwick. Estas guerras sin gloria y sin verdadera importancia, habian agotado las rentas del monarca, de manera que para hacer frente á los gastos públicos el parlamento se vió precisado á votar una contribucion de veinte y ocho maravedises por cabeza sobre todas las personas que hubiesen cumplido la edad de quince años. Este impuesto dió lugar á una revuelta tanto mas temible cuanto era obra de las clases inferiores de la sociedad que deseaban con la mayor ansia salir de su abatimiento. Conviene observar que en el propio siglo estallaron en muchos estados de Europa sublevaciones de la misma especie, entre las cuales debe contarse la *Jaquería* que en 1350 estuvo á pique de trastornar á la Francia. Las mismas causas que habian producido este levantamiento obraron en Inglaterra, porque el pueblo habiendo comenzado á romper los hierros de su esclavitud aspiraba á gozar todas las ventajas de la libertad. El cristianismo predicando

este principio tendia á disminuir diariamente el número de esclavos, y su moral fundada en la igualdad de todos los hombres ante Dios, podia ser malamente interpretada y dirigida contra el órden social que reposa en las desigualdades. Esto sucedió precisamente. "Un clérigo loco hijo de Kent y llamado Juan Bull, dice Froissard, „habia predicado á los labradores que en el principio del mun„do todos los hombres eran libres, que por lo mismo nadie podia „ser reducido á servidumbre á no rebelarse contra su señor, como „Lucifer lo hizo contra su Dios; mas que no habiendo ellos co„metido semejante falta, siendo formados á imágen de su criador „y procediendo del mismo tronco que sus amos, no debian ser sus „esclavos ni sufrir que se los tratara como animales de carga." El tema de su sermon fueron dos versos ingleses que significan: *Cuando Adan cavaba y Eva hilaba, ¿en dónde estaban los nobles?* Tales eran los principios que Juan Bull predicaba á la plebe. Aunque tres veces fue encerrado en la cárcel del arzobispo de Cantorbery, la persecucion no le impuso silencio, y lo hizo mas bienquisto á sus oyentes. El incendio preparado con esto estalló de repente á causa de un atentado de aquellos que en todos tiempos han producido revoluciones porque atacan uno de los mas imperiosos afectos del corazon humano. Un recaudador quiso exigir á un herrero de un pueblo del condado de Essex la capitacion de su hija. La madre dijo que esta no habia llegado á la edad prescrita por el Estatuto, y el recaudador no contento con sostener lo contrario quiso probarlo sujetando á la doncella á un exámen indecoroso. Indignado el padre partió la cabeza del insolente con un martillazo, y este acto de cólera tan digno de escusa en su fondo fue aprobado por todo el vecindario, y todos los plebeyos de la provincia de Kent se confederaron jurando sostener á su compatricio. El rumor de esta aventura sublevó en un instante á toda la poblacion de muchos condados que acaudillada por los mas audaces se dirigió á Blackheath, reclutando por el camino nuevas gentes; de manera que el número de los insurreccionados era casi de cien mil hombres. Durante su marcha encontraron á la princesa de Gales madre del monarca, la cual para salvar la vida hubo de dar

un abrazo á varios de ellos. Los progresos de la insurreccion fueron tan instantáneos y rápidos que el gobierno sorprendido se encontró sin defensa. Los rebeldes despues de haber cogido á algunos gentiles-hombres deputaron á un caballero á fin de que solicitase del rey que les concediese una entrevista, y Ricardo les hizo contestar que se acercasen al Támesis y que la conferencia se verificaria al dia siguiente 13 de junio de 1381. El rey entró en una lancha con los condes de Warwick y Salisbury y muchos otros barones y se trasladó á Rotherhithe. A la vista del monarca los insurgentes levantaron tan espantosos gritos y dieron muestras de una efervescencia tan grande que los que acompañaban á Ricardo temiendo por la seguridad de su persona viraron de bordo al instante y lo condujeron de nuevo á la torre de Londres. Indignados á semejante muestra de desconfianza los dos principales gefes de los alzados, conocidos con los apodos de el *Pizarrero* y *Paja* se encaminaron á Southwark en donde demolieron muchas casas que eran propiedad de uno de los jueces del banco del rey, mientras que otra cuadrilla devastaba en Lambeth el palacio del arzobispo y ponia fuego á los registros y al archivo de la cancillería. Al dia siguiente entraron en Londres divididos en grupos, y engrosados por el populacho atacaron á Newgate, pusieron en libertad á los presos, destruyeron de alto á bajo el palacio de Savoie que pertenecia al duque de Lancastre, é incendiaron el Temple y la biblioteca que en él habia.

Para justificar que no los impulsaba el deseo de enriquecerse hicieron una proclama prohibiendo que nadie se apropiase cosa alguna; y como averiguasen que un hombre ocultó una copa de plata lo arrojaron al Támesis junto con el objeto robado. Detenian por las calles á los transeuntes, preguntaban á todos cuál era su partido, y si no respondian que el de Ricardo y de los comunes los decapitaban en el acto. Durante la noche que siguió á aquel dia de degüello y de saqueo los ministros celebraron un consejo en la Torre, y como no podia pensarse en la defensa porque la guarnicion era muy corta resolvieron echar mano de las promesas y de las concesiones. Apenas asomó el alba cuando la multitud agru-

pada delante de la torre pedia á voz en grito las cabezas del canciller y del tesorero, en cuyo acto se presentó un heraldo y leyó una proclama en la que se invitaba al pueblo á trasladarse á Mile-End con la promesa de que el rey iria allí á fin de acceder á todas sus demandas. A poco tiempo se abrieron las puertas y se presentó Ricardo acompañado de un reducido número de personas sin armas, pero los rebeldes que tenian intenciones leales le siguieron en número de sesenta mil. Reclamaron la abolicion de la esclavitud, la libertad de comprar y vender en todas las ferias y mercados, la reduccion de los arriendos á un precio fijo, y una amnistía general por todo lo sucedido hasta entonces. Sin trastornar el órden social vigente era imposible acceder á tales exigencias que en la generalidad eran justas, si se esceptua la tercera relativa á los arriendos cuyo absurdo hubiera hecho imposible su aplicacion. Redactóse pues una Carta para cada ciudad y para cada parroquia, se entregaron copias de ella, y los que las recibian iban tomando el camino de sus casas. Mientras que Ricardo concluia este arreglo, el Pizarrero y Paja se habian aprovechado de su ausencia para violentar las puertas de la torre, y precipitándose en ella á la cabeza de una multitud de furiosos degollaron al primado, al tesorero, al arrendatario de la contribucion y á tres de sus socios. La princesa de Gales se arrojó á una lancha para librarse de los asesinos, que allanando su cuarto dieron una infinidad de estocadas á su cama. El rey fue á encontrar á su madre á una casa en que se habia refugiado, y cuando al dia siguiente atravesaba á Smithfield con una reducida escolta encontró al Pizarrero á la cabeza de una numerosa cuadrilla de sus partidarios, y como este rebelde habia rechazado todas las proposiciones que se le hicieron adelantóse al frente de los suyos y entabló conversacion con su soberano. En aquel momento habiendo observado Walworth corregidor de Londres que el Pizarrero aparentaba jugar con un puñal y que habia ya cogido las riendas del caballo del príncipe arrojóse sobre él y le atravesó el corazon con la daga. Al ver el asesinato de su gefe los insurreccionados se preparaban á vengarle, cuando el príncipe con un valor y una serenidad admirables se dirigió á

galope hácia ellos y les dijo: ¿Qué es lo que quereis, amigos mios? El Pizarrero era un traidor, venid conmigo, y yo seré vuestro caudillo. Turbados con estas palabras los rebeldes le siguieron dócilmente hasta Islington en donde estaba sir Roberto Knowles á la cabeza de mil hombres de armas, que circuyeron al rey poniéndole á cubierto de todo riesgo. Ricardo permitió entonces que los amotinados se retiraran en paz concediéndoles lo mismo que á los otros á quienes ya se habian entregado las cartas.

En Winchester, Beverley, Scarborough y en todo el mediodía del reino los nobles no supieron reunirse para oponer resistencia y buscaron un asilo en sus castillos. Solo el obispo de Norwich osó atacar de frente la revolucion, y armado de todas armas combatia á la cabeza de los suyos, juzgaba á los prisioneros, y prestaba los ausilios espirituales á los condenados.

Apenas cundió la noticia de la muerte del Pizarrero cuando los barones y los caballeros acudieron de todos puntos, y Ricardo juntando un ejército de cuarenta mil hombres tomó la superioridad. Desde luego fueron revocadas las cartas y las concesiones hechas á los rebeldes, á quienes se mandó que volviesen á su antigua servidumbre prohibiéndoles formar asociaciones. Los revolucionados osando apenas resistirse á las tropas reales se sometieron á su suerte, y los gefes Paja y Bull y mas de quinientos de sus prosélitos murieron á manos del verdugo, y el justicia mayor Tresilian hizo ahorcar á diez y nueve en una misma horca y en un solo dia. A punto fijo no se sabe cuáles eran los proyectos del Pizarrero, ni si pensó cambiar la forma de gobierno; mas si debe darse crédito á las declaraciones que el tormento arrancó á Paja, el objeto era matar al rey, esterminar la nobleza y el clero, dividir la Inglaterra en muchos estados y hacer rey de Kent al Pizarrero; mas es probable que este y sus amigos solo habian pensado derribar el órden establecido sin discurrir cuál debia sustituirle.

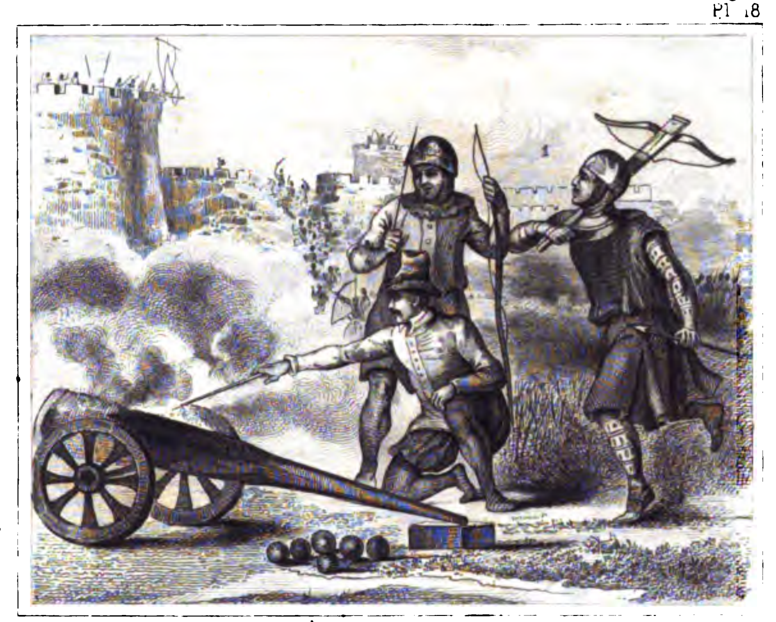
Disipada con la fuerza y con la industria esta insurreccion formidable, el monarca convocó el parlamento á fin de informarle de lo sucedido, y sujetó á sus deliberaciones la cuestion de si seria conveniente abolir la esclavitud que pesaba sobre el pueblo. La

asamblea compuesta casi esclusivamente de propietarios se negó á adoptar esta medida, que si bien justa en el fondo heria sus intereses, y era fuerza que trajese consecuencias incalculables. Las dos cámaras sin embargo al confirmar la revocacion de las cartas que fueron otorgadas á los rebeldes, alcanzaron del monarca una ámplia amnistía, que se publicó al tiempo de verificar Ricardo su matrimonio con Ana de Bohemia hermana del emperador Venceslao.

La conducta del jóven monarca en los acontecimientos pasados parecia ser la aurora de un reinado firme y glorioso; mas estas esperanzas se frustraron muy presto. Apenas hubo llegado á los diez y siete años, cuando impaciente por emanciparse de la tutela de sus tios empezó á dar rienda suelta á todos sus caprichos. Rodeado de cortesanos jóvenes que sacaban partido de su inclinacion á los placeres y de su carácter dadivoso, empobrecia la corona con desmedidas larguezas para recompensar, nó servicios verdaderos sino la adulacion y los talentos que le eran agradables. El canciller Scroop que intentó poner coto á tan imprudentes mercedes perdió el destino que fue conferido al obispo de Londres de quien se esperaba mas condescendencia, y este primer paso desacreditó al monarca é hizo concebir temores para lo venidero.

La Inglaterra entre tanto tenia que defenderse contra la Francia y la Escocia, y acudir á los gastos de muchas empresas sugeridas por el duque de Lancastre que casado con la hija mayor de D. Pedro el *Cruel* se titulaba rey de Castilla, esperando que en algun tiempo podria reclamar sus derechos á esta corona. Comenzada la guerra entre los reyes de Portugal y de Castilla, Lancastre envió algunas tropas á las órdenes de su hermano el duque de Cambridge con el secreto designio de que le sirviesen para allanarle el camino hasta el trono de su suegro. En razon de estar muy próximo el término de la tregua con la Escocia se habia trasladado á la frontera á fin de arreglar aquel negocio tan importante á sus miras, pues en caso de un mal éxito hubiera estorbado la marcha de los socorros prometidos á Portugal. Como este asunto lo alejó de Londres, no pudo dictar medidas para oponerse á la revolucion

1. Trajes militares y artilleria. 2. Eduardo, duque de Aquitania, llamado el Principe Negro.





1 COSTUMES MILITAIRES ET ARTILLERIE.
(de la fin du 13e siecle et commencement du 14e)

2. ÉDOUARD, DUC D'AQUITAINE dit **PRINCE NOIR.** Règne de Edouard III (1376)

ANGLETERRE



del Pizarrero y se vió obligado á refugiarse en Escocia en donde estuvo hasta que las revueltas quedaron apaciguadas. Este acontecimiento sin embargo disminuyó su influjo, y las cámaras rechazaron la proposicion hecha por el ministerio de enviar á España al duque de Lancastre con un ejército, puesto que el parlamento juzgó mas oportuno socorrer á los flamencos que sostenian la guerra con su soberano apoyado por la Francia. Esta resolucion se debió en gran parte al obispo de Norwich que tanta parte fue para sofocar la revolucion poco ha mentada, el cual propuso que se levantaran tres mil hombres de armas y otros tantos arqueros á quienes él conduciria á Calais en ausilio de los flamencos. Este ejército sin embargo parecia tener un objeto esclusivamente religioso, puesto que debia combatir en nombre de Urbano VI, que ensalzado al trono pontificio encontró un rival en la persona del cardenal de Ginebra elegido tambien papa con el nombre de Clemente VIII y reconocido por la Francia, la Escocia, la España (1), la Sicilia y el reino de Chipre, al paso que la Inglaterra y las demas potencias de Europa sostenian las pretensiones de su adversario. Los dos pontífices establecidos el uno en Roma y en Aviñon el otro se hacian la guerra con anatemas, y procuraban reclutar soldados publicando una cruzada el uno contra el otro. El obispo de Norwich elegido por Urbano y pertrechado con los mas latos poderes espirituales reunió muchos millares de hombres ofreciéndoles recompensas eternas, y se encontró á un tiempo mismo general del papa y general de Ricardo, en cuya alternativa prefirió servir los intereses de su pais que los de Roma. Habiendo desembarcado en Flandes obtuvo al principio muchas ventajas, pues tomó por asalto á Gravelines y se hizo dueño de muchas otras plazas; pero se desgració en Ipres cuyo sitio hubo de levantar precipitadamente al aproximarse el ejército frances. Refugiado entonces en Graveli-

---

(1) Este hecho como aqui se relata es inexacto, y á fin de evitar repeticiones referimos al lector á lo que acerca de esto hemos dicho en el 2.° tomo de nuestra historia de España.

(Nota del Traductor).



nes compró á su enemigo por quince mil marcos el permiso de retirarse, con lo cual tuvo fin aquella espedicion tan poco útil á la causa de Inglaterra como á la del papa.

Como entre tanto los escoceses se hubiesen negado á prolongar la tregua y pedido á la Francia un socorro de mil quinientos hombres de armas, Ricardo invadió el pais por Berwich mientras que los escoceses dejando su territorio á merced del enemigo devastaron el Cumberland, el Westmoreland y el Lancashire. El monarca ingles por su parte penetró hasta Edimburgo incendiando al paso todos los pueblos abandonados por sus habitantes que metieron los ganados y ocultaron los granos y hasta los muebles en los bosques y en las montañas: de manera, que los ingleses faltos de todo, rendidos por el hambre y diezmados por las fatigas se vieron en la precision de retirarse. Los ausiliares franceses no tuvieron ocasion de batirse, y conociendo que eran una carga para sus amigos dejaron muy pronto la Escocia, tan cansados de las bárbaras costumbres de sus habitantes como estos lo estaban del carácter presumido y no pocas veces indiscreto de sus huéspedes.

A su vuelta á Inglaterra el rey dió título de duques de York y de Glocester á sus tios los condes de Cambridge y de Buckingham, haciéndoles ademas merced de muchas tierras con el objeto de que pudieran sostener su nuevo rango. Al mismo tiempo dió título de conde de Derby á Enrique Bolingbroke hijo del duque de Lancastre, é hizo conde á Rotolando Eduardo Plantagenet hijo del duque de York. Estas distinciones con que favorecia á sus tios tenian por objeto lograr que no se manifestasen contrarios á la elevacion de sus favoritos, entre los cuales Roberto de Vere fue nombrado conde de Oxford y duque de Irlanda, y Miguel de la Pole ensalzado á la dignidad de conde de Suffolk. Deseoso el monarca de trastornar anticipadamente las ambiciosas miras del duque de Lancastre declaró heredero presunto de la corona á Rogerio conde de March, nieto de Lionnel duque de Clarence. El duque de Lancastre partió muy luego para España á la cabeza de un ejército con el objeto de que le reconocieran rey de Castilla; y como su conducta en Inglaterra habia sido muy sospechosa, el monarca aprovechó esta

ocasion para alejarle del reino, y los comunes que temian la ambicion del duque votaron con gusto los subsidios pedidos para los gastos de la espedicion. Durante la ausencia de Lancastre, el duque de Glocester contenido hasta entonces por el ascendiente de su hermano se confederó con los mas poderosos barones contra los favoritos, y con sus intrigas alentó á la mayoría de la cámara de los comunes para hacerles la guerra. La Francia entonces disponia inmensos preparativos á fin de invadir la Gran Bretaña, y Ricardo forzado á levantar tropas para resistir al ataque con que se le amenazaba convocó al parlamento, del cual solicitó los fondos necesarios á la defensa del reino; pero las dos cámaras declararon que nada concederian si ante todo no eran separados del poder el gran canciller conde de Suffolk y los otros ministros. En la representacion dirigida al rey decíase entre otras cosas que para acudir á las urgencias del estado bastaria confiscar los bienes de los que se habian enriquecido administrando sus rentas. El monarca quiso desde luego prender á los principales gefes de la oposicion; mas despues de haber sondeado el ánimo del corregidor y de los habitantes de Londres, tuvo por prudente renunciar á su proyecto, y se contentó con responder al parlamento que solo debia ocuparse de los negocios que se sometiesen á su deliberacion; y dejando luego la capital se retiró á Eltham y á los pocos dias envió un mensage á las dos cámaras mandándoles que votasen las sumas que reclamaba. Irritadas una y otra con este paso respondieron que se abstendrian de deliberar hasta que el rey se presentase de nuevo en Westminster. Ricardo cada vez mas enojado mandó que el parlamento le enviase cuarenta diputados, pero no fue obedecido. Solo el duque de Glocester y el obispo de Ely fueron á encontrar al rey y le suplicaron de parte de sus compañeros, que tuviese á bien volver al parlamento, y añadieron que habia un antiguo estatuto el cual ordenaba que en caso de que el príncipe sin causa legítima dejase por el tiempo de cuarenta dias de tomar parte en las deliberaciones de las dos cámaras todos los miembros de estas podian retirarse á sus casas. Esta audaz declaracion que podia ocasionar un rompimiento abierto, intimidó á Ricardo y á sus compañeros, y en su

consecuencia el obispo de Ely fue nombrado canciller en sustitucion de Suffolk; dióse el destino de gran tesorero al obispo de Hereford y el duque de Irlanda fue desterrado á esta isla. La caida de Suffolk no satisfizo á sus enemigos y la cámara de los comunes pasó á la cámara de los pares una acusacion contra él, cuyos principales cargos eran frívolos ó supuestos, pues entre otros se le vituperaba haber adquirido por menos valor del que tenian algunas tierras pertenecientes á la corona, y haber comprado por bajo precio un crédito que se habia hecho reembolsar íntegramente. Si bien estos cargos, aunque hubiesen sido justificados hasta la evidencia, no tenian gravedad alguna, Suffolk fue condenado á estar preso mientras el rey quisiera.

Glocester y sus amigos habian resuelto dictar leyes á Ricardo y despojarle de la autoridad para apropiársela. So pretesto de asegurar la buena administracion de los negocios públicos obligaron al monarca á que consintiese en erigir una comision compuesta de doce personas para que celase á todos los funcionarios del estado y dictara cuantas medidas creyese oportunas para el bien del reino. Figuraba entre estas personas el duque de Glocester que tenia á su devocion á la mayor parte de los otros: de manera que el poder real estaba absolutamente en sus manos.

Ricardo incapaz de suscribir tranquilamente á tan degradantes innovaciones buscaba medios para sacudir el yugo con que se le oprimia. A fin de libertarse de la quisquillosa y nimia vigilancia de los comisionados hizo algunos viages á varias provincias, en donde procuró conciliarse el amor de los súbditos haciendo mercedes y convidando á los ciudadanos mas distinguidos á que fuesen á su corte en donde sondeaba sus intentos y pudo resolver á la mayor parte de ellos á que formasen asociaciones para el sostenimiento de sus derechos. Procuró tambien inducir á los jerifes á que le respondiesen de los diputados que se nombraran para ir al parlamento, haciendo que la eleccion recayese en personas adictas á sus intereses; mas los jerifes no quisieron acceder á esta demanda que traia consigo el quebrantamiento de un deber sagrado. Cuando se los consultó acerca de las tropas que podrian levantar, contestaron

que no era dable contar con aquellos soldados, puesto que rehusaban hacer armas contra el duque de Gloocester y sus amigos. Convocados en seguida los jueces de los principales tribunales del reino, se los consultó si la comision que despojaba al rey de su autoridad, era ó nó un atentado contra las instituciones vigentes y si los autores de semejante medida y cuantos los apoyaron, se habian hecho ó nó reos de alta traicion. Contestaron los tribunales de una manera afirmativa y suscribieron su resolucion que por entonces quedó reservada. La indiscrecion ó la deslealtad de los firmantes reveló á los lores comisionados el peligro que los amenazaba; y vuelto el rey á Londres en donde fue recibido con grandísimas aclamaciones no tuvo tiempo para realizar el proyecto que habia formado; puesto que Gloocester y sus adictos se presentaron repentinamente delante de la capital á la cabeza de cuarenta mil hombres, y al dia siguiente fueron á reunírseles los condes de Derby y de Warwick. Trastornado el rey por este súbito ataque hubo de dar audiencia á cinco de los barones confederados, los cuales sea para insultarlo, sea por un olvido de la consideracion debida al monarca, le hicieron aguardar dos horas sentado en su trono en la sala de Westminster. Presentáronse por fin é bincándose humildemente de rodillas delante del rey, ante todo le hicieron las mayores protestas de adhesion, y acabaron por acusar de traidores al obispo de York, al duque de Irlanda, al conde de Suffolk, á sir Roberto Tresilian, y á sir Nicolas Bramber, y en seguida arrojando al suelo las manoplas, ofrecieron sostener en cerrado palenque lo que habian dicho. Ricardo contestó que encargaria al parlamento decidir la suerte de los acusados, y con esto dió fin á la audiencia. Los ministros y los cortesanos viendo amenazadas sus vidas y sus fortunas y que queria sacrificárselos á la vindicta pública se escondieron ó buscaron su salvacion en la fuga. El duque de Irlanda se dirigió á levantar tropas al pais de Gales, alentado por las cartas del rey que le autorizaban formalmente para dar este paso. Dirigióse á Londres á la cabeza de veinte y cinco mil hombres; pero circuido por fuerzas superiores fue roto, y salvando á duras penas su vida se refugió en Holanda, y tres años des-

pues murió en Louvain. El monarca recluso en la torre estaba á merced de los señores rebeldes que le obligaron á firmar un manifiesto mandando la captura de sus enemigos prófugos, y sacaron de palacio á todos los empleados y hasta al confesor á quien se prohibió acercarse á la corte.

Glocester á fin de asegurar su triunfo convocó á toda prisa un parlamento compuesto de sus criaturas, en cuya asamblea se condenó en rebeldía á los cinco principales acusados. Sir Nicolas Bramber que no pudo sustraerse á sus perseguidores sufrió un simulacro de juicio y murió en un patíbulo lo mismo que Tresilian á quien un criado entregó á los enemigos. Los otros jueces que firmaron la resolucion á la consulta que les hizo Ricardo se escusaron con que se los habia obligado con amenazas, y como uno de ellos dijo que habia comunicado todo lo hecho al conde de Kent fue absuelto. Sus compañeros fueron condenados, pero la intervencion de los obispos los salvó de la pena capital que les fue conmutada en un destierro. Todos los amigos de Ricardo contra quienes se sospechaba que habian tomado parte en sus proyectos murieron decapitados ó en la horca, y era tal el furor de Glocester que despreciando las lágrimas y las súplicas de la reina no quiso perdonar á Simon Burley que habia sido ayo del príncipe y de quien era tiernamente amado. Este parlamento llamado el *inexorable* duró ciento veinte y dos dias y concedió un subsidio al rey, é hizo á Glocester y á los lores acusadores de los ministros un regalo de veinte mil esterlinas sacadas de los derechos que pagaban las lanas. Antes de separarse declaró que los cargos en virtud de los cuales fueron condenados aquellos que habian sido perseguidos por el parlamento no servirian de norma en lo sucesivo, y que los jueces debian atenerse á los estatutos promulgados por Eduardo III en los que se fijaron los delitos de alta traicion. El rey ademas hubo de jurar que las leyes hechas y los procedimientos sustanciados durante aquel parlamento no se anularian ni revisarian nunca.

Mientras que en Inglaterra las facciones se disputaban el poder, los escoceses invadiendo el obispado de Durham penetraron hasta

las puertas de York de donde salieron para escaramuzar con el enemigo sir Ralph y sir Enrique Percy apellidado *Hotspur* hijos ambos del conde de Northumberland. Hotspur se dejó caer sobre Douglas que mandaba los escoceses, mas perdió la lanza en la cual habia una banderola con el escudo de sus armas. Douglas al cogerla dijo: plantaré este trofeo en la mas alta torre de mi castillo. No te atreverás á tanto, le contestó Hotspur. Sí tal, repuso el otro, á menos que vengas esta noche misma á quitarla de delante de mi tienda. Douglas se alejó con lentitud para darle tiempo de ir á buscar la banderola, pero el otro no le atacó hasta el tercer dia, durante cuya noche trabó con él un reñido combate en el cual el escoces fue mortalmente herido; pero los dos Percy cayeron prisioneros y los escoceses tornaron á su patria con un botin inmenso. En aquel mismo año que era el de 1389, el conde de Arundel á quien Glocester habia hecho conferir el destino de grande almirante alcanzó algunos triunfos, pues habiendo apresado gran número de buques franceses desembarcó en las islas de Ré y de Oleron á cuyos habitantes hizo pagar rescate. Cansadas la Francia y la Bretaña de una guerra que las empobrecia sin fruto concluyeron una tregua en la cual fue comprendida la Escocia.

Entre tanto Glocester árbitro absoluto del poder lo perdió de repente por una atrevida accion de Ricardo que ardia en deseos de sacudir su yugo. Habiendo congregado un dia al consejo preguntó á su tio cuántos años tenia. Habeis entrado en los veinte y dos, contestó el duque. Pues bien, repuso el rey, á esta edad no se necesita tutor, y yo me siento con fuerzas para dirigir el reino por mí mismo. Al decir estas palabra exigió del arzobispo de York el sello del estado, entrególo al obispo de Winchester y depuso de su cargo de tesorero al de Hereford. El duque de Glocester y sus amigos fueron alejados de la corte; Ricardo hizo un manifiesto declarando que empuñaba las riendas del gobierno, y renunció al subsidio que últimamente le fue otorgado; ganándose con esto el afecto del pueblo y pudiendo desafiar el odio de aquellos á quienes arrebatara el poder. Aleccionado con la esperiencia, se condujo con tanta sensatez y cordura que se pasaron ocho años en una tran-

quilidad que no fue turbada por acontecimiento alguno digno de mentarse.

Mientras estas cosas sucedieron en Inglaterra volvió de España el duque de Lancastre tan lejos de haberse sentado en el trono de Castilla como que cedió los derechos que pretendia tener al mismo. Con el objeto de recompensarle Ricardo le dió para durante su vida la soberanía de la Guyena, pero los gascones descontentos de este arreglo hicieron tan enérgicas reclamaciones que al fin el monarca llamó otra vez á su tio, cuya presencia en Inglaterra contribuyó á robustecer el gobierno del sobrino, neutralizando el influjo de Glocester. Deseoso Ricardo de premiar la lealtad de Lancastre reconoció á su nueva esposa Catalina Swynford hija de un simple caballero, legitimó á los hijos que Lancastre hubo de ella, y al primogénito dió título de conde de Sommerset. El parlamento que siempre fue un simple instrumento del mas fuerte se congregó en 1390 y deshizo la obra de su predecesor, restituyendo al rey todas las prerogativas de que fue despojado durante la administracion de Glocester, y rehabilitó ademas un estatuto hecho en tiempo de Eduardo III que declaraba reos de alta traicion á los que trajesen al reino provisiones ó despachos de la corte de Roma sin noticia del gobierno y sin haber solicitado para ello licencia del monarca. Por la misma época se presentaron en Londres algunos diputados de los ingleses establecidos en Irlanda, los cuales venian á implorar el apoyo del rey contra los antiguos habitantes que amenazaban arrojarlos de la isla. Ya llevamos referido de qué modo se apoderaron del pais algunos aventureros cuyos descendientes se dividieron en dos clases, una de las cuales conservó escrupulosamente las costumbres, la lengua y los usos de sus padres, al paso que la otra adoptó hasta el idioma de los irlandeses. Esta divergencia fue orígen de perpetuas disensiones entre los ingleses, y abatiendo por ello su poder ofreció coyuntura á los indígenos para recobrar casi todo el territorio que fue quitado á sus mayores. Viendo Ricardo el riesgo que corria de perder aquellas posesiones pertenecientes á Inglaterra desde Enrique II, á toda prisa levantó un ejército, y llevando á sus órdenes al duque de Gloces-

ter y á los condes de Rutland y de Notthingham desembarcó en Waterford. Los irlandeses apenas intentaron resistirse y muy luego setenta y cinco gefes de tribus fueron á presentarse al rey en Drogheda, y á Notthingham en Carlowe para someterse, y pronto fueron imitados por los cuatro régulos que tenian repartida la isla. Todos ellos fueron armados caballeros en Dublin y vestidos á la moda inglesa comieron á la mesa del rey. Los ingleses rebeldes fueron igualmente perdonados por el príncipe, que despues de rehacer la administracion y corregir los abusos dió la vuelta á su reino á donde le llamaban las violencias de algunos fanáticos llamados *Lollards*, discípulos de Wycliffe cuya historia referirémos en el final de este reinado. Estos sectarios llevando hasta la última exageracion los principios de su maestro atacaban abiertamente al clero con sermones y libelos, vituperábanle que poseyese grandes bienes contrariando los principios del evangelio, y rechazaban la transustanciacion calificada por ellos de idolatría. Semejantes principios generalizados entre el pueblo tendian á derrocar el poder de la Iglesia, por lo cual los prelados suplicaron al rey que volviese á Londres á fin de adoptar las medidas oportunas contra tan perniciosos novadores. Dictáronse contra los Lollards severas leyes que les impusieron silencio, y les quitaron el apoyo de algunos señores poderosos que bien fuese por conviccion, bien por otro motivo menos puro los sostenian con su crédito.

Habiendo el rey perdido á su esposa Ana pensó terminar la guerra con la Francia por medio de un matrimonio, é hizo pedir la mano de la princesa Isabel hija de Cárlos VI, que si bien solo tenia ocho años fue coronada en Westminster despues de haber bendecido su union con el rey el arzobispo de Cantorbery. Aconsejado por la prudencia ó quizás por efecto de ligereza, Ricardo pareció olvidar las ofensas recibidas de Glocester, quien lejos de corregirse de sus antiguos yerros, adoptando una conducta mesurada, solo buscaba ocasiones en que trastornar al gobierno, ora intrigando en el parlamento, ora ultrajando con sarcasmos la persona de su sobrino siempre que le ofrecian ocasion para esto las relaciones que con él tenia. El monarca enojado cada vez mas por la sorda opo-

sicion y las malévolas insinuaciones de Glocester, se acordó de que este propuso en otro tiempo que se le arrojara del trono. No hay datos ciertos para asegurar que esta acusacion fuese fundada; pero la hizo muy probable la conducta que en esta época observó Glocester. Como quiera que sea Ricardo hizo llevar á la Torre á los condes de Warwick y de Arundel, y encargándose por sí mismo de detener al duque se trasladó al castillo de Pleshy en donde este residia. Habiendo el duque salido para recibir al monarca, fue puesto en manos del conde de Nottingham gran mariscal de Inglaterra, y embarcándole secretamente se le condujo á Calais. La general impresion causada por tan imprevista captura movió al rey á publicar un manifiesto diciendo que la del duque y de sus adictos se habia ejecutado con asentimiento de los duques de Lancastre y York y muchos otros magnates del reino; que las causas que habian dado lugar á ella nada tenian que ver con las faltas que cometió en otra época, y finalmente que á todos los acusados se los juzgaria con arreglo á las leyes establecidas.

Antes de proceder judicialmente se empleó el mismo medio de que en otro tiempo habia hecho uso Glocester, pues se presentaron ante el rey sentado en su trono seis condes y dos lores, acusando de alta traicion al duque de Glocester y á los condes de Arundel y de Warwick. El rey admitida la acusacion envió el negocio al parlamento que iba á reunirse. Un proceso que era de tanta importancia por la calidad de los acusados reclamaba grandes preparativos, y asi fue que cerca de la sala de Westminster se construyó un vasto edificio de madera capaz de contener á todos los jueces y los pares convocados con este motivo, fuese por prudencia, fuese por ostentacion se presentaron con un séquito tan numeroso que formó un pequeño ejército el cual cupo apenas en Londres y en los pueblos de muchas millas á la redonda. Ricardo llevó tambien allí una division compuesta de seiscientos hombres de armas y de doscientos arqueros. Abrióse el parlamento con un discurso del obispo de Exeter cuyo objeto era demostrar que el poder real no podia ser restringido sin que cometiesen un crímen aquellos que intentasen ponerle límites. En conformidad con estos principios la

cámara de los comunes declaró que la comision ó consejo de regencia instituido por Glocester era ilegal, y se revocó el perdon otorgado á los que formaron parte del mismo. Acumulóse tambien cuanto habia hecho el último parlamento mientras duró la comision dicha. En seguida se ocuparon de la acusacion intentada contra el arzobispo de Cantorbery hermano del conde de Arundel; cuyo prelado habia sido miembro del consejo de regencia, y Ricardo que tuvo presente esta circunstancia le persuadió que renunciase á defenderse, cual si con esto quisiera darle á entender que le libraria de la desgracia que le amenazaba. Esto sin embargo no era mas que una estratagema para que no hablase delante de los jueces, los cuales sin oirle lo condenaron á destierro y á la confiscacion de sus bienes en provecho de la corona.

A su tiempo se presentaron los lores que en presencia del rey habian acusado de alta traicion á Glocester, Arundel y Warwick, é hicieron cargo á los tres de haber arrancado al rey valiéndose de las amenazas su consentimiento para que se erigiese el consejo de regencia; de haberse armado contra el monarca; de haber conspirado para destronarle y de haberle hecho leer el acta de deposicion de Eduardo II. En vano el conde de Arundel recordó el perdon que por aquello se le otorgara, puesto que el perdon habia sido revocado; y el duque de Lancastre pronunció la sentencia que le condenaba á la pena de los traidores. Vuelto Arundel á la torre fue inmediatamente decapitado, y hay quien dice que el rey quiso presenciar la ejecucion. En cuanto al conde de Warwick se confesó culpable y fue condenado á destierro. Cuando se trató de que compareciera el duque de Glocester, el gran mariscal conde de Nottingham que habia llevado á Calais al ilustre prisionero contestó que acababa de morir de repente; pero semejante muerte acaecida con tal prontitud y en aquellas circunstancias debió despertar sospechas, y las revelaciones posteriores confirmaron al parecer que el fallecimiento de Glocester fue resultado de un crímen. Efectivamente el juez sir Guillermo Rickhill partió á Calais con una órden autógrafa del monarca para el gran mariscal, quien dijo al mensagero que iba á presentarle al duque para que

le recibiese una declaracion; y aunque es cierto que el juez tuvo una entrevista con el prisionero, la muerte de este ya se habia hecho pública, Rickill no pudo verle otra vez, y Glocester fue muerto probablemente el mismo dia del interrogatorio. Si hemos de dar crédito á Froissard, el príncipe acababa de comer é iba á lavarse las manos cuando penetraron en su cuarto cuatro hombres que lo ahogaron con una servilleta. Despues de haberle desnudado y puesto en una cama se derramó por el castillo la voz de que acababa de morir de apoplejía. Segun la declaracion de uno de los criados del gran mariscal la víctima fue puesta en manos de dos individuos que pertenecian á la servidumbre del rey y del conde de Rutland, los cuales habiéndolo llevado á una posada de Calais lo ahogaron entre dos colchones; mas como quiera que sea no se comunicó al parlamento la confesion que Rickhill habia recibido á Glocester, en la cual se confesaba culpable de los principales cargos que aquel le hizo. Al terminarla suplicaba á su sobrino que tuviese compasion de él, pidiéndoselo en nombre de Jesucristo, en el de su madre, en el de la Magdalena, y por lo que estas dos habian sufrido al ver á Jesus en la cruz. Esta defensa tan humilde y tan interesante no impidió que fuese condenado ni que se le confiscaran los bienes. La conducta observada por Ricardo en aquellas circunstancias nos parece inescusable, puesto que violó todas las leyes para castigar hechos, criminales sin duda, pero que habian sido perdonados en una amnistía, que debió ser irrevocable. Desde ella habian transcurrido ya once años, y su odio en vez de menguarse no hizo mas que crecer aunque disfrazado con apariencias contrarias. Tanto disimulo en un príncipe tan jóven, irrita á todos los hombres honrados; pero Glocester por otra parte mereció su suerte por la ambicion de que se dejó arrastrar, durante la cual no tuvo para sus adversarios humanidad ni justicia. Nada es tan chocante para nosotros como ver entre los jueces del duque á sus mismos hermanos, y entre los acusadores á sus dos sobrinos; mas en aquella época las costumbres que llevaban todavía el sello de la barbarie no eran contenidas por ninguna barrera, y rompian sin la menor consideracion los mas estrechos vínculos de la sangre.

Por una de aquellas monstruosidades tan comunes en las revoluciones políticas, el duque de York, el obispo de Winchester y Ricardo Scroop, como tambien los condes de Derby y Nottingham que votaron las sentencias de proscripcion lanzadas contra Glocester y sus amigos, habian intervenido en todos los hechos que se vituperaban al duque: los tres primeros fueron miembros del consejo de regencia, y los otros dos estaban entre los lores que públicamente acusaron á los favoritos del príncipe; pero Ricardo se encargó de justificarlos, declarando á las dos cámaras, que á despecho de esta apariencia hostil, nunca habian dejado de conducirse á fuer de súbditos leales.

Satisfecho su resentimiento con estas condenas trató Ricardo de congraciarse con mercedes á los principales magnates que contribuyeron á la desgracia de sus enemigos, y en su consecuencia hizo duque de Hereford al conde de Derby, primogénito del duque de Lancastre, y duque de Albemarle al conde de Rutland primogénito del duque de York: el conde de Kent fue creado duque de Surrey, el de Huntington duque de Exeter, y el de Nottingham duque de Norfolk: el conde de Sommerset fue agraciado con el título de marques de Dorset, y los lores Despenser, Percy, Nevil, y Scroop, fueron ensalzados á la dignidad de condes de Glocester, Westmoreland, Worcester, y Wiltshire. Prorogóse el parlamento, y á poco tiempo se congregó otra vez en Shrewsbury, cuya asamblea vendida servilmente al poder anuló todo lo hecho en el parlamento de 1388, en que dominaba Glocester que fue quien dió la mano al congreso para que se apoderara de la administracion del estado. Los jueces condenados entonces por haber declarado ilegal al consejo de regencia fueron repuestos; el rey exigió que todos los miembros de la cámara de los pares jurasen sobre la cruz de Cantorbery que jamas innovarian cosa alguna en lo que acababa de determinarse; la cámara baja profirió el mismo juramento, y el monarca hizo publicar en las principales ciudades del reino la bula que alcanzó del papa confirmatoria de las leyes y de los empeños contraidos en el parlamento de Shrewsbury. Los acontecimientos sin embargo probaron muy luego cuán insuficientes eran

estas seguridades para fijar la inconstancia de los hombres y refrenar los impulsos de la ambicion. Las cámaras antes de separarse concedieron al rey para durante su vida un derecho sobre las lanas, las pieles y los cueros; añadieron un donativo de un décimo, y de un décimoquinto y medio; y no contentos con esto, so pretesto de acelerar el despacho de los negocios, la asamblea nombró una comision compuesta de doce pares y seis diputados de los comunes concediéndole todas las facultades que tenian las cámaras.

Por aquella época se suscitó entre los duques de Hereford y Norfolk una cuestion que tuvo muy graves consecuencias. Aunque colmados de mercedes por Ricardo estos dos magnates que habian tenido parte en los proyectos de Glocester, temian siempre que el rey hubiese conservado contra ellos algun resto de su enemistad antigua. Habiéndose encontrado un dia en Brentford, entablaron conversacion acerca del estado de los negocios públicos; y en ella dijo Norfolk: "amigo mio, nuestra desgracia es inminente. —¿Por qué? preguntó Hereford. —Por los sucesos de Radcotbridge. — Y qué, ¿acaso no fueron perdonados? preguntó Hereford. —Con este perdon, repuso Norfolk, sucederá lo que con otros, es decir, que será revocado; el rey me ha jurado muchas veces poniendo por testigo á nuestro Señor Jesucristo, que nunca me retiraria su amistad, mas yo no me fio de esta promesa." Se ignora quién fue el primero que reveló esta conversacion; mas los dos interlocutores, igualmente comprometidos por su pasada conducta debian temer que sus palabras referidas al rey fuesen interpretadas como un anuncio de proyectos criminales. Supónese que Hereford temiendo que el otro le previniese reveló á Ricardo su conversacion con Norfolk; este negó la acusacion, y siendo imposible decidir entre los dos contrincantes se resolvió que aquel negocio se determinase por medio del juicio de Dios. En consecuencia de esto fue construido en Coventry un vasto anfiteatro para que en él pronunciase la espada el fallo definitivo; mas en el momento en que iba á comenzar el combate declaró el monarca que se oponia á él, y que para impedir las cuestiones que en lo sucesivo pudiese haber entre los partidarios de los dos campeones juzgaba conveniente

alejar á entrambos del reino. En virtud de esta resolucion Hereford fue desterrado por seis años conminándole con la pena de muerte si durante ellos penetraba en Inglaterra. A su adversario se le condenó á destierro perpetuo fijándole para su residencia la Alemania, la Bohemia ó la Hungría, permitiéndosele ademas ir en romería á Jerusalen. Hereford se trasladó á Paris á fin de estar á la mira de los acontecimientos, y Norfolk murió en Venecia al volver de la Tierra Santa. Por el mismo tiempo falleció el duque de Lancastre que como individuo de la comision á la cual las dos cámaras habian delegado su autoridad plena, tuvo parte en la condena de su hijo el duque de Hereford. Ricardo á despecho del permiso que habia concedido á los desterrados de que nombrasen quien tomara posesion de los bienes que pudiesen recaer en ellos, se apoderó de la herencia de Lancastre, y con este escandaloso acto de injusticia alentó el espíritu público que se habia manifestado ya á favor del duque de Hereford.

Es de creer que esta despótica medida no hubiera producido resultado alguno enojoso á no coincidir con ella una multitud de hechos de la misma naturaleza. Efectivamente habiendo Ricardo alejado de sí ó con la muerte ó con el destierro á todos aquellos cuya ambicion ó cuya firmeza era capaz de contrarestar sus arbitrariedades, creyó que podia osarlo todo porque rompió las barreras alzadas para defender las libertades del pais; mas al juzgarlo asi desconoció que nada es tan difícil como manejar un poder sin límites, porque no hay cosa alguna que le advierta lo que puede hacer y lo que debe evitar. Circuido de ministros ineptos y depravados, nada le contenia al tratarse de satisfacer sus caprichos ó de hacerse con el dinero que necesitaba para acudir á sus urgencias y para saciar la ambicion de sus cortesanos. Libre de la censura del parlamento por medio del voto que le concedia un subsidio para toda su vida juzgóse autorizado á echar mano de todos los espedientes haciendo escarnio de las leyes y desafiándolas con descaro. Como el último parlamento habia revocado la amnistía concedida á los partidarios de Glocester, se comenzó á perseguir á los que se armaron en favor suyo. Diez y siete provincias fueron

declaradas culpables de alta traicion, y los habitantes mas ricos, con el objeto de salvar sus bienes adjudicados al príncipe por medio de sentencias, hubieron de firmar obligaciones en blanco, sujetándose á satisfacer las cantidades que al monarca pluguiese arrebatarles. Estas violencias le enagenaron el amor de los súbditos que se disponian á sublevarse contra tan dura tiranía. La nacion deseosa de sacudir aquel yugo dirigió la vista hácia Enrique de Lancastre cuya ausencia abultaba su talento y hacia que se fundasen en él todas las esperanzas; asi es que Enrique idolatrado por las tropas á causa del valor que mostró en las batallas, bienquisto del pueblo, que le consideraba como su libertador futuro, unido por parentesco ó por alianzas con la mas alta nobleza, podia contar en todos los puntos del reino con apoyos de gran valía.

La muerte del conde de March heredero presunto de la corona acaecida en Irlanda y en accion de guerra precipitó la caida de Ricardo, que resuelto á vengarla en la sangre de los irlandeses, el 20 de junio de 1399 desembarcó en la isla á la cabeza de un ejército poderoso. Varias fueron las ventajas que alcanzó al principio, y las consiguiera sin duda mayores á no recibir la noticia de una revolucion que acababa de estallar en su reino y que le forzó á detenerse para ir á la defensa de su corona. El primado, hermano del conde de Arundel se trasladó secretamente á Paris en donde residia el duque de York y le exortó á que aprovechase la ausencia del rey para hacer una invasion en Inglaterra. Pretestando Lancastre una visita al conde de Bretaña se trasladó á Nantes, en donde despues de haber fletado tres buques menores se embarcó con solas ochenta personas, con las cuales el dia 4 de julio llegó á Ravenspur en el condado de York, en donde se le reunieron los condes de Northumberland y de Westmoreland. La adhesion de estos dos poderosos señores llevó tanta gente á sus banderas que en pocos dias constaba su ejército de mas sesenta mil combatientes. El duque de York tio de Ricardo y regente del reino juntó fuerzas considerables, pero desconfiando de su fidelidad se retiró á Bristol. La capital abandonada á sí misma se declaró por Enrique que con solos veinte hombres hizo su entrada en ella y que salió al

instante para resistirse á las tropas levantadas en nombre de Ricardo; mas estas le recibieron con aclamaciones, y el mismo duque de York abrazó públicamente el partido de Lancastre. Dirigióse este sobre Bristol cuyo castillo le fue entregado, y en el cual encontró á los tres ministros de Ricardo, Scroop, Bussy, y Green, á quienes hizo juzgar y morir al momento.

Durante estos sucesos Ricardo que sostenia en Irlanda una guerra muy difícil, estaba muy lejos de creer que una revolucion hubiese derrocado su trono en Inglaterra. Apenas recibida esta noticia envió al conde de Salisbury con la mitad de sus tropas, á fin de que hácia el norte reanimase la adhesion y el espíritu militar de los habitantes. El conde reunió muchas tropas decididas á favor de Ricardo; mas como los vientos contrarios hubiesen detenido á este durante diez y ocho dias, los galeses creyéndose abandonados se volvieron á sus casas. Cuando el monarca vió á su llegada que el ejército ya no existia, convocó un consejo para resolver qué partido debia tomarse. Opinaban unos que diese la vuelta á Irlanda, á fin de reunir á sus adictos; otros eran de parecer que se marchase á Burdeos ó que buscara un asilo al lado del rey de Francia su suegro, mas convencido Ricardo por el dictámen del duque de Exeter, en cuyo concepto salir entonces del reino era abdicar el trono, resolvió permanecer en Inglaterra, y dejando á los pocos soldados que le habian permanecido fieles fue á encerrarse en el castillo de Conway, reputado entonces por inespugnable y desde el cual en caso de algun peligro podia embarcarse para la Gascuña. Apenas los gefes del ejército reunido en Milford tuvieron noticia de la fuga del monarca, cuando determinaron dispersarse creyendo inútil sostener con la espada á un príncipe que renunciaba á defenderse. El conde de Worcester mayordomo mayor de palacio rompió el baston de mando cual si el rey Ricardo hubiese muerto. Sabiendo Enrique de Lancastre el lugar en que el rey se habia refugiado, en vez de emplear la fuerza acudió á las negociaciones comisionando para ello al conde de Northumberland, el cual se presentó en Conway sin mas séquito que cinco personas, si bien es verdad que habia distribuido en los contornos cuatro-

cientos hombres de armas y mil arqueros dispuestos á reunirse á la primera señal. Puesto el conde ante el monarca le presentó una carta de su hermano uterino el duque de Exeter en lacual este le aseguraba que podia dar fe á las proposiciones de arreglo que le presentaria Northumberland. Consistian estas en que Ricardo prometiese gobernar en lo sucesivo con arreglo á las leyes; poner á disposicion del parlamento á los indiciados en la muerte del duque de Glocester; conferir á Enrique la dignidad de justicia mayor, con cuyas condiciones en caso de acceder el príncipe á ellas ofrecia Lancastre presentarse en Flint para alcanzar su perdon puesto de rodillas. El rey, conviniendo en ello todos los que le rodeaban, admitió estas condiciones y el obispo de Carlisle despues de celebrar misa hizo jurar al conde sobre la hostia consagrada que los pactos serian fielmente observados. Northumberland se retiró para ir á esperar al rey en Flint donde debia verificarse la concertada entrevista, y Ricardo despues de comer se puso en marcha sin mas comitiva que veinte y dos personas. Llegado á la cumbre de un otero muy escarpado desmontó, y dirigiendo la vista hácia la llanura dijo; „estoy perdido: ¿qué banderas son aquellas que „descubro?" Northumberland se presentó en aquel momento y el rey le dijo:—„no sé si me vendeis, pero todavía tengo tiempo „para retroceder." „Es tarde, contestó el conde; he prometido „poneros en manos del duque de Lancastre." Ricardo viendo que se acercaba mucha gente armada para cercarle y que era inútil intentar la fuga se sujetó á su suerte y llegó á Flint la misma tarde. Los únicos compañeros de infortunio que no le abandonaron fueron el conde de Salisbury, el obispo de Carlisle y dos caballeros á los cuales hizo sentar á su mesa. Durante la comida se dió órden al monarca para que bajase al patio del castillo á fin de recibir al duque de Lancastre que se acercó á su soberano con la cabeza descubierta y dobló ante él una rodilla. Entonces Ricardo descubriéndose tambien, le dijo: „Sed muy bien venido." „Milord, respondió Enrique, he vuelto antes de tiempo, pero me lo ha aconsejado asi el bien de vuestro pueblo que se queja del insoportable „yugo que sufre hace veinte años: espero que mediante Dios

„os ayudaré á gobernarlo mejor." „Puesto que asi lo deseais, dijo „Ricardo, pláceme de ello." Enrique dirigió en seguida algunas palabras al obispo y á los dos caballeros, pero manifestó al conde de Salisbury un desprecio muy marcado. Este y el monarca fueron conducidos á Chester en medio del sonar de los clarines y del estruendo de las aclamaciones que solemnizaban el triunfo de Lancastre. Llegados á aquella ciudad despachó este en nombre de su real prisionero las órdenes necesarias para la convocacion del parlamento, y condujo á Ricardo á Londres en donde se le señaló la torre para habitacion, ó mas bien, para cárcel.

Lancastre de hecho dueño del poder, aunque al tiempo de desembarcar publicó un manifiesto diciendo que su objeto se limitaba á recobrar la herencia de su padre de que injustamente se lo despojara, no temió sin embargo olvidar su promesa y aspirar al trono. Puesto de concierto con sus mas adictos partidarios determinó arrancar una abdicacion á Ricardo, que atemorizado por las amenazas, seducido por las promesas, y hostigado incesantemente convino en firmar su degradacion. Se le presentó una diputacion de los lores y de los comunes, y despues de haberle recordado que en el castillo de Conway se habia reconocido incapaz de gobernar el estado, convino en su ineptitud y firmó su renuncia voluntaria á la corona. En el mismo escrito aseguraba que jamas intentaria recobrar el trono, ni aprobaria lo que tal vez pudiese hacerse para este objeto, y añadió de viva voz que si le fuese permitido nombrar un sucesor elegiria á Lancastre á quien entregó en el acto la sortija que tenia puesta, cual una prenda de su elevacion futura. Tal es á lo menos el relato oficial publicado por Enrique; es probable sin embargo que Ricardo á pesar de su resignacion no pudo sufocar hasta tal punto los afectos de su alma, y que en algun modo manifestó que todo aquello era hijo de la violencia que se le hacia.

Al dia inmediato que era el 30 de setiembre de 1399 la abdicacion del príncipe fue leida en el parlamento, ratificada por todos los individuos de las dos cámaras y aplaudida por la inmensa muchedumbre agolpada en las inmediaciones de la sala de Westmins-

ter. Para que este acto tuviese mas eficacia era preciso justificarlo con una deposicion solemne, á cuyo objeto se leyó una acusacion dirigida contra Ricardo y comprensiva de treinta y tres artículos, cuyos principales cargos versaban sobre la parte que se supuso haber tenido en la muerte de Glocester y acerca de haber revocado el perdon que concedió á los partidarios del duque. Los restantes solo abrazaban hechos generales que igualmente pudieran vituperarse á todos sus predecesores, pues si dictó medidas arbitrarias, si dispensó la observancia de algunas leyes, y si por su propia autoridad impuso contribuciones, todo esto aunque ilegal no era un crímen, puesto que reconocia su orígen en las prerogativas atribuidas hasta entonces al soberano. El mayor defecto de Ricardo fue su debilidad, nó su tiranía. En la sesion inmediata á aquella en que fue depuesto, Lancastre reclamó el trono que habia quedado vacante. „En nombre del Padre, del Hijo y del Espí„ritu Santo, dijo, reclamo el reino de Inglaterra, como descen„diente que soy por línea recta del buen rey Enrique III, y por „haber salvado el reino que estaba á punto de perderse por falta „de buen gobierno y de buenas leyes." Es necesario comentar esta reclamacion concebida en términos ambiguos y solapados; porque Enrique no queria decir de una manera fija en qué fundamento apoyaba su derecho. Una fábula que estaba muy en boga entre el pueblo le habia hecho persuadirse de que Eduardo el *Jorobado* fue el primogénito de Enrique III, pero que habiéndosele escluido del trono por este defecto físico habia sido reemplazado por su hermano menor Eduardo I. Enrique por línea femenina descendia de este Eduardo, mas no pudiendo fundarse esclusivamente en apoyo tan débil, procuró dar á entender que recibia el trono como en recompensa de haber salvado la nacion próxima á su ruina. Aunque quedaba el conde de March reconocido heredero de la corona por el parlamento, no se combatieron ni revocaron sus derechos sino que se los dejó como olvidados, y Lancastre empuñó el cetro sin que nadie se lo disputara. Conducido al pie del trono por el primado y por el arzobispo de York subió á él y tomó posesion en medio de las aclamaciones de todos los asistentes. Despues de

haber oido un sermon análogo á las circunstancias, alzóse de su asiento y dijo: „doy gracias á Dios y á los lores espirituales y „temporales del reino, y protesto que no es mi intencion privar en „virtud del derecho de conquista á ninguno de los súbditos de „este pais, de los patrimonios, libertades y franquicias de que go- „za ó deba gozar segun las buenas leyes del reino; esceptuando „solamente á los que han turbado ó querido turbar la tranquili- „dad, ó perjudicar el bien público." Esta protesta tuvo por objeto borrar el desagradable efecto que podian hacer algunas palabras de su reclamacion, las cuales parecieron indicar que ascendió al trono por derecho de conquista.

Aqui darémos fin al reinado de Ricardo, pues habiendo cesado de gobernar no debe contársele ya entre los reyes. Al examinar las causas de su caida no es árduo comprender que fueron el carácter del príncipe y el estado social que sentia la necesidad de modificaciones, asi en la política como en las costumbres; de donde provino que el monarca colocado en posicion tan delicada era fuerza que valiese mucho para sostenerse. Lo prueba asi el que Eduardo III mucho mas déspota y mucho mas codicioso que su nieto supo refrenar á los grandes y resistirse á las exigencias del parlamento; pero Ricardo falto de aquel talento superior que domina á los hombres y se sobrepone á los acontecimientos, estuvo sujeto al yugo de favoritos, que hostigados sin cesar por la ambicion y por los zelos de los nobles no supieron echar un clavo á la rueda de su fortuna. El príncipe por otra parte no podia valerse de los servicios de los señores mas ilustres, sin arriesgarse á la pérdida ó á la disminucion de su poder: era indispensable pues gobernar por sí mismo, y como ademas asi sus derechos como los de sus súbditos no estaban determinados de una manera fija, el monarca habia de sostener una lucha continua para la cual se necesitaba saber y firmeza. El jóven rey sujeto durante su menoría á una faccion acaudillada por un príncipe de la sangre, venció sin embargo y no supo sacar partido de aquella primera ventaja. Libre de todas las trabas siguió los caprichos de su genio y tuvo por posible el establecimiento de un despotismo antojadizo y que

era mucho mas insoportable que una verdadera tiranía: hé aqui la causa por qué alarmados sus súbditos le abandonaron en el dia del peligro con el objeto de reunirse en contra suya. Por otro lado jamas manifestó decision cuando se vió amenazado, y fue vencido por no saber combatir. La caida de Ricardo es una prueba evidente de la facilidad con que se estravia la opinion del pueblo, puesto que casi toda la nación aplaudió su desgracia, cuando debia haberle grangeado su afecto, ya que lejos de empobrecerlo por medio de contribuciones fue menos dispendioso que todos sus predecesores; á pesar de lo cual se le acusó de haber malgastado grandes cantidades. Fue hombre de hermoso rostro, pero de modales bastos, se esplicaba con dificultad, y tenia amor á las letras, pero su agitada vida le impidió cultivarlas por sí mismo y darles impulso.

El pueblo ingles estaba predispuesto á las mudanzas políticas por las innovaciones religiosas preconizadas en los escritos del célebre Wycliffe y por las declamaciones de sus discípulos que tomaron el nombre de Lollards. Comenzó á ser conocido este reformador en tiempo de Eduardo III por medio de sus controversias con los monges en el proceso que sostuvo para mantenerse en el rectorado de Oxford. Continuó dogmatizando en el reinado de Ricardo II: sus opiniones renovadas mas tarde por Lutero minaban los cimientos de la Iglesia romana, cuya supremacía atacaba, sentando que el estado tenia derecho de reformar la Iglesia cuyas riquezas atacaba, y cuyas ceremonias ponia en ridículo como contrarias á la piedad verdadera. Negaba tambien uno de los mas importantes dogmas de la religion cristiana, suponiendo que el sacramento de la Eucaristía no encerraba el cuerpo de Jesucristo y que era solo su emblema. Tal es en resúmen el fondo de las opiniones predicadas por Wycliffe. Estas doctrinas encontraron muchos partidarios no solo entre los hombres distinguidos por su saber sino tambien entre los grandes, en cuyo número se contaban el duque de Lancastre y lord Percy gran mariscal de Inglaterra.

Habiendo el papa Gregorio XI tenido noticia de las proposiciones sostenidas por Wycliffe, mandó al arzobispo de Cantorbery y

al obispo de Londres que persiguiesen á aquel heresiarca, el cual se presentó ante los dos acompañado del duque de Lancastre y del gran mariscal. El obispo mandó al acusado que se mantuviese en pie, y el duque y lord Percy le dieron órden para que se sentase, de donde se originó un vivo altercado entre el obispo y Lancastre, el cual dirigiéndose á Percy, dijo de manera que pudiese ser oido: „antes de sufrir la insolencia de este obispo lo sacaré de la iglesia arrastrándolo por los cabellos." Este incidente disolvió la asamblea, y el exámen de Wycliffe fue remitido á otra época. Entonces aconteció la muerte de Eduardo III, y el duque de Lancastre puesto á la cabeza del consejo que debia gobernar durante la menoría de Ricardo, impidió que se continuase persiguiendo á Wycliffe, el cual citado por segunda vez ante un tribunal eclesiástico no hizo una retractacion formal de sus principios pero los presentó envueltos en tantos equívocos, concedió tantas cosas, é hizo tantas reticencias que logró conjurar su condena. Tranquilo desde entonces vivió en su curato de Lutterworth, y murió de aplopejía en 1384; pero su doctrina predicada por sus discípulos fue derramándose por todas partes. Hasta aquel tiempo solo leian la sagrada Escritura los eclesiásticos encargados de esplicarla al pueblo; pero Wycliffe la tradujo en lengua vulgar y por este medio hizo al pueblo juez en las controversias teológicas, lo cual tendia á debilitar el poder del clero. La semilla derramada por él fructificó con el tiempo, y despues de dos siglos produjo aquella revolucion religiosa de que Lutero fue el instigador y el profeta.

Lo que contribuye tambien á esplicar los disturbios políticos que agitaron al reino en aquella época, es que el poder no era asaz fuerte para proteger á los ciudadanos contra una muchedumbre de hombres que desafiaban las leyes ó sabian hacerlas impotentes. De aquí provino que en varias provincias las cuadrillas de bandidos lo robaban todo, degollaban impunemente, y exigian rescate de los que iban á parar á sus manos. Si acaso eran encausados, su número intimidaba á los testigos y á los jueces. Algunos de ellos hacian escursiones hasta cien millas de distancia para arrebatar doncellas hijas de padres ricos, y con amenazas obligaban á estos

á pagar sumas considerables á título de dote para sus hijas, diciendo que se habian casado con alguno de los individuos de su liga; mas cobrada apenas la cantidad exigida devolvian las cautivas á las casas de sus padres y bajo pena de la vida les prohibian maltratarlas por lo sucedido. Asi fue que los habitantes se vieron precisados á formar asociaciones obligándose á ausiliarse en cualquier riesgo que corriera alguno de ellos, á defenderse contra toda injusticia, y aun cuando fuesen reos de algun delito. Tal era el estado de la sociedad: verdadero estado de guerra de que debian originarse violencias contra los particulares y revueltas contra la autoridad pública.

ENRIQUE IV.

El duque de Lancastre tomó el nombre de Enrique IV, fue coronado catorce dias despues de su eleccion, y publicó un manifiesto diciendo que habia empuñado el cetro por el derecho de conquista, por la renuncia de Ricardo, y porque era el mas próximo pariente del monarca caido. Ninguno de estos fundamentos era cierto: habia desembarcado con ochenta personas y mal podia haber conquistado el reino sin el concurso de los habitantes. Tampoco era verdad que Ricardo la hubiese trasmitido el trono, pues se limitó á firmar una abdicacion pura y sencilla, y menos era todavía su mas próximo pariente. En realidad pues no tenia otro título que la eleccion del pueblo, pero no queria apoyarse en esta base porque la consideraba poco sólida. Efectivamente, habiéndole elegido la nacion esta podia destruir su obra bajo pretesto de que no se cumpliesen las condiciones del contrato; mas de todos modos nadie osó contradecirle, y sus argumentos produjeron efecto sobre el pueblo que no comprende mas que el gobierno de hecho.

Dicho tenemos que el nuevo rey no juzgó necesario renovar los diputados del parlamento que convocó al dia siguiente de su coronacion. Aquella asamblea se ocupó desde luego de anular la mayor parte de lo hecho en tiempo de Ricardo, y en particular lo que se referia á los crímenes de alta traicion, los cuales habiéndose hecho

estensivos á una multitud de casos nuevos ponian á merced del poder la vida y la fortuna de los ciudadanos. El parlamento adoptó tambien una ley llamada *ley de indemnidad* que era una especie de amnistía en favor de los individuos que tomaron las armas para servir la causa del duque de Lancastre, puesto que las leyes castigaban con pena de muerte y confiscacion de bienes la rebelion contra el poder establecido. En seguida dedicóse la asamblea á satisfacer la venganza, y los lores que habian acusado de traicion á Glocester y á sus amigos hubieron de justificarse. Esta primera reaccion hizo estallar en la cámara de los pares una tempestad violenta. Los miembros de la asamblea se dirigieron unos á otros los epitetos mas insultantes: arrojáronse al suelo mas de cuarenta manoplas en señal de desafío, y á duras penas pudo Enrique impedir que llegasen á las manos, como ardientemente lo deseaban. Los acusados alegaron en su defensa que hubieron de doblegarse á las amenazas de Ricardo, y aunque esta escusa fue rechazada, no perdieron mas que los nuevos títulos que se les habian conferido, y el monarca á cuya disposicion fueron puestos sus bienes no quiso ó no se atrevió á despojarlos de ellos creyendo quizás que con esta indulgencia se los haria suyos. Faltaba todavía el importantísimo punto de arreglar la suerte del monarca destronado; y el arzobispo de Cantorbery y el conde de Northumberland presentaron á los pares una consulta que Enrique les dirigia acerca de este delicado asunto. La cámara despues de una discusion cuyos pormenores son desconocidos decidió que Ricardo fuese recluso en una fortaleza y privado de toda comunicacion fuera de ella. Con esto se creyó Enrique asegurado en el solio, porque en Windsor tenia en una cárcel honrosa al conde de March cuyos derechos al trono fueron reconocidos por un acto solemne; olvidaba sin embargo que la mancha de usurpacion no se borra sino con el tiempo, y existian los intereses hostiles dispuestos siempre á meditar su ruina. Efectivamente los lores que con tanto trabajo habian podido librarse de las persecuciones del parlamento conspiraron contra el nuevo monarca. El abad de Westminster fue segun se dice el instigador del complot y en su casa se reunian los conjurados, muchos de los

cuales estaban emparentados con Enrique; puesto que el duque de Exeter era cuñado suyo y el de Albemarle primo hermano. El lugar de la escena elegido para la ejecucion fue la ciudad de Oxford en donde el duque de Exeter debia dar un torneo al cual ofreció asistir el monarca: allí debia atacársele, lo cual era tanto mas fácil cuanto los conspiradores llevarian un grande séquito so pretesto de que aquella gente iba por mero efecto de curiosidad. Casualmente el duque de Albemarle fue á visitar al de York su padre y este habiendo visto un papel que procuraba ocultarle, insistió tanto en que queria verlo que no tuvo el hijo mas remedio que entregarlo. Contenia el pormenor del papel que debia representar cada conjurado, todos los cuales conservaban una copia de aquel escrito. El duque de York montó al instante á caballo á fin de participar aquella novedad al monarca, pero el duque de Albemarle lo previno y fue el primero en descubrir la conjuracion. Enrique en vez de ir á Oxford prefirió quedarse en el palacio de Windsor para tomar las medidas necesarias á su defensa, mientras que los Señores comprometidos en la trama sabiendo que estaban vendidos resolvieron declararse abiertamente, y á este fin vistiendo con el trage real á un criado de Ricardo que se parecia mucho á su amo derramaron la voz de que el príncipe se habia escapado de la prision y que marchaba á su cabeza contra el usurpador. Desde Oxford corrieron á Windsor para sorprender al rey que avisado con tiempo se retiró á Londres; incidente que trastornó á los conjurados, los cuales perdieron un tiempo precioso altercando acerca de si correrian á señorearse de la capital ó si era mas útil soltar á Ricardo preso en el castillo de Pontefract. Enrique reunió fuerzas considerables y precipitadamente fue á campar en los matorrales de Hunslow para esperar al enemigo con quien deseaba combatir; mas este tomó el partido de dirigirse hácia el Oeste procurando al paso sublevar al pueblo en nombre de Ricardo. Llegados cerca de Cirencester los generales se alojaron dentro de la ciudad dejando las tropas en los alrededores, cuando hé aqui que el corregidor reuniendo en secreto los habitantes atacó las casas de los condes de Kent y Salisbury que no tenian guardia y que despues de una

resistencia de seis horas hubieron de rendirse, y muy luego fueron muertos sin preceder forma alguna de juicio. El duque de Exeter y el conde de Glocester lograron escaparse y fueron al campamento que encontraron desierto porque las tropas habian desaparecido creyendo que el ejército del rey habia entrado en la ciudad y que los atacaria en la mañana siguiente. Los dos magnates se ocultaron en Bristol pero fueron descubiertos y decapitados, suerte que cupo á todos los motores principales de la rebelion, cuyos miembros divididos en cuartos fueron paseados en triunfo y clavados en postes para que todo el mundo los viese. Los hombres de mas alto rango y hasta los prelados mismos no se avergonzaron de tomar públicamente parte en el feroz regocijo del pueblo; de manera, que el duque de Albemarle se paseó llevando clavada en el hierro de la lanza la cabeza del conde de Glocester su cuñado: barbarie tanto mas infame cuanto era el mismo que vendió el secreto de la conspiracion, y derramaba ahora la sangre de sus amigos como una prenda de su futura lealtad al nuevo príncipe.

Estos acontecimientos aceleraron la pérdida de Ricardo que á las tres semanas de la derrota de sus partidarios se dejó morir de hambre segun unos, ó segun otros fue muerto por ocho asesinos contra quienes se defendió con tanta intrepidez que á sus golpes perecieron cuatro de ellos, si bien sufocado por el número cayó herido de un hachazo. Su cuerpo llevado á Londres fue espuesto al público con el rostro medio cubierto, para que no se viesen las sangrientas señales del golpe mortal; derramóse la voz de que habia sido víctima de una enfermedad; Enrique asistió á sus exequias y en Langley. y sin pompa alguna fueron inhumados sus restos que Enrique V hizo trasladar despues á Westminster en donde finalmente reposaron entre los monarcas de la Gran Bretaña.

Obligado el nuevo príncipe á desenvainar la espada contra algunos de sus súbditos, solo pudo ocuparse de su propia defensa, y asi fue que los disturbios de Inglaterra dieron hincapié en el pais de Gales á una sublevacion motivada por la avaricia de lord Gray de Ruthyn que quiso apoderarse de las posesiones de Owen-Glendour señor gales cuyos antepasados reinaron en su patria.

Glandour tomó las armas para salvar sus bienes, y favorecido por los habitantes y por la topografía del pais, resistió los ataques de lord Gray, se hizo independiente, tomó el título de príncipe de Gales, y ejerció plenamente la soberanía. Orgulloso con estas ventajas penetró en el condado de Hereford y devastó las tierras del conde de March que con permiso de Enrique vivia en su castillo de Wigmore. Aunque era muy niño quiso ponerse al frente de la nobleza del pais para arrojar á Glandour en cuyas manos cayó bien pronto. Lleno de gozo el monarca ingles al verse desembarazado de un pretendiente á la corona, á quien era preciso vigilar incesantemente, no quiso hacer cosa alguna á fin de que se le volviese la libertad; y Glandour que al principio habia contado con el rescate de su prisionero comprendió bien pronto que en el conde tenia un botafuegos, con el cual podria cuando quisiese encender la guerra civil en la Gran Bretaña.

La deposicion de Ricardo y el advenimiento de Enrique fueron vistas con desagrado por los otros monarcas, entre los cuales Cárlos VI de Francia trataba de sacar partido de las turbulencias de Inglaterra, si bien por de pronto creyendo mas útil renunciar á sus proyectos, ajustó una tregua con el monarca ingles que le restituyó su hija la cual fue desposada con Ricardo. Con esto perdió Cárlos una ocasion propicia para hacerse dueño de la Guyena, porque los gascones aficionados al hijo del príncipe Negro que era compatricio suyo se resistian á reconocer al usurpador á quien hubieron de sujetarse puesto que les faltó el ausilio de la Francia. Al mismo tiempo rompiendo los escoceses la tregua, y haciendo una incursion en Inglaterra, se enseñorearon del castillo de Wark.

Despues de la muerte de David II la Escocia habia ensalzado al trono á Walter-Fitz-Alan, hijo del senescal ó Stewart (1) de la casa

(1) Esta dignidad que se hizo hereditaria en la familia de Fitz-Alan vino á ser su apellido. Tal es el origen de los Stewarts, que los españoles llamamos Stuarts, y tambien Estuardos. Desde el trono de Escocia pasaron al de Inglaterra, en el cual sus infortunios los han hecho mas famosos que el haber empuñado dos cetros.

real que habia casado con Marjory hija del libertador de la Escocia. Este príncipe tomó el nombre de Roberto II, y en 1389 fue reemplazado por Roberto III que contando con el apoyo de la Francia dió principio á las hostilidades. Enrique decidido á vengarse determinó llevar la guerra á Escocia; pero temiendo agriar á su pueblo si exigia nuevas contribuciones, logró que los pares eclesiásticos y los laicos soportasen por sí solos los riesgos y los gastos de la espedicion cediendo aquellos el diezmo de sus rentas, y combatiendo los segundos al frente de sus vasallos. Llegado Enrique á Newcastle, y renovando las pretensiones de Enrique I mandó á Roberto que viniese en persona á prestarle homenage; mas como este se negase á ejecutarlo, el ejército ingles iba á sitiar á Edimburgo cuando el monarca falto de víveres hubo de retroceder y licenciar á sus tropas. Los escoceses acaudillados por el conde de Douglas invadieron las fronteras y daban ya la vuelta con un botin inmenso, cuando atacados en Milfield por el conde de Northumberland y su valeroso hijo Percy fueron vencidos, y quedaron prisioneros el mismo Douglas cubierto de heridas, Murdac sobrino del rey de Escocia, los condes de Murray y Augús y ochenta gentiles hombres de las familias mas distinguidas. A la nueva de esta victoria, ora quisiera Enrique percibir el rescate de los prisioneros, ora creyese que por medio de estos podria ajustar la paz, prohibió á Northumberland que los pusiese en libertad sin consentimiento suyo, y aunque el conde se trasladó á la corte para quejarse de esta injusticia no obtuvo satisfaccion alguna. A pesar de que se hubiesen recompensado los servicios de este magnate con la dignidad de condestable y con la merced de importantes feudos, enojóse de aquella negativa que calificó de ingratitud. El monarca por su parte tal vez miraba con desconfianza á un súbdito que habiendo sido bastante poderoso para colocarle en el trono podia asimismo derrocarle: de todos modos el conde entabló negociaciones con Owen Glandour que tenia prisionero al conde de March á quien determinó restituir la corona. Al mismo tiempo volvió la libertad á Douglas que muy pronto fue á unírsele con un cuerpo de escoceses, á los cuales se agregó una division de arqueros, manda-

dos por el conde de Worcester hermano del de Northumberland. Resuelto estaba este á declararse cuando cayó enfermo sustituyéndole en el mando su hijo Percy apellidado Hotspur, quien publicó un manifiesto acusando al monarca de que malversaba las rentas públicas y de que ponia la direccion de los negocios en manos de favoritos que alejaban del lado del rey á los señores de mas distincion y mas valía. El monarca contestó con otro manifiesto declarando que la mayor parte de los subsidios votados por el parlamento habian sido puestos á disposicion de la familia de Percy, á fin de reintegrarle los gastos hechos para la guerra de Escocia. Les ofreció al mismo tiempo un salvoconducto, por si querian ir á esponer sus quejas, y dirigióse entre tanto á Shrewsbury y penetró en esta ciudad en el instante mismo en que su adversario se presentaba al frente de sus murallas.

Las leyes y las usanzas de la caballería se mezclaban aun en los negocios públicos de la misma manera que en la vida privada; y por esto Hotspur envió un cartel de desafío al rey acusándolo de falsía y de perjurio, echándole en cara que con mengua de su promesa habia puesto preso y destronado á su rey á quien hizo morir de hambre en Pontefract y apoderádose de la corona que pertenecia al conde de March. Enrique dijo al mensagero que no tenia tiempo para contestar al escrito, y que la espada decidiria quién era el traidor y el perjuro. Al dia siguiente que era el 21 de julio de 1403 los dos ejércitos combatieron con un encarnizamiento nunca visto; Percy y Douglas, rivales de gloria, se lanzaron sobre el centro del enemigo penetrando hasta la bandera real que echaron por tierra, buscaban á Enrique para matarlo ó cogerlo; mas este recelando que lo atacarian habia hecho poner á muchos caballeros una armadura igual á la suya y combatia en otro punto. Hotspur rodeado por todas partes y mortalmente herido cayó y su caida produjo tal desaliento y un terror tan grande entre los suyos que emprendieron la fuga, y Enrique triunfante despues de haber muerto mas de cinco mil hombres, manchó sus laureles, haciendo perecer al conde de Worcester, al baron de Kinderton y á sir ricardo Vernon, al paso que trató con las mayores consideraciones al conde de Dou-

glas que fue hecho prisionero. Mientras tanto el conde de Northumberland, restablecido de su enfermedad marchaba á la cabeza de sus vasallos hácia el condado de Durham, cuando en el camino supo la muerte de su hijo y de su hermano y la dispersion de sus partidarios. En vista de esto juzgó que no le quedaba mas medio de salvacion que sujetarse, y resuelto á ello despidió sus gentes trasladándose en seguida á York en donde se encontraba el monarca. Aunque supuso que Hotspur habia obrado sin órden suya y que el destino de su ejército era el de apoyar al del rey, fue recibido con frialdad y se le sujetó al fallo del parlamento. Apenas comenzó el proceso cuando los pares reclamaron el conocimiento de aquel negocio que se habia encargado ya á una comision especial, y Northumberland declarado reo de traicion y felonía fue condenado á pagar la multa que el rey fijase; pero Enrique le relevó de ella contentándose con que le prestara juramento de fidelidad.

Por mas que el gobierno hubiese procurado justificar la realidad de la muerte de Ricardo, muchas eran las personas aun entre la clase elevada que estaban persuadidas de que el príncipe vivia. Esparcióse el rumor de que habiéndose escapado de la cárcel estaba en Escocia, desde donde iba á volver á la cabeza de un ejército, y esta nueva que corrió de boca en boca fue oida con ansia por los descontentos que siempre hormiguean en un gobierno nuevo, y por aquellos á quienes el interes, ó los recuerdos mantenian adictos á la fortuna del príncipe destronado. Formáronse pues asociaciones hostiles dispuestas á desacreditar cuanto la autoridad hiciese, y un antiguo chambeland de Ricardo llamado Serle determinó beneficiar en provecho propio aquella disposicion de los ánimos. Al principio habia participado de la opinion general alimentando la idea de que el hijo del príncipe Negro estaba aun vivo, y cuando se hubo asegurado de lo contrario pensó hacer representar el personage de Ricardo á un hombre llamado Ward, falsificó el sello secreto del monarca, y en su nombre dirigió cartas á muchas personas de Inglaterra cuyos sentimientos le eran conocidos. Esta ficcion se acreditó hasta tal punto que la condesa de Oxford madre

del duque de Irlanda, favorito en otro tiempo de Ricardo, entró en la conspiracion, y distribuyó á todos los adictos á la misma causa cervatillos de oro y plata, iguales á los de la librea de Ricardo, y que debian servir de contraseña para las reuniones. Enrique descubrió estos manejos, y como uno de sus agentes hubiese logrado apoderarse de la persona de Serle, el rey despues de haberle arrancado importantes secretos lo hizo conducir en un carro, espuesto á las miradas del pueblo, desde el castillo de Pontefract hasta Londres en donde murió en un patíbulo.

Libre apenas el rey de este peligro hubo de resistir otro ataque mas formidable de parte de los magnates á cuya cabeza estaban Scroop arzobispo de York, el conde Marechal hijo del último duque de Norfolk, y el mismo Northumberland á quien acababa de perdonar el monarca; pero los gefes de la conspiracion no supieron dar unidad á sus medidas, y en vez de juntar sus fuerzas tomaron las armas separadamente. Scroop y Marechal al frente de ocho mil hombres fueron hasta Shipton, en donde encontraron al ejército real mandado por el conde de Westmoreland quien conferenció con ellos y aparentando que consideraba justas sus quejas, tuvo la astucia de persuadirles que licenciasen sus tropas so pretesto de que el rey oiria con mas benevolencia las peticiones que no se hiciesen con las armas en la mano. El arzobispo y el conde, víctimas de este artificio, consintieron en el desarme y fueron presos por Westmoreland que solo en apariencia habia licenciado sus tropas. Detenidos en un palacio propio del primado se los condenó á muerte, y sin oirlos en defensa fueron decapitados. El pueblo veneró como á un mártir al arzobispo porque era el primer prelado que moria en un patíbulo. Northumberland desalentado por el infortunio de sus amigos se refugió en Escocia; Enrique se hizo dueño de la ciudad de Berwick y de todos los castillos que pertenecian á los rebeldes, y procuró aunque en vano sujetar á Glandour, que protegido por las montañas y por los rigores del invierno que se acercaba hizo infructuosos todos los esfuerzos del monarca.

Cansado de su destierro, y en compañía de lord Baldoff y seguido de algunos millares de escoceses hizo el conde de Northum-

berland una irrupcion en el norte de Inglaterra en 1407. Aumentado su ejército en pocos dias penetró en el condado de York con el objeto de atraer á su partido á los galeses que esperaban su llegada; pero sir Tomas Rokeby, gran jerife de la provincia atacó á Northumberland, que fue vencido y muerto en el combate en el cual hicieron prisionero á Baldoff que falleció tambien de resultas de sus heridas. Las cabezas de entrambos gefes fueron enviadas al rey, que siguiendo la bárbara costumbre de la época las hizo colgar en el puente de Londres.

La fortuna que incesantemente favorecia á Enrique le libertó tambien de Glandour, que despues de la muerte de Northumberland fue roto distintas veces. Abandonado por la mayor parte de los galeses á quienes fatigaban los desastres de una guerra que se iba haciendo interminable, anduvo errante y cercado de riesgos que no le daban gloria alguna, á pesar de lo cual se negó constantemente á sujetarse al yugo de la Inglaterra. Ignórase á punto fijo el lugar y la época de su muerte; mas como ya habia dejado de ser temible, la historia no se ocupó de él en adelante. Enrique no habia perdido nunca de vista la Francia que ora á mano armada, ora con intrigas habia siempre procurado arrojar del continente á los ingleses; pero la enfermedad de Cárlos VI que se convirtió en locura habia sumido al reino en todos los horrores de la anarquía. Los duques de Borgoña y de Orleans se disputaban el poder, ocupándose muy poco de sus relaciones con otras potencias, lo cual fue mucha ventura para Enrique cuyos adversarios hubieran sido ausiliados por la Francia en momentos en que sin grande esfuerzo podia hacerse bambolear de su mal seguro trono. El príncipe ingles procuró desde luego reconciliarse con la corte de Francia proponiendo el matrimonio de Isabel hija de Cárlos VI con el príncipe de Gales; mas este ofrecimiento fue rechazado con desprecio; y á pesar de la tregua entre las dos potencias continuó la guerra con ferocidad nunca vista. Los franceses hicieron muchos desembarcos en las costas de Inglaterra; el duque de Orleans envió á desafiar á Enrique proponiéndole una lucha entre cien caballeros de cada partido, y el rey al paso que protestaba que no debia

pelear sino con iguales suyos, respondió que aceptaba el propuesto combate. Estas bravatas sin embargo no produjeron resultado alguno, no se derramó ni una gota de sangre, pero Enrique seguia fomentando la discordia entre los príncipes de la casa de Francia alentando de este modo el turbulento carácter de sus súbditos, impulsando los desórdenes de la Francia y comprando con esto la seguridad propia. Consecuente en esta táctica enviaba algunas tropas al duque de Borgoña mientras remitia ausilios al de Orleans, conducta que al fin le perjudicó en gran manera; porque los dos adversarios concluyeron un ajuste y sacrificaron sin escrúpulo los intereses de un contrario cuya mala fe no era digna de consideracion alguna.

Mas dichoso fue Enrique en Escocia cuyo monarca Roberto III agobiado por los años y por las enfermedades confió las riendas del Estado á su hermano el duque de Albany que impelido por una ambicion desnaturalizada hizo perecer á su sobrino el duque de Rothsay. El anciano monarca no atreviéndose á castigar semejante atentado y con el objeto de que su segundo hijo Jaime que tenia once años no sufriese la misma suerte determinó enviarlo á Francia para que se educase, mas el buque en que iba el príncipe fue apresado por un corsario ingles en la altura de Flamborough-Heat. A pesar de la tregua que habia entre las dos naciones Jaime fue puesto á disposicion de Enrique, quien comprendiendo la importancia de semejante rehen determinó conservarlo y dijo en tono de chanza: este jóven no podia haber ido á mejor parte porque yo soy un escelente maestro de lengua francesa. En seguida confinó al real prisionero al castillo de Pevenzey en donde lo tuvo en una prision honrosa. Al saber Roberto esta noticia esperimentó un dolor tan acerbo que lo condujo al sepulcro. Albany dueño del poder y temiendo perderlo solo pensó en prolongar la ausencia de su sobrino, manifestándose servilmente adicto al monarca de Inglaterra.

De su esposa María de Bohun habia este tenido dos hijas hembras y cuatro varones, el primogénito de los cuales creado duque de Gales, duque de Guyenà, de Lancastre y de Cornouailles, conde

de Chester, y reconocido heredero de la corona, habia manifestado en varios lances un valor grandísimo. Sus talentos militares estaban sin embargo oscurecidos por grandes vicios, porque á fuer de hombre terco en sus resoluciones y arrebatado en sus placeres, su conducta era muchas veces objeto de escándalo; de manera que á pesar de su elevada clase la opinion abominaba su libertinage que llegó con harta frecuencia á ofender la moral pública. Rodeado de compañeros jóvenes los acompañaba y aun los escedia en sus locuras, y su audacia era tanta que como hubiese sido citado ante el íntegro justicia mayor Gascoigne uno de sus camaradas, el príncipe se presentó en el tribunal reclamando imperiosamente que se le entregase el preso. Habiéndose negado á ello el justicia, el otro sacó la espada para intimidarle pero el magistrado con la mayor serenidad mandó que el hijo del rey fuese llevado á la cárcel. El jóven Enrique no osó rebelarse contra esta órden, bien porque conociese su falta, bien porque temiera que su desobediencia aumentaria el resentimiento de su padre. En efecto escitado este por la malevolencia de varias personas temia la ambicion del heredero del trono y recelaba que quisiese anticipar la época de sucederle; á todo lo cual se agregaba entonces la gloria y el prestigio que el príncipe habia adquirido con sus recientes victorias. Montrelet refiere una anécdota bastante para probar la desconfianza que el padre tenia del hijo. Aquel padecia ataques epilépticos durante los cuales quedaba enagenado, y como un dia al volver en sí despues de uno de aquellos accidentes no hallase la corona que solia colocar sobre una almohada, manifestó claramente su disgusto al saber que se la habia llevado su hijo. Tranquilizóle este nó sin mucho trabajo, y entonces el rey le dijo: ¿Cómo podiais vos guardar una cosa á la cual no teneis derecho alguno? Con la espada la ganasteis vos, respondió al momento el hijo, y con la espada sabré yo defenderla.

Al comenzar el año 1413 la salud del rey que era ya muy delicada, comenzó á sufrir frecuentes ataques precursores seguros de un fin cercano. Atormentado por las inquietudes y quizás por los remordimientos, se acordó de un antiguo vaticinio segun el cual

debia morir en Jerusalen; y los sentimientos religiosos en que fue educado le persuadieron de que le estaba reservada la gloria de conquistar la Tierra Santa. Reunió pues su consejo, comunicóle su proyecto de cruzarse, y habia comenzado ya con mucho calor los preparativos de la empresa, cuando detuvo los arrebatos de su celo una enfermedad muy grave. Convencido de que su fin estaba próximo se entregó mas y mas á la devocion con la esperanza de que sus oraciones le alcanzarian la misericordia de Dios. Un dia en que hallándose prosternado delante de la urna de San Eduardo cayó sin sentidos, lo llevaron al cuarto del abad de Westminster. Vuelto en sí preguntó dónde se hallaba, y como le dijesen que en un cuarto llamado Jerusalen, esta coincidencia hija de la casualidad le hizo tal efecto que habiendo perdido todas las esperanzas de restablecerse hizo llamar al príncipe de Gales, y despues de haberle dado sabios consejos y de encarecerle que tuviese muy presente la ambicion de su hermano el duque de Clarence, murió en 20 de marzo de 1413, á la edad de cuarenta y seis años y despues de trece y cinco meses de reinado. Le sobrevivieron todos sus hijos, á saber, el primogénito Enrique que le sucedió en el trono, Tomas duque de Clarence, Juan duque de Bedford, Onfredo creado duque de Glocester por Enrique V, Blanca que se casó con Luis el *Barbudo*, elector Palatino, y Felipa que fue esposa de Erico rey de Dinamarca y de Noruega.

Enrique fue un príncipe idóneo y que tenia todas las calidades que exige el rango de un soberano. Ensalzado al trono por medio de la usurpacion hubo de encrudelecerse alguna vez contra enemigos encarnizados; pero se mostró menos bárbaro que sus predecesores por mas que la nacion calificase de cruel des algunas de las medidas de rigor que adoptó casi por fuerza. La Inglaterra le habia secundado en su empresa, pero el asesinato de Ricardo y el despotismo, consecuencia precisa de las convulsiones políticas, enfriaron de todo punto el entusiasmo del pueblo cuyo amor acabó por convertirse en odio. La posicion del monarca era por otra parte muy embarazosa, porque obligado incesantemente á combatir las intestinas revueltas, osaba apenas reclamar los ausilios necesa-

rios para hacer frente á semejante estado de cosas; y hé aqui por qué se vió en la precision de contemporizar para conciliarse á los pares y á los comunes. De aqui provino que como hubo de comprar con deferencias el apoyo de que necesitaba para resistirse á sus adversarios creció mucho durante su gobierno el poder del parlamento. Los hechos de su reinado no ofrecen sin embargo grande interes, y solo merecen estudiarse para seguir la marcha de las libertades públicas que comenzaron á hacerse sentir entonces. Bajo este punto de vista vamos á echar una rápida ojeada á su administracion, mencionando ante todo el derecho de votar los impuestos, derecho conquistado por los comunes durante la menoría de Ricardo, y que sin contradiccion fue ejercido en tiempo de Enrique. El parlamento adquirió tambien el privilegio de entender por sí mismo en los ataques dirigidos contra sus derechos, y alcanzó al mismo tiempo que los procedimientos judiciales no pudiesen privar á los miembros de su seno de seguir desempeñando sus funciones. Hizo tambien algunos estatutos á fin de regularizar las elecciones, á las cuales se dispuso que se diera toda publicidad; y como en esto los jerifes podian tener mucho influjo se dispuso que estuviesen bajo la jurisdiccion de jueces estraordinarios que en caso de fraude ó de negligencia podian imponerles la multa de cien libras esterlinas. Los comunes lograron que se erigiera en principio que cuando un juez hubiese faltado á sus deberes como magistrado no le serviria de escusa que lo hubiese hecho por mandato del príncipe ni por temor de que el cumplimiento de su deber podia costarle la vida. Esforzóse tambien la cámara á fin de hacer que prevaleciese la costumbre de no votar subsidios si el rey no respondia antes á las peticiones que se le hicieran, lo cual de hecho era poner trabas al ejercicio del poder real y hacerlo dependiente de un voto de la cámara. Finalmente se atrevió esta á nombrar de entre sus individuos tesoreros que entendiesen en el destino de los subsidios votados y le dieran cuenta de ellos; llegó á mezclarse en las interioridades de la casa real; obligó al príncipe á que despidiese á cuatro personas de su servidumbre, entre ellas al confesor, y exigió que los consejeros, los jueces, y todas las per-

sonas adictas á la del monarca jurasen la observancia de varios reglamentos relativos á la reforma del estado, y á la del interior de palacio. Aunque la cámara baja intentó sustituir á sus peticiones escritas las orales hechas por su presidente, el rey se opuso á ello, manifestando que jamas permitiria que se introdujese esta novedad como atentatoria á sus prerogativas.

Como Enrique no tenia otro derecho que aquel que él mismo se diera, se encontró muy embarazado cuando quiso establecer la sucesion al trono. No atreviéndose á poner en discusion los títulos de la casa de Mortimer se contentó con hacer caso omiso de ellos creyendo que como nadie los reclamaria quedarian olvidados. Por de pronto la corona fue dejada esclusivamente á los hijos varones introduciendo por este medio indirecto la ley sálica; pero esta ley ademas de no ser popular, desvirtuaba el título con que los monarcas ingleses reclamaban la corona de Francia, puesto que aquel título procedia de una hembra: asi es, que defiriendo á las observaciones de los comunes, cambió el órden de sucesion admitiendo á sus hijas. Estas mudanzas justifican hasta qué punto conocia que su poder no se fundaba en una base sólida y que apoyado tan solo en la voluntad del parlamento, esta podia ser destruida por una voluntad contraria.

En materias de legislacion, una de las disposiciones mas célebres del reinado de Enrique es el Estatuto *De heretico comburendo*, el cual disponia que el hombre á quien el diocesano declarase herege obstinado ó relapso fuese puesto á disposicion del magistrado del territorio para que lo hiciese morir en una hoguera. Esta pena atroz sacada del código de Justiniano se hizo general en Europa, y en Inglaterra fue aplicada á los Lollards de cuyos fanáticos hemos hablado y cuyas acaloradas declamaciones contra el clero, tendian á trastornar la Constitucion del Estado. Uno de ellos que habia sido cura de Lynn y que fue destituido por sus opiniones presentó al parlamento una solicitud pidiendo disputar acerca de materias religiosas ante las dos cámaras; y como entonces desempeñaba una capellanía en una iglesia de Londres, fue emplazado ante un sínodo. Se le hizo cargo de las declaraciones

que dió en el proceso anterior, y en virtud del cual el obispo de Norwick le condenara; y como no quiso retractarse de ellas el primado le declaró herege relapso y fue entregado al brazo seglar. Enrique consultó acerca de este negocio á las dos cámaras, que mandaron ejecutar la sentencia, y el herege fue quemado en presencia de un inmenso gentío. Los castigos en semejantes materias muchas veces producen mártires y por esto los Lollards continuaron predicando y en el siguiente reinado verémos los resultados que su predicacion produjo. Aunque la cámara baja no participaba de aquellos principios religiosos parecia estar animada del mismo espíritu con respecto al clero, puesto que muchas veces propuso despojar á la Iglesia de sus temporalidades, y aun presentó una peticion y redactó una ley acerca de esto; mas el monarca desechó la peticion y los pares rechazaron la ley. No por esto desistieron los comunes, sino que habiendo calculado á cuánto ascendian las rentas eclesiásticas propusieron repartirlas entre quince nuevos condes, mil quinientos caballeros, seis mil escuderos y cien hospitales, dejando para el rey veinte mil libras al año. En aquel proyecto se encargaba el desempeño del ministerio sacerdotal á quince mil curas adictos á las parroquias, señalándoles á cada uno un salario de siete marcos; pero Enrique neutralizó tambien esta tentativa, que fue llevada á efecto por el mismo poder real un siglo y medio mas tarde.

ENRIQUE V,

APELLIDADO DE MONMUNTH (1).

El activo espíritu del príncipe de Gales atormentado por la ociosidad le impulsó á cometer muchos desbarros, mas luego que fue rey su conducta cambió á la par que su posicion, y como antes habia mostrado lo poco que le importaba el concepto público, apenas hubo ascendido al trono cuando procuró grangearselo á toda costa. Desde luego reunió á todos los compañeros de sus moce-

---

(1) Tomó este nombre del lugar de su nacimiento.

dades, exortólos á que reformasen sus costumbres, y despues de haberles dado alguna muestra de su generosidad los despidió vedándoles presentarse en la corte hasta que se hubiesen hecho dignos de su benevolencia observando una conducta mas arreglada. Lejos de mostrár desapego á los ministros de su padre que habian procurado refrenarle en sus desbarros, los puso cerca de su persona, y les encargó la direccion de los negocios, y en cuanto al justicia mayor lejos de darse por resentido de lo que con él hizo recibióle muy bien y le encargó que en la ejecucion de la ley desplegase siempre la misma firmeza. Movido por un impulso de generosidad quizás imprudente hizo magníficas exequias á Ricardo, y él mismo se puso á la cabeza del duelo, cuando los restos de aquel príncipe sin ventura fueron trasladados desde la abadía de Langley á Westminster. Libró al conde de March de la nimia vigilancia de que fue objeto en el reinado precedente, y restituyó los bienes y las dignidades de la casa de Percy al hijo de Hotspur refugiado en Escocia. Estas disposiciones le grangearon grande popularidad é hicieron concebir á la nacion muy halagüeñas esperanzas.

El regocijo que causó el advenimiento del monarca fue turbado muy luego por los Lollards, cuyas predicaciones al paso que se dirigian contra el poder eclesiástico, minaban los cimientos de la autoridad real. Estos novadores lejos de hacer lo posible á fin de mitigar la severidad de las leyes contra ellos dictadas, parecian desafiarlas con imprudentísimos ataques, y asi fue que mientras el parlamento estaba congregado pusieron pasquines en las puertas de muchas iglesias de Londres diciendo que si la corona se oponia á la propagacion de sus principios contaban con cien mil hombres para hacerlos prevalecer á la fuerza. Este atrevido insulto dispertó la vigilancia del gobierno, el cual por fin descubrió al autor que era sir Juan Oldcastle, quien habia adquirido por parte de su muger el título de lord Cobham, y gozaba de mucho crédito entre los Lollards que lo tenian por uno de sus mas atrevidos gefes. Compañero de Enrique en los pasados estravíos, se dedicó despues á la reforma, y no contento con ser su prosélito, se hizo apóstol

de la secta. Citado ante un tribunal eclesiástico se negó á comparecer, y Enrique antes de dejar espedito el camino á la persecucion llamó á Cobham con la esperanza de persuadirle; pero viendo que la dulzura nada alcanzaba echó mano de las amenazas. Cobham entonces se escapó de Windsor, y detenido luego por órden del monarca y encerrado en la torre de Londres, compareció ante un tribunal eclesiástico en donde no satisfecho con hacer alarde de su creencia, atacó los principios de la Iglesia católica diciendo que el clero era el antecristo, el papa la cabeza, los obispos las piernas, y los monges la cola de la bestia descrita por san Juan en el apocalipsi, y que solo él era el verdadero sucesor de san Pedro, puesto que practicaba las virtudes de aquel grande apóstol. Despues de haber sido condenado como herege, pudo evadirse de la cárcel, y desde su retiro organizó en todas las provincias asociaciones armadas, y formó el proyecto de coger al rey en su residencia de Eltham. Enrique sabedor del plan retiróse á Westminster, y entonces Cobham citó á sus partidarios para la llanura de Saint-Gilles inmediata á la capital. El monarca cerró las puertas de la ciudad á fin de cortar la comunicacion entre los Lollards de Londres y los de fuera, y en el corazon de la noche á la cabeza de sus tropas ocupó el lugar indicado, apoderándose de cuantos en él se presentaron. Aunque iban armados parece que la mayoría ignoraba el objeto de la reunion; mas sin embargo muchos fueron condenados á la pena capital que fue ejecutada. El verdadero gefe de la conspiracion hizo ilusorias durante cuatro años todas las persecuciones; mas al fin se dejó prender, espiró en un cadalso y su cuerpo fue arrojado á una hoguera como de un reo de heregía. El descubrimiento de este complot impulsó al parlamento á redoblar su severidad contra los discípulos de Wicklef; y se autorizó á los gefes y magistrados para que detuviesen á todas las personas indiciadas de ser adictas á los principios de los Lollards que estaban condenados á perder la vida y los bienes.

Era imposible que el belicoso espíritu del monarca estuviese inactivo mucho tiempo, y por entonces el estado de la Francia ofrecia á su ambicion una perspectiva demasiado halagüeña para

que quisiese despreciarla. De dia en dia iban en aumento los disturbios originados por la enfermedad del rey: el duque de Orleans hermano de Cárlos VI habia cogido las riendas del poder y murió á manos de un asesino de quien fue mandatario el duque de Borgoña, cuya impudencia llegó al estremo de hacer una apología de su crímen por boca del franciscano Juan Petit. Este fraile despues de haber demostrado con doce argumentos distintos que era permitido y aun laudable matar á un tirano, vituperó al príncipe muerto toda clase de crímenes, y acabó su discurso diciendo que no solo debia aprobarse el hecho, sino dar una recompensa al homicida á quien comparó al arcángel san Miguel venciendo al demonio, y al valiente Finées matando á Zambri. El duque alcanzó perdon y olvido por aquel hecho, y dueño de la persona del monarca á quien los partidos se arrebataban uno á otro, se apoderó de la administracion del estado. El rey tenia tres hijos, cuyo primogénito Luis en calidad de Delfin trató de apoderarse de la autoridad real, ligándose para ello contra el duque de Borgoña con el jóven duque de Orleans que ansiaba por vengar la muerte de su padre. Desde entonces no se pasó un dia sin que hubiese batallas, asesinatos y esçesos de toda clase, asi en la capital como en las provincias. Tal era el estado de las cosas, cuando Enrique creyó que era venida la ocasion oportuna de renovar las pretensiones de su abuelo Eduardo III, reclamando la corona de Francia á fuer de descendiente de Isabel hija de Felipe IV. Concretóse sin embargo á aceptar el matrimonio de Catalina hija del monarca frances que habia de llevarle en dote dos millones de escudos, y á solicitar la cantidad que se adeudaba del rescate del rey Juan y la soberanía absoluta del Mayne, del Anjou y de una parte de la Provenza. Estas condiciones no fueron admitidas y el rey despues de haber alcanzado del parlamento un considerable subsidio reunió un ejército en Southampton para invadir la Francia; mas en el momento de hacerse á la vela tuvo aviso de una conspiracion tramada por varios de sus allegados y palaciegos. Efectivamente, los principales conjurados eran el conde de Cambridge hermano del duque de York, Enrique Scroop, tesorero general, y sir Tomas Gray-Heton,

los cuales querian proclamar al conde de March como legítimo heredero de Ricardo. Ignórase la manera con que el rey descubrió el complot; mas ello fue que sus autores murieron en un cadalso. Terminado este negocio, Enrique embarcó sus tropas, tomó tierra en el Havre de Gracia, desde donde fue á poner sitio á Harfleur, apoderóse de la plaza y arrojó de ella á los habitantes convirtiéndola en colonia inglesa. Los muchos oficiales y soldados que costó esta conquista, y los muchos mas con que acabaron las disenterias fueron causa de que desistiera de su intento y pensase solo en retirarse; mas para esto era indispensable ir á Calais por caminos rotos por las lluvias, y rechazar los ataques del condestable de Albret que á la cabeza de una division hostigaba de continuo á su adversario harto quebrantado ya por las fatigas y la falta de comestibles. A fin de conjurar el riesgo que le amagaba propuso Enrique restituir la plaza de Harfleur; pero los enemigos que lo tenian circuido por todas partes, rechazaron este ofrecimiento. Entonces trató de atravesar el Somme por Blanquetaque, pero habiendo encontrado el paso obstruido y una numerosa division francesa en la márgen opuesta siguió camino adelante y tuvo á gran fortuna encontrar cerca de Bethencourt un vado que los contrarios no defendian. Pasáronlo los ingleses y se dirigieron á Calais; mas llegados á Blangy vieron el ejército frances que ocupaba la llanura de Azincourt. Era imposible pasar adelante sin dar la batalla, y no lo era menos emprender la retirada : de manera que no habia alternativa entre vencer ó rendirse. El condestable fiel observador de las costumbres caballerescas, envió un heraldo á Enrique para anunciarle el dia de la batalla, y el monarca ingles dió las disposiciones necesarias con tanta serenidad como pericia, visitó todo el campamento exortando á las tropas á que cumpliesen con su deber, y á fin de evitar que su guerrero ardor se entibiase, hizo que toda la noche las músicas militares tocasen aires nacionales. A la mañana siguiente mandó celebrar la misa y cantar las preces, y despues ordenó sus tropas en tres divisiones colocando á la cabeza á los arqueros, que como iban desnudos de medio cuerpo arriba ofrecian un aspecto salvage, propio para

aterrorizar á los enemigos. Ademas del arco y de la espada llevaban colgadas al hombro una multitud de estacas aguzadas por ambos estremos, las cuales clavaban oblicuamente en tierra á fin de presentar un muro de picas á las cargas de caballería. Los ingleses se habian colocado en un terreno angosto entre dos bosques, de modo que era imposible circuirlos: y aunque el condestable de Albret acordándose de Crecy y de Poitiers debiera aguardar que el enemigo forzado á ello por el hambre bajase á la llanura en donde el número lo habria sufocado, un pundonor mal entendido pudo en él mas que la prudencia, y despues de dividir sus tropas en tres cuerpos, se adelantó á la cabeza del primero á fin de empeñar el combate. No queriendo sin embargo ser él quien lo comenzase se detuvo á la distancia de un cuarto de milla para que el enemigo lo ejecutase. En aquel instante un destacamento ingles que habia dado la vuelta á un pantano se arrojó sobre el ala izquierda de los franceses, mientras que los arqueros despues de haber clavado sus estacas se adelantaron arrojando una lluvia de flechas sobre ochocientos hombres de armas escogidos para sufrir el ataque primero. La mayor parte de ellos cayeron exánimes ó fueron arrebatados por los caballos, ocasionando una confusion inesplicable que aprovecharon los arqueros para penetrar en las filas en donde mataban á hachazos á los franceses que no podian defenderse ni huir siquiera porque los caballos no tenian aliento para correr sobre aquel terreno pantanoso. Rota la primera division Enrique se adelantó para cargar á la segunda. El choque fue terrible, y la vida del rey corrió mucho riesgo porque habiéndose encontrado con el duque de Alençon recibió un golpe que hizo pedazos la corona que remataba su casco; pero el duque cayó mortalmente herido, y esta caida produjo la derrota de los suyos. Quedaba la tercera division mandada por el conde de Falcomberg, la cual despues de muy poca resistencia emprendió la fuga abandonando á sus gefes que prefirieron morir á retirarse. La victoria del monarca ingles perdió mucha parte de su mérito por un imprevisto accidente. Durante el combate seiscientos paisanos mandados por Roberto de Bournonville comenzaron á robar los bagages

del ejército ingles, y el rey creyendo de pronto que lo atacaban fuerzas considerables resolvió sacrificar á los muchos prisioneros que tenia y encargó á un oficial que á la cabeza de doscientos hombres ejecutase aquella carnicería que costó la vida á muchos millares de caballeros, entre los cuales no pocos pertenecian á la clase mas elevada. Vencido el enemigo, el monarca recorrió el campo de batalla y preguntó á un heraldo frances á quién pertenecia el honor de la victoria. A vos sin contradiccion alguna, dijo el heraldo; y observando entonces el rey que á poca distancia se alzaba el castillo de Azincourt dispuso que aquel combate dado en 25 de octubre de 1415 se llamase la jornada de Azincourt. Aunque esta accion duró solo cinco horas los franceses perdieron mas de diez mil hombres, entre los cuales estaban el condestable de Albret, un príncipe de la sangre, el duque de Alençon, el duque de Brabante y el conde de Nevers hermanos del duque de Brabante, el duque de Bar; los condes de Vaudemont, Marle, Roussi y Falcomberg, y el arzobispo de Sens. Entre los prisioneros se hallaban los duques de Orleans y de Borbon, los condes de Eu, Vendome, y Estouteville y el mariscal de Boucicaut. Los ingleses perdieron algunos centenares de hombres, y entre los personages de distincion hubieron de llorar la muerte del duque de York y del conde de Suffolk.

Enrique lejos de sacar partido de su victoria, continuó retirándose hácia Calais perdiendo de este modo el fruto que podia proporcionarle la derrota de los franceses. Sin embargo al censurar este proceder es indispensable tener á la vista que en aquella época ningun soberano de Europa estaba en disposicion de sostener por mucho tiempo un ejército, porque no tenian mas rentas seguras que el producto de sus bienes, y en cuanto á las contribuciones que los súbditos pagaban, se repartian tan mal, y su recaudacion era tan desacertada que los príncipes no podian hacer frente á los gastos de una guerra, sino durante pocos meses; por esto despues de haber saqueado algunas ciudades, los dos partidos se encontraban á poca diferencia en el mismo estado que antes. Las guerras no eran otra cosa que un inútil derramamiento de sangre, pues solo servian para entretener el turbulento carácter de la nobleza

jóven y alimentar en el corazon de los hombres la pasion por la guerra. El monarca ingles sujeto á la voluntad del parlamento podia menos que otro soberano alguno sostener una guerra larga, y asi es que le fue preciso dar la vuelta á Inglaterra, para ver si podia ganar con la política lo que perdió por falta de dinero. Aunque las dos cámaras deslumbradas por el esplendor de su victoria le votaron subsidios mas cuantiosos que los alcanzados por sus predecesores, no podia sin embargo renovar al punto la guerra, y por esto determinó intervenir en las facciones que reducian la Francia á pedazos para repartírsela.

Continuaba aquel desgraciado reino en los horrores de la anarquía; habia muerto el Delfin, príncipe sin esperiencia, y se empeñaba en regir el cetro su hermano Juan duque de Turena y heredero de aquel título, mientras que el conde de Armagnach condestable y superintendente de hacienda era dueño de la persona del rey que conservaba el poder. El nuevo Delfin apenas tuvo tiempo de presentarse en la escena política cuando falleció, y vino á ser heredero presunto de la corona Cárlos duque de Penthievre hijo tercero del fatuo monarca. Dirigido por el conde de Armagnach persiguió á los adictos al duque de Borgoña, quien no pudiendo por sí solo, no obstante de que era casi tan poderoso como su soberano, apoderarse de la direccion de los negocios, entró en pactos con Enrique, reconoció sus derechos á la corona de Francia, y los dos se obligaron á comenzar la guerra contra el Delfin. El duque llegó hasta las puertas de Paris, que debian abrirle sus adictos; mas engañado en sus esperanzas se confederó con Isabel esposa de Cárlos VI, la cual habiendo provocado con sus liviandades la justa severidad del monarca vivia retirada en Tours. Sacada de allí por el duque se fue con él á Troyes en donde convocado un parlamento tomó el título de regente en contraposicion de su mismo hijo á quien el poder correspondia de derecho. La capital entre tanto fue entregada á los borgoñones que asesinaron al condestable, al canciller, á varios obispos y magistrados, y á mas de dos mil personas de todas edades y clases. El Delfin á duras penas pudo escaparse de los

asesinos y guarecerse en Melun, y el duque de Borgoña se apoderó del gobierno. Enrique entre tanto despues de empeñar las alhajas de la corona, pudo reunir un ejército, é invadiendo con él la Normandía se hizo dueño de sus ciudades principales. Lejos no obstante de haber conseguido su objeto, ofreció á la reina y al duque de Borgoña unirse con ellos con tal que se le entregasen las provincias cedidas á Eduardo III por el tratado de Bretigny añadiéndole la Normandía, y ademas ofreció casarse con la princesa Catalina hija de Isabel y de Cárlos VI. Mientras que el duque de Borgoña negociaba con el monarca ingles, hacia por concentrarse con el Delfin, pues dando poca importancia al deshonroso borron que sobre él caeria por haber entregado la Francia al rey de Inglaterra, no se le ocultaba que este querria ejercer por sí solo la autoridad toda. Hé aqui por qué prefirió servir los intereses de Cárlos de cuya inesperiencia esperaba ser el guia; mas como para esto era indispensable una entrevista de los dos príncipes, se convino en celebrarla en el puente de Montereau, en donde se levantaron dos fuertes barreras. El duque se presentó con diez personas, pero echósele encima la comitiva del Delfin que le dió muerte para vengar el asesinato del duque de Orleans. Ignórase si el príncipe tenia ya noticia del complot, ó si el homicidio se hizo sin contar con su asentimiento; mas ello fue que aquel suceso causó una sensacion muy grande, é instantáneamente produjo un cambio en el aspecto de los negocios.

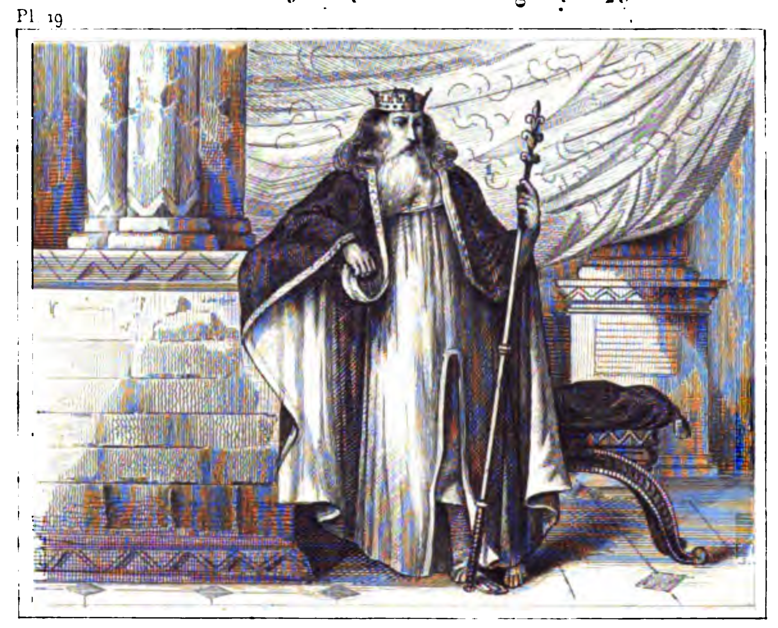
Felipe, nuevo duque de Borgoña, dejándose llevar de un ciego resentimiento se confederó con los estrangeros, y en menos de dos meses quedó concluido el tratado de Troyes segun el cual Enrique era reconocido por heredero presunto de la corona de Francia, á la que debia suceder cuando muriese Cárlos VI casándose ademas con la princesa Catalina. Entre tanto declarábasele regente del reino, y debia gobernar mientras viviera su suegro, incapaz de dirigir la nave del estado. Mucho se apresuró Enrique para llevar á efecto el principal artículo de aquel ajuste que era su matrimonio con Catalina; corrió á la capital en donde hizo que el parlamento ratificase el convenio, al momento abrió la campaña

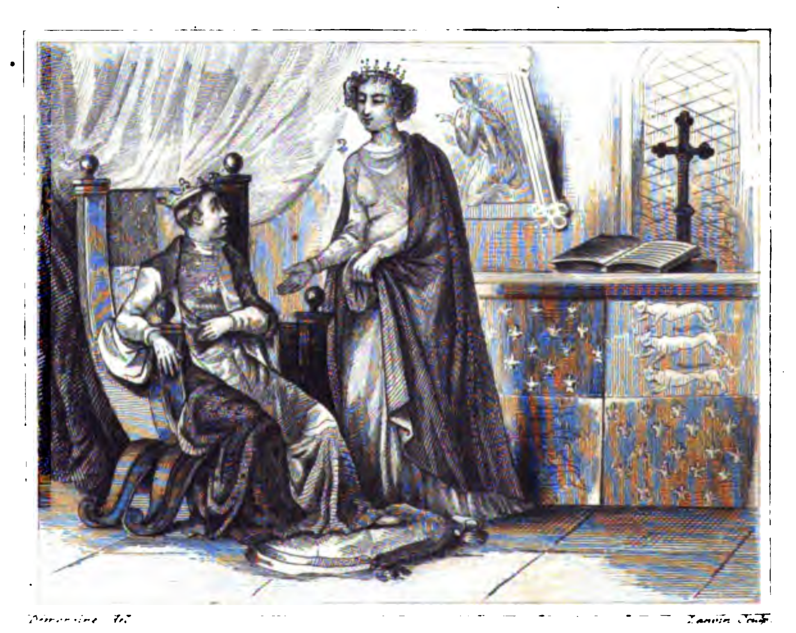
contra el Delfin, apoderóse de Melun y de Montereau y dió la vuelta á Paris. En esta ciudad y con el objeto de justificar la esclusion del Delfin fueron convocados los Estados generales, en los que se presentó el duque de Borgoña á pedir justicia contra los asesinos de su padre. Cárlos VI presidia la asamblea que declaró reos de alta traicion á cuantos tuvieron parte en la muerte del duque, aunque no se nombró en particular á persona alguna, á escepcion del jóven Cárlos, que fue designado con el nombre del supuesto Delfin. El monarca ingles se restituyó bien pronto á su reino, y en Westminster hizo coronar á su esposa, y convocó el parlamento para alcanzar subsidios. Allí supo la muerte de su hermano el duque de Clarence acaecida en Baugé.

Antes de ahora hemos hablado de la injusta prision del rey de Escocia Jaime I, durante cuyo cautiverio el duque de Albany que con el nombre de regente gobernaba el reino, envió á su segundogénito el conde Buchan á la cabeza de siete mil hombres para sostener al Delfin, y contra estas fuerzas marchó el duque de Clarence que acababa de invadir el Anjou. Engañado acerca del número de sus adversarios hizo este príncipe una rápida marcha á fin de sorprenderlos, y con algunos hombres de armas quiso apoderarse de un puente echado sobre el Coisnon; pero fue prevenido por muchos caballeros escoceses que corrieron á su encuentro. Sir Allan Swinton que reconoció al duque por la corona de oro en que su casco remataba le hizo perder los arzones de un hachazo, y el conde de Buchan le mató con una maza de armas. Mil doscientos ingleses quedaron en el campo, y fueron hechos prisioneros los condes de Sommerset, Huntington y Dorset y trescientos caballeros; y en premio de esta victoria se dió al conde de Buchan la espada de condestable. Este descalabro aceleró la vuelta de Enrique que vino á Francia con un ejército de cuarenta mil hombres de armas y veinte mil arqueros.

Ante todo fue á Paris para reunirse con su cuñado, en seguida voló á Chartres á fin de levantar el sitio que el Delfin le tenia puesto, y luego se apoderó de Dreux, Meaux y de otras muchas plazas en el norte. Por la misma época hallándose Catalina en


UNIVERSITARIA





1. EDOUARD III EN COSTUME ROYAL. (1376)
2. JEANE PLANTAGENET ET SON FILS. Règne de Richard II. (1377)

Windsor parió un hijo que si bien heredero de dos coronas y circuido de tan brillantes esperanzas desde la cuna, debia mas adelante sufrir una tristísima suerte, cual para justificar de cuán poco sirven los proyectos que la ambicion forma. La madre de este príncipe quiso muy luego reunirse con su esposo y se vino al castillo de Vincennés que era la residencia del malaventurado Cárlos VI y de su consorte. Las dos cortes hicieron su entrada en la capital cuyos habitantes manifestaron el desagrado que les causó la magnificencia desplegada por los ingleses, la cual era mas ofensiva comparándola con el estado de miseria del anciano monarca á quien apenas se daba lo mas necesario, puesto que carecia hasta de vestidos. Enrique dueño del poder de que con anticipacion se habia apoderado, gobernaba á sus súbditos con cetro de hierro, empobrecia al pueblo á puro de arrancarle contribuciones, y trataba á los nobles con la severidad mas orgullosa. Un dia en que el mariscal de la Isla Adam le hablaba con alguna viveza le dijo: «¿cómo teneis la audacia de mirarme á la cara? Muy formidable señor, respondió el guerrero, este es el estilo de Francia, y si alguno no mira al rostro de aquel á quien habla se le reputa por hombre malo y por traidor.—Sabed pues, le dijo secamente Enrique, que nuestro estilo no es este.» Algunos dias despues el mariscal fue encarcelado, y estuvo en muy poco que le costaran la vida aquellas palabras que si bien revelaban un espíritu de libertad no podian ofender á nadie.

Aprestábase Enrique á proseguir sus victorias y á despojar al Delfin de las pocas ciudades que aun se mantenian adictas á su causa cuando en Senlis le detuvo una enfermedad que le condujo rápidamente al sepulcro. Los historiadores no estan de acuerdo acerca de cuál fue su dolencia, y aun hoy se ignora si murió de una fístula ó de una disentería. Trasladado en una litera á Vincennes vió acercarse la muerte sin temor alguno y sin inquietud por lo que habia hecho. Despues de llamar á los duques de Bedford y Exeter, al conde de Warwick y á algunas otras personas distinguidas, los conjuró á todos para que se mantuviesen unidos á fin de servir mejor al príncipe su heredero, niño todavía y el cual

recomendaba á la fidelidad de todos ellos. Despues de haber dado algunas instrucciones acerca de cómo debian conducirse en lo sucesivo, insistió principalmente en la necesidad de mantener la amistad del duque de Borgoña y de no soltar á los prisioneros hechos en Azincourt hasta que su hijo se hallase en estado de gobernar por sí solo. Acabó confiando al duque de Bedford la regencia de Francia, al de Glocester la de Inglaterra y al conde Warwick el jóven príncipe. Quiso saber entonces cuánto tiempo de vida le quedaba, y habiendo oido sin immutarse que no eran mas que dos horas, hizo llamar al confesor y mandó á sus capellanes que le recitasen los siete salmos penitenciales, y despues de haberlos escuchado falleció á los 31 de agosto del año 1422, á la edad de treinta y cuatro años y á los nueve de reinado. Sus exequias fueron celebradas con una pompa digna del glorioso papel que habia representado en la tierra, su cuerpo escoltado por una comitiva de caballeros que llevaban las lanzas á la funerala, y de gran multitud de personas con hachas las unas y con banderas las otras, fue trasladado desde Paris á Rouen, en cuyo camino el clero guarnecia la carrera. En Calais se presentó una escuadra inglesa para recibir los restos del monarca que fue inhumado en Westminster cerca de Eduardo el confesor. La reina Catalina hizo erigir sobre la sepultura de su esposo una estatua de plata dorada de tamaño natural; y aunque esto fue un testimonio de afecto á su memoria, la ilustre viuda sin embargo dió por sucesor á su glorioso marido un simple gentil hombre á quien no hacian famoso ni su nacimiento ni sus hazañas.

Enrique dotado de todas las ventajas físicas poseia tambien las raras prendas que se necesitan para el mando, como son la prudencia, la audacia y el importante arte de manejar á los hombres. Aunque fue dado á los placeres en su primera juventud se reformó cuando fue rey, ejemplo tan raro como difícil de que un príncipe lo imite. En sus relaciones con el pueblo ingles no solo respetó siempre sus derechos, sino que jamas intentó quebrantarlos ni á la fuerza ni por medio de la astucia, á pesar de las imperiosas urgencias de la guerra, lo cual no tanto debe atribuirse á que fuese

fiel observador de sus promesas como al temor de arriesgar una autoridad que se fundaba en títulos muy dudosos. A pesar de la destreza política con que se condujo, no es una temeridad creer que si la Inglaterra se mantuvo tranquila durante su reinado se debió al conquistador espíritu del soberano que dió ocupacion fuera de su reino á la turbulencia del pueblo ingles, el cual embriagado con la gloria de los combates no pudo enfriarse en el afecto que le profesaba. La victoria de Asincourt en rigor no fue mas que una imprudencia afortunada que le hizo el ídolo del ejército y del pueblo; mas aquel brillante hecho de armas no hubiera producido resultado alguno á no aprovechar Enrique las revueltas de la Francia para hacerse dueño de ella sin conquistarla. Sentado sobre un trono estrangero y circuido de tempestades, sin duda hubiera tenido mas trabajos para sostenerse en él que obstáculos venció para subir al mismo; pues la rivalidad de dos naciones que tanto difieren en lengua, en hábitos y en costumbres, habria dado lugar á incesantes discordias que no era posible que el rey las previniese y menos que las calmara. Tal vez fue una felicidad para el conquistador que su carrera terminase tan pronto y en el momento en que acababa de dar cima á la mas gloriosa parte de su tarea aunque nó á la mas difícil. De todos modos es digna de elogio la grandeza de alma de Enrique, que lejos de perseguir al conde de March cuyos derechos al trono podian hacerle temible ó sospechoso cuando menos, no vaciló en darle muestras de confianza y colmarlo de beneficios. Esta magnánima conducta puede quizás calificarse de imprudente, y si el príncipe no tuvo lugar de arrepentirse de ella, es digna si nó de imitarse, de ser al menos admirada.

Habiendo examinado á Enrique bajo el aspecto político añadirémos alguna cosa acerca del estado de sus rentas. De los documentos mas auténticos resulta que las rentas de la corona no escedian de cincuenta y cinco mil setecientas libras esterlinas, cuando los gastos del gobierno importaban mas de cincuenta y dos mil; de manera que con el resto de tres mil libras debia atender el rey al mantenimiento de su casa y á otros gastos menores. Por esto la

escasez de sus rentas lo ponia bajo la dependencia del parlamento aun en tiempo de paz, y no es dificil comprender cuántos estorbos y dificultades lo cercaban al tratar de hacer la guerra. Obligado se veia entonces á recurrir á todos los medios y hasta á la violencia para mantener al ejército, de donde resultaba que el príncipe despues de apurar todos los recursos no sacaba fruto alguno de las victorias, y que las paces y las guerras no alcanzaban mas duracion que las estaciones. Desde Enrique tercero las monedas habian sufrido muchos cambios, pues hasta entonces la libra esterlina tenia siempre el peso de una libra equivalente á tres de la actual moneda. Eduardo sacó de la antigua libra de doce onzas veinte y dos y hasta veinte y cinco chelines, y Enrique llegó á dividirla en treinta. Combinado esto con lo poco que valian los géneros, la renta del príncipe puede valuarse en unas trescientas treinta mil libras esterlinas de la actual moneda.

Durante el reinado de este monarca la Iglesia vió terminado el largo cisma que por mas de cuarenta años la tuvo dividida. Aquella vergonzosa controversia que habia comenzado entre Urbano VI y Clemente VII se prolongó con no poco escándalo de la cristiandad hasta que los príncipes y los prelados resolvieron mezclarse en aquel negocio con el objeto de poner término á los males que de él se originaban. El emperador Segismundo, colocado por su dignidad á la cabeza de los otros potentados, hizo uso de todo su influjo y de sus conatos todos para dar fin á tan importante negocio, y obligó al papa Juan XXIII sucesor de Alejandro V á convocar un concilio que se celebró en Constanza. Aquella asamblea depuso á los dos antipapas, y procediendo en seguida contra Juan XXIII le quitó la tiara para colocarla en la cabeza del cardenal Colonna que con el nombre de Martin fue reconocido por la mayoría de los fieles (1). Esto pacificó la Iglesia pero ya se habia

(1) El autor nos ha parecido poco exacto en este relato, puesto que segun los mas graves autores el papa Juan XXIII renunció espontáneamente la tiara, lo mismo que su competidor Gregorio XII, y solo se mostró rehacio Benedicto XIII á quien el



conmovido hasta sus cimientos el poder pontificio, y abierto el camino en que se precipitó Lutero en el siguiente siglo.

ENRIQUE VI.

Al morir Enrique V dejó para que le reemplazase á un niño de nueve meses. Si la voluntad de los príncipes aun cuando son absolutos es pocas veces obedecida despues de su fallecimiento, no debe estrañarse que la disposicion del último monarca fuese poco respetada por el parlamento, que bien pronto se arrogó todos los poderes de la soberanía. Rechazando el título de regente que indicaba una autoridad harto estensa, dió al duque de Glocester la calificacion de protector del reino y de la Iglesia de Inglaterra, con el encargo de regir las riendas del gobierno durante la ausencia de su hermano el duque de Bedford y de presidir un consejo de diez y seis personas, cuyo dictámen era preciso que siguiese y cuya aprobacion habia de solicitar en todos los negocios de importancia. El parlamento nombró asimismo canciller, tesorero, y guardasellos y encargó la educacion del príncipe al obispo de Winchester su tio. Para hacer frente á los gastos del estado, las dos cámaras votaron por dos años los derechos de tonelada y un impuesto sobre las lanas. Enrique poco antes de morir habia encargado que se ofreciese la regencia de Francia al duque de Borgoña, mas habiéndola este príncipe rehusado la tomó á su cargo el duque de Bedford con aprobacion del doliente monarca, cuyo nombre bastaba para legitimarlo todo; pero el infeliz anciano sobrevivió muy pocos dias á este suceso y su muerte dió un golpe fatal á la dominacion inglesa. Los señores franceses que habian reconocido á Enrique por soberano se dejaron llevar de la inclinacion que los arrastraba hácia el heredero legítimo su príncipe y su compatricio, el cual al saber la muerte de su padre, se tituló

---

concilio de Constanza despojó del pontificado escomulgándolo ademas en 26 de julio de 1417. El lector que desée mas pormenores podrá ver nuestra Historia de España tomo II, pág. 263. (Nota del traductor).

rey de Francia con el nombre de Cárlos VII. Tenia apenas veinte años y su juventud inspiraba tanto mayor interes, en cuanto iba unida con todas las calidades que dispiertan el amor; era dulce, generoso, afable, y se grangeaba la amistad de cuantos le trataban; de manera que todos se sentian dispuestos á hacer por él cuantos sacrificios fuesen imaginables. Su adversario el duque de Bedford que era el mas digno de reemplazar á Enrique V cuyas virtudes políticas y guerreras poseia, manifestó desde luego un afecto paternal hácia su sobrino, á quien consagró su actividad y su talento. Ante todo y por medio de su matrimonio con la hija del duque de Borgoña hizo por estrechar los lazos que tenian unido á este con la Inglaterra, y en seguida trabajó para ganar al duque de Bretaña cuya alianza le era necesaria, haciéndose suyo con este objeto al conde de Richemond, que tenia sobre su hermano un ascendiente irresistible. Celebróse en Arras una entrevista del príncipe ingles y de los duques de Bretaña y de Borgoña con asistencia de Richemond, el cual apoyado por Bedford obtuvo la mano de Felipa hermana mayor del duque, con lo que se unió á la causa de los enemigos de Cárlos por medio de los mas estrechos lazos. No tardarémos en ver como á pesar de esto contribuyó cuanto pudo para hacer triunfar la causa de este príncipe.

Dueño Bedford de una parte de la Francia é impaciente por conquistar el resto, quiso ante todo arrebatar á Cárlos VII el apoyo de la Escocia cuyas tropas engrosaban diariamente sus filas, y con este intento empeñó á Glocester á que restituyese la libertad al rey de Escocia Jaime I. Fijóse su rescate en cuarenta mil libras esterlinas pagaderas en seis años, y se le obligó á casarse con la hija del conde de Sommerset sobrina de Ricardo II, asegurando asi la neutralidad del jóven príncipe. A pesar de esto militaba en el ejército de Cárlos VII y bajo las órdenes del conde de Douglas una division de escoceses que batidos primero en la jornada de Crevan lo fueron poco tiempo despues en la de Verneuil. El duque de Bedford gefe de los ingleses envió un heraldo á Douglas para decirle que iba allí con el objeto de echar un trago y divertirse con él, á lo que el escoces contestó que seria muy bien venido.

Empeñóse la accion en la cual murieron Douglas y el condestable Buchan con muchos de sus camaradas, y los que salieron con vida formaron una de las compañías de los guardias de Corps del rey de Francia que conservaron el nombre de su patria. Desde aquella época los escoceses no sirvieron mas en los ejércitos de Francia, y si aun se vió en ellos algun guerrero impulsado por la ambicion ó por el afan de gloria, la nacion dejó de vender su sangre á los estrangeros, concretándose á derramarla para sostener sus pretensiones. La batalla de Verneuil dió un golpe fatal á la fortuna de Cárlos VII, que falto de medios para levantar un ejército y mantenerlo, no podia hacer frente al enemigo que diariamente le arrebataba una ciudad ó una fortaleza. Refugiado en Bourges, por lo cual los ingleses le llamaban rey de ella, y no pudiendo á causa de la guerra percibir sus rentas, estaba su casa en tal penuria que hubo de pedir prestadas cuatrocientas libras á fin de recobrar de su capellan los vasos y palanganas de plata que sirvieron para el bautizo de su hijo.

Un suceso imprevisto vino á detener el curso de las victorias de Bedford. Jacoba de Baviera condesa de Hainaut y de Holanda habia contraido segundo matrimonio con el duque de Brabante, príncipe moral y físicamente débil y mas jóven que su muger como que solo tenia diez y seis años. Semejante enlace aconsejado por la política no podia tener felices consecuencias, y asi fue que Jacoba que comenzó por despreciar á su esposo vino á aborrecerlo de tal manera que resuelta á abandonarlo permaneció corto tiempo en Valenciennes y fue á buscar un asilo en Inglaterra. Prendado el duque de Glocester de sus gracias ó quizás de sus bienes quiso tomarla por muger; mas Enrique V que aun vivia se opuso á este enlace por temor de que causase un rompimiento con su poderoso aliado el duque de Borgoña primo hermano del marido de Jacoba y heredero suyo. Forzado á ceder al ascendiente de su hermano desistió Gloecester por entonces; mas apenas hubo muerto Enrique cuando resuelto á ejecutar sus proyectos, y sin pedir consejo á persona alguna celebró su enlace con Jacoba y se dispuso á tomar posesion de sus estados.

Felipe de Borgoña agriado por este proceder violento y perjudicial á los intereses de su política impulsó al duque de Brabante á que reclamase á su esposa y declarara que conservaria los estados de Jacoba. En vano se interpuso entre los dos partidos Bedford, y en vano hizo que un gran consejo celebrado en Paris decidiese que aquel negocio debia sujetarse al papa y que los interesados habian de esperar la resolucion de este: Glocester se negó á someterse al pontífice, y llevando contigo á Jacoba desembarcó en Calais al frente de cinco mil hombres y se apoderó del Hainaut sin hallar ninguna resistencia. Felipe fue en persona al socorro del duque de Brabante y envió un cartel de desafío á Glocester, quien juzgándose harto débil para hacer rostro á su adversario dió la vuelta á Inglaterra dejando á su muger en Mons. Los borgoñones tomada entonces la ofensiva recobraron el Hainaut, Jacoba cayó prisionera y se resolvió que permaneceria en el mismo estado hasta que la corte de Roma pronunciase fallo acerca de la validez de sus dos matrimonios; mas la princesa á quien el cautiverio se hacia intolerable supo escaparse y se refugió en Holanda en donde sus súbditos la recibieron con el mayor regocijo. Atacada allí por los borgoñones no pudo defenderse contra sus enemigos á pesar de los socorros que le envió Glocester. Habiendo en aquella época muerto el duque de Brabante su marido, tomó el título de duquesa de Glocester; mas imposibilitada de resistir al borgoñon lo eligió por heredero suyo obligándose con juramento á no casarse otra vez sin permiso suyo. Este tratado anulaba de hecho su matrimonio con el príncipe ingles que solo lo contrajo por ambicion, puesto que sostenia públicamente relaciones amorosas con Eleonora Cobham hija de lord Cobham de Scarborough, vínculo escandaloso que indignó de tal modo al bello sexo de Inglaterra admirado al ver que la resistencia de Jacoba se recompensase con una infidelidad, que una señora llamada Stokes en compañía de otra porcion de damas casadas con los principales ciudadanos de Londres se presentó en la cámara de los lores con un escrito en el cual acusaba al duque de Glocester de que con ultrage de la fidelidad conyugal vivia con una dama. No se sabe la importancia que los pares dieron á esta

solicitud; mas en órden al duque hizo tan poco caso de ella que no tardó en declarar su matrimonio con Eleonora cuyas costumbres la habian públicamente desacreditado, puesto que antes de contraer relaciones con el duque las habia tenido ya con otros personages de alta clase. Jacoba engañada tan indignamente y olvidando la palabra que diera al duque de Borgoña se casó con un simple gentil-hombre llamado Frank de Burullen. Este hombre fue cogido por los borgoñones, los cuales vendieron su libertad á Jacoba que le compró con la sesion de todos sus estados reservándose una renta anual. El amor la hizo descender desde el rango de soberana al de particular, en el cual murió sin hijos en 1436.

Hemos referido por menor este suceso porque impidió al duque de Bedford hacer tenazmente la guerra contra Cárlos VII ya que Glocester destinó las tropas y los recursos que á su disposicion tenia para sostener sus cuestiones con el duque de Borgoña. A este incidente vino á mezclarse otro que obligó á Bedford á ir á Londres á fin de apaciguar las graves reyertas suscitadas entre su hermano y el obispo de Winchester. Este era el segundo hijo de Juan de Gante y de Catalina Swynford segunda esposa de este príncipe: de manera que era tio del regente y al mismo tiempo tio segundo del rey. Su ambicion que no podia satisfacerse sino haciéndose dueño del poder, le hizo romper con Glocester, el cual le cerró las puertas de Londres porque el obispo le habia negado la entrada en la Torre. Fue menester que el arzobispo de Cantorbery y el duque de Coimbra, señor portugues que se encontraba entonces en Inglaterra, interpusiesen su mediacion para evitar el derramamiento de sangre. Llegada á Bedford la noticia del alarmante estado de los negocios se apresuró á trasladarse á Inglaterra, y á su arribo congregó á los pares en San Albano á fin de conciliar á los dos adversarios; mas como este medio no bastase, fue indispensable convocar en Leicester un parlamento ante el cual Glocester acusó á su tio de haber intentado asesinarle y querido apoderarse de la persona del rey. Hízole cargo asimismo de que atentó á la vida del difunto monarca cuando era príncipe de Gales y que le aconsejó despues que se apoderase de la corona destronando á su pa-

dre. Con calor rechazó el prelado estos cargos, y las dos cámaras le declararon inocente obligando á los dos príncipes á que concluyesen un arreglo. El obispo de Winchester ora desconfiase de la sinceridad del duque, ora no quisiese encontrarse con él en el consejo, renunciada la dignidad de canciller dejó la Inglaterra juntamente con Bedford; pero su desgracia fue recompensada poco tiempo despues con el capelo. De vuelta á Paris el regente hubo de ocuparse de negocios importantes, el primero de los cuales era obligar al duque de Bretaña á que siguiese con nuevo ahinco la causa de Inglaterra. El conde de Richemond aunque afiliado por efecto de su matrimonio entre los enemigos de Cárlos VII, aceptó de este la espada de condestable y habia empeñado á su hermano á que favoreciese el partido del nuevo monarca. Deseoso Bedford de romper una liga cuyas consecuencias temia envió á las fronteras de Bretaña muchos destacamentos que vinieron á constituir un ejército, y cayendo despues sobre los estados del duque le obligó á renunciar á la alianza de Cárlos y á reconocer por soberano á Enrique VI.

Cinco años habian transcurrido desde la muerte del desgraciado Cárlos VI, y los ingleses que recogieron su herencia tan solo poseian de ella una parte cuando resolvieron pasar el Loire á fin de arrancar al jóven Cárlos las provincias que aun reconocian su autoridad. El conde de Salisbury que acababa de traer de Inglaterra un socorro de seis mil hombres se encargó de ejecutar esta importante empresa. Despues de haberse apoderado de algunas plazas inmediatas á Orleans se presentó delante de esta ciudad en octubre de 1428. La rendicion de esta ciudad hubiera dado un golpe de muerte al pretendiente, puesto que habria dejado á merced del vencedor el Blesois, la Turena, y una parte del Poitou, y hé aqui por qué á la noticia del riesgo que amenazaba á aquella ciudad, último baluarte de la Francia, muchos caballeros entre los cuales estaba el famoso Poton de Xaintrailles fueron á encerrarse en la plaza de la cual se nombró gobernador al señor de Gaucourt quien se dispuso á resistir obstinadamente. Salisbury comenzó por atacar el fuerte de Tournelles de que se hizo dueño despues de

una encarnizada lucha. La proximidad del invierno hizo prever al general ingles que se prolongaria el sitio, y por ello determinó rodear la plaza con sesenta reductos para impedir que los orleaneses recibiesen vituallas y refuerzos. Muerto el general algunos dias despues por una bala de cañon le reemplazó el conde de Suffolk quien continuó el ataque siguiendo el plan mismo. Ausiliado por los esclarecidos guerreros Talbot, Falstaff y el aventutero Glacidas que alquilaba su espada á quien se la compraba á mas alto precio, ofrecia diariamente combates á los sitiados que los sostenian con encarnizamiento igual al de los sitiadores. Estos sin embargo no podian interceptar absolutamente las comunicaciones, y asi fue que la guarnicion que al principio se compuso de mil doscientos hombres llegó á constar de tres mil. El ejército ingles se aumentaba asimismo, de manera que llegó á componerse de veinte y tres mil soldados. Mientras se combatia en el campo de Orleans fue atacado por los franceses á las órdenes del conde de Clermont, un considerable convoy que el regente enviaba á Suffolk. El enemigo habia formado con los carros una trinchera, y encerrado dentro de ella sostuvo el choque y la accion se terminó con la derrota de los que atacaron. Este combate tomó el nombre de *jornada de los arenques*, porque en el convoy atacado habia muchos barriles de pesca salada.

En esta batalla murió el bastardo de Orleans hijo del duque Luis asesinado por Juan sin miedo, y que criado por la viuda de aquel, Valentina de Milan, justificó su nacimiento con las proezas que á pesar de su juventud le habian hecho ya famoso. Distinguióse tambien en la accion el célebre Lahire que acompañado de Poton y de Tilloy fue de los últimos que penetraron en la ciudad á fin de proteger la entrada de sus compañeros. Lahire gentil-hombre gascon hizo los mayores servicios á Cárlos VII con una adhesion incansable, y desafiaba los riesgos, estimulado por una firmeza hija de los sentimientos religiosos profundamente grabados en su alma. Su fe sin embargo era mas ardiente que ilustrada y se daba á conocer con una candidez que nó por escitar la risa era menos digna de respeto. En el sitio de Montargis que en el precedente año

de 1427 habia hecho levantar á los ingleses observó, dice un autor contemporáneo, que era muy difícil entrar en ella; mas sin embargo pudo descubrir un punto por el cual entendió que se pasaria bien. Entonces él y sus compañeros entre los cuales estaba el señor de Graville tomaron sus cascos y sus lanzas. Lahire encontró un capellan al cual dijo que le diese la absolucion, y como este le contestase que era preciso confesarse antes, el caballero replicó que no tendria tiempo puesto que convenia echarse luego sobre el enemigo y que habia cometido los pecados que suelen cometer los soldados. Entonces el capellan le dió la absolucion regular y Lahire juntando las manos dirigió su prez á Dios en gascon diciendo: "Dios mio, yo te ruego que hoy hagas por Lahire lo „ que quisieras que Lahire hiciese por tí, si él fuese Dios, y tú „ fueses Lahire, y le rogases."

La jornada de los arenques haciendo escasear de víveres á los habitantes y á la guarnicion de Orleans que habian contado apoderarse del convoy, aumentó mas y mas el valor de los ingleses que de dia en dia apresuraron las operaciones del sitio. Tiraron líneas de circunvalacion para unir unos con otros los reductos, y los sitiados viendo que iba á cortárseles toda comunicacion con el esterior y que serian víctimas del hambre, enviaron diputados al duque de Borgoña ofreciendo entregarle la plaza con tal que la conservase en nombre del duque de Orleans, que desde la batalla de Azincourt estaba prisionero en Inglaterra. En el consejo reunido con este objeto en el Louvre con asistencia del príncipe borgoñon y de los diputados orleaneses, el duque de Bedford rechazó la propuesta diciendo que queria tener á su disposicion la ciudad de Orleans, y que no era su ánimo ojear la caza para que otro la cogiese. Esta negativa impolítica y manifestada sin rebozo ofendió al duque de Borgoña y engendró en su alma un resentimiento que debia ser fatal á los ingleses.

Cárlos entre tanto apurado por frecuentes reveses comenzaba á desesperar de su causa, y queria refugiarse en España ó en Escocia mientras que algunos de sus consejeros que reprobaban esta determinacion eran de parecer que si Orleans sucumbia buscase

un asilo en el Delfinado ó en las montañas de Auvernia. Una tradicion que hoy está desmentida por documentos irrecusables atribuye al solo ascendiente de Inés el honor de haber reanimado el espíritu de su amante con la amenaza de que si no manifestaba mas firmeza se iria á encontrar al rey de Inglaterra que era un buen caballero y conquistaba tantas ciudades; mas en aquella época este rey tenia solos siete años, y al parecer es ya indudable que Ines no conoció á Cárlos VII hasta 1432, es decir, tres años despues de la época en que nos encontramos. Otros afirman que María de Anjou esposa de Cárlos le sugirió la idea de que no se separara de sus súbditos fieles para vencer ó morir en medio de ellos; pero es indispensable tener presente que la reina estaba entonces en Bourges y que su esposo residia en Chinon. En vista de todo creemos mas probable que Cárlos abrazó por sí solo la resolucion de disputar el reino á su enemigo palmo á palmo, y de sepultarse en sus ruinas, cuando hé aqui que cambió de repente el estado de los negocios y vino á arrancar la Francia de manos de los ingleses un suceso tan estraordinario como imprevisto.

En el pueblo de Domremy situado entre los ducados de Bar y de Lorena vivia un labrador llamado Jaime de Arc padre de tres hijos y dos hijas, una de las cuales llamada Juana se distinguia por el ardor de su fe. Acostumbrada desde la infancia á guiar el ganado al pasto montaba los caballos de su padre que tenia yeguada, y de este modo pudo mas adelante presentarse al frente de los ejércitos y alternar con los hombres de armas sin que pareciese novicia en el arte de regir un caballo. El pueblo en que vivia era vecino del de Maxey cuyos habitantes abrazaron el partido del duque de Borgoña mientras los de Domremy sostenian la causa de Cárlos VII. Esta divergencia de opinion dió orígen á frecuentes riñas entre los dos lugares, y Juana que participaba de los sentimientos de sus compatricios sintió despertarse un dia en su corazon el deseo de que el único habitante de Domremy que pertenecia al partido de los borgoñones fuese decapitado con tal que, se decia ella á sí misma, fuese esto una cosa agradable á Dios. Este entusiasmo político de Juana estaba mezclado con un

fervor religioso que la predisponia á dar crédito á todos los sueños hijos de su imaginacion acalorada. Hallándose en el jardin de su padre cuando no mas tenia trece años, vió en mitad del dia una luz repentina y oyó una voz que despues de darle prudentes consejos le indicó la conducta que debia seguir, y desde entonces tuvo varias visiones, vió ó le pareció ver al arcángel san Miguel que le anunciaba que santa Catalina y santa Margarita, que habian sido elegidas para guiarla, irian á hacerle una visita. Estos mensageros celestes al parecer hablaban frecuentemente con ella sin hacérsele visibles, exortándola á que marchase para trasladarse á Francia, nombre que se aplicaba entonces á los dominios inmediatos de la corona. Los frecuentes ayunos de Juana contribuian á hacer que se repitieran sus arrobamientos, y al fin reducida por las imperiosas instancias de las dos santas que sin cesar hablaban con ella resolvió ir al encuentro de Cárlos VII.

Acompañada de su tio Durand Laxart se presentó á Baudricourt gobernador de Vaucouleurs, quien despues de haberla interrogado, lejos de dar fe á sus predicciones y de participar de su entusiasmo, la despidió sin querer prestarle ausilios para su viage. Durante su permanencia en aquel pueblo, Juana ocupada enteramente en sus proyectos no cesaba de repetir á los que la escuchaban que debia ir á verse con el Delfin y que este encargo se lo habia confiado el rey del cielo. Solia decir á su huéspeda que una antigua profecía anunciaba que una muger perderia á la Francia y que despues seria restaurada por una vírgen del territorio de Lorena. Mas firme que nunca en su resolucion se presentó tres veces al gobernador, quien afectado por el rumor público que hablaba de la jóven como de una doncella dotada de facultades sobrenaturales, determinó asegurarse de ello poniendo en práctica un medio conforme con el espíritu de su siglo, y fue hacer que el cura de Vaucouleurs exorcisase á Juana para averiguar si estaba poseida del demonio. Mientras que el gobernador dudaba todavía, el duque de Lorena que era víctima de una enfermedad que burlaba todos los esfuerzos de la medicina deseó ver á Juana para consultarla. Cuando hubo visitado al duque le dijo que no podia devolverle la salud;

pero que sin embargo esperaba que el cielo le curaria con tal que se condujese mejor con su esposa la duquesa. Al fin acabó por suplicarle que dispusiese que algunos caballeros la acompañaran á presencia del Delfin. El duque la despidió regalándole cuatro francos, y al fin logró que el gobernador le diese la competente autorizacion para trasladarse á Chinon. Entrególe tambien una espada y los habitantes de Vaucouleurs le proporcionaron un vestido de hombre, puesto que le pareció mas á propósito para el viage. Emprendió pues el camino acompañada de seis personas, entre las cuales habia dos gentiles hombres y su tercer hermano Pedro de Arc. En el momento de marcharse dijo á la multitud que la rodeaba, que nada temia, pues aunque en el camino hubiese hombres de armas, ella contaba con que su Señor Dios la guiaria hasta la presencia del Delfin. Al parecer los mensageros celestiales le habian dicho que tuviese valor, puesto que el rey la recibiria bien y la creeria; y que en cuanto al gobernador no era posible decir lo que sucederia.

El domingo 13 de febrero de 1428, Juana y sus compañeros salieron de Vaucouleurs y llegaron á Chinon á los once dias, sin haberles sucedido accidente alguno á pesar de que anduvieron ciento cincuenta leguas atravesando un pais enemigo por donde recorrian incesantemente cuadrillas de ladrones y de hombres de armas tan temibles para los viandantes los unos como los otros. Llegada á Chinon sus dos principales compañeros de viage Juan de Metz y Beltran de Poulangy la presentaron á los comisionados que el rey deputó para esto, y aunque al principio se negase á satisfacer á sus preguntas diciendo que su mision era hablar únicamente con el príncipe, al fin contestó que Dios le habia encargado el cumplimiento de dos cosas: la primera, hacer levantar el sitio de Orleans, y la segunda, llevar al rey á Reims. Despues de deliberar durante dos dias fue presentada al monarca con quien estaban algunos señores jóvenes ricamente vestidos y mas de trescientos caballeros. Adelantóse con desembarazo aunque sin orgullo, y arrodillada delante de Cárlos le dijo: « Dios me envia para so„ correros á vos y á vuestro reino." El rey la llevó aparte, es-

tuvo algun rato con ella volviendo despues al salon, y dijo á los circunstantes que aquella jóven acababa de revelarle secretos que nadie sabia ni podia saber sino Dios, y que por esta razon tenia mucha confianza en ella. Ignóranse qué secretos eran aquellos y aun tal vez esto no fue mas que un medio político inventado por Cárlos con el objeto de acreditar en la corte y en el pueblo que Juana tenia espíritu de adivinacion, señal indudable de que gozaba del favor especial del cielo. La venida de Juana habia sido ya anunciada por un vaticinio atribuido al célebre Merlin, y la opinion pública asi dispuesta anticipadamente esperaba algun suceso milagroso. Una muger llamada María de Avignon y que se jactaba de penetrar el porvenir habia referido al monarca que en una vision se le aparecieron muchas armas, y que una voz celestial le dijo que eran para una jóven que habia de librar de sus enemigos á la Francia. Todas estas circunstancias concurrieron para inflamar las imaginaciones y disponian los ánimos á creer que Juana era enviada por Dios mismo. Despues que algunos prelados y doctores la examinaron en Chinon, fue enviada á Poitiers en que estaba el parlamento, y en donde de nuevo fue interrogada por teólogos, á los cuales contestó con una notable presencia de espíritu y con un despejo mezclado algunas veces con malicia. Como uno de los examinadores nacido en el Lemosin le preguntase en mal frances qué lengua hablaba la voz que interiormente oia; Juana le contestó : mejor que la vuestra. Maravillados los examinadores declararon, que á su entender, el rey podia aceptar los servicios de aquella jóven y enviarla en ausilio de Orleans; mas antes de esto fue preciso que Juana se sujetase á otra prueba que hoy nos parece singular, pero que tenia mucha importancia en aquella época, puesto que iba unida á una creencia religiosa. Tratábase pues de averiguar si la virtud profética de Juana debia atribuirse á Dios ó á Satanas; y como nadie dudaba que el demonio no podia hacer pacto secreto con una vírgen era indispensable asegurarse de la pureza de esta. El rey encargó esta delicada averiguacion á su suegra Yolanda de Aragon viuda de Luis II rey de Sicilia, que para ello invocó el ausilio de las señoras de Gaucourt y de Treves.

Juana salió triunfante de esta prueba y se resolvió enviarla á Orleans para introducir un convoy en la plaza. Se le dieron armas y todo lo que constituia el equipage de un caudillo, y ademas un escudero, dos pages, y dos reyes de armas. Ella se mandó hacer un estandarte de lienzo blanco con franjas de seda que representaba al Salvador sentado sobre un trono de nubes y llevando una esfera en la mano. Antes de partir envió á buscar una espada á la iglesia de Santa Catalina de Fierbois, indicando el lugar en que estaba enterrada, circunstancia maravillosa que aumentó en gran manera el público entusiasmo. Las tropas que debian escoltar el convoy se reunieron en Tours, y Juana habiendo salido al frente de ellas en 27 de abril de 1429, á los tres dias llegó á la vista de Orleans. El bastardo salió para recibirla y al dia siguiente el convoy fue introducido en la plaza sin que el general ingles tratase de impedirlo. La doncella entró en Orleans completamente armada y montando un caballo blanco, y fue recibida con aclamaciones por todos los habitantes que se creyeron invencibles puesto que iba á combatir con ellos un enviado del cielo. La primera providencia de Juana fue enviar un mensage al conde de Suffolk mandándole que se retirase, y aunque este paso no produjo resultado alguno contribuyó á mantener en el espíritu de los soldados ingleses un terror supersticioso que amortiguó muy luego su bravura. La seguridad de la jóven heroína les persuadió de que Dios la guiaba como por la mano y que toda resistencia seria sacrílega é infructuosa.

Estas cosas redoblaron la confianza de los soldados y de los habitantes, y el bastardo y los otros gefes, deseosos de aprovechar aquella disposicion favorable, atacaron el reducto de San Pablo llevando al frente á la doncella : los atrincheramientos fueron tomados por asalto y cuantos hombres se negaron á rendirse murieron al filo de la espada. Al dia siguiente cayó otro reducto, y en el inmediato atacaron el castillo de Tournelles reputado por inespugnable y defendido por tropas escogidas al mando del célebre Glacidas. Despues de un combate encarnizado comenzaban los franceses á desanimarse cuando Juana arrojándose al foso cogió

una escala y la arrimó al muro. En aquel instante fue herida por una flecha entre el cuello y la espalda, y como la llevasen á alguna distancia del campo de batalla apenas hubo recobrado los sentidos cuando se arrancó el arma, se hizo cubrir la herida y montando otra vez á caballo volvió al asalto. Enardecidos los franceses con tal ejemplo penetraron en el fuerte, Glacidas perdió la vida en la accion, y los gefes ingleses desalentados con tantos reveses levantaron el sitio á la mañana siguiente. Juana prohibió que se los persiguiese porque quiso respetar el santo dia del domingo. De esta manera se cumplió la promesa que habia hecho de libertar á Orleans, mas resuelta con los generales franceses á no dejar que el enemigo respirase fue á sitiar al conde de Suffolk en Jergeau. Habiendo sido precipitada al foso por una piedra que le arrojaron, no dejó por esto de exortar á sus compañeros diciéndoles: "no temais, pues Dios los ha puesto en nuestras manos." Los franceses entonces redoblaron sus esfuerzos y Suffolk se vió en la precision de rendirse á un oficial a quien preguntó si era caballero; y como este le contestase que no le cabia tanto honor, el conde le dijo: pues bien, yo os armo caballero; y en seguida dándole el espaldarazo se declaró su prisionero. Baugency y muchas otras fortalezas fueron perdidas con la misma prontitud, y entoncés Falstaff y Talbot, reuniendo los restos de las tropas inglesas, determinaron retirarse hácia Paris; pero alcanzados en Patay fueron rotos al primer choque. Talbot cayó en manos de los vencedores porque fue abandonado por Falstaff que apeló á la fuga al comenzar el combate. En castigo de su falta le quitaron la órden de la Jarretera; pero se justificó diciendo que con tropas tan amilanadas como las suyas, combatir era lo mismo que querer ser derrotado.

Aunque Juana se nos presenta á la cabeza de sus soldados haciendo las funciones de un general, todo prueba sin embargo que era dirigida por los esperimentados gefes que con ella iban. Aunque frecuentemente deferia al parecer de estos la mortificaba mucho ser contradecida y la irritaban en gran manera si alguna vez querian engañarla. Reputándose investida con el mando supremo

queria que sus órdenes se respetasen, y en consejo pleno amenazó al bastardo de Orleans con que le haria cortar la cabeza si se atrevia á desobedecerla. Faltábale todavía á Juana la segunda parte de su mision que era hacer coronar á Cárlos en Reims, ciudad que estaba en poder de los ingleses, los cuales tenian cuajado de fortalezas el camino que á la misma llevaba. Cárlos que hasta entonces no se habia presentado en el campo de batalla, nó por falta de valor sino para obedecer á sus ministros y cortesanos, se puso á la cabeza de los soldados. Habiéndole proporcionado víveres la ciudad de Auxerre que no quiso abrirle las puertas, llegó al frente de Troyes que se rindió, á la par que Chalons, y el monarca hizo su entrada en Reims en 14 de julio de 1429 sin esperimentar resistencia alguna, puesto que los enemigos habian abandonado la plaza. En la catedral fue coronado y consagrado con óleo de la Santa redoma, y Juana que habia asistido á la ceremonia llevando su bandera desplegada se prosternó en seguida delante del rey derramando lágrimas de gozo. Despues de haberle felicitado y hecho presente que su tarea estaba cumplida, le rogó que le permitiera volver á la humilde condicion en que habia nacido; pero Cárlos no quiso acceder á su demanda, porque habiendo visto el ascendiente que la doncella tenia sobre el pueblo y los soldados, temió que su marcha entibiase el entusiasmo dispertado por la heroína, y acabara con la prosperidad de sus armas. Juana aunque con disgusto consintió en quedarse.

El duque de Bedford abandonado casi por la Inglaterra que le enviaba miserables ausilios no se desmayó por esto, sino que hizo por estrechar sus vínculos con el duque de Borgoña, y por medio de la vigilancia supo mantener á su devocion las ciudades cuya fidelidad era dudosa. Abandonando á Paris á sus propios recursos, marchó para hacer frente al conde de Richemond que amenazaba la Normandía, y entonces quiso la suerte proporcionarle un imprevisto ausilio con la llegada de su tio el cardenal de Winchester que fue á Calais con cinco mil hombres que conducia á Bohemia contra los partidarios de Juan Huss. El regente consiguió que estas tropas fuesen puestas á disposicion suya y con ellas sostuvo la

campaña y ofreció á Cárlos la batalla que este no quiso aceptar. Despues de haberse hecho dueño de Compiegne, Beauvais, Senlis y muchas otras ciudades, el rey tuvo la audacia de llegar hasta las puertas de la capital, é intentó tomarla por asalto; pero fue rechazado y en el combate Juana recibió una leve herida. Suspendidas las hostilidades á causa de la proximidad del invierno, Cárlos entabló negociaciones con el duque de Borgoña cuyo odio amortiguado con el tiempo parecia ceder á los consejos de la razon; pero el influjo de su hermana la duquesa de Bedford le hizo mantenerse inflexible, y continuando aliado con los estrangeros, al asomar la primavera puso sitio á Compiegne. La doncella se encerró en la ciudad, y persuadida de que Dios dirigia su brazo, al dia siguiente de su llegada hizo una salida y arrojó á los borgoñones de sus atrincheramientos; mas el enemigo los recobró muy pronto, y la heroína arrojada de caballo se rindió al bastardo de Vendome el dia 24 de mayo de 1430. Llevada al campamento de Juan de Luxemburgo escitó hasta al mas alto grado la curiosidad de los vencedores que corrieron en tropel para mirar á su sabor á aquella jóven cuyo solo nombre tanto les imponia. La nueva de su cautiverio fue comunicada á todas las ciudades que reconocian la dominacion inglesa; los parisienses encendieron hogueras en demostracion de alegría, y en los púlpitos Juana fue públicamente acusada de impiedad y de hechicería.

Bedford aconsejado por una política tan mal entendida como cruel compró á Juan de Luxemburgo la prisionera con resolucion de sacrificarla para desvanecer el prestigio que sobre los soldados tenia. Encargóse de esta comision Pedro Cauchon obispo de Beauvais, y Juana á solicitud de este fue emplazada ante un tribunal eclesiástico para que respondiese á los cargos de magia y de impiedad. El proceso se instruyó en Rouen con arreglo al enjuiciamiento inquisitorial y fue sustanciado por inquisidores, que sin duda se perpetuaron en Francia desde la guerra de los albigenses. Efectivamente entre las piezas de la sumaria y con fecha de 20 de agosto de 1432 se encuentra la comision que para entender en el proceso de la doncella dió á fray Juan Le Maitre el padre fray

Jaime Graverand de la órden de predicadores, maestro de teología, inquisidor en el reino de Francia en virtud de autoridad apostólica. Juana se defendió ante sus jueces con una presencia de espíritu tanto mas notable en cuanto sus interrogadores acostumbrados á las sutilezas teológicas, le hacian preguntas capciosas de las cuales se desasió con una sagacidad admirable. Aunque durante cuatro meses hubo de sufrir aquel martirio, su firmeza no se desmintió nunca; mas como no pudo negar las revelaciones que habia tenido, sus jueces se aprovecharon de esto para preguntarle si sujetaba la realidad de sus visiones al juicio de la Iglesia. Ella declaró que se atenia á Dios solo, y de esto dedujeron los otros que rechazaba la autoridad del papa y que se hacia rea del crímen de heregía. A fin de autorizar el fallo que iban á dictar contra Juana pidieron el concurso de la Universidad de Paris que no tuvo reparo en asociarse para cometer tan monstruosa injusticia, y en consecuencia la doncella fue declarada cismática, bruja y blasfema contra Dios y sus santos. Víctima de los mas infames tratamientos, y colmada de ultrages y de humillaciones la infeliz jóven acabó por firmar un escrito en que reconoció que sus visiones eran falsas y que habia pecado contra Dios vistiéndose de hombre y usando de armadura. Es probable que Juana que no sabia leer aprobase esta declaracion sin comprender de todo punto su contenido.

Como quiera que sea se conmutó en cárcel perpetua la pena que se le habia impuesto de morir en una hoguera. Por efecto de este juicio hubo de usar trage de muger y el vestido de hombre le fue entregado dentro de un saco. La infeliz cayó en el lazo que le habian tendido, pues exaltada su imaginacion en medio de las angustias de su aislamiento y recordando allí sus dias de triunfo y de gloria se puso otra vez el vestido con el cual habia salvado á su patria. Sorprendida en esta disposicion se escusó con que aquel trage era mas honesto y mas á propósito mientras la custodiasen hombres : escusa que ademas de ser justa tenia mayor peso, porque no pocas veces hubo de defenderse de los criminales intentos de los que la guardaban. A pesar de esto se le recordó la promesa que habia hecho de no dejar mas el trage de muger, y declarada

relapsa por esto fue entregada al brazo seglar. En la plaza del mercado de Rouen se levantaron tres catafalcos: en uno de ellos se pusieron los jueces; ocupaban otro muchos prelados, y en el tercero habia una hoguera. Cuando Juana hubo llegado al lugar del suplicio escoltada por ochocientos hombres de armas se le echó un largo sermon y luego le fue leida la sentencia del tribunal eclesiástico que la ponia en manos del verdugo. Conducida al pie de la hoguera le pusieron en la cabeza una coroza que en grandes caractéres tenia escritas estas cuatro palabras: *herege*, *relapsa*, *apóstata*, *idólatra*; y despues fue atada al poste y se pegó fuego á la hoguera. Muchos testigos afirman que estuvo orando en alta voz hasta que espiró. Los ingleses daban tanta importancia á la justificacion de su muerte que se mandó separar un poco el fuego á fin de que los espectadores pudiesen ver el cuerpo de Juana. Asi murió á la edad de veinte años aquella heroina, víctima de la ambicion de Bedford y de la ingratitud de aquel á quien habia servido, puesto que Cárlos ningun esfuerzo hizo para salvarla. A este fin habria sido preciso rescatarla ó asegurar su vida amenazando con represalias, y no se sabe si el regente hubiera admitido el rescate; y en cuanto al otro medio sin duda los zelos de sus generales fueron un obstáculo para que lo adoptase el monarca, quien con esto hubiera puesto en riesgo la vida de sus mas adictos servidores.

La ejecucion de la doncella engañó las esperanzas del duque de Bedford ya que el poder de los ingleses fue declinando de dia en dia, á pesar de que deseando el duque neutralizar el efecto que habia causado la consagracion de Cárlos en Reims, resolvió hacer consagrar á su sobrino primero en Londres y despues en Paris. Esta ceremonia lejos de inflamar el entusiasmo de los parisienses lo enfrió todavía, pues ningun príncipe ni aun el duque de Borgoña estuvo presente á la misma. El jóven monarca volvió á Inglaterra muy en breve, dejando á su tio el grave peso del gobierno. La inesperada muerte de la duquesa de Bedford dió un golpe funesto á los intereses de su marido, pues á fuer de hermana del duque Felipe supo mantener la paz entre este y su esposo; mas

cuando este vínculo se hubo roto, el descontento que se mantenia oculto en el corazon de ambos se mostró de nuevo con motivo del precipitado matrimonio del regente con Jacoba de Luxemburgo. Felipe se quejó de que nada se le hubiese dicho acerca de esto, y sostuvo que el acelerado enlace del duque era un ultrage á la memoria de su hermana. El cardenal de Winchester hizo por reconciliarlos consiguiendo que conviniesen en tener una entrevista en Saint-Omer; mas las dificultades del ceremonial impidieron que se verificase, y los dos príncipes se retiraron mas agriados que nunca. Por otra parte es indispensable conocer que los intereses de la política aconsejaban al duque de Borgoña que procurase amistarse con Cárlos, puesto que al permitir que ocupase el trono de Francia un príncipe estrangero habia sacrificado sus derechos á la corona que le tocaba en el caso de no quedar estinguida la rama primogénita. El tiempo comenzaba á entibiar su resentimiento y ademas se sentia dispuesto á una reconciliacion por las instancias y los ruegos del duque de Borbon y del conde de Richemond casados con otras dos hermanas suyas.

Eugenio IV con el carácter de padre de los fieles y con el objeto de concluir la paz entre todos los príncipes cristianos, convocó para Arras un congreso, al cual Cárlos VII envió desde luego una embajada á cuya cabeza puso al duque de Borbon y al condestable. La Inglaterra fue representada por el cardenal de Winchester y por otros prelados, y varios príncipes cristianos mandaron asimismo sus mensageros. Las pretensiones del gabinete de Westminster y las de Cárlos eran tan encontradas, que fue imposible ponerse de acuerdo, y los ingleses se marcharon de Arras sin esperar la terminacion del congreso. Despues de su partida los ministros franceses y los borgoñones entablaron conferencias, y á los quince dias concluyeron un tratado de alianza y amistad entre sus dos amos. Felipe dictó sus condiciones en virtud de las cuales se le cedieron todas las ciudades situadas entre el Somme y los Paises Bajos con el pacto de poseerlas en absoluta soberanía. Cárlos ademas se obligó á castigar á los asesinos de Juan sin miedo y efectivamente separó de su lado á Tanneguy Du Chatel, y á los que

le dieron ausilio en aquella empresa. Al momento se puso en noticia de los ingleses aquel tratado que sin duda abrevió los dias del duque de Bedford que murió en Rouen en 1435 recibida apenas aquella fatal nueva. Algunos dias despues la reina viuda Isabel de Francia falleció en Paris en el palacio de Tournelles, en donde vivia aborrecida por todos los partidos. Como madre desnaturalizada y esposa infiel habia faltado á sus mas sagrados deberes sin que de sus crímenes sacara otro fruto que la vergüenza de haberlos cometido. La muerte de Bedford fue tan fatal para los ingleses como el tratado de Arras, puesto que acabó de arruinar su fortuna. Si bien es verdad que eligieron en reemplazo de aquel al duque de York las intrigas retardaron su marcha durante siete meses, y cuando llegó á Paris esta capital habia caido en manos de Cárlos VII. La guarnicion mandada por lord Willougby se refugió en la Bastilla, desde donde despues de capitular tomó el camino de Normandía.

Entre tanto el duque de Borgoña convertido en adversario de sus antiguos aliados fue á sitiar á Calais; mas esta empresa no tuvo resultado alguno ni tampoco lo produjo la guerra que continuaba; mientras que por otra parte el rey de Francia ausiliado por los habitantes reconquistaba lentamente el terreno que habia perdido. Al duque de York sucedió el conde de Warwick cuya administracion no dió de sí resultado alguno notable, y fue á parar otra vez á manos del de York á quien habia reemplazado. Tampoco pudo impedir los progresos del enemigo que sucesivamente fue apoderándose de Meaux, Pontoise y muchas otras ciudades. Una de las causas que mas de cerca contribuyeron á la decadencia del poder ingles en Francia fue sin duda el encono que se tenian el duque de Glocester y el cardenal de Winchester cuyos mutuos zelos paralizaban muchas veces las mas bien combinadas medidas. Estos desaciertos dieron lugar á que se prolongase el cautiverio de los príncipes de la sangre y de los generales que cayeron prisioneros en la batalla de Azincourt; pues si bien es cierto que el vencedor Enrique V habia recomendado que no se les diese libertad hasta que su hijo pudiera gobernar por sí mismo, las circunstancias eran

distintas y la mayor parte de los prisioneros habian muerto ó lograron rescatarse. No quedaba mas príncipe que el duque de Orleans, el cual ofrecia una cantidad equivalente á treinta y seis mil libras esterlinas de la actual moneda inglesa. El cardenal sostenia muy fundadamente que ademas de la enormidad de la suma se grangeaba la ventaja de proporcionar un gefe á los descontentos de Francia; porque los príncipes creyéndose con derecho de intervenir en los negocios, estaban siempre dispuestos á contrariar las medidas dictadas por el monarca y por sus ministros cuando se oponian á sus pretensiones é intereses. El cardenal venció á Glocester que opinaba de distinto modo y el duque de Orleans fue puesto en libertad en 1440 y volvió á su patria despues de una ausencia de veinte y cinco años. Como los dos partidos beligerantes en Francia estaban cansados de una guerra que se reducia á incursiones infructuosas, se firmó una tregua de veinte meses, con la esperanza de que durante ellos podria escogitarse algun medio para concluir una paz duradera; lo que no era fácil en cuanto era preciso conciliar cosas inconciliables.

El interes de los sucesos acontecidos en Francia durante el último período nos ha hecho olvidar los negocios de Escocia cuyo trono el lector tendrá presente que fue ocupado segunda vez por Jaime I despues del largo cautiverio que sufrió en Inglaterra. La tregua concluida entre las dos naciones fue religiosamente observada por muchos años durante los cuales el monarca escoces, hombre de genio activo y resuelto, no vaciló en atacar el anárquico poder de los nobles, que le hacian sufrir tanto como los otros súbditos. Esta osada tentativa ocupó todo su reinado, y quizás alcanzara su intento si el príncipe tuviera tanta prudencia para continuarla como audacia para emprenderla. Efectivamente no contaba en su favor sino con la opinion del pueblo y con el apoyo de sus propios vasallos: defensa harto débil contra los grandes barones que no tenian mas leyes que su espada. La circunstancia de tener Jaime una hija jóven le puso en el caso de escoger entre la Francia y la Inglaterra que solicitaban su mano, y prefiriendo la alianza de la primera casó á Margarita con Cárlos VII. En vano lord Scroop en

viado ingles quiso desbaratar esta negociacion pidiendo la princesa para su soberano, y ofreciendo ademas restituir á la Escocia las ciudades de Roxburg y de Berwick pues su empeño quedó frustrado á pesar de estas brillantes propuestas que segun los historiadores escoceses eran demasiado ventajosas para que se creyesen sinceras. Dos años despues de esto, sir Roberto Ogle que vivia en las fronteras inglesas hizo con menosprecio de la tregua una incursion en Escocia pero fue batido por el conde de Angus y quedó prisionero. Jaime pidió satisfaccion por esta falta de lealtad, y como el gobierno ingles mientras que se negociaba para transigir estas diferencias tuviese noticia de que la princesa de Escocia debia trasladarse á Francia á fin de reunirse con su esposo, trató de arrebatarla enviando para ello una escuadra que cruzase por el océano germánico. Margarita mas dichosa que su padre pudo escaparse de los que la aguardaban y entró en el puerto de la Rochela, pero este nuevo insulto irritó de tal modo á Jaime, que resuelto á apelar á las armas puso sitio á Roxburg al frente de doscientos mil hombres. Este formidable aparato se desvanecció no obstante muy pronto, pues el rey levantando el campo á los quince dias licenció de repente el ejército. La causa de esta súbita retirada fue segun se dice el haber sabido el rey que existia una conjuracion contra su persona, y esta noticia es probable que no careciese de fundamento atendida la catástrofe que seis meses despues puso fin á su existencia. Antes de ahora hemos hecho mencion de los medios que Jaime adoptaba y de los ataques que dirigia á los grandes barones de su reino, ora revocando las donaciones de tierras hechas anteriormente, ora poniendo límites á la jurisdiccion de los grandes y castigando con prisiones á los que se resistian á obedecerle. Estas medidas que calificaban de tiránicas los nobles ponian al monarca en una situacion que diariamente se iba haciendo mas delicada, puesto que sus mas encarnizados enemigos eran sus mas próximos parientes. En 1437 habiéndose trasladado la corte á Perth á fin de pasar allí las fiestas de navidad, el conde de Athol tio del rey que queria sentar en el trono á su nieto Roberto Stuart determinó á que asesinase al monarca á un tal Graham que habia sido

proscrito por sus multiplicadas rebeldías. Este hombre á la cabeza de otros trescientos invadió de repente el convento de Santo Domingo en donde estaba el monarca, quien á vista de aquel peligro trató de refugiarse en una bodega; mas como desgraciadamente dos dias antes habian tabicado la puerta fue descubierto y asesinado por Graham. A pesar del objeto de los que aconsejaron aquel delito ocupó el trono Jaime II y quedó ajustada con la Inglaterra una tregua de diez años.

Enrique que á causa de su juventud no habia hasta entonces tomado parte en los negocios, no tuvo ocasion de manifestar los alcances de su talento ni el temple de su carácter; bien pronto sin embargo hizo conocer su incapacidad absoluta. Instigado por algunos aduladores apenas hubo cumplido catorce años cuando quiso asistir al consejo para comenzarse á enterar de los negocios. Los ministros eludieron acceder á este capricho; mas como el príncipe insistiese de nuevo, tres años despues fue preciso darle gusto. Resolvióse allí que se dejarian para él el perdon de las ofensas y la colacion de los beneficios, y que en todas las materias importantes en que los consejeros no estuviesen de acuerdo su voto seria decisivo.

Antes de ahora hemos hablado del encono que tenia divididos á Glocester y á su tio el cardenal de Winchester. Cuando ya habia aquel sido humillado por este, cuyo influjo sobrepujaba al suyo, hubo de sufrir todavía los efectos de crueles persecuciones dirigidas contra su esposa, la cual despues de escandalizar al público con sus liviandades fue acusada de un delito tanto mas grave cuanto mas difícil era probarlo. Díjose que de acuerdo con Rogerio Bolingbroke capellan del príncipe y con una muger llamada Marjory Jourdemain reputada por hechicera habian hecho derretir á fuego lento una figura de cera que representaba al jóven monarca, en la persuasion de que la salud del rey declinaria á medida que su efigie se derritiese. Bolingbroke y Marjory murieron aquel como traidor y esta en una hoguera. La duquesa que por efecto de su debilidad ó por la astucia de los que la interrogaron confesó algunas cosas fue condenada á cárcel perpetua sufriendo antes el

oprobio de una penitencia pública, en virtud de la cual en mitad del dia atravesó las calles de Londres con la cabeza descubierta y con una vela en la mano. Esta severidad, ó por mejor decir, esta injusticia, al paso que afligió en gran manera el corazon del duque le grangeó mas y mas la estimacion del público que en la causa formada contra la duquesa no vió otra cosa que una cobarde venganza.

Habiendo entre tanto llegado el año 1443 en que el príncipe cumplió el vigésimo tercero de su edad, hubo de tratarse de buscarle una esposa; cuestion importante puesto que el poder debia recaer en el partido que eligiese á la reina. En negocio de tanto interes el cardenal venció á su contrario que habia propuesto á la hija del conde de Armagnach, pues el prelado hizo que fuese preferida Margarita de Anjou hija de Renato que tenia título de rey de Sicilia, de Nápoles y de Jerusalen, y era duque de Anjou, Maine y Bar. Este delicado negocio se encargó á Guillermo de la Pole conde de Suffolk quien para tener segura la gratitud de su jóven soberana estipuló secretamente que el Maine y el Anjou ocupadas por las tropas inglesas serian restituidas. Margarita se embarcó muy luego para Inglaterra y en 30 de mayo de 1445 fue coronada en Westminster. Suffolk á quien como autor de aquel enlace se hizo merced de los títulos de marques y de duque supo grangearse el afecto de Margarita que aun no habia tenido tiempo de hacerse dueña del corazon de su débil esposo. El momento de conquistar el poder era tanto mas favorable cuanto el cardenal habia dejado la corte para retirarse á su diócesis, y casi tanto como él se habia separado de los negocios el duque de Glocester. Por mas que este hubiese aprobado todo lo hecho ocultaba sin embargo mucho descontento, pero se ignora si esta disposicion dió motivo á que urdiese alguna trama á fin de apoderarse de la persona de su sobrino, ó si los manejos de Suffolk consiguieron que Enrique sospechase de la lealtad del duque. Fuese la una de estas dos causas ó fuese la otra, ello es que la perdicion de Glocester quedó resuelta. Invitado á presentarse en el parlamento que el rey convocara en San Egmundo Bury, al dia siguiente de abierta la asamblea fue deteni-

do como reo de alta traicion; mas á los diez y siete dias de cárcel su repentina muerte puso fin al proceso con que se le amenazaba, y es digno de notarse que no se le observó ninguna señal esterior que pudiese dar sospechas de haber fallecido violentamente. Cinco gentil-hombres de su comitiva fueron declarados cómplices de su proyecto y se les impuso la pena capital que les perdonó Enrique. El cardenal de Winchester murió seis semanas despues que su sobrino y consagró su inmensa fortuna á obras pias, acabando con esto mejor de lo que habia vivido.

Suffolk dueño del gobierno hubo de sostener desde luego un peligroso ataque relativo á la cesion del Maine y del Anjou, y no pudiendo acallar la voz pública determinó dirigirse al rey suplicándole que le permitiese justificarse. Su reclamacion le fue acordada y Enrique convencido por su elocuencia declaró en un manifiesto que Suffolk habia cumplido todos los deberes de un leal y fiel vasallo. El rey de Francia entre tanto continuaba poniendo en ejecucion el plan de arrojar á los ingleses de todas las provincias de sus estados. Despues de haberse hecho entregar el Maine y el Anjou invadió la Normandía con cuatro divisiones mandadas la una por él mismo, y las otras tres por los duques de Bretaña, Alençon y el conde de Dunois. El duque de Somerset falto de tropas y de dinero no podia hacer frente á tan formidables fuerzas y se encerró en Rouen con ánimo de defenderse. Durante este tiempo casi todas las ciudades y plazas fuertes del pais faltas de guarnicion ó mal fortificadas se rindieron al enemigo. De manera que el duque no podia contar sino con los muros de la capital de la provincia, á cuyo abrigo se habia retirado; pero aun allí hubo de capitular comprando con cincuenta y seis mil escudos el permiso de retirarse á Harfleur. Mientras que luchaba para salvar los últimos restos de la soberanía inglesa, llegó finalmente á Cherbourg un refuerzo de cuatro mil hombres pedido mucho tiempo antes, y que solo podia servir para prolongar la agonía de Somerset sin ser capaz de salvarle. Efectivamente, poco despues aquellos cuatro mil soldados fueron batidos en Fourmigni, con cuya derrota y en 1450 quedó estinguida en Francia la dominacion inglesa que se compró

con dos siglos de combates y que fue derrocada en una sola campaña. Cárlos dueño de la Normandía procuró muy luego serlo de la Guyena, y aunque los habitantes habian adoptado ya las costumbres y los hábitos ingleses, verificóse la conquista muy en breve pues las ciudades y fortalezas abrieron las puertas á la primera intimacion, y en poquísimo tiempo la bandera francesa flotó desde las bocas del Garona hasta la frontera de España. Solo les quedó á los ingleses la ciudad de Calais, cual un testimonio de sus pasadas glorias.

Fácil es comprender que todos estos desastres al paso que humillaban el orgullo nacional hacian que la opinion pública vituperase la administracion de Suffolk, de quien se decia audazmente que entregó el Maine y el Anjou para verificar un matrimonio que debia trasladar el poder á sus manos. Señalábasele como el principal autor de la muerte de Glocester cuyas luces y cuyo patriotismo temia, y al fin se le echaba en cara haber levantado su inmensa fortuna á costa de la corona reducida entonces á un estado muy inmediato á la pobreza. Es cierto en efecto que la guerra con la Francia y la ambicion de los cortesanos acabaron de agotar las rentas reales durante la menor edad de Enrique. Tal era la disposicion de los ánimos cuando se reunió la asamblea al comenzar el año 1450. Noticioso Suffolk de la tempestad que lo amenazaba resolvió prevenir á sus enemigos, y para ello estando en la cámara de los pares alzóse de su asiento y despues de haber traido á la memoria del rey que su padre y su hermano mayor murieron en el campo de batalla y que el mas pequeño habia fallecido en Francia en donde estuvo en calidad de rehen, añadió que tambien él habia empuñado las armas durante treinta y cuatro años y que despues de tantos servicios que le fueron magníficamente recompensados no podia atribuírsele el intento de haber hecho traicion á su pais, al cual diera tantas pruebas de adhesion y del que recibió tantas de agradecimiento. Este discurso lejos de acallar á sus adversarios los alentó á perseguirle mas encarnizadamente: de manera que presentaron contra él á la cámara de los comunes una acusacion dividida en muchos artículos entre los que habia tres

principales. El primero, que Suffolk habia instado al rey de Francia á que invadiese la Inglaterra para arrojar de ella á Enrique y sustituirle el hijo de Suffolk casándolo con una hija del duque de Somerset. El segundo, que puso en libertad al duque de Orleans con el objeto de que le sirviese para espulsar del continente á los ingleses; y el tercero, que vendió los secretos del estado, y restituyó el Maine á los franceses, sin dar conocimiento de ello á los demas embajadores compañeros suyos.

La mayor parte de estos cargos no se apoyaban en otra cosa que en públicos rumores, y en un debate formal no podian sostenerse: asi fue que Suffolk los desvaneció fácilmente probando que algun tiempo antes habia entablado negociaciones para casar á su hijo con una hija del conde de Warwick; y que Margarita de Somerset malamente hubiera podido trasmitir á su esposo derecho alguno á la corona cuando ella no lo tenia. En cuanto á la pérdida de la Normandía y de la Guyena manifestó que no era dable achacarla á los ministros sino al parlamento que habiendo convertido su entusiasmo en indiferencia no quisieron conceder subsidio alguno á fin de salvar aquellas dos provincias. En órden á la cesion del Maine hecha á Cárlos de Anjou; el acusado sostuvo, y nó sin motivo, que se verificó con asentimiento del rey y de su consejo. Justificado Suffolk de estos cargos, los comunes dirigieron contra él otros no menos vagos aunque mas verosímiles. Supusieron que Suffolk habia vendido las plazas mas importantes, arrancado de la corona muchas mercedes, hecho alteraciones en el valor de la moneda y abusado del privilegio de conceder perdon á los criminales acordándolo á muchos que eran indignos de él. Es probable que algunos de estos cargos no careciesen de fundamento, porque el ministro no se habia hecho célebre por su integridad y nunca se mostró muy escrupuloso en el ejercicio del poder. El hecho es que fue encerrado en la torre; mas Enrique ó por mejor decir la reina su protectora resolvió librarlo de la suerte que lo amenazaba, y el monarca habiendo llamado á su cuarto á los lores eclesiásticos y legos les declaró en presencia del acusado y por el órgano de su canciller que Suffolk se habia puesto á merced su-

ya, y que en virtud de su autoridad real lo desterraba por cinco años. Los lores al aceptar esta sentencia estendieron una protesta para hacer constar el derecho que tenian de juzgar al ministro, en caso de que hubiese querido defenderse.

Este inesperado desenlace frustró de pronto la venganza de los enemigos del duque, pero la hizo todavía mas implacable en términos que su vida fue abiertamente amenazada, sin embargo de lo cual pudo trasladarse á Ipswich en donde se embarcó para Calais. A poca distancia de la costa fue detenido y llevado á bordo de un buque cuyo capitan le saludó con el dictado de traidor. Despues de haber sufrido una parodia de juicio que le condenó á la pena capital lo hicieron bajar á una chalupa en donde habia un tajo y un ejecutor tan inesperto que fueron menester seis golpes para que la cabeza del duque fuese separada del tronco. Este audaz homicidio debió ser obra de un hombre ó de un partido bastante fuerte para desafiar las leyes, sin embargo de lo cual no se sabe á quién atribuirlo con certidumbre porque los contemporáneos no dan luz alguna acerca de este negocio. No obstante este atentado contra el órden público indicaba de un modo claro que era muy inminente una crísis, puesto que la sociedad no daba á sus individuos garantía alguna contra las pasiones particulares que usurpaban los derechos de la justicia.

Reinaba en efecto un descontento general, el pueblo de Kent tomó la iniciàtiva en las revueltas porque se le persuadió de que la corte queria castigarlo por haber proporcionado los buques que apresaron al de Suffolk. Un aventurero irlandes se aprovechó de aquellos rumores dándose el nombre de Juan Mortimer hijo de otro Mortimer que durante la menoría de Enrique sufrió como traidor la pena capital. Este hombre que en realidad se llamaba Juan Cade, reuniendo muy luego á sus banderas hasta veinte mil hombres, á su cabeza se adelantó hasta Black-Heath. Enrique despues de haber prorogado el parlamento se dispuso para atacar con las armas á los rebeldes que con el objeto de justificarse publicaron dos manifiestos protestando que los vecinos de Kent no eran culpables en la muerte de Suffolk. Despues de quejarse de la mala direccion de

los negocios, de la enormidad de las contribuciones y de las demasías de los colectores indicaban como remedio general que fuesen desterrados de la corte los parientes y amigos de Suffolk, y que los sustituyeran los duques de York, Exeter y Buckingham y sus partidarios. El manifiesto terminaba pidiendo que fuesen severamente juzgados algunos agentes del fisco. Entre tanto el monarca á la cabeza de quince mil hombres habia avanzado para ir contra Cade, y si bien este se retiró al acercarse Enrique fue atacado por otra division de tropas reales mandadas por sir Stafford á quien batió completamente. Esta victoria desalentó á los realistas, y Cade, cuyo ejército se engrosaba por instantes, marchó sobre Londres mientras que el rey despues de licenciar á sus tropas y de retirarse al castillo de Kenilworth, envió prisionero á la torre á su chambeland lord Say sin mas objeto que dar gusto á los insurrectos que habian colocado á este personage en la lista de los enemigos del pueblo.

Entre tanto el rebelde vencedor fue á establecerse en Southwark y despues de algunas negociaciones con el corregidor de Londres entró en la ciudad con mucha pompa y sujetando á sus soldados á la mas severa disciplina ocupóse en castigar á las personas proscritas por el pueblo. Fueron puestos á su disposicion lord Say y su yerno Cromer, los cuales sufrieron la pena de muerte sin que se los oyera en defensa. Los compañeros de Cade vengados pero nó satisfechos comenzaron á saquear la capital indisponiéndose con los habitantes en términos que en el puente de Londres trabaron con ellos una batalla que tuvo fin con una tregua. El arzobispo de Cantorbery refugiado en la torre juzgó venido el momento oportuno para mediar é hizo proponer á los rebeldes una amnistía general que aceptaron con gratitud. Desbandóse la muchedumbre pero su gefe temiendo algun engaño hizo por reanimar la insurreccion y aun pudo juntar en Rochester algunos millares de hombres; mas convencido de la debilidad de sus medios se escapó al condado de Sussex en donde fue descubierto y muerto por un gentilhombre del pais llamado Iden á quien se recompensó con mil marcos. Muchos de los cómplices de Cade perecieron ó al filo de la espada ó ahorcados, porque entonces los procedimientos ju-

diciales eran puestos en olvido cuando se trataba de castigar á personas plebeyas, cosa que no es de admirar supuesto que no protegian á los personages de mas alto rango.

Hasta ahora apenas hemos hablado á nuestros lectores de un príncipe cuya prudente ambicion disfrazada con mucha destreza, comenzó á manifestarse en aquella época en que la imbecilidad de Enrique le allanaba el camino del trono. Este príncipe era Ricardo duque de York que por línea masculina descendia de Eduardo Langley, el mas jóven entre los hijos de Eduardo III, y por la materna del tercer hijo de aquel monarca: de manera que su derecho era mejor que el del monarca reinante. Ademas de esta ventaja poseia todos los talentos necesarios para el mando y lo acreditó durante su permanencia en Francia en donde estuvo cinco años. Habiendo sido reemplazado por Somerset, el gobierno lo envió á Irlanda en cuyo pais supo grangearse el afecto de los habitantes. Sofocada apenas la revolucion de Cade en la cual hubo sospechas de que tomó secretamente parte, creyó que era venida una coyuntura favorable para hacerse dueño del poder. Volvió pues de Irlanda sin pedir licencia para ello, arrancó al rey la promesa de convocar cuanto antes el parlamento, y satisfecho con esto se retiró á sus posesiones esperando la abertura de la asamblea. Hácia la misma época llegó á Inglaterra el duque de Somerset á quien como próximo pariente del monarca se confió el ejercicio de la autoridad; mas era un rival harto débil para contrastar al duque de York puesto que acababa de perder la Normandía, no supo ó no quiso defenderse contra el ejército frances, y sus enemigos lograron persuadir al pueblo de que habia vendido á la Francia aquella provincia. Las sesiones del parlamento, aunque muy acaloradas, no produjeron medida alguna decisiva; sin embargo un diputado de Bristol propuso que el duque de York fuese declarado heredero presunto de la corona, ya que el monarca no tenia hijos. Esta mocion débilmente apoyada no tuvo mas resultado que llevar á su autor á la torre. En la cámara baja se hizo tambien una tentativa á fin de alejar de la corte al duque de Somerset, á la duquesa de Suffolk y á muchas otras personas conocidas por su adhesion á la

real familia, mas el rey no quiso aprobar la peticion por lo que tocaba al duque, y la eludió con respecto á las otras personas, diciendo que si eran culpables su conducta seria severamente examinada. El mal éxito de sus intrigas decidió á York á obrar mas abiertamente, y habiéndose retirado á las fronteras del pais de Gales en donde tenia haciendas considerables, despues de levantar tropas se puso á su cabeza y fue hácia Londres que le cerró las puertas. Enrique por su parte habia reunido un ejército y lo condujo contra el duque, que obligado á esplicarse hizo repetidas protestas de fidelidad y prometió desarmar á sus gentes, si el rey consentia en despedir á sus consejeros y en hacer juzgar al duque de Somerset, cuya enemistad supuso dispuesta siempre á perseguirle. Aceptóse su propuesta, Somerset fue encerrado en la torre, y York despedidas sus tropas rindió homenage al rey ante el cual volvió á acusar á Somerset, quien presentándose de repente en la tienda en que estaban rechazó los cargos. Despues de un altercado bastante vivo el duque de York fue detenido en el momento en que salia. Somerset aconsejaba que el preso fuese juzgado y ejecutado en el acto; pero esta medida de rigor estremeció al débil Enrique que se satisfizo con que el duque prestase juramento de fidelidad sobre una hostia consagrada, y delante de los lores y de una numerosa concurrencia, despues de lo cual se le permitió retirarse á uno de sus castillos. A poco tiempo otra desgracia vino á alterar de nuevo el ánimo de la muchedumbre celosa siempre de sus glorias nacionales. Cansados de su nuevo señor los habitantes de la Gascuña, que despues de tres siglos quedó sujeta otra vez al rey de Francia, acudieron al monarca ingles á fin de que los ayudase á sacudir el yugo. A la cabeza de ocho mil soldados desembarcó en Guyena el conde de Shrewsbury, hombre entonces de ochenta años, que si bien al principio anduvo victorioso, atacado mas tarde por fuerzas superiores pereció en un combate. Su muerte malogró la empresa, y la Guyena absorvida por la monarquía francesa, fue una de sus mas ricas é importantes provincias.

Mientras que duraba esta guerra la reina parió un hijo en 13 de octubre de 1453; mas este acontecimiento que al parecer debia

asegurar el trono en la casa de Lancastre fue el precursor de un incidente que aguaba esta esperanza. En efecto atacó por entonces á Enrique una enfermedad que le hizo incapaz de cumplir hasta con las esterioridades de su rango; y en tales circunstancias la reina quedó á merced de los partidarios de York y de sus amigos los condes de Salisbury y Warwick, cuyas riquezas y cuyo crédito le daban grandísimo ascendiente sobre sus rivales. Entrados en el consejo á una con el duque de York los dos condes dichos, no tardaron en ser dueños absolutos, y entonces cogieron al duque de Somerset en el mismo cuarto de la reina y marchó preso á la torre. En seguida lograron que Ricardo comisionase al lugarteniente del reino para que abriera el parlamento. En una de las primeras sesiones la cámara de los comunes acusó á Somerset y al dia siguiente esta y la de los pares declararon al duque de York protector del reino, defensor de la Iglesia y primer consejero del rey, aunque con la condicion de que solo desempeñaria este cargo durante la menoría del heredero de la corona. Esta cláusula declaraba el intento de conservar los derechos á la casa de Lancastre: de manera que en aquella ocasion el parlamento ó hizo poco, ó hizo demasiado.

Apenas el duque de York pudo mandar á su albedrío cuando se apoderó del gobierno de Calais arrebatándolo para esto á Somerset; mas aquel poder absoluto que se confió al ambicioso duque solo era provisional y asi es que en el año inmediato le fue quitado con motivo del restablecimiento verdadero ó aparente del enfermo monarca. Como consecuencia de este cambio Somerset salió de la torre, y York se retiró á las fronteras del pais de Gales en donde levantó algunas tropas. La reina fue á su encuentro y en San Albano y en 23 de mayo de 1455 se hallaron cara á cara los dos partidos. El duque tenia tres mil soldados, y dos mil sus adversarios: de modo que cinco mil hombres iban á decidir á quién perteneceria la corona. En vano se entablaron negociaciones antes de dar principio á la lucha, pues al fin se comenzó el combate y el conde de Warwick que mandaba á los habitantes de las fronteras derrotó á los partidarios de Lancastre que perdieron en la ba-

talla á tres de sus gefes, á saber, el duque de Somerset, el conde de Northumberland y lord Clifford. El mismo Enrique cayó en manos del duque de York que le trató con el respeto debido á su dignidad. El mas importante fruto de esta victoria fue la prision del monarca, puesto que ponia la autoridad en manos del vencedor, el cual se aprovechó de ello para convocar un parlamento en el que trató de justificar su rebelion acusando á Somerset de haber interceptado sus cartas al rey provocando con esto al combate. No hubo quien contradijera esta fábula, Enrique reconoció que el duque de York y los condes de Warwick y Salisbury habian llenado los deberes de súbditos fieles y leales, prorogóse el parlamento hasta el 12 de noviembre siguiente; Ricardo fue revestido por segunda vez con el título de protector del reino y hasta logró que se hiciese un decreto en el cual se determinaba que aquella dignidad no podia revocarse sino con consentimiento de los lores eclesiásticos y legos. York sin embargo vió frustradas sus esperanzas porque á pesar suyo y de sus amigos el rey cuya salud se habia mejorado fue al parlamento y recobró el ejercicio de su poder.

Dos años se pasaron de esta manera. El duque de York sabiendo que la corte sospechaba de sus intenciones se mantenia receloso y se negó á trasladarse á Coventry á donde la reina deseaba que fuese al mismo tiempo que los condes de Warwick y Salisbury. Convencido Enrique de que no podia desarmar á los dos bandos trató de unirlos indicándoles que tuviesen una entrevista en Londres en donde debian encontrarse los gefes. El duque de York y sus amigos se trasladaron á la capital acompañados de un gran séquito; el lord corregidor cuidó de alojarlos en cuarteles separados, despues de lo cual se negociaron los pactos de un convenio cuya sustancia era que los señores vivirian en adelante en buena inteligencia y sujetos á las órdenes del rey; y que el duque de York y los condes de Warwick y Salisbury formarian parte del consejo. Este ajuste fue robustecido con juramento, y se acabó con una procesion solemne á la iglesia de San Pablo, en la cual iban uno al lado del otro los señores de ambos partidos. El duque de York daba la mano á la reina, y de estas esteriores demostraciones de con-

fianza y amistad dedujo el pueblo que la paz seria firme y duradera.

Estas apariencias de concordia no sofocaron en manera alguna el odio, el cual solo necesitaba una chispa para inflamarse de nuevo; asi fué que habiendo ocurrido una disputa entre un criado del rey y uno del conde de Warwick tomaron parte en ella los amigos de este y de aquel campeon y la riña se convirtió en una batalla. El conde de Warwick creyendo ó aparentando creer que se atentaba á su vida se retiró á Calais, para aguardar allí los acontecimientos, mientras que el duque de York y el conde de Salisbury se aprestaban á las armas so pretesto de vengar la injúria hecha á Warwick. La reina dispuso al instante que lord Andley levantase tropas, como lo verificó, y puesto á la cabeza de diez mil hombres al llegar á Blore-Heath en el condado de Stafford se encontró con Salisbury que marchaba sobre Londres. Este menos fuerte que su rival fingió una retirada, y mientras que el enemigo pensando que nada tenia que hacer sino perseguir fugitivos atravesaba en desórden el rio que entre los dos ejércitos habia, el otro volvió atras y se echó de repente sobre los soldados que estaban ya en la otra márgen. Despues de una lucha de muchas horas las trópas reales se fugaron dejando en el campo de batalla á su general y muy cerca de dos mil hombres. Este combate se dió en 23 de setiembre de 1459. El vencedor fue á reunirse con el duque de York en el pais de Gales en donde continuaron sus preparativos de defensa y escribieron al conde de Warwick que estaba en Calais, quien se les juntó con una parte de la guarnicion. Siete meses se pasaron antes que los dos partidos llegasen á un rompimiento. Finalmente el rey partiendo de Coventry llegó á Glocester, desde donde ofreció perdon á los rebeldes si deponian las armas, y estos respondieron con una carta en la cual suponian que su objeto era la reforma de algunos abusos introducidos en el gobierno, y que si sacaron la espada contra su soberano fue movidos á ello por una necesidad imperiosa. Mientras estas demandas y respuestas, el caballero Andres Trollop gefe de los veteranos que trajo Warwick se pasó con estos al campo del monarca, desercion que desalentó

en tales términos á los partidarios del duque de York que se desbandaron al momento. El duque con su segundo hijo el conde de Rutland se refugió en Irlanda; Warwick y los demas gefes se retiraron á Calais, y el rey despues de perdonar á los rebeldes de baja esfera hizo que en el parlamento reunido muy luego en Coventry fuesen declarados reos de alta traicion el duque de York, los condes de Salisbury y Warwick y los demas gefes á todos los cuales se condenó á la pena capital y se les confiscaron los bienes.

El partido de York dispersado pero nó vencido no solo volvió á reunirse, sino que adquirió nuevas fuerzas gracias al talento y á la actividad de Warwick, que dueño de Calais tuvo medio de proporcionarse buques, con los cuales se fue á Irlanda á ponerse de acuerdo con el duque Ricardo. La reina sabedora de esta entrevista y previendo sus consecuencias trató de neutralizarlas, adoptando un sistema de terror, á cuyo efecto dispuso que se trasladasen á las provincias adictas á la casa de York el conde de Wiltshire y lord Scale con la mision de perseguir á todos los que hubiesen tomado parte en las revueltas. Los habitantes del condado de Kent amenazados en sus personas y en sus bienes, hicieron saber á los insurrectos que estaban prontos á recibirlos; y entonces Warwick se presentó allí con el conde de Salisbury y con el de March primogénito del duque de York. A la cabeza de mil quinientos hombres se fueron á Sandwich en donde habiéndoseles reunido lord Cobham tomaron el camino de Londres que les abrió las puertas. Las fuerzas de los insurgentes se aumentaron en términos tales que el conde de March á la cabeza de veinte y cinco mil soldados y llevando como lugartenientes suyos á Warwick y á Cobham dirigióse contra el ejército de la reina, con el cual se encontró cerca de Northampton. Empeñóse el combate á las dos de la tarde del 19 de julio de 1460, y por ambas partes fue sostenido con igual encarnizamiento; pero la traicion de lord Grey de Ruthyn arrancó la victoria á los del partido de Lancastre. Perecieron en el combate el duque de Buckingham, el conde de Shrewsbury, el vizconde Beaumont, y muchos otros nobles, porque Warwick habia dispuesto que se economizase la sangre de los soldados y que no se diera

cuartel á los gefes. Enrique que se quedó en la tienda esperando el resultado fue cogido por los vencedores, los cuales en la apariencia le guardaron todas las consideraciones que pudiera reclamar el mas profundo respeto. Margarita se fugó á Chester con su hijo, y habiendo alcanzado las montañas del pais de Gales logró trasladarse á Escocia. El rey fue conducido á Londres y convocó un parlamento que debia abrirse en 2 de octubre. Puesto á merced de los que le rodeaban condescendia con todas sus peticiones que en rigor no eran otra cosa que órdenes disfrazadas. Partiendo de estos principios declaró que reconocia al duque de York y á sus amigos por buenos y fieles súbditos; firmó un decreto quitando al conde de Somerset el gobierno de Guines para dárselo al conde de Warwick, y otro en virtud del cual confirmaba á este en la posesion de Calais. A los dos dias de abierto el parlamento vino de Irlanda é hizo su entrada en la capital Ricardo duque de York acompañado de un numeroso séquito y precedido por un caballero que llevaba la espada desnuda. Llegado á Westminster atravesó el grande vestíbulo de palacio, trasladóse á la cámara alta y adelantándose hácia el asiento real cogió el paño que le cubria cual si intentara ocupar aquel sitio. Entonces el arzobispo de Cantorbery le preguntó si iba á ofrecer sus respetos al rey que estaba en el cuarto de su esposa. „No conozco á nadie, contestó, á quien deba visitar el primero." Al momento salió de la cámara y fue á instalarse en las habitaciones reservadas al rey. Al dia siguiente hizo entregar á los lores un escrito en el cual reclamaba la corona y cuya sustancia era que Ricardo en calidad de hijo de Ana Mortimer que por línea recta descendia de Lionel hijo tercero de Eduardo III tenia mejor derecho á la corona que el actual posesor que era descendiente de Juan de Gante hermano menor de Lionel. Los lores á quienes tocaba decidir esta grave cuestion creyeron que ante todo debian dar conocimiento de ello á Enrique, el cual les mandó que registrasen los archivos á fin de hallar documentos con que pudiesen rechazarse las pretensiones del duque. Algunos dias despues encargaron á los jueces que espusiesen su dictámen acerca de este negocio; mas los magistrados se escusaron diciendo que su saber no llegaba

á tanto y que atendida la calidad del negocio no lo consideraban sujeto á su jurisdiccion. En semejantes circunstancias y deseando los lores conciliarlo todo, decidieron que Enrique continuase ocupando el trono y que el duque de York le sucediese. En aquella acta solemne no se hizo mencion alguna del príncipe de Gales cuyos derechos fueron sacrificados. En virtud de esto se anticiparon en confiar á Ricardo el ejercicio del poder real, diósele el mando de las tropas y se declaró que cuantos se resistiesen á sus órdenes ó atentaran á su vida serian declarados reos de alta traicion. El duque y sus dos hijos juraron sostener en el primer puesto á Enrique, el cual aprobó el acta y al dia siguiente asistió á la procesion que se hizo en la iglesia de San Pablo, en la cual el duque de York ocupó el lugar destinado al heredero presunto de la corona. Orgulloso con la victoria dispuso que el rey mandase á su esposa que diera la vuelta á Londres, creyendo que esto era un medio para justificar todas las medidas rigorosas que pensaba adoptar contra la misma.

Esta infatigable princesa dejando la Escocia para volver á Inglaterra con su hijo, levantaba en el norte un ejército que bien pronto ascendió á diez y ocho mil hombres, gracias al duque de Northumberland y á lord Clifford que se le agregaron con sus vasallos. A la nueva de tales preparativos el duque de York deseoso de prevenirlos se puso en marcha, y pocos dias antes de navidad llegó al castillo de Sandal. Aunque atendida la inferioridad de sus fuerzas debiera esperar como se lo aconsejaban á su hijo el conde de March que le llevaba nuevas tropas, ora quisiese terminar la incertidumbre de su posicion, ora se avergonzara de retroceder ante una muger, salió del castillo y en 30 de diciembre de 1460 aceptó la batalla en un lugar llamado Wakesfield-Greent. Circuído allí por todas partes pereció en el combate juntamente con dos mil de los suyos. Mientras que Clifford cuyo padre fue muerto en la batalla de San Albano perseguia á los fugitivos encontró á un muchacho de doce años que se escapaba á toda prisa acompañado de un sacerdote anciano que era su preceptor. Al ver el rico trage del niño le preguntó Clifford como se llamaba, á lo cual el preceptor

dijo que era el hijo de Ricardo y que tuviese compasion de él; mas Clifford lejos de sentirla, esclamó: „tu padre mató al mio, y „es justo que yo acabe contigo y con toda tu raza." En seguida se arrojó sobre él y le mató á puñaladas. Margarita hizo cortar la cabeza al cadáver del duque de York y clavarla en la puerta de la ciudad de su título poniéndole una corona de papel. El conde de Salisbury y otros doce señores de su partido fueron decapitados en Pontefract.

El conde de March que se hallaba en Glocester cuando supo el trágico fin de su padre marchó al instante contra Margarita con el intento de vengarlo; mas viéndose perseguido por una division de escoceses é irlandeses mandados por el conde de Pembroke hermano uterino de Enrique, atacólo audazmente y lo venció en Mortimers-Cross. Pembroke se escapó, pero sir Owen Tudor esposo de la reina viuda de Enrique V fue hecho prisionero y decapitado juntamente con otros siete capitanes galeses para vengar la muerte de Salisbury y de sus compañeros. Entre tanto la reina á la cabeza de un ejército victorioso iba acercándose á Londres de donde salió Warwick para combatirla. Los dos ejércitos llegaron á las manos en San Albano el dia 14 de febrero de 1461; Warwick fue vencido y á esta derrota debió la libertad el monarca á quien se habian llevado de la capital. Aunque Enrique prometió á lord Bouville y á sir Juan Kyriell que le acompañaron siempre que les salvaria las vidas, los partidarios de Margarita tenian sed de venganza, y por tanto aquellos dos desgraciados murieron en un cadalso. El ejército real cuya mayor parte se componia de galeses y de habitantes de las fronteras, ladrones de oficio, no pudo apoderarse de Londres de donde los habitantes lo rechazaron. A consecuencia de esto Margarita hubo de retirarse hácia el norte en donde contaba con los partidarios mas adictos; mientras que Eduardo se habia reunido con Warwick en la capital en donde fue recibido con los mayores transportes de alegría. Este príncipe que entonces tenia diez y nueve años llamaba la atencion por su arrogante figura, por la gracia de su persona, y por la dulzura de sus modales. Mas atrevido que su padre resolvió salvar la valla que le separaba

del trono, y congregados para esto muchos pares espuso sus derechos, sostuvo que Enrique habia perdido los suyos quebrantando el tratado que le aseguró la corona, y dijo ademas que su imbecilidad no le permitia ejercer la autoridad real. Aquel mismo dia por la tarde lord Falcoubridge arengó en San Juan-Field á grande multitud del pueblo inculcándole los títulos de Eduardo y preguntando al finalizar su discurso si querian jurarle obediencia y fidelidad. El pueblo respondió con aclamaciones y vivas, y al dia siguiente 4 de marzo de 1461 el príncipe se trasladó con gran pompa á Westminster, ocupó el trono, pasó luego á la iglesia para dar gracias á Dios, y con el nombre de Eduardo IV fue proclamado por los heraldos en todos los ángulos de la ciudad.

Tal fue el remate del reinado de Enrique VI que duró cerca de treinta y nueve años. Este príncipe declarado rey de dos naciones pocos meses despues de haber nacido, toda su vida no hizo mas que vegetar, mandado al principio por sus tios y despues por su esposa unas veces, y otras por el duque de York que se sirvieron de él para sancionar cuanto su política les sugeria. Enrique sin embargo tuvo todas las virtudes privadas que inspiran afecto, y asi es que á pesar de su incapacidad universalmente reconocida, el pueblo le conservó por mucho tiempo una adhesion supersticiosa. Alababa su bondad, admiraba su devocion, y era agradecido á todas las providencias del rey que tendian á mejorar su suerte. Su nulidad le recomendaba, porque no siendo dable atribuirle las relevantes calidades de un hombre de estado la multitud le consideraba adornado con todas las virtudes de un santo. Su salud era tan varia que de repente le faltaban y de repente recobraba sus facultades intelectuales; y de aqui las súbitas revoluciones que quitaron y restituyeron el poder al duque de York, el cual ó no se atrevió ó no pudo conservarlo. Nada prueba mejor la triste situacion de Enrique que lo acontecido en 1454. En aquella época se presentó al monarca una comision compuesta de tres lores eclesiásticos y ocho laicos para determinar si se hallaba en estado de regir el reino; mas despues de una infinidad de preguntas y de súplicas y de una sesion de muchas horas no se pudo recabar de él ni una

respuesta, ni una palabra, ni la menor indicacion siquiera: de modo que al parecer estaba sumergido en la apatía mas absoluta. Entonces fue cuando se encargó el gobierno al duque de York con el título de defensor y protector del reino.

No habrá sido difícil para nuestros lectores considerar que durante el período que hemos recorrido el poder del parlamento adquirió muchos ensanches. A la verdad el papel mas importante vino á recaer en la cámara de los pares, que muchas veces ejerció la autoridad real, puesto que los mismos príncipes conocieron que cuando el rey era menor de edad ó incapaz de gobernar por sí no les correspondia hacerlo á ellos, sino á los pares reunidos en asamblea. Vióse de esto una prueba cuando la corona fue reclamada por el duque de York, pues entonces se confirió esclusivamente á la cámara alta la prerogativa de decidir aquel negocio. La baja no tomó parte alguna en esta determinacion, la cual segun su mismo testo fue abrazada segun el parecer y el consentimiento de los pares y solo se hace mencion del asentimiento de los comunes. Esta cámara sin embargo estendió sus privilegios, y no contenta con votar las contribuciones y con legislar se arrogó el derecho de perseguir á los ministros acusados de prevaricacion ó de malversaciones. Entonces tambien se fijó por medio de una ley la manera de elegir los diputados para el parlamento. Despues que Enrique IV hubo usurpado el trono del infeliz Ricardo II, aumentó escesivamente el número de los electores, por lo cual el derecho de serlo se limitó á los que poseian, deducidas cargas, una renta de cuarenta chelines, que corresponden á poca diferencia á veinte libras esterlinas de la actual moneda. Urgente era la necesidad que habia de arreglar este negocio, en atencion á los graves desórdenes que se verificaron. Cuando en 1460 el duque de York vencido por sus adversarios se marchó del reino, él y los condes de Warwick y Salisbury fueron proscritos por un parlamento convocado en Coventry, el cual hizo un Estatuto declarando que todo caballero nombrado miembro de la asamblea en virtud de una carta del rey debia reputarse por legítimamente elegido: doctrina ilegal y peligrosa que desquiciaba en gran manera el poder del parlamento.

Durante el reinado de Enrique continuó la decadencia de las rentas de la corona, cuyas deudas se aumentaron de un modo espantoso. En vano quiso el príncipe remediar este daño recobrando cuanto diera en su advenimiento, pues este medio no era capaz de producir el efecto deseado atendidas las escepciones que se hicieron á favor de las personas que contaban con algun apoyo en la corte. Las cosas llegaron á tal punto que las rentas del monarca no escedian de cinco mil marcos, por lo cual fue preciso que el parlamento le señalase algunos recursos y que autorizara al tesorero general para que los aplicase esclusivamente á los gastos de palacio: mas estos medios fueron tan insuficientes como que al terminarse su reinado Enrique debia la enorme cantidad de trescientos setenta y dos mil marcos. Durante el reinado de este príncipe se introdujo en Inglaterra la imprenta y Guillermo Caxton fue el primero que en la capital hizo uso de ella.

EDUARDO IV.

Eduardo ensalzado al trono por el voto del pueblo y por la suerte de las armas, acompañado de Warwick salió de Londres pocos dias despues de su advenimiento y con el objeto de marchar contra Margarita. Llegado á las márgenes del Aire en el condado de York envió á lord Fitz-Walter para que se apoderase de Ferry-Bridge; mas esta posicion fue recobrada muy pronto por Clifford que persiguiendo á los vencidos los degolló desapiadadamente. Este descalabro lejos de desalentar á Eduardo y á Warwick encendió mas y mas su bravura, de modo que el segundo echó pie á tierra, mató su caballo delante de los soldados, y besando la cruz de la espada dijo en alta voz: „quien quiera salvarse que se salve, pero „yo juro por esta cruz que me sostendré firme al lado de aquel „que se mantenga firme al lado mio." Cerca del pueblo de Towton y en el domingo de ramos de 1461 se empeñó el combate que las dos partes sostuvieron durante diez horas con tanto mayor encarnizamiento, cuanto en uno y otro campo se habia mandado no

dar cuartel á nadie; pero lord Falcombridge pudo pasar el rio, cogió á Clifford por el flanco, y el ejército de Lancastre fue derrotado y perdió mas de veinte mil hombres, parte de los cuales perecieron ahogados. Northumberland, Clifford y muchas otras personas de alto rango murieron con las armas en la mano; los condes de Devonshire y de Wittshire cayeron prisioneros y sus cabezas reemplazaron á la del duque de York que como antes dijimos habia sido clavada en los muros de esta ciudad. Margarita refugiada de pronto en Escocia con su esposo y su hijo, trasladóse luego á Francia para solicitar socorros de Luis XI que acababa de subir al trono; y Eduardo que ya no tenia enemigos que vencer en el campo de batalla celebró en Westminster la ceremonia de su coronacion. En el parlamento convocado en seguida fueron proscritos la familia real de Lancastre, los duques de Somerset y Exeter y un crecido número de nobles que no habian cometido mas delito que abrazar la defensa de un príncipe á quien juraron ser fieles. Eduardo por desgracia se veia precisado á verter la sangre de sus adversarios, pues solo con la muerte y con la confiscacion de los bienes de estos podia recompensar sus servicios á los sustentadores de su causa; y asi esta urgencia como su carácter naturalmente poco piadoso le impulsaron á satisfacer muy luego la impaciencia de sus allegados. Se confirmaron todos los actos judiciales que tuvieron lugar durante los reinados de los tres últimos príncipes; pero se declaró que estos habian ocupado el trono de hecho y no de derecho: distincion injusta á la par que arriesgada, pues tendia á convertirlo todo en cuestionable.

Desde el asesinato de Jaime I cuyo sucesor, niño todavía, trajo á la Escocia todos los males de una larga menoría, aquel pais agitado por intestinas discordias guardó la tregua hecha con Inglaterra; mas cuando las querellas promovidas entre las casas de York y de Lancastre trastornaron la Gran Bretaña, Jaime II que tenia ya veinte y nueve años, y que estaba aficionado por la lucha que sostuvo contra los barones de su reino, sintió dispertarse su ambicion y formó el proyecto de recobrar en tan oportuna coyuntura lo que la guerra habia arrebatado á los escoceses. A consecuencia

de esto en 1460 fue á sitiar á Roxburg plaza muy fuerte que poseian los ingleses desde el cautiverio de David II, situada entre el Tweed y el Teviot y muy importante como punto militar. El monarca trató de abrir una brecha haciendo uso de la artillería, arma nueva entonces y tan distante de haber adquirido la perfeccion que ha alcanzado en nuestros tiempos, como que el monarca tenia en su campo un ingeniero frances que era reputado por muy hábil porque solo equivocaba de una toesa la puntería. Por desgracia los cañones de entonces no estaban mejor fabricados que servidos, y asi fue que uno de ellos reventó al tiempo en que el monarca iba á dispararlo y le dejó muerto en el acto. Apenas la reina María de Gueldres tuvo noticia de esta catástrofe cuando se trasladó al campo con su hijo niño aun, conjuró á los señores escoceses para que no abandonasen aquella empresa tan útil como gloriosa, y el ejército entero movido por sus ruegos, y entusiasmado por sus palabras, redobló los esfuerzos, é hizo que la plaza capitulara. Los vencedores la arrasaron, y aunque no ha sido nunca reedificada, sus ruinas atestiguan todavía cuál era la solidez y el espesor de sus murallas. Enrique VI con el objeto de alcanzar un asilo despues de la jornada de Towton habia entregado la plaza de Berwick á los escoceses, grangeándose de este modo un apoyo contra su enemigo y dando ocasion á que los dos paises entablaran una guerra que no habiendo sido obstinada ni ofrece interes alguno ni se prolongó mas allá del año 1463 en que se ajustaron treguas.

Mientras tanto Margarita desembarcada en Bretaña se habia trasladado á la corte de Luis XI, pero el monarca frances interesándose muy poco á favor de la esposa de Enrique se limitó á darle algunas tropas, con la promesa de que entregaria la plaza de Calais como en hipoteca de sus adelantos. Los dos mil hombres mandados por Brezé senescal de Normandía que puso á su disposicion, alcanzaron algunas ventajas y se hicieron dueños de Bamborough, Alatwick y Dunstanburgh; pero la llegada de Warwick con veinte mil hombres tras los cuales iba Eduardo con otro ejército obligó á los de Lancastre á retirarse dejando guarniciones en las pla-

zas conquistadas, cuyos defensores hubieron de capitular muy luego. El duque de Somerset, sir Ricardo Percy, y otros partidarios de Enrique, despues de jurar fidelidad á Eduardo recobraron sus bienes. Margarita buscó un refugio en sus buques, y despues de una tempestad en que perdió la mayor parte del dinero que se habia llevado para hacer frente á los gastos de la guerra, pudo coger las costas de Flandes y fue á pedir un asilo al conde Charolais hijo del duque de Borgoña. Enrique que se habia quedado en Escocia, despues de reunir á muchos de sus partidarios, á su frente y al de una division de tropas escocesas resolvió probar otra vez fortuna, á cuya noticia la infatigable Margarita fue á reunirse con su esposo.

Los de Lancastre se entraron por el condado de Northumberland en donde acudieron á sus banderas Somerset y Percy que acababan de reconocer la casa de York y de sustituir la rosa blanca á la encarnada (1). Atacados allí por lord Montague gobernador de las fronteras y hermano de Warwick sufrieron una derrota en Hedgley-More, y fueron completamente vencidos por el mismo Montague en la sangrienta jornada de Exham que tuvo lugar en 17 de mayo de 1464. Percy perdió la vida, y el duque de Somerset, los lores Roos y Hungerfurd y muchos nobles hechos prisioneros murieron en un cadalso, despues de un simulacro de juicio. Margarita que en la fuga se habia separado de su marido corrió graves riesgos. Refugiada en un bosque cayó en manos de bandidos que sin respetar su sexo la maltrataron y robaron, pero el reparto del robo dió lugar á tal querella entre los ladrones que Margarita pudo huir de ellos, é internarse con su hijo en el bosque, aunque sin saber á dónde debia dirigirse. De repente se le presentó un hombre con la espada en la mano, y la reina desesperada en vez de huir fue á su encuentro, y presentándole el princi-

---

(1) La casa de Lancastre habia adoptado por divisa una rosa encarnada y la de York una rosa blanca; y por esto la sangrienta lucha que para la posesion del trono sostuvieron las dos dinastías, es conocida en la historia con el nombre de *Guerra de las dos rosas.*



pe le dijo: „acércate: á tu lealtad confio el hijo de tu rey." Conmovido por estas palabras y por un suceso tan estraño, aquel desconocido tomó bajo su proteccion á los dos prófugos y pudo conducirlos á lugar seguro.

Enrique logró asimismo salvarse de sus enemigos pero fue perseguido tan de cerca que cayeron en manos de estos tres de sus criados, á quienes hizo traicion su vestido de terciopelo azul, y al uno de los cuales se le encontró la gorra de ceremonia de Enrique guarnecida de perlas finas, que fue presentada á Eduardo. Muchos de los vencidos hallaron un asilo en las cuevas que hay en los montañosos territorios de los condados de York, Cumberland y Westmoreland. El príncipe fiado en el celo y en la generosidad de los habitantes de las fronteras vivió cerca de un año, llevando una vida errante y cercada de riesgos hasta que vendido por un monge fue preso en Waddington-Hall y puesto en manos de Warwick quien no contento con prohibir que se le hiciesen los honores debidos á su dignidad, lo envió á Londres atado sobre un caballo y lo encerró en la torre. Como la victoria de Exham habia al parecer resuelto definitivamente la cuestion, pues los partidarios de Lancastre no osaban hacer armas, y los gefes ó buscaron su salvacion en la fuga ó vivian ocultos, Eduardo solo se ocupó en distribuir bienes y honores á sus principales amigos; hizo conde de Northumberland á Montague; dió titulo de conde de Pembroke á lord Herbert y proscribió en masa á todos los que abrazaron la causa de su competidor.

Entonces sin freno alguno se dejó arrastrar por su inclinacion á los placeres á los cuales le convidaban su juventud y su alto rango. Dotado de todas las prendas físicas gustaba de brillar en las fiestas, en las que se distinguia por la gracia de sus modales y por su galantería con toda clase de mugeres; inclinacion que por poco hubo de costarle la corona y la vida. Como era todavía soltero la política le aconsejaba que procurarse afirmarse en el trono por medio de algun enlace ventajoso, y asi es que encargó á Warwick que negociase su matrimonio con la princesa Bona de Saboya cuñada de Luis XI; pero mientras que el conde se ocupaba de esta

mision hacíala inútil el monarca enamorándose de la viuda de sir Tomas Grey que por sostener la causa de Lancastre murió en la segunda batalla de San Albano. Esta señora era hija de la duquesa de Bedford la cual despues de haber enviudado contrajo segundo matrimonio con Ricardo Woodville, simple caballero que mas tarde obtuvo el título de conde de Rivers. En una visita que el rey hizo á esta señora, su hija Isabel aprovechó la coyuntura para arrojarse á los pies del monarca é interceder á favor de sus hijos á quienes un decreto de confiscacion habria arrebatado los bienes del padre. Quedó el rey tan hechizado de su belleza como complacido de las dotes de su espíritu; pero en vano hizo uso de todos los recursos que en su mano estaban á fin de satisfacer su pasion, porque ni los ofrecimientos ni las lisonjas pudieron doblegar la entereza de Isabel. Entonces no tuvo otro remedio que sacrificar la razon de estado á su amor casándose con la viuda. Su boda verificada en Graston en 1464 se mantuvo secreta durante algunos meses, mas siendo imposible ocultarla por mucho tiempo, se hizo pública y la reina consiguió ser reconocida y coronada en Westminster. Noticioso de esto Warwick dió la vuelta á Inglaterra justamente irritado contra el monarca, quien lejos de calmarlo con mercedes agrió mas y mas su resentimiento colmando de favores á la familia de su esposa. Nombró á su suegro tesorero general y gran condestable, y casó á sus cuñadas con los mas distinguidos y mas ricos barones del reino.

La repentina elevacion de esta familia hizo muchos descontentos, de los cuales resolvió Warwick sacar partido para humillarla y hacerse temible al príncipe, á quien acusaba de ingrato, no obstante de que debiera estar contento de la fortuna; pues ademas de sus inmensas posesiones era gran chambelan, grande almirante, lugarteniente de Irlanda y gobernador de Calais. Comenzó por alianzarse con el duque de Clarence hermano segundo del monarca, con el cual casó á su hija y se ocupó en espiar el momento de conmover el trono de Eduardo revolucionando en secreto contra su autoridad. Bien pronto se hizo sospechoso, y se le tuvo por cómplice en una insurreccion formidable que estalló en aquella

época, y cuya causa aparente era el haberse negado los labradores del condado de York á pagar al hospital de San Leonardo el cánon de veinte y cuatro gavillas de trigo por cada pieza de tierra de la provincia. Perseguidos los labriegos por las censuras eclesiásticas y condenados por los tribunales civiles se sublevaron y salieron á campaña en número de quince mil. Fue contra ellos el conde de Northumberland, en 1469 los batió en Edgecote, cogió á su gefe Robin de Redesdare y lo hizo ahorcar; mas á pesar de esto continuando los revolucionados en su intento pusieron á su cabeza á sir Enrique Nevil y á sir Coniers sobrino el uno, y el otro primo hermano de Warwick. Estos publicaron un manifiesto en el cual despues de quejarse de la opresion de que eran víctimas pedian al rey que llamase á su lado á Warwick y que alejara á la familia de Woodville á la cual atribuian los males de que se lamentaban. Eduardo despues de levantar un ejército llamó en su ausilio á los condes de Pembroke y de Vonshire, los cuales obedecieron en el acto; pero habiéndose luego puesto de mala inteligencia por mutuos zelos se separaron y Pembroke se quedó al frente del ejército que atacado por fuerzas superiores fue puesto en completa derrota. Noticiosos los vencedores de que el conde de Rivers y su hijo estaban en el castillo de Grafton los sacaron de allí y los hicieron morir en un cadalso: acontecimiento bastante á indicar que Warwick ausiliaba las revueltas y que los insurgentes le servian de medio para saciar su odio contra los parientes de la reina. Como los pormenores que nos quedan de la guerra de las dos rosas ademas de incompletos son inexactos y confusos, no es dable asegurar si en esta época Warwick se habia declarado abiertamente; mas ello es que segun Comines á quien lo refirió el mismo Eduardo, este príncipe preso traidoramente, fue puesto por Warwick y por Clarence bajo la custodia del arzobispo de York y se escapó en una partida de caza. Los analistas contemporáneos no mencionan poco ni mucho esta aventura, que niega Hume y dan por cierta otros historiadores modernos.

De todos modos parece cierto que Warwick habia dejado la corte y que por diferentes desavenencias se puso con el monarca en

una actitud hostil que se desvaneció por medio de reconciliaciones. En uno de los momentos de concordia Eduardo dió al sobrino de Warwick hijó de lord Montague el título de duque de Bedford, y manifestó que deseaba hacerle su yerno casándolo con Isabel su primogénita y heredera presunta del trono, puesto que Eduardo no tenia hijos varones. Cuando todo parecia tranquilo estalló de repente en el Lincolnshire una revolucion cuyos gefes eran hijos de lord Welles. Apresuróse el rey á reunir tropas y comisionó á Warwick y á Clarence para que hiciesen levas; mas estos levantado ya el ejército en vez de conducirlo al campo de Eduardo se alzaron contra él é hicieron un manifiesto en que se quejaban de la marcha y de los abusos del gobierno. Entre tanto el monarca acababa de alcanzar una victoria decisiva sobre los rebeldes de Lincoln, cuyo instigador Roberto Welles fue hecho prisionero y decapitado. Esta derrota trastornaba los planes de Warwick y de Clarence, que conociéndose harto débiles para hacer resistencia huyeron á Exeter y se embarcaron para Calais; mas el lugarteniente de Warwick en esta plaza no solo se negó á recibirlos sino que tuvo la destreza de justificarse con Warwick, so pretesto de que no pudiendo contar con la guarnicion ni con los habitantes era preferible que se declarase por Eduardo y conservara de este modo el gobierno de la ciudad devolviéndoselo al conde en la primera ocasion oportuna. Warwick fingió que quedaba satisfecho, y habiéndose apoderado de algunos buques flamencos se trasladó á Harfleur en donde fue recibido con grandísimos honores.

Luis XI que habia visto no sin recelo la liga ajustada con el conde de Charolais á quien Eduardo casara con su hermana admitió á los fugitivos con el objeto de que le sirviesen para restablecer en el trono á la casa de Lancastre. A pesar de los motivos de resentimiento que por tantos años sostuvieron la guerra entre Margarita y el conde, Luis logró reconciliarlos y bajo sus auspicios ajustaron un tratado pactando que Enrique seria repuesto en el solio, que su hijo el príncipe de Gales se casaria con la hija de Warwick, y que si de este matrimonio no quedaban hijos ascenderia al trono el duque de Clarence á quien poco le plugo este tra-

tado. Sabedor de él Eduardo atizó mas y mas su descontento por medio de una dama que estaba en la servidumbre de la duquesa de Clarence. Esta señora habiendo alcanzado permiso de dejar la Inglaterra para ir á reunirse con la duquesa, hizo entender al príncipe que su amistad con Margarita no podia ser duradera porque sirviendo de instrumento para la venganza de Warwick no era dable que recogiese otro fruto que el deshonor, puesto que sostenia la causa de aquellos que derramaron la sangre de su padre, y añadió á esto que era mas seguro y mas honroso contar con la ternura de un hermano dispuesto á olvidar sus yerros y estrecharle en sus brazos. Estas reflexiones hicieron tanta impresion á Clarence que prometió seguir otra vez la senda del deber luego que para ello se le ofreciese ocasion oportuna.

Aunque los talentos de Warwick y su influjo sobre la muchedumbre, de quien á pesar de su ausencia era el ídolo, debian acrecer los temores y redoblar la actividad de Eduardo, avino todo lo contrario, de manera que no dictó medida alguna contra su enemigo y aun colmó de favores á los dos hermanos de este convirtiendo á Montague que era uno de ellos en confidente de sus mas íntimos secretos. En vano el conde de Charolais su cuñado que por muerte de su padre heredó el ducado de Borgoña, y es conocido en la historia con el nombre de Cárlos el *Temerario*, en vano, decimos, procuró este desengañarle y advertirle el riesgo que le amenazaba haciendo cruzar una escuadra en el canal de la Mancha; porque el monarca sordo á sus avisos trataba de inútil la prevision del duque, puesto que lejos de temer un ataque ardientemente lo deseaba segun decia él mismo. Warwick entre tanto espiando el momento para ejecutar su proyecto atravesó el canal á favor de una tempestad que dispersó los buques borgoñones. Desembarcado en Darmouth, su nombre reunió bien pronto soldados con los cuales tomó el camino de Londres, en donde fue recibido con grandes demostraciones de alegría. De allí habia salido pocos dias antes Eduardo para sofocar una rebelion que estalló en el norte, y aunque al acercarse Warwick trató de reunir sus fuerzas, vendido por Montague que logró revolucionar una division de seis

para destruir, pero no son suficientes para conservar. Por una coincidencia estraña la reina esposa de Enrique desembarcaba en Weymouth en el mismo instante en que sus amigos sucumbian en los campos de Barnet. Abatida por un reves de tanta cuantía le faltó el valor, y soltando abundante llanto corrió á buscar un asilo en el monasterio de Beaulieu; mas despues de haber pagado aquel tributo á la debilidad humana, recobró su firmeza al ver á los condes de Courtenay, de Devonshire, á los lores Wenloc y San Juan y á muchos otros gefes que fueron á ofrecerle su espada. Los dos ejércitos se encontraron en Tewksbury en las márgenes del Severn y rompieron la batalla el 14 de mayo de 1471. Los de Lancastre que habian levantado atrincheramientos esperaron el ataque y rechazaron á los espuguadores y quizás los derrotaran enteramente si hubiesen seguido los pasos de su general el duque de Somerset; pero Wenloc contuvo su entusiasmo y el enemigo penetró en el campo. En él quedaron tres mil lancasterianos y los demas acudieron á la fuga. En manos de los vencedores cayeron Margarita y su hijo, príncipe de diez y ocho años á quien Eduardo preguntó cómo habia osado invadir su reino. Para recobrar mi herencia, contestó el jóven audazmente. A estas palabras Eduardo le dió un bofeton con la manopla y Clarence, Glocester, lord Hastings y algunos otros caballeros sacaron arrastrando al preso y lo degollaron con sus propias manos. Margarita fue perdonada para que espiase en la torre de Londres el crímen de su derrota.

Muchos de los partidarios de Lancastre entre ellos el duque de Somerset habian buscado un asilo al pie de los altares en donde un sacerdote se atrevió á defenderlos y negociar para ellos una amnistía; pero Eduardo inflamado por el deseo de venganza violó su palabra, mandó prender á Somerset, á lord San Juan y á otros doce gentiles-hombres compañeros suyos de infortunio, y los hizo morir en un cadalso. En seguida verificó su entrada triunfal en Londres en 22 de mayo de 1471, al tiempo en que espiraba el desgraciado Enrique VI, segun se dice á manos de Glocester despues Ricardo III, que con esto dió principio á los homicidios que su feroz ambicion debia cometer mas tarde. Enrique murió á la

edad de cincuenta años. Juguete de las revoluciones que incesantemente le hicieron pasar desde su palacio á una cárcel, en todas estas circunstancias manifestó una resignacion cuyo orígen era una debilidad estúpida que lo hacia incapaz de conocer su posicion. Su cadáver fue espuesto en público en la iglesia de San Pablo á fin de confundir el rumor general de que su muerte habia sido violenta, mas esta prueba muy equívoca no ha podido sincerar la memoria de Eduardo IV.

La batalla de Tewksbury habia al parecer terminado la querella en favor de la casa de York porque todos los gefes del partido contrario perecieron con las armas en la mano ó en el cadalso, y aunque algunos de ellos, tales como el duque de Exeter y el conde de Oxford, lograron que se les perdonase la vida, el primero despues de un largo encierro murió asesinado, y el segundo que tuvo la audacia de prolongar la guerra aun despues de la ruina de la casa de Lancastre, pasó el resto de sus dias en la esclavitud. El arzobispo de York que contribuyó á derrocar la fortuna de Warwick su hermano, entregando la capital á Eduardo fue dignamente recompensado, puesto que el rey no pudiendo olvidar que pertenecia á la poderosa familia de Nevil le acusó de haber proporcionado dinero al conde de Oxford, apoderóse de sus bienes y lo tuvo en un calabozo de donde salió para morir pocas semanas despues de conseguida su libertad. Solo se escaparon de la venganza de Eduardo Gaspar Tudor conde de Pembroke y su sobrino el conde de Richemond, pues ambos lograron refugiarse en Bretaña. Eduardo dueño del poder á tanta costa comprado se entregó de nuevo á una vida disipada, ora pára satisfacer su inclinacion á los placeres, ora para sofocar con el estruendo de las fiestas el recuerdo de las sangrientas escenas que tuvieron lugar en los primeros dias de su reinado; mas turbó su reposo la querella suscitada entre sus dos hermanos los duques de Clarence y de Glocester. Queria este casarse con Ana Nevil una de las coherederas del último conde de Warwick; mas Clarence que habia tomado en matrimonio á la hermana mayor se oponia á este enlace por la ambicion de recoger él solo la herencia entera. Su audacia llegó hasta el punto de arreba-

tar á Ana y tenerla oculta durante largo tiempo, mas al fin el monarca consiguió poner paz entre los dos hermanos, Glocester se casó con la nieta de Warwick que le trajo una pingüe dote, y quedóse Clarence con el resto de la herencia.

Tambien se ocupó el monarca en concluir tratados de alianza con Dinamarca, Portugal y las ciudades anseáticas, cuyo poder era entonces formidable: renovó la tregua con la Escocia, y puso en juego todos los resortes imaginables para atraerse la bienquerencia de los duques de Borgoña y de Bretaña. Alentado por estos dos príncipes que odiaban y temian la ambiciosa política de Luis XI, determinó reclamar la corona de Francia contra cuyo monarca pactaron juntar sus fuerzas él y el borgoñon. Este proyecto fue oido con el mayor placer en Inglaterra, y el parlamento se condujo con generosidad concediendo al monarca considerables subsidios, á los cuales añadió Ricardo los que le produjo una contribucion disfrazada con el nombre de *benevolencia*, en virtud de la cual segun dice un autor contemporáneo todos hacian al rey el regalo que gustaban, ó por mejor decir el que no hubieran gustado hacerle. Espediente fue este que produjo mas dinero del que hasta entonces se habia votado y á beneficio del cual pudo levantar el monarca un grueso ejército á cuyo frente desembarcó en Calais á fines de junio de 1475. Aunque el duque de Borgoña habia prometido acudir con muchas tropas no pudo dar cumplimiento á su empeño, porque acababa de ser derrotado en una espedicion contra el duque de Lorena; y si bien Eduardo contaba asimismo con el condestable de Saint-Paul que ofreció entregarle San Quintin, lejos de cumplir su promesa trató á los ingleses á fuer de enemigos y les hizo fuego cuando se presentaron en aquel punto.

Antes de comenzar las hostilidades envió un rey de armas para que en su nombre reclamase la corona al rey de Francia, quien no solo oyó esta demanda con sangre fria sino que hizo entrar al mensagero en su cuarto, y despues de elogiar el carácter de Eduardo y de encarecer lo mucho que deseaba mantenerse con él en buenas relaciones, regaló al heraldo trescientas coronas prometiéndole mayor cantidad cuando se ajustase la paz. Deseoso el enviado de ma-

1. Oficiales de la Corte de Ricardo II. 2. Sir Guillermo Beauchamp, gobernador de Calais.

Pl 20





1. OFFICIERS DE LA COUR DE RICHARD II. (1377)

2. SIR WILLIAM BEAUCHAMP, GOUVERNEUR DE CALAIS. R de Richard II 1382

ANGLETERRE



nifestarle su reconocimiento le aconsejó que se dirigiese á los lores Howard y Stanley que gozaban de grande crédito con el monarca, y que segun se decia eran poco partidarios de la guerra. Eduardo descontento de sus aliados cuyo entusiasmo decaia, oyó las pacíficas proposiciones del rey de Francia y ajustaron una tregua de siete años con los pactos de que Luis pagaria á Eduardo una pension de cien mil escudos y que su primogénito el delfin se casaria con la princesa Isabel de Inglaterra. Luis convino ademas en comprar por cincuenta mil coronas la libertad de Margarita. Esta princesa saliendo de la torre de Londres fue á establecerse en Francia donde murió en 1482. Adornada con todas las gracias de su sexo carecia de las virtudes propias de este, si bien su falta estaba compensada con circunstancias de mas alto quilate y mas á propósito para el papel que hubo de representar en el mundo. La incapacidad de su esposo la obligó á gobernar en vez suya, y supo mostrarse digna de tan elevado encargo. Epoca era aquella en que la crueldad dominaba en los ánimos y en las leyes, y Margarita no pudo hacerse superior á la influencia de su siglo y se mostró inexorable con los adversarios que hubieran sido igualmente feroces: porque cuando reside en los pechos la rabia de las facciones la clemencia se interpreta por debilidad, y mientras descontenta á los unos no halla mas que ingratos en el otro partido. Al compadecer á las víctimas, no debemos olvidar que la victoria las hubiera convertido en verdugos.

A fin de estrechar el lazo que habian formado los reyes de Francia é Inglaterra tuvieron una entrevista en el puente de Pecquigny cerca de Amiens; mas parece que no fue la política el único asunto de su conversacion, puesto que el frances queriendo halagar la inclinacion de Eduardo á los placeres le invitó á que fuese á verle á Paris. Pensándolo mas sin embargo procuró que no le tomase la palabra, por temor, segun dijo á Comines, de que si Eduardo iba allí podia agradarse de alguna muger y esta amarlo é invitarle á que volviese de otra manera: mas vale, dijo el rey, que entre los dos haya la mar. El tratado de Pecquigny aunque honró poco á Luis fue muy ventajoso á su política, pues le ofreció

la oportunidad de poner á su devocion á los ministros de Eduardo, á quienes hizo aceptar regalos y pensiones. Lord Hasting y el canciller fueron los mejor galardonados, y si no contrajeron empeños formales, al menos abnegaron su independencia mostrándose mas dispuestos á sacrificar los intereses de su patria que su dinero.

El monarca ingles apoyado por sus alianzas fuera del reino, y dentro de él por el recuerdo de sus victorias, hubiera sido feliz á no turbar su dicha la desconfianza que tenia de su hermano el duque de Clarence cuya ambicion le daba recelos y de cuya fidelidad se creia poco seguro. Clarence recientemente viudo trató de casarse con la hija de Cárlos el *Temerario* duque de Borgoña que acababa de morir en una batalla contra el duque de Lorena; pero Eduardo se opuso á este matrimonio temiendo que su hermano fuera mas poderoso de lo que convenia al reposo de Inglaterra. Exasperado el duque dejó de presentarse en la corte, y esta ausencia hizo atrevidos á sus adversarios que prepararon su ruina atacándole en las personas de sus domésticos. Uno de sus capellanes llamado Hacey fue acusado de mágico, y como en el tormento dijo que era cómplice suyo sir Tomas Burdett gentil-hombre adicto á la familia del príncipe, ambos fueron condenados á muerte, y mientras eran conducidos al suplicio protestaron ante un eclesiástico que eran inocentes. Clarence se presentó en el consejo, leyó en él la declaracion de sus dos servidores, y sin guardar consideraciones ni respetos habló contra los perseguidores de aquellos hombres injustamente condenados. El rey calificando este discurso de insultante contra su autoridad hizo prender á su hermano y convocar un parlamento ante el cual compareció el duque. Los cargos que se le hicieron versaban acerca de un proyecto en que con el objeto de arrebatar la corona á su hermano habia hecho cundir la voz de que era mágico y bastardo, é indigno por lo mismo de regir un pueblo cristiano. Echábasele asi bien en cara haber conservado una copia auténtica del acta del parlamento que le declaraba heredero presunto de la corona cuando quedase estinguida la posteridad masculina de Enrique VI. Con el fin de sacar partido de esto habia mandado á todos sus vasallos que estuviesen prontos á secundarle

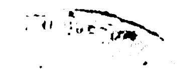
muy luego con las armas en la mano. Es imposible asegurar si estas acusaciones eran fundadas, si bien puede racionalmente dudarse porque cuando se trataba de delitos de alta traicion los jueces eran poco rígidos en materia de pruebas. Clarence condenado por los pares vió declararse contra él la cámara de los comunes, los cuales hostigaron cobardemente al monarca para que llevase á ejecucion la pronunciada sentencia, diez dias despues de la cual el duque murió en la torre de Londres ahogado en un tonel de malvasía, como lo pidió él mismo segun la crónica refiere. Sus dominios pasaron casi todos á manos del conde de Rivers hermano de la reina, al cual se hizo esta donacion por el singular motivo de que como tenia razones para quejarse de Clarence dijo que aceptando sus bienes contribuiria á disminuir la gravedad de sus culpas y á procurar la salvacion de su alma.

Como Eduardo era padre de una familia numerosa en la cual habia cuatro hijas salidas apenas de la infancia, procuró con todo esmero colocarlas. Isabel que era la mayor contrajo esponsales con el delfin de Francia; Cecilia con el príncipe de Escocia; Ana, con el hijo de Maximiliano y de María de Borgoña, y finalmente Catalina, con Juan hijo de D. Fernando de Aragon. Los acontecimientos sin embargo trastornaron estas alianzas, ninguna de las cuales fue llevada á cumplimiento, pues Luis XI rehusó casar á su hijo con Isabel é impulsó á Jaime III de Escocia á que hiciese lo mismo relativamente al matrimonio del suyo con Cecilia. De esta negativa resultó una guerra en que el duque de Glocester se hizo dueño de Berwick que fue cedida á la Inglaterra, y obligó á los escoceses á que aceptasen la paz. Apenas ajustada esta trataba Eduardo de vengarse de Luis haciendo una invasion en sus estados, cuando le atacó una enfermedad que muy en breve lo condujo al sepulcro, á la edad de cuarenta y dos años á los veinte y tres de reinado. Este príncipe con quien la naturaleza se habia mostrado muy pródiga en cuanto á las prendas físicas, abusó de esto para satisfacer sus pasiones y fue castigado de ello, porque en lo mejor de su edad perdió casi todas las gracias que le habian grangeado la admiracion de su pueblo. Su gordura degeneró en obesidad, sus facciones de-

licadas se hicieron bastas, y encenagado en los vicios abreviaron estos los dias de su vida. Tuvo sin embargo algunas virtudes propias de un príncipe, á saber, la intrepidez en la guerra, y una firmeza muy prudente, las cuales no solo le dieron el trono sino que bastaron para conservárselo; vinieron sin embargo á empañar estas buenas calidades la crueldad y la perfidia, vicios inherentes á su carácter y de los cuales no supo corregirse. Su incontinencia fue útil á su política, pues le puso en contacto con todas las clases de la sociedad á las cuales supo cautivar con la donosura y la familiaridad de sus modales. Las mugeres lisonjeadas con el homenage que rendia á sus gracias le ganaron la adhesion de sus maridos y de sus parientes, de manera que tuvo fuerza porque tuvo popularidad, y esta la debió mas bien á sus vicios que á sus virtudes. Al morir dejó dos hijos; el mayor que le debia suceder en el trono tenia entonces trece años, y su hermano que era duque de York no contaba mas que siete. Las hijas que no pudieron verificar las alianzas proyectadas por su padre se casaron con señores ingleses; y la quinta y última que se llamaba Brígida entró monja en Dartford. De sus muchas relaciones amorosas no tuvo Eduardo mas que dos hijos: Arturo á quien se dió el título de lord Lisle, é Isabel que se casó con lord Tomas Lumley.

EDUARDO V.

Favorables parecian los auspicios con que comenzó el nuevo reinado, pues la menoridad de Eduardo debia ser breve y ningun competidor pensaba disputarle el trono; pero la corte estaba dividida en dos bandos, formado el uno de ellos por los parientes de la reina á quienes sostenian los que les eran deudores de su fortuna y el otro tenia á su cabeza á los lores Hasting, Howard y Stanley amigos del difunto monarca cuyos favores habian alcanzado tomando parte en sus vicios. Durante su vida pudo Eduardo tener á raya aquellos odios, y al tiempo de morir hizo reconciliar en su presencia á entrambas partes; mas las demostraciones de



amistad que mutuamente se hicieron aquellos hombres á quienes separaban intereses de tanta cuenta, no podian ser sinceras, y por ello quedaron al punto olvidadas. Ausentes estaban entonces de la corte dos personages de valía, á saber: Ricardo duque de Glocester tio del nuevo rey, y Enrique duque de Buckingham descendiente de un hijo de Eduardo III y que vivia retirado en uno de sus castillos, al paso que el otro era gefe del ejército que guerreaba en Escocia. Apenas Ricardo supo la muerte de su hermano, cuando aceleradamente se trasladó á York á donde Buckingham fue á reunírsele y á ofrecerle sus servicios y los de nuevecientos vasallos que con él iban. Despues de haber hecho proclamar al rey y exigido que todos los habitantes de la provincia le prestasen juramento de fidelidad, Glocester dirigió á la reina y al conde de Rivers dos cartas llenas de protestas de adhesion á sus intereses y de fidelidad al nuevo manarca, pero aumentando al mismo tiempo el número de sus tropas se puso en marcha so color de hallarse en la ceremonia de la coronacion fijada para el 4 del siguiente mayo. El rey estaba en el castillo de Ludlow en el pais de Gales á donde le envió su padre á fin de prevenir las sublevaciones que en aquel pais eran casi continuas. La custodia del príncipe y su educacion estaban confiadas al conde de Rivers, quien obtemperando las órdenes del conde su hermano habia levantado algunas tropas con el objeto de escoltar al rey en un viage á la capital; mas como estas fuerzas al paso que eran una garantía para su seguridad habrian puesto á la madre en disposicion de conservar el poder, Hasting y sus amigos secretamente instigados por Glocester se opusieron con tanta obstinacion á esta medida que la reina hubo de desistir de su proyecto y el monarca emprendió el camino de Londres sin mas gente que dos mil hombres. Al llegar á Stony-Stratford supo que su tio Glocester estaba en Northampton, por lo cual los lores Rivers y Gray fueron á encontrar al duque con el objeto de presentarle su homenage y sujetar á su dictámen las medidas que habian tomado para solemnizar la entrada del rey en Londres. Recibiólos Glocester amigablemente, y cuando al dia inmediato se reunieron con él para ir al encuentao del monarca, en el momento de entrar

en Stony-Stratford fueron detenidos juntamente con sir Tomas Vaugham y sir Ricardo Hawse adictos al servicio particular del rey. Lleváronlos desde luego al castillo de Pontefract y se despidió en el acto á todos los oficiales de la casa real prohibiéndoles bajo pena de muerte acercarse á la corte. Eduardo no pudo ocultar su dolor al saber la captura de sus parientes y la separacion de sus criados, y oyó llorando y sin mostrarse consolado las esplicaciones con que Glocester le aseguraba que aquel paso no tuvo otro objeto que contribuir á la seguridad de su persona.

Sabedora de estos sucesos la reina, viéndose por ende privada del ausilio de sus parientes y sin otro apoyo qne la legitimidad de sus derechos corrió á buscar un asilo en la iglesia de Westminster llevando consigo á su segundo hijo el duque de York, á las cinco hijas hembras y al marques de Dorset á quien hubo de su primer matrimonio con el caballero Gray. Entre tanto en la capital reinaba una agitacion grandísima: todos los ciudadanos habian tomado las armas; parte de ellos se trasladaron á Westminster para protegerla contra cualquiera violencia, y los restantes fueron á encontrar á lord Hasting que se habia quedado en la ciudad, y el cual si bien favoreció la empresa de Glocester para arrebatar el poder á la viuda de Eduardo su enemiga, conservaba una verdadera adhesion á la familia del monarca. Este caballero aseguró á los ciudadanos que los dias del jóven príncipe no corrian riesgo alguno; que el conde de Rivers y lord Gray á quienes se acusaba de haber querido atentar á la vida de los duques de Glocester y de Buckingham serian juzgados con arreglo á las leyes y que no habia motivo alguno de alarma ni de turbar el público sosiego. Tranquilizados con esto los ciudadanos creyeron que podian deponer las armas y retirarse á sus casas á fin de esperar los acontecimientos. Mientras tanto el príncipe hizo su entrada en Londres en medio de Glocester y de Buckingham: el pueblo en masa salió á recibirle y el rey fue á hospedarse en el palacio del obispo, desde donde á los pocos dias pasó á la torre para aguardar allí el dia de su coronacion fijada para el 22 de junio.

Glocester dueño ya de la persona de su sobrino solo tenia que

apoderarse de la autoridad, con cuyo objeto convocó un gran consejo compuesto de sus partidarios que le declararon protector y defensor del reino. Apenas tuvo este título cuando quitó el sello al arzobispo de York para confiarlo al prelado de Lincoln, y destituyó á muchos oficiales de la corona reemplazándolos con personas adictas á su fortuna. A fin de llevar á efecto todo lo que meditaba era indispensable que el protector tuviese entre sus manos al duque de York hermano del rey. Sujetó este plan á la deliberacion del consejo, y despues de manifestar hasta qué punto era adicto á su sobrino hizo entender que la permanencia del duque de York en Westminster podria dar ocasion á que el pueblo ingles y los estrangeros creyesen que la vida del príncipe correria peligro en caso de dejar el asilo á que su madre lo habia conducido. Añadió que esto era efecto de la mala voluntad de la reina hácia el gobierno, la cual queria significar que este conservaba la secreta idéa de destruir la familia real: por todo esto propuso que el arzobispo de Cantorbery se encargase de reclamar al duque de York, y concluyó que debia emplearse la fuerza en caso de que la persuasion no bastara. Aprobada esta proposicion por la mayoría del consejo, el prelado se trasladó á Westminster; mas en vano quiso empeñar á la reina á que se fiase al protector, pues todas sus reflexiones no pudieron desvanecer los temores de aquella señora, la cual solo consintió en entregar á su hijo á fin de prevenir el acto violento con que se le amenazaba. Estrechó al príncipe entre sus brazos, besóle con ternura maternal, y lo puso en manos del arzobispo que lo condujo al protector, el cual afectó para con su sobrino mucho amor y lo alojó en la torre al lado de su hermano, á fin de que participase de sus juegos y le hiciese compañía.

Glocester entre tanto aceleraba hipócritamente los preparativos de la coronacion, y á este fin hizo una proclama mandando á todos los que tenian una renta de cuarenta libras esterlinas que se trasladasen á Londres en donde recibirian el título de caballeros, y á cincuenta gentiles-hombres de la primera nobleza del reino para que se dirigiesen asimismo á la capital á ser condecorados con la órden del Baño, ceremonia que debia verificarse cuatro dias

despues de la consagracion del monarca. Al mismo tiempo procuraba hacer suyo á lord Hasting, cuya oposicion pudiera serle temible. Con este intento empleó á Catesby amigo y confidente del lord, á quien puso al corriente de sus proyectos. Catesby dijo á Hasting que en general se hablaba mucho de los derechos que el protector tenia á la corona y que quizás era de desear que aquellos derechos fuesen reconocidos, porque el gobierno de un príncipe aleccionado por la edad y conocido por sus talentos era preferible al de un niño. Hasting rechazó estas insinuaciones manifestando su firme resolucion de impedir que el duque usurpase la corona. Confió á Catesby que lord Stanley habia concebido muchas sospechas contra el protector y que se mostraba dispuesto á permanecer fiel á la familia real. Cuando Glocester se hubo convencido de que no era dable sobornar á Hasting, determinó deshacerse de él, y á este fin convocado el consejo en la torre entró allí mostrándose muy alegre, mas despues de un breve rato salió rogando á los consejeros que no interrumpiesen por eso sus deliberaciones. A su vuelta se presentó con ojos torvos y con el rostro demudado cual si hubiese sufrido una agitacion violenta. „Milores, dijo, „¿qué castigo merecen los que han conspirado contra mi vida?" Todos los asistentes quedaron sorprendidos; mas á breve rato Hasting respondió que merecian ser castigados como reos de alta traicion. „Pues bien, dijo el protector arremangando la manga y „mostrando su brazo izquierdo seco, esos traidores son mi cuñada „y la infame Shore cuyos sortilegios me han puesto en este esta-„do." Esta acusacion era tanto mas indigna en cuanto á todo el mundo constaba que el duque tenia aquel brazo enfermo desde su infancia. Shore que fue dama de Eduardo IV contrajo despues relaciones amorosas con Hasting, el cual dijo que si los dos acusados habian cometido aquel delito era justo castigarlos severamente. „¿Y qué, esclamó el protector, osais contestarme con un si „condicional, vos que estais bien enterado de la conspiracion co-„mo que sois cómplice en ella?" Al decir esto golpeó dos veces el suelo se precipitaron en la sala muchos soldados, uno de los cuales alzó el hacha de armas sobre la cabeza de lord Stanley que

evitó el golpe metiéndose debajo de la mesa. En el acto fue detenido á la par que el arzobispo de York y el obispo de Ely cuya adhesion á la familia de Eduardo era bien conocida de todos y del mismo protector, quien mandó á Hasting que al punto se confesase, pues juró que no comeria sin ver antes cortada su cabeza. En vano pidió el lord que se le indicase la razon porque era condenado, pues no pudo alcanzar cosa alguna. Al momento fue conducido á un patio inmediato á la capilla en donde el verdugo le cortó la cabeza sobre un tronco de árbol que le sirvió de tajo: de manera que no solo se le condenó sin que precediera un juicio sino que fue muerto de una manera indigna. El mismo dia Radcliff que era uno de los satélites de Ricardo entró en el castillo de Pontefract y se apoderó del conde de Rivers y de otros presos á quienes hizo decapitar.

Apenas se hubo verificado la ejecucion de Hasting cuando el protector dijo al corregidor de Londres y á los del concejo que aquel magnate y otras personas habian proyectado quitarle la vida y que esto le obligó á hacer ejecutar en el acto al reo principal para impedir la sublevacion de los cómplices, y terminó rogando al corregidor y á sus compañeros que dictasen las oportunas medidas á fin de asegurar la tranquilidad. Publicóse al instante un manifiesto dando conocimiento al pueblo de la supuesta conspiracion de Hasting á quien se acusaba de haber inclinado al rey á que atentase á las libertades de la nacion, y de haber favorecido y dado estímulos á su relajacion con sus consejos y con su ejemplo. Echábanselé igualmente en cara sus relaciones con Juana Shore, muger de costumbres depravadas y que habia tenido parte en el complot fraguado para quitar la vida al protector. Este manifiesto esparcido pocas horas despues de la muerte de Hasting lejos de convencer á nadie produjo una desconfianza justa; porque siendo su redaccion muy esmerada y estando escrito en hermoso pergamino, era claro que se hizo anticipadamente. Asi es que el público decia que fue inspirado por un profeta.

La infeliz Shore conducida á la torre compareció ante el consejo, el cual le perdonó la vida entregándola sin embargo á un

tribunal eclesiástico. Era esposa de un rico comerciante de Londres á quien su familia la unió á despecho de su voluntad, y esta fue sin duda una de las causas porque habia cedido á las solicitudes de Eduardo convirtiéndose en dama suya, á pesar de lo cual lejos de abusar de su ascendiente con el monarca, no hizo mas que favorecer á los infelices y prestar servicios sin interes alguno. Convencida de adúltera fue condenada á una penitencia pública, y con los pies desnudos, llevando en la mano una vela encendida hubo de atravesar las calles de Londres hasta la iglesia de San Pablo á vista de la muchedumbre que corria en tropel para contemplar la humillacion de aquella desventurada. El protector se apoderó de todas sus alhajas y plata labrada que valian mas de tres mil marcos, y Shore se precipitó desde el mas alto grado de la opulencia á la mas abyecta miseria, tanto que mas adelante mendigaba de puerta en puerta y hasta cogia yerbas para alimentarse. Dos eran los objetos que Glocester se propuso al perseguir á Shore, el primero enriquecerse con sus despojos, y el otro llamar la atencion pública hácia los estravíos de Eduardo y disponer asi los ánimos para la nueva escena que pocos dias despues se representó en la iglesia de San Pablo. El doctor Shaw hermano del corregidor de Londres y cuya elocuencia gozaba entonces de celebridad muy grande subió al púlpito y pronunció un discurso tomando por testo aquellas palabras de Salomon (*et spuria vitulamina non dabunt radices altas*) no echarán hondas raices los pimpollos bastardos.

Despues de haber citado muchos ejemplos en apoyo de esta sentencia, manifestó que el reinado de Eduardo V no podia ser dichoso á causa de la ilegitimidad del nacimiento de este, lo que quiso probar recordando la criminal conducta de la duquesa de York, de donde concluia que Eduardo IV y el duque de Clarence no eran hijos del esposo de su madre, y que Glocester era el único que podia gloriarse de serlo. Sostuvo ademas que Eduardo antes de casarse con la reina viuda habia contraido matrimonio con otra muger llamada Isabel Lucy, deduciendo de aqui que los hijos de Eduardo IV y los de Clarence eran bastardos y debian morir sin posteridad, puesto que no echarán hondas raices los pimpollos

bastardos. En seguida se estendió acerca de las virtudes del protector que en aquel momento entraba en la iglesia, á cuya vista el predicador esclamó: „mirad á ese noble príncipe, perfecta imá„gen de su ilustre padre, á quien se parece en los rasgos de su „fisonomía y cuyas virtudes todas posee." Los que habian discurrido esta especie de comedia creyeron que entonces el pueblo gritaria: viva el rey Ricardo; pero guardó un profundo silencio y los dos actores principales se retiraron confusos y descontentos.

A fin de reparar esta derrota dirigióse Ricardo á su principal cómplice el duque de Buckingham, el cual fue á arengar á los mas notables ciudadanos de Londres reunidos en la casa de la ciudad, comenzando su discurso por exagerar los vicios de Eduardo IV y en especial su incontinencia. Recordó luego los argumentos del doctor Shaw para calificar de bastardos á los hijos del monarca como tambien á este y al duque de Clarence, y concluyó diciendo que por estas razones los señores del consejo y las municipalidades del reino habian resuelto ofrecer la corona al duque de Glocester, y que por tanto era preciso suplicarle que tomase sobre sí una carga que su modestía le hacia considerar como muy pesada, si bien el orador confiaba que no se resistiria al voto de la nacion espresado por la flor de los vecinos de Londres. Detúvose en seguida esperando la respuesta, mas los oyentes callaron. Sin embargo de esto varios criados de Buckingham confundidos con algunos hombres pagados echaron los sombreros al aire gritando *viva el rey Ricardo*. El duque tomó otra vez la palabra y despues de haber dado gracias á la asamblea por el unánime asentimiento que dijo haber mostrado á su proposicion, empeñó á los asistentes á que en el dia inmediato se reuniesen con él para ir todos juntos á presentarse á su grandeza y suplicarle que condescendiese con sus ruegos. A la mañana siguiente acompañado Buckingham del corregidor, de los condes y de muchas otras personas que secundaban los proyectos de Glocester, se trasladó al castillo de Baynard donde este se encontraba. Buckingham puso en sus manos una representacion en que estaban continuados todos los alegatos del doctor Shaw contra la legitimidad de los hijos de

Eduardo, y ademas se hacia mencion de las acusaciones dirigidas en otro tiempo contra el duque de Clarence, en virtud de las cuales se escluia del trono á sus hijos, y terminaba suplicando al protector que aceptase la corona que le correspondia asi por su nacimiento como por la eleccion de sus conciudadanos. Glocester afectó la mayor sorpresa, y aunque dijo reconocer la verdad de cuanto la representacion contenia, respondió que el respeto á la memoria de su hermano, y el afecto que profesaba á sus hijos, no le permitian acceder á los deseos de los suplicantes: „Señor, dijo Buckingham, „sabed que el pueblo ingles no se someterá nunca á las leyes de „un bastardo, y que si el heredero legítimo rehusa el cetro la In„glaterra hallará quien gustoso lo admita." „Pues bien, dijo Ri„cardo despues de un breve silencio, mi obligacion es obedecer á „la voz del pueblo, y pues todas las corporaciones del estado me „han elegido por su soberano me resigno á aceptar el don que se „me ofrece, y desde este dia tomó á mi cargo el gobierno de In„glaterra y de Francia para defender y regir á la una en confor„midad con las leyes, y reconquistar la otra con la ayuda de Dios „y el ausilio de mis vasallos."

Apenas Glocester fue rey con el nombre de Ricardo III cuando publicó una amnistía perdonando todos los agravios que se le habian hecho; mas estas apariencias de bondad fueron bien pronto desmentidas con la muerte de sus sobrinos acontecida á poco tiempo. Desde luego procuró Ricardo corromper la lealtad de Brakenbury gobernador de la torre; mas como este se negase á convertirse en verdugo dió el encargo á sir Jaime Tyrre su primer escudero, quien en virtud de una órden firmada por el rey se hizo entregar por veinte y cuatro horas las llaves de la fortaleza. En compañía del asesino Forest y de su criado Dighton fue durante la noche al cuarto en que dormian los príncipes, é introdujo á sus dos satélites que ahogaron á las dos víctimas inocentes enterrando luego sus cuerpos al pie de la escalera. Ricardo no creyó necesario dar al público noticia de la suerte de sus sobrinos; mas como á poco tiempo hubo una sublevacion á fin de ponerlos en libertad, entonces divulgó su muerte para sofocar la revolucion que le amenazaba.

El jóven Eduardo colocado en el número de los reyes, desapareció, sin dejar otro recuerdo que su nombre, á los dos meses y medio de haber fallecido su padre. Dos siglos despues y reinando Cárlos II casualmente en el mismo lugar en que habian sido enterrados los cuerpos de los dos niños se descubrieron algunos huesos que se depositaron en un sepulcro de mármol en Westminster, en donde subsisten.

RICARDO III.

Con magnífica pompa hízose coronar Ricardo en Westminster sirviéndose de los preparativos que se habian dispuesto para la consagracion de su sobrino Eduardo V. Tomó parte en la ceremonia la nobleza entera; el duque de Buckingham sostenia el manto real de Ricardo y la condesa de Richemond esposa de lord Stanley llevaba el de la reina. Ante todo procuró Ricardo recompensar á sus amigos y ganarse el afecto de sus adversarios por medio de beneficios, comenzando por poner en libertad y nombrar su mayordomo mayor á Stanley y por sacar al obispo de Ely de la torre para que fuese á vivir al castillo de Brecknock en donde lo vigilaba el duque de Buckingham. Este magnate que tuvo parte en todas las violencias y en los fraudes todos que dieron la corona á Ricardo fue recompensado con el destino de condestable y con la restitucion de inmensos bienes de la casa de Hereford que se habian incorporado á la corona. Lord Howard fue creado duque de Nortfolk, su hijo conde de Surrey, y lord Lovel recibió el título de vizconde. No solo con estas gracias procuró Ricardo calmar enemistades antiguas y grangearse nuevos servidores, sino que echó mano para esto mismo de las sumas que habia recaudado su hermano Eduardo IV con el objeto de llevar adelante la conquista de Francia.

Consagrado ya el nuevo monarca fue á recorrer las provincias, visitó á Oxford, Woodstock, Glocester y Worcester, en donde procuró ganar popularidad oyendo con benevolencia á cuantos se

le presentaron y prodigando mercedes. La reina fue á reunírsele y los dos se coronaron en la catedral de York en donde dió el título de príncipe de Gales á su hijo que tenia solos ocho años; mas á pesar de tantas esterioridades, del asiduo esmero con que el monarca procuraba afirmarse en el trono, y de su mucha astucia y vigilancia no pudo sufocar el descontento que iba creciendo en los condados del mediodía, cuyos habitantes formaron asociaciones para libertar al jóven Eduardo á quien creian todavía vivo. Alentábalos secretamente el duque de Buckingham, quien despues de haber tomado tanta parte en los crímenes de Eduardo tenia el proyecto de derrocarlo, ora recelase que el rey querria humillar á un vasallo harto poderoso, ora juzgara que siendo descendiente de un hijo de Eduardo III podria con este título sentarse en el trono vacante. Los historiadores de la época no descubren cuál fue el motivo que impulsaba al duque; mas ello es que instigado por los consejos del obispo de Ely que fue confiado á su custodia puso los ojos en el jóven conde de Richemond que estaba refugiado en la corte de Bretaña desde la batalla de Tewksbury tan fatal á la casa de Lancastre. Descendiente por línea femenina de Juana de Gante, era el único que representaba los derechos de aquella rama á la corona, y por esto Eduardo IV á quien estos títulos tenian inquieto procuró varias veces arrancarlo de Bretaña á fin de sacrificarlo á sus temores; mas no solo no pudo conseguirlo sino que la situacion de este príncipe amenazada de continuo lo hizo mirár con ojos piadosos y dispertó en su favor un interes grandísimo. Si Buckingham habia intentado al principio ceñirse la corona, renunció muy luego á esta esperanza consintiendo en ceder el trono al conde de Richemond con la condicion de que se casaria con la princesa Isabel hija primogénita de Eduardo IV. Por medio de este matrimonio se trataba de reunir los derechos de las dos casas de York y de Lancastre por los cuales tanta sangre se habia derramado. La reina viuda que continuaba encerrada con su familia en la iglesia de Westminster no solo convino en la union proyectada sino que remitió dinero al jóven conde á fin de que levantase tropas, obligándose ademas á reunírsele con sus valedores luego que

desembarcase. Concertada con tiempo la insurreccion estalló simultáneamente en muchos condados el 18 de octubre de 1483. El marques de Dorset que con el objeto de dirigir el movimiento se habia escapado de Westminster en donde estaba con su madre la reina viuda hizo proclamar á Enrique de Richemond en Exeter mientras practicaban otro tanto el obispo de Salisbury en Wiltshire, el duque de Buckingham en Brecknock, y la nobleza de Kent y de Berkshire en sus condados respectivos.

A pesar del secreto con que los conjurados habian urdido el proyecto fue descubierto por Ricardo, quien á toda prisa levantó tropas á fin de vencer el peligro. Aunque al principio solo tenia sospechas acerca de la empresa contra él meditada, bien pronto supo que Buckingham estaba á su cabeza, y entonces publicó contra él y contra sus principales adictos un manifiesto, en el cual ostentando un celo hipócrita por las buenas costumbres, vituperaba á sus enemigos y en particular al marques de Dorset el haber seducido á muchas doncellas, casadas y viudas contribuyendo de esta manera á la propagacion del vicio y del pecado con grave ofensa de Dios y no poco escándalo de los cristianos. Cuando Buckingham hubo levantado el estandarte de la rebelion se encaminó hácia las costas de Cornouailles en donde debia desembarcar el conde de Richemond; mas al dirigirse á Glocester por donde pensaba atravesar el Severn este rio salió de madre inundando durante seis dias todo el territorio. Detenido por este obstáculo y falto de víveres fue abandonado por las tropas y se refugió en casa de uno de sus criados; mas como su cabeza fue dotada lo vendió el mismo huésped y le decapitaron en Salisbury. Ricardo fue en persecucion de los otros sublevados que asimismo se dispersaron, salvándose en Bretaña el marques de Dorset. El conde de Richemond se habia embarcado con cinco mil hombres; pero molestado por una tempestad llegó harto tarde y hubo de dar la vuelta á Bretaña. Ricardo victorioso sin haber sacado la espada satisfizo su venganza en todos aquellos que tomaron las armas contra él ó de quienes sospechaba que no eran adictos á sus intereses: de modo que ni aun perdonó á su cuñado sir Tomas Saint-Leger. A fin de que no se le

escapara ninguno de sus enemigos, nombró comisionado suyo en calidad de vice-condestable al caballero Aston con poderes tan amplios que ponian á merced suya las haciendas y las vidas de todos los ciudadanos. Aston digno encargado de mision semejante recorrió las provincias occidentales señalando su camino con confiscaciones y suplicios.

El rey convocó un parlamento en enero de 1484; mas como aquella asamblea se componia en gran parte de criaturas suyas confirmó con su voto la eleccion de Ricardo, aseguró la corona á su hijo el príncipe de Gales, y muy luego aprobó un decreto de proscripcion contra el conde de Richemond y sus adictos, cuyas dignidades y posesiones se destinaron á recompensar á los mas fervorosos sostenedores de Ricardo. La condesa de Richemond madre del pretendiente fue perdonada á ruegos de su esposo lord Stanley. Mientras que Ricardo procuraba robustecer su usurpacion haciendo que la autoridad de las dos cámaras la sancionase, su rival refugiado en Bretaña, recibia el homenage de muchos ingleses desterrados, á quienes empeñó su palabra de casarse con la princesa Isabel hija de Eduardo IV con cuya condicion juraron ellos reconocerle por soberano. Alarmado Ricardo con este proyecto de que tuvo noticia trató de frustrarlo bienquistándose con la viuda de Eduardo á quien el parlamento habia quitado la viudedad y á la cual el monarca ofreció una pension de setecientos marcos, y supo inspirarle tanta confianza que consintió en salir de Westminster. Acompañada de sus hijas presentóse en la corte en donde fue recibida con las mayores distinciones, debidas en particular á la princesa Isabel á quien Ricardo indudablemente destinaba para esposa del príncipe de Gales; mas como en la misma época hubiese este muerto repentinamente en el castillo de Middleham, Ricardo poniéndose en lugar de su hijo determinó casarse con la princesa. A fin de tener segura la persona de su sobrina la puso al lado de la reina con un título honroso esperando la sazon en que pudiera declarar las miras que acerca de ella tenia.

Arreglado este negocio dirigió la vista á la Bretaña, y entabló negociaciones con el primer ministro de aquel soberano el célebre

Landais que desde la humilde cuna en que naciera habia llegado á tan alto puesto por medio de bajas intrigas, y que seducido ahora con el cebo de las recompensas que se le ofrecieron prometió entregar el conde de Richemond. Sabedor este por conducto del obispo de Ely del peligro que le amenazaba se escapó á Augers capital del Anjou, trasladándose desde allí á la corte del rey de Francia Cárlos VIII que le recibió con benevolencia y le prometió sostenerle en secreto, caso de que intentase alguna empresa. Durante estas intrigas murió la esposa de Ricardo, Ana Nevil, segun unos consumida por la tristeza, y segun otros víctima de un veneno; mas aunque este crímen pareciese necesario á los proyectos de Ricardo, no hay prueba alguna de que lo cometiese. Esta muerte estimuló mas los deseos que el rey tenia de verificar su union con la princesa Isabel á quien hizo partícipe de sus intentos. Deslumbrada por el esplendor del trono aceptó esta una mano de que chorreaba todavía la sangre de sus hermanos, y segun se dice manifestó la impaciencia con que esperaba el momento de verificar su enlace. Su madre la reina consintió de buen grado con esta monstruosa alianza y escribió á su hijo el marques de Dorset que abandonase la causa del conde de Richemond, mientras Ricardo solicitaba de Roma la dispensa para su matrimonio. Por mas que desease con ansia el cumplimiento de este proyecto se le ofrecieron para ello grandes obstáculos, pues aquel matrimonio no solo hubiera sido considerado cual un incesto, sino que en la apariencia habria venido á confirmar el rumor harto general ya de que Ana su muger fue víctima de un atentado. Esto hubiera separado de la causa de Ricardo á la poblacion de los condados del norte que conservaron mucha adhesion á la reina difunta en calidad de hija del gran conde de Warwick; por todo lo cual fue preciso que el rey declarase públicamente en presencia del corregidor y de los condes de Londres que jamas habia pensado enlazarse con la princesa Isabel. Otro estorbo de no menos cuantía se opuso á los intentos de Ricardo y era la falta de dinero, y el empacho que tenia de pedírselo al parlamento, lo cual le puso en el caso de recurrir á la violencia á fin de rehacer sus rentas; mas esto sobre enagenarle el

amor de muchos de sus partidarios preparó el camino al conde de Richemond que estaba dispuesto á ir á Inglaterra para disputarle el trono con las armas.

En efecto habia este reunido unos tres mil aventureros franceses y no pocos gentiles-hombres ingleses, entre los cuales figuraba el conde de Oxford escapado del castillo de Ham en donde estuvo preso mas de doce años. Los ministros de Cárlos VIII le proporcionaron dinero y buques, y con esto salió de Harfleur en Normandía y el 7 de agosto de 1485 desembarcó en la bahía de Milford en la costa meridional de Gales. Como era descendiente de aquel pais, bien pronto fueron á juntársele muchos de sus habitantes capitaneados por sir Tomas Aps que era uno de los señores de mas distincion de la provincia. El conde al mismo tiempo envió noticia de su llegada á su madre conjurándola para que obrase en favor suyo. Stanley estaba entonces reunido con su muger; mas como antes de salir de la corte Ricardo le obligó á dejar en rehenes á su hijo lord Strange hubo de fingir que abrazaba la defensa del monarca, y á la cabeza de cinco mil hombres se apostó en Lich-Field con el aparente objeto de oponerse á la marcha de Richemond. Ricardo estaba en Notthingham cuando supo el desembarco de su competidor, y al instante mandó á sus súbditos que tomasen las armas y fue obedecido en las provincias del Este y del Norte, cuyos habitantes se pusieron en marcha acaudillados por el duque de Norfolk, el conde de Northumberland, y lord Lovel. Ricardo llegado á Leicester contaba en sus banderas de doce á trece mil hombres, al frente de los cuales salió de aquella ciudad en 21 de agosto para ir en busca del enemigo, y al dia siguiente los dos ejércitos se encontraron en Bosworth.

Mientras que todo se aprestaba para la batalla, lord Stanley fue á ponerse á la vista de los combatientes, y á su frente se colocó su hermano que venia de Stafford capitaneando dos mil hombres. Ricardo envió órden á Stanley para que se juntase con los suyos, mas este respondió que lo haria cuando fuese sazon oportuna. Irritado el monarca por esta desobediencia queria hacer morir al jóven Strange á quien llevaba consigo, pero sus allegados lograron

disuadirle de este intento haciéndole comprender que la muerte del hijo obligaria al padre á declararse abiertamente por el conde de Richemond, cuando hasta entonces era dudoso que quisiese vender á su soberano. Dejóse pues doblegar y solo pensó ya en combatir valientemente. Enrique colocóse en el centro y encargó el mando de la vanguardia al conde de Oxford quien dió principio á la accion con los arqueros á quienes mandaba. Uno y otro partido se batia con bravura cuando Stanley que hasta entonces fue espectador de la lucha cayó de repente sobre el ala que mandaba el duque de Norfolk mientras que Ricardo habiéndose adelantado hasta el frente del ejército vió á su rival. En el acto espoleó el caballo para batirse con él cuerpo á cuerpo, mató al portaestandarte del conde, derribó de un lanzazo al caballero Cheney, pero la multitud separó á los dos adversarios que no habian podido llegar á reunirse. En estas circunstancias el hermano de Stanley arrojándose sobre el flanco de las tropas de Ricardo decidió la batalla. Emprendieron la fuga las huestes reales, y el soberano desesperado ya arrojóse en medio de sus enemigos en donde murió atravesado por cien espadas. Su cuerpo que se halló entre los cadáveres fue colocado en un caballo, conducido á Leicester, y espuesto allí en público despues de lo cual lo enterraron sin pompa en un monasterio de aquella ciudad. Mas tarde su sucesor Enrique VII le hizo construir en el mismo lugar un sepulcro de mármol. Ricardo habia combatido llevando la corona, la cual fué encontrada en el campo de batalla y entregada á Stanley que la puso sobre la cabeza de Richemond gritando, *viva el rey Enrique.* La batalla aunque decisiva no duró mas que dos horas, costó al vencido cerca de dos mil hombres, murieron en ella el duque de Norfolk, los lores Ferrers, Radcliff, y Brackenbury, y el ejército victorioso perdió solo cien hombres.

Ricardo murió á la edad de treinta y cinco años y despues de dos de reinado. Segun puede juzgarse por los hechos las solas calidades que en él descollaron fueron el valor militar y una actividad estraordinaria. Su ambicion no tenia límites ni crímen alguno era capaz de refrenarla; pero los medios violentos de que hizo uso

aunque cubiertos con el velo de la hipocresía causaron su ruina porque le hicieron aborrecible, y esto fue lo que mas impulso dió á la fortuna de su rival, cuyos derechos al trono no eran poco dudosos. No falta un escritor moderno que defiende á este rey; mas aunque en realidad no cometiera todos los crímenes con que ha sido manchada su memoria, los que se han probado de una manera incontestable bastan para justificar la tacha que afea su nombre. Fue el último de los Plantagenets que desde Enrique II, esto es, durante mas de trescientos treinta años ocuparon uno tras otro el trono de Inglaterra. Con él tuvo fin la guerra de las dos rosas que esterminó la flor de la nobleza y causó la muerte de mas de cien mil ingleses. Los defectos físicos de Ricardo parecian un indicio de las calidades de su alma, puesto que era pequeño y contrahecho, sin embargo de lo cual su esterior era menos repugnante de lo que lo han pintado los historiadores. Hablaba con mucha facilidad y su talento tenia aquella penetracion que hace adivinar al que lo posee las cosas que se escapan á la mayoría de los demas hombres. Si no hubiese querido encumbrarse hasta el lugar primero, colocado en el segundo habria dejado una memoria pura y aun tal vez gloriosa.

ENRIQUE VII (1).

Este príncipe proclamado por sus victoriosas tropas en el mismo campo de batalla se dirigia á cortas jornadas hácia Londres evitando con esmero cuanto fuese capaz de recordar que atravesaba un pais conquistado por sus armas, por temor que de no hacerlo asi ofenderia el orgullo y entibiaria el afecto que por todas partes demostraba el pueblo á su paso. Sin embargo entró en la capital en un coche cerrado, se fue á la iglesia de San Pablo haciendo que le

(1) Enrique VII comienza la dinastía de los Tudor que se termina al advenimiento de los Stuarts, en la persona de Jacobo I.



precedieran los tres estandartes cogidos al enemigo en la batalla de Bosworth. Al dia siguiente congregó en consejo á varios nobles de la mas alta categoría y á los principales ciudadanos de Londres, y ante ellos declaró su intencion de casarse con la princesa Isabel hija primogénita de Eduardo IV. Sin tener ánimo de apoyar en este matrimonio su derecho á la corona se ocupaba de esta grave cuestion con tanto mayor interes en cuanto ofrecia dificultades de diversas especies y que eran muy controvertibles. En efecto, el príncipe descendia de una rama ilegítima de la casa de Lancastre, escluida del trono por una declaracion del parlamento, mientras que en Castilla y en Portugal habia muchos pretendientes descendientes legítimos; y aunque el monarca contaba con el derecho que da la victoria era muy arriesgado invocar semejante título. En Inglaterra mismo habia dos príncipes jóvenes á quienes de justicia pertenecia el cetro, á saber, Warwick hijo del conde de Clarence que fue víctima de Eduardo IV, y Juan de Lapole conde de Lincoln hijo de una hermana de Ricardo, y al cual este habia declarado su sucesor en el trono. Al trasladarse Enrique á Londres habia hecho prender á Warwick en el castillo de Sherif-Hutton, en donde por temor lo tuvo encerrado Ricardo, y lo envió preso á la torre de Londres; mas respetó la libertad del conde de Lincoln, aunque se ignora el motivo que á esto lo condujo. Bien ponderados los inconvenientes de su posicion determinó Enrique acogerse al derecho que tenia de la casa de Lancastre y tomó el título de rey é hizo las funciones de tal sin esperar que el parlamento le adjudicase el trono, resolviendo en consecuencia de esto proceder á su coronacion cuanto antes le fuese posible. Esta ceremonia sin embargo se retardó por la sobrevenencia de una enfermedad epidémica que asoló mucha parte del reino.

Desaparecida apenas la violencia del mal el arzobispo de Cantorbery consagró en Westminster al rey, quien con este motivo hizo duque de Bedford á su tio el conde de Pembroke; conde de Derby á su suegro lord Stanley; conde de Devonshire á sir Eduardo Courtenai y dió título de caballeros mesnaderos á otras

doce personas. En seguida creó una guardia real compuesta de cincuenta arqueros, ya que temiese los intentos de sus adversarios, ya que con este pomposo cortejo quisiera deslumbrar á la muchedumbre. Convocadas poco despues las dos cámaras, cuando se le presentaron los comunes les dijo que habia ascendido al trono por derecho de herencia y por la voluntad de Dios bien ostensiblemente manifestada en el triunfo de Bosworth. En seguida añadió que su victoria no perjudicaria á nadie en sus bienes ni en sus derechos, á escepcion de aquellas personas á quienes el parlamento reputase reos de alta traicion. La cámara baja atacada en el principio de sus deliberaciones porque muchos de sus miembros habian sido antes condenados por motivos políticos, determinó que cuantos se hallasen en aquel caso no tomarian asiento en ella hasta que se diese de nulidad de las sentencias contra ellos pronunciadas. El mismo parlamento las anuló y sacaron partido de esta medida mas de cien personas que habian seguido la causa del rey. Bien quisiera Enrique prevenir esta discusion que le comprendia á él puesto que tambien fue condenado; mas despues de consultar sobre ello á los jueces, estos declararon que la corona purificaba al que la ceñia y que por lo mismo quedaba nulo cualquiera fallo respecto del príncipe investido con la autoridad suprema. En seguida se redactó el acta que daba el trono á Enrique; mas como él no queria que apareciese poseerlo por eleccion del pueblo ni por resolucion del parlamento, ni por efecto de su matrimonio con la princesa Isabel heredera de la casa de York, las espresiones del acta fueron que la corona de Inglaterra perteneceria al monarca y á su posteridad, sin decidir con esto la cuestion de si tenia derecho anterior ó si únicamente era rey de hecho. En dicha acta se dejaba tambien al tiempo y á los acontecimientos el resolver á quién perteneceria el trono en caso de faltar los herederos directos de Enrique, puesto que no se hizo mencion alguna de la casa de York. Tal fue la manera con que Enrique estableció su derecho que quiso robustecer con una bula del papa. El parlamento proscribió en seguida á Ricardo y á sus principales adictos entre los cuales estaban el duque de Norfolk, el conde de Surrey, los lores Lovel, Ferreres, Zonch,

sir Radcliff, Guillermo Catesby y muchos otros que habian merecido el favor de Ricardo y ausiliado sus proyectos Sus bienes enriquecieron al monarca y compensaron la adhesion de sus amigos. A poco tiempo publicó espontáneamente una amnistía ofreciendo perdon á todos los que se declararon contra él con tal que fuesen á someterse dentro de un plazo determinado. La ambigua conducta de Enrique y el silencio que habia guardado acerca de Isabel alarmaron á las dos cámaras que le pidieron la realizacion de su matrimonio con la hija de Eduardo IV. Prometió tener en consideracion su demanda y efectivamente á muy poco tiempo contrajo su enlace con la princesa.

Persuadido de que si pudo sentarse en el trono sin obstáculos era indispensable que con su presencia se afirmara su poder reconocido ya en todo el reino, determinó visitar las provincias del norte en donde la casa de York tenia muchos partidarios. Durante su permanencia en Lincoln supo que el vizconde Lovel, sir Humfredo Stafford y sn hermano Tomas que no quisieron acogerse á la amnistía, se habian escapado de la iglesia de Colchester ignorándose su direccion; noticia que si de pronto no causó efecto alguno al rey le fue harto enojosa cuando supo en Nottingham que Lovel se avanzaba á la cabeza de tres ó cuatro mil hombres, al paso que los Staffords se dirigian á Worcester.. La situacion del monarca podia hacerse muy crítica porque se hallaba en una provincia cuyos habitantes no le eran nada inclinados y ademas era de temer que sus enemigos estuviesen de inteligencia con los vecinos de York á donde acababa de trasladarse. Por fortuna acudieron á reforzar su comitiva muchísimos gentiles-hombres de los condados del sud que formaban una division tan numerosa y bien armada que bastó para imponer á Lovel, que desesperado emprendió la fuga y fue á ocultarse en Lancashire en casa del caballero sir Tomas Broughton desde donde consiguió retirarse á Borgoña bajo la proteccion de la reina viuda Margarita. Sus soldados se dispersaron y algunos fueron cogidos y muertos. Sabida por los dos Stafford la derrota de su compañero, abandonaron á sus tropas para refugiarse en la iglesia de Colnham; pero como el tribunal hubiese declarado que

aquel templo no gozaba del derecho de asilo, los dos hermanos fueron sacados de ella á la fuerza, el mayor murió en un cadalso y el segundo fue perdonado suponiéndolo seducido por el otro. Enrique volvió á Londres pasando por Worcester, Hereford, Glocester y Bristol, acompañado siempre por los jerifes y por las personas mas distinguidas de la nobleza y de la clase media. Todos los domingos y dias de fiesta oia misa públicamente, y en una de estas ocasiones un predicador desde el púlpito leyó y esplicó á sus oyentes la bula del papa que aprobaba el matrimonio del rey y confirmaba sus derechos al trono. Tras estos felices sucesos aconteció el nacimiento de un hijo á quien se llamó Arturo en memoria del príncipe de este nombre del cual Enrique se suponia descendiente.

Los embajadores de Escocia que se habian quedado en Londres desde que asistieron á la coronacion, ajustaron con el monarca ingles una tregua de tres años sin que Enrique pudiese conseguir que la prolongasen por mas tiempo, pues la nobleza de Escocia estaba muy poco sujeta á la autoridad real para dejarse dominar, y ademas el botin que recogia en las escursiones por Inglaterra venia á constituir como una renta á la cual no queria renunciar de modo alguno.

Entre tanto la parcialidad con que Enrique humillaba ó despreciaba á los partidarios de la casa de York á quienes siempre miró como enemigos, sostenia el descontento del público que se indignaba viendo que ni aun la reina estuviese libre de la prevencion con que su esposo miraba á todas las personas de su estirpe. La princesa no acompañó en el viage al rey cual si este temiera que su presencia dispertase importunos recuerdos ó sugiriese la idea de que á ella debia la corona, y se opinaba ademas que correspondia con frialdad y con indiferencia á la ternura y á la sumision de su consorte. Todas estas causas reunidas tendian á menguar el amor que el pueblo manifestó á Enrique y preparaban los ánimos hácia el deseo y aun á la posibilidad de un cambio. Aprovechándose de esta disposicion un sacerdote de Oxford llamado Simons, determinó hacer salir á la palestra á un pretendiente al trono, á

quien presentó en Irlanda y en la corte del virey conde de Kildare dándole el título de conde de Warwick y suponiendo que se habia escapado de la torre en donde el rey lo tuvo recluso desde el principio de su reinado. Como el duque de Clarence padre de Warwick habia gobernado durante largo tiempo la Irlanda, dejó muy buena memoria entre los ingleses establecidos en la isla, los cuales acogieron con mucha alegría al jóven aventurero, y el mismo conde de Kildare que en otros tiempos fue muy decidido partidario de la casa de York se declaró tambien en favor suyo, dejándose seducir por esta fábula perfectamente urdida y secundada con mucha naturalidad y gracia por el pretendido Warwick. Su tierna edad de once años, su linda apostura, su bello rostro, y la nobleza de sus modales, persuadian tanto mejor cuanto en todo lo que contaba habia mil pormenores y particularidades verdaderas. Por esto se cree que la reina viuda tuvo parte en la intriga ó quizás fue su directora, y Enrique no solo se convenció de ello sino que no pudo olvidarlo nunca.

El conde de Kildare presentó á Warwick al pueblo de Dublin y lo hizo proclamar rey de Inglaterra y señor de Irlanda con el nombre de Eduardo VI. Cuando Enrique tuvo noticia de este suceso ante todo hizo por desengañar al público paseando por las calles de Londres al verdadero conde de Warwick á quien despues se condujo á la iglesia de San Pablo permitiendo que le hiciesen preguntas cuantos se acercaran á su persona. Verificado esto fue restituido á su prision. Los irlandeses sin embargo lejos de desengañarse con esto se empeñaron en que el verdadero Warwick estaba en Dublin y en que el de Londres era un impostor á quien Enrique habia enseñado la manera de representar aquel papel. Mientras por un lado iba adelante esta intriga el rey se ensañó contra su suegra mandándola encerrar en un convento de Bermandsey; apoderóse de sus bienes, pretestando para todo esto que castigaba á la reina por haber puesto á sus hijas en manos de Ricardo III á pesar de que la mayor que era la princesa Isabel fue prometida formalmente en matrimonio al conde de Richemond, rey ahora con el nombre de Enrique VII. Pocas personas dieron crédito á esta acusacion,

pues generalmente se juzgó que aquello no era mas que un pretesto para saciar la avaricia del monarca ó para satisfacer algun resentimiento cuya causa queria tener oculta. Aunque es probable que se sospechase de la reina como iniciada en la peligrosa intriga del supuesto Warwick no puede esplicarse qué motivo la impulsó á favorecer una empresa cuyo resultado habria sido arrebatar el trono á su hija. Los historiadores modernos dicen que habiendo sabido Enrique que uno de los hijos de Eduardo se habia librado del puñal de su tio, creyó necesario sofocar este fatal secreto separando del mundo á la que era su depositaria; mas esta conjetura no está apoyada en prueba alguna. Privada de su libertad y de su fortuna la reina pasó los últimos años de su vida entre las paredes de una celda.

Enrique no solo no se atrevia á dejar la Inglaterra sino que guardaba con mucho esmero sus costas, á pesar de lo cual consiguió embarcarse para Flandes á verse con la duquesa viuda de Borgoña el conde de Lincoln sobrino de Ricardo, y á quien el parlamento habia declarado sucesor de este. Enrique lejos de hacerle sombra semejante título habia recibido en su corte y en su consejo privado á Lincoln, quien á pesar de esto, ora temiese que tarde ó temprano el rey lo sacrificaria á sus recelos, ora que enterado de que el Warwick de Dublin era un impostor juzgara fácil destruirlo quitándole la máscara, despues que le hubiese servido para destronar á Enrique, ello fue que se dirigió á la corte de la dicha duquesa hermana de Eduardo IV y de Ricardo III y encarnizada enemiga de Enrique á fuer de usurpador del trono que tocaba á la casa de York de que ella descendia. La conducta de Ricardo con respecto á su sobrina Isabel, á la cual no quiso coronar, habia aumentado el resentimiento de aquella señora, y la dispuso á favorecer cualquiera empresa dirigida contra el monarca. Recibió perfectamente al conde y lo envió á Irlanda á la cabeza de dos mil hombres mantenidos á su costa y mandados por Martin Swartz veterano aleman, tan valiente como perito. La llegada de este refuerzo aumentó la importancia del partido del fingido Warwick que resuelto á atacar á Enrique en Inglaterra desembarcó en Fondray acompañado de

los condes de Lincoln y de Kildare y de lord Lovel. Hízose proclamar rey de Inglaterra con el nombre de Eduardo VI juzgando que con esto reuniria en torno suyo á los partidarios de la casa de York; pero el temor ó la incredulidad los contuvo y sir Tomas Broughton fue el único que acudió con sus feudatarios. A la nueva de esta invasion Enrique juntó tropas y sujetándolas á la mas rígida disciplina se adelantó hasta Newark; mas estraviado por los guias, en las inmediaciones del pueblo de Stoke y el dia 16 de junio de 1487 sufrió un repentino ataque por parte de los sublevados. La batalla aunque sangrienta duró pocas horas, porque los alemanes sufocados por el número perecieron casi todos despues de una heroica resistencia, y los irlandeses sin mas armas que sus chuzos y venablos no pudieron resistir las cargas de la caballería inglesa en la cual sus golpes no hacian mella. Aquella jornada costó la vida al conde de Lincoln, á sir Tomas Broughton, al general aleman, y á cuatro mil soldados, y cayeron en manos de Enrique el fingido Warwick y su maestro Simons el cual confesó la impostura declarando que el supuesto Eduardo se llamaba Simnel, que era hijo de un panadero y que él le habia enseñado á representar el papel de pretendiente á la corona. Simons murió en una cárcel y el muchacho á quien Enrique perdonó la vida se quedó en palacio en calidad de galopin de cocina, y con el tiempo llegó á ser halconero. Este fin tuvo aquella aventura singular cuyo héroe acreditó con su vergonzosa resignacion que si supo copiar los modales de un príncipe no poseia el orgullo de tal ni los sentimientos.

Victorioso ya el monarca recorrió las provincias septentrionales en donde hizo sentir á sus enemigos el peso de la venganza convirtiéndola en medio de satisfacer su avaricia. Todos aquellos de quienes se sospechó que habian tenido parte en la rebelion fueron citados ante los comisarios, que por una indulgencia calculada les perdonaron la vida, exigiéndoles multas y confiscándoles los bienes. Sabedor Enrique de que una de las causas del público descontento era el no haber coronado á la reina quiso satisfacer los deseos del pueblo, y á su vuelta á Londres mandó celebrar aquella cere-

monia poniendo al mismo tiempo en libertad al marques de Dorset hijo de la reina viuda, y á quien habia preso poco antes de la batalla de Stoke por temor de que fuese á reunirse á los rebeldes, ó favoreciera su causa.

Libre al fin de las intrigas domésticas que habian llamado su atencion hasta entonces pudo volver la vista á los estados de Europa cuya posicion era indispensable conocer para arreglar la marcha de su política. Grandes eran los cambios que habian tenido lugar por entonces puesto que mientras la Inglaterra consumia sus fuerzas en los sangrientos debates á que dió ocasion la guerra de las dos rosas, las otras monarquías fueron adquiriendo nueva grandeza é importancia. La España formando ya un solo cuerpo por medio del matrimonio de Fernando de Aragon con Isabel de Castilla comenzaba á salir de los límites dentro de los cuales estuvo hasta entonces encerrada y á ocupar un lugar muy notable entre las potencias de primer órden (1). Por otro lado Maximiliano rey de romanos é hijo del emperador Federico III por medio de su matrimonio con María hija del último duque de Borgoña habia adquirido la soberanía de los Paises Bajos y estaba en disposicion de amenazar la independencia europea si hubiese gobernado pueblos mas sumisos; pero los habitantes de la Flandes y del Hainaut regidos por sus leyes y por sus costumbres dejaban al soberano un poder muy limitado y se defendian encarnizadamente contra Maximiliano que despues de viudo queria seguir gobernando el pais á fuer de tutor de su hijo Felipe. Esta pretension habia encendido

---

(1) Muy distante estaba la España de comenzar entonces á derramarse fuera de sus límites porque años habia que la casa de Aragon conquistó gran parte de la Italia, mandaba en Sicilia y en Cerdeña, en repetidos encuentros habia batido en aquel pais á los franceses, arrojado de Nápoles á la casa de Anjou y penetrado en Francia mismo. La España pues tal como quedó constituida con el matrimonio de Fernando é Isabel habia salido de sus límites conquistando y poseyendo lejos de su tierra y fundando un principado en el corazon de la Grecia. Parece estrella nuestra que si no todos la mayor parte de los historiadores franceses trastornen nuestras cosas y mengüen las glorias de nuestra patria.

(Nota del Traductor).



largas guerras que por temor del ambicioso carácter del rey de romanos atizaba la Francia.

Agitada esta nacion durante mucho tiempo por discordias intestinas y por estrañas guerras acreció su poder gracias á la hábil conducta de Cárlos VII y á la astuta política de Luis XI. En 1480 habia sucedido á este Cárlos VIII de edad de catorce años, pero la regencia fue encargada á su hermana mayor Ana de Francia que se mostró digna de tan alto puesto refrenando á todos los ambiciosos, tan activos siempre y tan audaces durante una menoría. Los grandes feudos que por tanto tiempo mermaron en Francia la autoridad real, habian desaparecido incorporándose á la corona en los dos últimos reinados casi todos: de modo que solo se mantenia independiente la Bretaña. Su duque Francisco II hombre débil é incapaz de gobernar por sí mismo, habia recibido en su corte al de Orleans príncipe de la sangre que despues de disputar el poder á la regente se refugió en Bretaña. Supo adquirir allí tanto ascendiente que proyectó casarse con la heredera del ducado, jóven de doce años; mas como la gobernadora no podia consentir en este himeneo que hubiera imposibilitado la incorporacion de la Bretaña á la Francia que ella esperaba verificar, envió un ejército considerable que se apoderó de muchas plazas fuertes. El duque de Orleans vencido en la batalla de San Albino cayó en manos de su enemigo, y Francisco hubo de firmar un convenio, en virtud del cual dejó á los vencedores todos los pueblos que habian conquistado y se obligaba á no casar á su hija sin consentimiento del rey de Francia. Poco tiempo despues de este ajuste murió Francisco, y el rey de Francia supuso que en su calidad de señor soberano le pertenecia la Bretaña, y al instante comenzó á tomar posesion de ella á viva fuerza.

Enrique de Inglaterra que en otro tiempo encontró un asilo en la corte de Francisco, habia procurado defenderlo autorizando á sir Eduardo Woodville á tomar parte en la lucha; mas este pereció en los campos de San Albano con los ochocientos arqueros que acaudillaba. Hostigado ahora por el clamor público de Inglaterra, intervino Enrique en favor de la jóven duquesa enviándole algunas

tropas á las órdenes de lord Willoughby de Brook, y al mismo tiempo convocó un parlamento en Westminster á fin de sacar partido de la guerra de Bretaña para conseguir un subsidio. Aunque las dos cámaras accedieron á su demanda la recaudacion de la cantidad votada presentó serios obstáculos en muchas provincias, pues los habitantes de los condados de Durham y de York se negaron á pagar su contingente, y cuando el duque de Northumberland quiso echar mano de la fuerza corrieron á las armas y lo asesinaron. Esta sedicion sin embargo fue luego apaciguada por el conde de Surrey que dispersó á los rebeldes, cogió é hizo ejecutar á uno de sus gefes y obligó al otro á que se escapase. La contribucion que dió orígen al levantamiento produjo veinte y cinco mil marcos en lugar de los setenta y cinco mil votados, por lo cual las cámaras á fin de suplir el déficit concedieron al monarca el diezmo y el quindécimo. Enrique en vez de emplear esos fondos en sostener la independencia de la Bretaña los guardó en sus arcas y la duquesa abandonada á sus propias fuerzas trató de buscar un apoyo ofreciendo su mano á Maximiliano, quien hizo celebrar su matrimonio por poderes; mas como por falta de tropas y de dinero no pudo ir á tomar posesion de su muger ni de su ducado, Ana se vió obligada por la corte de Francia á casarse con Cárlos VIII. Aunque este jóven habia contraido esponsales con la hija de Maximiliano no vaciló en quebrantar su palabra, prefiriendo la adquisicion de la Bretaña á la incierta esperanza de heredar algun dia los estados de la casa de Borgoña. Este imprevisto desenlace engañó cruelmente á Maximiliano y mortificó mucho al rey de Inglaterra cuya política era burlada por un príncipe mucho mas jóven que él y menos esperimentado. Resolvió vengarse ó lo supuso al menos y so color de invadir la Francia reclamó un préstamo voluntario, contribucion tan ilegal como arbitraria y recientemente abolida por Ricardo III. La mayor parte de aquella contribucion recayó contra el comercio cuyos individuos fueron cruelmente tratados por los agentes del fisco, los cuales fijaron á todos una cantidad igual diciendo á los que vivian con lujo que debian ser ricos, puesto que desplegaban tanta magnificencia, y á los que vivian parcamente que era indis-

pensable que la economía los hubiera hecho poderosos. Este dilema atribuido al canciller Morton, fue llamado por unos las muletas de Morton y por otros la horca del canciller Morton. El arzobispo de Cantorbery y primer guardasellos correspondió á los beneficios del príncipe sirviéndole con esmero, en cuanto pudiese saciar su avaricia.

Pertrechado con estos caudales el rey hizo algunos aprestos; mas procedió tan lentamente que no fue difícil conocer que su objeto habia sido sacar dinero de los vasallos beneficiando en provecho propio su antiguo odio contra la Francia. Finalmente en octubre de 1492 desembarcó en Calais y puso sitio á Boulogne; mas luego entabló negociaciones con Cárlos VIII y ajustaron un tratado de paz, por el cual Enrique mediante la suma de setecientos cuarenta y cinco mil escudos accedió á la cesion de la Bretaña.

Por aquella época apareció de repente en Irlanda llevado desde Lisboa en un buque mercante otro pretendiente á la corona de Inglaterra. La nobleza de sus facciones y la finura de sus modales parecieron atestiguar el elevado orígen de que blasonaba, y como el pueblo era adicto de corazon á la casa de York, creyó fácilmente ver en él al segundogénito de Eduardo IV escapado por milagro de la torre de Londres en donde Ricardo III hizo degollar á su hermano mayor. Decia el estrangero que salvado por un servidor fiel fue conducido al continente y que venia al cabo de siete años para reclamar sus derechos. Bien pronto los habitantes de Yorck se declararon en favor de este hombre que procuró averiguar si los condes de Kildare y de Desmond estaban por su partido. El segundo dió una respuesta atenta pero ambigua; mas el primero no vaciló en reconocer al pretendiente, quien á pesar de este apoyo juzgó oportuno acçeder á la invitacion de Cárlos VIII para que se trasladase á Paris en donde fue recibido con todos los honores correspondientes á su real alcurnia. Su llegada á la capital de la Francia tuvo lugar cuando aun duraba la guerra entre Cárlos y Enrique; y como una de las cláusulas del tratado de paz entre estos dos reyes fue que el pretendiente saliese de Francia, buscó un asilo al lado de la duquesa viuda de Borgoña, la cual consintió en

recibirlo con la condicion de que justificase su nacimiento. Las averiguaciones hechas con este objeto fueron ventajosas al jóven aventurero á quien la duquesa reconoció por Ricardo Plantagenet duque de York y legítimo heredero del trono de la Gran Bretaña, le dió una guardia de treinta alabarderos y mandó que se le hiciesen los honores correspondientes á un monarca. Cuando este raro acontecimiento se hizo público en Inglaterra fue oido con grandísimo regocijo por todas las clases. Los partidarios de la casa de York se pusieron en relaciones con el supuesto Plantagenet, y enviaron á Flandes á sir Roberto Clifford que admitido á la presencia del príncipe que le refirió sus aventuras, á la vuelta aseguró á sus amigos que aquel era el duque de York á quien él habia conocido en otro tiempo. Un testigo de tanta valía convenció á los incrédulos é hizo que fuesen mas íntimas y frecuentes las relaciones que ya mediaban entre los adictos á la casa de York y el pretendiente. Enrique por su parte no despreció medio alguno á fin de penetrar aquel enigma que calificaba de impostura, y á este objeto envió comisionados á Flandes á fin de que procurasen correr el velo que ocultaba el nacimiento y las aventuras de su atrevido rival. En seguida se ocupó de justificar por medio de una sumaria informacion la muerte de los dos hijos de Eduardo IV. De las cuatro personas que fueron ejecutoras ó testigos del crímen solo vivian dos, Tyrrel á quien Ricardo encargó que presenciase la muerte, y Dighton que fue uno de los verdugos y cuya declaracion se redujo á que él habia ahogado á los príncipes en la cama y enseñado los cadáveres á Tyrrel; que un sacerdote los habia enterrado debajo de una escalera; pero que Ricardo hizo que trasladase los cuerpos á otra parte el mismo eclesiástico que murió sin haber descubierto á nadie el lugar en donde fueron depositados. La falta de este último dato desvirtuaba la declaracion de los dos asesinos, la cual lejos de desengañar al público le confirmó en su creencia de que el duque de York habia sobrevivido puesto que no se encontraban sus restos. Enrique pues procuró mas que nunca poner cerca del pretendiente astutos espías, los cuales al fin descubrieron el orígen de aquel personage. Era hijo de un tal Warbeck y al tiempo de

bautizarle le pusieron el nombre de Pedro aunque por corrupcion vino á llamársele Peter-Kin ó Per-Kin. Fue educado por lady Brompton muger de un ingles desterrado, á cuya señora debió una educacion esmerada y en cuya conversacion y en cuyas relaciones de los hechos de su patria aprendió todo lo necesario para desempeñar el difícil papel de que se habia encargado. Los emisarios de Enrique añadieron que en tiempo de Eduardo IV habian estado en la corte los padres del impostor y que la madre tuvo relaciones con el monarca, de modo que bien podia ser hijo de este el jóven Perkin. De todos modos el rey solo hizo uso de la primera parte de estas noticias publicando el nombre y el nacimiento del supuesto hijo de Eduardo IV, y procuró al mismo tiempo que el duque de Borgoña le arrojase de sus estados, mas este se escusó de hacerlo diciendo que no teniendo autoridad alguna en los dominios particulares de la duquesa viuda, le era imposible obligarla á que espulsase al estrangero. Enrique se vengó de esta repulsa cortando el comercio con los flamencos que compraban muchas lanas en Inglaterra para sus fábricas de paños, y el duque respondió á este ataque valiéndose de las mismas armas aunque esponiéndose á graves riesgos, porque era difícil que un pueblo naturalmente turbulento como el flamenco, se mantuviese tranquilo viendo atacados sus mas preciosos intereses.

Al mismo tiempo trabajó Enrique para sobornar á los principales amigos del pretendiente, y asi fue que Clifford vendió los secretos del partido y en virtud de su denuncia fueron presos simultáneamente lord Fitz-Walter, sir Simon Montfort, sir Tomas Thwaites, Roberto Ratcliff, Guillermo de Aubenet, Tomas Adwood y muchos eclesiásticos que fueron condenados á muerte como reos de alta traicion por haber tenido correspondencia con Perkin. Fitz-Walter fue encerrado en las cárceles de Calais y murió á los tres años por haber intentado evadirse. Sus tres compañeros primeramente nombrados sufrieron la ejecucion de su sentencia y los demas alcanzaron el perdon. Aunque esta severidad desunió á los partidarios de Perkin obligando á los unos á fugarse y á los otros á buscar un asilo en las iglesias, el rey sin embargo creyó pru-

dente retirarse á la torre con su familia. En estas circunstancias vino de Flandes Clifford, y ante el consejo pidió perdon al rey acusando para mejor merecerlo á lord Stanley de haber estado en relaciones con el pretendiente y tenido parte en todas las intrigas urdidas contra el rey. Enrique manifestó tanta sorpresa como incredulidad porque debia á Stanley la victoria de Bosworth que era igual á deberle la vida y el trono; habíale colmado de honores y riquezas, y no le era dable creer que hubiese conspirado contra su persona; mas como Clifford insistió en lo mismo, Enrique se dirigió al acusado y le dijo que mientras esperaba que se justificase exigia tan solo que se mantuviera quieto en su casa. Aseguran unos que Stanley confesó el delito de que se le acusaba, aunque segun otros solo convino en haber dicho que si realmente estaba en Francia uno de los hijos legítimos de Eduardo IV no haria armas contra él. Este magnate condenado á muerte alcanzó una prórroga; mas á las seis semanas fue decapitado en 15 de febrero de 1494. Difícil es por cierto resolver en el dia si Stanley fue ó nó traidor, y quizás su crímen no fue otro que haber hecho al monarca uno de aquellos grandes servicios que por su magnitud no pueden ser recompensados y que siempre hacen sospechosa para con el soberano á la persona que los presta: puede recelarse tambien que Enrique sacrificó á sus temores y á su avaricia á este magnate cuyos bienes fueron confiscados en favor de la corona y consistian en mas de trescientas mil libras esterlinas de renta, y en unos cuarenta mil marcos de plata en dinero y en vajillas.

Atento siempre Enrique á quitar á Warbeck los medios de turbar sus estados, envió á Irlanda con algunas tropas á sir Eduardo Poynings para que gobernase la isla en reemplazo de su hijo Enrique á quien habia dado el gobierno nominal de la misma. A la llegada de los ingleses los habitantes se retiraron á los bosques de donde salian á menudo con el objeto de sorprender á sus adversarios. Sospechando Poynings que aquella sublevacion era secretamente fomentada por el conde de Kildare lo puso preso, y convocó en Dublin un parlamento por el cual hizo aprobar un estatuto que ha conservado su nombre y en cuya virtud el parlamento de Ir-

landa no podia congregarse sin real permiso. Allí mismo se resolvió que las leyes que hiciese el parlamento de Inglaterra tendrian fuerza de tales en la isla. El gobernador comenzó tambien á perseguir á las personas de quienes sospechaba que eran adictas á la causa del pretendiente; mas Enrique puso término á sus rigores por medio de una amnistía, y mandó que se restituyese la libertad al conde de Kildare.

Warbeck entre tanto cansado de su inaccion proyectó un desembarco en Inglaterra á fin de ver hasta qué punto llegaba el afecto del pueblo á la casa de York y seguido de seiscientos aventureros tomó tierra en el condado de Kent cerca de Deal, pero los habitantes atacaron á los soldados, dieron muerte á muchos de ellos, y haciendo ciento cincuenta prisioneros los llevaron á Londres, en donde fueron públicamente ahorcados. El gefe de la espedicion que habia tenido la prudencia de quedarse á bordo volvió á Flandes al lado de su protectora.

Al fin de aquel mismo año el rey convocó un parlamento al cual hizo adoptar un decreto de proscripcion contra veinte y un gentiles-hombres acusados de cómplices en la tentativa del pretendiente, y se hizo ademas un Estatuto disponiendo que los que con armas ó dinero diesen favor al príncipe reinante no podrian ser perseguidos por delito de traicion. Esta ley justa en su fondo podia quedar nula al dia siguiente, y solo presentaba una garantía ilusoria contra los cambios de la guerra civil; mas como todos los ingleses pudieron lisonjearse con la idea de que esta sábia medida seria respetada por uno y otro partido, semejante esperanza aunque incierta era un beneficio, puesto que hacia creer que en lo sucesivo los derechos de la humanidad serian respetados.

Perkin rechazado de Inglaterra, y no habiendo podido sublevar la Irlanda, á fines de 1496 se trasladó á Escocia, cuyo rey Jaime IV, gracias á las recomendaciones del de Francia y de Margarita de Borgoña, lo acogió benignamente, reconoció sus derechos al trono que ocupaba Enrique y le hizo casar con lady Catalina Gordon su próxima pariente. Para separar al monarca escoces de la causa del aventurero Enrique le ofreció la mano de una de sus hi-

jas; pero Jaime despreciando la proposicion penetró en el Northumberland á la cabeza de un ejército, y llevando consigo al pretendiente. Este procuró ganarse partidarios derramando con profusion un manifiesto en que se proclamaba rey de la Gran Bretaña con el nombre de Ricardo IV; referia su evasion de la torre y las aventuras de su destierro, y despues de declamar contra el tiránico gobierno de su rival acababa ofreciendo recompensas á todos los que acudiesen á sus banderas. Pocos respondieron al llamamiento, pues los unos temian arriesgar sin provecho su vida y su fortuna, y á otros contuvo el odio que profesaban á los aliados de Perkin, pues los escoceses devastaban el pais sin consideracion alguna. Cuando Warbeck se quejó con Jaime de los escesos de sus soldados, este le contestó que hacia muy mal en interesarse á favor de un pueblo que tardaba tanto en reconocerle por su soberano. Esta invasion como tantas otras se terminó muy luego por la retirada de los invasores que se volvieron con un botin inmenso. Enrique entre tanto habia aprovechado aquella coyuntura á fin de alcanzar del parlamento un subsidio considerable para destinarlo á rechazar á los escoceses, mas la percepcion de aquel tributo produjo en la provincia de Cornouailles un descontento tan grande que los habitantes se sublevaron con las armas en la mano en número de diez y seis mil teniendo á su cabeza al abogado Flammock y al albéitar José, los cuales al llegar á Welly cedieron el mando á lord Andley que se les reunió en aquel punto. Atravesaron la provincia de Kent con la esperanza de que el pueblo correria á sus banderas, y aunque no sucedió asi continuaron su marcha tomando finalmente posicion en Blackheath en las inmediaciones de Londres. Enrique sorprendido por esta inesperada sublevacion supo no obstante sofocarla muy pronto echando mano de las tropas que habia levantado para la guerra de Escocia, con las cuales atacó á los rebeldes el sábado 22 de junio de 1497. Las revolucionados cogidos por vanguardia y retaguardia fueron rotos, habiendo quedado en el campo de batalla dos mil muertos, y en poder del enemigo mil quinientos prisioneros, entre los cuales estaban los dos gefes que á los pocos dias espiaron su delito en un cadalso.

Terminada con una tregua de siete años la guerra con Jaime, el pretendiente hubo de dejar la Escocia y desembarcó en Whitsand-bay en la provincia de Cornouailles sin mas gente que ciento veinte personas, en el momento en que los habitantes escapados de la derrota de Blackheath retornaban á sus casas gracias á la indulgencia de Enrique. A la aparicion del pretendiente se rehizo el entusiasmo en toda la provincia; de manera que la ciudad de Exeter fue la única que no quiso abrir las puertas y neutralizó el empeño de Perkin que vista la imposibilidad de reducir á los habitantes con promesas trató de sujetarlos á la fuerza. Obligado á retirarse despues de una pérdida de doscientos hombres se detuvo en Towton y se dispuso á combatir con Enrique que acababa de llegar al frente de un ejército numeroso y aguerrido; mas desconfiando de su fortuna, al acercarse la noche abandonó el campo con setenta compañeros, y fue á buscar un asilo á la abadía de Beaulieu situada en el Hampshire. Las tropas encontrándose sin gefe imploraron la misericordia del rey, el cual satisfecho con hacer morir á algunos soldados permitió á los demas que se marchasen. La esposa de Warbeck cogida en un castillo fue presentada al rey, el cual le tuvo todas las consideraciones debidas á su infortunio, y la puso al servicio de la reina señalándole una pension considerable para que pudiese sostener su rango. Esta señora es conocida en la historia con el apellido de *la rosa blanca*, que le fue dado por su hermosura, de la cual hablan con pasmo sus contemporáneos.

Perkin solo y sin esperanza de escaparse de las tropas de Enrique que lo tenian estrechamente sitiado dentro de su asilo se doblegó á las instancias de los emisarios del rey, los cuales le aconsejaban que se pusiese á merced de este dándole esperanzas de que le perdonaria la vida. Enrique sin querer verlo lo hizo seguir á Londres cuyas calles recorrió sufriendo los insultos del populacho dispuesto siempre á humillar á aquellos á quienes ha visto en una esfera superior á la suya. Dióscle por cárcel el circuito del palacio y se le hizo comparecer ante una comision encargada de interrogarle acerca de todos los acontecimientos de su vida. Sus revela-

ciones se mantuvieron secretas, y al cabo de seis meses logró escaparse para ir á buscar un asilo en el monasterio de Shene. Enrique que quizas habia protegido su fuga á fin de encontrar un pretesto para tenerlo mas bien guardado le hizo merced de la vida pero lo mandó conducir á Westminster en donde hubo de leer en presencia de todo el pueblo un escrito firmado por su mano que contenia el relato de todas sus importuras. En este documento confesaba que habia nacido en Tournay, que era hijo de Juan Osbeck y nó Warbeck y de Catalina Faro; indicaba los nombres de sus parientes y de muchas personas con quienes habia tenido relaciones en Amberes, Middleburgo y Lisboa; referia en seguida que comenzó por darse el título de conde de Warwick hijo bastardo de Ricardo III, que despues tomó el de duque de York y por fin relataba la historia de sus viages por Francia, Irlanda, Inglaterra y Escocia. Esta confesion redactada sin duda segun lo que resultó de los interrogatorios sufridos por Perkin estuvo muy lejos de convencer á nadie por mas que en ella hubiese numerosos pormenores acerca de los antecedentes del supuesto príncipe, porque no se mentaban en ella ni la duquesa de Borgoña ni ninguno de los otros personages que habian figurado en aquel negocio. Semejante reticencia reclamada por la política desvirtuó la autenticidad de un relato que habiendo sido alterado en puntos tan sustanciales podia estarlo en todos los restantes.

Perkin encerrado en la torre de Londres encontró medio de entablar correspondencia con el conde de Warwick hijo del de Clarence y sobrino de Eduardo IV, el cual hacia catorce años que se consumia en una cárcel porque sus derechos á la corona le hicieron sospechoso al poder. Como el público ignoraba su suerte un fraile quiso hacer representar el papel de este príncipe á un jóven llamado Rodulfo Wulford, y para lugar de la escena eligió el condado de Kent en donde despues de esparcir la voz de que Warwick habia muerto de repente anunció en un sermon que el conde vivia y que acababa de fugarse de la cárcel. Esta impostura sin embargo no produjo resultado alguno porque Wulford preso casi en el acto murió en una horca y el fraile cómplice suyo espió su teme-

ridad en un calabozo. Esta empresa dispertó otra vez los temores de Enrique y le resolvió á desliacerse de Perkin y de Warwick que fueron acusados de haber hecho un complot para matar al gobernador de la torre, salir de la cárcel, destronar á Enrique, sentarse Perkin en el trono con el nombre de Eduardo IV y ser apoyado en todo esto por Warwick quien debia llamar á las armas á los vasallos de su familia y á los partidarios de la casa de York. Perkin fue juzgado antes que su compañero y en el patíbulo confesó claramente su impostura y confirmó la veracidad de su deposicion. El conde de Warwick declarado convicto de haber querido escapar de la cárcel por medio del asesinato del gobernador fue decapitado en 20 de noviembre de 1498. Era el último descendiente de los Plantagenets que habian regido la Inglaterra durante cuatro siglos. Todo el mundo compadeció su suerte, pero no se alzó nadie para vengar aquella víctima de la política, y por otra parte no hubiera podido corresponder al celo de sus partidarios. Recluso desde su infancia sus carceleros habiendo dejado entorpecer su inteligencia y la falta de ejercicio cortó su desarrollo físico, de manera que atendida la debilidad de su cuerpo y de su espíritu nada peligroso habia en él sino es el nombre, y este fue causa de su muerte. La declaracion hecha por Perkin en el patíbulo mismo parecia probar que usurpó el nombre que tomara; mas obsta á esto la reflexion de que quizás fue arrancada por la secreta esperanza de salvar la vida á espensas del honor. Ello es que la duquesa de Borgoña tia de los hijos de Eduardo y tambien muchos ingleses que habian conocido á los dos príncipes insistieron en reconocerle; mas á pesar de estas presunciones la historia ha colocado á Perkin en el número de los impostores, y hoy seria difícil revocar un fallo sancionado por la opinion pública.

Pocos meses habian trascurrido desde la muerte de Warwick cuando se verificó el matrimonio de Arturo primogénito de Enrique con la infanta Catalina hija de Fernando de Aragon y casi simultáneamente con este enlace ajustó el rey la paz con la Escocia, dando á Jaime IV que ocupaba el trono la mano de Margarita Tudor su hija primogénita, que partió para sus nuevos estados y fue

coronada en 8 de agosto de 1503. Poco antes habia hecho tambien alianza con Cárlos VIII, cuando este príncipe trataba de apoderarse del reino de Nápoles. Verificada esta conquista y perdida casi al mismo tiempo, murió Cárlos en 1498 y fue reemplazado por Luis XII que sobre ratificar la alianza ajustada entre los dos reinos se comprometió á entregar al monarca ingles todos sus súbditos rebeldes que se refugiasen en Francia. Libre de las intrigas domésticas que por tanto tiempo amenazaron su poder y su vida; halagado por las potencias estrangeras, que creyéndolo seguro en el trono pedian su alianza, gozaba finalmente Enrique algun reposo cuando en 2 de abril de 1501 vino á turbárselo la muerte de su hijo Arturo acaecida á los cuatro meses de su matrimonio y cuando sus escelentes cualidades hacian concebir las mas halagüeñas esperanzas. La precision de volver la dote de Catalina alarmó la avaricia de Enrique, y por ello propuso á Fernando el casamiento de la viuda de Arturo con su segundogénito Enrique. Esta negociacion duró mas de un año, y el nuevo príncipe de Gales á pesar de su repugnançia hubo de contraer esponsales con Catalina; si bien protestó formalmente que obedecia á pesar suyo y que consideraba aquel matrimonio como nulo por haberse contratado durante su menoría. Tras la muerte de Arturo aconteció la de Isabel en 11 de Febrero de 1503; muerte que sin embargo de la indiferencia con que Enrique habia pagado la ternura de su esposa le fue sensible, si bien su dolor cedió bien pronto á los cálculos de su sórdida política. Deseoso de enriquecerse por medio de un segundo matrimonio dirigió la vista á Nápoles en donde estaba la viuda de Francisco I que contaba con una renta considerable; mas habiendo sabido que el nuevo rey se negaba á pagársela volvió sus miras á Margarita de Saboya que acababa de perder al duque su esposo y era dueña de vastos dominios.

Adelantó los proyectos de Enrique una circunstancia debida á la casualidad, y fue la repentina llegada del archiduque Felipe y de su esposa Juana que trasladándose á España se vieron obligados por los vientos contrarios á buscar un refugio en el puerto de Falmouth. A la muerte de Isabel la Católica, Fernando su esposo pro-

curó conservar el gobierno de Castilla so pretesto de que la reina en su testamento se lo habia confiado. Esta pretension que perjudicaba á los derechos de Felipe dió motivo á que reclamase con instancia, y habia tomado el partido de dirigirse á España para terminar aquellas diferencias (1). En este viage fue cuando aportó á las costas de Inglaterra, mas habiendo cometido la imprudencia de bajar á tierra para rehacerse de lo que sufrió durante la tempestad, no pudo negarse á las indicaciones de Enrique quien le recibió en la corte con fiestas en las cuales hizo ostentacion de la mas esquisita magnificencia y trató al archiduque con los mayores obsequios. A pesar de estas pruebas de amistad no tardó Felipe en conocer que estaba allí como en una especie de cautiverio, y para salir de él fue preciso que concluyese un tratado de comercio harto desventajoso á sus súbditos de los Paises-Bajos, á los cuales quedó prohibida la pesca en las costas de Inglaterra. Enrique en seguida negoció su matrimonio con la duquesa de Saboya hermana del archiduque á quien plugo tanto mas esta propuesta en cuanto no le convenia que por efecto de su repulsa el monarca ingles se hiciese del partido del rey de Aragon su suegro. Quedó pues concertada la boda y se convino en que la nueva esposa llevaria en dote la suma de trescientos mil escudos. Enrique pidió tambien á su huésped que le entregase la persona del conde de Suffolk refugiado entonces en los Paises-Bajos y que era sobrino de Eduardo IV, lo cual le hacia sospechoso al monarca que temia á cuantos por los vínculos de la sangre estaban unidos á la casa de York. Suffolk habia cometido un homicidio involuntario, y obligado por esto á pedir públicamente perdon ante un tribunal, su orgullo le hizo ver esta indulgencia como una afrenta y se retiró á Borgoña. Aunque en la época del matrimonio de Arturo el rey

(1) Muchos autores asi nacionales como estrangeros han hablado acerca de las intrigas de Fernando para conservar el gobierno de Castilla despues de la muerte de su esposa Isabel, y como todo lo tuvimos presente al escribir la historia de España, rogamos al lector que vea lo que en ella y al fin del tomo 2.° dijimos acerca de este importante asunto.

(*Nota del traductor*).

le permitió volver á Inglaterra, ora no se creyese seguro en su patria, ora quisiese huir de la importunidad de sus acreedores, se retiró otra vez á Flandes á donde fue á encontrarle sir Roberto Curson gobernador del castillo de Ham, quien fingiéndose caido en desgracia é insinuándose en la confianza de Suffolk, hizo saber al monarca que este mantenia relaciones en Inglaterra con muchas personas de diversas clases. Enrique las hizo prender á todas, y si bien se contentó con tener encarcelados á Guillermo hermano de Suffolk y al conde de Devonshire hizo perecer en un cadalso por suponerlos cómplices en la fuga del conde á Juan Windham y á Juan Tyrrel aquel mismo que presenció el asesinato de los hijos de Eduardo IV y cuyo suplicio fue considerado como castigo de su crímen primero.

Curson volvió repentinamente á Inglaterra despues de haber vendido los secretos de Suffolk, quien enterado de su traicion desde entónces anduvo errante por el continente y al fin halló un asilo en los dominios de Felipe. Cuando Enrique lo supo le pidió su entrega, mas el archiduque le contestó: mi honor me lo prohibe, y mas todavía el vuestro; pues todo el mundo creeria que me habeis tratado como un prisionero. El rey le contestó: yo me contento con que recaiga sobre mi toda la afrenta y que vuestro honor quede salvado. Felipe al dar su consentimiento á despecho propio logró sin embargo que la vida del conde fuese respetada y Suffolk invitado á volver á su patria con la promesa de que le perdonarian fue puesto en manos del rey que lo encerró en la torre de Londres. Despues de tres meses de permanencia en la corte del monarca ingles, Felipe se vino á España en donde murió muy luego con tanto sentimiento de su esposa que se le trastornó la razon, y el gobierno de Castilla fue á parar otra vez á manos de Fernando. Este incidente dispertó la avaricia de Enrique, el cual lisonjeándose de que la enfermedad de Juana seria temporal, abandonó á Margarita para solicitar del rey de Aragon la mano de su hija. Las negociaciones entabladas con este motivo no produjeron resultado alguno porque Juana no recobró el uso de sus facultades intelectuales.

Merced á su política diestra y pérfida algunas veces Enrique habia conseguido arraigar su poder, y tranquilo hácia los últimos años de su vida se entregó del todo á su inclinacion favorita que era la avaricia; mas como para satisfacerla necesitaba agentes á propósito que lo secundasen eligió á los jurisconsultos Empson y Dudley que le sirvieron perfectamente. Estos dos hombres consumados en el estudio de las leyes eran los que de continuo invocaba para sancionar sus injusticias, y cuando esto no bastase recorria á medios tortuosos con tal que lo llevasen á su objeto. Partiendo de estos principios hacia encarcelar á las personas conocidas por sus riquezas y las dejaba consumirse en la cárcel mientras se les seguia el proceso, cuya instruccion no aceleraba para que los presos, á quienes hacia que se les indicase este espediente, ofreciesen rescatarse por dinero: y sin embargo á esta estorsion horrible se le dió el nombre de *mitigacion*, cual si el monarca concediese á aquellos infelices el favor de suavizar en pro de ellos el rigorismo de la ley. En adelante aquellos dos ministros obrando segun su capricho ó alegando poderes del soberano mandaban comparecer en sus casas á aquellos contra quienes querian dirigir alguna acusacion; y allí sin forma alguna de proceso, sin alegar prueba ni oir descargo se los condenaba á enormes multas en beneficio de la corona. En otras ocasiones falsificaban escrituras para justificar que estas ó las otras haciendas eran feudos de la corona, y bajo este pretesto entablaban procesos de que ellos mismos eran jueces y que fallaban siempre contra los acusados. Los hijos menores de familias nobles puestos bajo la tutela del rey, cuando llegaban á la mayor edad habian de satisfacer gruesas sumas para que les diesen posesion de sus bienes. Finalmente violentaban con amenazas la conciencia de los jurados y perseguian y castigaban con multas á aquellos que se oponian á que se les dictasen sus fallos.

Enrique dominado por la avaricia no perdonó ni á sus mas celosos servidores. Asi fue que como el conde de Oxford que era uno de ellos hubiese recibido en su castillo al príncipe hizo formar en ala á un gran número de sus gentes vestidas de librea, á fin de que saludasen al monarca cuando se marchara. „Milord, di-

„jo Enrique, mucho me habian hablado de vuestra magnificencia, „mas veo que escede á las noticias que tenia, porque juzgo que „toda esta gente son criados vuestros." El conde manifestó que no podia mantener tantos servidores, y que eran hombres á quienes únicamente alquilaba en ocasiones solemnes. „Pardiez, milord, „replicó Enrique, agradezco vuestra hospitalidad, mas no puedo „sufrir que se quebrante la ley en mi presencia. Mi procurador „general os dirá dos palabras acerca de esto." El suceso costó al conde de Oxford diez mil marcos por haber faltado á un estatuto en virtud del cual estaba prohibido que los señores tuviesen á su sueldo personas que no formasen parte de su familia. Algunos historiadores afirman que el monarca fue tan bien secundado por Empson y Dudley que atesoró cerca de dos millones de libras esterlinas, suma considerable en aquella época en que la moneda escaseaba mucho. A pesar de los dolores con que de continuo le atormentaba la enfermedad de la gota hubiera podido prometerse larga vida á no estar atacado por una tísis que rápidamente lo llevaba al sepulcro. Sintiendo aproximársele la muerte quiso alcanzar la clemencia divina publicando una amnistía y mandando restituir las sumas que habia injustamente percibido; mas no tuvo tiempo de ejecutar sus buenas intenciones, pues espiró el dia 22 de abril de 1509, á la edad de cincuenta y dos años, á los veinte y dos de reinado, dejando tres hijos, uno varon que fue su sucesor, y dos hembras Margarita y María, la primera de las cuales se casó con el rey de Escocia Jaime IV, y la segunda con Luis XII de Francia.

Aunque Enrique fue un príncipe hábil y poseia algunas de las calidades necesarias á un monarca, su carácter carecia de grandeza y de estension su espíritu, y por esto nunca proyectó vastas empresas fuera de su reino, ni fue brillante su gobierno. Sus virtudes no tenian elevacion y sus vicios propendian á la bajeza; asi fue que si bien no estaba falto de valor ni de inteligencia no inspira admiracion ni simpatía. En todos sus negocios habia un espíritu de perfidia que dispertaba desconfianza, y su astucia falta de franqueza lo empequeñecia á los ojos de los otros. Por un contraste singular era avaro y generoso á un tiempo mismo, como lo prueba su eco-

nomía en los gastos ordinarios y su magnificencia en los dias de fiestas públicas y de ceremonias regias, y la generosidad con que recompensaba á sus servidores. Era aficionado á las artes, y en Westminster mandó construir una capilla que aun hoy es justamente admirada; allí hizo colocar su sepulcro, y desde entonces se han depositado en ella los restos mortales de sus sucesores. A pesar de las terribles injusticias que tuvieron lugar en su administracion los ingleses han dado á Enrique el título de Salomon de Inglaterra. A la verdad introdujo en la legislacion civil útiles reformas de las cuales sentimos no póder ocuparnos cual desearíamos, á pesar de lo cual mencionarémos algunos de los principios establecidos en el tratado de comercio hecho en 1496 entre la Inglaterra y la Borgoña, y al que se dió el nombre de *Intercursus magnus*. En él se estipuló que los buques de las dos naciones molestados por las tempestades, ó perseguidos por enemigos podrian refugiarse en los puertos de la otra con la seguridad de hallar ausilios y de poder salir cuando les pluguiese. La infame costumbre de coger los buques que naufragaban en la costa quedó desde entonces abolida, y aun se convino en no dar patentes de corso sin avisarlo anticípadamente el uno al otro soberano. Estos principios nuevos entonces, eran una prueba de que la Europa comenzaba á comprender la utilidad y la justicia de establecer entre los pueblos reglas y usos que contuviesen los escesos de la guerra y disminuyeran los desastres que ocasiona este azote. La casualidad privó á Enrique de cooperar al descubrimiento del nuevo mundo, puesto que invitó á Colon á trasladarse á su corte; mas este marino habia ya contraido empeños con Isabel de Castilla é iba á embarcarse en busca del mundo que regaló á la España (1). No pudien-

(1) Cristóbal Colon antes de impetrar ausilios de la reina Isabel para dar cima á su empresa habia acudido á otros monarcas, entre ellos al de Inglaterra, y todos lo rechazaron como un loco ó como un visionario. Los reyes católicos fueron los únicos que lo escucharon, y al ver los demas soberanos que la España despues de examinar maduramente su proyecto le daba favor, ó bien desengañados ó bien envidiosos hubieran querido atraerlo á sus respectivas cortes. Uno de ellos fue Enrique de Ingla-



do ya tomar parte en tan pasmoso descubrimiento el monarca ingles en 1498 envió al veneciano Sebastian Cabot en busca de nuevas tierras, y entonces fueron descubiertas Terranova y las costas de la Florida. En 1502 algunos comerciantes de Bristol emprendieron otro viage, con cuyo motivo el rey hizo construir un navío al que se dió el nombre de *Grande Enrique* y que fue el primer buque de la marina inglesa, pues hasta entonces el gobierno no tenia escuadra y en los casos de guerra alquilaba barcos á los comerciantes de los puertos. Circunstancia es digna de notarse que Enrique era individuo de la cofradía de los sastres á la cual pertenecieron antes que él otros monarcas y varias personas de la mas elevada clase. Aun hoy es costumbre de los magnates de Inglaterra entrar en algun gremio, pues el duque de Sussex hermano de Guillermo IV es individuo del de negociantes de pescado.

Llegados al término de aquel largo período conocido con el nombre de edad media, y prontos á entrar en los tiempos modernos parécenos necesario suspender por un instante nuestro relato á fin de echar una mirada á los tres siglos cuya historia hemos trazado, y notar algunos hechos curiosos que en la narracion no podian embeberse. Ante todo nos ocuparémos del parlamento, principio vital de la monarquía inglesa, pues si bien en todos los reinados hemos ido siguiendo la marcha de esta institucion es forzoso presentar acerca de ella algunas observaciones. El parlamento despues de haber sido en su orígen el consejo del soberano se convirtió insensiblemente en uno de los grandes poderes del estado, y al tener este carácter fue cuando los particulares que se sentian agraviados en sus personas ó en sus intereses le dirigian solicitudes reclamando el apoyo de su justicia. A fin de abreviar el tiempo en que la asamblea estuviese congregada, al principiarse las sesiones nombraba el rey con el objeto de que recibiesen y examinasen las

---

terra; pero tomó esta resolucion harto tarde porque era justo que Colon buscara el Nuevo Mundo para la sola nacion en donde su saber fue respetado, creidos sus cálculos y ausiliados sus proyectos.

(*Nota del Traductor*).

1. Arturo Mac Murroch, Rey de Leinster (Irlanda). 2. Rogerio Walden, obispo de Londres.





Laroche Sculp.

1. ARTHUR MAC-MURROCH, ROI DE LEINSTER (IRLANDE) 1399
2. ROGER WALDEN, ÉVÊQUE DE LONDRES. Règne de Henri IV. (1405)



solicitudes de las provincias algunos comisionados, cuyos nombres se fijaban en la puerta de la sala y en las plazas, procurando asi que nadie ignorase quiénes eran. Cuando la cámara de los comunes formada de caballeros ó de representantes de los condados, y de diputados de las ciudades y pueblos, hubo adquirido una organizacion regular, fue necesario escoger un individuo de la asamblea para que dirigiese los debates y en nombre de la cámara hablase al monarca y á los pares. El primer diputado á quien cupo distincion semejante fue el caballero Pedro de la Mare elegido en 1377 durante el reinado de Ricardo II y al cual se dió el título de *Speaker*, hablador ú orador de los comunes. Al presentarse al rey y á los lores protestó que todo lo que diria no era mas que una repeticion de lo que le dijo la cámara baja, y que por lo mismo les suplicaba que en caso de salirse de los límites prescritos tuviesen la bondad de advertirle su falta. Los oradores que le sucedieron se escusaron siempre de un modo semejante y en los términos mas respetuosos.

La cámara de los comunes sin embargo, continuó durante mucho tiempo en un estado de inferioridad tal, que le era dado al gobierno contener con dureza las tentativas que hiciese para traspasar los límites dentro de los cuales estaba circunscrita. Como un ejemplo de esto citarémos lo que en un parlamento de 1397 le acontenció á Tomas Haxey. Este eclesiástico propuso en la asamblea que se disminuyeran los gastos particulares del monarca que era Ricardo II, y que fuesen espulsados de la corte los muchísimos prelados y damas que no hacian mas que estorbo. El rey encargó á los pares que en su nombre mandasen á los comunes declarar el nombre del autor de esta mocion, y la cámara intimidada se trasladó á la de los lores, y despues de pedir perdon al monarca puso á merced de su venganza á Haxey á quien los pares condenaron á pena de muerte, de la cual se libró gracias á la intercesion del arzobispo de Cantorbery. Como todos los miembros de la cámara de los pares eran dueños de baronías, tenian obligacion de trasladarse al parlamento y de permanecer en él á sus propias costas; mas no asi los diputados de los comunes á quienes sus comitentes daban un

salario. Esta costumbre hija de la necesidad no fue sancionada hasta 1394 reinando Ricardo II, en cuya época se dió una ley para fijar la cuota de estos salarios que eran mas subidos para los caballeros que representaban los condados que para los simples ciudadanos, puesto que á los primeros se los pagaba teniendo en consideracion sus hábitos sociales que eran no poco dispendiosos. Despues de haber sufrido varias mudanzas, finalmente en tiempo de Eduardo III la indemnizacion se fijó á cuatro chelines diarios para los representantes de un condado, y á dos para los de una ciudad ó pueblo: cantidad suficiente porque cada chelin valia tanto como diez en nuestros dias. Los diputados tenian obligacion de asistir á todas las sesiones; de modo que se les notaban las faltas y no se les satisfacia el salario hasta despues de hacer constar que habian asistido siempre. La duracion de los parlamentos solia ser muy corta y hasta los hubo de un dia, entre otros lo fue el celebrado en 30 de setiembre de 1399, en el cual Cárlos II fue depuesto y reemplazado por Enrique IV. La prolongacion de los parlamentos no convenia entonces á los diputados de los comunes ni á sus comitentes, puesto que los primeros no podian sin perjuicio de sus intereses estar mucho tiempo ausentes de sus casas, y á los segundos les hubiera sido imposible satisfacer el salario de sus representantes. Efectivamente en un parlamento celebrado en tiempo de Enrique IV en 1407, que fue uno de los mas largos de la época, la indemnizacion debida á los dos caballeros que envió el condado de Cumberland, ascendia á ochenta libras esterlinas que valian tanto como ochocientas de ahora.

El tribunal de hacienda que era el mas antiguo de todos dió orígen al de los pleitos comunes que fue instituido para juzgar especialmente los litigios de los particulares, y cuya ereccion restringió la jurisdiccion del tribunal de hacienda, al mismo tiempo que contribuyó á despojarle de la consideracion de que hasta entonces habia gozado, puesto que quedó reducido á fallar únicamente las causas relativas á las rentas de la corona, y las diferencias que se suscitaban entre las personas de la servidumbre del rey. En tiempo de Eduardo III fueron instituidos los jueces de paz que se

conservan en el dia y cuya jurisdiccion aunque colocada en el último rango de la gerarquía judicial, es acaso la mas útil, porque ejercida paternalmente y casi sin gastos, sofoca muchos procesos en su nacimiento, concluye las enemistades y previene no pocos delitos. El tribunal de rentas y el del banco del rey residian en Westminster, y sus jueces ademas del salario que se les pagaba en dinero recibian del rey pieles para trages de invierno, y telas para el de verano.

No siendo dable que nos estendamos acerca de un punto tan interesante como la legislacion, puesto que de hacerlo pasaríamos los límites que nos propusimos, dirémos alguna cosa del estado de las ciencias y de las letras, que contrariadas por las revoluciones políticas no hicieron durante largo tiempo muy rápidos progresos. Efectivamente las universidades, que eran el único depósito de los conocimientos humanos, lejos de trabajar á fin de estenderlos se limitaron á conservarlos en el estado en que los habian recibido, y los profesores aferrados en vetustas tradiciones se empeñaban en no ensanchar el círculo de la enseñanza que se les habia confiado. La lógica de Aristóteles estudiada y comentada en los colegios, lejos de perfeccionar el raciocinio lo habia pervertido, puesto que con el dictado de escolástica invadió todas las escuelas, é introdujo el gusto por las sutilezas que tendian á hacer dudosas todas las verdades sociales y á echar por tierra la moral misma. Como testimonio de esto citamos la proposicion siguiente sostenida en público por un célebre profesor, á saber, que en ciertas ocasiones el robo podia ser escusable. „Supongamos, decia, que un jóven hijo „de padres ricos encuentra un profesor capaz de enseñarle en po„co tiempo y mediante una retribucion de cien marcos todas las „ciencias especulativas, y supongamos que el jóven no puede ha„cerse con esta cantidad sino por medio de un robo; en tal caso „el robo nada tiene de criminal. Lo que es grato á Dios no puede „ser un delito; y es grato á Dios que un jóven estudie las cien„cias." La autoridad del filósofo de Stagira llegó á ser tan grande en el siglo XIII que los estudiantes se obligaban con juramento á sostener sus opiniones.

La geometría y las demas ausiliares de las matemáticas apenas eran cultivadas porque era escaso el número de las personas aficionadas á este estudio que sobre no proporcionar honores ni dignidades arriesgaba á que los estudiosos fuesen acusados de mágica, acusacion entonces muy temible porque llevaba á las víctimas al cadalso.

En el mismo siglo cultivaban la astronomía algunos hombres, entre los cuales puede citarse al monge Rogerio Bacon. Este sabio religioso aunque muy adelantado á sus contemporáneos no pudo sobreponerse enteramente al influjo de su siglo, y daba fe á la astrología, á la cual llamó astronomía práctica. „Esta ciencia, dice, „al paso que nos enseña la marcha y la revolucion de los astros y „de los planetas, pone al que la conoce en estado de pronunciar „un fallo seguro acerca de los acontecimientos pasados, presentes „y futuros, y de hacer las mas sorprendentes operaciones á fin de „asegurar la prosperidad del género humano y alejar las calami„dades de que podria ser víctima." Aunque Bacon se dejó alucinar por esta supuesta ciencia cultivó sin embargo todo lo que se refiere al estudio del cielo. Suyo es el tratado de la *Scientia perspectivæ* en donde esplica la teoría de la catóptrica ó de los efectos de la luz refleja, y de la dióptrica ó refraccion de la luz, y de la óptica. Las observaciones que con este motivo hizo le proporcionaron varios descubrimientos, entre otros el de los anteojos que describe del modo siguiente. „Mirando los caractéres al traves de „un vidrio ó cristal esférico las letras se ven mejor y parecen mu„cho mas grandes." En la misma obra indica que va á construir espejos ustóricos. Bacon habia estudiado tambien la mecánica, y como supiese que se le trataba de mágico rechazó esta acusacion en una epístola sobre las operaciones secretas del arte y de la naturaleza, en donde afirma que combinando las fuerzas de estos dos agentes físicos pueden ejecutarse cosas mas sorprendentes que todas las operaciones atribuidas á los nigrománticos mas famosos; y en seguida apoya esta asercion con ejemplos. „Asi, añade, por me„dio de una máquina un hombre solo podrá conducir el buque „mas grande cargado de mercaderías. Pueden construirse carros

„ que no hayan de ser arrastrados ni por hombres ni por animales. „ Una máquina muy sencilla basta para levantar y bajar pesos enor- „ mes, y puede hacerse otra con la cual un hombre irá hasta lo „ mas profundo de un rio sin el menor riesgo.” En seguida afirma que todos estos esperimentos se han hecho en su tiempo y que los ha examinado por sí mismo.

Este sabio monge se dedicaba tambien á la química ó por mejor decir á la alquimia, la cual debia proporcionar á los iniciados un medio único para prolongar la vida humana por muchos siglos, y tambien los polvos llamados de proyeccion para convertir en oro ó plata todos los metales. A estas quimeras tras las cuales anduvieron los hombres mas ilustrados de aquel tiempo, se deben una multitud de descubrimientos curiosos con que se han enriquecido las ciencias exactas. Los reyes mismos daban crédito á esta grande obra, y los historiadores aseguran que el famoso Raimundo Lulio que habia ido á Inglaterra por las repetidas instancias de Eduardo I, proporcionó á este príncipe todas las sumas necesarias á fin de llevar á cabo la espedicion que proyectaba hacer á la Tierra Santa. Raimundo en su correspondencia no menciona este hecho, pero refiere operaciones misteriosas ejecutadas por él mismo en la torre de Londres y en presencia del monarca, por medio de las cuales asegura que á la vista de todos transformó el cristal en una masa de diamantes mas preciosa que los diamantes naturales. Eduardo III no menos crédulo que su predecesor del mismo nombre, publicó una órden mandando coger y conducir á su presencia bien custodiados á Juan Rowe y á Guillermo de Alby que habian encontrado el secreto de hacer plata.

A Bacon debe atribuirse tambien el descubrimiento de la pólvora que no fue conocida hasta un siglo mas tarde. Describe sus efectos diciendo que podria destruir un ejército y una ciudadela, y en seguida pone la receta para componerla, reducida á salitre, azufre y polvos de carbon, todo mezclado; mas como en el testo las palabras *carbonum pulvere* no estan colocadas segun el órden natural, quizás esta circunstancia hizo que habiendo salido mal los ensayos se dejase olvidado este descubrimiento. Obra es del mismo

autor, una descripcion de todas las partes de Europa, Asia y Africa conocidas en el siglo XIII, en cuyo escrito ademas da por sentado que hácia la parte del hemisferio meridional de nuestro globo debe existir una grande estension de terreno seco y habitable. Los raciocinios que le condujeron á presentar esto como una cosa positiva son los mismos que doscientos años mas tarde determinaron á Cristóbal Colon á emprender su viage, cuyo resultado fue el descubrimiento de un mundo nuevo.

La medicina por tanto tiempo abandonada á la ignorancia y al charlatanismo, empezó durante el siglo XIII á tomar un lugar entre las ciencias hijas de una atenta y difícil observacion. No poco contribuyeron á esto los reglamentos de la famosa escuela de Salerno que exigia de los discípulos estudios especiales obligándolos á sufrir un exámen delante de los mas célebres profesores antes de dedicarse á la ciencia de curar; uso que fue adoptado por la mayor parte de las universidades y en virtud del cual la medicina, la cirujía y la farmacia se convirtieron gradualmente en profesiones distintas aunque unidas con un vínculo comun. A los progresos de la medicina contribuyó la alquimia, enseñándole preparaciones y elixires propios para combatir y triunfar de algunas enfermedades. En concurrencia con el clero, comenzaron por aquella época á dedicarse al arte de curar los legos, entre los cuales Juan de Gaddesden compuso un tratado de medicina que sus contemporáneos titularon *Rosa médica*. Esta obra aun hoy ofrece interes porque presenta el estado de la medicina en el siglo XIV y el pormenor de los medios puestos en uso para la curacion de los enfermos. En rigor es una mezcla de drogas farmacéuticas y de ceremonias supersticiosas que por el efecto que causaban en la imaginacion eran capaces de producir á las veces una crísis favorable. El tratamiento que en ella se indica para los maniáticos y epilépticos es el siguiente. „Los parientes ayunarán y harán ayunar al enfermo, lo „acompañarán á la iglesia, y aprovechando un lúcido intervalo „harán que se confiese. El sacerdote entonces leerá sobre la cabe„za del enfermo el evangelio del dia de la fiesta de Santa Cruz, y „copiándolo por sí mismo lo colgará del cuello al paciente, quien

„no puede menos de alcanzar con esto una curacion radical." En cuanto á la cirujía un autor que escribia en 1363 nos refiere los métodos que en su tiempo se usaban. „Los prácticos, dice, pueden „dividirse en cinco clases, de las cuales la primera aplica cata-„plasmas á toda especie de llagas y tumores, la segunda no em-„plea mas que vino, la tercera todo lo cura con emplastos y un-„güentos, la cuarta compuesta casi esclusivamente de soldados usa „segun los casos hechizos, pócimas, aceite y lana, y finalmente la „quinta en que no hay mas que viejas y hombres ignorantes re-„curre para todo á los santos." La anatomía por entonces estaba proscrita como un sacrílego atentado contra el respeto que se debe á los muertos; supersticion que aun hoy subsiste en Inglaterra. De esto provino necesariamente que la cirujía no pudiese hacer progresos notables, y asi fue que Enrique V en su primera espedicion á Francia no llevaba mas cirujano que á Tomas Mostede, y en la segunda autorizó á este para que hiciese en varios condados una requisicion de cirujanos á fin de que lo ayudasen, y de mecánicos que fabricaran los instrumentos necesarios para las operaciones. En un siglo en que el monarca era reputado por los pueblos cual el elegido del Señor, no debe sorprendernos que el rey de Inglaterra gozase del privilegio de curar los lamparones con solo tocarlos. Lo mismo se creia en Francia, y esta preocupacion se perpetuó durante mucho tiempo en ambos paises.

Hasta la época en que apareció Chaucer las composiciones poéticas se redujeron á largos romances que referian la quimérica historia de héroes cuya existencia es tan fabulosa como sus hazañas. Allí se atribuye á un tal Bruto la conquista de Inglaterra y se dice como cosa positiva á los crédulos lectores que Arturo, los caballeros de la Tabla redonda, y los sortilegios de Merlin dieron cima á las mas audaces empresas. En aquellas obras hay algunas verdades históricas sufocadas bajo el peso de las fábulas mas ridículas y estravagantes. Véase sino el romance de Ricardo *Corazon de Leon*, cuyo autor refiere, que como Enrique II padre de este príncipe quisiera casarse encargó á muchos caballeros que recorriesen diversos paises y le trajeran para muger á la mas hermosa

princesa que encontrasen: que navegando por el océano, los enviados encontraron un soberbio buque que llevaba á bordo al rey de Antioquía y á su hija con una numerosa y brillante corte: que cuando los embajadores fueron admitidos á la presencia de este rey les dijo que dando crédito á un sueño se embarcó para Inglaterra en donde habia de hallar al marido destinado á su hija: que á consecuencia de esto Enrique II se casó con la princesa de Antioquía y el fruto de esta union fue Ricardo. De este ejemplo puede deducirse de qué manera los poetas históricos de la época trataban á la historia, alterándola sin escrúpulo y á merced de los caprichos de su imaginacion. Hácia mitad del siglo XIV entró la moda de componer en vez de romances sátiras alegóricas dirigidas contra personas de todas clases. Uno de estos poemas que se titula *Credo de Pedro el labrador*, es una violenta sátira contra las órdenes mendicantes pintadas del modo siguiente en la persona de un franciscano. „Encontré tendido en un banco, dice el autor, á un fraile „gordo como una cuba, y con una cara tan hinchada que parecia „una vegiga llena de aire ó un saco, ó un ganso que no pudiese „menearse de puro gordo." Por lo demas entre todos los poetas que hubo desde el siglo XIII hasta el XVI solo son dignos de mentarse Geofredo Chaucer, Juan Gower y Barbour.

Poco en verdad añadirémos á lo que hasta ahora llevamos dicho acerca de las universidades fundadas en Inglaterra, las cuales si bien no pudieron llegar á un alto grado de esplendor por causa de las guerras civiles, no solo se mantuvieron sino que continuaron derramando los beneficios del saber por todo el reino, y hasta por Escocia, la cual víctima siempre de intestinas discordias estaba sepultada en las tinieblas de la ignorancia cuando ya la Inglaterra hacia alarde de florecientes escuelas. Finalmente como en el año 1410 se reuniesen en San Andres algunos hombres con el objeto de enseñar públicamente á sus conciudadanos, el obispo formó el proyecto de fundar allí una universidad que bien pronto se hizo famosa, y que protegida con muchos privilegios por Jaime I, luego tuvo varias cátedras con entendidos profesores cuyas lecciones llamaron un crecido número de estudiantes. La universidad de Glas-

gow erigida bajo los auspicios de Jaime II y confirmada por el papa en 1450 hizo rápidos progresos, y se enriqueció con los legados de muchos señores, uno de los cuales que fue lord Hamilton al dejar al rector y á los catedráticos de Glasgow la propiedad de muchos edificios les encargó en cambio de esta largueza que todos los dias despues de la comida y de la cena orasen para el sostenimiento de la Iglesia universal, para la salud del rey y de la reina de Escocia, y para el buen poso de las almas de lord y lady Hamilton que se titulaban fundadores del colegio. Los sacerdotes que en calidad de catedráticos estaban adictos á la universidad tenian obligacion de celebrar anualmente algunas misas por la familia de los Hamilton y por todos aquellos á quienes estos no habian pagado sus deudas. La mayor parte de las iglesias, monasterios y escuelas deben su existencia á motivos semejantes á estos, inspirados siempre por la religion, y asi es que si algunas veces puede calificarse de supersticioso y egoista el intento que dirigia tales fundaciones, no por esto debe respetarse menos, ya que produjo utilidades muy grandes.

Despues de hablar de las artes que elevan, ennoblecen y sutilizan el ingenio humano, vamos á echar una ojeada á las que son puramente necesarias, entre las cuales le toca de justicia el lugar primero á la agricultura. Al parecer en aquella época se mantuvo estacionada porque los agricultores eran esclavos, los cuales no sacando provecho alguno de sus trabajos era imposible que fuesen inteligentes ni celosos. De aqui provinieron sin duda las frecuentes hambres que durante los siglos XIII y XIV afligieron á la Gran Bretaña. La de 1314 duró tres años, y fue tan grande que cinco fanegas de trigo llegaron á valer desde diez y seis á cuarenta chelines que vendrian á ser treinta libras esterlinas de la actual moneda. El parlamento quiso remediar este estado de cosas fijando el precio de los géneros; mas bien pronto conoció que este recurso aumentaba el mal en vez de disminuirlo, y hubo de revocar la ley. Los métodos usados entonces en la agricultura se reducian á poner las tierras en barbecho y á echarles un abono de marga ó de estiércol. No tardó en hacerse general el uso de los cercados ó cotos

que vino á ser muy funesto al pais, pues los grandes propietarios viéndose obligados por la escasez de labradores á pagarles un jornal muy crecido convirtieron las tierras en pastos, dando lugar con esto á un público clamor que llamó la atencion del parlamento. Juan Rous de Warwick historiador coetáneo no cesa de declamar contra los cotos cuya destruccion procuró en vano dirigiendo para ello varias peticiones á las cámaras. En su obra afirma en tono grave que un propietario que habia cercado sus posesiones fue visto en el infierno por un clérigo á quien introdujo allí un demonio que tenia con él pacto secreto. „Este clérigo, dice el historiador, „se decidió á emprender el viage despues de haber exigido una „promesa formal de su conductor, quien se la cumplió, de que lo „volveria sano y salvo á la tierra." En el reinado de Eduardo III el precio de las tierras era igual al de veinte y cinco anualidades de su renta; pero en el de Eduardo IV descendió hasta no valer mas que seis anualidades, lo cual debe atribuirse sin duda á las guerras civiles que desolaban entonces á la Inglaterra.

La jardinería accesoria de la agricultura, se cultivaba en los castillos y particularmente en los monasterios, cuyos monges, como que muchos ejercian la medicina, tenian y cuidaban plantas salutíferas. La vid era entonces abundante puesto que un acta del parlamento de 1423 fija la cabida de las cubas y toneles que deben contener el líquido. Es circunstancia notable que todas las cuentas relativas á los gastos y productos de las haciendas se escribian en latin por mas que el ingles era ya de uso comun; mas esto se comprende recordando que la lengua latina era familiar á todos los hombres que habian recibido alguna instruccion, los cuales estaban esclusivamente encargados de administrar las tierras de los nobles y del clero.

Los estados europeos gobernados por la religion que prevalecia en todas las instituciones de los pueblos consagraba al culto todos los recursos y las maravillas de las artes ocupadas de continuo en levantar templos á Dios y abadías á sus ministros. En el reinado de Enrique III se edificaron un crecido número de iglesias y hasta ciento cincuenta y siete monasterios; construcciones cuyos gastos absorverian hoy la mayor parte de las rentas públicas de cada na-

cion; y asi es que las hacian el clero posesor entonces de inmensas riquezas y los particulares impulsados por el celo religioso. Efectivamente algunos italianos, franceses, alemanes y flamencos reunidos á los griegos que huyeron de su patria formaron la cofradía conocida con el nombre de *francmasonería* titulándose ellos *francs-maçons* esto es albañiles libres ó exentos. Alentados por los papas que les concedieron bulas, multiplicáronse rápidamente y recorrian el mundo cristiano instando á los fieles á que construyesen iglesias y les encargaran la direccion de los trabajos. Cuando habian comenzado algun edificio se acampaban á sus inmediaciones y vivian con un régimen particular, sujetos á un gefe ó gobernador general que trazaba los planos, y á decemviros ó capataces que mandaban cada uno de ellos á diez trabajadores. Los mas ricos habitantes del territorio, ora para espiar sus faltas, ora con el fin de grangearse por medio de sacrificios la gracia divina, proporcionaban carruages y materiales á los obreros; de manera que la mayoría de los monumentos religiosos, cuyo atrevimiento y cuya grandeza admiramos en el dia, se deben á la piedad de nuestros abuelos. La arquitectura civil y la militar no sufrieron por entonces cambio alguno importante, y hé aqui por qué nos dispensamos de añadir cosa alguna á lo que habemos dicho acerca de esta materia.

Las bellas artes llamadas á decorar los templos y los monasterios, y estimuladas por recompensas, debieron tomar un rápido vuelo; y asi es que las catedrales, las abadías y los conventos estaban llenas de imágenes de ángeles, santos, papas y prelados, y en todas las capillas habia urnas y sepulcros de los que murieron en olor de santidad y de príncipes y grandes. Si alguno de estos monumentos se debe al cincel de artistas estrangeros, es preciso confesar que los ingleses habian adelantado mucho en la escultura, puesto que sus obras eran apreciadas en el continente, como lo justifica el permiso concedido por Ricardo III al colector pontificio residente en Inglaterra para que sin pagar derechos estrajese muchas estatuas de santos.

No fueron pocos los progresos que hizo la pintura estimulada

por la munificencia de la Iglesia que le encargaba á la par que á la escultura enriquecer con objetos piadosos los edificios sagrados. Enrique III príncipe falto de talento para la política y la guerra, apreciaba decididamente las artes y tenia siempre á su servicio célebres pintores que de su órden hicieron los cuadros históricos que decoraban sus palacios. En Westminster y en la torre de Londres mandó pintar la espedicion de Ricardo Corazon de Leon á la Tierra Santa. Entre todos los sucesores de este monarca el que tuvo mayor aficion á la pintura fue Eduardo III, que impaciente por ver acabados los cuadros de su capilla de Westminster, con órden de 18 de marzo de 1350 mandó al director de los pintores que hiciese una requisicion de los artistas de muchos condados y los obligara á ir á Westminster para que estuviesen allí hasta rematar la obra. Los particulares hacian decorar asimismo sus habitaciones con pinturas alegóricas, y al parecer el estudio de este arte formaba parte de la educacion.

En la edad media lo mismo que en los tiempos antiguos la música iba siempre unida con la poesía, puesto que todos los versos se cantaban, y asi es que la mayor parte de los poetas eran músicos. Con el nombre de ministriles formaban una numerosa cofradía ó sociedad, tenian muchos privilegios, iban vestidos de un modo particular y entraban libremente por todas partes hasta en el mismo palacio del soberano. En el año 1316 mientras que Eduardo estaba á la mesa rodeado de los principales señores de su corte, presentóse en la sala del festin montada á caballo y vestida de ministril una muger que despues de dar vuelta á la mesa cantando una troba puso delante del rey una carta y desapareció. Aquel escrito contenia una amarga censura de la conducta del monarca; mas no pudo saberse quién era la muger que lo trajo, pues los porteros de palacio se escusaron con que los ministriles tenian permiso de acercarse á la persona del monarca, sobre todo en los dias de grandes festividades. Los instrumentos de música eran el órgano, el arpa, la lira, el címbalo, el sistro, la trompeta, la flauta, el tamboril, el caramillo y varios otros cuyos nombres se han perdido. Muchos príncipes, entre otros Eduardo III, tuvieron en su casa

una capilla de músicos; ejemplo que imitaron los grandes y los ricos. Los músicos de la casa, mantenidos, vestidos y pagados por sus amos, contribuian en los convites al placer y á la alegría de los comensales á quienes recreaban con sus cantos; y ademas en los dias festivos podian sacar partido de su talento en los monasterios y en los castillos de la vecindad, en donde se grangeaban abundantes regalos. El diapason descubierto por Guido de Arezzo dió orígen al invento de muchos caractéres de música que servian para el valor y la duracion relativa de cada nota. La música finalmente se convirtió en ciencia con la invencion del contrapunto, debido segun algunos á los ingleses. Como quiera que sea el clero se apoderó de esta arte para aumentar la pompa y el aparato de sus ceremonias, haciendo de este modo que la música fuese popular. De la Iglesia penetró en las universidades, vino á formar parte de las cuatro ciencias que componian el *Quadrivium*, y muchas veces proporcionó grande fortuna á los que la cultivaban con alguna reputacion. Contribuyó sobre todo á desplegar el genio de los compositores de música sagrada el órgano que estudiaban las personas de mas elevado rango. El rey de Escocia Jaime I, que estuvo mucho tiempo prisionero en Inglaterra, distraia sus quebrantos componiendo versos que él mismo ponia en música, y era tan conocedor en el arte que segun se dice tocaba ocho instrumentos distintos. Jaime III sucesor suyo le tenia tanta aficion como él y colmó de favores á los mas aventajados músicos de su tiempo.

El comercio cuya importancia forma en los pueblos modernos tan grande parte de su política era muchas veces contrariado por el poder que detenia su desarrollo, como lo hicieron la ley promulgada en 1363 reinando Eduardo III, la cual obligaba á todos los comerciantes ingleses á no traficar sino en un solo género, y el acta del parlamento que castigaba como á reos de felonía á todos los comerciantes ingleses, galeses, ó irlandeses que esportasen al continente diversas mercancías, como las lanas, las pieles, los cueros, el plomo y el estaño; de manera que se veian precisados á vender estos artículos á negociantes estrangeros que iban á buscarlos á las ciudades del reino designadas para este objeto. Otra

ley hacia á los negociantes estrangeros responsables de las deudas de sus compatricios y los sujetaba á las penas en que estos hubiesen incurrido por algun delito. Era imposible discurrir cosa mas absurda ni mas injusta, y sin embargo esta iniquidad subsistió por mucho tiempo.

Tan desastrosas medidas fueron mejoradas por reglamentos muy oportunos, entre los cuales debe contarse el que fijaba la uniformidad de pesos y medidas en todo el reino. Ofreciendo seguridad y proteccion procuró el gobierno atraer á los mercaderes de todos los paises que formaron muchas compañías, entre las cuales fue la mas célebre la conocida con el nombre de Depósito. Esta sociedad no estaba sujeta á las leyes inglesas, y las diferencias que se suscitaban en asuntos mercantiles eran juzgadas por individuos de la misma compañía llamados mediadores. Sabido es que en aquella época los italianos habian estancado el comercio del mundo entero, y no debe admirarnos que tuviesen en Inglaterra compañeros que adelantaban fondos al gobierno alcanzando en recompensa grandes privilegios. Si los estrangeros se enriquecieron á costa de los ingleses, su ejemplo fue útil á los comerciantes del pais que acabaron por rivalizar con ellos, y por enriquecerse. Por aquella época las operaciones marítimas daban inmensos provechos, pero eran muchas veces contrariadas por la piratería que la Inglaterra ejercia abiertamente contra todas las naciones, confiando este encargo á los habitantes de Cinq-Ports, que zelosos de los comerciantes estrangeros porque introducian una infinidad de objetos que las necesidades del pueblo reclamaban, cogian sus buques, degollaban á las tripulaciones y hacíanse dueños de sus cargamentos. Estos desórdenes llegaron á tal punto hácia mitad del siglo XIII, que el precio de los géneros hizo una subida exorbitante. Mas tarde las ciudades anseáticas y los caballeros teutónicos cuyos súbditos habian sufrido en sus bienes y en sus personas, alcanzaron indemnizaciones en dinero; y en órden á los que fenecieron en manos de piratas el monarca ingles prometió que se harian preces por sus almas con tal que los alemanes y los súbditos teutónicos verificasen lo mismo en favor de las almas de los ingleses que hubiesen muerto en la

mar. Esta transaccion prueba cuánto podian los sentimientos religiosos, puesto que se mezclaron en todos los negocios humanos, ya para arreglar las condiciones, ya haciéndolas con su sancion mucho mas obligatorias. Uno de los medios de que con mas frecuencia echaron mano los gobiernos en la edad media era la alteracion de las monedas, espediente que á fin de acudir á los gastos necesarios puso en práctica Eduardo III acuñando en 1344 florines de oro, medios florines y cuartos de florin, que sustituyó luego con nobles, medios nobles y cuartos de noble, moneda que en aquel período fue la mas general. En 1466 Eduardo IV hizo acuñar monedas de oro que por tener en el reverso la figura de un ángel se llamaron *angels*, y medios angels ó *angelets* que equivalian á seis chelines y ocho sueldos de plata, de nuestros tiempos. Era indispensable discurrir un medio para verificar fácilmente el cambio de las monedas de oro con las de plata, y Eduardo III y sus sucesores dieron este encargo á varias personas que les adelantaban fondos cobrándose ellos un beneficio considerable. Recibian nobles de oro y daban monedas de plata con el quebranto de un sueldo de plata, y cuando recibian plata y daban nobles de oro los hacian pagar un sueldo de plata mas de su valor; de manera que esta operacion les redituaba el exorbitante premio que se deja entender. El arte de acuñar la moneda estaba muy atrasado, de donde se deduce naturalmente que la falsificacion era fácil y por esto eran muchos los que á ella se dedicaban. En 1279 sufrieron la pena de muerte en Londres por este delito doscientos ochenta judíos, y en la misma época se puso en la cárcel á todos los plateros de Inglaterra por indiciados en aquel crímen. Siendo imposible tratar con mas estension del ramo de monedas, vasto y complicadísimo asunto, terminarémos este artículo haciendo una observacion, á saber, que comparando el valor relativo de las monedas con el precio que en 1266 tenian los comestibles y las mercaderías, la cantidad de ciento cincuenta libras esterlinas representaba cerca de dos mil doscientas cincuenta y seis de nuestra época: tanto basta para que los lectores puedan conocer los portentosos cambios que el transcurso de cinco siglos ha hecho en la sociedad inglesa.

Incompleto seria este cuadro, si no hablásemos del arte de la guerra, destructor pero indispensable, puesto que asegura la independencia de las naciones y dispierta en el corazon del hombre brillantes sentimientos que llegan hasta la heroicidad algunas veces. El descubrimiento de la pólvora debia cambiar de un modo completo el sistema seguido por todos los pueblos desde los tiempos mas remotos, y sin embargo este invento confinado en los libros de Rogerio Bacon y hallado pocos años despues por el monge aleman Bertoldo Schwartz hizo muy lentos progresos (1). A pesar de esto se derramó al instante por Inglaterra, Francia, Escocia y muchos otros estados de Europa, pues Eduardo III tenia cañones en Crecy en 1346 y en el sitio de Calais; y si hemos de dar crédito á lo que refiere Petrarca en sus diálogos, el uso de las armas de fuego se generalizó muy pronto. „Hoy, dice este autor, son tan comunes como las otras armas de guerra; tan cierto es que los hombres se instruyen muy luego y son ingeniosos siempre que se trata „de destruir." Los primeros cañones se llamaron bombardas, eran de hierro y tenian una figura muy parecida á los morteros, mas bien pronto cambiaron de forma. La mayor parte de las balas eran de piedra. Servíanse tambien de otro instrumento llamado cañones de brazo que se disparaba puesto sobre una horquilla fijada en tierra. A pesar de todo, la artillería propiamente dicha continuó muy imperfecta hasta el siglo XVI, en que habiéndose convertido la guerra en verdadera ciencia no fue difícil conocer la importancia de esta arma.

---

(1) Mucho se ha disputado acerca de quién fue el inventor de la pólvora, y si bien no son despreciables los varios escritores que lo atribuyen á Bacon, son de mayor peso y se fundan en testimonios muy auténticos los que opinan que fue inventada por los chinos y trasmitida desde ellos á los árabes. Convendrémos en que Bacon la conocia; pero la historia de España no deja duda de que antes de que viniera al mundo el monge ingles fue puesta en uso en nuestra patria durante la larga lucha de nuestros antepasados con los árabes. Cien pasages de nuestra historia lo justifican de un modo indudable, y de algunos de ellos hemos hecho mencion en la que acabamos de dar á la luz pública.

(Nota del traductor).



En aquellos tiempos de disturbios continuos hijos de la imperfecta organizacion de la sociedad, las costumbres conservaban muchos rasgos de barbarie, y eran pocas las veces en que el vencedor perdonaba al vencido, á no ser que detuviese su brazo la sed del oro. Efectivamente los prisioneros eran una especie de mercadería cuyo valor variaba segun el rango de los cautivos, los cuales estaban en una dependencia tan absoluta de sus posesores que estos tenian el derecho de venderlos y de regalarlos á sus amigos cual si fueran una propiedad material. Por esto la guerra proporcionó grandes riquezas á muchas personas, entre las cuales puede contarse al caballero Gualtero de Mauny tan célebre en tiempo de Eduardo III, el cual en una sola campaña y por medio de rescates ganó mas de cien mil libras de nuestra moneda.

El arte de sitiar las plazas hizo algunos progresos en tiempo de Enrique V puesto que ya entonces se hacian líneas de circunvalacion y contravalacion defendidas con fuertes empalizadas y torrecillas de madera; se atacaba abriendo zanjas, se hacian baterías para arrojar balas, y se levantaban máquinas con el objeto de lanzar piedras enormes. Hacíanse tambien minas y las entrañas de la tierra fueron muchas veces campo de sangrientos combates.

La imprenta la introdujo en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XV Guillermo Caxton. Este hombre dedicado al comercio era individuo de la sociedad de merceros de Londres, y en 1442 fue enviado á los Paises Bajos para agenciar los intereses de la corporacion. Treinta años residió en el pais, y por encargo de Eduardo IV negoció un tratado de comercio con el duque de Borgoña. Margarita esposa de este y hermana del monarca ingles confió á Caxton muchas comisiones que fueron por él exactamente desempeñadas. Tenia ya cincuenta y siete años cuando se ocupó de la tipografía, invento reciente que no podia menos de pasmar al mundo y en cuyos secretos se inició muy luego Caxton no perdonando para ello gastos ni fatigas. El primer libro que dió á luz en 1471 era una traduccion del frances titulada: *Coleccion de las historias de Troya*, de cuya obra llevó á su patria algunos ejemplares al dar á ella la vuelta. Desde este época hasta el año 1491 impri-

mió cerca de cincuenta volúmenes cuya mayor parte eran traducciones de obras francesas. Bien pronto tuvo émulos, pusiéronse prensas en Londres y en muchas ciudades del reino, siendo tanto lo que prosperó aquella nueva industria que en 1485 los impresores ingleses llevaban muchos libros á las naciones estrangeras.

Util seria y curioso ademas seguir paso á paso las mudanzas que el tiempo introdujo en las costumbres privadas de los pueblos; mas es imposible dar completa cima á esta tarea porque los historiadores nos refieren las revoluciones de la política, pero olvidan contarnos los cambios que se van ejecutando en la vida doméstica de los ciudadanos, y por esto es indispensable rebuscar trabajosamente algunos rasgos esparcidos en sus escritos á fin de reunirlos y formar con ellos un cuadro que no puede ser sino imperfecto. Es menester contentarse con un bosquejo ya que no hay medio de ofrecer una obra cabal.

Ante todo llaman nuestra atencion los príncipes y los grandes. A pesar de la penuria de la corona, cuyos recursos se menguaban diariamente por las causas que dejamos indicadas, los monarcas ingleses desplegaban mucha magnificencia en su modo de vivir y se imponian enormes espensas á causa del escesivo número de personas adictas á su servicio. Ricardo II tenia una guardia de doscientos hombres y en su casa residian constantemente trece obispos, muchos barones, caballeros y escuderos con una inmensa multitud de criados de todas clases: de manera que con diferentes títulos mantenia y proporcionaba todo lo necesario á mas de diez mil personas. Siguiendo el ejemplo del soberano los nobles vivian con una pompa regia; tenian consejeros privados, mariscales, condestables, mayordomos, secretarios, capellanes, heraldos, sargentos, pages, guardias, músicos, en términos tales que en sus tierras representaban igual papel que el monarca en Londres y eran servidos con el propio respeto y con las ceremonias mismas. Las guerras civiles y las riquezas que el comercio produjo á aquellos que lo ejercian cambiaron este estado de cosas, y la mayor parte de los nobles arruinados por las revoluciones perdieron gradualmente la importancia que debian á la pompa que los rodeaba mas bien

que á sus títulos. El espíritu de la caballería que al parecer habia decaido se reanimó en el reinado de Eduardo III cuyo príncipe dijérase que trataba de resucitar los fabulosos tiempos de Arturo, puesto que tuvo tambien su Tabla redonda compuesta de los caballeros mas valientes que á ejemplo de Amadis profesaban á sus damas la admiracion mas romancesca, y que á la par de él se hacian famosos por sus proezas con harta frecuencia muy estravagantes. Muchos de ellos recorrian paises estrangeros á fin de sostener la belleza de sus damas; y un crecido número de caballeros jóvenes que iban con Eduardo III cuando este invadió la Francia se taparon un ojo con una venda é hicieron voto de no descubrírselo hasta haber dado una muestra de su bravura en honor de la señora de sus pensamientos. Este rasgo caballeresco que refiere Froissard calificándolo de admirable escitó el entusiasmo público porque estaba en armonía con el espíritu del siglo que llevaba hasta el último estremo asi el valor como la galantería.

Como se juntaban en derredor del monarca las personas de mas elevada clase, necesariamente provino de esto que la corte comunicase sus costumbres y sus hábitos á la sociedad entera, pues todos á porfía la imitaban con no poco riesgo de arruinarse, ya que nada hay tan irresistible como las necesidades que la vanidad inspira. Asi fue como los simples gentiles-hombres procuraban equipararse con los barones, y los ciudadanos ricos con los gentiles-hombres, fuese vistiéndose como ellos, fuese imitando el lujo que desplegaban en sus casas. Cuando en 1251 se verificó el matrimonio de Alejandro rey de Escocia con la primogénita de Enrique III, formaban la comitiva de este príncipe mil caballeros ingleses vestidos de seda, y al dia siguiente del matrimonio se presentaron todos ellos con otro trage no menos rico que el primero. En vano procuró el gobierno poner un dique al lujo por medio de leyes suntuarias, puesto que estuvieron tan lejos de cumplirse, como que el lujo en los vestidos llegó á tal punto que el caballero Juan Arundel tenia cincuenta y dos trages completos de tela de oro. El trage de moda de un hombre del siglo XIV era el siguiente: un vestido mitad blanco y mitad negro, barba larga, la cabeza cubierta con

una capucha de seda atada por debajo de la barba y bordada con figuras estravagantes. Los calzones que llegaban apenas hasta mitad del muslo eran sumamente angostos; calzaban medias de diferentes colores, y zapatos largos con la punta tan encorvada que se la ataban á las rodillas con una cadena de oro ó plata. Las señoras llevaban túnicas de dos colores distintos y palatinas sumamente cortas. El tocado variaba mucho, pues unas veces consistia en una gorra muy chica atada con cordones, y otras veces era tan alta que se levantaba tres pies sobre la cabeza en forma de pilon de azúcar. Armadas de puñal ó espada corta iban por las ciudades montadas en soberbios caballos cubiertos con mantillas ricamente bordadas. El trage del pueblo consistia en un sayo ó especie de casaca abotonada y ceñida con una correa. Mas adelante los señores sustituyeron á las capuchas gorras de seda y de terciopelo adornadas con perlas y piedras preciosas, y durante el invierno usaban capas con mangas tan largas que casi barrian el suelo. Sin empeñarnos en la interminable tarea de seguir las modas mugeriles, dirémos únicamente que los peinados altos estuvieron en boga durante todo el siglo XV y que crecieron tan desmesuradamente que fue necesario alzar las puertas de las habitaciones.

En el siglo XIV se hacian solo dos comidas, al mediodía, y por la noche; pero muy luego se convirtieron en cuatro. Como el lujo de la mesa no le iba en zaga al de los trages, los reyes publicaron ordenanzas fijando el número y las materias de los platos segun las clases; y en una de ellas se previno que los criados de los gentiles-hombres, negociantes y artesanos no habian de probar carne sino en una de las comidas. Estas leyes sin embargo fueron inútiles porque las quebrantaba todo el mundo y antes que todos aquel que las hizo. Los grandes almorzaban á las siete, comian á las diez, cenaban á las cuatro de la tarde, y entre ocho y nueve de la noche hacian colacion. Los comerciantes de pocos haberes, los labradores y los artesanos almorzaban á las diez, comian á las doce, y cenaban á las seis de la tarde. La bebida mas comun para todas las clases era la cerveza y la cidra, y en los festines se servia vino caliente sazonado con especias. Aunque la culinaria habia hecho

algunos progresos, nó asi las esquisidades ni la cultura de la mesa; de manera que en la época á que nos referimos, la cuchara y el tenedor eran desconocidos y en Inglaterra todo el mundo comia con los dedos.

A las groseras diversiones de la lucha, pelota, riñas de gallos, y combates de toros que hasta entonces habian estado en uso se mezclaron las representaciones teatrales, llamadas misterios, cuyo argumento era siempre algun pasage de la Escritura. Al principio ejecutaban aquellas piezas los clérigos y los monges en las iglesias y monasterios, mas los legos quisieron imitar muy pronto su ejemplo. Los mercaderes de paños de Chester representaron en 1327 la *Creacion del mundo*, y para conformarse mejor con la fidelidad histórica Adan y Eva se presentaron desnudos cual salieron de las manos del Criador. Los tintoreros pusieron en escena el diluvio, y Noé dió un bofeton á su muger porque no queria meterse en el arca. Habia piezas en que estaban personificados los vicios y las virtudes; mas esto venia á ser una especie de sermones dialogizados en que se recomendaba á los espectadores la moral sazonándola con chocarrerías.

El siglo XIV fue la época en que la lengua inglesa tomó una forma regular, y muy luego vino á ser un verdadero idioma en las plumas de Chancer, Gower y Wicklef que la enriquecieron con una multitud de voces sacadas del latin, del frances y del italiano. Cada condado sin embargo continuó usando un dialecto distinto; y despues de Chancer y de sus contemporáneos sufrió la lengua nacional tantos cambios en el decurso de un siglo, que el célebre Caxton se veia muchas veces embarazado para usar en sus traducciones palabras que fuesen entendidas de todos. Estos cambios fueron tan rápidos, que, segun dice el mismo, el ingles que se hablaba entonces, esto es, en 1490, diferia mucho del que estaba en uso cuando él vino al mundo. Aunque la lengua inglesa fue generalmente usada los estatutos hechos por Enrique IV y sus sucesores, hasta Eduardo IV inclusive, se redactaron en frances y en latin; pero Ricardo III abolió esta costumbre y desde su reinado se escribieron en ingles todas las leyes.

Varios fueron los varones ilustres que honraron el período que recorremos, y es en nosotros un deber hablar de ellos á los lectores. Mentarémos ante todos al célebre historiador Mateo Paris, monge de San Albano y que se mezcló en los negocios del siglo, porque habiendo sido introducido en la corte de Enrique III obtuvo su confianza y vivia con él tan familiarmente que se sentaba á su mesa y trabajaba en su cuarto. Mientras que á solicitud de Hacon rey de Noruega estaba en aquel pais en 1248 con el objeto de verificar una reforma en los monasterios, san Luis rey de Francia le hizo su embajador y le encargó el arreglo de sus intereses con el monarca noruego. Ademas de ser á la vez poeta, filósofo, historiador y teólogo sobresalió en la pintura y en el grabado segun lo atestigua el analista de la abadía de San Albano. Entre las muchas obras de Mateo Paris que murió en 1259, la mas estimada es su *Historia Major* en donde refiere la historia de Inglaterra desde la invasion de Guillermo en 1066 hasta 1159, que era el año cuadragésimo tercero del reinado del tercer Enrique. En esta obra si esceptuamos los milagros, las profecías y las apariciones, en que el autor se muestra tan crédulo como todos sus coetáneos, se descubre un juicio muy imparcial y un espíritu muy sagaz. En la misma época vivieron otros historiadores casi todos monges, harto poco conocidos para que los citemos aqui, y cuyas obras no pueden interesar sino á los eruditos. Tan numerosos como los historiadores fueron en el siglo XIV los poetas entre los cuales citarémos ante todo al caballero Juan Gower que nació en 1320 y que habiéndose dedicado al estudio de la jurisprudencia cultivó al mismo tiempo las musas y supo grangearse una reputacion que dura aun todavía. Compuso tres poemas en diferentes lenguas. el uno de ellos en que celebra la fidelidad conyugal, está escrito en frances y tiene el título de *Speculum meditantis:* el otro es una crónica en versos latinos en que relata la insurreccion de los comunes en tiempo de Ricardo II; y el tercero, único impreso, se titula: *Confessio amantis*, está escrito en ingles, y es una historia moral y llena de episodios que la hacen variada é interesante. Despues de haber compuesto estas obras y algunos tratados de teología, lógi-

ca y alquimia, murió en 1402 nó sin que la posteridad recuerde con gratitud su memoria porque fue uno de los primeros que perfeccionaron el idioma nacional.

El mas célebre escritor de aquellos tiempos es Chancer á quien hemos citado varias veces y cuyas obras poéticas á pesar de su lenguage antiguo son estudiadas hoy y de ellas ha sacado felices inspiraciones mas de un poeta moderno. El historiador puede encontrar en ellas una pintura de las costumbres, que arroja mucha luz sobre la época en que Chancer escribia. Su vida tan brillante como agitada, se ocupó mucho en las intrigas y pasiones de su época. Aunque su familia lo dedicó al estudio de las leyes dejó la abogacía para entrar en la corte en calidad de page de Eduardo III en 1359. Dotado de una figura hermosa y de estraordinario talento para la poesía, supo cautivar bien pronto el ánimo del monarca, que no satisfecho con admitirle en su intimidad hizo su fortuna señalándole una pension considerable. Aprovechóse del favoritismo para casarse con la hermana de lady Catalina Swinford que reinaba entonces en el corazon del duque de Lancastre, y que mas adelante fue su esposa. El duque era el tercer hijo de Eduardo III, de manera que Chancer por medio de su matrimonio emparentó con la familia real. Predicaba por aquella época contra el clero el célebre Wicklef á quien sostenian poderosos magnates, entre otros el duque de Lancastre, lo cual decidió á Chancer á profesar las opiniones del reformador. Proscritos por la ley los discípulos de este, el poeta vino á buscar un asilo en el continente, en donde habia tantos sectarios de aquel apóstol, que Chancer á puro de mostrarse generoso con ellos arruinó su fortuna. Vuelto secretamente á Inglaterra fue delatado y metido en la cárcel de donde salió en libertad despues de vender los secretos de su partido. Cuando algunos años adelante el duque de Lancastre estuvo al frente del gobierno mejoró la suerte de Chancer, logrando que se le hiciese donacion de algunos dominios incorporados á la corona, con los cuales el poeta vivió en la opulencia hasta el año 1400 en que falleció á la edad de 73. Compuso muchas obras que revelan sus profundos y variados conocimientos; mas entre todas la única que

en el dia se lee es la titulada: *Cuentos de Cantorbery*, libro frívolo si se quiere pero notable por la armonía del estilo, y por la maliciosa naturalidad que se ve en todo él, circunstancias que la harán vivir tanto como la lengua inglesa que el autor desbastó dándole asi bien riqueza y pulimento.

En el siglo XIV floreció tambien para honor de la Escocia el escritor Juan Barber ó Barbour nacido en 1330 en la ciudad de Aberdeen. Despues de haberse ordenado obtuvo un arcedianato en su misma patria; mas no encontrando en ella lo que necesitaba para adquirir nuevos conocimientos, alcanzó permiso del rey de Inglaterra Eduardo III para ir á estudiar en la universidad de Oxford. Vuelto mas tarde á Escocia, á solicitud de David Bruce escribió en verso la vida y las hazañas de Roberto Bruce su ilustre padre. Este poema si bien cuajado de fábulas es precioso por la multitud de pormenores que contiene y por el mérito del estilo que puede compararse muy bien con el de Chancer.

El siglo XV produjo tambien algunos historiadores, entre los cuales solo harémos mencion de Walsingham, y de Juan Rous. El primero fue monge de San Albano, y si es poco recomendable por su estilo recompensa al lector con relatos llenos de circunstancias curiosas, y de pormenores instructivos. Escribió una historia de Inglaterra desde 1273 hasta la muerte de Enrique V, y tambien son obra suya los anales de Normandía titulados *Ipodigma Neustriæ*, que comienzan en el siglo X y terminan en 1418. Juan Rous compuso una historia de los reyes de Inglaterra que prueba la erudicion del escritor mas bien que su talento. A pesar de los vicios del relato interrumpido con interminables digresiones y escrito en estilo incorrecto, su obra es leida con fruto porque abraza muchas particularidades en órden al estado político y á las costumbres domésticas de los ingleses del siglo XV, época en que vivia el autor que murió en 1491.

Algunos resplandores arrojó tambien durante aquel período la jurisprudencia, por lo cual no es dable hacer caso omiso de Tomas Littleton ni de Juan Fortescue cuyos trabajos son muy preciosos para la historia. El primero despues de haber brillado en el foro

obtuvo el título de magistrado en 1455, y ocupó un lugar entre los jueces de los pleitos comunes. Compuso acerca de los enfiteusis de Inglaterra una obra que deben meditar el historiador y el jurisperito á fin de comprender un asunto tan difícil y complicado. El caballero Fortescue hijo del lord canciller de Irlanda, en 1442 fue nombrado justicia mayor en el tribunal de hacienda del rey, y habiendo guardado durante mucho tiempo una fidelidad inviolable á su soberano Enrique VI le cupo una parte en todas las vicisitudes de su fortuna. Retirado en Bretaña cerca de la reina Margarita dirigió la educacion del príncipe de Gales, y para él escribió un tratado *De Laudibus legum Angliae*, cuyo objeto es establecer por principio que el gobierno de Inglaterra es una monarquía moderada por las leyes. Cuando la batalla de Tewksbury dada en 4 de mayo de 1491 hubo terminado en favor de la casa de Lancastre la querella entre esta y la de York, Fortescue que combatia por Margarita fue cogido con las armas en la mano, pero Eduardo IV no solo le perdonó sino que muy luego le puso en libertad y lo retuvo á su servicio. Desde entonces la pluma del escritor quedó consagrada al nuevo soberano, cuyos derechos sostuvo por escrito aunque sin separarse de los principios de una libertad bien entendida que fueron siempre la base de su política. Dedicó á Eduardo IV su *tratado sobre la diferencia que hay entre una monarquía moderada y una monarquía absoluta*, en el cual se descubre un fin escelente y un raciocinio profundo y verdaderamente admirable. „El conjunto de esta obra, dice un „político moderno, manifiesta que su autor no cede en erudicion, „candor, sabiduría, patriotismo y sensibilidad á ninguno de los „escritores cuyas producciones estimamos todavía."

La ereccion de las universidades popularizó el amor al saber. Los nobles esclusivamente dedicados á las armas y deseosos tan solo de brillar por medio de los ejercicios del cuerpo, dejaban el estudio para las clases inferiores, porque el cultivo del espíritu les parecia una cosa humillante; mas esta preocupacion aunque arraigada entre los nobles no fue un obstáculo para que varios personages de elevada alcurnia apreciasen y protegieran las letras. Men-

cionado habemos á Jaime I rey de Escocia que retenido en una prision injusta por Enrique IV adquirió en la soledad gusto por el saber y talento para la poesía y las artes, en términos de ser á la vez poeta, músico, teólogo y jurisconsulto. Despues de él se distiguió por su ilustrada aficion á las letras Juan Tiptot conde de Worcester, que habiendo visitado en sus muchos viages la Italia hizo en ella una coleccion de libros que le costaron sumas considerables y los regaló á la universidad de Oxford. De vuelta á su patria fue ensalzado á los primeros destinos y hecho gran condestable por Eduardo IV; mas cuando este príncipe fue arrojado del trono por Warwick, el conde de Worcester murió en un cadalso. Es obra suya la traduccion de muchos tratados de Ciceron hecha en estilo elegante y robusto. No podemos pasar en silencio al conde de Rivers, cuñado de Eduardo IV, y á quien Ricardo III hizo asesinar en el castillo de Pontefract. Tradujo varias obras francesas é hizo muchas composiciones en verso, entre las cuales nos queda un poema corto pero interesante, tanto mas, cuanto el autor lo escribió pocos dias antes de su trágica muerte.

En este momento darémos fin á este cuadro del estado social de la Gran Bretaña durante los últimos siglos que terminan la época conocida con el nombre de edad media, á fin de entrar en un nuevo período, en que las artes y las ciencias irán á la par con la política ejerciendo en ella un poderoso influjo. Hasta entonces los acontecimientos históricos se nos han transmitido de una manera incompleta; mas de ahora en adelante, merced á la imprenta, los documentos no solo abundan sino que sufocan y confunden al escritor, y no pocas veces oscurecen la verdad en vez de darla á conocer de un modo fijo. Procurando deslindarla lo mejor que nos sea posible emprendemos la continuacion de nuestra tarea por el reinado de Enrique VIII.

ENRIQUE VIII.

Muy halagüeñas esperanzas concibió la Inglaterra al advenimiento de Enrique VIII, que ademas de reunir en su persona los derechos de las dos casas de York y de Lancastre, y de estar seguro por lo mismo de que nadie le disputase la corona, sucedia á un príncipe caviloso y avaro que hizo pesar sobre sus súbditos una opresion tanto mas insoportable cuanto la disfrazaba con una falsa apariencia legal. El nuevo rey hallábase en la edad de diez y ocho años y poseia todas las dotes esteriores que tanto influjo ejercen sobre el pueblo, el cual juzga siempre por la vista y pocas veces por la razon. Sus modales llenos de dignidad y de dulzura correspondian á la belleza de sus facciones. Estraño á los negocios del gobierno durante la vida de su padre, que segun se dice lo destinaba á la iglesia, habia adquirido muchos conocimientos literarios y aplicádose á la música con tanto aprovechamiento que llegó á ser compositor. Por desgracia habia estudiado teología en la cual contrajo la aficion á las controversias religiosas que tan tristemente influyeron en su conducta. Vivia aun su abuela la condesa de Richemond, y siguiendo el dictámen de esta escogió ministros cuya mayor parte habian gobernado ya en vida de su padre. Eran estos el canciller Morton, Fox obispo de Winchester y secretario del sello secreto, el conde de Surrey tesorero, el conde de Schrewsbury mayordomo mayor de palacio, el gran chambelan lord Herbert, sir Eduardo Poynings, sir Enrique Maruey, sir Tomas de Arcy, y Tomas Ruthal doctor en jurisprudencia. Todos estos personages conocidos ya por su capacidad debian guiar al jóven monarca hábil y prudentemente.

Ante todo consumó Enrique su matrimonio con Catalina de Aragon, pues aunque en secreto habia protestado contra este enlace, reputó por deber cumplir un empeño á que no era dable faltar sin grave riesgo, puesto que lo habia y muy inminente en romper con un aliado tan poderoso como Fernando el *Católico*. Deseoso

de grangearse el favor popular, no vaciló en sacrificarle á Empson y Dudley, que citados ante el consejo el primero trató de justificarse diciendo que no habia hecho mas que aplicar las leyes vigentes; que si estas eran injustas ó demasiado severas, no por esto pudo dispensarse de ejecutarlas, y que era muy arriesgado para un gobierno poner á merced de la muchedumbre ciega y apasionada á las personas que no habian cometido otra culpa que llevar fielmente á efecto las órdenes del soberano. Dificil era por cierto contestar á tales argumentos, y pareció mas sencillo achacar á los acusados un crímen imaginario, ya que era imposible castigarlos por aquel de que se les hacia cargo. Habiéndoselos acusado contra toda verosimilitud de que formaron el proyecto de apoderarse de Londres y del gobierno durante la agonía de Enrique VII con el fin de perpetuarse en el poder, fueron condenados por el jurado; y las dos cámaras entonces convocadas confirmaron el fallo que no se ejecutó hasta algunos meses despues por mandato del rey. La muerte de estos dos ministros inmolados sin derecho produjo su fruto, porque el odioso régimen que ellos establecieron fue destruido por el parlamento que anuló los procedimientos incoados durante su administracion, concediendo asi bien compensaciones á las víctimas y estableciendo severas penas contra el perjurio.

Esta satisfaccion concedida al resentimiento nacional, bienquistó al nuevo gobierno de Enrique, que rico con los tesoros de su padre no hubo de exigir contribuciones grangeándose mas y mas con esto la adhesion del pueblo. Brillante era en verdad la posicion del nuevo monarca, mas la política de Inglaterra mezclada ya en los negocios del continente no permitió al soberano mantenerse espectador pasivo de lo que acontecia en todo el resto de Europa. La Italia era entonces teatro de una sangrienta lucha (1). Luis XII

---

(1) Rogamos al lector que en todo lo que durante el reinado de Enrique VIII se refiere á nuestra patria, tenga presente lo que de los reinados de Fernando el *Católico* y del emperador Cárlos V tenemos dicho en nuestra historia de España, pues que el autor de la de Inglaterra ha incurrido á nuestro modo de ver en algunas inexactitudes trascendentales.

(*Nota del traductor*).



dueño del Milanesado al cual tenia derechos en cabeza de su abuela Valentina Visconti se alianzó en seguida con Fernando de Aragon á fin de apoderarse del reino de Nápoles que los dos monarcas debian poseer mancomunadamente y del que los españoles despojaron mas tarde á los franceses. El rey de Aragon unido con el papa Julio II, con el emperador Maximiliano y con varios príncipes de la península itálica ajustó con ellos la liga de Cambray á fin de acabar con la república de Venecia, y Luis vencedor del Aguadel lejos de sacar de la victoria el fruto que se prometiera, rompió con el pontífice, que reconciliado con los venecianos y sostenido por las armas del rey de Aragon queria arrojar de Italia á los franceses.

No descuidó el pontífice comprometer en la liga á Enrique VIII ofreciéndole el título de rey cristianísimo de que despojaba á Luis XII, y el monarca ingles á quien se hizo comprender la oportunidad de recobrar las provincias que antes poseyera en Francia entró en la confederacion y concluyó un tratado con Fernando que debia ayudarle para recuperar la Guyena y la Normandía. Apenas desembarcó en la provincia de Guipúzcoa un ejército ingles á las órdenes del marques de Dorset, cuando el rey católico supo apoyarse en él para conquistar la Navarra, so color de que esta podria ser un estorbo para la invasion de la Guyena; mas Dorset descontento del papel que debian representar sus armas dió la vuelta á Inglaterra sin haber emprendido cosa alguna. La escuadra inglesa no fue mas feliz que el ejército de tierra, el cual en un sangriento combate con los franceses sufrió una pérdida igual por lo menos á la de su adversario. Luis XII á despecho de las victorias de su sobrino Gaston de Foix que murió en Ravena en medio de sus triunfos, habia tenido que abandonar la Italia sin que por esto se calmase el fuego de la guerra. Enrique impaciente por tomar parte en esta lucha alcanzó del parlamento un subsidio y vino á ponerse á la cabeza de sus tropas reunidas en Calais en número de veinte mil hombres. Antes de salir de Inglaterra hizo ejecutar al conde de Suffolk á quien recordará el lector que Enrique VIII encerró en la torre de Londres. Dícese que encargó á su sucesor

que hiciese perecer á aquel desgraciado á quien se suponia autor de una correspondencia criminal dirigida á que el rey muriese en un patíbulo. Trasladado Enrique al continente sitió á Teruana, y tuvo la satisfaccion de ver en su campamento al emperador Maximiliano que estaba á sus órdenes y recibia de él un sueldo de cien coronas diarias. Los franceses trataron de socorrer la plaza, pero fueron vencidos en una batalla que puso en manos de los vencedores al duque de Longueville, á Bussi de Amboise, al célebre Bayardo, y á otros gefes principales. A consecuencia de esta jornada rindióse Teruana y á solicitud de Maximiliano fueron demolidas sus fortificaciones.

Mientras tenian lugar estos acontecimientos el rey de Escocia Jaime IV habia renovado su alianza con Luis XII y le hizo un regalo de doce mil coronas, en tanto que la reina de Francia Ana de Bretaña de quien el escoces se habia declarado caballero en todas las justas, le envió un anillo intimándole que tomase las armas en pro de aquella cuyos colores llevaba. Por otra parte la ausencia de Enrique ofrecia una ocasion ventajosa al monarca escoces, y aprovechóla sin demora para invadir el norte de Inglaterra. El conde de Surrey que vivia á la sazon en el castillo de Pontefract reunió un gran número de tropas, y retó á Jaime á combate por medio de un heraldo: aceptólo el rey á despecho de sus primeros oficiales, y acampó en la colina de Fledden; pero habiéndose dejado circunvalar por su enemigo fue vencido y muerto en la refriega en 9 de setiembre de 1513. Llegáronle á Enrique nuevas de esta victoria de Surrey cuando sitiaba á Tournay, tomada la cual dió la vuelta á su reino al que habia empobrecido con espediciones inútiles aunque honrosas. Abandonado por sus amigos á quienes Luis supo desarmar concluyó la paz con el rey de Francia que en segundas nupcias acababa de casarse con la princesa María hermana de Enrique VIII y jóven de diez y seis años. A los tres meses de este enlace murió el rey, y la princesa que ya anteriormente amaba al duque de Suffolk, lo tomó al punto por marido con asentimiento del monarca ingles.

Al comenzar su reinado Enrique repartió su confianza entre dos

ministros, el lord tesorero y el obispo de Winchester guardasellos secreto; mas en la época en que nos encontramos comenzaba á alcanzar su favor otro privado llamado Wolsey, segun unos hijo de un carnicero de Ipswich, y en sentir de otros de un rico hacendado. Habia seguido los estudios en Oxford donde obtuvo el grado de bachiller. Colocóse luego en casa del marques de Dorset como preceptor de sus hijos, pero al cabo de poco perdió este empleo por haber causado un grande escándalo en una feria en que se presentó borracho. Sin embargo halló medio de aproximarse al obispo de Winchester que le encargó una mision secreta relativa al proyectado matrimonio de Enrique VII con Margarita de Saboya, y la desempeñó con buen éxito: su recompensa fue el deanato de Lincoln. El prelado su protector lo puso en contacto con el nuevo monarca esperando que con esto perjudicaria á su rival el tesorero mayor, cuyo influjo amenazaba eclipsar el suyo. Wolsey no tardó en agradar á su soberano asi por su talento como por su destreza en los ejercicios corporales; puesto que bailaba bien, cantaba y manejaba las armas con una perfeccion rara. Enrique que tenia en gran precio estas frívolas gracias llevólo consigo en la campaña de Francia y recompensó sus servicios con el obispado de Lincoln y luego con la silla arzobispal de York, vacante por muerte del cardenal Bambridge. Como el ascendiente de Wolsey sobre el espíritu del monarca iba de dia en dia en aumento, los príncipes estrangeros le colmaban de regalos y lo embriagaron con lisonjas para grangearse su benevolencia que era un seguro garante de la de Enrique. El pontífice Leon X compró su adhesion con el capelo, y el favorito se vió de repente en la cumbre de los honores.

Acababa Wolsey de empuñar las riendas del gobieruo cuando hubo de dirigir su atencion á la Escocia. La victoria de Surrey no produjo resultado alguno, pues si bien la viuda de Jaime IV fue declarada regente, la nobleza que hizo esta eleccion por deferencia hácia el rey de Inglaterra hermano de esta señora, determinó arrebatarle el gobierno. La conducta de la reina era una justificacion de esta medida, pues acababa de contratar su matrimonio con el conde de Augus magnate jóven tan presuutuoso como inesperto,

y cuya ambicion aspiraba á conservar el poder en manos de la reina, á fin de regir la Escocia en su nombre. Estaba entonces en Francia el duque de Albany sobrino de Jaime IV, llevado allí por su padre que murió en el pais á donde el parlamento de Escocia lo desterrara por haber sostenido los intereses de Inglaterra. Este fue el jóven que llamado de nuevo á su patria se apoderó de la regencia, y despues de ajustar la paz con Enrique cogió á los dos hijos de Jaime IV arrebatándolos á la madre que luego hubo de huir de Escocia y ponerse so la proteccion de su hermano. Sin embargo Albany despues de estar poco tiempo al frente de un pais del cual ni siquiera la lengua conocia, hubo de retirarse á Francia, y Margarita recobró el poder declarando mayor de edad á su hijo Jaime V que solo tenia doce años.

La llegada de Albany á Escocia dispertó en Enrique sospechas contra el rey de Francia que habia tolerado ó favorecido quizás la marcha del príncipe escoces. Francisco I que reinaba sobre los franceses procuró escusarse por lo que le importaba estar en paz con Enrique cuando se disponia á llevar sus armas á Italia. La célebre victoria de Marignan puso el Milanesado en su poder, y entonces el emperador Maximiliano alarmado con las victorias de Francisco en la península itálica ofreció á Enrique abdicar el imperio á su favor con tal que juntasen sus armas para invadir la Francia. La romancesca imaginacion de Enrique habria caido tal vez en este lazo si Wolsey no le hiciera comprender cuán quimérico era este plan en que al fin no quiso tomar parte. Sin embargo en esto ajustó un tratado con Maximiliano y con su hijo Cárlos de Austria contra Francisco I. Durante estos sucesos estremecido el pontífice Leon X al ver los formidables preparativos de Selim emperador de los turcos que amenazaba á la cristiandad entera, publicó una tregua de cinco años entre todas las potencias católicas, de las cuales queria formar una coligacion para hacer rostro á los musulmanes. Este paso de la corte de Roma reconcilió á Francisco con Enrique, los cuales concluyeron una alianza conviniendo en la restitucion de Tournay al primero y en el matrimonio del delfin con María hija del segundo. Bien quisiera Francisco que se le restituyese Calais y

para ello halagaba la vanidad de Wolsey á quien en su contínua correspondencia llamaba padre, tutor y guia, y llegó hasta ofrecerle una considerable suma de dinero; mas el ministro habiendo comprendido que se resistian á esta cesion sus colegas no creyó del caso empeñarse en una tentativa que no ofrecia probabilidad de buen resultado. Wolsey amigo del dinero que reputaba como un medio poderoso y útil á su ambicion, lo gastaba para sostener una pompa casi real. Los principales empleados de su casa eran barones y caballeros y le servian de pages los jóvenes de las mas distinguidas familias. En sus vestidos no entraban mas que la seda y el oro y nunca se presentó en público sin una numerosa comitiva. Cuando oficiaba sus acólitos eran prelados, y en el delirio de su orgullo se creia superior á todos los obispos, en términos que una vez vituperó la presuncion del primado de Inglaterra, porque terminaba una de sus cartas tratándole de apasionado hermano. Era aficionado á las artes, las hizo tomar parte en su magnificencia, y mandó construir en Hamptou-Court un palacio que regaló á Enrique. Fue tambien un ilustrado y decidido protector de las letras é instituyó muchas cátedras en Oxford que le debe la ereccion de la iglesia de Bristol, soberbio monumento que honra la memoria de su fundador. Queriendo dejar en Hipswich pueblo de su nacimiento algun recuerdo, erigió en él un colegio para la pública enseñauza. A fin de hacer frente á tantos dispendios contaba con rentas inmensas, puesto que tenia muchas y riquísimas abadías, cobraba la mayor parte de los réditos de los obispados de Hereford y Winchester con que agració á dos italianos, el rey Francisco I le daba doce mil libras al año, y Roma y España le asignaron una pension de siete mil quinientos ducados sobre las mitras de Toledo y Palencia. Enrique de quien era dueño absoluto y al cual dirigia á su antojo no cesaba de concederle nuevos favores y al fin le entregó su sello. En el desempeño de este alto destino manifestó la superioridad de su talento é introdujo útiles reformas en la administracion de justicia. Cuando el papa le nombró legado suyo en Inglaterra dió tal anchura á los privilegios de este cargo que el clero vino á estar bajo su absoluta dependencia, de manera que

Wolsey llegó á ejercer en la Iglesia un poder tan omnímodo como en el estado.

Mientras que la Gran Bretaña dirigida por este ministro vivia en reposo, amenazaban al resto de Europa nuevas conmociones por el advenimiento de Cárlos V al trono de España. Este príncipe posesor de vastos estados, puesto que reunió á la España Nápoles y los Paises-Bajos, tenia bajo su cetro paises de vasta estension y de muchas riquezas; mas su poder no era tanto en la realidad como en la apariencias, pues sus dominios estaban separados entre sí por largas distancias y diferian enteramente en carácter y en costumbres. En España su poder era casi absoluto; pero en los Paises-Bajos, restringido dentro de estrechos límites, era contrariado por los obstáculos que no se atrevia á romper decididamente. Despues de Cárlos ocupaba el primer lugar entre los potentados de Europa Francisco I que no tardó en mostrarse su rival. Acababa de morir en 1519 Maximiliano abuelo de Cárlos, y la vacante del trono imperial dispertó la ambicion de estos dos príncipes que se dispusieron para hacerlo suyo. Tambien Enrique quiso sentarse en el trono de los Césares, y envió al secretario de estado Pace á fin de que trabajase para su eleccion; mas convencido de que sus intentos se frustrarian prometió su apoyo á Francisco, y sin embargo apoyó á su rival que fue unánimemente elegido. Por mas que Francisco tuviese un motivo justo para quejarse de la doblez con que se condujo Enrique en tales circunstancias, determinó sin embargo grangearse á toda costa su amistad y le propuso tener con él una entrevista en la frontera de ambos estados. El monarca ingles que gustaba de ostentar la pompa de la soberanía aceptó el convite y fijóse para punto de reunion la llanura que media entre Guisnes y Ardres; mas en el momento de embarcarse fue detenido por la súbita llegada de Cárlos V. Deseoso este monarca de trastornar los planes de Francisco aportó repentinamente en Inglaterra y pasados algunos dias en fiestas y secretas conferencias con Wolsey se embarcó de nuevo dirigiéndose á los Paises-Bajos, mientras que el príncipe ingles salia de Douvres á fin de trasladarse á Calais.

En junio de 1520 se encontraron en el lugar convenido Enrique

y Francisco escoltados por una brillante comitiva, y despues de haberse dado un abrazo tuvieron una larga conferencia. Pasábanse los dias en continuas fiestas, torneos, banquetes y bailes en honor de las damas que los presidian; y los dos príncipes ostentaban su destreza en los ejercicios militares, y triunfaron siempre de los demas caballeros que al parecer les cedian la palma sin disgusto porque eran cortesanos mas deseosos de agradar que de vencer. No olvidaron sin embargo rivalizar en magnificencia y en el lujo de los vestidos, pues segun se dijo entonces muchos de ellos llevaban encima el valor de todas sus haciendas. Durante los primeros dias se observaron por ambas partes las mas minuciosas precauciones á fin de garantizar la seguridad de los dos monarcas, pero el generoso corazon de Francisco se cansó muy pronto de aquellas incómodas formalidades, y sin mas compañía que dos gentiles-hombres y un page fue una mañana á sorprender á Enrique en su alojamieuto. El monarca ingles embelesado de este rasgo de confianza le volvió al dia siguiente la visita de la misma manera; y desde entonces los dos vivieron con la intimidad mas cordial y mas franca. Separáronse finalmente despues de haberse dado las mayores muestras de afecto y héchose grandes regalos, cual para robustecer su alianza y afianzar su duracion. El resultado sin embargo fue muy distinto porque el príncipe ingles de vuelta á su patria se encontró en Gravelines con el emperador cuya destreza supo sufocar la inclinacion que comenzaba á tener á Francisco. Desde luego halagó su orgullo rogándole que se constituyese árbitro en las diferencias que pudiesen suscitarse entre el imperio y la Francia, y luego se aseguró de Wolsey prometiendo ayudarle para ceñirse la tiara, y aumentando sus riquezas con las rentas de dos obispados de España.

La vuelta de Enrique á Inglaterra fue notable por la muerte del duque de Buckiugham que por línea femenina descendia del hijo menor de Eduardo III. Desde mas de un siglo todos los gefes de esta familia ilustre morian en el campo de batalla ó en el cadalso, y sus descendientes habian de sufrir la misma suerte. Buckingham que por su nacimiento era ya sospechoso al poder tuvo la debili-

dad harto comun entonces de investigar el porvenir, y el cartujo Hopkins que se jactaba de ser profeta le predijo que cuando muriese el rey ascenderia al trono. Asi esto como el haber aumentado la servidumbre cual si quisiera disponerse para alguna empresa, hizo que Wolsey á quien lo denunció un oficial despedido de su casa lo mandase prender y lo presentara á un jurado de pares. Su único delito era haber alimentado esperanzas indiscretas; y sin embargo sus jueces le condenaron á la pena señalada á los traidores. El duque de Norfolk al tiempo de pronunciar la sentencia no pudo contener las lágrimas y habiéndolo visto el acusado, esclamó: „Milord, quiera Dios perdonaros mi muerte como yo os la per„dono; no pido al rey que me conceda la vida, y tan solo os „suplico á vos y á vuestros amigos que rogueis por mí." Enrique conmutó la pena y Buckingham fue decapitado en 17 de mayo de 1521 á la vista de un concurso inmenso que deploró inútilmente su suerte.

Entre tanto los españoles zelosos del influjo de los flamencos hácia los cuales mostraba Cárlos V una preferencia harto esclusiva, se sublevaron contra su rey, de quien se quejaban asimismo porque no habia respetado sus privilegios y al cual no querian satisfacer una nueva contribucion que calificaban de ilegal (1). Francisco I instado por los españoles les prometió ausilios, y su ejército se apoderó de la Navarra para restituirla á la casa de Albret á la cual la habia quitado Fernando el *Católico* (2); mas habiendo penetrado en Castilla los vencedores fueron rechazados por los habitantes que recobraron la Navarra con la misma facilidad con que

---

(1) Refiérese el autor á la guerra de las comunidades, cuyas causas, acontecimientos y término espusimos en el episodio que á este objeto dedicamos en el tercer tomo de nuestra Historia de España.

(*Nota del traductor*).

(1) Al hablar de la conquista de Navarra por Fernando el *Católico* espusimos en el 2.° tomo de la obra mentada en la nota anterior el derecho que este monarca tenia á aquella corona, y á propósito nos detuvimos en ello porque Fernando ha sido calificado de usurpador á causa de aquella conquista.

(*Nota del mismo*).

habia sido conquistada. Al mismo tiempo y á impulso de Francisco, el duque de Bouillon atacaba al emperador en la Bélgica, mientras que se seguia la guerra en Italia en donde los franceses y los imperiales se disputaban la posesion del Milanesado. Enrique ofreció su mediacion y Wolsey encargado de representar á su amo trasladóse á Brujas en donde fue recibido con la misma pompa y los honores mismos que un monarca, y concluyó contra la Francia una liga con el papa y con el emperador al cual Enrique daba su hija María, obligándose ademas á invadir en el año siguiente á la cabeza de un numeroso ejército los estados de Francisco. Mientras duraron estas negociaciones, las tropas del emperador se habian hecho señoras de Milan, y el papa Leon X á quien este acontecimiento colmó de alegría, acababa de fallecer en 14 de noviembre de 1521. Su muerte dió alientos á las esperanzas de Wolsey, quien recordó al emperador que cumpliese su promesa haciéndole ocupar el solio pontificio; pero Cárlos olvidando su palabra logró que fuese elegido su preceptor Adriano. Es menester confesar que esta eleccion se debió en gran parte á las virtudes privadas del electo que le hicieron ceñirse la tiara; y Wolsey perdida ya la esperanza envió á cumplimentar al nuevo pontífice pidiéndole que confirmase sus poderes de legado en Inglaterra.

En vano procuró Francisco amistarse otra vez con Enrique, y no habiendo podido conseguirlo, embargó todos los buques ingleses hallados en sus puertos y trabajó para sublevar la Irlanda confederándose con el conde de Desmond señor poderoso de la isla á quien prometió una pension y soldados: mas como aquella no fue pagada y estos no parecieron, la tentativa no produjo resultado alguno. La Escocia, antigua aliada de la Francia, declaróse en favor suyo; mas terminóse la guerra sin combates por medio de una tregua que se fue prolongando durante diez y ocho años. Wolsey sobre quien gravitaba entonces todo el peso del gobierno no tenia dinero para hacer frente á los gastos públicos; y como en los ocho años del reinado de Enrique no se habia convocado parlamento alguno, puesto el ministro en la necesidad de reunirlo en aquellas circunstancias, hizo que fuese nombrado presidente de la cámara

baja Tomas More y fue á la asamblea pidiendo en nombre del rey un subsidio de ochocientas mil esterlinas. La enormidad de la suma consternó á los diputados que enmudecieron, y el cadernal sorprendido al ver que nada se le contestaba aun despues de haber interpelado á varios individuos de la asamblea esclamó en tono agrio: „ignoraba que la cámara no podia hablar sino por boca de su pre„sidente." Tomas More entonces humillándose escusó á sus compañeros diciendo que habian callado por respeto á tan grande ministro, y en seguida advirtió que el presidente nó podia esplicarse sin haber recibido instrucciones. Despues de esta escena se entablaron conferencias con la cámara, la cual únicamente convino en votar una contribucion de cinco por ciento sobre toda especie de propiedades; mas el clero de quien se reclamó la mitad de sus rentas opuso tal resistencia que el cardenal forzado á ceder se limitó á cobrar un décimo durante cinco años.

Si esceptuamos la infructuosa invasion hecha contra la Francia en 1522, Enrique no tomó parte activa en las guerras del continente y por esto dejando á un lado los pormenores de las luchas en él trabadas solo referirémos los principales acontecimientos. Los franceses y los imperiales continuaban disputándose la posesion de Italia, cuando á la cabeza de un grande ejército pasó otra vez los Alpes Francisco I que batido en Pavía en 14 de febrero de 1525 cayó prisionero del condestable de Borbon súbdito suyo. Perseguido el condestable por Luisa de Saboya madre del rey de Francia, conspiró contra su soberano á instancias del emperador y del rey de Inglaterra. Descubierto el proyecto y obligado Borbon á huir ofreció sus servicios á Cárlos V, que lo puso á la cabeza de sus tropas en la península itálica. La prision de Francisco colmó de gozo á sus adversarios que se repartian la Francia cual si fuese un botin que tuvieran entre sus manos. Enrique veia ya su cabeza decorada con la otra corona que ciñeron sus antepasados, sin advertir que Cárlos no permitiria que se aumentase en estos términos el poder de la Inglaterra. Los dos príncipes pues aunque eran aliados se convirtieron bien pronto en enemigos, y Cárlos puso en libertad á su real prisionero exigiéndole que se casara con su hermana

Leonor, que devolviese al condestable de Borbon sus títulos y sus bienes, que renunciara á todas sus pretensiones sobre la Italia y que restituyese el ducado de Borgoña. Francisco puesto ya en libertad ni pudo ni quiso ejecutar condiciones tan duras, y Cárlos engañado, deshonró á Francisco con el nombre de perjuro, le propuso un desafío que fue aceptado despues de mutuas injurias y que se redujo á bravatas de uno y otro monarca, los cuales confiaron á sus soldados el cuidado de terminar la querella.

Mientras que las guerras hijas de la ambicion asolaban una parte del continente preparábase en Alemania una revolucion religiosa. Desde la caida del poder romano el del clero habia ido siempre en aumento; si bien es verdad que hizo inmensos servicios al pueblo civilizándole, y neutralizando el poder de la fuerza con el de las ideas, adquirió en compensacion una autoridad sin límites y riquezas inmensas; mas los gefes de la Iglesia convertidos en príncipes temporales se mezclaron en las pasiones humanas para hacerlas provechosas á sus intereses. No contentos con dirigir la opinion á fuer de ministros de Dios quisieron reinar con otro título y fundar estados, con lo cual gradualmente vinieron á perder su influjo sobre las almas y conmovieron ellos mismos el edificio del papazgo. El concilio de Constanza le dió el primer golpe destronando á un soberano pontífice, con lo cual zapó el principio de infalibilidad que era el mas firme apoyo del poder de Roma. La imprenta descubierta en el siglo XV difundió las luces, emancipó el espíritu humano y fue una arma terrible de que se apoderaron unos por celo y por ambicion otros. Todos los pueblos aprendieron á pensar de mancomun y se fueron animados con unos sentimientos mismos por mas que los alejasen entre sí las distancias y las costumbres. Tales fueron á nuestro modo de ver las verdaderas causas de la reforma que sin motivo bastante fundado se atribuye esclusivamente al tráfico de las indulgencias. Establecidas en su orígen para impulsar á los fieles á procurar la libertad del Santo Sepulcro, fueron aplicadas mas tarde á otros objetos y se convirtieron en un abundante manantial de rentas para los príncipes seglares y para las necesidades de la Iglesia. El abuso de las indulgencias que

los dominicos hicieron escandaloso en Alemania fue atacado en 1517 por el agustino Lutero, profesor de filosofía en la universidad de Wittemberg, que gozaba ya de una reputacion popular y que entabló la lucha con el fervor y con la ira que eran el distintivo de su carácter. Leon X que entonces vivia despreció aquella controversia de frailes que reputaba por de poca importancia, y en vano quiso despues sufocarla con el peso de su autoridad, pues Lutero resistió audazmente, y cuando fue condenado por la corte de Roma tuvo la osadía de quemar en público la bula del pontífice. En la dieta de Worms presidida por Cárlos V se negó á retractarse de sus doctrinas, y desterrado por ende halló un asilo en el castillo de Warbourg, á donde el elector de Sajonia le hizo conducir secretamente. Allí tradujo la Biblia en lengua vulgar, y publicó contra la Iglesia romana una multitud de folletos que eran leidos con ansia por toda clase de personas; las cuales iban chupando las opiniones del escritor, al mismo tiempo que aplaudian las injurias que lanzaba contra sus adversarios. Los libros de Lutero penetraron muy luego en los paises vecinos, y fueron llevados á Inglaterra y esparcidos por los Lollards que adoptaron sus principios. Wolsey revestido con el carácter de legado condenó las doctrinas del reformador é hizo quemar sus obras en la plaza pública, y el mismo Enrique quiso entrar en pugna con el fraile aleman y compuso en lengua latina un tratado sobre los siete sacramentos. El papa recompensó su celo teológico dándole el título de defensor de la fe; mas Lutero no tardó en responder, y sin guardar consideracion alguna á la categoría de su adversario declaró que era un tonto, un asno, un blasfemo y un hablador. El monarca en su réplica volvió injuria por injuria; mas esta indecente controversia vino á resultar en favor de Lutero que ganaba mucho en la opinion pública, infamando á un enemigo tan superior á él en el rango.

Enrique que se mostró tan acérrimo defensor de la Iglesia romana, iba á separarse muy luego de ella arrastrado por el violento amor que concibió hácia la jóven Ana Bolena. Desde que estaba casado con Catalina de Aragon habia amado muchas damas y de

una de ellas tuvo un hijo á quien dió el título de duque de Richemond, y al cual perdió á la edad de diez y ocho años en el de 1536. Apenas Ana Bolena se ofreció á los ojos del monarca cuando su corazon vino á quedar cautivo. Como pariente de la familia de Norfolk habia acompañado á Francia en calidad de dama de honor á la princesa María, hermana de Enrique VIII que se trasladaba allí para casarse con Luis XII. Aunque Ana se quedó entonces en la servidumbre de Claudia esposa de Francisco I, viendo que iba á estallar una guerra entre la Francia y la Gran Bretaña, fue llamada á su patria y se presentó en la corte en donde su belleza física y el despejo de su talento eclipsaron bien pronto á todas sus compañeras. A sus gracias físicas y morales, reunia la habilidad de bailar de un modo admirable y de tocar á la perfeccion muchos instrumentos. Hostigada por muchos amantes estaba ya á punto de casarse con el jóven Percy hijo del conde de Northumberland, cuando Enrique se opuso á este matrimonio obligando al mozo á que lo contrajera con la hija del conde de Shrewsbury. Desde entonces entregóse el rey á su pasion y procuró aunque en vano triunfar con incesantes súplicas y ricos presentes de la virtud de Ana, que mientras se resistia á tan peligrosos ataques supo conservar la aficion de su real amante, entreteniéndolo con ilusiones y alimentando su pasion con esperanzas Sintiéndose el rey incapaz de apagar sus deseos quiso satisfacerlos á toda costa y fingió que estaba atormentado por el temor de haber cometido un incesto casándose con Catalina que habia sido esposa de su hermano Arturo. Wolsey á quien comunicó sus escrúpulos, le propuso que se divorciase de la reina, dándole este consejo porque habia proyectado reemplazarla con Renata hija del difunto Luis XII, puesto que á juicio del cardenal el amor del rey hácia Ana no llegaria hasta el estremo de ensalzarla al trono. Mas cuando vió que el monarca despues de renunciar á toda relacion íntima con su esposa, se preparaba á casarse con la dama, dícese que se hincó de rodillas ante él conjurándole para que renunciase á una alianza que lo humillaria á los ojos de la Europa y de sus súbditos; pero habiéndosele frustrado esta tentativa procuró que el monarca la olvidara

manifestando el mas ardiente celo para que llegase á verificarse lo que tan resueltamente habia condenado la víspera. Deseoso Enrique de apoyar las negociaciones de su ministro tomó la pluma, y fundándose en lo que dice Moises en el versículo 21 capítulo XX del Levítico (1) supuso que el divorcio de Catalina era necesario para la salvacion de su alma, puesto que romperia un lazo calificado de criminal por Dios mismo. Acompañó á su escrito una consulta de casuistas y teólogos que robustecieron la opinion del monarca, declarando que la dispensa del papa era nula como concedida partiendo del falso dato de que el mismo Enrique habia solicitado aquel matrimonio cuando el príncipe era incapaz de obrar libremente y por voluntad propia, puesto que entonces no tenia mas de doce años. Fue enviado á Roma un agente del rey á fin de que intercediese con el soberano pontífice; pero las circunstancias parecian poco favorables á los deseos de Enrique porque en 15 de enero de 1527 el condestable de Borbon habia atacado la capital del mundo cristiano, guerreando contra Clemente VIII sucesor de Adriano que se confederó con el rey de Francia, el duque de Milan y las repúblicas de Venecia y Florencia á fin de contener al emperador que amenazaba la independencia de Italia. El condestable murió en el asalto y sus soldados le vengaron cometiendo en los habitantes todos los horrores y todas las abominaciones que pueden inventar el libertinage, la crueldad y la avaricia. Clemente sitiado en el castillo de Santángelo logró guarecerse en la fortaleza de Orvietto, y mientras que marchaba sobre Nápoles un ejército frances, el pontífice enojado contra el emperador confirió á Wolsey el derecho de juzgar el divorcio y otorgó á Enrique una dispensa en virtud de la cual en caso de ser repudiada Catalina podia casarse con cualquier otra muger. Y no satisfecho con esto fue de dictámen que Enrique contrajera otro enlace sobre la marcha; pues entonces solo habria que confirmar un hecho consumado, y si se tomaba otro camino el negocio podia complicarse y durar

(1) El que casa con la muger de su hermano hace una cosa ilícita, mancha el honor de su hermano: quedarán sin hijos.



muchos años. Desgraciadamente para Enrique este consejo fue desoido. Los franceses quedaron mal en su empresa de Nápoles, y Clemente puesto otra vez bajo el yugo del emperador hubo de abandonar la causa del ingles porque Catalina era tia de Cárlos V que sostenia abiertamente la validez de su matrimonio.

El papa sin embargo recurrió á un ardid para ocultar el cambio que su opinion habia hecho. Wolsey pidió que se enviase á Inglaterra un legado romano en calidad de acompañado suyo para juzgar el asunto del divorcio, y este cargo se confirió al cardenal Campeggio gotoso crónico, que siguiendo las instrucciones del papa echó mano de su dolencia para viajar con lentitud y poner entorpecimientos. Llegado á su destino hizo uso de nuevos artificios á fin de evitar un fallo que la corte de Roma no hubiera querido que se pronunciase nunca. Campeggio era portador de una decretal en que el papa declaraba que el mandamiento del Levítico era absoluto; y por lo mismo no habia dispensa capaz de eludirlo ó de interpretarlo. Este documento diestramente manejado por el cardenal le sirvió para mantener incierto al monarca, y si bien este y su ministro insistian en que le fuese entregada la bula, el legado se resistió á ello, pues si bien debia comunicarla al rey y á Wolsey no le era permitido entregársela porque su publicacion era capaz de descomponer al Santo padre con el emperador. Para exasperar mas la impaciencia de Enrique declaróse entonces en Inglaterra una epidemia que suspendió todos los negocios, y que atacó á las mugeres de la servidumbre de Ana. En vista de esto el rey hizo marchar á esta á la casa de su padre que estaba en el condado de Kent. Durante su ausencia y privado de toda comunicacion con sus mismos servidores se relacionó otra vez con Catalina y muchas veces oró y comulgó en su compañía; mas apenas hubo desaparecido el riesgo, cuando Ana recobró todo su imperio, si bien hizo desear mucho su vuelta aparentando una resistencia que su amante no pudo vencer sino á fuerza de súplicas. La reina fue invitada á retirarse á Greenwich, Ana Bolena apareció triunfante, fue alojada en las mejores habitaciones de palacio, usurpó todos los honores debidos á la esposa del monarca, y diariamente

recibia á los cortesanos que al levantarse de la cama iban á ofrecerle sus respetos y á rendirle homenage. Despues de haber agotado todos los pretestos imaginables para retardar una decision tan apetecida, Campeggio resolvió satisfacer la impaciencia de Enrique y citó ante su tribunal al rey y á la reina que comparecieron personalmente. El primero respondió á la interpelacion que se le hizo, mas la segunda arrodillada á los pies del rey, le dijo: „En esta „tierra soy estrangera, estoy falta de consejos y no puedo esperar „ningun apoyo. Separada de mi familia creí encontrar en vos „todo lo que habia abandonado y de ninguna manera ultrages ni „injusticias. En los veinte años que ha que soy vuestra esposa os „he dado muchos hijos, y con mi sumision y mi ternura he procurado „siempre merecer vuestro afecto. Bien sabeis, y vuestra „conciencia os lo dice, que á pesar de mi matrimonio con vuestro „hermano entré pura en vuestro lecho. Nuestros padres eran demasiado „sensatos y prudentes para que hubiesen juzgado inocente „y permitido un matrimonio que hoy se dice que no tiene ejemplar „y hasta se califica de criminal: yo debí obedecerlos y fiar „en su esperiencia; pero tened entendido que jamas someteré mi „causa á un tribunal en que no puedo hallar imparcialidad, porque „no es libre puesto que asi jueces como abogados todos son „súbditos vuestros." En seguida se levantó y haciendo una profunda cortesía salió de la sala, sin que nunca mas quisiera presentarse ni reconocer una jurisdiccion de la cual no podia esperar sino una condena. Continuóse el proceso, fue declarada contumaz á pesar de haber apelado á la corte de Roma, y se sujetó á un exámen profundo la cuestion de si se habia ó nó consumado el matrimonio de Arturo con Catalina. Con este motivo fue preciso entrar en pormenores tan indecentes como escandalosos, y cuando finalmente el proceso se hallaba en estado de sentencia Campeggio declaró que el tribunal quedaba disuelto y el negocio avocado al papa mismo. Esta resolucion del pontífice era debida al influjo de Cárlos V que dueño de Italia tenia al papa bajo su dependencia.

Tan imprevisto desenlace perdió á Wolsey. Ana sospechaba que el cardenal iba de acuerdo con Campeggio para retardar indefini-

damente el divorcio de Enrique, y sabia ademas que formó el plan de casar á este con una princesa de Francia. Apoyada por su padre y por los duques de Norfolk y Suffolk acusó ante el rey al ministro de haber vendido su confianza en el asunto del divorcio, y sacrificado muchas veces por avaricia los intereses de Inglaterra, como lo justificaban los presentes que habia recibido y las pensiones que cobraba de príncipes estrangeros. La tempestad se anunció con una acusacion lanzada contra el cardenal ante el tribunal del banco por haber quebrantado el estatuto de *Pracmunire* que vedaba recibir bulas sin un permiso formal. Por este delito fue condenado á la confiscacion de todos sus bienes y puesta su persona á merced del rey quien al mismo tiempo le quitó los sellos dándoselos á Tomas More. Bien le quedase un resto de afecto hácia Wolsey, bien quisiera que dándole algunas esperanzas la caida fuese mas dolorosa, ello es que Enrique le enviaba de tiempo en tiempo cariñosos mensages bastantes para hacerle creer que su desgracia seria pasagera. A poco tiempo fue restablecido en la sede episcopal de York y estaba haciendo los preparativos necesarios á fin de instalarse en ella, cuando de repente fue preso y acusado de alta traicion. Este golpe al mismo tiempo que le quitó toda esperanza de recobrar el favor despedazó su corazon y postró sus fuerzas físicas. Atacóle una disenteria y aunque de pronto pareció restablecerse, al llegar á la abadía de Leicester dijo á la comunidad que habia salido á recibirle que iba allí á depositar sus huesos. Metióse efectivamente en cama para no levantarse mas de ella. Durante la enfermedad que fue larga dijo al lugarteniente de la torre que estaba encargado de acompañarle que nunca habia ofendido al rey, que siempre procuró disuadirle del divorcio con la reina, y que hasta muchas veces se habia arrodillado á sus pies á fin de vencer su terquedad. „¡Ay de mí!, esclamó finalmente; si „yo hubiese servido á Dios con el mismo celo con que serví al „rey no me hubiera abandonado en mis últimos años. Ahora reci„bo el pago de mi conducta."

En 29 de noviembre de 1530 y á la edad de sesenta años falleció este ministro, hombre de talento estraordinario y que sostu-

vo dignamente el peso de los negocios sin dejarse agobiar por ellos; pero las pasiones del monarca pudieron mas que él y no fue capaz de detenerlas. Su influjo cedió al poder de una dama y quizás tambien á las secretas miras de Enrique que proyectaba separarse de Roma, tanto para estar libre de todo lo que pudiera sujetar sus caprichos como para enriquecerse con los bienes de la Iglesia de que pensaba hacerse dueño. Era imposible que dirigiese esta empresa Wolsey porque estaba unido á la corte de Roma con un lazo demasiado estrecho, y asi hubo de perder su imperio atacado por la política y por el amor á un tiempo mismo.

Muerto el cardenal quedaron á la cabeza del gobierno el duque de Norfolk presidente del gabinete, el conde de Suffolk, el vizconde de Rochford que obtuvo muy luego el título de conde de Viltshire y el célebre More. Continuaba Enrique pidiendo su divorcio á la corte de Roma, y para ello envió cerca del pontífice una embajada compuesta del padre de Ana, del obispo de Londres, del jurisconsulto Bennet, y de una comision de teólogos presidida por Tomas Cranmer de quien hablarémos muchas veces en adelante. Hallábase en la capital del mundo cristiano el emperador que dió audiencia á los enviados ingleses, los cuales le ofrecieron trescientas mil coronas, la restitucion de la dote de Catalina y una pension vitalicia; pero Cárlos rehusó diciendo que no podia vender el honor de su tia y que si ganaba el pleito sostendria la sentencia con todo su poder.

Tantos pasos y empeño tanto no pudieron resolver á Clemente VII á que accediera á los deseos de Enrique, el cual habiendo arrancado con intrigas y con dinero dictámenes favorables de las universidades de Francia é Italia las envió al pontífice con una carta firmada por los lores eclesiásticos y legos y por muchos individuos de la cámara de los comunes en la cual se hacian advertencias acerca de su obstinacion en negar el divorcio y se le daba á entender que en caso de mantenerse inflexible, el monarca obraria sin recurrir á su intervencion. El papa no cedió por esto y el príncipe hubiera quizás renunciado á sus pretensiones á no haberle determinado á llevarla adelante su secretario Tomas Cromwel. Este

hombre hijo de un batanero en su juventud sirvió en el ejército de Italia, trocó despues esta profesion por la del comercio, y vuelto finalmente á su patria se habia dedicado á la jurisprudencia. Comisionado por Wolsey para transformar en colegios algunos monasterios, desempeñó perfectamente este encargo y supo grangearse el favor del ministro, de cuya desgracia pareció que deseaba ser partícipe; mas vuelto luego á la corte se abrió el camino á la fortuna sirviendo los intereses de Ana Bolena. Este fue el hombre que osó aconsejar al monarca que volviese á entrar en su derecho recobrando la autoridad usurpada por el papa, y que pues la Alemania habia sacudido el yugo de la corte de Roma era preciso imitarla y declararse gefe de la Iglesia de Inglaterra. Que en cuanto á la resistencia del clero le aseguraba que no seria larga ni temible porque los eclesiásticos estimaban mas sus riquezas que sus opiniones, y que sostenido el monarca por el parlamento y por la nacion no habia quien pudiese contrarestarle. Estos argumentos causaron tal impresion en Enrique que contestó á Cromwel nombrándole individuo del consejo privado. De la misma manera que se condenó á Wolsey por haber quebrantado el estatuto de *Pracmunire*, asi ahora se hizo cargo á todos los eclesiásticos porque habiendo reconocido la jurisdiccion que ejercia Wolsey se hicieron sus fautores y cómplices. El clero ofreció redimir su falta con un donativo de ciento diez y ocho mil libras esterlinas; pero Enrique exigió que se le diese al mismo tiempo el título de protector y gefe supremo de la Iglesia de Inglaterra. Despues de muchas conferencias la asamblea eclesiástica compuesta de prelados, abades mitrados y de todos los miembros del clero inferior, consintió en admitir aquella cláusula añadiéndele las palabras *en cuanto lo permita la ley de Jesucristo*. Enrique aceptó este compromiso, bien porque de pronto no conociera sus consecuencias, bien porque no quisiese separarse aun de la comunion romana.

El soberano pontífice entre tanto recibió la apelacion de la reina, y continuaba en consistorio el exámen de su causa. Enrique emplazado personalmente envió á sir Eduardo Carne con meras instrucciones verbales para que hiciese entender al Santo padre que

le era imposible comparecer sin abdicar las prerogativas de la corona, y mientras tanto propuso á Catalina que se sujetase á lo que decidiesen cuatro pares eclesiásticos y cuatro legos, mandándole que en caso de no acceder á esto saliese del palacio de Windsor. La reina despues de haber estado algun tiempo en Easthampstead fijó su residencia en Hampthill. El rey continuaba sus agresiones contra la corte de Roma. A su instancia el parlamento suprimió las anatas, prohibiendo á los titulares de sillas y beneficios que las pagasen so pena de confiscacion de las rentas que producian; y se vedó al clero que publicase reglamento alguno acerca de materias temporales sin permiso del monarca. Contestó el pontífice á estos ataques con un breve en que amenazaba escomulgar al rey y á su dama, si en el término de un mes no dejaban de vivir juntos, y declaraba nulo su matrimonio en caso de haberlo celebrado; mas como este breve solo era conminatorio no se publicó nunca. Enojado Enrique con el emperador porque armaba contra él á la corte de Roma solicitó de Francisco I una entrevista en Calais para estrechar los vínculos que los unian contra Cárlos. Acompañóle en aquel viage Ana Bolena, que oculta bajo un disfraz bailó una noche con el rey de Francia, el cual habiéndola visto sin careta elogió su hermosura y la regaló un aderezo de mucho precio. Hacia ya cinco años, esto es, desde el principio de la causa de divorcio, que Enrique obsequiaba públicamente á su hermosa dama á la cual habia hecho marquesa de Pembroke y prodigádole infinitas pruebas de ternura. Muy difícil nos parece que Ana se hubiese resistido por tanto tiempo á los deseos del monarca, y asi nos inclinamos á adoptar el parecer de los escritores en cuyo concepto por entonces obtuvo el título de esposa para ocultar su debilidad y legitimar al hijo que llevaba en su seno. Ignórase la época precisa de su matrimonio, que fijan unos en noviembre de 1532 y otros en enero del año siguiente.

Enrique aunque unido con otra muger no habia roto sus lazos con la primera, y el papa se negaba á disolverlos: era necesario pues buscar otro camino y eligió el de poner en la silla de Cantorbery á Tomas Cranmer unido á la familia de la favorita,

á la cual sirvió publicando un libro en favor del divorcio, dirigiendo con actividad las negociaciones entabladas para esto en la corte de Roma, y trabajando con suma destreza para grangear los dictámenes favorables de las universidades de Francia y de Italia. Podia contarse con su rendimiento y con su deferencia ilimitada como lo justificó muy luego. Despues de haber reunido una asamblea del clero en la cual se decidió que toda dispensa era insuficiente para permitir el casamiento de la viuda de un hermano cuando el primer matrimonio habia sido consumado, escribió á Enrique una carta en la cual despues de manifestar las desgracias que podrian sobrevenir á la Inglaterra si no se fijaba irrevocablemente el derecho de sucesion al trono, solicitó permiso para examinar el asunto del divorcio. Obtenido el beneplácito fue á establecerse en Dunstable á cuatro leguas de Hampthill y emplazó ante su tribunal compuesto de nueve prelados á la reina Catalina que no habiendo comparecido fue declarada contumaz y disuelto su matrimonio. Algunos dias despues, el primado reunió otro tribunal en Lambeth y confirmó el enlace del rey con Ana Bolena que fue celebrado en 1 de junio de 1533 con estraordinaria pompa y regocijo. En 7 del inmediato setiembre la nueva reina parió una hija que fue la célebre Isabel, cuyo nacimiento frustró las esperanzas de Enrique que creia tener un hijo. Mientras que Ana Bolena brillaba en el trono Catalina derrocada de su alta fortuna quedó reducida á la pension que en vida de Arturo se la habia asignado, y le fue prohibido tomar otro título que el de princesa viuda de Gales. A pesar de esto ni los ruegos ni las amenazas la redujeron nunca á reconocer la validez del fallo de Cranmer ni á descender de su alto rango, pues continuó haciéndose tratar como soberana por las personas de su servidumbre; y aunque por esta razon las alejaron de su lado, Catalina siempre reina á sus ojos, si sucumbió á la fuerza no cedió de sus pretensiones ni humilló en nada la elevacion de sus sentimientos. En vano Francisco I trató de contener los ímpetus de Enrique y de moderar el resentimiento del consistorio enojado contra el monarca ingles porque habia sufrido la publicacion de un libelo ofensivo á la corte de Roma y hacia repre-

sentar en los teatros una farsa en que se injuriaba al pontífice y á los cardenales. La mayoría de estos declaró válido el matrimonio de Catalina, y el papa escomulgó condicionalmente al monarca cuyos ataques habian continuado del mismo modo. Cromwel recientemente nombrado vice canciller del tribunal de hacienda hizo que el parlamento aprobase una porcion de estatutos que acababan de romper los vínculos de obediencia y supremacía que ligaban á la Inglaterra con la corte de Roma. Asi se restituyó á los cabildos el derecho de elegir á los obispos, los cuales debian ser confirmados por el arzobispo de la diócesis, despues de lo cual el monarca les conferia la posesion de las temporalidades. Dióse al primado el encargo de conceder gracias é indulgencias, prohibiéronse severamente las apelaciones á la Santa Sede, mandando que se dirigiesen á la cancillería del rey en donde eran definitivamente juzgados por una comision á la cual se dió el nombre de tribunal de los delegados. Finalmente se determinó que el rey pudiese modificar las leyes eclesiásticas segun fuere su beneplácito. En virtud de estos reglamentos el poder del papa quedó reducido á la nada, sin que el gobierno tuviese que luchar contra ninguna resistencia formal ni aun por parte del clero, que se resignó por efecto de cobardía ó de impotencia. Durante las sesiones del mismo parlamento se arregló el importante negocio de la sucesion confirmándose los diferentes fallos pronunciados por Cranmer y asegurando la corona á los descendientes de Ana Bolena con perjuicio de María hija de Catalina. Todos los súbditos del rey hubieron de reconocer bajo juramento este órden de sucesion garantizado ademas con severas penas, puesto que se impuso la del delito de alta traicion no solamente á los que de hecho ó de palabra atacasen el matrimonio del rey con Ana, sino tambien á los que no diesen parte á la autoridad de lo que oyeran hablar acerca de esto.

Revestido Enrique con el poder espiritual y temporal se encontró en una situacion embarazosa, puesto que tenia que reprimir á los católicos y á los protestantes. Cruel por naturaleza y caviloso por temperamento, sentia exasperarse su carácter á cada dificultad que encontraba y pensó evadirse de este tormento con persecucio-

nes y suplicios. Como no ignoraba hasta qué punto era aborrecido siempre creia amenazados su poder y su vida, y por esto cualquiera cosa que le pareciese opuesta á su supremacía como gefe de la Iglesia y del gobierno era tenida por delito de estado y castigada con pena de muerte. Por aquella época vivia en un convento la monja profesa Isabel Barthon cuya devocion mas fervorosa que ilustrada habia hecho que se la apellidara la santa virgen de Kent, por los pueblos del vecindario que le profesaban respeto y admiracion porque era reputada por milagrera y profetisa. El arzobispo Warham y Fischer obispo de Rochester, ó bien contagiados por el ejemplo ó movidos de curiosidad entraron en relaciones con ella; el mismo Tomas More quiso verla, y si no dió crédito á sus revelaciones, con el mero hecho de escucharlas ofreció hincapié á sus enemigos que le acusaron de haber creido vaticinios dignos de castigo puesto que se referian á la persona del soberano. Efectivamente la profetisa habia declarado que si Enrique repudiaba á Catalina cesaria de vivir á los siete meses, y como ya antes habia anunciado la caida de Wolsey, este incidente daba mas fuerza á la autoridad de su palabra y aun quizás la hacia peligrosa para el gobierno. La monja pues y todos sus cómplices, es decir, muchas personas acusadas de haber referido sus vaticinios, fueron emplazadas ante un tribunal que las condenó á oir en pie un sermon y á confesar públicamente su impostura. No satisfecho Enrique con este castigo apenas hubo transcurrido el plazo fijado para su muerte, cuando en 21 de abril de 1534 hizo perecer á Isabel y á siete de sus cómplices sentenciados en méritos de una causa misma. El obispo de Rochester acusado porque no dió noticia de lo que la monja profetizaba fue conducido á la torre á pesar de su avanzada edad y del afecto que durante muchos años le tuvo Enrique como el mentor que habia sido de su juventud. Manifestóse contrario al divorcio y esto fue suficiente para que se olvidasen sus anteriores servicios. En las circunstancias actuales aunque se le dijo que nada temiese si se ponia á merced del soberano, quiso defenderse y dirigió á los lores un escrito justificativo diciendo que si no refirió al rey los vaticinios de Isabel fue porque

esta le aseguró haber comunicado aquella revelacion al rey mismo. Fischer redimió su falta pagando á la corona trescientas esterlinas. El eminente y célebre Tomas More fue perseguido por la misma acusacion que su amigo el obispo de Rochester; mas aunque en realidad habia tenido conversaciones con la profetisa logró justificarse para con el monarca. Apenas se habia librado de este riesgo cuando fue víctima de su virtud incorruptible. Su talento, su saber y su integridad le habian grangeado el respeto y la admiracion universal, y por esto Enrique deseaba con ansia apoyarse en la autoridad de tan respetable nombre para justificar su divorcio y su rompimiento con la corte de Roma; pero More siempre habia huido de aprobar lo primero, y su adhesion al catolicismo le forzaba á resistirse á lo segundo. A pesar de la mediocridad de su fortuna no vaciló en renunciar su cargo de canciller que era el primer destino del reino á fin de no tomar parte en resoluciones que su conciencia reprobaba, y se retiró á Chelsea en donde se entregaba esclusivamente al estudio. Ageno á todos los negocios públicos, juzgábase olvidado en su retiro cuando de repente le obligaron á que se presentase en Lambeth para jurar en manos del arzobispo Cranmer que reconocia el nuevo órden de sucesion.

More no tuvo dificultad en este punto; pero callando por respeto y por prudencia las razones que le movian se negó á obligarse con juramento con respecto á la nulidad del matrimonio de Enrique con Catalina fundada en el Levítico. Fischer citado al mismo tiempo que su amigo dió una respuesta casi igual á la de este, por lo que ambos fueron conducidos á la torre, despojados de sus dignidades y bienes, y condenados á reclusion perpetua. No hubo persecucion ni tratamiento de que no se echase mano para vencer su resistencia, en términos que More se hubiera muerto de hambre á no ser los socorros de sus amigos y el amor de su hija Margarita que trabajaba para alimentarle; y en cuanto á Fischer anciano de sesenta y siete años y agobiado de dolencias, llegó á tal miseria que hubo de acudir al rey para que le diese con que cubrir su desnudez. Despues de catorce meses de cárcel el obispo fue lleva-

do ante el tribunal, en donde insistió en no reconocer al rey como gefe de la Iglesia, y fue condenado á la última pena, precisamente cuando el pontífice acababa de crearle cardenal; mas esta dignidad que el prelado tenia tan bien merecida por sus virtudes apresuró su muerte. „El papa, dijo Enrique, puede darle el capelo, „pero no tendrá cabeza para llevarlo." En efecto Fischer fue decapitado á los pocos dias.

Bien pronto llegó su vez á More, pues el rey ofendido de su inflexible resistencia mandó que se le condenara. Emplazado ante una comision presidida por Andley que era su sucesor se presentó en la sala apoyándose en un baston porque la falta de ejercicio le habia debilitado en términos que apenas podia andar. Los jueces le permitieron que se sentáse. Los debates giraron principalmente acerca de una declaracion de sir Roberto Rich, procurador general, en la cual decia que habiendo ido á la torre á visitar al acusado, en una conversacion confidencial le dijo este que el parlamento podia declarar al rey gefe de la Iglesia de Inglaterra; pero que sus súbditos católicos no estaban obligados á reconocer esta supremacía porque emanaba únicamente de la autoridad civil. More rechazó con energía esta deposicion tan deshonrosa para Rich como inverosímil, puesto que de la proverbial prudencia de More no podia creerse que hubiese descubierto con tanta ligereza los secretos de su conciencia. Robustece esta conjetura la declaracion de dos gentiles-hombres que sin embargo de haber estado presentes cuando aquella visita no oyeron las palabras atribuidas á More. El canciller Andley creyendo sofocarle le dijo: „¿Es posible que no „creais estar equivocado siendo asi que teneis contra vos á los „obispos, á los doctores y al consejo de la nacion?" „Creeria es„tarlo, respondió el acusado, si no tuviese á favor mio un con„sejo muchísimo mas numeroso, que es todo el consejo de la „cristiandad." El tribunal le condenó al suplicio de los traidores; pero Enrique conmutó la pena mandando que fuese decapitado.

El dia en que se comenzó el proceso su hija Margarita le esperaba cuando saliese de Westminster, y apenas lo hubo visto, abrién-

dose paso entre los soldados que custodiaban el preso se arrojó á sus brazos y estuvo estrechada con él un largo rato. Esta prueba de amor enterneció á cuantos la presenciaron, é hizo tanto efecto en el corazon de More, que en el último dia de su vida envió á su hija el siguiente billete escrito con carbon, porque no tenia otro medio de hacerlo. „Querida Margarita mia: nunca has hecho con„migo cosa que mas me haya complacido que el haberme abraza„do delante del público la última vez que me viste, porque me llené „de gozo al contemplar que el amor y la piedad filial no tuvieron „tiempo de pensar en los respetos humanos." No pidió otra gracia sino que se permitiera á Margarita asistir á sus funerales. En presencia de la muerte conservó la serenidad de Sócrates y el humor festivo que hacia tan agradable su carácter. Al subir las gradas del cadalso que amenazaba ruina dijo al lugarteniente de la torre: „ayudadme á subir, que para bajar no necesitaré ayuda." Cuando se arrodilló á fin de recibir el golpe mortal dijo al ejecutor: „de„jadme aliñar la barba, pues esta no es rea de traicion." Asi murió en 6 de julio de 1535 y á la edad de cincuenta y tres años, este hombre no menos célebre por sus virtudes que por su talento. Su hija rescató la cabeza que habian colocado sobre el puente de Londres, la conservó con un respeto religioso durante toda su vida, y despues de su muerte fue colocada en su ataud con arreglo á lo que ella misma habia pedido. El suplicio de More indignó á la Europa entera que le conocia por sus escritos, é hizo que se alzara un grito general contra el verdugo coronado que acababa de derramar la sangre de un sabio ilustre y de un súbdito fiel. Cárlos V al saberlo dijo al embajador ingles: „si Nos hubiésemos te„nido un servidor semejante, antes de sacrificarle hubiéramos pre„ferido perder la mejor ciudad de nuestros estados." En Italia y en España los representantes de Enrique hubieron de sufrir desprecios é imprecaciones, en términos que el que residia en Venecia dice en una de sus cartas que se separa de los negocios públicos para huir de tantos vituperios.

Entre todas las obras de More la única recomendable aun hoy es su utopia que consiste en un viage imaginario á un pueblo cu-

yas instituciones y costumbres arregla segun sus miras particulares. En la obra hay escelentes discusiones acerca de las leyes criminales, se demuestra el ningun fruto de las crueldades, se rechaza la pena de muerte por delitos contra la propiedad y se condena severamente maltratar á los animales, como cosa que disminuye en el corazon del hombre los sentimientos de compasion hácia sus semejantes. Embebecido en la lectura de Platon adoptó muchas de sus nobles ideas; pero como él cometió el error de creer en la quimérica institucion de la comunidad de bienes. A pesar de sus defectos, aquella obra manifiesta cuán adelantado á su siglo estaba el autor, pues muchas de sus cosas que durante largo tiempo fueron juzgadas por delirios de su fantasía, al presente ocupan un lugar en la legislacion de su país, pues ha dejado de imponerse la pena capital por los atentados contra la propiedad, y se castiga al que maltrata á los animales. El autor predica tambien la tolerancia, opinion nueva entonces y arriesgada; porque en toda Europa los sacerdotes, los ministros y los magistrados, tenian por principio reprimir la heregía con los suplicios.

Era imposible que el tenaz carácter de Enrique retrocediese en la carrera á que se habia lanzado, y asi fue que hizo aprobar por el parlamento un estatuto declarando que el rey y sus sucesores eran gefes supremos de la Iglesia de Inglaterra, y que tenian facultad de examinar, reformar y corregir los errores, heregías y abusos que pudieran introducirse en la religion. El monarca, regulador supremo de la ley, percibió con este título las annatas, los diezmos y todas las contribuciones que se pagaban para la Iglesia. Desde entonces en todos los libros destinados á la enseñanza se borró por mandato de Enrique la palabra *papa* y se dió órden á los eclesiásticos para que cada domingo predicasen un sermon con el objeto de inculcar al pueblo el principio de la supremacía espiritual del príncipe. Paulo III instigado por la indignacion del conclave cesó de contemporizar y mandó á Enrique que personalmente ó por medio de procurador se presentase á fin de ser juzgado en su tribunal conminándole con que en caso de desobediencia los hijos que hubiese tenido ó en adelante tuviese de Ana Bolena, serian

declarados bastardos y su reino puesto en entredicho y á merced del primer ocupante; mas como ni Cárlos ni Francisco parecian dispuestos á sostener la bula con las armas, Paulo juzgó conveniente mantenerla secreta para fulminarla en tiempo oportuno.

Si bien es verdad que el monarca ingles habia dado cima á su empresa apoderándose de las atribuciones del pontificado, tenia muchas dificultades para arreglar el ejercicio del nuevo poder con que acababa de revestirse, como lo prueba su contestacion á la asamblea eclesiástica congregada en York. „Las cosas espirituales „como los sacramentos dependen únicamente de Jesucristo, les „decia, pero en cuanto á las temporales, esto es, á las que emanan de los sacerdotes, yo soy el verdadero gefe de este reino.” A fin de descargarse de un cuidado cuyo peso conocia nombró á Cromwell vicegerente real y comisario supremo, de modo que este hombre que ya era canciller en el tribunal de hacienda y secretario del rey, revestido ahora con toda la autoridad espiritual en materias de jurisdiccion eclesiástica y de correccion de las heregías que pudiese haber en la nueva Iglesia, vino á ser la principal persona del reino despues del príncipe, obtuvo el primer rango entre los pares y empleados de la corona, y en el parlamento ocupaba un lugar superior al del primado. Como la aquiescencia del clero no era todavía completa, Cromwell comenzó por suspender los poderes de todos los eclesiásticos obligándolos á presentar una solicitud para que se les restituyese su autoridad espiritual; y á consecuencia de esto se comisionó á los obispos á fin de que gobernasen sus diócesis como simples delegados del rey que podia mantenerlos en su destino ó separarlos segun le acomodase. El objeto de esta medida era que se reconociese á la corona como principio de toda jurisdiccion eclesiástica. Impulsado por el feliz éxito de sus primeras tentativas, el vicegerente trató de despojar á la Iglesia de la mayor parte de sus rentas suprimiendo los monasterios, á cuyo fin los visitadores agentes suyos habian dado órden á los monges para que entregasen al rey cuanto tenian; pero como la mayoría se resistió á ello hízose entender al parlamento que los monasterios menos ricos estaban plagados de vicios y eran teatro de los mas

1. Guillermo Gascoigne gran Justicia, reinado de Enrique IV. 2. Señora de clase noble, (idem)

Pl 22





1. SIR GUILLAME GASCOIGNE, GRAND JUSTICIER. Règne de Henri IV. (1413)
2. UNE DAME NOBLE. Règne de Henri V. (1420)

ANGLETERRE





escandalosos desórdenes. La opinion contraria hubiera sido mas verosímil, pues la corrupcion mas que de la pobreza proviene de la opulencia, de quien son hijas la molicie y la relajacion de la disciplina. Cosas eran estas que nadie dudaba, pero en las dos cámaras habia priores y abades, al paso que en ninguna de ellas tenian entrada los superiores de las comunidades menos ricas: asi es que podia atacarse á estas impunemente, ya que ni por sí mismas podian defenderse, ni tenian quien las defendiera. La ley de 4 de marzo de 1536 puso á merced del rey las haciendas y los edificios de los monasterios cuyas rentas no escedian de doscientas libras: de manera que en virtud de ella quedaron disueltas trescientas ochenta casas religiosas y el real tesoro adquirió una renta de treinta y dos mil libras, amen de cien mil que produjeron las alhajas y plata labrada. Gracias á la avaricia de Cromwell se libraron de esta fatalidad algunas comunidades comprando con regalos la compasion de sus perseguidores, de donde provino que muchas casas religiosas alcanzaron decretos de restablecimiento comprando este favor á mucha costa. Entre los religiosos suprimidos los mas jóvenes volvieron á entrar en el siglo; los de edad provecta fueron repartidos entre otros monasterios, y se concedió una pension vitalicia á los superiores. Las monjas fueron tratadas con mayor dureza, pues solo se les dejó un vestido, y espulsadas del claustro hubieron de ganar su subsistencia con el trabajo é implorando la compasion agena.

Mientras que Enrique continuaba sus despojos sin encontrar resistencia alguna, un acontecimiento imprevisto cambió la faz de sus negocios particulares. Enfriado con la posesion su amor hácia Ana Bolena fue reemplazado por otro afecto. Juana Seymour, dama de honor de la reina, habia rendido el corazon del monarca, el cual resolvió comprar su posesion con un asesinato asi como en otro tiempo conquistó la de Ana trastornando de alto á bajo las instituciones religiosas de su pais. Ana circuida de enemigos daba hincapié á la malignidad de estos con la ligereza de su conducta, y con sus modales algunas veces harto libres atendida su alta posicion. Su caida fue tanto mas dolorosa cuanto era mas inesperada.

Efectivamente Catalina de Aragon acababa de morir en Kimbolton en 29 de enero de 1536, incesantemente perseguida en su retiro por las tiránicas exigencias de Enrique que queria obligarla á renunciar el título y las consideraciones de que gozó en el trono; estas persecuciones acabaron con la reina que separada de su hija en vano habia pedido que se la dejaran abrazar antes que cerrase los ojos, y cuando el monarca vencido por una carta de su moribunda esposa accedió á sus reiteradas súplicas, fue ya tarde, y la infeliz Catalina espiró sin haber tenido aquel consuelo tan grande para el corazon de una madre. Ana no pudo ocultar su alegría al verse libre de una rival cuya existencia amenazaba de continuo su fortuna; así fue que el dia en que se celebraron sus exequias se vistió su mejor trage y dijo: „Gracias á Dios soy reina al fin." Su triunfo sin embargo duró solos cuatro meses, pues habiendo antes tenido una hija y dado á luz ahora un niño que murió al momento, Enrique engañado en sus esperanzas tuvo la crueldad de echárselo en cara á su esposa, sin embargo de que la culpa era suya ó bien por el susto que Ana recibió por haberse Enrique caido de caballo, ó bien por sus galanteos con la Seymour á quien Ana sorprendió un dia sentada sobre los muslos del monarca. Rodeada esta de delatores dábales armas con sus acciones y con sus palabras, que envenenadas por la calumnia se presentaban cual un delito. En una justa celebrada en Greenwich dejó caer el pañuelo que fue cogido por su chambelan sir Enrique Norris, el cual se enjugó con él el rostro. Este incidente en la apariencia tan frívolo dió rienda suelta á la cólera de Enrique que se marchó en el acto prohibiendo á la reina que le siguiese; y sin embargo la escena del pañuelo no era mas que un pretesto, puesto que ocho dias antes se habia mandado á una comision de los pares que informase sobre la conducta de Ana. La reina fue llevada á Westminster y de allí á la torre en donde la colocaron en el mismo cuarto en que estuvo la víspera de su coronacion. „Es demasiado bueno para mí, dijo, é hincán-„dose de rodillas esclamó: Dios mio, tened piedad de mí." A fin de que la distrajesen y la sirvieran pusieron cerca de ella á su tia mistriss Bolena y á muchas otras damas de palacio, las cuales lejos

de ser sus consoladoras eran sus espías, y estaban encargadas de dar noticia de lo que decia, puesto que el rey esperaba sacar de sus palabras indicios y pruebas. Ana Bolena caida desde tanta altura daba muestras de su desesperacion ora con lágrimas, ora con inmoderada risa; mas á pesar de las capciosas preguntas de sus compañeras, jamas dejó escapar una palabra que pudiese interpretarse como confesion del delito que se le achacaba. Unicamente se vió que quizás trataba con demasiada familiaridad á los gentiles-hombres de su casa; pero las costumbres de la época autorizaban muchas cosas que ofenden hoy nuestra delicadeza. Los supuestos cómplices de la reina eran cuatro, sir Enrique Norris, sir Francisco Weston, sir Guillermo Brereton y Marcos Smeaton; de los cuales los tres primeros estaban al servicio de la reina con diferentes títulos, y el cuarto era un músico que gracias á su arte habia llegado á ser ugier de su cuarto. Los cuatro fueron llevados á una comision instalada en Westminster ante la que se los acusó de haber mantenido relaciones ilícitas con la esposa del soberano, de la cual se suponia que para esto les hizo regalos y se condujo con respecto á ellos de la manera mas impúdica. Todos afirmaron su inocencia hasta el cadalso, esceptuando á Smeaton que vencido por los dolores del tormento y con la esperanza de ser perdonado confesó algunas cosas. Ana y su hermano Rochfort fueron presentados ante un jurado de veinte y seis pares presidido por el duque de Norfolk. El lugar de la escena fue una sala de la torre, bien porque se tuviera consideracion al elevado rango de la acusada, bien porque quisiese ocultarse al público aquel ilegal procedimiento. Rochfort llevado el primero hubo de sufrir un careo con su misma esposa que confirmó su declaracion cuyas consecuencias debian ser llevar al cadalso á su marido. No parecia sino que la esposa deseara poner término á la vida de este. Rochfort se defendió con tanta oportunidad y elocuencia que en el tribunal hubo discordia; mas al fin fue condenado. Ana compareció despues, se la permitió sentarse, mas hubo de escuchar el auto de acusacion que contenia una larga serie de torpezas capaces de avergonzar á la muger mas disoluta. Echábasele en cara haber cometido un incesto con su her-

mano, entregado su persona á Norris, Brereton, Weston y Smeaton y conspirado juntamente con ellos contra la vida del monarca. Rechazó la reina estos cargos y destruyólos tan victoriosamente, que al decir de sus partidarios se la diera por libre, si la cobardía no pudiera en sus jueces mas que su conviccion; mas á pesar de todo fue declarada culpable y se la condenó á ser decapitada. Al leérsele la sentencia cayó de rodillas y esclamó: „ó padre y Dios „mio, vos sabeis que no merezco esta muerte." Aun le quedaba que sufrir otra prueba. El arzobispo Cranmer que fue el autor principal de su matrimonio y lo bendijo, lo disolvió ahora degradando de su rango á la hija de Ana Bolena como lo fue del suyo María hija de Catalina, é imprimiéndole la mancha de la ilegitimidad. Para hacer al primado mas dócil Enrique lo amedrentó prohibiéndole parecer ante él, y esta amenaza fue bastante para que Cranmer obrase de un modo tan contradictorio y deshonroso. La reina esperimentó todos los quebrantos que pudieran afligirla en su infortunio, pues no solo se vió abandonada de cuantos la habian adulado mientras ocupó el trono sino que hubo de sufrir los insultos de sus parientes. En el primer interrogatorio su tio el duque de Norfolk interrumpió su defensa esclamando á media voz: bah! bah! como para manifestar que no daba crédito á lo que Ana decia. El mismo duque fue presidente de la comision encargada de juzgar á su sobrina, y algun tiempo antes el mismo padre de la reina se encargó de recibir una sumaria informacion contra ella; asi es que la infeliz no tenia en la tierra otro apoyo que á Dios, el cual le inspiró una firmeza sin orgullo y una dulce resignacion que no la abandonó ni en el último trance. Desde la cárcel escribió al rey la siguiente carta que es un modelo de aquella elocuencia nacida del corazon y que puede inspirar solo este.

„El disgusto de Vuestra Gracia y mi prision son cosas para mí „tan estrañas que ni sé qué debo escribiros ni de qué tengo de „justificarme. Por una persona declarada enemiga mia me habeis „hecho decir que alcanzaré vuestra indulgencia si confieso la ver„dad; y si es cierto que una confesion sincera pueda salvar mis „dias obedeceré vuestras órdenes con sumision y con gusto; pero

„ no crea Vuestra Gracia que su desgraciada esposa confesará una
„ falta en que ni siquiera ha pensado. Para decir la verdad protes-
„ to que jamas príncipe alguno tuvo muger mas fiel á sus deberes
„ ni esposa mas tierna de lo que siempre lo fue para con vos Ana
„ Bolena. Muy gustosa me hubiera contentado siempre con este
„ nombre y con mi condicion humilde si asi hubiera placido á Dios
„ y á Vuestra Gracia; y en medio de mi elevacion y de la dignidad
„ real á que me veia ensalzada nunca olvidé la posibilidad de un
„ cambio como el que hoy esperimento; porque mi elevacion no
„ se fundaba sino en una preferencia de Vuestra Gracia, y esta
„ preferencia podia dirigirse á otro objeto. Vos me sacasteis de mi
„ humilde rango para hacerme vuestra reina y vuestra compañera,
„ y si Vuestra Gracia me juzgó digna de tanto honor no sufra hoy
„ que un ligero capricho ó los malós consejos de mis enemigos me
„ retiren su real favor, y que la acriminacion de haber sido desleal
„ para con vos imprima tan infame mancha sobre vuestra obedien-
„ tísima esposa y sobre la jóven princesa vuestra hija. Júzgueseme
„ en buena hora; pero verifíquese esto en un tribunal en donde
„ no tomen parte ni como acusadores ni como jueces mis enemigos
„ declarados, y entonces se justificará mi inocencia, vuestra con-
„ ciencia quedará satisfecha, y las calumnias del mundo confundi-
„ das, ó bien se justificará públicamente mi delito. Entonces de
„ cualquier modo que vos decidáis mi suerte, Vuestra Gracia será
„ libre delante de Dios y de los hombres no solo de castigar á una
„ esposa infiel, sino tambien de seguir su inclinacion hácia una
„ persona que podria nombrar si fuese necesario, y por el amor
„ de la cual estoy en el triste estado en que me encuentro.

„ Mas si vos me habeis condenado á morir y para aseguraros de
„ la posesion de un objeto del cual juzgais que depende vuestra
„ felicidad no basta mi muerte sino que es precisa una infame ca-
„ lumnia, deseo que Dios os perdone un pecado tan grande, que
„ perdone tambien á mis enemigos haber sido su instrumento, y que
„ no os mande comparecer ante su tribunal tremendo para pediros
„ estrecha cuenta de la crueldad que usais conmigo. Allí hemos de
„ presentarnos los dos muy pronto, y cualquiera que sea la opi-

„ nion del mundo acerca de mi conducta, allí quedará plenamente „ justificada.

„ ¡ Ojalá acá bajo sufra yo sola el peso de vuestra cólera! ¡ Ojalá „ no caiga tambien sobre los inocentes y desgraciados gentiles-„ hombres que estan presos por causa mia! Si alguna vez hallé „ gracia á vuestros ojos, si alguna vez os fue agradable el nombre „ de Ana Bolena, acordadme esta súplica y cesaré de importuna-„ ros. Quiera el cielo proteger Vuestra Gracia y guiarla en todas „ sus acciones. De mi triste cárcel de la torre el 6 de mayo. Vues-„ tra muy leal y fidelísima esposa."

Ana Bolena.

Esta carta no pudo enternecer el corazon de Enrique en favor de una esposa cuyas gracias habian saciado sus deseos, y anhelando poseer á su nueva querida apresuró la condena y ordenó el suplicio de una muger cuya existencia hubiera turbado la felicidad que con la otra se prometia. La víspera de su muerte Ana se arrodilló á los pies de lady Kingston y le hizo jurar que en la misma postura solicitaria su perdon de María hija de Catalina que por causa suya era víctima de la desgracia. Fortificada con la oracion, sus temores, sus incertidumbres y sus quebrantos desaparecieron de repente, y fueron reemplazados por una tranquilidad de alma y un continente sereno que no perdió mas. Su conformidad fue tan grande que al aspecto de la muerte aun tuvo humor de chancearse con lady Kingston diciéndole: « ya sé que han hecho venir al eje-„ cutor de Calais como mas perito que el de Inglaterra; han hecho „ muy bien, porque tengo el cuello cortísimo:" y al decir esto se pasó la mano por el cuello. Habíase levantado el cadalso dentro del circuito de la torre. Rodeábanle el corregidor, los condes y los diputados de las corporaciones de Londres, y tambien se hallaban presentes los condes de Norfolk y de Richemond, el canciller Andley y Cromwell. La reina llegó á aquel sitio á medio dia y dirigiéndose á la muchedumbre dijo: « Condenada á muerte por la ley „ debo sufrir mi sentencia; mas no quiero acusar á nadie ni hablar „ de las causas que aqui me han traido. Ruego á Dios que proteja

„al rey, porque jamas hubo príncipe mas dulce ni mas clemente; „y para conmigo se ha conducido siempre con grandísima nobleza „y bondad. Asi me despido del mundo y de vosotros, y os supli- „co que rogueis por mí." Al instante se quitó la gorguera y colocó la cabeza sobre el tajo repitiendo muchas veces: ¡Dios mio! os ruego que recibais mi alma. Su cabeza rodó al suelo al primer golpe, y sus restos metidos en un ataud fueron depositados en la capilla de la torre.

Tal fue la muerte sufrida en 19 de mayo de 1535 por Ana Bolena que se hallaba en la flor de su edad, y que cayó víctima de una acusacion que tenia todos los visos de calumniosa. Si al investigar su conducta pueden achacársele palabras y conversaciones indiscretas y atolondradas, no bastan estas para calificarla de culpable en un tiempo en que el lenguage y las costumbres no estaban todavía sujetas á las reglas de la decencia. La memoria de Ana atacada por los católicos y defendida por los protestantes, en medio de las controversias de estos y de aquellos ha conservado derechos al respeto y á la compasion. Acusada sin que se justificara la acusacion, no solamente hubo de sofocar sus quejas sino bendecir públicamente á su homicida por temor de dispertar la implacable cólera del rey que hubiera caido sobre su hija Isabel falta de todo apoyo. Mientras que ella moria tan paciente y resignada, Enrique insultaba su desgracia vistiéndose de gala y casándose con Juana Seymour al dia siguiente.

Las dulzuras del nuevo himeneo fuéron bien pronto turbadas por una revolucion en los condados del norte, pues si las provincias inmediatas á Londres admitieron sin resistencia las innovaciones introducidas en el culto, no sucedió lo mismo en los puntos distantes de la capital, en donde el clero habia conservado su ascendiente. El despojo de las iglesias, la profanacion de las reliquias y la dispersion de los monges que iban de una á otra parte pidiendo la limosna que hasta entonces distribuyeron, aumentaban el descontento del pueblo del cual participaban, si ya no lo estimularon, algunos nobles cuyos antepasados dotaron las comunidades disueltas. Pretendian estos que los bienes dados á los monasterios

suprimidos debian volver á los herederos de los donadores y nó incorporarse á la corona que ningun derecho tenia á ellos. La órden del vicegerente Cromwell que mandaba predicar contra el culto de las imágenes, y enseñar á los niños en lengua vulgar el padre nuestro, el credo y los mandamientos de la ley de Dios, fue la causa ó el pretesto de una sublevacion que estalló en Lincolushire. Siempre es arriesgado hacer cambios en el culto religioso, porque este punto da lugar á numerosas reuniones en donde los hombres puestos en contacto se inflaman y se exaltan fácilmente. Por de pronto la insurreccion del Lincoln se disipó sin derramamiento de sangre; pero ya estaba propagada por cinco condados mas desde el Humber hasta las fronteras de Escocia en donde los alzados tenian por gefe visible á un gentil-hombre llamado Roberto Ask y daban á su empresa el nombre de *Peregrinacion de la gracia*. A su cabeza iban los sacerdotes llevando crucifijos y estandartes en que estaba representada la pasion del Salvador, por el camino reinstalaban á los monges en los monasterios y hacian seguir á cuantas personas hallaban. Apoderáronse de Hull, York y del castillo de Pontefract, y sea por miedo sea voluntariamente se les juntaron el arzobispo de York y lord Darcy. Habia ya salido á campaña el duque de Norfolk; mas viendo que con cinco mil hombres no le era posible hacer frente á sus adversarios que eran muchos mas, resolvió entablar negociaciones. Las demandas de los insurrectos se reducian á cuatro puntos: el restablecimiento de la princesa María en sus derechos de legitimidad, la restitucion de la jurisdiccion espiritual al papa, la entrega de los monasterios suprimidos á los monges que los ocupaban, y el castigo de Cromwell y de muchos otros individuos reos de heregía y de pecado. Enrique que mientras tanto habia reunido fuerzas imponentes rechazó las condiciones propuestas y ofreció una amnistía completa prometiendo ademas enderezar los agravios de que se quejaban convocando para ello un parlamento en York. Sometiéronse los rebeldes; mas como el rey no cumplia su palabra tomaron otra vez las armas, y fueron vencidos por Norfolk que hizo prisioneros á Roberto Ask, á lord Darcy, á Tomas Percy y á muchos otros persona-

ges del otro bando todos los cuales fueron decapitados en Londres. Los restantes prisioneros fueron ahorcados á centenares en York, Hull, y Carlisle, y asi la insurreccion se apagó con sangre. El nacimiento de un hijo que vino al mundo en 12 de octubre de 1537 colmó la alegría del monarca que fue seguida de duelo porque la reina no sobrevivió mas que doce dias á su hijo.

El poder de Enrique salió del riesgo mas absoluto que nunca y se aprovechó del mal éxito de las revueltas para acabar de todo punto con los monasterios. Mandóse hacer una visita general de todos y se erigió el *Tribunal de aumento de las rentas reales*, cuyo solo título anunciaba anticipadamente el fin que con su ereccion se propusieron. Antes de ahora dijimos que las comunidades mas ricas habian quedado en pie, ó bien porque compraron su salvacion á puro de dinero, ó bien porque el gobierno no se atrevió á suprimirlas todas á un tiempo; mas ahora ya no eran necesarias las contemporizaciones, y los agentes de Cromwell empleando con los monges ora las amenazas ora las promesas arrancaron declaraciones ó enteramente falsas ó mas ó menos verídicas, en las cuales hicieron hincapié para desacreditar las instituciones monásticas y poder luego destruirlas. Examinaban bibliotecas, archivos y registros de contabilidad y hacian mil esfuerzos para descubrir la mas leve infraccion del estatuto, con deseo de achacarlo á crímen de alta traicion, á fin de amedrentar á la gente menos animosa y quitar de en medio á cuantos les opusiesen alguna firmeza. De estos acabaron algunos en el cadalso y otros perecieron famélicos en las cárceles. El sistema de confiscacion llegó á su último término en 1539 por una ley que ordenaba que todos los monasterios y casas religiosas suprimidos, disueltos, abandonados ó que hubiesen pasado á poder del rey por cualquier medio que fuese debiesen pertenecerle en adelante á él y á sus sucesores. Esta grande espoliacion que enriqueció al rey con la cuarta ó quinta parte de las propiedades de Inglaterra y del pais de Gales fue llevada á efecto en cinco años tan solo. Sin embargo al quitar los conventos á los religiosos ó al sacarlos de ellos buen ó mal su grado, concedióles Enrique pensiones mas ó menos considerables, cu-

ya tasa corresponde á la siguiente: las monjas cobraban 3800 reales, los frailes 5100, los priores 10000, y los mas favoritos de entre los últimos 18000. Los abades de los principales monasterios que se presentaron con mayor docilidad obtuvieron una renta vitalicia de 240,000 reales (1). Mas aunque se proveyó á sus necesidades pervirtióse este acto de justicia atacando la moralidad de los religiosos que en escritos pagados se representaron como infamemente escandalosos y como sanguijuelas que chupaban el dinero del pueblo con fanáticas supercherías. Si hubo fundamento para tales ataques faltó la buena fe al hacerlos, pues sus autores atribuian á todos las faltas de algunos individuos.

Enrique conoció por fin que debia acallar á los que murmuraban de su codicia, y con este objeto creó seis nuevas sedes, y de catorce abadías ó prioratos hizo catedrales y colegiatas, cuyos cabildos contraian la obligacion de destinar anualmente una cantidad al socorro de los pobres y otra á la recomposicion de carreteras. Si bien es cierto que el rey quiso al principio fundar diez y seis obispados, las necesidades y las exigencias de sus cortesanos se absorvieron el dinero que para esto era necesario, y no tuvo mas remedio que modificar su plan. El cargo de fijar la creencia religiosa de que no podia prescindir como gefe supremo que era de la Iglesia le ofreció muchos obstáculos, puesto que era necesario conciliar dogmas opuestos y contenerlos dentro de límites que no pudieran traspasarse. El mismo clero formaba dos banderías rivales, siguiendo una la antigua doctrina y la otra la nueva. Aquella tenia por gefe á Gardiner obispo de Winchester, al cual se juntaron Lee, arzobispo de York, y muchos otros prelados, y al frente de la segunda estaban Cranmer, Latimer, obispo de Worcester, Fox, que lo era de Hereford, y Saxton que ocupaba la mitra de Sarum. Colocado entre estos dos partidos que se disputaban la direccion de sus opiniones teológicas trató Enrique de adquirir fuerzas contra el papa confederándose con la liga de Smalkade; mas los prín-

(1) Parécenos exagerada esta cantidad.

(Nota del traductor).



cipes protestantes que formaban parte de ella exigieron que el monarca adoptase los dogmas de Lutero, y su orgullo no supo humillarse hasta el punto de reconocer públicamente los principios del reformador á quien en otro tiempo habia atacado con tanta acrimonia. Rompió pues las negociaciones, y ausiliado por sus teólogos redactó un programa religioso, cuyos principales artículos reconocian tres sacramentos, á saber, el bautismo, la penitencia y la eucaristía, y recomendaban la veneracion de las imágenes y el culto de los santos. La asamblea autora del programa acompañó con él una obra titulada: *La divina y piadosa institucion del hombre cristiano.* Su objeto era esplicar el nuevo símbolo y en ella se predicaba la obediencia pasiva al soberano que solo era responsable ante Dios, y se calificaba la sumision al papa de causa de condenacion eterna. El autor de esta obra era Gardiner, ó á lo menos en ella triunfaban sus doctrinas, puesto que el prelado rechazaba la supremacía del pontífice romano, si bien por otra parte se sentia inclinado á los dogmas católicos. Mientras tanto continuaba Enrique haciendo ejecutar las caprichosas innovaciones que eran igualmente hostiles á las dos religiones establecidas en el reino. Asi fue que el gobierno abolió muchas fiestas so pretésto de que eran perjudiciales á la industria é inclinaban al pueblo á la holgazanería. Proscribió asimismo las imágenes como símbolos peligrosos y que impulsaban á la idolatría, é hizo romper cruces y reliquias que hasta entonces estuvieron espuestas á la veneracion de los fieles. Era imposible que Santo Tomas de Cantorbery se librase de esta próscripcion porque los monges que conservaban sus rentas habian recogido ricas ofrendas que prometian una abundante cosecha á la avaricia del monarca, á cuyos ojos no era de esperar que encontrase gracia el mismo santo que fue tan intrépido defensor de los privilegios del clero. En consecuencia de esto se le citó á fin de que por medio de procurador compareciese en Westminster en donde fue declarado reo de traicion y de heregía, se le condenó á perecer en las llamas y se le confiscaron los bienes, esto es, las donaciones hechas á sus reliquias. Una hoguera consumió los huesos de Santo Tomas, fueron despedazadas sus imágenes, y un real de-

creto le despojó de su título de bienaventurado y dispuso que su nombre se borrase del calendario. A fuer de regulador de la fe creyó Enrique que debia publicar una biblia cuya traduccion revisó ausiliado por Cromwel, y mandóse que todo íngles la leyese. La pena de muerte que en los códigos romanos se imponia en materias religiosas se introdujo en la legislacion de los pueblos del norte, y Enrique la aplicó á cuantos osasen combatir ó solamente poner en duda sus opiniones teológicas. En todas las provincías se levantaron hogueras en que perecieron víctimas que pertenecian á todas las sectas: católicos, luteranos y anabaptistas sufrian los mismos tormentos y los suplicios mismos, y no se hacia tampoco distincion de edad ni sexo. El mismo rey tuvo una controversia con uno de los condenados que era Lamberto Micholson, eclesiástico que ejercia la profesion de maestro de escuelas, y que á fuer de egoista quiso entrar en lucha con el doctor Taylon. Habiendo sido denunciado á Cranmer este le citó ante su tribunal y el acusado interpuso apelacion por ante el rey como gefe de la Iglesia. Confiado Enrique en su talento para argüir tuvo un gusto particular en que se le ofreciera coyuntura para hacer ostentacion de él públicamente. El lugar de la escena fue Westminster á donde se trasladó con grande aparato y en cuyo lugar refutó largamente los escritos de Lamberto que negaba la presencia real. Despues de Enrique hablaron siete obispos para robustecer sus objeciones, y Lamberto sofocado con la presencia del monarca y mas aun con la palabrería de sus adversarios, supo apenas defenderse y concluyó diciendo que se atenia á la clemencia de su magestad. Entonces Enrique le dijo: „si es asi morirás, porque yo no quiero proteger „á los hereges." La sentencia de muerte pronunciada por Cranmer fue llevada á efecto con un celo que el espíritu de servilismo hace mas bárbaro todavía. Efecto era de este espíritu que se reputase merecedor de los mas atroces castigos al hombre que habia tenido la audacia de disputar con el príncipe, y hé aqui por qué Lamberto fue quemado á fuego lento desde los pies hasta el tronco, y como aun vivia, compadecidos de él los soldados que lo custodiaban lo acabaron de matar con las alabardas.

Aunque el despotismo espiritual y temporal de Enrique habia conseguido someterlo todo á su voluntad, y hacer víctima de su heroica firmeza al que osase resistirse, aun existia un hombre al cual el monarca encontró siempre inflexible y á quien no pudo alcanzar su venganza. Este hombre era Reginaldo Pole ó La Pole que por parte de su madre la condesa de Salisbury era nieto de Jorge duque de Clarence hermano de Eduardo IV y muerto por disposicion de este. El rey como pariente suyo que era lo habia enviado á la universidad de Paris para que allí se completase su educacion, y en ella estudió Pole teología y se negó á obtemperar la voluntad de Enrique que le pedia secundase el asunto de su divorcio, apoyando cerca de los doctores de la universidad al agente ingles enviado allí con aquel motivo. A pesar de este desaire á su vuelta á Inglaterra fue bien recibido por Enrique, y habiéndose retirado de pronto á su deanato de Exeter, muy luego alcanzó permiso para trasladarse á Padua á fin de perfeccionar sus estudios. Las relaciones que en Italia contrajo y el aprecio que supo grangearse de las personas de mas alto rango en el estado eclesiástico contribuyeron á que se mostrase mas tenazmente opuesto á las hostilidades de su soberano contra la corte de Roma. No contento con esto publicó una obra en favor de la Santa Sede y acabó por renunciar á su patria en la cual no podia ya vivir sin grave riesgo de su honor y de su vida. El monarca ingles convencido de que por los medios de la persuasion no podria atraerlo, decidióse por las medidas de rigor y se apoderó de sus rentas; mas entonces los amigos de Pole consiguieron que se le diese el capelo. Revestido con la púrpura se le confiaron muchas comisiones cuyo objeto era reunir á los católicos ingleses contra Enrique, y aun corrieron rumores de que Pole pretendia la mano de la princesa María como descendiente que era de sangre real. Este proyecto inventado quizás por los enemigos de Pole atizó contra él el resentimiento del monarca que le persiguió por medio de sus agentes á quienes estaba encomendado cogerlo y darle muerte. El cardenal supo burlar todas sus asechanzas, mas por desgracia habia dejado familia y amigos en Inglaterra y todos ellos fueron sacrificados.

El marques de Exeter nieto de Eduardo IV, lord Montague, sir Gofredo Pole hermano del cardenal, sir Eduardo Nevil, y sir Nicolas Carew fueron condenados á la pena capital, unos por el tribunal de los pares y otros por un jurado. A la verdad Gofredo se libertó del suplicio pero fue haciéndose delator, y siempre el instrumento de que el rey se valió para sacrificar á los otros, á quienes se acusaba de conspiradores para derrocar á Enrique y sustituirle con Reginaldo. El crímen verdadero cometido por ellos consistia en haber enviado al cardenal algunas sumas en dinero para que sostuviese con decoro su elevada dignidad. Pole inmiscuido en el proceso fue declarado traidor, y no pudiendo Enrique hacerle morir en un cadalso le atacó en la persona de su madre la condesa de Salisbury, la cual sin embargo se defendió con tanta firmeza y presencia de ánimo, que el vicegerente Cromwel que era uno de sus jueces discurrió el medio de arrancar al parlamento un decreto en que se la diese por convicta sin que precedieran debates ni procedimientos. En la persecucion de la condesa fueron envueltos el hijo del lord Montague y la viuda del marques de Exeter. Los dos últimos fueron perdonados y la condesa quedó reclusa en la torre; mas como la venganza de Enrique tenia sed de su sangre, despues de dos años de cautiverio fue resuelta su muerte. Aunque aquella señora se hallaba ya en la avanzada edad de setenta años protestó enérgicamente contra su condena, y cuando estuvo ya en el cadalso, dijo al ejecutor: „mi „cabeza no ha hecho traicion alguna: cógela si puedes;" y al decir esto echó á correr por el tablado y tras ella el verdugo, quien despues de una larga lucha consiguió finalmente dar muerte á la víctima. Esta ejecucion horrible estremeció al pueblo ingles cuyo odio iba cada dia creciendo sin que por esto fuese menos impotente y disimulado.

La prematura muerte de Juana Seymour causó tan vivo pesar á Enrique que estuvo mucho tiempo sin resolverse á reemplazarla con otra muger. Si bien al principio habia llamado su atencion la duquesa viuda de Milan sobrina de Cárlos V, bien pronto abandonó ese proyecto para solicitar la mano de la princesa María viuda del duque de Longueville; mas como esta señora tenia ya contrai-

dos esponsales con el rey de Escocia, Enrique acabó por pedir en matrimonio á Ana de Clevers, cuyo padre habia abrazado el luteranismo. Esta alianza era para él un apoyo contra el emperador con quien andaba no poco desabrido; mas esta consideracion sin embargo no le hubiera determinado, á no seducirle un retrato de la princesa, obra del pincel del célebre Holbein, quien no anduvo escrupuloso en embellecer muy mucho el modelo. La princesa precedida de una reputacion que no merecia llegó á Inglaterra en 1539, y el rey impaciente se trasladó de incógnito á Rochester, pero su nueva esposa le desagradó de tal suerte á la primera ojeada que no le hizo regalo alguno y la abrazó con una repugnancia manifiesta. Ni es de estrañar que asi sucediera, porque Ana no tenia ninguna de las prendas que hacen agradables á las mugeres. Militaba tambien para que su compañía complaciese poco á Enrique la circunstancia de no hablar otra lengua que la alemana y de que su espíritu estaba bien lejos de suplír los defectos de su físico. El monarca pues desde el mismo dia discurrió el modo de romper esta union desgraciada; pero temeroso del resentimiento de los príncipes alemanes que podian coligarse con Cárlos V á fin de hacerle la guerra, determinó celebrar su matrimonio en 6 de enero de 1540. Fuele sin embargo imposible vencer su repugnancia hácia la nueva reina, que falta de toda instruccion puesto que sabia leer apenas, era imposible que se grangease el amor de un monarca que gustaba de las artes hasta el punto de cultivarlas con fruto, y que era aficionado á las mas abstractas discusiones. Seis meses habian transcurrido desde el matrimonio de la princesa, y apenas pronunciaba esta algunas palabras inglesas, y aun no habia podido acostumbrarse á los usos de corte ni corregir la estravagancia de sus modales, cuya rústica sencillez daba mucho que reir á los cortesanos. Causado finalmente Enrique de un yugo que de dia en dia se iba haciendo mas insoportable resolvió sacudirlo, y entonces Cromwel que habia sido autor de su matrimonio fue su víctima. La cólera de Enrique estuvo oculta algunos meses, porque forzado á pedir dinero al parlamento puso en juego la destreza del vicegerente á fin de arrancar el voto de las dos cámaras, pasmadas no

sin motivo de semejante demanda. El despojo del clero debió proporcionar muchas riquezas al real tesoro; pero aquel caudal mal adquirido estaba ya disipado. Conseguido por Enrique el objeto que se habia propuesto, recompensó á Cromwel con nuevas mercedes; dióle treinta mansos, hízole conde de Essex, y le confirmó el destino de chambelan; y sin embargo todas estas muestras de contento no eran mas que una añagaza detras de la cual estaba el abismo en que iba á ser precipitado el favorito. Meditaba Enrique su divorcio y sospechó que Cromwel habia dado conocimiento de ello á la reina, y en apoyo de esta sospecha venia la persuasion en que el monarca estaba de que el vicario general protegia secretamente á los partidarios de Lutero. El rey habia escrito contra este herege y su orgullo se consideraba ofendido por no haber triunfado de la conviccion religiosa de Cromwel con sus argumentos que él juzgaba irresistibles. Cromwel maldecido por los católicos y los protestantes perseguidos alternativamente por sus órdenes, habian logrado inspirar contra él el mas violento odio, y el rey que nada de esto ignoraba veia en su sacrificio la ventaja de que recayese contra otro la odiosidad de las medidas llevadas á ejecucion con este motivo: en una palabra, la pérdida de Cromwel podia reconquistarle el afecto de sus súbditos.

En consecuencia de esto el favorito fue súbitamente preso en pleno consejo por el duque de Norfolk el dia 10 de junio de 1540 y condenado sin ser oido: iniquidad terrible de que Cromwell habia sido inventor, y de que no tardó en ser víctima. Entre todos los amigos y partidarios del caido ministro solo el arzobispo Cranmer osó defenderle ante el monarca por medio de una carta en que se notaba muy á las claras una tímida reserva, puesto que hablaba en pro del acusado no empeñándose en probar su inocencia sino recordando su adhesion á Enrique; mas á pesar de esto en la cámara de los pares votó por su condena. En vano Cromwell procuró enternecer el corazon de su amo por medio de las mas humildes súplicas, porque Enrique fue inflexible y el reo pereció en un cadalso en 20 de julio de 1540. El privado murió no solo sin quejarse de la sentencia sino reconociendo la justicia de ella. Esta re-

signacion al parecer fue hija de la ternura paternal, pues como hubiese sabido que Enrique dijo: „yo le aconsejo que calle y que „se acuerde de que tiene un hijo;" Cromwell selló la boca para salvar la vida de este. Este ministro convertido en instrumento de la voluntad de Enrique logró con su talento que el monarca llevase á feliz término todos sus planes; pero la gratitud es una carga para los malos reyes, y esta fue la que precipitó su caida. El monarca que lo habia arrancado de su condicion humilde lo sacrificó sin pesar alguno porque podia hacerlo sin temor. El carácter de Cromwell en el que resaltaban la avaricia, la astucia y la crueldad no pudo inspirar interes por su suerte. Algunas cosas escritas por su misma mano descubren una alma atroz, y á fuer de hombre endurecido con los suplicios y estraño á la compasion era digno del amo á quien servia.

Tras el suplicio del vicegerente vino muy luego el divorcio de Enrique, á cuyo propósito los lores y los comunes presentaron al rey una humilde súplica á fin de que quisiese someter aquel negocio al exámen de una asamblea eclesiástica. El rey admitió con benevolencia esta demanda, y un tribunal eclesiástico presidido por Cranmer declaró que el matrimonio era nulo por la doble razon de que el monarca no habia dado su consentimiento formal, y porque la princesa habia tratado antes de casarse con el duque de Lorena. Las dos cámaras ratificaron esta decision, y Ana que habia consentido con ello obtuvo el título de hermana adoptiva del rey, y con una renta de tres mil esterlinas vivió diez y seis años en Inglaterra sin que en la apariencia al menos hallase en falta el trono ni su patria.

A pesar de la fatalidad de sus matrimonios Enrique no podia soportar el celibato, y por lo mismo en 8 de agosto de 1540 se casó con Catalina Howard sobrina del duque de Norfolk, jóven cuya hermosura hacia mas interesante su aire modesto y candoroso, y á la cual no pudo ver el rey sin que la amara. Los primeros meses de este enlace fueron tan felices que el monarca hechizado de su dicha dió por ello gracias á Dios haciendo componer y cantar en su capilla un himno cuyo asunto era su ventura; mas esta se

desvaneció muy pronto con una carta de Cranmer en que se relataban las liviandades imputadas á la reina. Una criada que en otro tiempo estuvo al servicio de la duquesa de Norfolk abuela de Catalina reveló algunos sucesos poco honrosos para la princesa, y si bien es verdad que se referian á la época en que esta se hallaba en casa de la duquesa, daban mucho que sospechar de su fidelidad con respecto á Enrique. El arzobispo depositario de esta confidencia, juzgando igualmente temible la revelacion que el silencio, se convirtió en acusador para no ser acusado en caso de que el príncipe tuviese aquella noticia por otro conducto. Al recibir Enrique la carta de Cranmer lejos de darle crédito juró que castigaria al delator, si no justificaba sus dichos; mas de la pesquisa dirigida por el prelado resultó que la reina habia tenido mala conducta antes de casarse, y ella misma confesó sus criminales relaciones con Dereham oficial de la casa de su abuela; pero sostuvo que no habia faltado á sus deberes desde el dia de su matrimonio. Probóse no obstante que su pariente Culpepper habia pasado tres horas en su cuarto en donde á las once de la noche fue introducido por la condesa de Rochford. Los padres de Catalina, la anciana duquesa de Norfolk y otras ocho personas, entre ellas cuatro mugeres, á todos los cuales se acusó de no haber denunciado los desórdenes de la reina, fueron condenados á muerte. En la cédula que asi lo resolvia fue llevado el espiritu de servilismo hasta su último punto, puesto que declara traidores no solamente á todos los que callan los desórdenes de una reina ó de una princesa de la familia real, sino tambien á toda doncella que habiendo dejado de serlo no lo confesase en caso de que el monarca se lo preguntara. Esta ley tan impúdica como impotente ridiculizó á los legisladores que la hicieron y al príncipe que la habia sancionado. En lo interior de la torre y en 14 de febrero de 1541 fueron decapitadas la condesa de Rochford y Catalina, la cual repartió sus vestidos entre las damas de honor y no pidió mas gracia que el perdon de su familia. Como la reina sostuvo hasta los últimos momentos que nunca habia faltado á la fe conyugal la nacion perdonó sus faltas y compadeció su suerte: no asi se tuvo lástima de la condesa que

fue acusadora de su marido y fue causa de sus desgracias todas. A escepcion de esta todos los supuestos cómplices de Catalina fueron cruelmente inmolados, unos antes y otros despues que ella.

Durante los dos años que siguieron á esta catástrofe, Enrique se ocupó en catequizar á su pueblo, al cual dió un nuevo símbolo con el título de *Doctrina necesaria y ciencia del hombre cristiano;* en reunir á la Inglaterra el pais de Gales y sujetarlo á las mismas leyes, y en pacificar ora empleando la fuerza ora con medios de dulzura á la Irlanda, siempre hasta entonces agitada por el turbulento carácter de muchas familias poderosas. A fin de unir mas estrechamente á los dos pueblos estableció en Irlanda un parlamento como el de Westminster, sustituyó á la del pais la legislacion inglesa, y consiguió que los gefes principales aceptasen la dignidad de Par y los nuevos títulos con que los distinguia. La Escocia cuya vecindad y cuyas alianzas la hacian temible llamaba asi bien la atencion del monarca. Para separar á su rey Jacobo V de la antigua amistad que con la Francia tenia le propuso reconocerle por sucesor para el caso de que su hijo Eduardo muriese. Deseaba tambien inspirarle sus principios religiosos poniendo ante su vista las riquezas de la Iglesia de que podia hacerse dueño; mas el príncipe escoces no osando ó no pudiendo aceptar sus ofrecimientos trató de eludirlos, de lo cual ofendido Enrique vino á declararle la guerra. Jacobo vencido en Solway sobrevivió muy poco á su derrota, y cuando poco antes de morir le dijeron que su esposa acababa de parir una hija que despues fue María Stuart, esclamó: „hágase la voluntad de Dios: la corona me ha venido por una mu„ger y se irá por otra." Dichas estas proféticas palabras murió en diciembre de 1542 cuando aun no tenia treinta y un años. Este acontecimiento dispertó en Enrique la idea de casar á la jóven princesa con su heredero Eduardo, y concluyó con la viuda de Jacobo un tratado en que se estipulaba la verificacion del matrimonio y la traslacion de María á Inglaterra para cuando llegase á la edad de diez años. La Francia rompió este tratado de donde provinieron nuevas hostilidades que terminaron con la paz de 1546, nó sin que

Enrique deseando vengarse de Francisco I se uniese con Cárlos V. Esta nueva lucha no produjo sin embargo resultado alguno, porque luego se entablaron negociaciones en virtud de las cuales el monarca ingles recobró á Boulogne recibiendo ademas una compensacion en dinero. Asi quedaron las cosas en 1546.

La triste suerte de las esposas de Enrique debia al parecer retraerle de contraer nuevos vínculos, y sofocar la ambicion de todas las mugeres á quienes ofreciese su mano, y sin embargo de esto compartió el trono y el lecho del monarca Catalina Parr viuda de lord Latimer. Esta señora de edad ya madura cautivó el ánimo del príncipe con su talento mas que con su belleza. Era celosa partidaria de la reforma, y asi fue que los apóstoles de esta aplaudieron tanto mas su ensalzamiento en cuanto la muerte acababa de arrebatarles al canciller Andley á quien reemplazó Wriothesley, inclinado á las doctrinas católicas. Como desde mucho tiempo estaban en guerra Gardiner y Cranmer, el primero asió esta coyuntura á fin de procurar la caida de su rival, impulsando á los canónigos de Cantorbery á que acusasen á su arzobispo de que protegia á los hereges, mantenia correspondencia en otros paises con los partidarios de Lutero y no hacia ejecutar la ley de los seis artículos, uno de los cuales prohibia el matrimonio de los sacerdotes. En efecto, Cranmer antes de ser promovido al arzobispado se casó con una parienta de Osiandro de la cual tenia hijos; mas á pesar de esto supo librarse de los lazos de sus enemigos, obligándolos á que de rodillas le pidiesen misericordia.

La inclinacion del príncipe á dominar las opiniones y la voluntad agena iban cada dia en aumento: irritábale la contradiccion mas ligera y nada habia tan peligroso como dispertar su cólera, puesto que no se calmaba sino con el derramamiento de sangre. La reina le ofreció coyuntura de dar una prueba de ello por haber tenido la presuncion de disputar con él acerca de un punto de controversia. Enrique se encolerizó violentamente, y en el acto dispuso que Wriothesley redactase una acusacion contra la reina, la cual sabedora de ello y temiendo por su vida, tuvo un ataque nervioso durante el cual prorumpió en gemidos, lágrimas y gritos.

Su cuarto estaba inmediato al del rey quien se trasladó allí para calmarla, y una plática que tuvieron en la misma noche la reina supo hacer que recayese sobre asuntos de religion y se deshizo en alabanzas acerca de la mucha teología que el príncipe sabia. „Por „Santa María, dijo el príncipe, el doctor sois vos, Catalina." „Nó, „replicó la reina, si yo disputo con vos es para divertir á Vuestra „Gracia qué con esto parece que olvida sus dolores, y para oiros „argüir, puesto que nadie en el mundo tiene para ello la habili- „dad vuestra." „¿Es esto cierto, querida mia? dijo Enrique: en este „caso todavía somos amigos." Efectivamente, cuando el canciller se presentó al dia siguiente con el objeto de prender á la reina, fue ásperamente tratado por el príncipe á quien incomodó su prisa. Catalina libre de este riesgo anduvo mas advertida, y no se espuso mas á provocar á un adversario tan obstinado y tan formidable.

No estaba lejos el momento en que la reina se viese libre de sus temores, pues Enrique devorado por una úlcera en un muslo que se resistia á todos los esfuerzos de la medicina, gracias á su gusto por los buenos manjares, se habia puesto tan escesivamente obeso que necesitaba una máquina para trasladarse de un lugar á otro. Como le costaba mucha fatiga poner su nombre, todas las actas se firmaban con estampilla; de manera que se conocia á la legua que su fin estaba cercano. Entre las personas que lo rodeaban espiando sus últimos instantes para satisfacer su ambicion, contábase por una parte á los dos Seymour tios del jóven Eduardo, y por otra al duque de Norfolk y á su tio el conde de Surrey. Muy añejo era el odio que habia entre estos dos poderosos rivales, divididos asi por sus intereses políticos como por sus opiniones religiosas, puesto que Norfolk y Surrey favorecian el partido católico. Esta circunstancia y los temores de Enrique á quien se logró persuadir de que estos dos magnates eran capaces de poner en riesgo el trono de su hijo, dispertaron fácilmente su crueldad, en términos que ambos fueron enviados á la torre el dia 12 de diciembre de 1546. Acusóse á Surrey de que habia añadido á su escudo las armas de Eduardo el *Confesor;* y aunque probó que las que usaba eran las

de su familia fue condenado á muerte en virtud de un estatuto hecho en el reinado de Enrique el cual calificaba de crímen de alta traicion todo hecho ó escrito que pudiese ser perjudicial á la sucesion del trono. Al inmolar al jóven Surrey, la segur sacrificó una víctima no menos ilustre por su elevada cuna que por su gran talento, que habia brillado en los campos de batalla y en el Parnaso, y cuya fama literaria eclipsa hace ya mucho tiempo sus restantes títulos. Su genio poético solo cede al de Chancer y aun hoy encanta á los lectores. El duque mas feliz que su hijo se escapó por milagro, pues su sentencia estaba ya firmada por el rey y debia levantarse el cadalso en la mañana del inmediato 28 de enero de 1547, cuando hé aqui que por la noche espira el monarca. Norfolk salvado de la muerte por esta casualidad sobrevivió á su perseguidor porque los miembros del nuevo consejo no se atrevieron á inaugurar con sangre el nuevo reinado. A pesar de esto no recobró la libertad hasta el tiempo de María en que el procedimiento fue declarado nulo por defectos de sustanciacion, puesto que el rey nada habia firmado por su mano.

Pocos son los pormenores que nos quedan acerca de la enfermedad del monarca, pues tan solo se sabe que los dolores que sufria exacerbaron su mal humor y le hacian enojarse por cualquiera cosa, en términos que cuantos le asistian temblaban por su vida. Nadie osaba indicarle la proximidad de la muerte; mas al fin el caballero Denny tuvo el valor necesario para darle esta fatal noticia, de que Enrique lejos de ofenderse se mostró agradecido. Hizo llamar á Cranmer, mas como este se hallaba ausente, cuando llegó á la corte el rey que ya no podia hablar le apretó la mano y murió. En su testamento disponiendo del trono como de una propiedad lo dejaba á su hijo Eduardo y á sus descendientes, llamando á él en caso de estinguirse esta línea á la princesa María y despues á Isabel, y en defecto de estas á Francisca Brandon marquesa de Dorset y sobrina de Enrique, y en falta de esta á su hermana. Enrique fue un grande príncipe si es esta la calificacion que se da á los hombres que saben conservar el poder. Este es el buen lado de su carácter cuyo inflexible temple no se doblegaba

por obstáculo alguno si la energía de la resistencia podia superarlo. Encargado de los deberes de rey comprendia toda su estension y tomaba sobre sí una buena parte del peso de los negocios; asi fue que nunca los ministros lo dominaron y que siempre reinó por mas que tuviese favoritos. Sus vicios que provenian de su espíritu y sobre todo de su temperamento fueron creciendo con los años, y pervirtieron su alma que á semejante contagio irremisiblemente se endurece. Las circunstancias ausiliaron sus malas inclinaciones; porque el pueblo ingles cansado de sesenta años de proscripciones y de combates, por descaecimiento y por temor de la anarquía se atuvo á la obediencia, y Enrique se aprovechó de ello para arraigar su autoridad que no teniendo cosa que la contuviera, no tardó en traspasar sus límites. El parlamento que debia contener los caprichos de su voluntad se convirtió en su ejecutor servil, y degenerando en esclavo sujetó al mismo yugo á la nacion entera. Semejante cobardía se comprende perfectamente al considerar la organizacion de las dos cámaras, cuyos elementos habian cambiado de naturaleza: asi es que los pares en otro tiempo tan poderosos por la estension de sus propiedades territoriales, por la importancia de sus privilegios, y por la muchedumbre de sus vasallos, habian sido reemplazados en sus títulos y en sus bienes por hombres advenedizos y sin cuna, que debiendo su rango y su fortuna á la monarquía, no osaban entrar con ella en una lucha desigual y cuyo resultado era la confiscacion y el cadalso. En cuanto á los pares eclesiásticos, apenas estuvieron emancipados del papa que era el principio de su supremacía cayeron forzosamente bajo la dependencia del príncipe, convertido en gefe de la Iglesia. Los diputados de los comunes elegidos en su mayor parte bajo el influjo de la corona consideraban la obediencia como un deber, y dispuestos siempre á sacrificar las mas santas leyes y la vida de los súbditos al despotismo del monarca, no se atrevieron á reclamar sino cuando se trató de arrancarles dinero. La docilidad de las dos cámaras convertida en instrumento de la monarquía contribuyó sin embargo á disponer el camino de la omnipotencia que alcanzaron mas tarde. Cuando se vió que el parlamento mudaba con sus decretos

la religion del pais, inmolaba testas coronadas y arreglaba á su arbitrio la sucesion al trono, el pueblo acabó por considerar su autoridad como ilimitada y absoluta en todas materias. Asi es como el bien procede siempre del esceso del mal. Infiérese de lo dicho que la tiranía de Enrique fue el resultado de los acontecimientos combinados con el temple de su carácter. Aquella tiranía que fue estableciéndose gradualmente no hizo sentir todo su peso hasta los últimos años de la vida del monarca; mas entonces fue completa y tanto mas temible en cuanto perseguia hechos y palabras, y ni aun al silencio perdonaba. Era entonces un crímen aprobar los dos primeros matrimonios del rey, y el que interrogado acerca de esto no respondia, era tenido por reo de alta traicion. Es imposible llevar mas allá la estravagancia del despotismo: tan cierto es que el poder debe tener límites, so pena de que sus propios escesos lo hagan caer en la impotencia. Los mas perniciosos defectos de Enrique fueron su humor voluntarioso y su crueldad inflexible, de los cuales se originaron sus primeras faltas que le condujeron á los crímenes. Si Enrique fue un príncipe hábil debe calificársele de hombre malvado, y sin embargo su corazon estaba abierto al tierno sentimiento del amor; si bien el amor era en él una fiebre pasagera, una sensualidad brutal, y nó aquella emocion profunda que ennoblece nuestras inclinaciones, les da nueva forma y algunas veces las purifica. Para que no hubiese cosa que no pervirtiera, pervirtió hasta el uso de la ciencia haciéndola servir para sus pasiones. A fuer de tirano teólogo, queria que sus argumentos fuesen leyes y oráculos sus decisiones; pero como las conciencias son mas inflexibles que los intereses, á cada paso se encontró con aquel heroísmo de la fe que desafia á los verdugos; y de aquellos tormentos salieron mas tarde las revueltas políticas y religiosas que por primera vez han ofrecido á la Europa moderna el espectáculo del regicidio.

EDUARDO VI.

Larga era la menoría que presentaba el nuevo reinado, si habia de respetarse la intencion del difunto monarca que fijó la mayor edad de su hijo en los diez y ocho años. Eduardo no tenia mas de diez, y por lo mismo salido apenas de la infancia necesitaba guias hábiles y fieles, de los cuales Enrique nombró diez y seis á fin de que cuidasen de la persona del rey y administraran el estado. A su cabeza estaban Cranmer primado del reino, y el lord canciller Wriothesley, y los otros eran el mayordomo mayor de la casa real, Saint-John, el conde de Hertford, lord Russel guardasellos, el almirante vizconde Lisle, el obispo de Durham, el grande escudero sir Antonio Brown, el presidente del tribunal ordinario sir Eduardo Montague, el juez Bronsley, el canciller del tribunal de aumentos sir Eduardo North, el primer secretario Guillermo Paget, sir Antonio Denny, sir Guillermo Herbert gentiles-hombres de cámara, sir Eduardo Wolton tesorero de Calais y el doctor Wolton dean de Cantorbery. Dió tambien el encargo de cuidar del monarca á otro consejo compuesto de doce personas; mas este solo tenia voz consultiva sin embargo de que casi todos sus individuos asi por su nacimiento como por su fortuna eran muy superiores á la mayor parte de los personages del otro, puesto que formaban parte de él sir tomas Seymour y los condes de Essex y de Arundel. Esta eleccion parecia fruto del caprichoso humor de Enrique VIII. A la par que todos los déspotas se lisonjeaba de que su voluntad seria obedecida aun despues de su muerte; mas los ejecutores del testamento anulando sus principales disposiciones, aunque habian jurado obtemperarlas, nombraron al conde de Hertford tio del jóven Eduardo protector del reino, con todos los poderes inherentes á la soberanía. Como próximo pariente de Eduardo no podia aspirar al trono, y la mediocridad de su talento no hacia temer que osase prescindir del derecho que le faltaba; asi no era temible que en sus manos se comprometiese la seguridad del estado, y la ambicion de sus compañeros no habia de recelar que se convirtiese en amo.

Aunque el testamento sufrió tan audaz violacion en este punto, fueron escrupulosamente ejecutados muchos otros de sus artículos, entre ellos el que se referia á títulos y donaciones. Enrique en sus últimos momentos manifestó deseos de reemplazar la antigua nobleza cuya posteridad se habia estinguido, y á consecuencia de esto fueron llamados ante el consejo privado Paget, Herbert y Denny que asistieron al moribundo monarca y escucharon sus postreras palabras. Segun el testimonio de estos se arregló la parte de cada uno de aquellos á quienes el difunto rey habia mostrado deseos de dar alguna recompensa. Hertford fue creado duque de Somerset, y para sostener con decoro su nueva dignidad se le asignaron muchas tierras y pensiones, el canciller Wriothesley fue creado conde de Southampton, el conde de Essex marques de Northampton, el vizconde Lisle conde de Warwich, sir Tomas Seymour, Ricardo Rich, Juan Saint-Leger y muchos otros fueron creados barones. Los tres personages que tan sinceramente hicieron hablar al monarca difunto no se olvidaron tampoco á sí mismos y no fue poco que se contentasen con adjudicarse tierras y gratificaciones. Algunos de aquellos á quienes se ofrecieron estas mercedes tuvieron el pudor necesario para rehusarlas, mas á la verdad fue corto el número de sus imitadores. Sir Tomas Seymour juzgando que la parte que le tocó era muy menguada se hizo asignar el destino de grande almirante, mientras que su hermano el protector tomó para sí las altas dignidades de tesorero general y de gran mariscal. Despues de esto se hicieron los funerales de Enrique que fue inhumado en Windsor, y á los pocos dias se procedió á la coronacion de su sucesor. El canciller decorado con un nuevo título que al parecer debia asegurar su fortuna, fue repentinamente despojado del poder motivándose la esclusion que sufrió del consejo en la falta que habia cometido entregando el gran sello á cuatro abogados á fin de que le supliesen en caso de ausencia; mas el verdadero motivo de su caida fue haberse opuesto al nombramiento de protector. Sospechábase tambien que el conde de Southampton favorecia en secreto á los católicos, y como no desplacia á Somerset alejar á un enemigo cuyo talento y cuya ambicion temia el con-

sejo, despues de consultar á los jueces quitó los sellos al canciller y le confinó en su casa. A los seis meses de encierro en ella se le permitió salir afianzando antes por medio de una caucion el pago de la multa con que se le amenazó en castigo de su falta. El protector alentado con el buen éxito de estas primeras tentativas y deseando verse libre de toda contrariedad, hizo firmar á su sobrino una cédula real que le conferia una autoridad ilimitada, y en cuya virtud suprimidos los dos consejos instaló otro privado cuyo dictámen pudiese reclamar aunque quedando libre de seguirle ó desaprobarlo.

No fue desagradable para el pueblo este golpe de estado, pues se creia necesario poner las riendas del gobierno en manos de un hombre solo á fin de que el poder tuviese la fuerza necesaria para sujetar á dos opiniones contrarias que ardian á cual mas en celo y en audacia. Apenas Somerset pudo hacer uso del nuevo poder que acababa de atribuirse, cuando determinó abolir de todo punto el culto romano. Secundóle activamente en esto Cranmer que supo forzar al clero á la obediencia, declarando que todos los funcionarios públicos habian perdido su destino por la muerte del soberano; pues en virtud de este principio quedaron escluidos los prelados cuyas opiniones eran sospechosas, y los demas hubieron de admitir un nuevo nombramiento á fin de ocupar sus sillas. Hácia todos los puntos del reino se enviaron visitadores con el objeto de examinar la situacion religiosa de cada diócesis, de dar instrucciones á los eclesiásticos y de distribuirles homilias que debian leer al pueblo para ilustrarle acerca de su creencia. El obispo de Winchester que era el mismo Gardiner que tan bien sirvió á Enrique VIII en el asunto de su divorcio se opuso con todo su talento y con toda la autoridad que le daban sus años á semejantes innovaciones. Deploraba en particular la proscripcion de las imágenes predicada por los visitadores, y sostuvo la santidad del agua bendita á la cual la omnipotencia divina podia comunicar una virtud milagrosa. Preso Gardiner por su desobediencia, sostuvo aquella persecucion de que se envanecia, y sin resistencia fue imitada por Bonner obispo de Londres, y por Tunstall que lo era de Durham,

el primero de los cuales cedió despues de una corta detencion, y al segundo le quitaron su plaza en el consejo. Estas medidas sirvieron de preliminar á la apertura del parlamento que se verificó en 4 de noviembre de 1547. Entre los estatutos adoptados por aquel congreso mencionarémos el que mandaba que en adelante asi los legos como el clero comulgasen bajo las dos especies. Ratificáronse las leyes hechas contra los Lollards en tiempo de Ricardo II y de Enrique IV, como tambien todas las actas relativas á la religion que promulgó Enrique VIII, esceptuando sin embargo las que condenaban la supremacía del papa. Redújose el número de los delitos de alta traicion á los términos fijados en el estatuto de Eduardo III, y se revocó al mismo tiempo la disposicion que daba á las proclamas igual poder que á las leyes parlamentarias, y que era un vergonzoso monumento del desenfrenado despotismo de Enrique VIII. En recompensa de estas concesiones el gobierno hizo suya la propiedad de muchas capillas, colegios y fundaciones de aniversarios que pudieron salvarse de la rapacidad del príncipe difunto. En el mismo parlamento se hicieron importantes novedades, pues se estableció la uniformidad del culto público por medio de un libro de oraciones, obra de la asamblea de los eclesiásticos, y de la cual todos ellos debian usar esclusivamente para la enseñanza espiritual. Otra ley ordenó la observancia de la cuaresma bajo pena de diez chelines y de diez dias de cárcel, porque es útil, dice el estatuto, sufocar á la sensualidad en su nacimiento, sujetar el cuerpo del hombre á su alma, y sobre todo es urgente sostener el comercio de la pesca. El mismo parlamento abolió tambien la ley que prohibia el matrimonio de los sacerdotes, declarando sin embargo que seria mucho mejor que se mantuviesen célibes á fin de que no tuviesen que pensar mas què en la enseñanza de las verdades evangélicas. Estableciéronse tambien penas contra los que no cumplian los deberes religiosos, y estas penas eran ademàs de las censuras eclesiásticas, seis meses de cárcel por la primera vez, un año en caso de reincidencia, y encierro perpetuo si los dos primeros castigos no producian la enmienda. Las dos cámaras decretaron tambien en favor de los disidentes una amnistía general que vol-

via la libertad á Gardiner, y adoptaron contra los pordioseros un reglamento tan severo que rayaba en cruel. Los reos de este delito eran declarados esclavos de sus denunciadores, de quienes eran propiedad durante dos años, y al que por muchos dias se iba de la casa de su amo se le marcaba con una S la frente y los carrillos y se le condenaba á la servidumbre hasta la muerte. Si por tercera vez trataba de escaparse moria por ende. Semejante legislacion demuestra el estado de las costumbres y hace ver que aun conservaban mucha parte de aquel espíritu de ferocidad inhumana, patrimonio de los pueblos que aun no estan enteramente libres de la barbarie.

Apenas el protector hubo dado cima al arreglo de los negocios interiores del reino, cuando se ocupó de sostener la reforma en la Escocia. No habrá olvidado el lector que Enrique VIII procuró separar este pais de la comunion católica, y que en esta empresa quedó poco airoso. El cardenal Beaton gefe del partido católico en Escocia se habia hecho dueño del poder y se mantenia en él gracias á su talento y al apoyo de la Francia: mas las persecuciones que ejerció contra los hereges, armaron contra su vida el fanático celo de una multitud de sectarios que en 1545 le sorprendieron en su castillo de San Andres y lo mataron. Los asesinos refugiados en el mismo castillo hicieron una obstinada defensa, mas al fin á pesar de los refuerzos que les envió la Inglaterra hubieron de ceder al valor y á la pericia de una division francesa que los obligó á rendirse á discrecion. Tal era el estado de las cosas en Escocia al tiempo de fallecer Enrique VIII. Somerset imitó fielmente la política del monarca cuyo objeto era concluir de grado ó por fuerza el matrimonio del príncipe Eduardo con María Stuart niña todavía. La Francia contrariaba este matrimonio cuyo resultado no podia ser otro que sujetar la Escocia á la Inglaterra, por lo cual el duque no habiendo podido alcanzar su objeto por medio de negociaciones pasó el Tweed á la cabeza de un ejército numeroso, y en 3 de setiembre de 1547 ganó la batalla de Pinkie en la cual sus adversarios perdieron mas de diez mil hombres. Esta victoria fue estéril porque el duque hubo de dar apresuradamente la vuelta á Londres en

donde hacian necesaria su presencia los sordos manejos de sus enemigos, entre los cuales estaba su mismo hermano.

Sir Tomas Seymour, aunque en el reparto grangeó el título de lord Sudley y el destino de grande almirante, le satisfizo menos esto de lo que le ofendió la mucha fortuna de Somerset, cuyo talento le parecia muy inferior al suyo, y tenia razon, pues en esta parte le aventajaba mucho. Acababa ademas de enriquecerse por medio de su matrimonio con la reina viuda Catalina Parr, la cual dejando á un lado todas las consideraciones casóse con él tan inmediatamente despues de la muerte de Enrique que no podia asegurar de quién era el hijo de que se sintió embarazada al mes ó á las seis semanas de este casamiento. Orgulloso Seymour con el lustre y con el crédito que este matrimonio le daba, dió rienda suelta á su ambicion, y sublevando á la nobleza contra su hermano procuró hacerse un partido á fin de derribarlo. Trabajaba al mismo tiempo con el objeto de grangearse el favor del jóven príncipe haciéndole indicaciones perjudiciales al regente, que segun él aseguraba le tenia en una especie de cautiverio. El mismo Eduardo convino en solicitar del parlamento que el almirante fuese nombrado ayo suyo; mas como esta intriga se descubriese antes de ser ejecutada, Seymour pidió perdon que le fue concedido. Habiendo en este intermedio perdido á su nueva esposa dirigió sus miras á la princesa Isabel hija de Ana Bolena, jóven de diez y seis años y de cuya inesperiencia se supone que abusó Seymour para tomarse con ella ciertas libertades cuya noticia honró poco á la princesa. Queria empeñarla á que contrajese con él un matrimonio clandestino; mas Isabel se negó á ello, porque en el testamento de Enrique habia un artículo que la declaraba inhábil para ocupar el trono, en el caso de que contrajera matrimonio sin permiso del consejo. No pudiendo el almirante vencer este obstáculo, volvió á sus intrigas, y no contento con hacerse partidarios por medio de larguezas, dícese que alistó soldados con el fin de arrojar al protector y apoderarse del gobierno: sin embargo nada de esto pudo justificarse en el proceso instruido contra Seymour, que se terminó con una cédula en que se le declaraba convicto, (bill de attainder).

El acusado no pudo conseguir que se le diese comunicacion de los cargos que se le hacian ni que se le confrontase con los acusadores, y tuvo la desgracia de ver entre sus jueces al protector, el cual no creyó que debiese abstenerse de tomar parte en este negocio. En la cámara de los lores votó contra su hermano, y Seymour condenado á muerte fue decapitado en Tawer-Hill en 20 de marzo de 1549. El almirantazgo fue conferido al conde de Warwick hijo de aquel Dudley á quien tanto aborreció Enrique VII y que por su sucesor fue sacrificado al odio público. El jóven Dudley dotado de grandes talentos supo grangearse con sus servicios el favor real, y nombrado individuo del consejo de regencia con el título de conde de Lisle al advenimiento de Eduardo, se captó la gracia del regente y le impulsó á que se deshiciese de Seymour á fin de recoger sus despojos. No tardarémos en verle figurar en primera línea en la escena política.

El pueblo ingles turbado por sus disensiones religiosas sufria tambien en los intereses materiales, porque la alteracion de la moneda y el acontecimiento de los pastos aumentaron la miseria de las clases pobres, cuyo salario no guardaba proporcion con el precio de los artículos de primera necesidad. Los labriegos echaban de menos á los monges que libres de los cuidados y de las exigencias de una familia trataban indulgentemente á sus vasallos, y á quienes reemplazaron ahora hombres que deseosos de enriquecerse, exigian con exactitud y rigorismo los cánones que se les debian. La supresion de las pomposas ceremonias del culto católico habian aumentado tambien el descontento de la muchedumbre atacada en sus creencias y ofendida en sus intereses. Todas estas causas produjeron de repente y en mas de quince condados violentas revueltas, aceleradas tal vez por la imprudente medida de Somerset que mandó destruir los nuevos acotamientos. Agriado el pueblo con la resistencia de los propietarios, tomó las armas para hacerse justicia por sí mismo, y fue menester usar de la fuerza para contenerle. La insurreccion sofocada en muchos puntos estalló luego de una manera mas formidable en el Devonshire en donde era dirigida por los curas y capitaneada por el gentil-hombre sir Unfredo

Arundel gobernador del monte San Miguel. Los insurgentes llegaban á diez mil y lord Russel que con una division se habia dirigido contra ellos, reconociéndose muy débil para empeñar una lucha apeló á las negociaciones. Los rebeldes pidieron el restablecimiento de la misa, la restitucion de las tierras á las abadías y la vuelta del cardenal Pole y su ingreso en el consejo; mas como Russel hubiese en aquel intervalo recibido refuerzos contestó con una negativa y puso en fuga á los alzados. Arundel hecho prisionero fue decapitado en Londres, y el vicario de Santo Tomas revestido con el trage sacerdotal fue ahorcado en el campanario de su iglesia de Exeter. La llama de la insurreccion apagada hácia el oeste se encendió mas viva en la provincia de Norfolk en donde tomó el aspecto de una cruzada contra los arrendadores, y asi fue que el alzamiento era dirigido por un curtidor llamado Ket dueño de muchos mansos. Sentado este hombre bajo un árbol que se alzaba en la colina de Mansfield-Hill cerca de Norwick y á la cual daba el nombre de *Encina de la reforma* pronunciaba sentencias contra los gentiles-hombres que eran fielmente ejecutadas por sus partidarios. En la ceguedad de su ambicion habia tomado el título de rey de Norfolk y de Suffolk, y aunque en dos distintos encuentros salió vencedor fue últimamente vencido por el conde de Warwick y murió en una horca. Nueve de sus cómplices fueron ahorcados tambien en la *Encina de la reforma*, y la multitud perdonada con una amnistía se restituyó á sus hogares dedicándose otra vez al trabajo.

Mientras el protector se ocupaba durante el año 1549 en sufocar estos alzamientos populares, los escoceses trataron de sacudir el yugo con que al parecer queria la Inglaterra sujetarlos. Para esto reclamaron el ausilio de Enrique II de Francia sucesor de Francisco I, y le ofrecieron la mano de María Stuart para el delfin su hijo. Aceptada por el rey de Francia la propuesta pasó á Escocia un ejército, transportado por la escuadra que trajo de allí á la princesa, la cual criada en la corte de Enrique se casó algunos años despues con Francisco II. Engañado Somerset en sus esperanzas hubo de evacuar el territorio enemigo y sus armas no fue-

ron tampoco mas felices en el continente, en donde habiendo los franceses penetrado en el Boulonnais se hicieron dueños de muchas plazas. Estos desagradables acontecimientos atribuidos á la incapacidad de Somerset conmovieron su poder ya sordamente minado en el consejo por los manejos de Warwick que aspiraba á derrocarlo. La órden de los acotamientos sublevó á la nobleza contra el protector odiado tambien por el partido católico que lo acusaba de haber adquirido inmensas riquezas adjudicándose los bienes de la Iglesia. El mismo justificó al parecer esta acusacion haciendo levantar un magnífico palacio cuyos materiales se procuró demoliendo muchas iglesias. No pudiendo echar abajo la de Santa Margarita defendida á viva fuerza por los feligreses, destruyó el convento de los caballeros de San Juan de Jerusalen y un antiguo cementerio, cuyos cadáveres estraidos de sus tumbas fueron enterrados en otro lugar sin acompañamiento ni ceremonia alguna religiosa. Este hecho dió lugar á que murmurara contra su autor el pueblo entero ofendido de una profanacion que calificaba de sacrilegio.

Lejos de prever el duque la tempestad próxima á estallar sobre su cabeza, en las cartas á sus confidentes manifestaba una seguridad absoluta, fundada en la represion de las revueltas que con tanta felicidad habia sofocado. Con ser dueño de la persona del rey se creia suficiente escudado contra todo contratiempo; mas bien pronto vió que se engañaba, pues el conde de Warwick de acuerdo con muchos individuos del consejo se reunió en Ely-Place á fin de deliberar separadamente. Alarmado Somerset llevó al jóven Eduardo á Windsor y llamó en ausilio suyo y del monarca á todos sus amigos mientras que Warwick dueño de la torre y contando con la voluntad del corregidor y de los principales magnates de Londres armó á sus partidarios. El protector cuando debiera combatir trató de negociar, manifestando con esto su debilidad y alentando á sus enemigos. Abandonado por los que se habian unido á su causa, muy luego le quedó por único recurso la sumision, y en 14 de octubre de 1549 fue llevado á la torre por una escolta de trescientos caballeros. Temiendo que se le declarara convicto se envileció hasta el punto de confesar de rodillas todas las faltas que

quisieron imputársele y se acusó humildemente ante los lores del consejo, de loco, imprevisor y temerario, fue despojado de sus dignidades y le condenaron á una multa de doscientas esterlinas. Warwick heredó el destino de gran mariscal y Saint-John el de tesorero general; y Somerset recobrada la libertad á poco tiempo volvió á ocupar su plaza en el consejo y se reconcilió con el principal autor de su desgracia, cuyo hijo lord Dudley contrajo matrimonio con una hija suya. Apenas Warwick fue reconocido por gefe del gobierno cuando puso término á la guerra con la Francia, la cual mediante la suma de cuatrocientos mil escudos recobró á Boulogne. La Escocia comprendida tambien en el tratado convino en demoler las fortalezas de Roxburg y de Eymouth, y alcanzó la restitucion de otras dos plazas fuertes.

La caida del protector reanimó las esperanzas de los católicos; mas aunque Warwick estaba secretamente inclinado en favor suyo creyó que debia sacrificarlos á su política; porque el jóven monarca criado en distinta opinion religiosa adquirió en su educacion tan tenaces preocupaciones contra el papismo que fuera muy arriesgado tratar de desvanecerlas. Convencido por otra parte de que no podia contar con el apoyo de sus compañeros porque muchos de ellos enriquecidos con los bienes de la Iglesia se adhirieron tenazmente á la fe protestante, determinó continuar la obra de Enrique VIII atacando al obispo de Londres que fue depuesto y encarcelado por predicar doctrinas incompatibles con las del gobierno. Llególe su vez al célebre Gardiner, á quien una comision presidida por el primado condenó á perder su silla y á espiar su firmeza con un largo encierro en la torre, en donde gimió privado de libros, de papel, tintero, y de toda comunicacion fuera de su cárcel. Otros obispos perdieron tambien sus mitras, y si algunos las conservaron fue á trueque de comprar con la mayor parte de sus rentas la proteccion de los cortesanos. La insaciable avaricia de los perseguidores hizo presa en las ricas encuadernaciones de libros de coro á los cuales arrancaron las cubiertas á fin de apoderarse de las planchas de oro y plata que las guarnecian: operacion escandalosa que fue causa de que se perdiesen muchas obras de mérito raro.

La princesa María hija de Catalina de Aragon atormentada sin cesar y hostigada con amenazas hizo una honrosa é inflexible resistencia. En vano intentó el consejo reducirla á la obediencia, pues insistió en su negativa de asistir á las ceremonias del culto ingles y de iniciarse en los dogmas de la nueva creencia. Temeroso el consejo de que el emperador pariente de la princesa interviniese en defensa suya creyó que debia tolerar lo que no le era dable impedir, mas el rey tan celoso de sus opiniones religiosas como su hermana, quiso forzar la conviccion de María, obligóla á que se dejase adoctrinar, arguyó con ella, y no pudiendo doblegar su tenacidad, echó mano de su poder para conducirla á una especie de cautiverio. Sus capellanes fueron encarcelados, despedidas las personas de su servidumbre, y si ella no hubo de sufrir mas crueles tratamientos pudo agradecerlo á motivos políticos que no lo aconsejaban.

Warwick dueño del poder hizo uso de él para conferirse á sí mismo el título de duque de Northumberland, y á fin de sostenerlo con decoro se adjudicó un inmenso territorio que le convertia en el señor mas rico y poderoso de todo el norte del reino. Lord Saint-John que era ya conde de Wiltshire fue creado marques de Winchester, y sir Guillermo Herbert conde de Pembroke. El nuevo duque contando con la adhesion de la mayoría de los consejeros determinó completar la ruina del antiguo protector, que á fuerza de humillaciones habia logrado tomar alguna parte en los negocios; mas cansado de sufrir ultrages y disgustos continuos se exasperó al ver que desde el alto puesto que habia ocupado estaba ahora confundido con la muchedumbre. Vendido por Palmer que era uno de sus confidentes fue preso en 17 de octubre de 1551; al dia siguiente sufrieron la misma suerte su esposa y dos mugeres de su servidumbre; y pocos dias despues el conde de Arundel, lord Paget y muchos otros amigos de Somerset. Este compareció ante el gran mariscal y un jurado de lores, en donde despues de habérsele acusado de que quiso sublevar la capital, apoderarse de la persona del rey y encarcelar á Northumberland, fue absuelto del cargo de alta traicion y declarado reo de felonía, en virtud del párrafo 10.º

que califica de tal la tentativa de promover reuniones sediciosas. Este párrafo se refiere al crímen de alta traicion, y habiendo sido absuelto el duque con respecto al primer punto debia haberlo sido igualmente por lo que toca al segundo. Durante el seguimiento de la causa se supuso tambien que habia querido matar á Northumberland y á otros dos individuos del consejo, mas él negó esta circunstancia, y si tuvo intencion de ello no pudo probársele que hubiese hecho cosa alguna para ejecutarlo. Debia creerse que siendo Eduardo tio suyo se negaria á derramar su sangre, pero el artificioso Northumberland supo hacer inflexible al monarca y le arrancó la órden de ejecucion. Cuando Somerset tenia el poder se hizo amar del pueblo procurando aliviar su miseria, y este mismo pueblo fue á presenciar su catástrofe con la esperanza de que alcanzaria su perdon. Habiéndose adelantado á caballo hácia el cadalso sir Antonio Brown y creyendo los espectadores que era portador del perdon tan deseado echaron los sombreros al aire gritando: *gracia, gracia, viva el rey*. Este incidente causó una grande emocion al condenado, que sin embargo se rehizo muy presto, y despues de decir algunas palabras notables por su dignidad y firmeza espiró. A su muerte acaecida en 1552, siguió la de cuatro de sus amigos, al paso que otros perdieron sus destinos ó fueron arruinados con multas. El parlamento convocado inmediatamente despues de la decapitacion de Somerset adoptó un estatuto capaz de salvar la vida del duque si hubiera podido invocarlo, pues en él se declaraba que nadie podia ser tenido por reo de alta traicion si no le acusaban dos testigos respetables que debian confrontarse con él. No era venido todavía el tiempo de que la humanidad tuviera entrada en el código criminal ingles, y esta disposicion se mantuvo mucho tiempo cual si no se hubiera tomado, porque las leyes son la espresion de las costumbres y de ellas reciben todo su poder. En aquel parlamento se hicieron muchas leyes en que se imponian severas penas contra los disidentes en materias religiosas: tratóse tambien de fijar la cuota de los intereses; mas esto no produjo resultado alguno porque se juzgaba nocivo al comercio, y fue eludida la ley mientras se esperaba que se revocase, lo cual suce-

dió en el reinado de Isabel. Hízose tambien otra imponiéndose á favor de los pobres una contribucion que debian recaudar los obispos.

Aunque en el reinado de Eduardo no hubo contra los disidentes las sangrientas persecuciones que mancharon el de su padre, algunos sectarios sin embargo pagaron con la vida la firme adhesion que tenian á su creencia. Menester es convenir en que esto debia alarmar al poder pues los sectarios no contentos con rechazar los dogmas del cristianismo zapaban la sociedad por su base declarando ilegal la institucion de la magistratura, ilegítimo el derecho de propiedad, y abuso la obediencia á las leyes humanas. Estos principios perdidos ya entre las tinieblas de los siglos ó confinados en la mente de un corto número de fanáticos se dispertaron á la voz de la reforma, y proscritos en el continente se refugiaron en Inglaterra en donde habian hecho algunos partidarios. Cranmer á fuer de regulador de la fe comenzó á hacer pesquisas acerca de las depravaciones heréticas, y en virtud de sus sumarias hubieran muerto dos clérigos y varios artesanos á no haber abjurado, y falleció en una hoguera en 2 de mayo de 1550 Juana Becher llamada Juana de Kent. Su muerte fue diferida por los escrúpulos hijos de la humanidad del monarca, que si firmó la órden de ejecucion fue por las repetidas instancias del primado á quien dijo llorando: «si yo obro mal lo hago por respeto á la sabiduría y á la santi„dad de vuestro carácter que me lo prescriben como un deber: „vos seréis responsable de ello ante Dios:" un año despues murió tambien en una hoguera el cirujano holandes Van-Parris acusado de no reconocer la divinidad de Jesucristo.

Poco satisfecho Northumberland del parlamento en que figuraban muchas personas que debian su fortuna á Somerset, dispuso su disolucion, y como le interesaba dominar en el que nuevamente se convocase echó mano del ilegal medio de remitir en nombre de Eduardo una carta circular á todos los jerifes mandándoles que advirtiesen á los electores, eligieran personas instruidas y de esperiencia, pues el rey deseaba que fuesen preferentemente escogidas para representar á sus conciudadanos aquellas personas que en con-

cepto del consejo privado eran doctas y prudentes. En consecuencia de esto fueron recomendados á muchas provincias varios caballeros cuya mayor parte eran cortesanos ú ocupaban destinos que el príncipe conferia. Estas intrigas tan opuestas á la ley estuvieron en uso durante mas de un siglo sin que los electores se quejasen; porque entonces era muy corto el número de las personas que se ocupàban de los negocios del estado, y que comprendian toda la estension de las instituciones políticas. Northumberland pues obtuvo de esta tentativa el éxito que esperaba, y se aprovechó de él para arrancar subsidios con que satisfacer las deudas de la corona, cuyas rentas estaban empeñadas á pesar del despojo de los bienes raíces y muebles de la Iglesia de que se habia apoderado; ¡pero qué mucho si la avaricia de los cortesanos se tragó la mayor parte de aquel rico botin, y el tesoro del príncipe empobrecido con imprudentes larguezas se quedó casi exausto y cargado con una deuda de trescientas mil esterlinas! Al paso que Northumberland arrancó de la condescendencia de las dos cámaras los recursos necesarios para cubrir este déficit, no olvidaba aumentar su fortuna que era ya tan considerable. Para ello se apoderó del palacio y de las rentas del obispo de Durham de que despojó á Tunstall que fue depuesto de la silla, y ademas se hizo dar inmensas propiedades separándolas de los dominios particulares de la corona.

La salud de Enrique, cuyo temperamento era ya débil y muy delicado, declinaba rápidamente, y por entonces sufrió terribles ataques de una enfermedad pulmonar que á despecho de la medicina se agravaba todos los dias. Previendo Northumberland que el trono quedaria vacante formó el proyecto de colocar en él á su familia, haciendo que su cuarto hijo Guildford Dudley se casase con lady Juana Grey nieta de María hermana de Enrique VIII, contando con el asentimiento de la duquesa de Suffolk en ceder sus derechos á favor de su hija. María é Isabel habian sido escluidas del trono por medio de decretos ratificados en parlamento pleno, y á la muerte de Eduardo la duquesa de Suffolk debia ser efectivamente la mas inmediata heredera de la corona.

El jóven rey, adicto de veras á la religion anglicana, previa, nó

sin grave dolor, que si el cetro iba á parar á manos de su hermana María esta haria todos los esfuerzos imaginables para restablecer en el reino el catolicismo. Hé aqui el pretesto de que se valió Northumberland á fin de alejar del trono á la princesa no menos que á Isabel, pues logró persuadir al rey que estando las dos hermanas privadas de suceder al trono por una causa misma que era la ilegitimidad de su nacimiento, no podia ser escluida la una sin que lo fuese la otra. El príncipe moribundo ya y atormentado por sus preocupaciones religiosas y por los pérfidos consejos de los que le rodeaban, llamó á tres jueces del reino para que redactasen una real cédula traspasando la corona á Juana Grey. Los jueces pidieron un término á fin de deliberar y ponerse de acuerdo acerca de la manera de estender aquel documento cuya importancia conocian perfectamente. Llamados ante el consejo hicieron la observacion de que como aquel documento debia anular algunas disposiciones confirmadas por el parlamento, asi ellos como los individuos del consejo se atriesgaban á incurrir en la pena señalada al delito de alta traicion. En aquel instante penetró Northumberland en la sala, y fuera de sí de enojo al oir semejante negativa, llamó traidor á Montague que era uno de los jueces y ofreció sostener sin mas armas que su espada la causa de Juana Grey. Al dia siguiente Montague y sus colegas introducidos en el cuarto de Eduardo dieron al fin su consentimiento con la condicion de que la real cédula seria ratificada por las dos cámaras, que á este efecto debian reunirse á la mayor brevedad posible, y solicitaron tambien un documento que los pusiese al abrigo de ulteriores persecuciones. Redactada finalmente el acta con arreglo á las intenciones del monarca, en 5 de junio de 1553 fue firmada por quince lores del consejo, nueve jueces y muchos empleados civiles. El juez Halles fue el único que se negó á imitar el ejemplo de sus compañeros: Cranmer vaciló tambien; pero al fin se rindió á las instancias y á los ruegos del monarca, cual si presintiera que esta deferencia seria causa de la perdicion de todos los que tuvieron la imprudencia ó la debilidad de consentir en semejante acto. Estaban apenas arregladas las disposiciones testamentarias del monarca cuando muy

graves síntomas anunciaron su fin cercano, á despecho de los remedios que le administró una muger de la plebe reputada por muy hábil curandera. Los ensayos de esta muger que quizás los inspiró una intencion muy laudable fueron reputados como un crímen de Northumberland á quien se acusó sin justo motivo de que habia acelerado la muerte del enfermo. Como quiera que sea el duque tomó en silencio las medidas que le parecieron necesarias para conservar el poder; cambió el gobernador de la torre, hizo entrar en ella hombres y municiones; por órden suya sus hijos levantaron tropas en las provincias y trató de apoderarse de la princesa María, enviándole una carta de parte de su hermano á fin de que fuese á recoger su último suspiro; mas la princesa conoció el ardid y el rey murió sin verla el dia 6 de julio de 1553 en su palacio de Greenwich. Falleció este príncipe á los diez y seis años de edad con muy grave dolor del pueblo que habia fundado en él esperanzas acaso exageradas. El talento de Eduardo fue cultivado y enriquecido por el estudio, puesto que conocia bastante bien el griego, poseia á la perfeccion el frances y el latin, comprendia el italiano y el español, y sus conocimientos en lógica, física y música eran poco comunes. La instruccion sin embargo no es en un príncipe mas que una ventaja secundaria, pues del carácter es de donde depende su destino y el que le coloca en el rango que debe ocupar en la historia. El prematuro fin de este rey no permite juzgar otra cosa que sus facultades intelectuales, las que á fuer de muy notables que eran para su edad solo prometian un monarca aficionado á las letras. En sus ideas religiosas se descubria un celo fanático; mas su juventud no permite vaticinar qué influjo hubieran tenido en él en la edad madura. Los actos de su gobierno pertenecen á Somerset, á Warwick y á Cranmer mas bien que á él, sin embargo de lo cual su memoria inspira un dulce interes, quizás porque sucedió á un inexorable tirano que aherrojaba hasta las voluntades, y precedió á una reina fanática que derramó sangre como su padre Enrique y hasta hizo que se echara de menos á este.

MARIA.

Si con habilidad y audacia supo Northumberland concentrar el poder en sus manos, y hacer que se transfiriese la corona á su nuera, se manifestó poco previsor en el hecho de no asegurarse de las dos hermanas de Eduardo; y aunque quiso reparar semejante falta con un ardid se le frustró esta tentativa. María avisada en secreto por el conde de Arundel se trasladó al castillo de Kenning-Hall en el condado de Norfolk desde donde escribió al consejo manifestándole cuánto estrañaba que no hubiese cuidado de participarle la muerte del rey de quien era legítima heredera. Y añadió en su carta que perdonaria esta culpable negligencia á los consejeros que diesen una prueba de su arrepentimiento haciéndola proclamar reina. Hecho esto se retiró al castillo de Framlingham en la provincia de Suffolk cuyos habitantes estaban agriados por el rigor con que se los trató al sofocar la rebelion de Ket. Otra ventaja ofrecia tambien á la princesa la eleccion de aquel punto y era su proximidad á la costa que le facilitaba refugiarse en Flandes en el caso de que los acontecimientos no favoreciesen la justicia de su causa. Northumberland por su parte dictó las medidas necesarias para asegurar su usurpacion. Como dueño que era de la torre obligó á todos los miembros del consejo á que se encerrasen con él dentro de su recinto; acompañado del duque de Suffolk se trasladó á Sion-House, residencia de Juana Grey, á fin de participarle su exaltacion, y se le presentó tratándola á guisa de reina con no poca sorpresa de Juana que ignoraba todo lo acontecido. Esta jóven tenia apenas diez y seis años y manifestó siempre una aficion decidida por las letras y por el retiro. Criada con el rey y partícipe de sus estudios y de sus diversiones, sintió un grave quebranto por su muerte, y lejos de dejarse deslumbrar por el esplendor de una corona dijo que esta pertenecia á las dos hijas de Enrique VIII é hizo ver las terribles consecuencias de que podian ser víctima ella y los suyos, sosteniendo una empresa cuyo objeto era variar el

órden de sucesion al trono. Sofocada mas bien que convencida por los argumentos de Suffolk y de Northumberland, secundados por las instancias de su esposo á quien tiernamente amaba, se dejó llevar á la torre que era en donde debian residir los monarcas á su advenimiento. Mandóse al corregidor de Londres que al siguiente dia proclamasen á Juana en la capital; ceremonia que se ejecutó sin oposicion aunque sin entusiasmo por parte del pueblo á quien pasmó mas que satisfizo un acontecimiento cuya causa y cuyo objeto no previa. En vano el obispo de Londres Ridley predicó en San Pablo con el intento de inflamar el celo religioso de sus oyentes pintándoles los riesgos que con el advenimiento de María amenazaban á la religion protestante, al paso que el de Juana aseguraba su triunfo, pues el auditorio no mostró emocion alguna; de modo que al parecer todo presagiaba que la causa de Northumberland no tenia en la opinion pública el menor apoyo.

Entre los consejeros que con él estaban en la torre muy pocos le eran aficionados, pues los unos á fuer de católicos en el fondo de su corazon lo detestaban; otros adictos á la reforma confiaban poco en el celo religioso del duque que habia perseguido su fe; y todos cansados de su despotismo solo esperaban una ocasion propicia para abandonar á un gefe de quien mas que consejeros eran esclavos. María entre tanto contaba ya con muchos gentiles-hombres y con mas de treinta mil soldados, á cuya noticia Northumberland envió órden á sus partidarios para que levantasen tropas, y reunió en las inmediaciones de la capital las que tenia. Al principio se dió el mando de ellas al duque de Suffolk; mas el conde de Arundel determinó la ruina de Northumberland persuadiéndole que se pusiese á la cabeza del ejército como el único capaz de asegurar la victoria con la firmeza de su carácter y con sus talentos militares. A pesar de la repugnancia en alejarse de Londres, resolvióse finalmente á ello y salió de la torre seguro de las protestas de sus colegas que mientras juraban morir por él discurrian el medio de venderlo. Atravesó la ciudad entre la inmensa muchedumbre cuyo silencio le pareció tan amenazador que dijo á uno de su comitiva: „inmenso es el número de las personas que nos

„ miran; pero no hay una siquiera que esclame: Dios os asista.''

Llegado á San Edmundo Bury, no se atrevió á pasar adelante ó porque solo tenia seis mil hombres, ó mas bien por falta de resolucion, y asi tomó el partido de contramarchar desalentando con ello á los que le seguian. Escribió al consejo pidiéndole refuerzos, que era tanto como hacer pública su debilidad, y dar un pretesto á sus colegas para que engañasen á Suffolk que les habia permitido salir de la torre so color de que iban á reunir sus vasallos, y solicitar de sus amigos que defendiesen la causa de Juana. Ello fue que apenas se vieron en libertad cuando se juntaron en Baynard-Castle, casa perteneciente á Pembroke en donde puestos de acuerdo llamaron al corregidor y á los magnates de Londres y les dieron órden de hacer proclamar á María en la capital. La inclinacion del pueblo y las larguezas oportunamente hechas inflamaron el entusiasmo de la muchedumbre que recibió á los heraldos con vivas y aclamaciones. Convencido Suffolk de que la resistencia era inútil entró en el cuarto de su hija á fin de prepararla para el inmediato cambio de su fortuna. „ Ay de mí, dijo Juana: ha sido preciso que „ me violentara para obedeceros á vos y á mi madre, y por lo „ mismo renuncio sin disgusto el alto destino para el cual no habia „ nacido." Juana descendida del trono despues de doce dias de angustias y amarguras, se retiró contenta á Sion-House mientras su padre viendo ya seguro el triunfo de María la hizo proclamar en Cambridge: condescendencia cobarde que no pudo salvar su cabeza. Conducido á Londres con sus tres hijos, su hermano, el marques de Northampton y muchos de sus partidarios, fue encerrado en la torre en donde Juana Grey, su esposa, Guildford y el duque de Suffolk se les reunieron luego por órden de María que al frente de dos mil caballeros entró en la capital en 3 de agosto de 1553. Segun la antigua usanza fuese la reina á la torre, y habiendo encontrado en ella al duque de Norfolk, á la duquesa de Somerset, á Courtenay hijo del marques de Exeter y á Gardiner los puso en libertad. Northumberland, Northampton y Warwick acusados de alta traicion hubieron de comparecer ante el tribunal del gran senescal que era el mismo Norfolk puesto en libertad el dia antes.

El primero alegó en su defensa las órdenes del consejo privado; mas como la política habia decretado anticipadamente su condena, ora fuese reo, ora inocente, espiró en un cadalso declarando antes que moria en la fe católica, que era desmentir todos los actos de su vida pública, si bien lo hizo tal vez para salvar á su familia. Si fue asi ni aun sus partidarios podian vituperarle una retractacion impulsada por su ternura hácia una hija tan digna de ser amada y de cuya desgracia fue causa. Al suplicio de Northumberland siguieron los de Juan Garter y de sir Tomas Palmer. Juana Grey y su marido fueron condenados á muerte pero se les conmutó la pena en la de encierro: al duque de Suffolk le salvó su nulidad, y la reina no contenta con perdonarle la vida le dejó libre.

Despues que María hubo castigado ó puesto en disposicion de no poder dañarla á sus principales adversarios, quedábale todavía por arreglar un asunto de grave interes, á saber, el restablecimiento del culto romano. Adicta de corazon á los dogmas del catolicismo se ocupó en preparar su triunfo, dirigiendo no obstante con mucha prudencia los progresos de esta restauracion. En 18 de agosto, pocos dias despues de su advenimiento, dió el primer paso con un manifiesto en que dijo que no pudiendo ocultar su religion, no tenia ánimo de compeler á persona alguna á conformarse con ella hasta tanto que por un consentimiento general se espidiesen nuevas órdenes con este objeto. Esto era dar pie á que se prejuzgasen sus secretas intenciones, pues el pueblo no vió otra cosa que la promesa de mantener el estado actual de aquel negocio y recobró su confianza. Gardiner, Bonner, Tunstall, Leath y Day privados de sus sillas en tiempo de Eduardo fueron restablecidos en ellas y se anuló el nombramiento de sus sucesores como contrario á los cánones de la Iglesia. Usando la reina de sus prerogativas impuso silencio á los predicadores á fin de sufocar la animadversion de los ánimos incesantemente enconada por el furor de las controversias. Tal fue al menos el pretesto que se dió para aquella órden, y como el poder se atribuia el derecho de conceder licencias segun juzgase conveniente, que era como decir que permitiria el uso de la palabra á los papistas, solo ellos gozaron el privilegio de

preconizar y enseñar públicamente sus doctrinas. A su vez los prelados reformistas sufrieron los rigores de María, como que el anciano Latimer fue encerrado en la torre lo mismo que Cranmer, pues si bien este tenia derecho á la gratitud de la reina por haber contenido á Enrique VIII que quiso ejercer contra ella las mas terribles violencias, pronunció el divorcio de Catalina de Aragon y trabajó muy activamente para instalar el nuevo culto. Estos dos hechos por sí solos ahogaron en el alma de María el recuerdo de los servicios de Cranmer; pero tal vez no lo persiguiera á no haber este publicado una especie de despacho en que declaraba que la misa no habia sido sacada de la Escritura y que estaba llena de horribles blasfemias. Cuando el consejo tuvo noticia de este escrito citó al arzobispo que declarado reo de alta traicion porque firmó el acta en que se transferia la corona á Juana Grey estaba amenazado de sufrir la pena capital cuando se difirió su suplicio. Esta dilacion que parecia un favor fue muy funesta á Cranmer destinado á perecer de un modo mas cruel que por medio de la decapitacion. En vista de estos hechos muchos predicadores luteranos entre ellos Pedro Martir, hombre de grande reputacion entre su partido, se apresuraron á huir del reino, en donde no era posible que predicasen sus doctrinas sin arriesgar su fortuna y su vida.

En 30 de setiembre de 1553 María fue coronada en Westminster llevando en su comitiva á su hermana Isabel y á Ana de Cleves; la primera de las cuales iba á reinar muy pronto con grande esplendor y la otra habia descendido del trono para volver á la vida privada en donde al menos encontró la ventura que es hija de la seguridad personal y de las comodidades. Isabel á la muerte de Eduardo fue á encontrar á María llevando ciento cincuenta caballos; mas el mérito de esta accion quedó bien pronto olvidado. María trataba de buscar un esposo y habia dirigido la vista al jóven Eduardo Courtenay á quien hizo salir de la torre y dió título de conde de Devonshire; mas este, fuese falta de penetracion, fuese que la naturaleza le inclinara á ello, eligió á Isabel por objeto de su amor. Esta falta le hizo perder un trono y dispertó contra Isabel el odio de María. Quisiera el partido católico unir á su sobera-

na con el cardenal Pole mas su edad de cincuenta y tres años fue causa de su esclusion, y el embajador de Cárlos V logró decidir á María en favor de Felipe de España hijo de su amo. A pesar de esto la ejecucion del proyecto se difirió algun tiempo, porque se necesitaba una dispensa del papa y no era aun venido el tiempo oportuno de solicitarla. A fin de asegurar su éxito la reina convocó el parlamento, cuya mayoría la formaban diputados en su interior católicos, ó muy dispuestos cuando menos á convertirse en tales. En presencia de las dos cámaras se celebró una misa del Espíritu Santo que bastaba para indicar las intenciones de la reina, la cual pidió tan solo que se anulase todo lo relativo al divorcio de su madre; mas esta derogacion escluia del trono á Isabel. Fueron rehabilitados el duque de Norfolk, la duquesa de Exeter y otros proscritos, y finalmente se abolieron todos los casos de traicion no previstos en el estatuto de Eduardo III. Votadas estas leyes se prorogaron las cámaras y el gobierno se ocupó de allanar el camino para el restablecimiento del catolicismo. En todas partes se celebró misa; condenóse como incompatible con las funciones del sacerdocio el matrimonio de los presbíteros; enviáronse visitadores á las diócesis á fin de que velasen por la observancia de los antiguos ritos y recibiesen el juramento de supremacía de la corona, que se exigia de los eclesiásticos á quienes esta daba algun beneficio. Como este juramento estaba continuado en las leyes de Enrique VIII, el gobierno al parecer solo trataba de restaurar el sistema religioso por este príncipe establecido.

Mientras que todas estas medidas inspiraban serios temores á los protestantes, otro interes de mas cuantía conmovió á la nacion entera. Apenas el parlamento estuvo por segunda vez reunido cuando suplicó á la reina que eligiese esposo entre sus súbditos. Disgustada María de semejante demanda contestó á ella tomando una resolucion definitiva. Arrodillada en su oratorio y despues de haber recitado el *Veni Creator*, en presencia del embajador imperial y teniendo por testigo á Dios juró que daba palabra de matrimonio á Felipe príncipe de Castilla. A los pocos dias llamó á la cámara de los comunes y dijo á los diputados, que si bien estaba agrade-

cida á sus muchas pruebas de fidelidad y amor queria sin embargo ser libre en la eleccion de esposo. Dícese tambien que con el objeto de sufocar la aversion del parlamento, Cárlos hizo distribuir entre los pares y diputados una suma considerable, mientras que María poco despues de prorogar la asamblea recibió una solemne embajada de Cárlos V que iba á pedir públicamente su mano. Los murmullos y los gritos del pueblo manifestaron su poca simpatía hácia los mensageros que fueron presentados á la reina en 2 de enero de 1554. Gardiner que era canciller y primer ministro hizo que el consejo aprobara este matrimonio, y por sí mismo dió noticia de él al corregidor y á los magnates de Londres pintándoles con hermosos colores las ventajas que de aquel enlace resultarian. Segun los artículos del tratado, Felipe no debia tener mas que el título de rey sin parte alguna en el gobierno que conservaria la reina, y los estrangeros estaban inhibidos de poseer destinos. Las leyes, los derechos y los privilegios de la nacion quedaban intactos, y comprometíase ademas Felipe á no sacar de Inglaterra á la reina sin su consentimiento, ni á ninguno de sus hijos, sin haber consultado antes á la nobleza. Asignaba á su muger sesenta mil esterlinas de dote, y en caso de tener hijos varones se les aseguraban ademas del trono de la Gran Bretaña los Paises-Bajos, la Borgoña y todos los restantes estados de Felipe en caso de morir sin posteridad D. Cárlos, hijo de su primer matrimonio.

Aunque ciertamente ofrecian ventajas los pactos de este tratado no bastaron á desvanecer los temores que inspiraba la doblez de Cárlos V. Decíase que si convino en tan ventajosas condiciones, fue con el objeto de que su hijo tuviese entrada en aquel reino y de erigir luego el tribunal de la inquisicion con el intento de echar abajo la reforma y las libertades del pais. Preveíase tambien que una vez incorporada la Inglaterra á los inmensos estados del emperador, vendria á convertirse en una provincia y á quedar sujeta á un cetro de hierro por la espada de los veteranos y de los aventureros que gracias al oro del nuevo mundo tenia Cárlos á su sueldo. Los mas audaces atizados por Enrique II de Francia cuya política tenia por objeto impedir la preponderancia del emperador,

pasaron del descontento á la revuelta, contando tambien para ello con la aprobacion de la princesa Isabel, que enojada porque no se anuló la sentencia que la declaraba bastarda, se puso en abierta lucha con la reina negándose á asistir á la misa á pesar de las repetidas veces que esta se lo mandara. Parece sin embargo que la princesa no tomó parte alguna en el proyecto de insurreccion tramado contra María, cuyo objeto era apoderarse de la persona de Felipe á su llegada y proclamar á Isabel y á Courtenay reina y rey de Inglaterra. Habiéndose negado este á sostener la empresa, los principales conjurados se dirigieron al duque de Suffolk y le ganaron halagándole con la idea de que su hija Juana Grey recobraria el trono. A consecuencia de esto todos empuñaron las armas: sir Carew en el Devonshire, los dos hermanos Suffolk en los condados de Warwick y de Leicester y sir Tomas Wyat en la provincia de Kent; pero Carew atacado por el conde de Bedford fue roto y se refugió en Francia, y Suffolk vencido por el de Hundington hubo de asilarse en casa de un criado suyo que cometió la vileza de venderlo. La tentativa de Wyat tuvo resultados mas serios, pues habiendo reunido bastante gente en Strand, encontró al duque de Norfolk que iba contra él á la cabeza de algunas tropas y de la milicia de Londres mandada por Bret, que ganado secretamente no solo no quiso combatir sino que con su tropa se pasó á Wyat obligando á Norfolk á huir hácia la capital sin mas compañía que el capitan de sus guardias. A la nueva de semejante desercion la reina convocó en el acto á los principales ciudadanos de la capital; con disgustosas palabras supo inflamar su entusiasmo, y á fin de mostrarse condescendiente prometió romper su matrimonio en caso de que las dos cámaras lo desaprobasen. El mismo dia que era el 2 de febrero de 1554, Wyat llegó á Depford en donde perdió veinte y cuatro horas inútilmente mientras que la reina hacia fortificar las calles de la capital y organizaba formidables medios de defensa. Wyat durante la noche se puso en marcha y llegó hasta Hyde-Park, en cuya vista y considerando la eminencia del riesgo, los ministros suplicaron á la reina que se recogiese en la torre, pero ella se negó á seguir este consejo hijo del miedo.

1. Rodolfo Newil, Conde de Westmorland. 2. Trajes de cazadores.





1. RALPH NEWILL COMTE DE WESTMORLAND.
Grand Sénéchal du Royaume et sa femme Jeane Beaufort Règne de Henri V (1426).

2. COSTUMES DE CHASSEUR. Règne de Henri VI (143..).

Despues de un bravo combate que se empeñó en Charing-Cross, Wyat cogido entre dos fuegos fue abandonado por la mayor parte de los suyos, y si bien con cuatrocientos hombres se abrió paso por entre la caballería real y llegó hasta Ludgate, circunvalado allí por todas partes, hubo de rendirse á sir Berkley. A la victoria sucedió el castigo: de pronto fueron ahorcadas mas de sesenta personas, y María perdonó á seiscientos prisioneros que fueron llevados ante ella con una soga al cuello.

Entre las víctimas que costó aquella revuelta, Juana Grey y su esposo Guildford inspiraron interes y lástima muy grande. Condenados á muerte mucho antes, María firmó la órden de su ejecucion diciendo que nada era tan peligroso como la impunidad, y que aquellos que aspiraban al trono era fuerza que muriesen si no conseguian ascender á él ó eran precipitados del mismo. Juana que tenia grande dominio sobre sí misma, no solo no manifestó sorpresa alguna al saber su suerte sino que defendió su creencia contra los teólogos católicos enviados para convertirla y contempló la muerte con la serenidad del sabio cansado del infortunio y que mira con indiferencia su última hora. Temiendo perder su firmeza de espíritu no quiso ver á su esposo, y sin embargo no pudo abstenerse de arrojar sobre él una mirada cuando de camino para el patíbulo pasó por debajo de sus ventanas desde las cuales vió Guildfort á poco rato como volvian sus helados restos. El dia siguiente era el destinado para su suplicio, y Juana ocupó los postreros momentos de su vida en escribir á su padre una carta de despedida en que le decia: „mi sangre puede esclamar delante del „Señor: gracia para la inocencia." Escribió tambien en griego, en latin y en ingles algunos pensamientos, uno de los cuales dice: „si mi falta merecia castigo al menos mi juventud y mi imprudencia eran dignas de escusa. El juicio de Dios y el de la posteridad me serán favorables." El cadalso se habia levantado en el interior de la torre quizás por respeto á la sangre real que circulaba en las venas de la víctima, la cual pocos instantes antes de morir dijo á los espectadores que se juzgaba inocente del crímen cuya pena sufria, puesto que no hizo mas que obedecer á la fuerza. Juana tenia diez

y siete años y por una coincidencia poco comun, era perfecta en alma y cuerpo pues unia el talento y la virtud á la mas completa hermosura: era sabia sin orgullo, bella sin altanería y su sincera modestia realzaba en gran manera el valor de estas dotes. En el mismo cadalso murió pocos dias despues el duque de Suffolk su padre. Sir Nicolas Throgmorton acusado tambien se defendió de modo que fue absuelto; pero los jueces que lo declararon libre fueron castigados de ello con crecidas multas. Wyat hizo algunas revelaciones que comprometian á Isabel; mas como fueron arrancadas por el tormento, en el acto de morir se retractó de ellas. Castigados los principales delincuentes María resolvió hacer examinar con mucha severidad la conducta de su hermana y la de Courtenay, para lo cual este fue recluso en la torre y se envió una division de caballería al castillo de Ashridge á fin de que trajesen á Isabel viva ó muerta. Al presentarse aquella tropa la princesa que estaba ya retirada en su cuarto se negó á recibir á los gefes, los cuales á pesar de sus protestas penetraron en el castillo; mas como Isabel estaba enferma fue menester que pasasen algunos dias antes que emprendiera la marcha. Atravesó las calles de Londres vestida de blanco en una litera abierta, nó sin dispertar un grande interes en los espectadores que en su palidez veian una prueba de su sufrimiento. Al llegar pidió con mucho empeño una audiencia á la reina; mas esta se negó á recibirla y celebró consejo con sus ministros para decidir la suerte de Isabel. El embajador de Cárlos y algunos otros opinaban que se la procesase, pero los demas y entre ellos Gardiner querian salvarle la vida pues no era dable vituperarle hecho alguno que justificase su complicidad en la revuelta. El canciller sin embargo insistió en que se la privase de la libertad á fin de quitar todo pretesto á ulteriores rebeliones; é Isabel encerrada de nuevo en la torre fue puesta despues en Woodstock bajo la custodia de sir Bedingfield que cumplió aquel encargo con un celo brutal é inescusable. Cuando se le presentó al frente de algunos soldados para llevarla á su nuevo destino, preguntóle Isabel: ¿el „cadalso de lady Juana está todavía puesto?" Cuando mas tarde Isabel hubo ascendido al trono se contentó con desterrar de la cor-

te á su carcelero, á quien dijo: „asi Dios os perdone, como yo „os perdono; mas si algun dia nos place atormentar á un preso os „enviarémos á buscar."

Viendo la reina robustecido su poder con la victoria alcanzada sobre Wyat y sus cómplices, pidió autorizacion al parlamento para designar un sucesor á la corona, demanda que recibió mal la asamblea temerosa de arriesgar la independencia nacional, porque María hubiera podido elegir á Felipe y someter con esto la Inglaterra al cetro español. Para adulzorar la amargura de esta negativa las dos cámaras ratificaron el ajuste del matrimonio del hijo de Cárlos V con la reina, la cual al instante disolvió el parlamento para no ocuparse sino de recibir á su esposo, de cuya lentitud se quejaba. Finalmente en 19 de julio de 1554 Felipe con una numerosa comitiva de grandes de España y de señores borgoñeses y escoltado por cuatro mil hombres tomó tierra en Southampton, y se casó con la reina el dia 25 del mismo mes. La edad de María frisaba con los treinta y ocho años, y Felipe tenia solo veinte y nueve; pero sus modales reservados y altaneros aumentaron todavía la tibieza, si ya no era aversion, con que el pueblo ingles le miraba. Todos los señores esceptuando á Gardiner dejaron la corte porque no podian avezarse á los cambios introducidos en palacio en donde no era dable ver á la reina ni á Felipe á todas horas, y no habia cosa en torno de ellos que no respirase un sistema de desconfianza injurioso al carácter ingles. María satisfecha de una union que colmaba todos sus deseos se ocupó en terminar el completo triunfo de la religion católica á que daba grandísima importancia. A este fin convocó un parlamento que las intrigas del gobierno lograron que se compusiese de sus adictos. El rey y la reina asistieron á la apertura de las dos cámaras que á los pocos dias manifestaron su deferencia á las intenciones del gobierno, revocando el decreto de proscripcion dictado contra el cardenal Pole, el cual no tardó en llegar á Douvres revestido con el título de Legado á fin de llevar á término la reconciliacion de la Inglaterra con la Iglesia romana. Recibida una humilde súplica de los lores y de los comunes pidiendo ser reintegrados en la comunion católica, y ab-

sueltos de las culpas con que la habian ofendido, el cardenal declaró al parlamento y al reino purificados de toda heregía y absueltos de las penas en que pudieran haber incurrido. La nueva de este acontecimiento pasmó á Europa y fue de mucho regocijo para el pontífice que públicamente dió gracias á Dios de la conversion de la Inglaterra al cristianismo. En Westminster se cantó un Te-Deum en presencia de los reyes, del legado y de las dos cámaras, y fue tanta y tan eficaz la alegría que con este motivo esperimentó la reina, que le pareció notar un estremecimiento que le indicó estar embarazada. Sin aguardar la confirmacion de lo que solo era una esperanza, el parlamento se apresuró á confiar á Felipe la tutela del hijo; pero muy pronto el tiempo desengañó á la reina, y Felipe desesperando de la fecundidad de María dícese que dirigió sus miras á Isabel. Ello es cierto que la protegió contra el odio de su hermana, bien porque concibiera la esperanza de conservar el trono casándose con ella, bien porque quisiera tenerla en su poder cual una prenda necesaria á su política.

María al fin logró restablecer el sistema religioso destruido por Enrique VIII y por el sucesor de este, pero las dos cámaras á pesar de su servilismo se negaron á reconocer por rey á Felipe. Desgraciadamente el celo de María no se limitó á hacer triunfar su comunion, pues quiso levantar cadalsos, y las sanguinarias leyes hechas contra los Lollards fueron nuevamente puestas en vigor á despecho del cardenal Pole en cuyo concepto la dulzura mejor que la crueldad habia de convencer á los disidentes. Pero el canciller Gardiner logró que se adoptase el sistema de rigorismo, y tuvo principio la era de una persecucion atroz contra los ministros y sectarios de la reforma. En 28 de enero de 1555 se reunió en una iglesia una comision de que él era presidente á fin de juzgar á los predicadores del luteranismo que detenidos por haber tomado parte en las rebeliones promovidas por Northumberland, Suffolk y Wyat fueron no obstante citadas por crímen de heregía y nó por delito político. Comparecieron los primeros Hooper obispo de Glocester y Roger canónigo de S. Pablo, los cuales se negaron á retractarse de sus doctrinas. Roger dijo á Gardiner: «¿No habeis

„ orado vos contra el papa durante veinte años? La crueldad de „ los jueces me obligó á ello, respondió el canciller: ¿Y seriais vos „ como ellos? repuso el otro." Despues de haber oido Roger su sentencia pidió permiso para ver á su esposa de la cual tenia diez hijos á quienes dejaba sin recursos y sin apoyo; pero Gardiner uniendo el insulto á la barbarie, le respondió que siendo sacerdote no podia tener muger; pero la inhumanidad del canciller no consiguió su objeto porque al ir Roger al suplicio encontró á su fiel consorte rodeada de toda la familia y pudo darles el postrer á Dios. Hooper trasladado á la ciudad en donde tenia la sede episcopal sufrió en ella el último suplicio. La hoguera era de leña verde, lo cual prolongó su agonía durante tres cuartos de hora, y una de sus manos se separó del cuerpo antes que el infeliz reo hubiese espirado. Muchas otras víctimas todas del clero protestante murieron con la misma constancia sin esceptuar á los que se habian casado y dejaban á merced de la suerte á las personas que eran objeto de toda su ternura. Lejos de mostrar la debilidad muy escusable en hombres que eran padres y maridos, iban á la muerte con el mismo ardor que sus compañeros, manifestando asi la firmeza y la solidez de su union y sintiéndose arrebatados por la gloria de dejar á sus mugeres y á sus hijos un nombre sin mancha. Cansado Gardiner de una resistencia tan tenaz, echó sobre Bonner, obispo de Londres, el peso de tan bárbaras ejecuciones. Este prelado, bien fuese movido por un celo escesivo, bien por su inclinacion natural, se hizo notable por actos mas dignos de un verdugo que de un juez, puesto que él mismo azotaba á los reos y con una vela les quemaba alguna parte del cuerpo, haciendo de este modo que anticipadamente sufrieran los tormentos de la hoguera. Cansóse sin embargo y hasta puso en libertad á los hereges sin formarles causa. Informada María de esta tibieza que la indignaba reprendió á Bonner y á los jueces, y á fin de activar la persecucion nombró tribunales para que procediesen sumariamente. En efecto dejadas á un lado las fórmulas que retardan el curso de los procesos se redujeron estos á mandar á los acusados que firmasen una profesion de fe, y en caso de negarse á ello eran en el acto entregados al brazo seglar.

Enojoso seria relatar por menor los sufrimientos con que se martirizó á aquellos desgraciados cuyo número llegó hasta trescientos; pero sin embargo no es dable omitir el nombre de algunas víctimas escogidas como Cranmer, Ridley, y Latimer. El segundo fue obispo de Londres en tiempo de Eduardo VI, y el tercero á quien Enrique VIII depuso de la silla de Worcester era tan respetable por su edad como por la pureza de su conducta. Conducidos los tres á Oxford para disputar allí con los doctores católicos, despues de una controversia de tres dias una sentencia los declaró hereges obstinados porque se negaron á confesarse vencidos por los argumentos de sus adversarios. Cranmer alcanzó una próroga, pero sus dos compañeros murieron al instante en una hoguera cuyos horrores agravó un accidente inaudito. Los verdugos movidos á compasion ciñeron á los pacientes un saco de pólvora cuya esplosion mató al viejo Latimer; mas nó asi á Ridley cuyos pies y piernas se fueron quemando lentamente antes que el fuego llegase á la pólvora y pusiese fin á sus dolores. Cranmer condenado por el papa á quien apeló de la sentencia firmó una retractacion; mas este acto de debilidad se tuvo por insuficiente, pues la reina exigia que hiciese una pública confesion de sus errores. Mientras que luchaba con las mas crueles incertidumbres fueron repentinamente á buscarlo el sábado 22 de marzo de 1556 para llevarlo á la muerte. Despues de haber oido un sermon que predicó el doctor Cole, Cranmer cuya apostura revelaba su profunda afliccion declaró en voz alta que la causa de su mayor quebranto era haber publicado escritos que le arrancó el miedo: negó la supremacía del papa; confirmó todas las doctrinas espuestas en sus obras, y al acabar su discurso dijo, que por medio de su muerte iba á atestiguar la verdad de su fe. Llevado al suplicio cuando vió las llamas cerca de sí metió en ellas la mano derecha gritando en alta voz: „esta mano ha pecado." El valor que manifestó en aquel momento terrible hizo olvidar su debilidad en haberse retractado, y al paso que le volvió su propia estimacion conquistóle tambien la de sus enemigos, y la admiracion de sus conciudadanos. El cardenal Pole que consintió en reemplazar á Cranmer en la silla de

Cantorbery fue ensalzado á ella el mismo dia en que su antecesor espiraba en una hoguera. Aunque no parece que el cardenal tomase parte directa en las crueldades de que fueron víctimas los hereges, nada hizo para impedirlas; y si las desaprobaba, fue tan en secreto como que permitió que el obispo de Douvres sufragáneo suyo y el arcediano de Cantorbery se distinguiesen entre los mas acérrimos perseguidores. La justicia no permite callar que en nueve obispados los prelados católicos evitaron la efusion de sangre, y que la dulzura y la caridad que acreditaron hicieron que se bendijese su carácter. El efecto del sanguinario proceder de María fue que los cantones suizos protestantes y las ciudades libres de Francfort y de Ginebra se poblasen de fugitivos que contrajeron allí el amor á la igualdad que despues querian introducir en la Iglesia y en el estado. Vueltos á su patria pasada la borrasca llevaron á ella sus nuevas opiniones, y sus discípulos con el nombre de puritanos trastornaron el edificio de la monarquía para sustituirle la república.

Mientras que por un lado procuraba la reina encadenar á la fe católica la conciencia de sus súbditos dirigia al cielo incesantes ruegos para que le diese un heredero. Hacia anunciar y publicaba ella misma su supuesto embarazo; mas despues de un año de espera fue preciso declarar que se habia engañado, y Felipe á quien llamaban al continente muy graves negocios se hizo á la vela para los Paises-Bajos. Murió entre tanto Gardiner con no poco dolor de María, cuyo gobierno habia diestramente dirigido; y con grande regocijo de los partidos, que no estando ya enfrenados por el vigor del canciller adquirieron nuevos brios, y con libelos y pasquines se prepararon para nuevas tramas. Algunas tentativas hechas á mano armada solo sirvieron para perder á sus autores, dos de los cuales que pertenecian á la servidumbre de Isabel la comprometieron con sus declaraciones, en términos que la reina comenzó á perseguir á su hermane, y es probable que continuara á no haberse interpuesto Felipe. Libre Isabel de este peligro pensó buscar un refugio en la corte de Enrique; pero la contuvieron los consejos del embajador frances, que le hizo entender el riesgo que

corria de perder el trono de Inglaterra si se alejaba de ella. No eran infundados estos temores porque María pensaba privarla de la corona á fin de transmitirla á su esposo; mas no atreviéndose á manifestar este proyecto capaz de sublevar en masa al pueblo ingles, hubo de dejar la ejecucion para mas tarde á causa de una nueva tentativa de Tomas Stafford nieto del duque de Buckingham. Retirado este jóven en Francia desde muchos años, presentóse de repente en Inglaterra á la cabeza de algunos ingleses fugitivos como él y sorprendió el castillo de Scarborough. Desde allí publicó contra María un manifiesto titulándose regente, llamando á sus banderas á todos los compatricios suyos que deseasen sacudir el yugo del español á quien la hija de Enrique VIII queria entregar el reino. A pesar de esto Stafford hubo de rendirse á discrecion despues de dos dias de sitio, y conducido á Londres murió en un cadalso. Aprovechando la reina esta coyuntura declaró la guerra á Enrique II por suponer que habia favorecido á Stafford, y envió diez mil hombres á Flandes para que se juntasen al ejército de su esposo cuyas tropas habian entrado en la Picardía. El duque de Saboya que las mandaba y ganó la sonada batalla de San Quintin, no supo aprovecharse de la victoria persiguiendo á un enemigo desalentado entonces por su derrota. En la siguiente campaña todo mudó de aspecto. La Inglaterra perdió Calais que sitiada por el duque de Guisa en el corazon del invierno sucumbió á los ocho dias. Este acontecimiento ademas de ofender muy mucho el orgullo nacional aumentó el descontento con que eran mirados los ministros á quienes se acusaba de haber dejado que la plaza se perdiera por el descuido de no tener en ella mas guarnicion que ochocientos hombres. A fin de vengar este descalabro la reina alcanzó de las cámaras un subsidio considerable; y una escuadra de treinta velas con seis mil hombres de desembarco hizo una irrupcion en la Bretaña, á pesar de la cual los ingleses despues de saquear el Conquet hubieron de volverse precipitadamente á sus buques. Mientras que la reina hacia á la Francia una guerra desgraciada Enrique II casó á su hijo el delfin con la jóven María Stuart, estrechando con esto los vínculos de la Francia y la Escocia, y estimulando en seguida

á esta á que tomase las armas contra la Inglaterra; pero las hostilidades no produjeron resultado alguno importante.

Otro asunto de naturaleza bien distinta vino por entonces á quebrantar el corazon de la reina. El pontífice Paulo IV delató á la inquisicion al cardenal Pole por haber profesado doctrinas contrarias á las de la Iglesia y le despojó del título de legado, para dárselo á Peyton confesor de María, anciano de ochenta años. El papa estaba entonces en guerra con Felipe esposo de María y la persecucion de Pole no era mas que una represalia contra el hijo de Cárlos V. Dejando á un lado su respeto por la Santa Sede apoderóse María de todos los despachos venidos de la corte de Roma; sin embargo de lo cual estos desacuerdos no tuvieron resultado alguno per haber acaecido casi simultáneamente las muertes del papa, de Pole, de Peyton y de María. Esta princesa abandonada por un esposo ingrato descaecia lentamente á causa de sus pesares, mientras que Felipe ensalzado al trono por abdicacion de su padre se fijaba en España, abandonando sin disgusto á la consorte con quien por política y nó por amor se habia unido. La nueva de esta separacion acabó de todo punto con las fuerzas de la reina que noche y dia derramaba lágrimas por la proximidad de su fin y por el temor de no haber podido consolidar el triunfo de la religion católica. Llamó á su hermana para interrogarla acerca de sus sentimientos religiosos; mas esta eludió sus preguntas con seguridades vagas, y María ya la creyese, ya quisiera arrancarle alguna promesa acerca de este asunto, rogó á Isabel que mantuviese la Iglesia católica y que satisfaciera sus deudas particulares y las recompensas que dejaba á sus criados. La reina murió al dia siguiente 17 de noviembre de 1558 á la edad de cuarenta y dos años, y en el momento de espirar dijo á los que la rodeaban: „si abris „mi cuerpo encontraréis escrita en mi corazon la palabra *Calais*." Con esto quiso atribuir el motivo de su muerte á una causa absolutamente moral hija de su interes por el honor de su pais. Poco despues de ella murió el cardenal Pole cuya amistad con María fundada en los vínculos de la sangre y en la conformidad de opiniones religiosas no sufrió alteracion alguna. Durante su enferme-

dad se enviaron recíprocamente mensages, y cuando el cardenal supo la muerte de la reina, hizo sus disposiciones cual si hubiese perdido toda esperanza de sobrevivirle. Pole era hombre de talento y de corazon tan bondadoso como de alma justa: si solo él hubiese dirigido á la reina sin duda habria endulzado la aspereza de su celo y hecho bendecir su memoria.

Al dirigir una mirada á los hechos del reinado de María no es difícil formar de su carácter un juicio exacto. Si poseia valor y resolucion empañó estas dotes, apreciables en un soberano, con grandes vicios, entre los cuales deben enumerarse la tiranía y la crueldad. Su limitado talento reputaba á la fuerza como medio único para hacerse obedecer en política y en religion. Los dogmas religiosos que señoreaban su alma no pudieron domar una índole feroz para la cual la compasion era una debilidad; asi fue que su devocion que no habia sido ilustrada degeneró en sanguinaria. La humanidad á quien ultrajó sin remordimiento alguno le hizo sentir su venganza, puesto que sufrió todos los tormentos de un amor despreciado y quebrantaron su corazon los zelos perpetuos contra Isabel, cuyas gracias eran un insulto para las suyas agotadas ya por los años. Añadióse á estos tormentos el temor que le inspiraban los derechos de su hermana al trono. La persecucion sufrida durante su juventud endureciendo su carácter contribuyó á proporcionarle verdaderos conocimientos; asi es que comprendia el latin y el italiano, hablaba el frances y el español, y poseia su lengua con una perfeccion rara. Los disturbios de su breve reinado no le impidieron ocuparse en los intereses de la industria: fue la primera en ajustar un tratado de comercio con la Rusia, casi desconocida entonces del resto de Europa, y libró á los comerciantes ingleses de las trabas que ponian á sus operaciones las compañías estrangeras á quienes se concedieron privilegios esclusivos y ruinosos para el pais. La marina militar hizo pocos progresos durante su gobierno, como puede juzgarse por los gastos que ocasionaba, los cuales apenas ascendian anualmente á diez mil esterlinas. Isabel empezó á conocer su importancia, y los sucesores de esta la pusieron en menos de un siglo en el formidable estado en que hoy la vemos.

ISABEL.

Apenas hubo María cerrado los ojos cuando Isabel ocupó su lugar, pues si bien no fue revocada el acta que declaraba ilegítimo su nacimiento, nadie osó invocarla y la nueva reina proclamada sin contraste alguno no creyó prudente sujetar á discusion sus derechos. María reina de Escocia nieta de una hermana de Enrique VII y la duquesa de Suffolk hija de la hermana menor del mismo rey pudieran alegar derechos muy temibles para Isabel, mas la primera se había casado con el delfin de Francia, lo que bastaba para alejarla del trono, y el testamento de Enrique VIII en que podia fundarse la segunda, era demasiado favorable á Isabel, á quien mas que á otro correspondia la sucesion á fuer de hija de este monarca: por tanto fue reconocida unánimemente por el parlamento cuyas sesiones acababan de abrirse. Puesta la reina en el caso de buscar un guia que dirigiese su inesperiencia, eligió á Guillermo Cecil, secretario que fue de Eduardo VI, y que despues de haber ausiliado los ambiciosos proyectos de Northumberland obtuvo el perdon y adoptó el catolicismo para grangearse el favor de la reina María. No habiendo podido alcanzarlo púsose de parte de Isabel que aceptó sus servicios, y que guiada por él renovó su consejo privado. Los individuos de él elegidos por su hermana, eran adictos al catolicismo; y por esto Isabel no retuvo mas que á once de ellos, y les añadió otros ocho partidarios acérrimos de la reforma. En seguida participó su advenimiento á las cortes estrangeras. Felipe que estaba entonces en los Paises-Bajos, hizo marchar al instante al duque de Feria en calidad de embajador á fin de cumplimentar á la reina y solicitar su mano. Aunque Isabel tenia determinado rechazar esta proposicion ocultó su negativa objetando que su parentesco con el rey de España era un obstáculo para su matrimonio, y si bien Feria dijo que su amo se encargaba de alcanzar la dispensa del papa, como era indispensable negociar este asunto en la corte de Roma la reina contaba con el

tiempo para eludir los ofrecimientos de Felipe. Efectivamente casándose con él hubiera confirmado la ilegalidad del divorcio de Enrique con Catalina de Aragon é invalidar asi su derecho á la corona de Inglaterra. No ignoraba que una alianza con la España no pudiera ser grata á sus súbditos, á los cuales Felipe habia inspirado una aversion invencible; mas como la política le aconsejaba no romper con el monarca español, dió á su enviado una contestacion en qué al paso que si huia de empeño alguno, lisonjeaba al príncipe con tales esperanzas que este creyó del caso entablar desde luego negociaciones con el papa.

Ocupaba el solio pontificio Paulo IV cuyo impetuoso carácter no se habia calmado con los años; y cuando el representante de Inglaterra le hizo saber la exaltacion de Isabel al trono esclamó que la ilegitimidad de su nacimiento la escluia de él, puesto que estaba en todo su vigor la sentencia pronunciada contra el matrimonio de su madre: que la Inglaterra era un feudo de la Iglesia, que solo el papa tenia derecho de disponer de ella; pero que si Isabel sometia sus pretensiones á la omnipotencia del papa, este se sentia dispuesto á tratarla con indulgencia. La reina hizo retirar á su embajador contenta con que se le presentase una ocasion tan oportuna para llevar adelante sus proyetos contra la corte de Roma. Aunque durante el reinado de su hermana habia profesado esteriormente el catolicismo, inclinábase sin embargo á la reforma, y ademas movíanla á separarse de la comunion romana motivos de alta política. Estos motivos sostenidos con fuerza por Cecil la decidieron á tentar esta grande empresa. Ante todo impuso silencio á los predicadores católicos lo mismo que á sus adversarios, y despues suspendió la publicacion de las leyes relativas al culto público, y mandó que las preces y los evangelios se recitasen en lengua vulgar. Estas innovaciones dispertaron la prevision de los obispos, los cuales hicieron causa comun para negarse á tomar parte en la coronacion de la reina. A pesar de esto la corte supo ganar al obispo de Ely el cual se encargó de oficiar en la ceremonia que se celebró en medio de las aclamaciones del pueblo de Londres y con aplauso de la nacion entera.

La primera ley que se propuso á las cámaras tenia por objeto suprimir los monasterios nuevamente erigidos é incorporar sus bienes á la corona. La segunda ley volvió á la reina la supremacía religiosa y la revistió de una autoridad espiritual ilimitada y del todo independiente del parlamento y del clero. Durante las sesiones se entablaron conferencias públicas entre los téologos católicos y los protestantes, en las cuales estos sostenidos por el poder, proclamaron el triunfo de sus argumentos, hicieron encarcelar á sus antagonistas, y el parlamento confirmó su victoria adoptando un estatuto que mandaba la abolicion de la misa, y el restablecimiento de la liturgia de Eduardo VI. El sistema religioso que formó María y que cimentaron tantas víctimas se vino abajo en un momento. La cámara de los comunes manifestó su adhesion á la soberana, otorgándole un subsidio considerable, y le presentó una peticion suplicándole que eligiese un esposo. Esta demanda redactada en los términos mas humildes fue mal recibida por la reina, la cual contestó que no era de la inspeccion de sus súbditos apremiarla acerca de un asunto que debia dejarse á su arbitrio; que si juzgaba necesario casarse consultaria para la eleccion de esposo la felicidad de su pueblo; y que en caso de mantenerse célibe, Dios se encargaria de darle un sucesor; que en cuanto á ella deseaba reinar y morir vírgen, y les advertia que no tocaba á la cámara dirigir sus sentimientos, puesto que su papel era oir y obedecer, mas nó mandar.

Mientras Isabel se dedicaba enteramente á organizar la administracion interior de su reino, sus embajadores, unidos con los de Francia y España, negociaban á fin de poner término á la guerra por medio de una paz definitiva. En tanto que Felipe pudo lisonjearse con la esperanza de unirse á la reina, se esforzó para alcanzar que se le restituyese la plaza de Calais; mas cuando por los cambios hechos en la religion, previó que su matrimonio no podia tener efecto, dejó de insistir en pro de los intereses de Inglaterra y concluyó con Enrique un tratado por el cual se comprometia á tomar por esposa á la hija mayor de este. Los dos príncipes convinieron ademas en restituirse mutuamente todas las ciudades de que

se habian apoderado. Isabel por su parte firmó la paz con Enrique pactando que dentro de ocho años se le restituiria Calais y que no haciéndolo la Francia le pagaria quinientos mil escudos sin perjuicio de que la Inglaterra conservara sus derechos sobre la plaza. El triste estado de sus rentas impedia á Isabel recobrar aquel punto á la fuerza, y hé aqui por qué adoptó este espediente, que sin ofender la delicadeza nacional era el precursor de un abandono que ya se habia hecho indispensable.

Por mas que la reina pudiese creerse firme en su trono, aun era temible para ella la concurrencia de María Stuart que entonces se hallaba en la corte de Enrique II con cuyo primogénito se habia casado. A la muerte de María tomó el título de reina de Inglaterra y de Irlanda, declarando implícitamente con esto la bastardía de Isabel y su falta de derecho para ocupar el trono. Aunque esto en el fondo no era mas que una represalia, porque Isabel á su advenimiento se tituló reina de Francia, la hija de Enrique VIII tomando este acto por una ofensa á su orgullo y una amenaza á su poder, sintió enconarse el odio que tenia á su jóven rival.

Durante estos acontecimientos, la reforma habia hecho rápidos progresos en Escocia en donde gobernaba la madre de María Stuart viuda de Jacobo V, que á fuer de hermana del duque de Guisa y enteramente adicta á su política, procuraba contrarestar los ataques dirigidos contra el catolicismo, citando para ello ante el consejo á muchos predicadores que segun la voz pública fomentaron los desórdenes ocurridos en la catedral de Edimburgo. Los acusados se presentaron con un grande séquito de gentiles-hombres que hallándose en sus hogares de vuelta de una espedicion militar se reunieron con sus ministros á fin de protegerlos. Uno de ellos tomando la palabra en nombre de todos dijo á la reina: "Sabemos, „señora, que esta órden es obra de los obispos, y juramos á Dios „que á viva fuerza nos resistirémos á su cumplimiento: estos mos- „cardones holgazanes nos oprimen á nosotros y á nuestros vasallos, „y ahora atacan la vida de nuestros ministros y la nuestra; ¿y lo „sufrirémos nosotros por mas tiempo? Nó, señora: no lo sufriré- „mos." Al terminar estas palabras se puso el casco que se habia

quitado y otro tanto hicieron sus camaradas, mientras que la reina alarmada por esta esplicacion audaz calmó su enojo con promesas, y alejó el riesgo confiando prevenirlo. Y sin embargo lo hizo mas inevitable porque los reformistas alentados con la impunidad dieron rienda suelta á su celo y desencadenaron al pueblo que echó abajo las cruces, hizo pedazos las imágenes de los santos, derribó los templos y persiguió los clérigos y monges con los mas groseros insultos y los ultrages mas infames. A fin de legitimar tales escesos los gefes del partido formaron una asociacion para defender el derecho de predicar libremente el evangelio y proteger á los ministros del nuevo culto. La regente tomó las armas contra los rebeldes, que ausiliados por Isabel vencieron á María la cual murió durante aquellos sucesos. Los estados reunidos en primero de agosto de 1560 echaron el sello á la revolucion religiosa aboliendo la autoridad del papa y adoptando un símbolo de fe tomado de la doctrina de Calvino. El celo religioso de los reformadores no pudo apagar su avaricia, y cuando fue preciso repartir los bienes de la Iglesia los nobles se posesionaron de ellos, negándose á distraer parte alguna para las necesidades del clero. Este sin embargo alcanzó una renta anual de tres mil cinco libras á despecho de las vehementes reclamaciones de su apóstol Juan Knox cuya elocuencia no halló mas que corazones endurecidos y rebeldes á sus ruegos lo mismo que á sus vituperios.

María Stuart y su esposo Francisco II ensalzados al trono de Francia por la muerte de Enrique acaecida en 1559 en un torneo, se negaron á reconocer las mudanzas introducidas en los ritos y en los dogmas religiosos de Escocia. Despues de un reinado de diez y ocho meses murió el hijo de Enrique; y la viuda perseguida por su suegra Catalina de Médicis determinó volver á su reino. Grande quebranto le causó abandonar el pais en que habia pasado su infancia y ocupado un trono: puesta de pie en la popa del buque tuvo la vista fija en las playas de Francia hasta la caida de la tarde, y mandó que al dia siguiente la dispertaran para dirigir la última mirada á aquella tierra querida y saludarla con el á Dios postrero. En 19 de agosto de 1561, tomó tierra en Escocia, en

donde estuvo tan lejos de hallar la pompa á que se habia acostumbrado y las consideraciones debidas á su persona, como que en la misma noche de su desembarco una cuadrilla de fanáticos fueron á cantar salmos calvinistas debajo de las ventanas de su posada, y en el dia siguiente el populacho quiso asesinar á su capellan. „Hé aqui, dijo la reina, el preludio de la buena acogida que mis „súbditos me preparan. No sé cuál será el término de estas cosas; „pero temo que será muy malo." Todo lo que cerca de ella se hablaba, todas las palabras que se le dirigian encerraban alusiones injuriosas á su fe, y hasta eran un ultrage al culto católico las fiestas con que la festejaron. Cuando hizo su entrada en Edimburgo un muchacho le presentó una Biblia, un salterio y las llaves de la ciudad recitándole versos en loor de la reforma, y el mismo dia se representó un misterio en que la tierra se tragaba á Coré Dathan y Abiron mientras estaban celebrando un sacrificio idólatra. Los autores de este espectáculo tenian el proyecto de quemar durante la pieza á un sacerdote católico; pero logró impedirse la ejecucion de esta parte del programa. María en el interior de su casa tenia que oir sin cesar las insolentes exortaciones de Knox que ejercia sobre sus correligionarios un imperio absoluto adquirido con la aspereza de su celo, la audacia de su carácter y el fuego de su elocuencia capaz de inflamar á toda clase de personas y de arrastrar tras sí lo mismo al noble que al artesano. En su prez diaria por la reina decia: „que Dios cambie su corazon obstinado „ahora contra él y contra la verdad; mas si al Señor no place le „suplico que fortifique el corazon y el brazo de los elegidos á fin „de que pueda atrevidamente resistirse al furor de los tiranos." La infeliz María agraviada de continuo en sus opiniones y en los objetos de su culto estaba reducida á ocultar su dolor y á devorar sus lágrimas; y sin embargo de esto su proceder lleno de firmeza logró sosegar la agitacion de los ánimos, bien que su hermano natural Jacobo Stuart á quien hizo conde de Murray le ayudó en gran manera á reprimir el turbulento carácter de los partidos y á domeñar á los nobles bajo el yugo de la obediencia.

No podia suponerse que una princesa tan jóven se mantuviera

célibe por mucho tiempo, y asi la política de Isabel puso en juego todos sus ardides y sus esfuerzos todos á fin de dirigirla en la eleccion de esposo. Para la Inglaterra era igualmente peligroso que la princesa se casara con un escoces católico ó con un príncipe estrangero; pues aquel atacando á la reforma debia relajar ó romper absolutamente la alianza entre los dos paises, y el segundo por medio de sus confederaciones podia hacer su vecindad muy peligrosa. Era mejor pues casar á María por fuerza ó por ardid con un súbdito ingles, y para este objeto Isabel encargó á su embajador Randolph que preparase el ánimo de su parienta á favor de este proyecto. Despues de haber sondeado diestramente el estado de las cosas, el ministro hizo entender á la reina de Escocia cuán agradable seria para su soberana que dirigiese sus miras al conde de Leicester hijo menor del duque de Northumberland que fue decapitado por haber querido traspasar la corona á su nuera Juana Grey. Poseia el conde todas las dotes esteriores, todos los talentos y todas las gracias del mas delicado cortesano, y habia sabido captarse la benevolencia, y otros dicen el amor de Isabel. Este era el hombre que la reina de Inglaterra propuso por marido á la de Escocia ofreciéndole ademas adoptarla por hija y heredera del trono de la Gran Bretaña; pero María evitó responder directamente á esta oferta que fue de todo punto rechazada cuando hubo visto á lord Darnley primogénito del conde de Lennox. Este magnate descendiente de un vástago de la familia real se habia casado con la hija del conde de Angús y de Margarita hermana de Enrique VIII, la cual antes de unirse á él habia sido reina de Escocia. Desterrado Lennox y confiscados sus bienes por haber abrazado el partido ingles, encontró un asilo cerca de Isabel, y contando con el apoyo de esta en 1554 volvió á Escocia para solicitar la revocacion de la sentencia que lo condenaba. Acompañóle en el viage su hijo Enrique, que habiendo sido presentado á María en su castillo de Wemys llamó su atencion tanto por su hermosura como por su destreza en todos los ejercicios corporales. La liberalidad de su madre le permitió ser generoso y grangearse amigos que le proporcionaron frecuentes ocasiones de verse con la reina, á la cual habló de amor

nó sin que fuera benévolamente oido. Tenia entonces mucha cabida en la corte el piamontes David Rizzio que habia acompañado al embajador de Saboya. Su esmerada educacion le proporcionó muchos conocimientos é hizo que se le admitiese en la sociedad particular de la reina, en donde era el director de los conciertos que delante de ella se ejecutaban. A fuer de aventajado lengüista María le nombró secretario suyo para llevar la correspondencia con la Francia, mas esta distiucion y sus orgullosas pretensiones dieron lugar á que la nobleza le tuviera enemiga si bieu no faltaba quien buscase su amistad para que apoyara sus pretensiones. Uno de estos fue Darnley, quien contando con el favor de las personas mas allegadas á la reina desvaneció los obstáculos capaces de contrariar sus deseos. Habiendo llegado á noticia de Isabel por medio de Randolph todo lo que pasaba, mortificada á la par que sorprendida trató de valerse de todos los medios imaginables á fin de estorbar aquel casamiento. Desde luego ganó al conde de Murray hermano de la reina y encargado del gobierno, el cual bien previó que el esposo de su hermana querria ser dueño del poder y regir las riendas del estado. El conde pues se reconcilió con Knox y se confederó con otros muchos señores á fin de impedir el proyectado matrimonio. En vano trabajó la reina á fin de poner de su parte á Murray, pues todas sus súplicas y sus razones se estrellaron contra la tenacidad del conde que era incapaz de doblegarse; y como al fin los partidos no pudieron entenderse fue preciso apelar á la violencia. Darnley formó el proyecto de hacer matar á Murray, mientras que este tramó una conjuracion con el fin de apoderarse de las personas de María, Darnley y Lennox, matar á estos dos, encerrar á la reina, y quedarse él con el gobierno. María avisada con tiempo se retiró á Edimburgo, y sobre la marcha hizo que bendijera su matrimonio en la capilla de Holyrood un sacerdote católico, é inmediatamente marchó contra Murray y sus partidarios á la cabeza de muchas tropas. Montada á caballo, cubierta de una ligera armadura y ocupando siempre el primer lugar delante de los soldados, obligó á sus enemigos á que se salvasen en Inglaterra. Motivo tenian para contar allí con la benevolencia

y con el apoyo de Isabel; mas esta que no queria manifestarse abiertamente partidaria de los rebeldes, mandó decir á Murray y al abad de Kilwinning enviados por sus compañeros que no contasen mas con su proteccion desde el momento en que manifestasen las secretas relaciones que con ellos habia tenido. Los dos enviados puestos ya en el caso de callar la verdad confesaron en presencia de los embajadores de Francia y de España que no habian sido favorecidos ni alentados siquiera por la Inglaterra. La reina entonces les dirigió estas palabras: „Acabais de confesar que yo nunca os „he impulsado á tomar las armas contra vuestra soberana. Sois „traidores y os mando salir de mi presencia." Este acto de severidad no era mas que una farsa indigna, pues Isabel acabó por dar ausilio á los desterrados que se acamparon en las fronteras, dispuestos á aprovechar cualquiera ocasion de conmover el estado y de penetrar en él á favor de alguna revuelta.

Aprovechóse María de la victoria para alcanzar del parlamento una semitolerancia en materias religiosas, nó porque tuviese esperanza de restablecer el catolicismo, sino porque queria poner al abrigo de ultrages y violencias á los que pertenecian á la comunion romana. Entonces, segun se dice, se adhirió al tratado de Bayona, hecho entre la España, la Francia y otras potencias, á fin de perseguir y anonadar la reforma. De esto sin embargo no hay prueba alguna positiva, pues se ignora qué es lo que se determinó en las conferencias de Bayona; y si María por medio de su consentimiento tomó parte en las medidas que pudieron adoptar los dos negociadores Catalina de Médicis y el duque de Alba, no provinieron de aqui sus desgracias sino de su matrimonio cuyas tristes consecuencias vamos á referir brevemente.

Desvanecida la embriaguez de la pasion bien pronto conoció María que su nuevo consorte no era mas que un hombre hermoso y que no poseia otra cualidad alguna. Presuntuoso á fuer de ignorante queria gobernar el estado sin tener capacidad para ello; y no se mostraba reconocido á la reina, cual si juzgara que su solo mérito bastaba para justificar el alta fortuna á que habia llegado. Enojábase por cualquiera contradiccion, y era tan grosero en su

lenguage, como injusto en sus pretensiones. No contento con tener todos los vicios que suelen acompañar á la juventud, habia contraido el vil y bajo de la borrachera, lo cual hizo que la reina se disgustase de la compañía de un hombre que en sus frecuentes enagenaciones olvidaba el respeto debido á su dignidad y á su persona. Cuando notó la aversion de María lejos de atribuirla á sus faltas, sospechó que la causa de ella era el secretario Rizzio, cuyas advertencias le ofendieron hasta el punto de reputar por pruebas de enemistad las que lo eran de celo y verdadero afecto. Persuadido de esto resolvió deshacerse del piamontes dirigiéndose para ello á lord Ruthven, al conde de Morton y á algunos otros que se encargaron de aquel homicidio exigiendo sin embargo de Darnley una declaracion por escrito, en la cual despues de manifestar la urgencia de hacer morir á varias personas que habian abusado del favor de la reina, se comprometia á ponerlos al abrigo de toda pena por no haber hecho sino ejecutar sus órdenes. Fijáronse en seguida el plan y los medios de consumar el delito, que fue ejecutado el sábado 9 de marzo de 1566 en el palacio de Holyrood. Estaba la reina cenando en compañía de la condesa de Argyle, Rizzio y otras dos personas cuando repentinamente entraron Darnley y Ruthven, á quien como enfermo que estaba de gravedad sostenian dos hombres. Iba armado de todas armas y el brillo del acero hacia resaltar mas y mas la palidez de su semblante. Detúvose delante de la reina y le dijo: es preciso que Rizzio salga de este cuarto. Mi voluntad es de que se quede en él, dijo María. Esto ofende vuestro honor, gritó Darnley. ¿Qué es lo que ha hecho? preguntó la reina. Ruthven replicó: ha ultrajado á Vuestra Alteza de una manera que no me atrevo á decirlo. María entonces se levantó precipitadamente, y el desgraciado Rizzio pasando por detras de ella le cogió el vestido para que le sirviese de escudo contra los asesinos, pero Darnley le hizo soltar la presa. Los agresores derribaron la mesa y las luces, y Jorge Douglas arrancando de la vaina el puñal que el rey llevaba en el cinto hirió el primero á Rizzio, quien arrastrado á la sala inmediata quedó muerto por cincuenta y seis puñaladas.

La reina estaba embarazada de siete meses cuando fue testigo de aquella abominable escena. En vano con el rostro bañado en lágrimas procuró enternecer á su indigno esposo dirigiéndole las mas fervientes súplicas para salvar á Rizzio, mas apenas supo que este habia muerto cuando esclamó: *nó mas lágrimas, pensemos en la venganza.* Mientras en el interior del palacio se cometia el asesinato, el conde de Morton que era canciller del reino y que como tal debia castigar el crímen, á la cabeza de ciento sesenta soldados, guardaba las avenidas de la regia morada á fin de asegurar la ejecucion del atentado.

Bien pronto retrocedió Darnley al ver las consecuencias del crímen que habia ordenado; deseando recobrar el amor de la reina por medio de alguna prueba de adhesion se unió á su suerte y la ayudó á escaparse cuando marchó á Edimburgo para trasladarse al castillo de Dunbar á donde muy luego fueron á reunírsele con sus vasallos Huntley, Bothwell y muchos otros lores. María entonces tomó la superioridad sobre los asesinos de Rizzio que se refugiaron en Inglaterra, porque la reconciliacion de Darnley con la reina, al mismo tiempo que trastornó sus planes les quitó todos los medios de sostener la lucha. A la primera noticia del trágico acontecimiento que habia tenido lugar en Holyrood, Murray, Argyle y los demas lores proscritos entraron en Escocia y consiguieron el perdon de María, poniéndose á sus órdenes, y ayudándola á rechazar á Morton, á Ruthven y á sus cómplices que pasaron al condado de Northumberland bajo la proteccion de Isabel.

A pesar de que Darnley, segun hemos visto, concibió é hizo ejecutar á su vista el asesinato del secretario de la reina, afirmó en un manifiesto que no habia tenido parte alguna en aquel atentado: mas esto solo le grangeó el odio de los que le sirvieron y el desprecio del público que abominaba de su bajeza. La reina puso á disposicion de la justicia siete de los asesinos de Rizzio, cinco de los cuales fueron absueltos, y dos espiaron su crímen en el cadalso. Por temor de comprometer á su esposo no quiso que se procesara á los poderosos que armaron el brazo de los ejecutores subalternos; y á pesar de esta delicadeza el ingrato Darnley lejos de

mostrarse reconocido, de cada vez la ofendia mas con los estravíos de su vergonzosa y depravada conducta. El nacimiento de un hijo que María parió en 19 de junio de 1566 pudiera estrechar los lazos que unian á los dos esposos, si Darnley hubiese sido capaz de renunciar á sus abyectas costumbres y de contentarse con el segundo lugar. Rechazado por la reina no tenia crédito alguno en la corte, é incesantemente se quejaba de verse casi abandonado, puesto que no le era dable contar sino con las personas de su servidumbre. Imposibilitado de dispensar gracias y hacer servicios, los nobles se desdeñaban de incorporarse en su comitiva y de manifestarle el respeto que solo se tiene al poder. Cansado Darnley de una posicion que tanto ofendia á su orgullo determinó librarse de ella dejando la Escocia; y sin embargo que hizo equipar un buque á fin de trasladarse al continente y de que en una larga conversacion con María se despidió de ella y le dijo que no volveria á verla en mucho tiempo, tantos preparativos no tuvieron resultado alguno.

Mientras que Darnley era el blanco del desprecio de los cortesanos y de la aversion de su esposa, ganaba terreno en el ánimo y en el corazon de esta un nuevo favorito que era el conde de Bothwell, grande almirante de Escocia y que en todos los disturbios que habian trastornado el pais desde la llegada de la reina siempre tomó la defensa de esta. Cuando el asesinato de Rizzio se encontraba en Holyrood, y no vaciló en hacer armas contra los matadores. Gracias á él María pudo retirarse á Edimburgo, y obligar á Morton y á los suyos á que abandonasen la Escocia. Sus servicios fueron recompensados con el gobierno del castillo de Dunbar, y si bien era enemigo del conde de Murray, se reconcilió con él y los dos vivian en la corte aparentemente amigos.

Poco le plugo á Isabel que la reina de Escocia hubiese dado á luz un hijo, y al recibir la noticia en el baile que á la corte daba, esclamó que María era feliz, puesto que era madre de un hermoso niño al paso que ella no era mas que una planta improductiva. Aceptó no obstante título de madrina del príncipe, y mostróse muy satisfecha de que se la hubiese elegido para cuidar del desti-

no del jóven monarca. Bajo este aspecto el nacimiento de Jacobo daba á su madre un ascendiente que debia ofender é inquietar á Isabel. En efecto su empeño en negarse á tomar esposo tenía en continuas ansias á sus súbditos que quisieran tener definitivamente arreglada la sucesion á la corona, y que en el hijo de la reina de Escocia veian el futuro heredero del trono de la Gran Bretaña. Esta disposicion de los ánimos aumentaba el odio de Isabel hácia su parienta, cuyo gobierno embarazaba de continuo, por temor de que hiciese uso de sus derechos personales á la corona de Inglaterra, derechos que eran para Isabel muy temibles. De aqui se deduce fácilmente que nada olvidaba para sacar partido de las faltas de su rival, á cuyos adversarios alentó siempre, ora apoyando las revueltas con sus armas, ora preparando traiciones con sus consejos.

Fatigada María de un esposo indigno de ella y obligada á luchar entre dos partidos que se disputaban el poder puesto en sus manos, hubiera necesitado de una firmeza de espíritu muy rara para librarse de los peligros que la rodeaban, puesto que habia de defender simultáneamente el honor de su persona y la independencia de su autoridad. En vez de servirse del conde de Murray, de cuyos talentos hizo prueba en otra ocasion, acordó su confianza á Bothwell que se valió de ella para arrastrarla á fatales resoluciones. En un encuentro con los habitantes de las fronteras el conde quedó herido y la reina fue á verle, aunque estaba á seis leguas de distancia, y volvió el mismo dia. Esta visita, que quizás no era otra cosa que una prueba de consideracion, fue interpretada como una señal del amor adúltero de María por el favorito. Aquel viage precipitado le causó una enfermedad grave durante la cual su marido se abstuvo de verla; y aunque se le presentó cuando estaba convaleciente fue recibido con mucha frialdad y se marchó al dia inmediato. La desunion que entre ambos esposos reinaba alentó á Maitland de Lethington, Huntley, Argyle, Bothwell y á muchos otros para proponer á María que disolviese su matrimonio y perdonara á Morton y á sus cómplices refugiados entonces en Inglaterra. María se negó á lo primero temiendo perjudicar la legitimi-

dad de su hijo, y sin embargo accedió á lo segundo: de manera que Morton y sus amigos volvieron á su patria. El dia 17 de diciembre de 1566 se celebró en Stirling y con la mas solemne pompa el bautismo de Jacobo, al cual no quiso asistir Darnley temiendo que no se le harian todos los honores debidos al esposo de la reina. Algunos dias despues sin despedirse de nadie se marchó á Glascow en donde tuvo las viruelas, y despues de curado visitóle la reina con la cual se trasladó á Edimburgo en 15 de enero de 1567. Por temor de que la enfermedad que Darnley habia sufrido se pegase al príncipe se alojó á aquel fuera de la ciudad en una casa aislada á donde todos los dias iba la reina á visitarle y se hizo en fin arreglar un cuarto debajo del de su esposo. Mientras al parecer se preparaba una reconciliacion entre los dos consortes, Rothwell y Maitlan de Lethington fueron á ver el conde de Morton que vuelto de su destierro residia cerca de Edimburgo, y despues de descubrirle la conjuracion tramada contra la vida de Darnley le propusieron entrar en ella. Morton quiso saber si la reina consentia en el homicidio y exigió una órden escrita por su mano la cual se empeñó Rothwell en presentarla. Vuelto este magnate á la corte y al salir de un baile que en la noche del 9 de febrero de 1567 dió la reina con motivo del casamiento de una de sus damas, en compañía de algunos malvados que estaban á sus órdenes, se introdujo en la iglesia de Kirk-Field contigua á casa de Darnley é hizo colocar una mecha que iba á parar á un barril de pólvora puesto debajo del cuarto del esposo de la reina. Entre las dos y las tres de la madrugada oyóse una esplosion terrible que derramó el espanto en toda la ciudad de Edimburgo, voló la casa habitada por Darnley, y su cuerpo y el de un page suyo se encontraron tendidos en un campo vecino. Parece indudable que eran sabedores de este crímen casi todos los individuos del consejo privado, entre los cuales los hubo que tomaron parte en él y otros consintieron en que se cometiese, sea por el odio que tenian á Darnley sea para perder con mas seguridad á Rothwell á quien este atentado habia de cubrir de una mancha indeleble. Al saber María la repentina muerte de su esposo vertió abundantes lágrimas y dió pruebas de

un dolor sincero. Habiéndose ofrecido una recompensa de mil libras esterlinas al que descubriese á los asesinos, apareció en Edimburgo un pasquin que denunciaba á Bothwell y á algunos de sus amigos como autores y cómplices del delito, y acusaba á la misma reina de indiciada en aquella conjuracion abominable. Mandóse al autor del pasquin que compareciese ante el consejo privado á fin de justificar su acusacion, y contestó con otro pasquin que en el domingo inmediato se presentaria con cuatro testigos con tal que antes se depositase en manos seguras la cantidad ofrecida y fuesen puestos á disposicion de la justicia, José Rizzio hermano de David, y Bastien que era uno de los criados de la reina. El autor de tan atrevidos pasquines era Jaime Murray que pertenecia á una de las mas poderosas familias de Escocia y que en aquellas circunstancias no fue mas que el eco de la opinion pública cuya voz indicaba á los mismos personages designados en el pasquin. Al mismo tiempo el conde de Lennox padre de Darnley escribió á la reina pidiendo venganza contra Bothwell, reclamando su captura y la de otras dos personas de la servidumbre de María y exigiendo la convocacion de la nobleza y la de los demas brazos del estado. El consejo fijó el dia 12 de abril para dar principio á aquel célebre proceso, plazo harto inmediato pues solo daba á Lennox quince dias de tiempo para disponer las pruebas. Llegado el momento presentóse Bothwell con una numerosa comitiva de partidarios suyos armados de puñales y espadas y llevando al lado á Morton y á Lethington. Lennox no se atrevió á comparecer ante un acusado tan audaz y un tribunal vendido, é hizo protestar contra un procedimiento en que se violaban todas las leyes. Los jueces desecharon su reclamacion, y Bothwell defendido por Morton fue declarado inocente por unanimidad.

La imprudente María encargó á Bothwell que llevase el cetro al trasladarse ella al parlamento, cuya abertura tuvo lugar dos dias despues de aquella declaracion escandalosa. La asamblea ratificó las mercedes y los honores que á manos llenas concedió la reina á los amigos de Bothwell, el cual por su parte fue agraciado con el gobierno de Edimburgo y con considerables tierras. A fin

de grangearse el amor del pueblo alcanzó de María una declaracion en favor de la Iglesia reformada, cuyos principios obtuvieron la sancion real. Semejante condescendencia tan obstinadamente negada por la reina prueba el grande ascendiente del nuevo favorito que deseaba hacer suya la opinion de la muchedumbre y asegurarse el apoyo del clero protestante. Mientras tenian lugar estos acontecimientos el conde Murray, cuyo valimiento no podia luchar con el de Bothwell, tomó el partido de trasladarse al continente pues no queria autorizar con su presencia los desaciertos del gobierno ni amistarse con un hombre á quien el crímen habia deshonrado y era fuerza que lo precipitase desde la cumbre de los honores. Lennox buscó un asilo en Inglaterra y Bothwell que no veia en torno suyo mas que cortesanos, cómplices ó esclavos suyos se apresuró á dar cumplimiento á sus proyectos.

A los seis dias de haberse abierto el parlamento fue disuelto, y en la misma noche de la disolucion Bothwell convidó á cenar á los principales individuos de la asamblea y les leyó un escrito en el cual despues de afirmarse que el conde no habia tenido parte alguna en el homicidio de Darnley se empeñaba mucho á la reina á que en el caso de que juzgase conveniente dar la mano á alguno de sus súbditos se dignase elegir á Bothwell cuyo nacimiento y cuyos señalados servicios le hacian merecedor de tanta honra. La mayor parte de los convidados no tuvieron el tiempo ni la serenidad necesarios para reflexionar atentamente acerca de las palabras y la importancia de aquel escrito, en el cual continuaron sus firmas ocho obispos, nueve condes y siete lores, entre los cuales estaban Morton y Lethington. Pertrechado con esta aprobacion hija de la embriaguez ó del servilismo, el conde reunió un cuerpo de caballería de cerca de dos mil hombres y esperó á la reina á su vuelta de Stirling á donde habia ido á ver á su hijo. Al emparejar con ella cogió las riendas del caballo y la llevó al castillo de Dunbar sin que María protestara ni de palabra siquiera contra la violencia que á su persona se hacia, segun lo afirma Melville, fiel y muy adicto amigo de María que estaba presente y á quien se hizo prisionero, asegurándosele que todo aquello se practicaba con cono-

cimiento de la reina. Quizás esto no era cierto, pero no hay cosa alguna que lo desmienta. Mientras qne María de grado ó por fuerza continuaba en el castillo de Dunbar, Bothwell que dos años antes se casó con lady Juana Gordon, seguia haciendo diligencias para disolver su matrimonio por causa de parentesco, al mismo tiempo que su muger pedia el divorcio acusando al marido de haber cometido adulterio con su propia hermana. En solos diez dias se instruyeron estos complicados procesos, y dos tribunales distintos pronunciaron la eterna separacion de entrambos esposos. Libre ya el conde permitió trasladarse al castillo de Edimburgo á la reina que no hacia mas que mudar de cárcel y que hubo de creer que la opinion pública no se oponia á su himeneo con Bothwell, puesto que nadie tomaba las armas para arrancarla de manos del conde. Rodeada de los amigos de este no pudo oir el clamor general que tachaba á este de asesino de Darnley, y creyó sinceramente que la acusacion contra él lanzada era una calumnia. Imposible es saber y muy arriesgado prejuzgar lo que aconteció en los castillos de Dunbar y de Edimburgo, si el matrimonio fue una consecuencia necesaria de la mas temeraria violencia; mas como quiera que sea, María por medio de un manifiesto declaró que perdonaba á Bothwell la opresion en que la tuvo, y que en gracia de sus leales servicios le conferia nuevos honores. Efectivamente al dia inmediato le dió título de duque de Orkney, y en 15 de mayo de 1567 un ministro protestante bendijo en la sala de armas de Holyrood la union de Bothwell y de María. Si en el estravío de una pasion irresistible la reina convino voluntariamente en contraer aquel nudo fatal, no tardó en llevar la pena de su locura; porque su nuevo esposo tan violento y grosero como Darnley le hizo sufrir humillaciones y ultrages, confinóla en su cuarto y se esplicaba en su presencia y lejos de ella en términos en que el cinismo iba mezclado con el menosprecio. Dícese que quiso valerse de ella para que le fuese entregado el príncipe de Escocia, y que con este motivo se condujo tan brutalmente que María desesperada quiso darse la muerte para huir de su tiranía.

Morton, Ruthven y los demas amigos que con su brazo y sus

consejos tomaron parte en los ambiciosos y criminales proyectos de Bothwell no tardaron en armarse contra él, porque si bien fueron cómplices de sus crímenes no quisieron serlo de su infamia que ningun efecto produjo, ya que el poder en sus manos era vacilante. Perseguido el usurpador por el odio público, diariamente perdia aficionados, y al fin no pudo conjurar la temible confederacion hecha por los mas poderosos del reino á fin de derribarlo. Lord Horne que era uno de ellos, á la cabeza de ochocientos caballos sorprendió á la reina y á su esposo en el castillo de Borthwich, pero los dos se escaparon y fueron á buscar un asilo en Dunbar, desde donde María llamó á las armas á los suyos, mas á este llamamiento acudió muy poca gente con la cual resolvió no obstante probar fortuna. Los dos ejércitos se encontraron en Corberry-Hill; pero el embajador frances impidió que llegasen á las manos, y se entablaron negociaciones. Bothwell deseoso de lavarse la mancha que sobre él habia recaido por la muerte de Darnley tuvo la audacia de provocar á sus acusadores á singular combate. El desafío fue admitido con mucho gusto por el conde de Lindsey y por muchos otros confederados; pero Bothwell se retractó, porque la victoria sobre ser dudosa no hubiera podido rehacerle en la opinion pública, y si no hubiese muerto en el duelo, era probable que á su vencimiento siguiese una muerte ignominiosa. No pudiendo María contar con sus tropas tuvo que abandonar á su esposo, licenció el ejército y se puso á merced de sus adversarios confiada en la palabra del valiente Kirkaldy de Grange que en nombre de todos los lores se obligó á obedecerla y respetarla cual su dignidad merecia. Bothwell se fue á las islas Horcadas, y con algunos buques ligeros se hizo á la vela para Dinamarca; pero estrechado por los barcos escoceses que le iban al alcance, á duras penas pudo llegar á Noruega. El virey despues de apoderarse de sus papeles lo puso preso, y habiendo sido encerrado mas tarde en la fortaleza de Malmoe falleció despues de diez años de cautiverio víctima de la mas furiosa locura. Su reinado, si puede dársele este nombre, solo duró un mes. Este hombre tan criminal como ingrato sufrió el cas-

tigo que sus crímenes merecian, y que sin embargo no basta para que la posteridad lo compadezca.

María puesta á merced de los confederados en vez del respeto que le ofrecieron hubo de sufrir los mas indignos tratamientos. Hecha el blanco de las amenazas y de las burlas de la tropa, perseguida á su entrada en Edimburgo por los insultos del populacho que le presentó una bandera en que se veia á Darnley asesinado y al príncipe de Escocia pidiendo venganza al cielo; y encerrada despues en la cárcel del Preboste pasó en ella veinte y cuatro horas absolutamente sola sufriendo todos los tormentos del miedo. En efecto todo podia temerlo de sus enemigos despues de semejante ultrage y de haber faltado de un modo tan solemne á las promesas que le hicieron. Custodiada por soldados fue conducida al castillo de Lochleven en donde se confió su custodia á la madre de Murray, cosa que agravió mucho sus penas porque esta señora á fuer de dama que habia sido de Jacobo V odiaba de muerte á María. Mucho humilló á esta la presencia de semejante muger que desempeñaba el oficio de carcelera, con tanto mayor celo, en cuanto satisfacia con esto antiguos resentimientos.

Con el objeto de destronar á María los lores confederados convinieron en arrancarle su abdicacion y en revestir con la regencia al conde de Murray. Lindsey á quien se dió este encargo lo cumplió tan brutalmente, que ni siquiera tuvo las consideraciones debidas al sexo de la cautiva, la cual sin dignarse leerlo firmó lo que le fue presentado, diciendo que su consentimiento arrancado á la fuerza no tenia valor alguno. El comisionado se separó triunfante, y los lores se apresuraron á coronar al hijo de María que solo tenia dos años y que tomó el nombre de Jacobo VI.

Murray que se habia retirado á Francia á fin de no tomar parte en los acontecimientos cuyo fatal éxito vaticinaba, volvió muy presto á Escocia y fue á visitar á María en Lochleven. Esperaba esta encontrar en su hermano un defensor para sus peligros y un consolador para sus quebrantos; sin considerar que la ambicion cierra el alma á todos los sentimientos de gratitud y ternura. Asi fue que

la vituperó cruelmente procurando ofrecer ocasion de un rompimiento que debia serle útil porque las desgracias de María era fuerza que trajesen por resultado trasladar el poder á sus manos. Supo sacar partido de su mucho talento para afirmarse en el mando, y logró contener los partidos dominándolos á todos. María entre tanto no perdia la esperanza de recobrar el trono, pues contaba con el prestigio de los recuerdos, y ademas eran armas muy temibles su talento y su belleza. De ellas echó mano para seducir á Jorge Douglas hermano del dueño del castillo que le servia de cárcel. Esta intriga sin embargo fue descubierta á la par que la tentativa hecha por la reina para escaparse en trage de lavandera; pero en la fortaleza vivia tambien Jaime Douglas jóven de diez y siete años que procuró la libertad á María arrojando las llaves en un lago y condujo á la fugitiva á la orilla opuesta en donde fue recibida por Jorge Douglas, lord Seton y muchos señores de la poderosa familia de los Hamilton. Ante todo revocó la reina su abdicacion, y llamó á las armas á los escoceses que acudieron á su vez en mucho número. Murray se encontraba en Glascow, y aunque sus tropas eran menos que las de su hermana, siguió su marcha y en un combate dado cerca de Langside derrotó á sus adversarios despues de una hora de brava y encarnizada pelea. María que desde una eminencia fue testigo de la victoria de su contrario corrió á caballo sesenta millas á fin de no caer en sus manos, y finalmente se detuvo en la abadía de Dundrennau para tomar algun reposo. Viéndose amenazada por enemigos implacables y desesperando ya de su suerte tomó la resolucion de fiarse á la generosidad de Isabel que en los últimos tiempos pareció abrazar su defensa puesto que habia reclamado su libertad. Embarcóse pues en la lancha de un pescador, tomó tierra en Workington y al dia siguiente fue recibida en Carlisle con las mayores muestras de respeto por parte del gobernador.

Aqui termina el reinado de María y comienza su largo martirio. Seducida por los ofrecimientos de servirla y por las pruebas de adhesion que en sus cartas le dió la reina de Inglaterra, solicitó una entrevista; pero Isabel le mandó decir que no podia acceder

á su demanda, si antes no se sinceraba de las acusaciones con que habia manchado su honor. María no juzgó del caso negarse á dar una esplicacion voluntaria; pero se hubiera avergonzado de responder como acusada, porque no la alcanzaba jurisdiccion alguna, ni habia príncipe que tuviese derecho de constituirse su juez. Isabel sin embargo sacó partido de su condescendencia para hacer que la reina de Escocia se presentase ante una comision presidida por el duque de Norfolk. Sus protestas de nada sirvieron y el artificioso Cecil logró desvanecer los escrúpulos de María persuadiéndola que no se trataba de procesarla sino de poner en claro la conducta de sus enemigos, los cuales en caso de resultar culpables serian entregados á la justicia. La incauta María dió su consentimiento, y la comision inglesa citó ante ella el regente Murray. Compareció este en persona acompañado de Morton, de Lindsey, y del astuto Lethington, é hizo cargo á su hermana de su matrimonio con Bothwell asesino de su primer esposo. Decia que si la nobleza de Escocia tomó las armas fue para castigar á este asesino y nó para ir contra María que cansada de las agitaciones y zozobras que el poder trae consigo, acabó por una abdicacion voluntaria. Por lo dicho se ve que el regente no echaba mano de todas las ventajas que podia; mas esta moderacion era hija de un proyecto secretamente hecho para casar á María con el mismo duque de Norfolk presidente de la comision. Este magnate, poderoso por su nombre, por sus riquezas, y por su influjo sobre los católicos y sobre algunos protestantes, hostiles bajo diferentes aspectos al gobierno de Isabel, era capaz de lograr por medio de su matrimonio con María que Murray recobrase la gracia de esta; y tal era el motivo porque el regente guardaba ante la comision tantas consideraciones. Cecil supo penetrar este misterio, y habiendo amenazado á Murray con que perderia el apoyo de Isabel, le hizo comprender que en atencion á la conducta que con la reina de Escocia habia observado, era inútil que esperara conservar su favor si de nuevo ocupaba el trono. Desengañado por los consejos de Cecil ó intimidado quizás por sus amenazas, Murray determinó hacer nuevos cargos á su hermana, acusándola de cómplice en el asesinato

de Darnley, y en los criminales planes que se fraguaron contra la vida del príncipe su hijo. Como pruebas del delito presentó una arquilla llena de versos y de cartas amorosas dirigidas á Bothwell por la reina, y aunque ante todo era preciso justificar que aquellos papeles fueron escritos por María, satisfecha Isabel con haber puesto sobre aquella infeliz el sello de la infamia, despidió á Murray para Escocia pertrechado con dinero para que sedujese ó venciera á sus adversarios, y le prometió socorrerle con armas en caso necesario. María quedóse prisionera y agobiada con el peso de una acusacion de que no podía sincerarse sin descender de su rango. En tales circunstancias convino en justificarse ante Isabel, puesto que no era dable reconocer la jurisdiccion de otra persona alguna, y trasladada á Tutbury en el condado de Stafford sufrió todas las privaciones y todos los rigores que á sus carceleros plugo.

En absoluto reposo pasaron los diez primeros años del reinado de Isabel; porque la Inglaterra solo tomó una parte indirecta en los disturbios políticos y religiosos del continente; mas las persecuciones que en todos los estados europeos sufrian los reformistas llevaron á la Gran Bretaña fugitivos de todas las naciones y de todas las clases sociales. A fuer de hombres turbulentos y obstinados los recien venidos amenazaban la seguridad del gobierno, que para contenerlos adoptó leyes sanguinarias. De manera que todo el que se negaba á jurar la supremacía espiritual del soberano era castigado con pena de muerte, y el que usaba preces distintas de las fijadas en la liturgia pagaba una crecida multa y sufria un largo encierro. Estas medidas sin embargo solo hacian mártires é hipócritas, dejando en el fondo de los corazones una ira muy dispuesta á inflamarse. Los puritanos por su parte comenzaban á echar raices en la opinion del pueblo, y detestando las ceremonias y las formas esteriores del culto y rechazando las gerarquías sacerdotales eran harto hostiles á la religion del gobierno. Tenian sostenedores en la corte y en el consejo, á pesar de lo cual sus principios no podian menos de desagradar á Isabel que intentó sofocarlos con el rigorismo. A ejemplo de su padre estableció en materias de fe, el sistema de intolerancia: contradiccion monstruosa, pues-

to que la fuerza de los protestantes dependia del libre exámen de las doctrinas, y si combatieron á la Iglesia romana y zaparon el edificio de su grandeza fue apoyándose en este derecho. El gérmen pues de la revolucion que estaba oculto bajo la apariencia del reposo público recibió nuevo impulso con la permanencia de María en Inglaterra. Sus desgracias hicieron que sus faltas le fuesen perdonadas por la muchedumbre á la cual interesaba la suerte de una reina descendida desde un trono á una cárcel; y los que de cerca la trataban, seducidos por sus encantos y por las gracias de su talento, se convertian en partidarios suyos á despecho de sus opiniones. A pesar de que se la vigilase con muchísimo esmero, no por esto dejaba de sostener una vasta correspondencia. En las cortes católicas tenia embajadores, y en Inglaterra agentes celosos que alimentaban el descontento en las provincias en que era preponderante el número de los católicos. De algunos síntomas amenazadores dedujo Isabel la general disposicion de los ánimos y envió á Sussex al norte á fin de prevenir la formidable insurreccion que dirigian los condes de Northumberland y de Westmoreland, correligionarios de María, y que se unieron á muchas familias poderosas para librarla del cautiverio y devolver la supremacía á la fe romana. Al frente de nueve mil hombres marcharon sobre Durham y se perdieron gastando ocho dias en el sitio del castillo de Barnard, pues Sussex aprovechó este plazo para reunir tropas y atacó á los insurrectos cuyo valor habian menguado las privaciones y las fatigas. Abandonados por los dos condes que huyeron á Escocia, los insurgentes sin resistirse apenas se dispersaron y fueron castigados por los vencedores con una severidad que bien puede calificarse de barbarie. En efecto batidos por los campos y montes, cual podia hacerse con fieras, mas de ochocientos de ellos espiaron su rebelion en una horca.

Vuelto Murray á su patria segun dijimos, y pertrechado con el dinero de Isabel, pronto triunfó de los enemigos de su poder, apoderándose de los señores de mayor influjo. Hallábase entre sus mas temibles adversarios Maitland de Lethington autor del proyecto de matrimonio entre María y Norfolk y que ahora estaba enojado

contra la inconstancia del regente que despues de apoyar aquel plan hizo que fallase. Asocióse con él Kirkaldy de Grange que estaba ofendido de Murray y sus amigos por haber violado las promesas hechas por él á María á fin de separarla de Bothwell. Este caballero que era gobernador del castillo de Edimburgo y que tenia á su cargo la custodia de los presos por el regente los puso en libertad y abrió las puertas de su fortaleza á Lethington. A pesar de esto Murray no solo se sostenia sino que diariamente se afirmaba mas en el poder cuando el dia 23 de enero de 1570 fue asesinado por Hamilton de Bothwellhaugh. Este hombre que fue cogido despues de la batalla de Langside pudo salvar la vida, pues habiéndosele confiscado los bienes, se entregaron á un favorito de Murray que echó de su casa á la muger de Hamilton recien parida y que al dia siguiente fue encontrada casi muerta de frio en un campo en donde pasó la noche en medio de la desesperacion y á la inclemencia de una noche helada. Aunque pudo volvérsela la vida perdió para siempre la razon, y su esposo que juró vengarla, hirió mortalmente de un tiro en una calle de Edimburgo á Murray que era la primera causa de su infortunio. Conseguido su objeto pudo refugiarse en Francia. Murray político hábil era digno de la elevada fortuna que alcanzó, pues asi por su talento como por su humanidad sobrepujaba en mucho á los hombres de estado contemporáneos y compatricios suyos. A la verdad su memoria está deshonrada con la mancha de ingratitud hácia su hermana, mas esta falta no disminuye el mérito de su gobierno juicioso y firme que fue causa de que se le apellidara el buen regente. Despues de su muerte todo cayó en un caos, pues el conde de Lennox su sucesor y abuelo del príncipe de Escocia fue muerto en Stirling y el poder que de pronto pasó á manos del conde de Marr, fue mas tarde á parar á las de Morton.

Las escenas de que fue teatro la Escocia ocasionaron la pérdida de un hombre tan ilustre por su elevado nacimiento como por sus calidades personales. Este hombre fue el duque de Norfolk digno heredero del talento y de las virtudes de su padre el conde de Surrey que fue víctima de la cavilosa crueldad de Enrique VIII.

Elegido Norfolk presidente de la comision que creó Isabel á fin de decidir las discordias entre María y sus súbditos que se convirtieron en acusadores, no pudo dejar de interesarse vivamente en favor de la reina de Escocia, y la perspectiva de su matrimonio con esta princesa tan notable por los atractivos de su talento y el resplandor de una corona cautivaron su corazon é impusieron silencio á su entendimiento. Murray habia alentado sus esperanzas, y el duque sometió á su deliberacion un proyecto de convenio que el conde tuvo la bajeza de entregar á Isabel; y Norfolk encerrado en la torre en 9 de agosto de 1569, salió de ella el 4 de agosto del año siguiente despues de haberse comprometido á no casarse nunca sin previo conocimiento de su soberana. Mas aunque sus labios hubiesen jurado renunciar á la mano de María, su ambicion aguijoneada quizás por el amor, le hizo violar su promesa y tomar parte en las intrigas de los católicos que le eligieron por gefe. Esclui- dos por las leyes los de esta comunion de todos los empleos y colocados en una situacion que ponia sus vidas y sus fortunas á merced del poder, aspiraban á sacudir un yugo insoportable para sus conciencias y para sus intereses. Con este fin mantenian relaciones con los embajadores de Francia y España que les proporcionaban ausilios pecuniarios y dirigian sus proyectos. Por este motivo Norfolk fue segunda vez detenido, y llevado ante una comision de veinte y seis pares no solo se le imputó haber conspirado para apoderarse de la reina á fin de obligarla á que consintiese en su union con María, sino tambien haber tenido noticia y ausiliado un proyecto de desembarco que el duque de Alba debia verificar en Inglaterra á la cabeza de diez mil hombres con el objeto de variar la religion y el gobierno del pais. Norfolk confesó únicamente que habia entrado en relaciones con un banquero florentino, aunque sin otro objeto que proporcionar socorros á los escoceses partidarios de María á quienes la fidelidad habia reducido á la miseria, y de ningun modo para tomar á su sueldo ingleses rebeldes y mucho menos soldados estrangeros. En aquella época eran los procedimientos tan irregulares que es difícil saber si el duque era realmente reo de todos los delitos que se le imputaban. El tormento

interrogaba á los testigos, y truncado el contenido de los documentos que servian para la acusacion, no podian producirse sino pruebas equívocas ó incompletas. A pesar de esto el duque fue condenado. Bien que Isabel temiese ofender la adhesion del pueblo hácia el magnate, bien que quisiera hacer gala de una sensibilidad fingida, ello es que tres veces dió y revocó la órden para ejecutarse la sentencia. Finalmente Norfolk murió en un cadalso protestando su fidelidad.

El mar que defendia á Isabel de invasiones estrangeras no pudo ponerla al abrigo de los ataques de la corte romana. Ocupaba entonces el solio pontificio Pio V, el cual creyó servir la causa de María procediendo judicialmente contra la hija de Enrique VIII á la que declaró convicta de heregía y por tanto destituida del trono de Inglaterra. Isabel respondió á esta agresion quejándose á todas las cortes del continente, y prohibió con muy rigurosas penas la introduccion de la bula en su reino; pero el fervor religioso triunfó de todos los obstáculos, de modo que la bula no solo penetró en Inglaterra sino que fue fijada en las puertas del palacio episcopal. El que tuvo esta osadía era un rico ciudadano llamado Felton, el cual sufrió la muerte sin delatar á ninguno de los que habian distribuido copias de la escomunion lanzada contra la reina. Este incidente fue causa de que las dos cámaras agravasen las penas que estaban ya en vigor, y asi es que se hicieron varias leyes condenando á muerte á cualquiera que atribuyese á otra persona que no fuese Isabel el derecho de reinar en Inglaterra ó le diera los epitetos de cismática y usurpadora. La misma pena se impuso á cualquiera que solicitase una bula ó dispensa del papa; al que se proporcionara ó llevara cruces ó rosarios bendecidos por el pontífice, y á quien recibiese la comunion segun los ritos establecidos por la Iglesia católica. Hízose finalmente otro estatuto mandando que en el término de seis meses volviesen al reino todos los que se encontrasen fuera de él so pena de confiscárseles los bienes. Al mostrarse el parlamento tan riguroso contra el papismo servia la política de Isabel; pero ya habian tenido entrada en su seno los puritanos, y Strickland que era uno de ellos presentó siete proyectos de ley con

el objeto de que se despojara al culto de las esterioridades supersticiosas con que lo habian cargado. La reina asi por gusto como por razon de estado queria conservar algun simulacro del ceremonial católico, y Strickland llamado ante el consejo despues de una severa reprension quedó inhibido de presentarse en el parlamento hasta nueva órden. Los comunes se irritaron contra esta decision que consideraban atentatoria á sus privilegios, y con este motivo varios miembros se atrevieron á mostrar teorías tan nuevas como temibles para el poder. Uno de ellos sostuvo que este debia ser limitado por las leyes de las cuales no era árbitro de librarse, y en caso de que lo hiciera era un deber el resistirlo. Estos principios, arrojados al acaso, si quizás habia quien los recogiese, y si por casualidad fermentaban secretamente en el ánimo de alguno, no encontraban todavía eco en la opinion pública. A pesar de esto la reina no osando desafiarlos permitió á Strickland que volviese á su plaza, y la cámara reconocida no insistió en que se discutiesen las leyes que fueron causa primera de aquella disension. El célebre Bacon guardasellos en aquella época y que era el intérprete del resentimiento de Isabel, al prorogarse las cámaras las reprendió severamente en nombre de la soberana por la arrogancia y presuncion de muchos individuos que habian querido atribuirse el conocimiento de materias superiores á la escasez de sus luces. Efectivamente el objeto de Isabel era hacer que el parlamento descendiese al secundario rango de un consejo municipal para confiarle los negocios relativos al bien material del reino, reservándose ella el exámen esclusivo de los pertenecientes á religion y á política. Por muy difícil que fuese sostener este estado de cosas lo consiguió Isabel durante su reinado, gracias á su conducta firme y oportunamente conciliadora, lo cual basta para hacer su elogio y comprender hasta qué punto llegaban su habilidad y sus conocimientos en la ciencia del gobierno.

Desde que Lutero repudió la unidad de la fe católica no habian faltado hombres audaces que salvaron los límites fijados por el patriarca de la reforma, y uno de ellos que fue Calvino habia logrado hacer muchos prosélitos cuya mayor parte estaban derrama-

dos por los Paises-Bajos y por la Francia. Al advenimiento de Isabel empuñaron el cetro de este último reino las débiles manos de Francisco II que falleció despues de diez y ocho meses de un reinado turbulento y azaroso á causa de las encarnizadas rivalidades entre católicos y calvinistas. Los primeros tenian á su cabeza á la casa de Lorena, cuyos gefes eran el cardenal de este título y el duque de Guisa, y estaban al frente de los segundos el príncipe de Condé y el almirante de Coligny. Habia sucedido á Francisco II su hermano Cárlos IX, y por su menor edad regia las riendas del gobierno su madre Catalina de Médicis, que harto débil para sobreponerse á los dos bandos que destrozaban el reino los halagaba alternativamente esperando hacer servir al uno para acabar con el otro. Esta ambigua y pérfida conducta aprovechó únicamente para encender mas y mas el odio y dar nuevas fuerzas á los sectarios de Calvino, que dueños ya de muchas provincias amenazaban con un cambio de religion y de gobierno. Cárlos llegado entre tanto á la mayor edad y dirigido por su madre determinó aniquilar con la astucia á los enemigos á quienes no podia destruir con la fuerza, y ofreció la mano de su hermana Margarita al jóven rey de Navarra que mas tarde fue Enrique IV. Atraidos á la corte para asistir á la ceremonia de la boda acudieron á Paris el almirante Coligny y los principales señores protestantes, que recibidos con estraordinario agasajo por el rey y su familia se adormecieron en una seguridad fatal de que les despertó el horrible degüello del 24 de agosto de 1572, conocido en la historia con el nombre de San Bartolomé. Varias fueron las provincias en donde se ejecutó lo mismo, y Orleans, Lion, Burdeos, Ruan y Tolosa imitaron á la capital y se convirtieron en teatro de las mas sangrientas y horrorosas escenas. Lisonjeábase la corte de que un solo golpe habia dado fin con todos sus enemigos; pero bien pronto se alzaron mas audaces que nunca y con una sed de venganza que los hacia aun mas temibles. Desde entonces tuvieron ademas el apoyo de sus correligionarios de otros paises, entre los cuales debe contarse á Isabel que al principio se limitó á ofrecerles un asilo y á enviar dinero y armas á los que en el Poitou se resistian con valor al ejército real. Dos años

despues de aquel horrible suceso espiró Cárlos IX martirizado por los remordimientos, y subió al trono con el nombre de Enrique III su hermano el duque de Anjou que no pudo llevar adelante las negociaciones entabladas en otro tiempo para casarse con la reina de Inglaterra. En 1572 habia esta concluido un tratado de paz con la Francia, y al advenimiento del nuevo monarca creyó oportuno confirmarlo, sin que por esto dejase de apoyar secretamente á los reformados en la lucha que con el rey sostenian. Despues de guerras infructuosas y de tratados de paz hechos con mala fe declaráronse contra Enrique III sus súbditos católicos formando una asociacion llamada la Santa Liga, que queria destronar al rey y poner en su lugar al duque de Guisa.

Mientras que la Francia estaba destrozada por la guerra civil y religiosa, habíanse emancipado del dominio de Felipe II de España los Paises-Bajos, dirigidos por el príncipe de Orange que arrancó para siempre al monarca español la Holanda y la Zelandia. Isabel sostuvo á los insurreccionados con subsidios y tropas, ó mas bien con aventureros ingleses á quienes se permitió que fueran á combatir bajo las banderas de los belgas. Llamado por estos acudió allí el duque de Anjou hermano del rey de Francia cuyo sucesor fue en las pretensiones á la mano de Isabel, y para dar mayores muestras de su pasion se trasladó á Inglaterra de incógnito, lo cual no desplugo á la reina, á juzgarse por la manera con que fue recibido. Alentado con nuevas esperanzas pidió por medio de embajadores la mano de Isabel y volvió en persona para ajustar la union que ya parecia cierta, pues la reina le habia enviado un anillo como prenda de su fe, y estaban dispuestos los preparativos para el himeneo; pero una intriga dirigida segun se dijo por el conde de Leicester anubló de repente las esperanzas del príncipe frances y las de las cortes estrangeras que habian recibido aviso oficial de la conclusion del matrimonio. Isabel alegando que no podia casarse con un papista sin grave descontento de sus súbditos hizo entender al duque de Anjou el rompimiento de su union, y el príncipe no menos pasmado que ofendido arrojó el anillo nupcial y quiso marcharse al momento; pero la reina no supo consentirlo y con

promesas oportunamente empleadas lo detuvo tres meses mas á su lado. Finalmente dió la vuelta á Bélgica, y despues de haberle salido mal la tentativa que hiso para apoderarse de Amberes y de algunas otras ciudades en que queria reinar á fuer de soberano, en 1584 murió corrido y despechado.

Mientras que la hija de Enrique VIII divertia y escandalizaba alternativamente á la Europa con sus matrimonios tan pronto á punto de concluirse como rotos, María Stuart sufria el mas duro cautiverio en el castillo de Fotheringay. Privada del aire y del sol ocupaba una habitacion húmeda y con las ventanas llenas de inmundicias; incomodidades todas que eran un tormento insoportable para una señora que desde su iufancia se habia visto rodeada de todos los goces y esquisidades que puede inventar el lujo. La prision de María aseguraba la supremacía de Isabel en la Escocia, y la afirmaba mas en el trono de Inglaterra al cual la escocesa tenia derechos no menos fundados que los suyos. El conde de Morton que obtuvo la regencia de su pais se habia vendido á Isabel, pero su avaricia fue muy luego causa de su ruina. Jacobo VI que tenia ya doce años quitó el poder á Morton ausiliado en esta empresa por algunos señores escoceses que ya no podian soportar el despotismo del regente. El jóven rey acordó su gracia á los favoritos Esmé Stuart á quien hizo duque de Lennox y á Jaime Stuart segundogénito de lord Ochiltree. Morton quiso recobrar el poder, y habiéndosele entonces procesado como cómplice en el asesinato de Darnley, á pesar de sus protestas de inocencia fue condenado. Mientras iba al patíbulo este hombre que habia gobernado la Escocia y poseido tantas riquezas hubo de pedir veinte chelines porque quiso dar limosna á los pobres. Es digno de notarse que fue decapitado con una máquina que durante su mando habia hecho venir de Halifax y la cual era un informe ensayo de la guillotina. Jaime Stuart que fue su acusador heredó una parte de sus bienes, y como ya poseia los títulos y bienes confiscados al conde de Arran, no tardó en señorearse del poder si bien le fue arrancado por el conde de Gowrie y otros señores que se apoderaron de la persona de Jacobo y de las riendas del estado. Protegidos por Isabel

reinaron sin obstáculo por algun tiempo; mas el príncipe logró escapárseles y recobrando su autoridad confióla de nuevo al conde de Arran. Deseosa Isabel de poner á cubierto de toda pena al conde de Gowrie y á sus amigos, dirigió á Jacobo una carta escrita en tono magistral y en la que apoyada en una máxima de Isócrates le empeñaba á que cumpliese la palabra que dió de perdonar á los conjurados. Jacobo tan erudito como su madrina, le respondió con otra cita de Isócrates y asegurándole que deseaba vivir en paz y buena correspondencia con ella. En vista de esto Isabel le envió con el título de embajador al célebre Walsingham que era uno de los primeros hombres de estado de su tiempo, y que agradado de los conocimientos del monarca escoces hizo á Isabel tan favorable relato de ellos, que esta determinó guardar á Jacobo muchas mas consideraciones.

Si gracias á su prudente conducta mantenia Isabel la paz con las potencias continentales veíase forzada á rechazar dentro del reino los ataques de los puritanos y de los católicos. Los primeros que tenian partidarios en la cámara de los comunes trabajaban para alcanzar el derecho de ejercer públicamente su culto, y al ver fallidas sus esperanzas hicieron libelos contra la reina la cual se vengó mandando aplicar mas severamente cada dia las penas de cárcel, confiscacion y muerte, establecidas contra los disidentes. No por esto se crea que los católicos eran castigados con mas lenidad y perseguidos menos activamente, puesto que á fuer de adversarios religiosos y políticos del gobierno estaban de continuo amenazados por cobardes delaciones que ponian en riesgo sus fortunas y sus vidas. La mayor parte de ellos huyeron de su patria, y fundaron en Francia seminarios de donde salian presbíteros jóvenes que clandestinamente tornaban á Inglaterra para socorrer y enseñar á los fieles. Entre los misioneros habia neófitos de la órden recientemente fundada por Ignacio de Loyola. Como la organizacion de esta compañía tenia por base la unidad mas rigurosa y la obediencia mas absoluta, hacíase muy temible y provocó contra ella la solicitud del parlamento. Tratóse de coger á los dos jesuitas Roberto Persons y Eduardo Campion, por haber publicado muchos escritos

que la autoridad tuvo por peligrosos, y aunque el primero se escapó, el segundo y otros doce presbíteros católicos fueron juzgados y condenados como conspiradores y casi todos perecieron en el cadalso. La reina, imparcial en medio de su severidad, perseguia de la misma manera á todos los enemigos de su iglesia, y asi fue que se mandó salir del reino á varios anabaptistas que se habian refugiado en Londres cuando su proscripcion de Alemania, y los que no obedecieron la órden y se negaron á abjurar espiaron su obstinacion en el patíbulo.

Al paso que Isabel procuraba sufocar en su reino todas las comuniones y sectas religiosas enemigas de la iglesia anglicana, sostenia con ausilios pecuniarios la causa de los reformados estrangeros. En Francia proporcionó ausilios para resistir á la liga dirigida por el duque de Guisa Enrique de Borbon que estaba á la cabeza de los protestantes, y los belgas sublevados contra la España recibieron de ella un refuerzo de seis mil hombres mandados por su favorito el duque de Leicester. A su llegada quiso este que se le diese el título de capitan general con estensas y despóticas atribuciones, con el objeto quizás de hacerse soberano; pero su capacidad no correspondia á su ambicion, y batido en el campo de batalla y puesto en enemistad con los estados, al llamamiento de Isabel hubo de restituirse á Inglaterra en donde volvió á ocupar el primer lugar en el corazon de su soberana.

Entre las personas cuya existencia amenazaba la seguridad de la hija de Enrique VIII era la mas temible, aunque estuviese presa, la reina de Escocia cuya presencia en Inglaterra servia de punto de reunion á los católicos que sostenidos por los príncipes de su comunion tramaban diariamente nuevos planes á fin de derrocar á Isabel y restablecer con el advenimiento de María la religion romana. Enojoso seria referir á los lectores el pormenor de las intrigas urdidas para llegar á este resultado, y por esto mencionarémos tan solo aquellas que llaman la atencion por su importancia. No es dable pasar en silencio el plan de que se supuso autor á Francisco Trogmorton gentil-hombre del condado de Chester. Confesó este que de acuerdo con la reina de Escocia las tropas españolas

acaudilladas por el duque de Guisa habian de intentar un desembarco en Inglaterra, en donde esperaban que se les reuniesen los católicos ingleses. A consecuencia de este descubrimiento Isabel despidió de su corte al embajador de Felipe II, y aunque Trogmorton durante el procedimiento se retractó dos veces de sus declaraciones que supuso arrancadas por los dolores del tormento y por el temor de la muerte, fue sin embargo condenado como reo de alta traicion. Por esto no puede saberse con certidumbre si en las circunstancias de aquella conjuracion se mezclaron hechos inventados de propósito ó desnudos de pruebas, ni qué parte pudo tomar María en la empresa. Otro plan de invasion que se encontró entre los papeles del jesuita Crichton alarmó hasta tal punto á los súbditos protestantes de Isabel que firmaron un convenio para sostener á la reina contra sus enemigos interiores y estrangeros. Los signatarios se obligaban ademas á que en el caso de que se atentara á la vida de la reina con el objeto de favorecer los derechos de algun pretendiente á la corona, no reconocerian nunca el título de la persona en cuyo favor se hubiese cometido tan atroz delito, sino que al contrario la perseguirian hasta la muerte. Esta asociacion que iba dirigida contra los derechos de María fue confirmada por una acta del Parlamento de 2 de marzo de 1585 en la cual se dijo que si algun pretendiente á la corona promovia rebeliones ó procuraba hacer tentativas en favor suyo ó contra la persona de S. M., esta nombraria una comision de veinte y cuatro individuos para que averiguasen el hecho y castigasen el delito. Que despues de pronunciado el fallo se publicaria un manifiesto declarando decaidos de todo derecho á la corona á los individuos convictos de autores ó cómplices de la rebelion ó tentativa y encargando á todos los súbditos de S. M. que los persiguiesen de muerte á ellos y á sus cómplices y adictos; y que en caso de que llegara á salir bien alguna conjuracion contra la vida de la reina, las personas por quienes ó á favor de las cuales se hubiese cometido maldad semejante serian declarados incapaces de ceñirse en tiempo alguno la corona y perseguidos tambien á muerte. Semejante estatuto á pesar de su severidad, solo sirvió para descubrir los temores del gobierno y

alentar mas bien que imponer á sus adversarios. A fin de combatir los manejos de estos, lord Walsingham ministro de Isabel acudió al infame medio de promover conspiraciones; de manera que algunos católicos vendidos al poder estimulaban á sus hermanos á que tramaran alguna conjuracion contra la reina ó enviaban cartas suplantadas escritas en nombre de María á personas cuya pérdida se procuraba. Los católicos espuestos al riesgo de verse comprometidos en conspiraciones imaginarias se veian impulsados á formarlas verdaderas, y las precauciones inventadas, á fin de asegurar mejor la vida de Isabel, en realidad únicamente servian para suscitar contra ella nuevos riesgos.

Antes que María residiese en el castillo de Fotheringay que fue su última morada habia sido conducida á muy diversos castillos pertenecientes á magnates ingleses, á quienes se obligaba á convertirse en carceleros y á sufragar los gastos cuyo reembolso apenas se atrevian á reclamar. Cuando estuvo en el castillo de Tutbury perteneciente al conde de Shrewsbury, cediendo á un acceso de ira nacido de sus largos sufrimientos escribió á la reina de Inglaterra una carta que debia ofenderla en gran manera. En ella so pretesto de referirle las habladurías de la condesa de Shrewsbury contra la misma reina traza un cuadro muy animado de los vicios y de las ridiculeces de Isabel á quien se atribuyen hechos tan impúdicos como deshonrosos para una muger. Represéntasela en dicha epístola como una muger que se anticipa á las pretensiones de sus muchos amantes cuyos agasajos compra. Se la supone adulada por las señoras de su servidumbre que delante de ella ponderan su belleza y que se burlan cuando estan solas: en una palabra, cada línea de aquella carta al mismo tiempo que presentaba á Isabel el cuadro de sus deformidades físicas y morales debia irritarla tanto mas en cuanto la mayor parte de ellas eran positivas. Protestaba María que no daba crédito á semejantes cargos; mas esta protesta era un verdadero insulto, y la imprudente reina de Escocia al firmar esta carta firmó sin duda la sentencia de su muerte; porque en política lo mismo que en las cosas ordinarias de la vida los acontecimientos mas grandes proceden con frecuencia de causas de

poca valía. La hija de Enrique VIII en medio de sus heroicas cualidades estaba dominada hasta el mas alto grado por las debilidades de su sexo que algunas veces la hicieron olvidarse de lo que convenia á su gloria. No atreviéndose á sacrificar por entonces á la persona que era objeto de su odio, hizo de cada dia mas insoportable su cautiverio, ya escatimándole los honores debidos á su rango, ya autorizando á sus guardias á que le negasen las cosas mas necesarias. Llegó su miseria á tal estremo que Amias Paulet puritano rígido y sordo á la piedad, el cual estaba encargado de la custodia de María en Fotheringay, creyó llegado el caso de pedir á Walsingham una cama para la reina de Escocia, pues la que tenia era tan mala que perjudicaba su salud. Efectivamente la desgraciada María privada del ejercicio de la caza á que tenia una aficion decidida llegó hasta el punto de no poder caminar; de manera que en el mes de junio de 1586 era menester llevarla en una silla las pocas veces que le permitian presenciar como tiraban á los ánades salvages en un estanque inmediato al castillo. En 17 de febrero le atacó un dolor al costado y su vida estuvo en mucho riesgo; pero Isabel no dejó que la naturaleza terminase los dias de una rival cuya existencia se le hacia diariamente mas penosa, y la conspiracion de Babington le proporcionó finalmente un pretesto para derramar la sangre de María. Era Babington un gentil-hombre tan distinguido por su fortuna como por su talento. Las desventuras de la reina de Escocia habian enardecido su imaginacion naturalmente romancesca y llevado hasta el frenesí su adhesion á la fe católica. Con tales disposiciones se ligó con los agentes de Walsingham que bajo la máscara de religion procuraron conspirar á fin de descubrir á su amo los que tomaban parte en sus tramas. Ballard que era uno de ellos impulsó á Savage que era un oficial al servicio de España á que se encargara de asesinar á Isabel, y habiéndose puesto en contacto con Babington, este le dió por compañeros á diez gentiles-hombres que se comprometieron á correr todos los riesgos de aquella empresa. Ballard les prometió el ausilio de España mientras que cierto Pooley espía oculto logró contraer íntimas relaciones con Babington y con sus amigos. Tendidas de esta

manera todas las redes fueron puestas en manos de María varias cartas de Babington, y como la prisionera contestó á algunas de ellas, Walsingham á quien fueron entregadas poseyó de esta manera la clave de la correspondencia de la reina de Escocia con el sello de que usaba. Mandó hacer uno y escribió cartas de las cuales resultaba que María no solo habia autorizado sino hasta dispuesto el asesinato. El ministro de Isabel dueño del secreto de los conjurados cuyos pasos seguia, los prendió á todos á escepcion de Salisbury que era uno de ellos y que pudo salvarse en pais estrangero. Por la misma época Paulet condujo á su prisionera á un castillo de la vecindad suponiendo que este viage era un favor que se le concedia para que la mudanza de aires mejorase su salud; pero al volver la prisionera á Fotheringay se encontró con que habian desbotado sus armarios y cogídole los papeles y hasta el dinero que tenia. Simultáneamente fueron encarcelados sus dos secretarios Curl y Nau, y todos los conjurados en número de catorce despues de un procedimiento sumario fueron condenados á la pena de los traidores (1), que sufrieron juntos. Este horrible espectáculo conmovió en gran manera y dió lugar á tales quejas que bien pudo temerse una sublevacion muy grave. No sucedió sin embargo cosa alguna, é Isabel dueña de los papeles de María los hizo leer en su consejo. Encontráronse entre ellos cartas escritas por algunos señores ingleses, los cuales le daban las mayores pruebas de adhesion y de respeto. Isabel las puso á parte sin hacer en cuanto á ellas observacion alguna; pero sus autores enterados de que estaban en manos de la reina vieron que convenia á su salvacion manifestarse enemigos encarnizados de María para que de este modo desapareciesen las sospechas que contra ellos militaban.

En el consejo que se celebró para decidir la suerte de la reina

---

(1) El suplicio de los traidores consistia en separar del patíbulo al reo cuando todavia respiraba: entonces el verdugo le abria el vientre para arrancarle las entrañas con las cuales le azotaba el rostro arrojándolas despues á un brasero. El paciente moria por fin decapitado ú ahorcado. En la ocasion presente siete de los acusados sufrieron una mutilacion tan bárbara como vergonzosa.



de Escocia los pareceres estuvieron discordes: algunos de los presentes rechazaron la idea de un procedimiento y de una ejecucion como cosas desusadas y terribles, el conde de Leicester recurrió á un veneno, pero Walsingham sostuvo que era mejor inmolar á María en virtud de una sentencia y prevaleció este dictámen. Eligiéronse cuarenta entre los mas ilustres señores del reino á fin de que instruyesen y fallaran aquel célebre proceso y se les añadieron cinco magistrados de los tribunales superiores. Dióse á aquel tribunal la comision de que hiciese comparecer ante sí á la reina de Escocia acusada de complicidad en el delito de Babington y de sus compañeros. María á fuer de princesa soberana negóse á reconocer jurisdiccion semejante, aunque manifestó que consentia en justificarse nó ante una comision sino en presencia de un parlamento libre. A pesar de esto el vicecanciller Cristóbal Hatton supo persuadirla que desistiese, haciéndole entender que su negativa seria interpretada como prueba de su culpa, y María despues de haber protestado consintió formalmente en someter su vida y su honor al juicio de un tribunal. Abandonada á los solos recursos de su talento defendióse con un tino admirable y sostuvo que nunca habia ausiliado las conjuraciones hechas contra Isabel, y que si en realidad se fraguó alguna tentativa mal pudo ella saberla ni trastornarla desde la estrecha prision en que estaba. Cuando se le presentaron copias de cartas escritas por Babington y que contenian los pormenores de la conjuracion y que al parecer iban dirigidas á ella, negó que las hubiese recibido. Pusiéronsele entonces á la vista los borradores de las escritas por su misma mano, y al verlas sostuvo que eran obra de un falsario y que la voz pública acusaba á Walsingham de que muchas veces habia hecho uso de este medio abominable. Walsingham que estaba entre los jueces se limitó á responder que en política todos los medios eran buenos, y que no era cierto que hubiese echado mano de este espediente, puesto que ni Babington ni sus cómplices le acusaron de semejante cosa. No siendo del caso entrar en los pormenores de una causa tan complicada nos limitarémos á decir que María no se mostró inferior á sus acusadores cuya mayor parte estaban acostumbrados á discusiones

de aquella clase. Aunque su ignorancia de la legislacion inglesa no le permitió invocar un estatuto segun el cual para declarar el crímen de alta traicion eran necesarias las declaraciones de dos testigos y el cáreo de estos con el acusado, no podia sacarse partido de esta omision involuntaria para privarla de su derecho. Esta sola circunstancia basta para viciar un procedimiento en que se cometian tales injusticias. Los dos secretarios de la reina reconocieron la autenticidad de las cartas escritas por Babington y María, aunque el uno de ellos se retractó mas tarde de la declaracion que se le atribuye. En cuanto á las deposiciones de los conspiradores publicadas despues de su muerte pudieron alterarse ó suponerse; y si en realidad las dieron era atroz creer á ciegas las acusaciones arrancadas por el tormento ó quizás por la promesa del perdon. De todo lo dicho se sigue que los cargos hechos á la reina de Escocia se reducen á testigos sospechosos y á documentos cuya autenticidad es muy dudosa, y á pesar de esto fue condenada por unanimidad, y sus jueces cuidaron de poner á cubierto los intereses de Jacobo declarando que la sentencia no perjudicaba á su honor, ni podia anular sus pretensiones al trono de Inglaterra.

Aunque la sentencia de muerte ponia en manos de Isabel la vida de su rival, su odio sin embargo no estaba satisfecho mas que á medias: no se atrevia á mandar que cayese la segur, y en aquellas circunstancias manifestó una indecision demasiado opuesta á su carácter para que no la haya reputado por fingida la posteridad como la reputaron sus contemporáneos. Puso en juego al parlamento, hizo que las dos cámaras la conjuraran en nombre del bien público para que inmolase á María, y respondió á sus solicitudes con un discurso estudiado lleno de reticencias y ambigüedades, y en el cual despues de acusar nuevamente á la reina de Escocia se lamentaba de la cruel posicion en que se la ponia, induciéndola á castigar con tal rigor á una princesa tan íntimamente ligada á su familia. A las nuevas instancias de los pares y los comunes, quejábase con dulzura de su pertinacia: y terminó su contestacion con estas equívocas palabras: „si yo dijese que no haré lo que me pedis, tal „vez diria mas de lo que intento; y si dijese lo haré, me veria



1. Ricardo Beauchamp, Conde de Warwick, gobernador de Normandia. 2. Dama de la Corte r. de Enrique VI

Pl. 24

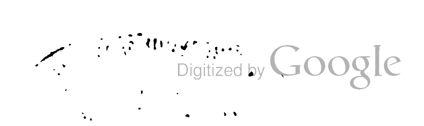




Valtoner Sculp.

1. RICHARD BEAUCHAMP COMTE DE WARWICK.
GOUVERNEUR DE NORMANDIE. Regne de Henri VI. (1439)

2. DAME DE LA COUR. Règne de Henri VI (1440)



„envuelta en dificultades tan graves, como aquellas de que voso-„tros quereis sacarme." Este hipócrita lenguage dejaba ver lo que la reina queria, y asi es que se iba preparando todo para ejecutar el último acto de aquella tragedia. Quitóse el dosel que cubria el asiento de la reina de Escocia, y se mandó á las personas de su servidumbre que se abstuviesen de guardarle las consideraciones y el respeto debidas á su alta clase. María soportó con calma y dignidad estos tratamientos precursores de su muerte; dió gracias á Dios porque iba á poner término á sus sufrimientos, y escribió á Isabel una carta pidiéndole que su cuerpo fuese trasladado á Francia para que reposase al lado de las cenizas de su madre, y rogándole que su muerte se ejecutase en lugar público, que se permitiese á sus servidores asistir á la ejecucion, y que se les distribuyeran los legados que pensaba dejarles en el testamento. Isabel no contestó á esta carta, bien porque no llegara á sus manos, bien porque se le resistiese verificarlo. A la noticia del terrible atentado que la reina de Inglaterra meditaba contra una soberana parienta suya, y que en otro tiempo habia ceñido la corona de Francia, Enrique III envió apresuradamente á Londres al presidente Belliore, á fin de que hiciese entender á Isabel las graves consecuencias de semejante paso. Las reflexiones que no cuentan con el apoyo de la fuerza raras veces son eficaces, y la posicion del monarca frances no le permitia echar mano sino de palabras, puesto que vacilaba en su trono, minado por los ataques del duque de Guisa y de la liga; y asi fue que su intervencion no produjo efecto alguno. Jacobo de Escocia hijo de María obligado por la naturaleza y por el honor á practicar todos los medios imaginables á fin de salvar á su madre envió embajadores entre los cuales estaba Roberto Melville antiguo y fiel servidor de María; mas tenia por compañero á Le Maitre de Gray vendido desde mucho tiempo á la reina de Inglaterra y que se condujo como un traidor puesto que impulsó á los ministros ingleses á que inmolasen á la reina de Escocia encargándose de calmar el enojo de su amo. Jacobo no tenia valor personal ni firmeza de carácter; por otra parte aprobó la captura de María que le aseguraba en el trono y no se atrevia

á romper abiertamente con Isabel cuyo poder temia, y de quien deseaba ser heredero; por todo esto y no osando sacar la espada, llamó otra vez á sus enviados. A pesar de todo Isabel no se atrevia á sacrificar á su rival, nó porque la retrajese de ello la idea de cometer aquel delito sino porque no hallaba un pretesto con que cohonestarlo. Ansiosa de verter una sangre que debia apagar su odio hizo cundir alarmantes voces, ya suponiendo que los españoles, que el duque de Guisa ó que los escoceses habian invadido el territorio, ya que la capital estaba en vísperas de ser incendiada por los papistas, con lo cual logró que el pueblo exasperado por semejantes rumores pidió á voz en grito la muerte de la reina de Escocia, sirviendo con esto los secretos intentos de Isabel que querian aparentar que la forzaban á un sacrificio repugnante á su clemencia. Hostigada asi por la voz pública la reina mandó decir al secretario de estado Davidson que redactase la órden para la ejecucion, y al mismo tiempo envió un mensagero á los carceleros de María á fin de investigar si su adhesion seria tanta que se encargasen de abreviar los dias de la prisionera. Paulet respondió en nombre suyo y de su compañero negándose á semejante atrocidad y dejando entrever la ira que tal proposicion le habia causado. Isabel sorprendida pero tenaz quiso dar aquel odioso encargo al malvado Wingfield; pero accediendo á las reflexiones de sus ministros firmó la sentencia de muerte. Los condes de Kent y Shrewsbury llegaron á Fotheringay el dia 7 de febrero de 1587, y declararon á la reina de Escocia que debia morir al dia siguiente. María recibió esta noticia sin trastornarse y protestó que ya desde mucho tiempo aguardaba aquel instante que debia librarla de todas sus penas y se consideraba feliz con morir por la fe católica. El conde de Kent protestante frenético le propuso para asistirla al dean de Peterbourg; pero ella se negó á recibir los ausilios de un hombre cuya religion era distinta de la suya, y pidió como último favor que se le permitiese recibir los consuelos espirituales de su limosnero, sacerdote católico que estaba todavía en el castillo; y sin embargo no se accedió á esta demanda como contraria á la ley de Dios y á la del estado. Idos apenas los dos condes, toda la servi-

dumbre de María se manifestó desesperada y prorumpió en llanto, á cuya vista la reina dijo: „no es tiempo de llorar sino de „alegrarse, pues dentro de pocas horas habré dejado de sufrir: „Retiraos para que pueda recogerme en libertad." Aquella noche cenó poco, y antes de levantarse de la mesa bebió por la salud de todos sus criados y les rogó que le perdonaran cualquiera ofensa que les hubiese hecho con palabras ó con obras. Pasó gran parte de la noche poniendo en órden sus asuntos domésticos, y escribiendo varias cartas; y despues de haberse dedicado por un buen rato á la oracion se acostó á las cuatro de la madrugada. Al amanecer llamó á todas las personas de su servidumbre, leyóles el testamento, les distribuyó vestidos y dinero, abrazó á las mugeres, dió á besar la mano á los hombres, y se fue á su oratorio seguida de todos los criados que puestos de rodillas en torno de su infeliz señora, imploraron para ella la misericordia del cielo.

Habíase elegido para la ejecucion y entapizado de negro el grandioso vestíbulo de Fotheringay. Las ciento cincuenta personas espectadoras de esta tragedia eran los gentiles-hombres de la vecindad y la guarnicion que Paulet tenia en el castillo. Avisada María no se hizo aguardar mucho. Cuando bajaba de su cuarto encontró al anciano Melville mayordomo suyo, el cual cayendo de rodillas y juntando las manos esclamó „¡Ay señora! soy el hombre mas „desgraciado de la tierra; ¿he de volver yo á mi patria despues de „haber visto morir en Inglaterra y á manos del verdugo á mi bue- „señora.?" Los sollozos interrumpieron su voz y la reina le contestó: „cesa de afligirte, mi estimado Melville, porque el cadalso „va á poner fin á todas mis angustias: haz público solamente cuan- „do yo ya no exista que muero fiel á la religion, á la Escocia y „á la Francia: dí tambien á mi hijo y á mis súbditos que celo- „sa del honor de mi patria puedo vanagloriarme de que jamas „he hecho cosa alguna perjudicial á su gloria ni á su independen- „cia. A Dios, buen Melville, A Dios. Ruega á Dios por mí:" y al decir esto le abrazó bañada en llanto. Hablando en seguida al conde de Kent le suplicó que permitiese á sus domésticos presenciar su muerte, y como el conde se resistiese á ello diciendo que

sus gemidos podian importunarla y que era temible que escandalizasen á los espectadores con sus oraciones ó procurando recoger en sus pañuelos algunas gotas de la sangre que iba á derramarse, María insistió diciendo que estaba segura de que se conducirian de manera que nada pudiese echárseles en cara; y como á pesar de esto viese que el conde callaba, esclamó: «¿Tan grande es el „favor que os pido que no podeis concedérselo á una muger que „en otro tiempo era reina de Escocia y aun hoy es prima de vues„tra soberana?" El conde no se atrevió á obstinarse, y convino en que acompañasen á María dos damas de honor y cuatro de los empleados de su casa. Iba vestida con un trage rico, últimos restos de su pasada grandeza, y se adelantó hácia el cadalso con una gracia y con una magestad que admiraron á todos los presentes. Paulet le ofreció la mano que aceptó para subir al catafalco diciéndole: «os agradezco este servicio que es el único que he acepta„do de vos." Ocupó entonces una silla que se le habia preparado á fin de oir la lectura de su sentencia, y levantándose en seguida dijo á los espectadores, que habiendo nacido princesa soberana no estaba sujeta á la jurisdiccion del parlamento de Inglaterra. Despues de protestar de su inocencia asegurando que nunca habia tomado parte en los planes de asesinato dirigidos contra Isabel, acabó su discurso declarando que perdonaba de todo corazon á sus enemigos. El doctor Flescher dean de Peterborough la interrumpió entonces para decirle que Isabel deseando la salvacion de su alma le enviaba á él para que la trajera otra vez al gremio de la verdadera iglesia salvándola asi de las penas eternas. María se negó á escucharle, insistió el dean, acercóse á ella rogándole que lo escuchase, y la princesa viendo que no podia imponerle silencio se puso á orar en voz alta, implorando la proteccion divina á favor de su hijo Jacobo y hasta de la misma Isabel. Sus damas de honor empezaron á desnudarla; pero uno de los verdugos temiendo perder aquellos ricos despojos se adelantó precipitadamente para ofrecer sus servicios á la reina, que lo rechazó con dulzura y que sonriéndose le dijo, que ni estaba acostumbrada á tener semejantes pages ni á desnudarse en público. Cuando los criados de

María vieron que se acercaba el momento fatal ya no les fue posible contener el llanto, y la reina volviéndose hácia ellos se puso el índice en los labios para indicarles que callasen. Vendáronle en seguida los ojos, y fue conducida al fatal asiento. Allí se arrodilló y dijo en alta voz: „Dios mio, en vuestras manos encomiendo mi „espíritu." El ejecutor turbado con los suspiros y los sordos lamentos que en torno escuchaba hirió con mano trémula y fueron necesarios tres golpes para que la cabeza de la víctima quedase separada del tronco. El dean esclamó: asi perezcan todos los enemigos de la reina. Asi perezcan todos los enemigos del Evangelio, dijo el conde de Kent; y no se oyó otra voz que la de estos dos fanáticos; porque la compasion y el pasmo habian hecho enmudecer á todos los espectadores.

Cuando murió la reina de Escocia cumplian ya diez y nueve años que se hallaba cautiva, y los sufrimientos físicos y morales que en su prision la aquejaron hubieran sido bastantes para espiar sus yerros; asi fue que su muerte pareció la de un mártir. Al examinar su vida, es indispensable convenir en que aceleraron su perdicion las raras prendas con que la habian favorecido la naturaleza y la fortuna. No hubo en su tiempo princesa alguna que pudiese parangonarse con ella en hermosura, en instruccion ni en talento, y sin embargo la primera fue la causa principal de sus infortunios por el amor y por el odio que inspiró. Tampoco hizo buen uso del talento cuya mordacidad solo servia para irritar á sus enemigos y hacerlos inexorables; de manera que no mas le fue útil su amor al estudio en el cual encontró grandes consuelos en todas sus desventuras. Esta señora arrojada á los diez y seis años en medio de un pueblo grosero y feroz se condujo al principio con habilidad y prudencia; pero su matrimonio con Darnley probó muy luego que la rectitud de su juicio no correspondia á la altura de su posicion, supuesto que confiaba inconsideradamente su destino y el de su pueblo á un hombre falto de talento y de carácter. Todos los trágicos ó culpables incidentes de su vida fueron una consecuencia de este error primero. Unida á un esposo indigno de ella y cansada de los sufrimientos que le ocasionaron su

ambicion y sus depravadas costumbres, quiso sacudir el yugo que pesaba tanto á su orgullo como ofendia su delicadeza, y siguió los consejos de cortesanos sin piedad y sin conciencia que quizás á pesar de ella la hicieron cómplice en sus atentados. Esta nos parece la mas natural esplicacion del homicidio de su primer esposo. Sus enemigos han sostenido que tomó parte en este delito fundándose en su correspondencia con Bothwell; pero las cartas que forman esta correspondencia son copias cuya autenticidad ofrece muchas y grandes dudas. A pesar de esto el matrimonio de María con Bothwell no fue solo un error sino que de crímen lo calificó la opinion pública contraria á una union que parecia manchada con el adulterio y con sangre. Difícil es por cierto creer que María fuese absolutamente estraña á las conspiraciones tramadas contra Isabel, mas en descargo suyo puede tambien decirse que oprimida sin derecho no podia defenderse sino perdiendo á su rival: de todos modos la muerte de María tan sencillamente heroica ha purificado su memoria, restituyéndole el respeto y la admiracion de la posteridad.

Cuando se derramó por Europa la noticia de su suplicio alzóse contra Isabel un grito de horror que no pudieron acallar las hipócritas protestas de esta. No contenta con afirmar de una manera positiva que la ejecucion se hizo sin órden suya, vistióse de luto y envió al rey de Escocia una carta autógrafa manifestándole su quebranto. El secretario de estado Davidson que habia redactado y espedido aquella órden funesta pagó cara su obediencia, pues habiéndose declarado solemnemente que engañó al consejo en órden á las intenciones de la reina, fue condenado á una multa de diez mil esterlinas y á encierro en la torre por todo el tiempo que pluguiera á la reina. Lord Burleigh ministro de Isabel comprometido tambien en este negocio no tuvo la suerte de su compañero, cuya ruina pareció suficiente para justificar á la hija de Enrique VIII y satisfacer al rey de Escocia. De pronto manifestóse este dispuesto á vengar la muerte de su madre; pero el tiempo y los consejos de la prudencia no tardaron en contener aquel arranque de ira. A la verdad Jacobo apenas habia conocido á su madre y nunca sin-

tió por ella el afecto propio de un hijo; afecto que por otra parte se oponia á sus intereses, puesto que ocupaba un trono en detrimento de su madre. Hé aqui la causa por qué manifestó un enojo estéril é hizo víctima de él á su embajador Le Maitre de Gray á quien condenó á destierro perpetuo.

Hácia la época en que nos encontramos se habia hecho general en Europa la aficion á los viages marítimos, dispertada sin duda por las maravillosas hazañas de los españoles dueños en el Nuevo mundo de inmensos y ricos territorios que derramaban en la Península sumas prodigiosas. Una multitud de aventureros ingleses ansiosos por alcanzar alguna parte de aquellas riquezas, saquearon ciudades y provincias de América, y entre aquellos osados navegantes ó por mejor decir ladrones ó *forfantes* como se los llamó entonces, hízose notable por su audacia Francisco Drake que de vuelta de su viage á las Indias occidentales supo interesar en sus proyectos á la reina Isabel. Con la crecida suma que esta le diera y con la que facilitaron los cortesanos, Drake pudo armar cinco buques y dar en tres años la vuelta al mundo. Al tornar de su arriesgada empresa no tenia mas que un buque cargado con el fruto de sus robos evaluado en ochocientas mil esterlinas. Entonces la reina fue á comer á su bordo y le hizo caballero. Sir Juan Hawkind y sir Martin Frobisher alcanzaron tambien fama por su audacia y por sus hazañas en la misma carrera, y si bien las empañaron con robos y crueldades, hicieron olvidar sus faltas asegurando mas tarde la salvacion de su patria. El rey de España atacado en sus mejores posiciones, quiso echar mano de represalias, pero los marinos ingleses á quienes la ambicion daba intrepidez le hicieron esperimentar pérdidas inmensas interceptando sus galeras é incendiando y devastando las ciudades de la costa. Simultáneamente Isabel proporcionaba hombres y dinero á los insurreccionados de los Paises-Bajos; pero la incapacidad de Leicester que debia allí sostener el honor de las armas inglesas, malquistó á Isabel con los belgas, los cuales eligieron por su capitan general al príncipe de Orange, y Leicester cuyas ambiciosas pretensiones no habian tenido por resultado ganar batallas sino sembrar la division entre los

insurreccionados, volvió á Inglaterra en donde lord Buckhurst le acusó de traidor. El conde despues de haber tenido una entrevista con la reina triunfó de su enemigo que fue espelido de la corte y confinado en su casa en donde permaneció hasta la muerte del favorito.

Preparábase entre tanto Felipe II para vengarse de Isabel á quien reputaba por el obstáculo que mas se oponia á sus grandes planes. Efectivamente la ambicion del monarca español aspiraba á establecer en sus vastos dominios el poder absoluto y la fe católica para lo cual juzgó necesario apoderarse de Inglaterra y de Irlanda á fin de quitar á los protestantes el apoyo de una potencia temible ya por sus riquezas y por su marina. A este fin hizo armar en Portugal, Nápoles y Sicilia buques de guerra que componian la numerosa escuadra á la cual se dió el nombre de armada invencible. Mandábala el duque de Medinaceli y tenia á su bordo diez y nueve mil hombres de desembarco y dos mil seiscientas treinta piezas de artillería. Estas fuerzas debian reunirse con otra escuadra que aguardaba en los Paises-Bajos, y cuyo gefe el duque de Parma era uno de los mejores capitanes de su siglo. A fin de asegurar el éxito de la empresa Felipe habia alcanzado una bula de Sixto V en que declaraba privada del trono á la hija de Enrique VIII dejando su reino á merced del primer ocupante. A tan formidable ataque no pudo Isabel oponer otra cosa que el amor de sus súbditos protestantes, y la intrepidez de los marinos ingleses; pues si su flota estaba lejos de igualar asi por el número como por la magnitud de los buques á la del rey de España, era mandada por Drake, Hawkind y Frobisher cuyos talentos prometian ser secundados por los marineros á quienes el entusiasmo debia hacer invencibles. El interior del reino estaba defendido por numerosas y aguerridas tropas y por las milicias compuestas de todos los habitantes aptos pora tomar las armas. Algunas señales convenidas de antemano debian avisar la llegada del enemigo á quien los ingleses estaban determinados á combatir con las armas y con el hambre, devastando los territorios en que penetrase. Tenia tambien en zozobra á Isabel el temor de que hiciese causa comun con los españoles el rey de

Escocia á cuya corte envió en calidad de embajador á un diestro personage, que logró persuadir á Jacobo que le convenia resistir con todo su poder á la invasion de Felipe pues Isabel pensaba dejarle el trono por derecho de herencia, y en caso de que la España llegase á señorearse de Inglaterra debia contar perdida aquella corona. Esta consideracion decidió á Jacobo á rechazar los ataques de Felipe. La armada entre tanto se hizo á la vela en 19 de mayo de 1588, y aunque una tempestad la dispersó en el cabo de Finisterre haciéndole sufrir gruesas averías, á las tres semanas estuvo dispuesta á salir otra vez á la mar y penetró finalmente en el canal de la Mancha. Medinaceli hostigado por los buques ingleses cuya ligereza les facilitaba el ataque y la retirada, hizo rumbo hácia Calais y solicitó del duque de Parma que desde luego embarcase sus tropas para hacer una diversion; mas el duque no accedió á sus instancias y el almirante español amenazado por los brulotes tuvo el desconsuelo de ver como sus buques se dispersaban y huian en todas direcciones (1). Muchas naves fueron á estrellarse en la costa de la Zelandia. Desalentado Medinaceli con estas desgracias, despues de consultar á los principales gefes, tomó el partido de huir de la escuadra inglesa y de retirarse hácia el mar del norte estrechando las costas septentrionales de la Escocia y de la Irlanda; pero la violencia de los vientos estrelló en aquellas costas muchos buques, de manera que al entrar la armada en el puerto de San Andres habia perdido treinta buques de alto bordo y mas de diez mil hombres.

Si los elementos concurrieron al triunfo de los ingleses mas todavía que el valor de estos, es justo sin embargo reconocer que mostraron tanta resolucion como firmeza. Supo dispertar su entusiasmo la reina que habia prometido ponerse á su cabeza en caso que el enemigo desembarcase, y cuando el peligro se hubo desvanecido se dirigió á Tilbury á revistar las milicias y á gozarse en sus demostraciones de afecto. Los servicios de Drake y de sus ofi-

(1) Véase lo que acerca de esto dijimos en el tomo 3.º de nuestra Historia de España. (*Nota del traductor*).

ciales fueron generosamente recompensados, y aquella victoria en que ninguna parte tomó Leicester, estuvo á punto de proporcionarle una altísima fortuna. En efecto, la reina le habia ya conferido el título de lugarteniente de Inglaterra y Escocia, cuando habiendo retirado su publicacion, merced á las reflexiones que le hicieron Burleigh y Hatton, la repentina muerte del favorito vino á librarla del vituperio que le hubiera acarreado su debilidad. Revistado en Tilbury el ejército y licenciado en seguida, trasladábase Leicester á su castillo de Kenilworth cuando en el camino se sintió atacado por una violenta enfermedad que acabó con él en pocos dias. A la noticia de su muerte Isabel derramó copiosas lágrimas é hizo otras demostraciones de quebranto, sin embargo de lo cual mandó vender á pública subasta los bienes del conde, á fin de reembolsarse las cantidades que le habia adelantado. A su interesante figura reunia Leicester en el mas alto grado la gracia en el hablar, y una destreza suma para adular oportunamente; y sin embargo de que no tenia talento para la guerra ni para la política, su ambicion aspiraba constantemente á gobernar el ejército y á regir el estado. Dueño absoluto del corazon de la soberana, es seguro que hubiera llegado á invadir su poder, pues ni su reconocida incapacidad, ni la inconstancia de su afecto, ni el ver que Leicester solicitaba el amor de todas las damas de la corte pudieron hacer cauta á Isabel ni despertar sus zelos. Sospechábase tambien de él que habia hecho morir á su primera esposa y que se divorció de la segunda para casarse con la que era su dama, y no obstante todos estos cargos no bastaron para socavar su ascendiente, sino que mas bien le dieron nueva fuerza: felizmente no tuvo Leicester el tiempo necesario para abusar completamente de él y empañar las glorias de la reina. En el corazon de esta vino muy pronto á reemplazarle el conde de Essex hijo de la viuda de Leicester, y cuya juventud y hermosa apostura le grangearon el afecto de la reina que lo retuvo cerca de su persona. Fastidiado de su inaccion á los veinte años dejó secretamente la corte y fue á ponerse bajo las órdenes de Drake encargado de sostener las pretensiones de D. Antonio prior de Crato y aspirante al trono de Portu-

gal que por derecho de conquista ocupaba Felipe II. Fallada la empresa y vuelto Essex á ocupar su puesto al lado de la reina encontró allí á Gualtero Raleigh y á Cárlos Blount, rivales temibles que durante su ausencia alcanzaron el favor de la soberana. Blount cuya pericia en las armas le habia grangeado mucha celebridad en un torneo llevaba colgado del brazo el regalo que en aquella ocasion le hizo Isabel, que era una figurita de oro que representaba una reina de ajedrez. Essex lo desafió, vencióle, y el amor propio de Isabel satisfecho con un combate que halagaba su vanidad volvió todo su favor al conde. Raleigh fue enviado á Irlanda á tomar posesion de algunas tierras que se le habian dado, y con su ausencia se desvanecieron las probabilidades de la alta fortuna á que sin duda lo hubieran elevado su talento y su saber. No le quedaba al favorito mas enemigo que Burleigh, contra el cual se condujo un dia de un modo tan grosero que la reina testigo de la disputa le dió un bofeton. El conde echó mano á la espada esclamando que semejante ultrage no lo sufriria ni de su mismo padre, y este arrebato de ira que hubiera perdido á cualquier otro no le perdió á él porque era amado, sino que obtuvo perdon, y libre de Burleigh que murió poco tiempo despues, en 1598 disfrutaba de un poder ilimitado.

Estas privadas debilidades no distraian á Isabel de ocuparse con mucho ahinco en los negocios interiores y esteriores de su reino. Molestada sin cesar por los libelos que publicaban los no conformistas, pensó cortar de raiz el mal con reglamentos dirigidos contra los impresores, á quienes hizo vigilar inquisitorialmente y amenazó con severísimas penas; mas estas precauciones lograron solo imponer silencio á algunas prensas clandestinas, pues los puritanos que eran los mas activos en este género de lucha, y muchos autores y repartidores de aquellos escritos se dejaron sorprender á fin de hallar ocasion en que manifestar públicamente sus doctrinas. En vano mandó el parlamento que los no conformistas jurasen la religion establecida, porque se negaron á ello y sufrieron la muerte con firmeza. Los católicos de quienes la reina aun mas se recelaba vivian en un estado de opresion insoportable, y dia y no-

che estaban espuestos á visitas domiciliarias que penetraban en el asilo doméstico para buscar en él sacerdotes católicos. Los que osaban ocultarlos eran castigados con la confiscacion y con largas prisiones, y á pesar de este alarde de tiranía no fue dable sofocar las opiniones proscritas, y el gobierno cesó gradualmente de perseguirlas hasta en el santuario de la conciencia. En los últimos años de Isabel los disidentes gozaron de una tácita tolerancia.

Los cuidados de la reina de Inglaterra dirigíanse principalmente hácia la Escocia cuyo rey Jacobo VI llegado á la mayor edad deseaba perpetuar su dinastía con un matrimonio por mas que le embarazasen en la eleccion de esposa las intrigas de Isabel que quisiera condenarle al celibato á fin de que no pudiese transmitir sus derechos al trono de Inglaterra. Los ministros del jóven monarca vendidos á la Gran Bretaña, lograron desbaratar todos los proyectos de matrimonio que hizo su amo, hasta que resuelto este á encargarse por sí mismo del negocio, y habiendo alcanzado la mano de la hija segunda del rey de Dinamarca, tomó la caballeresca determinacion de ir á buscar á su novia que en su viage á Escocia fue por el mal tiempo arrojada á Noruega. Casóse con ella en Upsal y volvió á su reino despues de una ausencia de algunos meses. Trastornados con esto los planes de la reina hizo felicitar á Jacobo por su matrimonio; pero fiel á su antigua política continuó fomentando los disturbios de Escocia, á fin de tener al rey bajo su dependencia.

La Francia no menos que la Escocia llevaba desvelada á Isabel que seguia ansiosamente la marcha de los sucesos de aquel reino en donde los católicos y los protestantes se disputaban el poder con un furor inaudito. Enrique III débil é indolente monarca que no supo defenderse contra los ambiciosos proyectos del jóven duque de Guisa que aspiraba á reemplazarle en el trono, conociéndose incapaz de herirle con la espada de la justicia se deshizo de él por medio de un asesinato; mas alzados contra él por este motivo muchos de sus súbditos hubo de confederarse con el rey de Navarra gefe de los reformados. Los dos juntos se presentaron

delante de Paris cuya capital estaba muy próxima á sucumbir, cuando el fanático dominico Jacobo Clemente cambió de improviso el aspecto de los negocios. Presentado en Saint-Cloud al monarca frances lo mató de una cuchillada, y el rey de Navarra heredero legítimo de la corona se hizo proclamar con el nombre de Enrique IV é impetró el apoyo de Isabel que le envió cuatro mil hombres. Despues de gloriosas victorias el nuevo rey abrazó el catolicismo sin que por esta abjuracion cesase de combatir contra el rey de España y de unirse con la reina de Inglaterra á quien se le hizo doloroso su cambio de religion, pero prescindió de él porque temia á Felipe. Aunque el favor del conde de Essex nada perdió por la irreflexiva accion que no ha mucho hemos referido, impulsado por su espíritu ambicioso á sacar partido de todas las ocasiones oportunas para distinguirse en la política y en la guerra, se atrajo bien pronto su ruina preparada ya por su imprevision y ligereza. Desde el reinado de Enrique VIII que introdujo en Irlanda las instituciones políticas, y el sistema judicial de Inglaterra, gozaba aquella isla de una tranquilidad que no conoció en mucho tiempo, merced en gran parte á los desvelos de sir Juan Perrot que la gobernaba; pero caido este del favor de la reina á causa de intrigas palaciegas, se le dió un sucesor que ó bien por su poca firmeza ó por su mala suerte dió lugar á que estallase una peligrosa revolucion qne no fue capaz de sufocar. Al frente de ella estaba el conde de Tyrone, descendiente de los antiguos reyes de Ulster, que tenia el plan de hacerse independiente y que venció á las tropas inglesas en diferentes encuentros. Humillada la reina con estas derrotas, y sabedora de que Felipe proyectaba un desembarco en Irlanda, quiso dar un golpe decisivo y puso á su favorito al frente de un ejército de veinte y dos mil hombres, á fin de que acabase con los rebeldes. Con estas fuerzas y con el título de lord lugarteniente, partió Essex lleno de confianza, pero en vez de dirigirse hácia las provincias del norte, en donde estaba el principal cuerpo de los insurgentes, invadió el condado de Munster, sin alcanzar otra ventaja que apoderarse de varios castillos; y finalmente hubo de dar la vuelta á Dublin despues de perder gran número

de soldados. Sus derrotas y las sufridas por sus lugartenientes le pusieron en la necesidad de pedir socorros que le negó Isabel, nó sin vituperarle agriamente. En este estado, y no siéndole dable arriesgar un combate ajustó un armisticio con Tyrone, y sin esperar órdenes marchó á Inglaterra, creyendo que con esto neutralizaria los ataques de sus enemigos que le acusaban de connivencia con los rebeldes, y le suponian el plan de hacerse coronar rey de Irlanda. Isabel aunque sorprendida no le manifestó desagrado alguno y el favorito salió triunfante de su audiencia con la soberana; pero en la misma noche fue puesto bajo la custodia del canciller y hubo de sospechar que su temeridad pudiese producir consecuencias fatales á su fortuna. La reina estaba en efecto vivamente resentida contra él, porque su conducta le parecia un meditado desprecio de la autoridad real. El conde trató de apaciguarla con humildes ruegos y con un lenguage que hoy nos causaria risa; pero que entonces estaba de moda en la corte y debia halagar el corazon y el alma de Isabel. Envióla á decir que si persistia en mostrarse inflexible estaba resuelto á sepultarse en el retiro; protestaba que no habria felicidad para él mientras no pudiese encontrar la brillante luz de los ojos de su soberana; que en tanto que le fuese prohibido el verlos viviria en un estado semejante al de Nabucodonosor cuando pacia en el campo entre los animales, y que asi permaneceria hasta que pluguiese á la reina apiadarse de él. Por mas que de pronto se enterneciese Isabel con este mensage, lejos de dejarse vencer redobló su severidad para con el favorito que encerrado en su casa no podia tener comunicacion alguna fuera de ella ni aun con su misma esposa. Allí cayó enfermo de tanta gravedad que Isabel le envió una pócima preparada por ella misma, y que alivió mucho las dolencias del enfermo sin mas causa tal vez que haberle hecho concebir la esperanza del perdon. A pesar de esta galantería apenas se hubo restablecido fue juzgado por un tribunal compuesto de diez y ocho personas que le condenaron á suspension de todos sus empleos y á un encierro cuyo término dependia de la voluntad de Isabel.

Caido Essex de su alta fortuna, de pronto aparentó someterse

resignadamente al castigo que se le imponia, y envió á la reina con motivo del aniversario de su coronacion un magnífico regalo con una carta que tenia por objeto dispertar su ternura; pero Isabel guardó el regalo sin contestar al escrito, y á poco tiempo le revocó el lucrativo privilegio de vender vinos dulces que le concediera en los dias de su favoritismo. El impetuoso Essex atacado en su ambicion y en su fortuna mudó de repente de lenguage y de conducta, ensañóse contra la reina, vituperaba sus acciones, ridiculizaba su empeño en parecer jóven y hermosa, y decia claramente que era una muger física y moralmente vieja. Al mismo tiempo procuraba aumentar su popularidad haciéndose accesible á personas de todas clases y estados con la esperanza de asociarlos á su causa; y finalmente llegó hasta el punto de ofrecer sus servicios al rey de Escocia para asegurarle el trono de Inglaterra que á su decir queria Isabel dejar á una infanta de España, y aconsejaba á Jacobo que á viva fuerza obligara á la reina á asegurarle su herencia. El monarca escoces abrazando con calor el proyecto envió dos agentes para concertar los medios de ejecucion; pero el impaciente Essex habia resuelto obrar por sí mismo, apoderarse de palacio con el ausilio de sus amigos y exigir de Isabel que despidiese á sus ministros. Las indiscretas conversaciones del conde y sus intrigas habian dispertado la indignacion y la vigilancia de la reina que esta sobre el aviso y que sabiendo cuán pronto debia estallar la conspiracion mandó á Essex que compareciese ante el consejo privado. El conde recibió una carta en que se le advertia el riesgo, y en su vista celebró un consejo con sus partidarios, los cuales resolvieron tomar las armas al dia siguiente. En la hora fijada y cuando los conspiradores deliberaban todavía, el lord guardasellos, el conde de Worcester, sir Guillermo Knollys y el justicia mayor Popham llegaron inopinadamente á casa del conde, y habiendo dejado á fuera á las gentes que los acompañaban entráron todos cuatro en la asamblea y dieron órden á sus individuos para que se separasen. Essex se negó á ello diciendo que aquella reunion tenia por objeto asegurar su vida amenazada por asesinos, y en seguida habiendo hecho encerrar en una sala baja á los en-

viados de la reina salió á la calle con espada en mano seguido de trescientos gentil-hombres, entre los cuales estaban los condes de Southampton y de Rutland, y los lores Sands y Mounteagle á los cuales se reunieron en el camino el conde de Bedford, lord Cromwell y unas doscientas personas. Al atravesar las calles gritaban *viva la reina, su vida está amenazada y nosotros corremos á defenderla*, esperando que con esto se les reuniria la muchedumbre, mas el pueblo los vió pasar sin mezclarse con ellos. Essex juzgando malograda la empresa quiso volver atras, pero ya las calles estaban ocupadas por la milicia que impedia el paso y que dió muerte á muchos conjurados. El mismo conde viéndose casi solo se dirigió al Támesis que pudo atravesar para refugiarse en su casa en donde trataba de defenderse; pero al fin hubo de capitular y fue conducido á la torre con el conde de Southampton. Comparecidos ante los pares, los dos acusados sostuvieron que si habian celebrado conciliábulos no tomaron resolucion alguna criminal, ni pensaron absolutamente en amenazar los dias de la reina para echar abajo su gobierno; pero como esta defensa no bastaba para desvirtuar la evidencia de los hechos, el conde y su amigo fueron condenados á muerte. Essex entonces hizo llamar á un ministro puritano al cual descubrió todos los pormenores de sus negociaciones con Jacobo, como tambien todo lo que se habia tratado en las reuniones celebradas en su morada. Quizás esperaba que esta sincera confesion de su falta enterneceria el corazon de la reina. Dícese que esta en otro tiempo le habia dado un anillo que debia servirle de salvaguardia en cualquiera lance, que Essex puso este anillo en manos de la condesa de Nottingham para que lo entregase á Isabel; que la condesa hizo traicion á su confianza, y que la reina víctima de esta infidelidad se exasperó contra el orgulloso criminal que aun osaba desafiar su poder negándose á solicitar su clemencia. Despues de muchas dudas firmó la órden de ejecucion que se verificó en 25 de febrero de 1601. Essex se hallaba en la edad de treinta y tres años, y aunque poseia todas las prendas que cautivan la admiracion y el amor de la muchedumbre, llevando su bravura hasta la temeridad, su franqueza hasta la imprudencia y

sus generosidades hasta la profusion, hizo que estas virtudes le fuesen nocivas y abrieran el abismo en que finalmente lo precipitaron. Su muerte acibaró los últimos dias de Isabel y los abrevió sin duda. Apoderóse de su alma una sombría tristeza y contrajo una especie de debilidad que la hacia insensible á todas las distracciones é incapaz de dedicarse á los negocios. La fortaleza de su carácter pareció sofocada bajo el peso del dolor agravado en gran manera por la revelacion de la condesa de Nottingham que en el momento de espirar hizo saber á la reina el modo con que habia faltado á la confianza que le hizo el conde entregándole la sortija. Dios puede perdonarla, respondió Isabel, pero yo no la perdonaré nunca. Mientras que lentamente se iba consumiendo minada por un dolor para el cual no habia remedio, agitábanse en torno suyo los cortesanos, á fin de disponer de un trono que ella iba á abandonar muy presto. Su principal ministro Roberto Cecil se decidió á favorecer las pretensiones del rey de Escocia con quien mantenia secreta correspondencia, y Jacobo por su parte no desperdiciaba medio alguno á fin de ganar partidarios en la corte de Inglaterra adulando por este medio á todos los partidos. Antes de ahora hemos dicho que envió en calidad de embajadores al conde de Mar y á Bruce abad de Kinloss con el objeto de apoyar las intrigas de Essex; mas como á su llegada el conde ya habia muerto felicitaron á la reina por haberse escapado del riesgo que corrió su vida. Isabel oyó con gusto este mensage y aumentó en dos mil libras esterlinas la pension anual que satisfacia á Jacobo.

Durante estos acontecimientos, cuatro mil españoles mandados por el conde de Aguilar hicieron un desembarco en Irlanda en apoyo del conde de Tyrone que con el nombre de Onial habia tomado el título de rey, y continuaba resistiéndose á las armas inglesas. Ausiliado lord Mountjoy por Isabel obligó á Aguilar á que capitulase, y se convino con Onial quien consintió en descender de su trono con tal que se le devolviesen sus bienes, y se asegurara á sus partidarios la restitucion de los suyos, y el perdon de su conducta. Este feliz suceso es el punto final del glorioso reinado de Isabel que murió á poco tiempo y despues de una larga

agonía hija de la agitacion de su alma mas que de los sufrimientos de su cuerpo. Pasó muchos dias tendida sobre una alfombra guardando un bosco silencio, negándose á tomar alimento alguno y á recibir los socorros del arte. Su ahijado Roberto Carey era el único que podia estar en su cuarto, pues hasta las damas de la servidumbre eran escluidas de él, y privadas de servir á la reina que las alejaba de sí con una ira frenética. Siendo como era de la mayor importancia saber sus últimas disposiciones, Cecil acompañado del guardasellos, del lord almirante y del arzobispo de Cantorbery, se atrevió á interrogarla acerca de este asunto, y á sus preguntas dispertó Isabel de su letargo para responder que un hombre de nada, un miserable no podia sucederle, y que el rey de Escocia seria su heredero. El dia 24 de mayo de 1603 murió Isabel á la edad de setenta años y á los cuarenta y cuatro de reinado.

El feliz éxito de las empresas merece siempre los elogios de los contemporáneos y la admiracion de la posteridad; por esto no debe admirarnos que los ingleses conserven muy grata memoria de Isabel, que la citen con orgullo y que la coloquen en primera línea entre los príncipes cuyas virtudes han honrado el trono. Estas alabanzas por otro lado son en gran parte justas, pues cuando se quiere apreciar el mérito verdadero de las personas que manejan el poder es preciso contar con la naturaleza de los obstáculos que las contrariaron á fin de medir sus talentos con esta regla. Al subir Isabel al trono se vió colocada en una posicion embarazosa y que exigia la reunion de muchas cualidades que raras veces andan juntas. Necesitábase una firmeza superior á todos los riesgos y una maña pronta siempre á doblegarse ante la necesidad sin que nunca apareciese dominada por ella. Isabel atacada en el esterior por Felipe cuyo formidable poder semejaba estar á punto de sujetar á su yugo la Europa entera, logró vencerlo y crearle enemigos por todas partes. En el interior de su reino hubo de combatir incesantemente contra la religion católica subyugada pero nó destruida, y le fue preciso contener á las otras sectas animadas de un celo fanático, que desafiaban la muerte con alegría y que en la persecucion adquirian nuevas fuerzas. La reina superó todas estas

dificultades é hizo que sus súbditos gozasen los bienes de una larga paz que duró cuarenta años. A la verdad examinaudo de cerca su gobierno se ve que estaba fundado en un amplio despotismo; mas este despotismo se ejercia oportunamente y con medida; y ademas es menester no olvidar que lo habia recibido de su padre Enrique VIII cual una parte de la herencia, y que lo mitigó al pasar por sus manos. Acostumbrada la nacion á la mas servil obediencia pudo reputarse libre bajo el mando de Isabel cuya tiranía se ocultaba bajo formas hipócritas, é hipócrita lenguage. El parlamento gozó de una semi-libertad que era bastante entonces, y la reina trabajó siempre para grangearse el favor popular mostrándose accesible á todas las clases, á las cuales embelesaban sobre manera la afabilidad de sus modales, y el empeño que parecia tomar en sus intereses. La muerte de María Stuart, única falta pero que empañará siempre su memoria, fue un sacrificio hecho á la seguridad de su trono y de su persona, pues la reina de Escocia por su religion y su nacimiento amenazaba sin cesar al poder y hasta los dias de Isabel, y esta por medio de un crímen se libró de una rivalidad á que solo la muerte era capaz de poner término. Esta fue la causa verdadera del suplicio de María Stuart sacrificada cual un holocausto á las exigencias de la política. Otras pasiones hubo en verdad que contribuyeron á la catástrofe de que María fue víctima, mas contribuyeron de una manera secundaria, y por sí solas no hubieran producido nunca aquel acontecimiento. Se ha vituperado á Isabel su economía que rayó algunas veces en miseria, pero esta economía era hija de una causa muy grande, á saber, el de no verse precisada á recurrir con frecuencia al poder parlamentario cuyas condescendencias temia comprar á costa de su autoridad. Era indispensable ademas que acudiese á los gastos secretos de los agentes que tenia en el estrangero para investigar sus arcanos: ella fue la que perfeccionó esta táctica, que si bien está condenada por la moral quizás la justifica la suprema ley de la salud del estado.

El mismo argumento puede alegarse para escusar la doblez de Isabel, que sin duda provino de la posicion sembrada de riesgos, en la que se encontraba antes de subir al trono y que adquirió

medros con el ejercicio del poder soberano. Sus ministros y confidentes se quejaban tambien de su irresolucion, la cual le hacia diferir todas las cosas y pedir consejo á todo el mundo y hasta á sus doncellas; mas es necesario tener presente que cercada de hombres para quienes la franqueza era una cosa desconocida, contrajo una desconfianza grandísima que fue el verdadero orígen de su irresolucion; no por esto fue su gobierno menos firme. Al descender á su vida privada encontrarémos debilidades y hasta pequeñeces indignas de su carácter y de su rango. Habíase formado tan exagerada idea de su belleza que en este punto se creia superior á todas las mugeres, y escuchaba con afan las hiperbólicas alabanzas de sus cortesanos que la comparaban á Venus, y se mostraban pasmados al contemplar sus gracias. A fin de que sus súbditos le rindiesen el culto que ella misma se rendia, hizo derramar profusamente su retrato, prohibiendo á los pintores y dibujantes que lo reprodujeran de otro modo que copiando el modelo publicado por órden suya. No supo jamas desprenderse de los placeres propios de la juventud, y asi es que á los sesenta años bailaba todavía, y hasta su muerte conservó una aficion decidida por los atavíos. Dejó dos mil vestidos, y una inmensa cantidad de alhajas que le regalaron sus cortesanos y los que solicitaban de ella algun favor, pues Isabel vendió muchas veces su empeño con los jueces, ejemplo que fielmente siguieron los señores y damas de la corte beneficiando á la par que ella su valimiento. Cuando las arrugas, triste patrimonio de la vejez, no le permitieron dudar que sus gracias declinaban, dejó de consultar al espejo que le recordaba esta verdad amarga, prefiriendo atenerse al testimonio de las señoras de su servidumbre que la mantenian en su error y se burlaban despues de su credulidad. Algunas veces sus doncellas se permitieron mofarse de ella de un modo muy atrevido, poniéndole en la nariz las mudas que debian servir para dar color á sus mejillas. Su gusto por la hermosura era tan grande que en torno de ella no se veian mas que hombres y mugeres notables por su bella presencia. Cuando salia de casa su guardia iba separando del camino á todas las personas diformes á fin de no ofender la vista de la soberana con el espectá-

culo de las enfermedades humanas. Por mas que la prudencia fuese la virtud dominante de su carácter tenia algunas veces estraños arrebatos en que no respetaba edad ni rango, y asi es que no solo pegaba á sus damas y doncellas sino tambien á los cortesanos y oficiales. Cierto dia cogió por el vestido al guardasellos Hatton y lo empujó con aspereza, y en otra ocasion dió un golpe en la oreja del conde mariscal y escupió en la cara á sir Matthew. A fuer de heredera del paterno despotismo habia establecido en su corte una etiqueta servil y muy semejante á la que se guarda con los monarcas de oriente. Los dias de ceremonia cuando vestida con trage de gala atravesaba los salones de palacio todos los espectadores se hincaban de rodillas, y en esta misma postura colocaban los platos sobre la mesa real los oficiales de su casa. Las costumbres de Isabel estaban muy lejos de ser austeras y de justificar el título de reina vírgen que ella misma se habia dado, pues tuvo muchos amantes y cuidaba tan poco de ocultar la irregularidad de su conducta, como que la habitacion de Leicester en palacio tenia comunicacion con el dormitorio de Isabel. En la misma época Raleigh, Oxford, y muchos otros cortesanos participaban de sus favores, y á pesar de esto hay quien dice que tuvo un vicio orgánico que le impedia gozar los placeres de la sensualidad.

Al paso que se desarrolló la marina militar cuya creacion es obra de su reinado, adquirió medros la mercante. Al mismo tiempo se levantaron fábricas en lo interior del reino, y se autorizó una compañía de Londres para que esplotase las riquezas de la India. Otras mejoras sociales nacieron en aquella época misma, y entre ellas debe contarse el establecimiento de postas que tomó una forma regular; y el uso de los coches introducido en 1580 ofreció un modo de transporte mas cómodo, y permitió á las personas ricas desafiar el rigor de las estaciones.

Grandes escritores brillaron en el reinado de Isabel. En su corte descollaba Spencer que desplegó en sus versos una imaginacion rica y un estilo armonioso y puro; Shakespeare creaba la escena inglesa con las obras maestras que le han colocado en el primer rango de los poetas dramáticos de todas las naciones; el célebre

Bacon trazaba el camino que debian seguir las ciencias, camino allanado por las observaciones, y que mas tarde habia de producir útiles y brillantes resultados. A la verdad Isabel aunque dotada de una instruccion vasta no alentó los esfuerzos de los grandes escritores de su tiempo. Instruida á la par que su padre heredó de él el gusto por los estudios teológicos, y nó el amor á las bellas letras. Spencer sostenido por las larguezas de Felipe Sidney sobrevivió á su Mecenas y murió en medio de la mas horrible pobreza porque entonces solo gustaban de la poesía algunas almas delicadas que estaban mas allá del nivel de su siglo; el gusto no habia tenido lugar de formarse, y solo se admiraban los chistes injuriosos y los juegos de palabras que eran preferidos á la sencillez y á la naturalidad. Isabel hablaba muchas lenguas modernas; leia los autores griegos y romanos en las lenguas en que escribieron, ejercitábase en traducirlos, y hace muy pocos años que se encontró una version de *los consuelos de Boecio* escrita toda ella por su mano. Era Isabel escelente música para su tiempo, y puede decirse de ella que si no poseyó las mas apreciables virtudes de su sexo, tuvo por lo menos los talentos y las cualidades del otro cuyas funciones desempeñó con un esplendor que todavía brilla. Supo reinar, y en este concepto es digna de la admiracion universal.

JACOBO I.

Ningun obstáculo se opuso al advenimiento del hijo de María Stuart que fue á tomar posesion de la corona de Inglaterra en medio de las aclamaciones de sus nuevos súbditos. Esta repentina union de dos pueblos por tan largo tiempo enemigos sorprenderia á no ser fácil encontrar el motivo de ella en la posicion que tenia la Inglaterra al morir su soberana. Como esta jamas quiso casarse no dejó heredero directo ni quiso adoptar ninguno; pero el talento de los embajadores escoceses y la destreza de Cecil reunieron á todos los partidos en favor de Jacobo, quien solo tuvo contra él á sir Gualtero Raleigh y á algunos otros que soñaban en institucio-

nes libres sin que contasen con medios para llevar á cabo sus proyectos, comprendidos apenas del vulgo y que aun correspondian al dominio de las ideas. Estas fueron las razones porque el pueblo y todas las clases saludaron con unánimes aplausos al nuevo monarca que fue proclamado apenas Isabel cerró los ojos. Estremecido Jacobo al ver el inmenso concurso que le salió al paso cuando se dirigia á tomar posesion de su rica herencia, dió órden para disipar á la muchedumbre reunida por la curiosidad pero que imponia á su natural timidez. No es de admirar que asi fuese, porque habiendo estado espuesto en su patria á las continuas violencias de la nobleza y á los ataques del pueblo, en toda reunion veia un motin y miraba como un principio de sedicion lo que solo eran demostraciones de amor. Esto era poner en olvido la política de Isabel, que tanto procuró en todos tiempos mostrarse accesible hasta á la íntima plebe, y dar al pais motivos de desagrado. A esta primera torpeza añadió Jacobo una falta verdadera que fue mostrarse ingrato para con su bienhechora, pues no asistió á sus funerales, y mandó decir al embajador frances que no se vistiera de luto. Aunque el padre de Cecil contribuyó abiertamente á la muerte de María Stuart y el hijo fue el director de todas las intrigas que trastornaron el reposo de la Escocia, el segundo sin embargo supo captarse el favor de Jacobo á quien habia allanado el camino del trono de Inglaterra; y asi fue que obtuvo el título de conde de Salisbury y la direccion del gobierno. Guiado por él arregló el monarca su consejo, en el cual tomaron asiento los condes de Northumberland y Cumberland, los lores Enrique y Tomas Howard, y los barones Zouch y Burrough, si bien para dar á los señores escoceses una prueba de su estimacion y de su confianza nombró consejeros á seis de ellos. Su objeto era sostener la balanza entre las dos naciones y manifestar que deseaba favorecerlas igualmente. Raleigh y sus amigos perdieron sus empleos y dignidades, y Jacobo no satisfecho con la costumbre de los monarcas de hacer mercedes en su advenimiento, se condujo en esto con tan poca discrecion y fue tan pródigo, que en menos de tres meses creó mas de setecientos caballeros. Mucho disgustó al público el ver prosti-

tuido de aquella manera tan honroso título, y se lo hizo entender al monarca fijando en las paredes de San Pablo un pasquin en que se ofrecia enseñar á las personas faltas de memoria un método nuevo para que pudiesen retener todos los nombres de la nueva nobleza.

Cuando mas paz y tranquilidad gozaba la nacion y mayores probabilidades habia de que por mucho tiempo disfrutase de este beneficio, vino de repente á turbar el público reposo el descubrimiento de una conspiracion. Difícil es por cierto averiguar el objeto de los conjurados que profesaban principios religiosos y políticos diametralmente contrarios, como que en ella estaban complicados los dos sacerdotes católicos Waston y Clarke, el puritano lord Grey, lord Cobham que no tenia mas opinion que sus intereses, y el célebre Raleigh. Estos personages componian el consejo superior, y en el inferior estaban Jorge Brooke hermano de Cobham, sir Markham, Copley, y Parham. El plan era arrebatar á Jacobo cuando cazase y colocar en el trono á lady Arabella Stuart parienta del rey. Los conspiradores de segundo órden vigilados por Cecil fueron presos y denunciaron á sus cómplices. Cobham llevado ante los pares acusó á Raleigh contra quien no hubo otra prueba que esta declaracion retractada por su autor y vuelta á confirmar mas tarde, sin embargo de lo cual fue condenado. Su enemistad con el conde de Essex le llevó á presenciar su muerte, y la opinion pública á quien mucho ofendió este paso influyó ahora en gran manera para que fuese condenado. El resultado sin embargo fue que los dos presbíteros sufrieron el horroroso suplicio de los traidores; á los otros condenados se los perdonó cuando estaban ya en el cadalso; Markham, Copley y Brooke espiaron su crímen en el destierro; Grey quedó preso y murió á los once años de cautiverio; Raleigh fue ejecutado despues de una dilacion, y Cobham grangeó la libertad en premio de su denuncia.

Jacobo gustaba del estudio; mas en vez de adquirir una superioridad intelectual solo conservaba una especie de pasion por la controversia que le permitia hacer brillar sus conocimientos mas propios de un teólogo que de un rey. Por esto asió con afan la

coyuntura de hallar acerca de las divergencias religiosas que llevaban dividida en muchas sectas á la Iglesia de Inglaterra, y á este objeto convocó en Hamptoncourt una asamblea de eclesiásticos y ministros en cuyos debates tomó una parte activa. Los puritanos querian reformar enteramente la gerarquía de la Iglesia y la liturgia y dar al clero instituciones republicanas, mientras esperaban poderlas plantear en el estado. Jacobo aunque se habia educado segun los principios de los presbiterianos, cobróles odio mas tarde, arguyó contra ellos, y al fin dijo que era tan difícil que se pusiesen de acuerdo con la monarquía como Dios con el diablo. Las sesiones se terminaron con dos reales órdenes, la primera de las cuales espulsaba del reino á los jesuitas y á todos los presbíteros ordenados en pais estrangero, y en virtud de la segunda los puritanos debian conformarse con los ritos de la iglesia anglicana. Convocóse muy luego el parlamento y el rey pronunció un largo discurso de abertura en que despues de dar gracias á sus súbditos por el entusiasmo que habian manifestado á su advenimiento, se estendió acerca de las ventajas que reportarian la Inglaterra y la Escocia de su union bajo un mismo cetro. Al fin de su discurso dijo: « yo soy el esposo y la isla entera será mi legítima consorte, pues nadie pensará que un rey cristiano y adicto á la ley del „ evangelio pueda ser polígamo." Prometió á los católicos mejorar su condicion si se volvian condescendientes, y se mostró decidido á reprimir las tentativas de dominio que pudiesen hacer los novadores. Este discurso cuya prolijidad era el defecto mas perdonable descontentó á los protestantes, escandalizó por las esperanzas que daba á los católicos, y dispertó la ira de los puritanos que se vieron señalados cual enemigos del estado. Estos últimos que ocupaban ya muchos asientos en la cámara de los comunes organizaron contra el gobierno una oposicion siempre dirigida á restringir las prerogativas de la corona, llegaron hasta negar su legalidad, y el presidente de la cámara baja declaró que el poder de hacer las leyes y reformarlas pertenecia esclusivamente á las dos cámaras. De esta manera comenzó entonces el parlamento á mostrarse celoso de sus privilegios y obtuvo la confirmacion del importante derecho

de fallar irrevocablemente en materias de eleccion. En otra circunstancia habiendo sido preso el diputado Tomas Shirley la cámara alcanzó su soltura é hizo castigar al carcelero porque no quiso obedecer su órden de poner en libertad al preso. Despues de acaloradas discusiones cuyo objeto era la reforma de muchos abusos que gravitaban sobre la nacion, rechazados los comunes en todas sus demandas se negaron á votar subsidios al rey que no tardó en disolver la cámara.

Aunque las cuestiones suscitadas entre el rey y el parlamento se sostuvieron con calor, no eran de tal naturaleza que produjesen grande impresion en el pueblo harto ignorante todavía para interesarse en la marcha de los negocios públicos; mas la opresion bajo la cual desde largo tiempo gemian los católicos romanos alimentaba en su interior un grande resentimiento que iba siempre fermentando y que estuvo muy cerca de estremecer á la Inglaterra por medio de una tentativa de que no ofrecen otro ejemplo los males de los pueblos. El advenimiento de Jacobo prometia al parecer alguna tregua á la persecucion que sin cesar amenazaba la fortuna y la vida de los papistas; mas el monarca escoces no solo no se atrevió á protegerlos contra el celo de los anglicanos y contra el odio de los puritanos, sino que los puso á merced de sus compatriotas que le siguieron en Inglaterra; porque no bastando sus haberes para satisfacer la ambicion de tales gentes, no halló otro medio que abandonarles como una presa los católicos ricos. La avaricia de los escoceses armada con el derecho de perseguirlos judicialmente, era mas temible y mas activa que el celo de los jueces y de los agentes del poder. Supónese que cuando Jacobo trabajaba para sentarse en el trono de Isabel habia contraido secretamente el empeño de tolerar la religion romana, y su falta de palabra irritó tanto mas á algunos hombres audaces, en cuanto habian contado mas seguramente con su benevolencia. En semejantes circunstancias é imposibilitados de sacudir la opresion con la fuerza, algunos católicos unidos con los vínculos de la fe y del infortunio comunicáronse sus motivos de queja, y Catesby que era uno de ellos, hijo de una antigua familia y hombre que en su ju-

ventud se había dado á conocer por sus estravíos y su audacia, discurrió la manera de librarse á la vez del rey y del parlamento entero, cuyo fanatismo hacia diariamente nuevas leyes contra sus correligionarios. Tratábase de volar con pólvora el dia en que se abriese el parlamento la sala de las sesiones donde debian hallarse reunidos el rey y los individuos de una y otra cámara. Catesby dió conocimiento de su proyecto á su amigo Tomas Winter, á Percy pariente del conde de Northumberland, á Juan Wrigth cuñado de Percy y á un antiguo militar llamado Fawkes. Los cinco conjurados unidos con un juramento santificado por la Eucaristía que recibieron de manos de un jesuita comenzaron á trabajar en la ejecucion de su proyecto. Al examinar las inmediaciones del palacio de Westminster, Percy descubrió una casa vieja adosada á las paredes del edificio, alquilóla y con el ausilio de sus compañeros comenzaron á abrir una mina que habia de penetrar hasta debajo de los cimientos del palacio. Mientras seguian el trabajo prorogóse el parlamento para 3 de octubre de 1605. El largo intervalo que mediaba hasta esta fecha dió lugar á que Catesby y sus compañeros reflexionaran en lo que iban á ejecutar y á que se dispertasen en el alma de muchos de ellos escrúpulos que desvaneció su gefe con el ausilio de Garnet, provincial de los jesuitas, que tranquilizó la alarmada conciencia de los conspiradores. Aumentado con dos mas el número de estos emprendieron de nuevo el comenzado trabajo cuando la casualidad hizo descubrir una bodega situada precisamente bajo la cámara de los lores y que por entonces servia de leñera. Fawkes la alquiló y con sus amigos trasladó á ella treinta y seis barriles de pólvora que ocultó con piedras y haces de leña. Todo estaba ya dispuesto para la ejecucion, cuando otra vez se prorogaron las cámaras para el 5 de noviembre, y los conjurados emplearon este plazo en tomar nuevas medidas. Percy se encargó de apoderarse del príncipe Enrique al mismo tiempo que otros dos de los conjurados cogerian á la princesa Isabel. El plan era proclamar rey al príncipe Cárlos, menor de edad todavía, y confiar las riendas del estado á un protector elegido por los católicos.

Catesby que hasta entonces habia hecho frente á los gastos de la empresa, careciendo ahora de dinero hubo de confiar el plan á Eduardo Digby y á Francisco Tresham católicos ricos que adelantaron los fondos necesarios; mas arredrándole á este las consecuencias de semejante tentativa rogó á Catesby que salvase á lord Mounteagle enviándole algun aviso misterioso para que no fuese á la cámara. Prometióselo Catesby; pero desconfiando el otro de su palabra, se encargó de procurar por sí mismo la salvacion de su cuñado dirigiéndole un billete enigmático en que le rogaba que se ausentase, y le añadia que el peligro no duraria mas tiempo del que se necesitaba para quemar la carta. Mounteagle recibió el papel mientras cenaba, y despues de habérselo leido en alta voz á los convidados lo puso en manos del ministro Salisbury. Sabedores Catesby y Percy de lo que pasaba, y sospechando que Tresham era el autor del escrito quisieron matarlo á puñaladas; pero calmó su enojo asegurándoles repetidamente que nada sabia. Entre tanto Salisbury habia puesto la carta en manos del rey, que segun se supone adivinó lo que se trataba, si bien es regular que le ayudasen á comprenderlo las revelaciones de Cecil que tenia conocimiento de la trama. Como quiera que sea el dia 5 de noviembre de 1605 que era el mismo en que debian abrirse las cámaras, Fawkes que habia pasado la noche en la bodega á fin de tomar las disposiciones necesarias fue cogido en el momento que salia de ella. Encontráronsele encima tres mechas, dentro de la bodega se halló un farol de ronda encendido y se descubrieron los barriles de pólvora ocultos debajo de la leña. Presentado al monarca y á su consejo reveló, el proyecto aunque negando que tuviese cómplices, y á pesar del tormento mantuvo un silencio heroico. Sabedores de su captura Catesby y Percy, dieron noticia de ella á sus compañeros, y todos en número de ochenta se trasladaron al castillo de Holbach con la resolucion de sostener un sitio, porque esperaban ser ausiliados por los católicos de la comarca. Lejos de desalentarse al ver fallida su esperanza, se aprestaron á defenderse hasta morir; pero habiéndose casualmente pegado fuego á las municiones de guerra, la esplosion maltrató á muchos de ellos, otros se evadieron

dejando dentro á los mas resueltos que pelearon con el encarnizamiento de la desesperacion. Catesby, Percy y los dos hermanos Wright cayeron mortalmente heridos; Tomas Winter y otros tres fueron hechos prisioneros, y gracias á la delacion de una criada cupo la misma suerte á Roberto Winter y á Littleton dueño del castillo de Holbach. Todos los que sobrevivieron acabaron con el suplicio de los traidores. Segun las conferencias de los acusados hallábanse comprometidos en aquella conjuracion los jesuitas Gerard, Greenway y Garnet, entre los cuales los dos primeros lograron refugiarse en el continente, y el tercero cayó en manos de los que le perseguian. Este al parecer tenia noticia de la conspiracion, y aprobó asi su objeto como los medios adaptados para llevarla á cabo: por esto fue condenado á muerte y en el plazo que consiguió fue interrogado por el monarca, ante el cual sostuvo doctrinas, cuyas peligrosas consecuencias podian dar hincapié á las revueltas. Por lo mismo Jacobo lo abandonó á su suerte y fue descuartizado. Tres lores católicos que por no haber acudido á Westminster se hicieron sospechosos de complicidad fueron condenados á multas enormes á la par que el conde de Northumberland, quien ademas estuvo muchos años encerrado en la torre por haber recibido á Percy entre los oficiales de su casa, sin exigirle antes el juramento de reconocer la supremacía religiosa del monarca. Lord Mounteagle primer autor del descubrimiento recibió una generosa recompensa. Tal fue el desenlace de una empresa que habia de dejar libres á los católicos y trasladar el poder á sus manos; mas el cálculo de los conjurados era indudablemente tan falso como abominables los medios, puesto que el horror público bastara para anonadar un poder hijo de un atentado tan cobarde como horrendo. La mayor parte de los conjurados eran por otra parte muy dignos de estimacion, pero juzgaron que defendian la causa del cielo, y la importancia del objeto les hizo insensibles á la atrocidad de los medios. La historia de todos los pueblos presenta ejemplares de estas fatales aberraciones que deben atribuirse á la debilidad del espíritu humano dispuesto siempre á abusar de las doctrinas mas santas y de los mas sanos principios: por esto el fa-

natismo religioso ha producido tantos crímenes como el fanatismo político.

El parlamento reunióse por fin en 9 de noviembre de 1605 y en el largo discurso de apertura que pronunció el rey, lejos de manifestarse enojado contra los católicos trató de probar que la mayor parte de ellos no se habian mezclado en la conspiracion de Catesby y en seguida se quejó de la intolerancia de los puritanos que sin piedad condenaban á las penas eternas á los que favorecian á la corte de Roma; y terminó su discurso protestando que las conspiraciones fraguadas contra su persona jamas le hacian desviarse de los principios de aquella eterna justicia que consiste en castigar al criminal y proteger al delincuente. El discurso de Jacobo desagradó á la mayoría de la nacion que vituperaba sus miramientos con los católicos y que se enojó por los ataques dirigidos á los puritanos, reputados entonces como defensores de las libertades públicas. A la verdad comenzaban á dominar en la cámara de los comunes en donde hacian todo lo posible para establecer economías y abolir los abusos, de lo que dimanaron continuas hostilidades entre el rey y la cámara, que no queria conceder al príncipe subsidio alguno sin que lo comprase con alguna merced. No se conocia aun la costumbre de proveer anualmente á los gastos públicos, y era indispensable que el monarca hiciese frente á ellos con sus propios recursos y con las generosidades de la cámara, á la cual ora á la fuerza ora con maña habia de arrancar los ausilios necesarios para sostener el fausto del trono y acudir á las urgencias de la política. Isabel por medio de su prudente y enérgica conducta, y gracias á la economía que tuvo siempre á la vista conservó casi intactas sus prerogativas; mas las profusiones de Jacobo que le obligaban á recurrir incesantemente á la liberalidad de los comunes hicieron comprender á estos la importancia de las prerogativas dichas. De aqui tuvo orígen la lucha entre la autoridad real y la parlamentaria que se terminó con la caida de ambas. Quizás esta lucha no se trabara, ó trabada hubiera sido menos recia á ser Jacobo otro hombre; pero no tenia ninguna de las circunstancias que exige el mando, y por lo mismo jamas supo

hacer uso del poder con dignidad y oportunamente. El parlamento reunido en noviembre fue muy luego prorogado para el 21 de enero inmediato, y en la nueva reunion comenzó sus trabajos decretando para el 7 de noviembre una fiesta anual en que se diesen gracias al Altísimo por el descubrimiento de la conjuracion mentada mas arriba. Decretó en seguida nuevas penas contra los católicos; mas cuando se trató de votar las cantidades pedidas por los ministros, la cámara baja presentó de repente una larga lista de desafueros pidiendo que fuesen enmendados. Al leer Jacobo aquel escrito esclamó: „es preciso que para hacer esta lar„ga lista hayan enviado pregoneros por toda Inglaterra." Entonces vino en ausilio del monarca un imprevisto accidente que venció la obstinacion de los diputados, y fue la noticia muy luego desmentida de que Jacobo acababa de ser asesinado. El público regocijo con que se solemnizó la nueva de que aquella desgracia no era cierta decidió á los comunes á votar un subsidio de cuatrocientas mil esterlinas, mas sin embargo de esta favorable disposicion de los ánimos no pudo el monarca lograr que se aprobase su proyecto de union entre la Escocia y la Inglaterra, porque era demasiado firme la repugnancia que á este plan se oponia. El mal éxito de esta tentativa debe atribuirse tambien á que Jacobo se precipitó imprudentemente á fin de llevarla á cabo tomando con anticipacion el título de rey de la Gran Bretaña, y juntando en la moneda las armas de ambos reinos.

En los años 1607 y 1608 no aconteció suceso alguno de importancia á escepcion de algunos disturbios acaecidos con motivo de los acotamientos. En 1609 Jacobo interpuso su mediacion juntamente con el rey de Francia para la tregua concluida entre la Holanda y la España, con la cual se puso fin á una guerra que duró medio siglo. Estraño el monarca ingles á los negocios de Europa, no ofrece otros materiales para la historia de su reinado que discusiones con su parlamento poco dispuesto siempre á otorgarle los recursos que su pobreza y su prodigalidad hacian continuamente necesarios. Bastante generosa se mostró la cámara al tratarse de elevar al rango de príncipe de Gales al primogénito de Jacobo,

pues para este objeto otorgó un subsidio de cien mil libras. Mas adelante propuso tambien al rey la abolicion del derecho de abasto y el de la tutela de los nobles mediante la suma anual de doscientas mil libras; mas esta importante negociacion no pudo terminarse en aquella legislatura y se verificó algunos años mas tarde.

Inútil nos parece relatar por menor las querellas entre la corte y el parlamento, y asi nos limitarémos á indicar que el monarca cometió el error de irritar á su pueblo con el vano alarde de sus prerogativas y el otro mas grave de ceder casi siempre; sin atinar que envilecia su poder á proporcion de lo que en sus discursos lo ensalzaba. Cecil su primer ministro y gran tesorero á fuer de hombre flexible y fecundo en recursos logró proveer á las necesidades de su amo con espedientes mas ó menos felices, pero murió en 1612 al mismo tiempo que el príncipe de Gales jóven de diez y ocho años y cuya pérdida causó un general quebranto. De los siete hijos que Jacobo habia tenido de la princesa de Dinamarca solo le quedaban dos varones y la princesa Isabel que se casó con el elector palatino. Entonces subió á la cumbre de los honores un jóven escoces cuyo mérito estaba reducido á una hermosa figura y modales elegantes. Este jóven llamado Roberto Carr fue puesto á la vista de Jacobo por su compatricio lord Hay haciendo que en un torneo le presentase el escudo. Carr derribado de caballo se rompió una pierna, y este incidente que parecia tan desfavorable le condujo á la mas brillante fortuna; pues el rey lo hizo trasportar á su cuarto y muy luego le cobró la aficion mas decidida. De pronto le hizo su discípulo enseñándole por sí mismo la lengua latina, y procurando iniciarle en la marcha de los negocios, y bien sea que el alumno correspondiese á los cuidados de su maestro, bien que este se dejase arrastrar por su inclinacion, ello es que Roberto obtuvo al instante muchos bienes y honores, fue creado caballero, vizconde de Rochester, se le dió la órden de la jarretera, fue admitido en el consejo privado, y á la muerte de Salisbury heredó el influjo de este ministro viniendo á ser el alma del gobierno. Al principio tuvo el talento de dejarse guiar por el caballero Tomas Overbury cuyos juiciosos consejos lo mantuvieron en el favor del príncipe, y le grangearon la opinion pública; mas habiéndose enamorado poco

despues de lady Howard riñó con su maestro. A la edad de trece años habíase casado lady Howard con el conde de Essex, el cual mientras aguardaba que su esposa llegase á la edad nubil pasó cuatro años en el continente, y cuando á su vuelta quiso ejercer los derechos de marido no pudo doblegar la obstinada resistencia de su muger que se negaba á corresponder á sus caricias con la esperanza de que por este medio alcanzaria el divorcio y podria casárse con su amado Rochester.

El juicioso Overbury se opuso á este plan que no podia menos de perder á Rochester en la opinion pública, y el favorito tuvo la indiscrecion de dar conocimiento de esta resistencia á su dama y de participar del odio que la condesa concibió por aquel caballero. Quejóse al rey y logró que Overbury fuese metido en la torre y encerrado de manera que no se le permitia comunicacion alguna fuera de ella. Con esto pudo la condesa obrar libremente, y solicitando el divorcio por causa de impotencia fue secundada por el monarca, recobró la libertad y contrajo matrimonio con Rochester á quien con este motivo se dió el título de conde de Somerset. Al matrimonio siguió muy de cerca el envenenamiento de Overbury á quien la nueva esposa sacrificó á su implacable venganza. El crímen dejó huellas é hizo concebir sospechas contra sus autores, los cuales á pesar de todo hubieran quedado impunes si en el corazon del rey no suplantara al favorito el jóven Villiers, cuyo talento, cuya juventud y cuya figura agradaron tanto al monarca que le nombró su copero. Apenas los cortesanos comprendieron la nueva inclinacion de Jacobo cuando redoblaron sus ataques contra Somerset, y como al mismo tiempo apareciesen nuevos indicios acerca del envenenamiento de Overbury, el rey encargó á Eduardo Coke que estaba al frente de la administracion de justicia que se dedicase á averiguar aquel hecho. Somerset pues fue preso en el cuarto del rey, y conducido á la torre juntamente con su esposa. El caballero Elwes lugarteniente de aquella fortaleza, Weston carcelero de Overbury, el boticario Frankin y una señora llamada Turner fueron convictos de cómplices en la muerte, condenados por ello á la pena capital y ejecutados. Somerset se defendió con teson, y como su largo favor le habia hecho depositario de impor-

tantes secretos cuya revelacion temia Jacobo, aunque asi él como su esposa fueron declarados culpables alcanzaron el perdon de la última pena, y despues de una larga prision fueron puestos en libertad. Jacobo les concedió una pension y terminaron su existencia en la oscuridad manchados con el deshonor y víctimas del odio que mutuamente se profesaron y que llegó á tal punto que ni siquiera se veian sin embargo de habitar bajo un mismo techo.

La caida de Somerset abrió el camino de los honores al jóven Villiers, el cual en pocos años fue conde, marques, y duque de Buckingham, caballero de la órden de la jarretera, grande escudero, gobernador de Cinq-Ports presidente del tribunal del banco del rey, mayordomo mayor de Westminster, condestable de Windsor y grande almirante. A fin de sostener con el fausto que convenia todas estas dignidades, el rey le colmó de bienes con la misma profusion con que lo habia cuajado de honores.

Aunque Jacobo vendió á peso de oro todos los destinos y enagenó las tierras de la corona, el tesoro real quedó bien pronto exausto y entonces en cambio de doscientas cincuenta mil esterlinas restituyó á los holandeses las ciudades de Flesinga, Ramekins y La Brille, que los estados dejaron en manos de Isabel como prenda de los adelantos que hizo á la república. Recobrada con esto por la Holanda su entera independencia llegó muy pronto á aquel grado de gloria y de riqueza que la puso en el primer rango de las naciones de Europa. Provisto con el dinero de los holandeses Jacobo fue á visitar su antiguo reino con el intento de aumentar el poder episcopal, de introducir en el culto presbiteriano algunas ceremonias y establecer la superioridad del poder civil sobre la jurisdiccion del eclesiástico. La introduccion en Escocia de la religion reformada tuvo por resultado cercenar el poder real, al mismo tiempo que anuló el de los obispos; mas estos á pesar de la pérdida de sus rentas y de sus prerogativas espirituales conservaron su título y su plaza en el parlamento. Jacobo echó mano de esto para realzar el poder episcopal devolviéndole algunas de las prerogativas de que habia sido despojado, sujetó al clero á su obediencia y castigó con el destierro á los ministros presbiterianos

que trataron de sustraerse á ella. Logró en seguida que en las iglesias se adoptasen algunos ritos de la iglesia anglicana, y al fin pudo establecer su supremacía en los negocios eclesiásticos.

Bien pronto llamó la atencion de Jacobo la isla de Irlanda, una parte de la cual al tiempo de morir Isabel habia sacudido el yugo de los ingleses y recobrado su libertad y las costumbres antiguas. El lord diputado Mountjoy con sus prontas medidas forzó á los insurgentes á que se sometieran, y Jacobo aprovechó esta victoria para civilizar la Irlanda aboliendo el bárbaro culto de los indígenas y algunas costumbres que tenian al pueblo en la opresion mas dura, y poniendo en uso la legislacion inglesa. La confiscacion habia incorporado á la corona toda la provincia de Ulster, cuyo territorio fue dividido en pequeñas porciones y cedidas estas á colonos ingleses y escoceses, quienes introdujeron en el pais los hábitos sociales y enseñaron á los indígenas la agricultura y las artes, de manera que la provincia de Ulster fue muy luego la mas floreciente de toda la isla y vino á servir de modelo á las restantes. La mayoría de los irlandeses era adicta al culto católico, y en vano trató Jacobo de estirparlo persiguiendo á los sacerdotes, porque le arredraron los obstáculos; y las violencias que se ejercieron entonces dejaron un cruel resentimiento cuyos efectos mas de una vez ha sentido la Inglaterra.

Aunque Jacobo es digno de elogio por las mejoras introducidas en el gobierno interior de sus estados no puede en manera alguna sancionarse la conducta que observó con el célebre Raleigh que fue encausado y condenado á muerte muy poco despues de haber ascendido al trono de Inglaterra el hijo de María Stuart. La sentencia sin embargo no fue ejecutada, y el condenado permaneció trece años consumiéndose entre las paredes de una cárcel, desde donde publicó la historia del mundo con no poca admiracion del público y nó sin escitar lástima hácia su autor, el cual alcanzó finalmente la libertad, nó por efecto de la soberano clemencia sino por la avaricia de Buckingham que vendió este favor en mil quinientas libras esterlinas. El largo encierro de Raleigh anduvo acompañado de la confiscacion de sus bienes de cuya mayor parte se

apoderó Somerset. Cansado de su inaccion y de su indigencia trató Raleigh de mudar de vida diciendo que en su viage á la Guyana verificado en 1584 habia descubierto una mina de oro. Despues de muchas instancias alcanzó permiso del rey para ir en busca de aquella mina con la condicion de respetar escrupulosamente las tierras del rey de España. Embarcado en 14 de agosto de 1618 al frente de cuatro buques que fletaron algunos comerciantes seducidos por el aliciente de las inmensas riquezas que la espedicion debia proporcionarles, despues de una penosa travesía penetró en el rio del Orinoco. Los españoles habian levantado allí la pequeña ciudad de Santo Tomas y se suponian dueños de toda la comarca que Raleigh descubrió en otro tiempo, y de la cual tomó posesion plantando en ella una bandera segun la costumbre de entonces. Estas encontradas pretensiones ocasionaron un rompimiento entre españoles é ingleses, y estos atacaron la ciudad de Santo Tomas y se hicieron dueños de ella. Raleigh perdió á su hijo en el combate, y sus compañeros juzgando que aquella empresa no ofrecia esperanza alguna de grangería, puesto que no se encontró mina ni tesoro alguno, determinaron dar la vuelta á Inglaterra, obligando á Raleigh á que tornase con ellos á fin de justificar su conducta. Apenas estuvo en su patria cuando fue preso en virtud de la satisfaccion que el embajador español pidió en nombre de su amo, y finalmente se decidió que fuese llevada á efecto la sentencia de muerte que se pronunció contra él al comenzarse el reinado de Jacobo. Raleigh manifestó en sus últimos momentos una tranquila firmeza, y cuando estuvo en el cadalso probó en un dedo el filo del hacha y dijo: „este remedio es agudo, pero cura todos los ma„les." En seguida habló á todos los espectadores y con la mayor serenidad puso la cabeza á merced del verdugo. La ejecucion de este hombre pareció una crueldad y una bajeza. La opinion pública la consideró como un sacrificio hecho á los recelos de los españoles que temian su audacia y su talento. Efectivamente Raleigh á fuer de cortesano hábil, de escritor distinguido y de guerrero recomendable por sus servicios poseia todas las dotes que cautivan la admiracion, y solo es digno de lamentar el desarreglo de su ta-

lento que no pocas veces le impidió formar de las cosas un juicio recto. Su inicua muerte le volvió la estimacion de sus conciudadanos y empañó el honor de Jacobo cuya debilidad fue tachada de cobardía. Poco tiempo despues de la muerte de este desgraciado cuyo perdon no pudo alcanzar la reina, falleció esta señora dejando á su esposo á merced de la tiranía de Buckingham cuyos caprichos obedecia como leyes y por quien era gobernado segun el albedrío de la ambicion mas loca y mas ciega.

Mientras que la Inglaterra vivia aislada bajo el cetro de Jacobo acontecian en Alemania importantísimos sucesos. Los estados de Bohemia que profesaban el protestantismo se habian revolucionado contra el emperador Matias, y en tiempo de su sucesor Fernando II continuaban defendiendo obstinadamente el ejercicio de su culto y los privilegios de su constitucion. Viéndose á pique de ser subyugados imploraron el ausilio de la union evangélica que juntaba bajo una misma bandera á los príncipes separados de la comunion romana. Alentados los bohemios por algunas victorias que obtuvieron acabaron por negarse á la obediencia de su soberano ofreciendo la corona al elector palatino Federico III sobrino de Mauricio príncipe de Orange, que sin tener título de rey ejercia el poder de tal en las provincias unidas, y que por esta causa y por ser nieto del rey de Inglaterra aceptó la corona que se le ofrecia, y trasladándose á Praga en ella le juraron sus nuevos súbditos. Aunque la nacion inglesa se mostró muy á favor de Federico, repugnábale á Jacobo sancionar la revolucion de un pueblo contra su soberano, y por lo mismo se negó de pronto á reconocer á su yerno como rey de Bohemia; mas arrastrado por la opinion pública hubo de tomar parte en una guerra que desaprobaba, y envió á Federico cuatro mil hombres y algunos subsidios votados por el parlamento. Este tenue socorro no pudo impedir que el nuevo rey cediese á las fuerzas de sus adversarios, y asi vencido en los campos de Praga cayó del trono y fue desterrado del imperio y desposeido de sus estados hereditarios.

Si los comunes impulsados por el fanatismo religioso ofrecieron dinero al rey á fin de que se mezclase en la lucha trabada en Ale-

mania, por otra parte crearon una comision encargada de perseguir varios abusos. Uno de los mas nocivos al comercio era la costumbre establecida en la corte de monopolizar en todo; y asi era como Buckingham y su hermano Villiers se habian enriquecido vendiendo favor á los monopolizadores. El privado halló medio de librar del castigo á su hermano proporcionándole un destino en ultramar, y los comunes creyeron que no debian meterse con Buckingham quien por esto no fue encausado. Entre las personas á quienes alcanzó la severidad del parlamento estaba el célebre canciller Bacon á quien se acusó de haber sellado patentes ilegales grangeando con esto enormes sumas, y de haber recibido regalos de los que tenian alguna pretension en la cancillería. Comparecido ante la cámara de los pares confesó la mayor parte de los cargos que se le hacian, y fue condenado á una multa de cuarenta mil esterlinas y á prision por todo el tiempo que al rey pluguiese, declarándosele al mismo tiempo incapaz para poseer destino alguno. Al parecer Bacon era tan amigo del fausto como enemigo de la economía doméstica, y asi fue que hostigado por necesidades imperiosas aceptó los regalos que le ofrecian los litigantes ricos sin que por esto se creyera obligado á inclinar en favor de ellos la balanza de la justicia. Esta integridad desleal le perdió, pues las personas que fueron sus víctimas se quejaron de ella como de una denegacion de justicia y armaron contra el canciller la severidad del parlamento. El encierro de Bacon fue breve, pues el rey le puso en libertad, revocó la sentencia en todas sus partes y le concedió una pension de mil ochocientas libras esterlinas; mas como esta pension no se le satisfacia vivió casi en la indigencia por espacio de cinco años, despues de los cuales murió deplorando su error en haber ambicionado los peligrosos honores de la política en vez de dedicarse esclusivamente á las nobles tareas de la filosofía. Sus cartas y las solicitudes que dirigió al monarca prueban sin embargo que su arrepentimiento no era sincero y muestran una bajeza de sentimientos, que su mucho talento no compensa.

La cámara de los comunes entre tanto continuando sus investigaciones castigó rigurosamente por delitos de malversacion y fraude

á empleados de la mas alta categoría, y el esceso de su celo la arrastró hasta usurpar los derechos de la justicia ordinaria persiguiendo delitos comunes, por cuyo motivo fue muy luego prorogada. Jacobo aprovechó aquel tiempo persiguiendo á muchos individuos de las cámaras que se habian distinguido por la audacia de sus discursos, entre los cuales se encontraba el fiscal Eduardo Coke, célebre jurisconsulto. A la nueva abertura del parlamento la cámara baja emprendió con ahinco la defensa de este hombre é hizo una representacion al monarca para decidirle á que se declarase contra la España, cuyas armas y tesoros sostenian al partido católico; á que casase al príncipe de Gales con una princesa protestante, y á que redoblara el rigor contra los papistas, imponiéndoles nuevas penas y arrebatándoles los hijos para iniciarlos en la religion anglicana. Ofendido el rey con este paso que parecia atentatorio á sus prerogativas, contestó al presidente con una carta en que prohibia á la cámara mezclarse en asuntos tan superiores á sus atribuciones, y amenazaba castigar á los diputados que se obstinasen en penetrar los misterios dé la política. La contestacion de la cámara que se reducia á repetir lo que antes dijo, dió ocasion á que el rey se hiciese llevar los registros de los comunes, rasgase por su mano todo lo que se referia á aquel asunto, decretara la disolucion de la asamblea, encerrase inmediatamente en la torre á dos pares, metiera en la cárcel á Eduardo Coke y á tres diputados, y enviara á Irlanda á algunos otros desterrándolos políticamente, puesto que les confirió varias misiones sin consultar su voluntad previamente.

Despues de esto Jacobo dirigió todos sus conatos al establecimiento del príncipe real. Para ello pidió á la corte de Francia la mano de Cristina hija de Enrique IV; mas desalentado por la lentitud de las negociaciones volvió los ojos á España donde Felipe IV que acababa de ocupar el trono pareció consentir en la union de su hermana María con el jóven Cárlos, aunque pidiendo entre otras cosas que se la autorizase para practicar en Inglaterra su religion. Para este enlace se necesitaba una dispensa del papa y el pontífice pedia en recompensa algunas ventajas para la fe ro-

mana: de manera que el monarca ingles hubo de suavizar las leyes contra los papistas ofreciendo perdon á los católicos que lo pidiesen dentro del término de cinco años y poniendo en libertad sin fianza á los que se obligaron á presentarse ante los tribunales. Con esto esperaba Jacobo grangearse la adhesion de la corte de España y acelerar el arreglo del matrimonio de su hijo, confiando al mismo tiempo que en gracia de aquel enlace Felipe haria restituir al palatino sus estados que confiscó el emperador y que fueron conferidos al elector de Baviera. Dióse el encargo de negociar con el gabinete de Madrid á Digby recientemente creado conde de Bristol, y cuyos conocimientos no solo hacian esperar el próximo término de aquel importante negocio, sino que estaban ya redactados los artículos del contrato, y el embajador habia escrito que creia conducir por sí mismo á la nueva esposa, cuando un capricho de Buckingham dejó fallidas todas estas esperanzas. Zeloso de Bristol quiso atribuirse el honor de aquellas felices negociaciones y persuadió á Cárlos á que fuese en persona á buscar á su novia. El favorito arrancó el consentimiento de Jacobo, y en compañía del príncipe y de dos gentiles-hombres emprendió el viage. Su llegada á Madrid á primeros de marzo de 1623 sorprendió al monarca español que agasajó en gran manera á su huésped, cedióle la derecha en todas las ceremonias, le entregó una llave que abria los cuartos del rey, celebró su venida con la libertad de muchos presos, y en un banquete hizo que le sirvieran los principales oficiales de la corona. Mientras la corte de España divertia al príncipe Cárlos con fiestas trabajaba para procurar la reinstalacion del catolicismo en Inglaterra. A este fin se ajustaron dos tratados, uno de los cuales que debia hacerse público concedia á la infanta y á sus capellanes una iglesia para la celebracion de su culto, y el otro que se mantuvo secreto estipulaba la revocacion de las leyes penales contra los papistas. Urbano VIII acababa de suceder en el solio pontificio á Gregorio XV que habia ya concedido la dispensa á los dos esposos, y Cárlos habia salido de Madrid dejando poderes á D. Cárlos, hermano de Felipe IV, para que hiciera sus veces en la celebracion del matrimonio, el cual parecia tan pró-

ximo como que D.ª María tomó el título de princesa de Gales. De repente y á pesar de los preparativos del himeneo que ya se habian comenzado, Jacobo rompió las negociaciones exigiendo que el rey de España tomase las armas para restituir el Palatinado á su yerno. Felipe prometió unirse con la Inglaterra para alcanzar á la fuerza esta restitucion, pero se negó á empeñarse de una manera positiva, y Jacobo descontento de esta respuesta llamó sobre la marcha al conde de Bristol mientras que el rey de España hacia que su hermana dejase el título de princesa de Gales y comenzaba los preparativos de guerra.

Este imprevisto desenlace era obra de Buckingham, que durante su permanencia en Madrid acabó por romper con el conde duque de Olivares y no estuvo mas de acuerdo con el conde de Bristol cuyos servicios envidiaba. Comenzó por hacer que el príncipe se disgustase de la proyectada alianza, dándole á entender que las dilaciones de la corte de España iban encaminadas á romper el ajuste del matrimonio, y escribió en el mismo sentido á Jacobo asegurándole que Felipe no procuraba de modo alguno que le restituyesen el Palatinado. Las intrigas del favorito consiguieron convencer al padre y al hijo, y el conde de Bristol sobre ver destruida su obra apenas dió la vuelta á su patria cuando su celo fue recompensado con la desgracia, puesto que se le prohibió presentarse en la corte. Buckingham secundado por la opinion pública justificó á poca costa su conducta ante el parlamento que Cárlos hubo de convocar porque estaba falto de dinero, y no podia contar con la dote de la infanta, que debia ser de dos millones. Las dos cámaras, cuya mayoría deseaba la guerra, admitieron sin exámen las esplicaciones del favorito, votaron un subsidio de trescientas mil esterlinas con que se levantó un ejército de doce mil hombres, que fue puesto á las órdenes del conde de Mansfeld célebre aventurero; mas esta espedicion no produjo resultado alguno ventajoso para el negocio del Palatinado.

Jacobo continuaba alimentando el mas vivo deseo de casar al príncipe su hijo, y el rompimiento del matrimonio tratado con D.ª María le aconsejaba que buscase una esposa para el heredero

del trono entre las princesas protestantes. Cárlos sin embargo al pasar por Francia trasladándose á España había visto en un baile á Enriqueta María hija de Enrique IV, y empeñó á su padre á que pidiese la mano de esta princesa. La corte de Francia oyó con el mayor gusto una proposicion tan útil á sus proyectos políticos, porque Luis XIII ó mas bien Richelieu que en su nombre gobernaba no podian acabar con el protestantismo mientras lo apoyasen los reformados de Inglaterra. Una de las cláusulas del tratado fue que Enriqueta y los franceses de su servidumbre podrian dedicarse al libre ejercicio de su religion, y se convino en que la educacion de los hijos hasta la edad de trece años correria esclusivamente á cargo de su madre. En otro artículo que se mantuvo secreto Jacobo se empeñó en guardar consideraciones á los católicos librándoles de las penas que se les habian impuesto y permitiéndoles practicar públicamente su culto. Mientras que el monarca apresuraba la conclusion de este himeneo, fue atacado por una terciana cuyas largas accesiones acabaron bien pronto con sus fuerzas. En sus últimos instantes manifestó una firmeza de alma digna de elogio, y falleció en 27 de marzo de 1625 á la edad de veinte y cinco años despues de reinar veinte y dos en Inglaterra, y casi toda su vida en Escocia, puesto que fue reconocido rey poco despues de su nacimiento.

Tenia este príncipe escelentes partes y talentos poco comunes; pero las primeras parecian confundirse con los vicios que les son contrarios, y los segundos le fueron mas nocivos que provechosos. Su esterior tenia bastante relacion con su alma. Sus facciones aunque regulares no gustaban porque no estaban animadas por el juego de una fisonomía espresiva; su lengua demasiado gruesa no le dejaba esplicarse con facilidad, y en su continente no habia gracia alguna puesto que caminaba bamboleándose. Carecia de todas aquellas prendas que causan la admiracion y el respeto; como rey ponderaba su autoridad y no hacia sentir su aplicacion: de manera que sus palabras le dañaban mas que sus acciones, puesto que su gobierno comparado con el de sus predecesores era un modelo de equidad y de dulzura. No sabiendo conocer lo que la política le

permitia que hiciese, sus disposiciones mas de una vez sublevaron contra él la opinion pública, nó porque fuesen tiránicas ni injustas, sino por su inoportunidad y destemple. Su amistad misma presentaba todos los caractéres de otra pasion, é hizo recaer sobre él terribles sospechas que sin embargo no justificaron los hechos. Púsose tambien en duda su valor personal; porque al decir de muchos temblaba con solo ver una espada desnuda; presentóse sin embargo en los campos de batalla, y en cierta ocasion sostuvo una lucha abierta contra sus asesinos. Su erudicion era tan notable como poco conveniente para un rey; pues gustaba de componer discursos atestados de citas y de estrañas metáforas, y los pronunciaba en el parlamento para que admirasen su elocuencia. Descuidaba los negocios para escribir comentarios sobre el Apocalipsis y componer tratados de hechicería, con cuyas ocupaciones impropias de su rango, se hizo ridículo, y se perjudicó mas que con sus vicios. En resúmen puede decirse que no pasaba de la medianía, mas sin embargo hizo la felicidad de su pueblo, y su reinado puede contarse entre los mas dichosos, pues durante él comenzaron á desarrollarse el comercio y las manufacturas, y la navegacion continuó en perfeccionarse. En aquella época tuvieron lugar el descubrimiento de la Groenlandia y la fundacion de colonias inglesas en América, á donde los colonos llevaron el idioma y el nombre ingles que consiguieron naturalizarse nó sin grandes esfuerzos, porque sin embargo de los socorros de la metrópoli en los principios fueron víctimas de la miseria muchos pobladores. El cultivo del tabaco cuyo uso se generalizó muy aprisa en la madre patria, produjo capitales cuyo oportuno empleo proporcionó comodidades y hasta riquezas á los anglo-americanos, á los cuales verémos muy pronto crear instituciones libres y hacerse independientes despues de un siglo y medio. A la fundacion de aquellos estados se debe haberse introducido en Inglaterra la lotería, la primera de las cuales tuvo por objeto enviar socorros de hombres y provisiones á los establecimientos creados en América.

La literatura dramática, enriquecida en tiempo de Isabel con las primeras obras maestras de Shakespeare, continuó desarrollándose

y acabó por convertirse en un gusto nacional. A la muerte del autor de Hamlet ocurrida en 1617, el cetro del teatro fue á parar á manos de Ben-Johnson que si bien mas érudito que su predecesor no tenia el genio que crea aquellas producciones originales cuya espresiva y distinta fisonomía cautiva todas las inteligencias. No sintiéndose capaz de producir por sí mismo imitó á los griegos y romanos, y disfrazando sus personages los trasladó á la escena inglesa; por esto las piezas de aquel autor despues de una aceptacion regular han quedado para siempre olvidadas, al paso que Shakespeare reina todavía en el teatro de su patria. Downe se hizo tambien célebre por algunas sátiras escritas con facundia pero malogradas por su duro é incorrecto estilo. Si la poesía habia adquirido ya celebridad con algunas obras notables, la prosa distaba mucho de marchar al igual con ella; mas el famoso Raleigh tuvo la gloria de ser casi el primero en arreglar su marcha y en darle claridad y número. El mismo Jacobo debe ser contado entre los prosadores de la época por su libro *Basilicon Dorn*, obra moral y política que le pone en honroso lugar entre los escritores de su tiempo.

Las costumbres de la nacion, estrañas todavía á los progresos de las artes y á los placeres espirituales, conservaban el robin de la barbarie y de la grosería, y otro tanto acontecia en la corte, en donde no habia penetrado el conocimiento de mundo. El lenguage de los cortesanos estaba cuajado de retruécanos y de palabras rebuscadas que lo hacian incomprensible para el que no estaba avezado á oirlo; y hasta el mismo rey tenia un gusto decidido por las bufonadas mas groseras y bajas. El decoro y el bien parecer eran tan poco conocidos, que á la mañana siguiente de unas bodas de un señor de la corte que fueron celebradas en palacio, sin mas vestido que una bata entró en el cuarto de los recien casados y segun dice el cronista se metió en la cama para juguetear con ellos.

Las rentas de Jacobo no escedieron nunca de cuatrocientas cincuenta mil esterlinas, de manera que sus gastos y sus deudas importaban treinta y seis mil libras mas que esta cantidad. Por esto

es que el monarca dependia siempre del parlamento, único capaz de proporcionarle medios con que hacer frente á las urgencias de la política que la situacion de la Europa hacia diariamente mas dispendiosas. Estos fondos los compraba el monarca cediendo parte de sus prerogativas en provecho de la libertad. Vamos á presenciar como esta lucha entre los dos poderes del estado se hizo á cada momento mas encarnizada, y como en pocos años trajo una catástrofe que no tenia ejemplo hasta entonces, y que estremeció á los contemporáneos á quienes era imposible remontarse hasta las causas que la produjeron.

Antes de emprender la relacion de los sucesos que hicieron célebre el reinado del hijo de Jacobo I, parécenos oportuno llamar la atencion del lector sobre las formas de gobierno que regian cuando Cárlos I empuñó las riendas del estado. La constitucion inglesa que en la época en que nos encontramos aun no estaba reducida á fórmulas, carecia de regla alguna fija, y tomaba esta ó la otra forma segun eran los acontecimientos. La Gran Carta arrancada á la debilidad de Juan-sin-tierra no era en el fondo mas que un tratado entre el príncipe y sus vasallos; mas no echó la base de un nuevo órden social; la fuerza fue siempre la directora de los negocios, y si alguna vez llamó en su ausilio al derecho para que la legitimase, invocó el derecho que daban los privilegios de la cuna, nó el del voto nacional.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

INDICE.

FIN DEL ÍNDICE.

ERRATAS DEL TOMO PRIMERO.

Páginas.	Líneas.	Dice.	Léase.
40	23	prontó	pronto
46	21	Edresdo	Edredo
94	25	incontinencia	continencia
106	28	porque las	porque los
118	6	adio	odio
160	8	el	al
179	[illegible]	pie de	pie del
207	28	subrior	suprior
223	35	dispso	dispuso
240	12	libertad	libertar
250	20	No se	No es
257	5	Lewellyng	Lawellyn
301	10	y las	y los
304	21	Los anaglo-normandos	Los anglo-normandos
306	6	estremidadas	estremidades
323	19	poco	poca
365	1	Euardo	Eduardo
366	10	Potiers	Poitiers
id.	21	poscsion	posicion
416	20	la	le
428	28	cruel des	crueldades
449	9	sesion	cesion
451	8	tero	rero
470	22	lo	le
489	32	procurarse	procurase
506	34	suelo	suelo,
507	16	concejo	consejo
569	35	aprecianse	apreciasen
573	34	Enrique VIII	Enrique VII
576	25	en esto	de esto
578	9	apariencias,	apariencia,
590	35	llevarla	llevarlas
638	23	Enrique,	Eduardo,
655	32	hermane,	hermana,
664	14	Coré	Coré,

Señalamiento del lugar en que deben colocarse las láminas del tomo primero.



